OBRAS, TOMO VII (1917-1918)

V. I. Lenin

Edición: Progreso, Moscú 1973.
Lengua: Castellano.
Digitalización: Koba.
Distribución: http://bolchetvo.blogspot.com/



Índice

PREFACIO.

En el séptimo volumen de las *Obras Escogidas* de V. I. Lenin en doce tomos hemos incluido los más importantes trabajos y discursos de Lenin correspondientes al período comprendido entre julio de 1917 y febrero de 1918, es decir, el período en que se preparó y realizó la Gran Revolución Socialista de Octubre y los primeros meses de Poder soviético.

Abre el tomo una relevante obra del marxismo creador -*El Estado y la revolución-,* escrita en agosto y septiembre de 1917 y publicada en un libro en 1918.

La primera guerra mundial de 1914-1918 aceleró el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, agravó en grado extraordinario las contradicciones del sistema de producción capitalista y la principal de ellas (entre el trabajo y el capital), condujo a una crisis revolucionaria en distintos países imperialistas e inició "una cadena de revoluciones proletarias socialistas".

Los oportunistas que militaban entonces en la socialdemocracia internacional combatían la doctrina marxista de la revolución socialista y de la dictadura del proletariado, así como la destrucción de la máquina estatal burguesa y su sustitución con otra, proletaria. Propugnaban la idea do la integración pacífica del capitalismo en el socialismo, en tanto que los ideólogos anarquistas de la pequeña burguesía se pronunciaban, en general, contra todo Estado, incluido, el Estado de la dictadura del proletariado.

En febrero de 1917, la autocracia fue derrocada en Rusia; pero la revolución no se detuvo ahí, sino que siguió desarrollándose. Por eso, el problema de la actitud de la revolución socialista del proletariado ante un Estado adquirió magna importancia teórica y práctica.

En la obra *El Estado y la revolución,* Lenin expuso y desarrolló de manera sistemática la doctrina del Estado, concebida por Marx y Engels, como una categoría socio-histórica vinculada indisolublemente al carácter clasista de la sociedad.

La situación política interior de Rusia -que cambiaba con rapidez en aquel período-, el crecimiento arrollador del proceso revolucionario y la contraofensiva de respuesta de la reacción en julio de 1917 requerían que el Partido Comunista supiera modificar a tiempo y con decisión su táctica de lucha. Surgió el problema de hacer pasar el poder político a manos del proletariado, de llevar a cabo la revolución socialista. En sus obras *A propósito de las consignas, La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla, ¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* y algunas otras, Lenin trazó y argumentó un programa de medidas urgentes que permitieran al Estado proletario sacar a Rusia de la crisis política, militar y económica y, al mismo tiempo, sentaran las bases de la etapa inicial de la edificación del socialismo. Este programa expresa las principales leyes objetivas del desarrollo de la revolución socialista, comunes a todos los países.

En el tomo se publican después, en orden cronológico, documentos de tanta importancia histórica como el *Informe sobre la paz,* presentado al II Congreso de los Soviets de toda Rusia el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, el *Informe* y el *Decreto acerca de la tierra,* la *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* (III Congreso de los Soviets) y el conocidísimo artículo *¿Cómo debe organizarse la emulación?* En este trabajo se esclarecen la primera experiencia práctica de la nueva organización del trabajo, trabajo libre, no forzado; los gérmenes de la función desempeña el trabajo humano, completamente nueva en la historia universal, como una necesidad natural, como una actividad cuyo fin no es obtener sólo ventajas personales, sino satisfacer las necesidades de toda la colectividad laboral, de toda la sociedad.

Todos los trabajos y discursos incluidos en este volumen han sido traducidos de la 5ª edición en ruso de las *Obras Completas* de V. I. Lenin, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS, indicándose al pie de cada trabajo el tomo y las páginas correspondientes.

La editorial.

EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN.

La doctrina marxista del estado y las tareas proletariado en la revolución [1].

Prefacio a la primera edición.

El problema del Estado adquiere en la actualidad una importancia singular tanto en el aspecto teórico como en el político práctico. La guerra imperialista ha acelerado y enconado extraordinariamente el proceso de transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado. La monstruosa opresión de las masas trabajadoras por el Estado, que se funde más y más estrechamente con las omnipotentes asociaciones de los capitalistas, adquiere proporciones cada día más espantosas. Los países adelantados se convierten -y al decir esto nos referimos a su "retaguardia"- en presidios militares para los obreros.

Los inauditos horrores y calamidades de esta larguísima guerra hacen insoportable la situación de las masas y aumentan su indignación. Progresa a todas luces la revolución proletaria internacional, y su actitud ante el Estado adquiere una importancia práctica.

Los elementos de oportunismo acumulados durante decenios de desarrollo relativamente pacífico crearon la corriente del socialchovinismo imperante en los partidos socialistas oficiales del mundo entero. Esta corriente (Plejánov, Potrésov, Breshkóvskaya, Rubanóvich y, luego, en una forma levemente velada, los señores Tsereteli, Chernov y Cía., en Rusia; Scheidemann, Legien, David y otros, en Alemania; Renaudel, Guesde y Vandervelde, en Francia y en Bélgica; Hyndman y los fabianos[2], en Inglaterra, etc., etc.), socialismo de palabra y chovinismo de hecho, se distingue por la adaptación vil y lacayuna de "los jefes del socialismo" a los intereses no sólo de "su" burguesía nacional, sino precisamente de "su" Estado, pues la mayoría de las llamadas grandes potencias hace ya largo tiempo que explotan y esclavizan a muchos pueblos pequeños y débiles. Y la guerra imperialista es precisamente una guerra por el reparto y la redistribución de esta clase de botín. La lucha por arrancar a las masas trabajadoras de la influencia de la burguesía en general, y de la burguesía imperialista en particular, es imposible sin combatir los prejuicios oportunistas acerca del "Estado".

Comenzamos por examinar la doctrina de Marx y Engels sobre el Estado, deteniéndonos con minuciosidad singular en los aspectos de esta doctrina olvidados o tergiversados de un modo oportunista. Luego analizaremos especialmente la posición del representante principal de estas tergiversaciones, Carlos Kaustky, el líder más conocido de la II Internacional (1889-1914), que tan dolorosa bancarrota ha sufrido durante la guerra actual. Por último, haremos el balance fundamental de la experiencia de la revolución rusa de 1905 y, sobre todo, de la de 1917. Esta última está terminando, al parecer, en los momentos actuales (comienzos de agosto de 1917) la primera fase de su desarrollo; pero toda esta revolución, en términos generales, puede ser comprendida únicamente como un eslabón de la cadena de revoluciones proletarias socialistas suscitadas por la guerra imperialista. Así pues, la actitud de la revolución socialista del proletariado ante el Estado adquiere no sólo una importancia política práctica, sino la mayor actualidad, pues se trata de explicar a las masas lo que deberán hacer para sacudirse, en un porvenir inmediato, el yugo del capital.

El Autor.

Agosto de 1917.

Prefacio a la segunda edición.

Esta edición, la segunda, apenas contiene modificaciones. No se ha hecho más que añadir el apartado 3 al capítulo II.

El Autor.

Moscú

17 de diciembre de 1918.

Capítulo I. La sociedad de clases y el estado.

1. El estado, producto del carácter inconciliable de las contradicciones de clase.

Con la doctrina de Marx acaece hoy lo que ha ocurrido repetidas veces en la historia con las doctrinas de los pensadores revolucionarios y de los líderes de las clases oprimidas en su lucha por la emancipación. En vida de los grandes revolucionarios, las clases opresoras les sometían a constantes persecuciones, acogían sus doctrinas con la rabia más salvaje, con el odio más furioso y las campañas más desenfrenadas de mentiras y

calumnias. Después de su muerte se intenta convertirlos en iconos inofensivos, canonizarlos, por decirlo así, rodear *sus nombres* de cierta aureola de gloria para "consolar" y engañar a las clases oprimidas, castrando *el contenido* de la doctrina revolucionaria, mellando el filo revolucionario de ésta y envileciéndola. En semejante "corrección" del marxismo se dan hoy la mano la burguesía y los oportunistas dentro del movimiento obrero. Olvidan, relegan a un segundo plano y adulteran el aspecto revolucionario de esta doctrina, su espíritu revolucionario. Hacen pasar a primer plano y ensalzan lo que eso parece ser aceptable para la burguesía. Todos los socialchovinistas son ahora -¡bromas aparte!- "marxistas". Y los científicos burgueses alemanes, que todavía ayer eran especialistas en pulverizar el marxismo, hablan con frecuencia creciente, ¡de un Marx "nacional-alemán" que, según ellos, educó las asociaciones obreras tan magníficamente organizadas para la guerra de rapiña!

Ante tal situación, ante la inaudita difusión de las tergiversaciones del marxismo, nuestra misión consiste, sobre todo, en *restablecer* la verdadera doctrina de Marx acerca del Estado. Para ello es necesario citar numerosos y largos pasajes de las propias obras de Marx y Engels. Es claro que las citas largas hacen pesada la exposición y en nada contribuyen a darle un carácter popular. Pero es imposible en absoluto prescindir de ellas. Habrá que citar del modo más completo posible todos los pasajes, o, al menos, todos los pasajes decisivos de las obras de Marx y Engels sobre el problema del Estado, para que el lector pueda formarse por sí mismo una noción del conjunto de ideas de los fundadores del socialismo científico y del desarrollo de estas ideas, así como para demostrar documentalmente y patentizar con toda claridad la tergiversación de estas ideas por el "kautskismo" hoy imperante.

Comencemos por la obra más difundida de F. Engels -*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*-, de la que ya en 1894 se publicó en Stuttgart la sexta edición. Deberemos traducir las citas de los originales alemanes, pues las traducciones rusas, con ser tan numerosas, son en gran parte incompletas o deficientes en extremo.

> "El Estado -dice Engels, resumiendo su análisis histórico- no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera a la sociedad; tampoco es "la realidad de la idea moral", ni "la imagen y la realidad de la razón", como afirma Hegel[3]. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos inconciliables, que es impotente para conjurarlos. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del "orden". Y ese poder, nacido de la sociedad pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado" (págs. 177-178 de la sexta edición alemana).

En este pasaje se expresa con plena claridad la idea fundamental del marxismo en cuanto al papel histórico y a la significación del Estado. El Estado es producto y manifestación de *la inconciliabilidad* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en la medida en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son inconciliables.

En este punto importantísimo y cardinal comienza precisamente la adulteración del marxismo, la cual sigue dos direcciones fundamentales.

De una parte, los ideólogos burgueses -y, sobre todo, pequeñoburgueses-, obligados por la presión de hechos históricos indiscutibles a reconocer que el Estado existe únicamente donde hay contradicciones de clase y lucha de clases, "corrigen" a Marx de tal manera que el Estado resulta ser un órgano de *conciliación* de las clases. Según Marx, el Estado no podría surgir ni mantenerse si fuera posible la conciliación de las clases. A juicio de los profesores y publicistas pequeñoburgueses y filisteos -¡que a cada paso invocan benévolos a Marx!- resulta que el Estado es precisamente el que concilia las clases. Según Marx, el Estado es un órgano de *dominación* de clase, un órgano de *opresión* de una clase por otra, es la creación del "orden" que legaliza y afianza esta opresión, amortiguando los choques entre las clases. En opinión de los políticos pequeñoburgueses, el orden es precisamente la conciliación de las clases y no la opresión de una clase por otra. Para ellos, amortiguar los choques significa conciliar, y no privar a las clases oprimidas de ciertos medios y procedimientos de lucha con el fin de derrocar a los opresores.

Por ejemplo, durante la revolución de 1917, cuando el problema de la significación y del papel del Estado se planteó precisamente en toda su magnitud, en el terreno práctico, como un problema de acción inmediata y, además, de masas, todos los eseristas (socialistas-revolucionarios) y mencheviques[4] cayeron en el acto y por entero en la teoría pequeñoburguesa de la "conciliación" de las clases "por el Estado". Innumerables resoluciones y artículos de los políticos de ambos partidos están saturados de esta teoría pequeñoburgusa y filistea de la "conciliación". La democracia pequeñoburgusa jamás podrá comprender que el Estado es el órgano

de dominación de una clase determinada, la cual *no puede* conciliarse con su antípoda (con la clase opuesta a ella). La actitud ante el Estado es uno de los síntomas más patentes de que nuestros eseristas y mencheviques no son, en modo alguno, socialistas (cosa que nosotros, los bolcheviques, hemos demostrado siempre), sino demócratas pequeñoburgueses con una fraseología casi socialista.

De otra parte, la adulteración "kautskiana" del marxismo es bastante más sutil. "Teóricamente", no se niega ni que el Estado sea el órgano de dominación de una clase ni que las contradicciones de clase sean inconciliables. Pero se pasa por alto o se oculta lo siguiente; si el Estado es un producto de la inconciliabilidad de las contradicciones de clase, si es una fuerza situada *por encima* de la sociedad y que "*se divorcia más y más* de la sociedad", resulta claro que la liberación de la clase oprimida es imposible no sólo sin una revolución violenta, *sino también sin destruir* la máquina del Poder estatal creada por la clase dominante y en la que toma cuerpo dicho "divorcio". Como veremos más adelante, Marx llegó a esta conclusión, teóricamente clara de por sí, con la mayor precisión, tomando como base un análisis histórico concreto de las tareas de la revolución. Y esta conclusión es precisamente -como expondremos con todo detalle en las páginas siguientes- la que Kautsky... ha "olvidado" y falseado.

2. Los destacamentos especiales de hombres armados, las cárceles, etc.

> "...Frente a la antigua organización gentilicia (de tribu o de clan)[5] -prosigue Engels-, el Estado se caracteriza, en primer lugar, por la agrupación de sus súbditos según divisiones territoriales…"
>
> Esta agrupación nos parece "natural", pero requirió una larga lucha contra la antigua organización en gens o en tribus.
>
> "...El segundo rasgo característico es la institución de una fuerza pública, que ya no es el pueblo armado. Esta fuerza pública especial hácese necesaria porque desde la división de la sociedad en clases es ya imposible una organización armada espontánea de la población... Esta fuerza pública existe en todo Estado; y no está formada sólo por hombres armados, sino también por aditamentos materiales, las cárceles y las instituciones coercitivas de todo género, que la sociedad gentilicia (de clan) no conocía..."

Engels desarrolla la noción de esa "fuerza", denominada Estado, que brota de la sociedad, pero se sitúa por encima de ella y se divorcia cada vez más de ella. ¿En qué consiste, principalmente, esta fuerza? En destacamentos espéciales de hombres armados, que disponen de cárceles, etc.

Tenemos derecho a hablar de destacamentos especiales de hombres armados, pues la fuerza pública, propia de todo Estado, "no es ya" la población armada, su "organización armada espontánea".

Como todos los grandes pensadores revolucionarios, Engels se esfuerza por centrar la atención de los obreros conscientes precisamente en lo que el filisteísmo dominante considera menos digno de atención, más habitual, santificado por prejuicios no ya sólidos, sino, digámoslo así, petrificados. El ejército permanente y la policía son los instrumentos principales de la fuerza del poder estatal. Pero ¿puede, acaso, ser de otro modo?

Desde el punto de vista de la inmensa mayoría de los europeos de fines del siglo XIX, a quienes se dirigía Engels y que no habían vivido ni visto de cerca ninguna gran revolución, esto no podía ser de otro modo. No comprendían en absoluto eso de "la organización armada espontánea de la población". A la pregunta de por qué había surgido la necesidad de destacamentos especiales de hombres armados (policía y ejército permanente), situados por encima de la sociedad y divorciados de ella, el filisteo de Europa Occidental y el filisteo ruso se inclinaban a contestar con un par de frases tomadas de Spencer o de Mijailovski, aduciendo la acrecida complejidad de la vida social, la diferenciación de funciones, etc.

Estas referencias parecen "científicas" y adormecen magníficamente al filisteo, velando lo principal y fundamental: la división de la sociedad en clases enemigas irreconciliables.

Si no existiera esa división, "la organización armada espontánea de la población" sería posible, aunque se diferenciaría por su complejidad, elevada técnica, etc., de la organización primitiva de la manada de monos que empuñan palos, o de la del hombre primitivo, o de los hombres agrupados en clanes.

Pero esa organización es imposible porque la sociedad civilizada está dividida en clases enemigas y, además, irreconciliablemente enemigas, cuyo armamento "espontáneo" conduciría a la lucha armada entre ellas. Se forma el Estado, se crea una fuerza especial, destacamentos especiales de hombres armados, y cada revolución, al destruir el aparato estatal, nos muestra al desnudo la lucha de clases, nos muestra con toda evidencia cómo se esfuerza la clase dominante por restaurar los destacamentos especiales de hombres armados *a su* servicio y cómo se esfuerza la clase oprimida por crear una nueva organización de este tipo que sea capaz de servir no a los explotadores, sino a los explotados.

En el pasaje citado, Engels expone en el terreno teórico el mismo problema que cada gran revolución plantea ante nosotros en la práctica, de manera fehaciente y, además, en el plano de la acción de masas: el problema de la relación entre los destacamentos "especiales" de hombres armados y "la organización armada espontánea de la población". Veremos cómo ilustra de un modo

concreto este problema la experiencia de las revoluciones europeas y rusas.

Pero volvamos a la exposición de Engels.

Engels señala que, a veces, por ejemplo, en algunos sitios de Norteamérica, esta fuerza pública es débil (se trata de raras excepciones en la sociedad capitalista y de lugares de Norteamérica en que imperaba, en el periodo preimperialista, el colono libre), pero que, en términos generales, se fortalece:

> "...La fuerza pública se fortalece a medida que los antagonismos de clase se exacerban dentro del Estado y a medida que se hacen más grandes y más poblados los Estados colindantes. Y si no, examínese nuestra Europa actual, donde la lucha de clases y la rivalidad en las conquistas han hecho crecer tanto la fuerza pública que ésta amenaza con devorar a la sociedad entera y aun al Estado mismo..."

Esto fue escrito no más tarde que a comienzos de los años 90 del siglo pasado. El último prólogo de Engels está fechado el 16 de junio de 1891. Por aquel entonces apenas comenzaba en Francia, y más débilmente todavía en Norteamérica y en Alemania, el viraje hacia el imperialismo, tanto en el sentido de la dominación completa de los trusts como en el sentido de la omnipotencia de los grandes bancos, de una grandiosa política colonial, etc. Desde entonces, "la rivalidad en las conquistas" ha dado un gigantesco paso adelante, tanto más que, a comienzos de la segunda década del siglo XX, el planeta quedó definitivamente repartido entre estos "conquistadores rivales", es decir, entre las grandes potencias rapaces. Desde entonces, los armamentos terrestres y marítimos han aumentado en proporciones fabulosas, y la guerra de rapiña de 1914-1917 por el dominio mundial de Inglaterra o Alemania, por el reparto del botín, ha llevado al borde de una catástrofe completa la "absorción" de todas las fuerzas de la sociedad por un poder estatal rapaz.

Ya en 1891, Engels supo destacar "la rivalidad en las conquistas" como uno de los más importantes rasgos distintivos de la política exterior de las grandes potencias. ¡Y los canallas del socialchovinismo de los años 1914-1917, precisamente cuando esta rivalidad, agravándose más y más, ha engendrado la guerra imperialista, encubren la defensa de los intereses rapaces de "su" burguesía con frases sobre "la defensa de la patria", "la defensa de la república y de la revolución", etc.!

3. El estado, instrumento de explotación de la clase oprimida.

Para mantener una fuerza pública especial, situada por encima de la sociedad, son necesarios los impuestos y la deuda pública.

> "…Dueños de la fuerza pública y del derecho a recaudar impuestos -dice Engels-, los funcionarios, como órganos de la sociedad, aparecen ahora situados *por encima* de ésta. El respeto que se tributaba libre y voluntariamente a los órganos de la constitución gentilicia (de clan) ya no les basta, incluso si pudieran ganarlo..." Se dictan leyes especiales sobre la santidad y la inmunidad de los funcionarios. "El más despreciable polizonte" tiene más "autoridad" que los representantes del clan; pero incluso el jefe del poder militar de un Estado civilizado podría envidiar a un jefe de clan por "el respeto espontáneo" que le profesaba la sociedad.

Aquí se plantea el problema de la situación privilegiada de los funcionarios como órganos de poder del Estado. Lo fundamental es saber: ¿qué los coloca *por encima* de la sociedad? Más adelante veremos cómo resolvió prácticamente esta cuestión teórica la Comuna de París en 1871 y cómo la escamoteó reaccionariamente Kautsky en 1912.

> "...Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida..." No sólo el Estado antiguo y el Estado feudal fueron órganos de explotación de los esclavos y de los siervos. También "el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado. Sin embargo, por excepción, hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas que el poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra..." Así ocurrió con la monarquía absoluta de los siglos XVII y XVIII, con el bonapartismo del Primero y del Segundo Imperio en Francia y con Bismarck en Alemania.

Y así ha ocurrido también -agregamos nosotros- con el Gobierno Kerenski en la Rusia republicana, después de pasarse a las persecuciones del proletariado revolucionario, en un momento en que los Soviets, a consecuencia de estar dirigidos por demócratas pequeñoburgueses, son *ya* impotentes, pero la burguesía no tiene *todavía* fuerza bastante para disolverlos pura y simplemente.

> En la república democrática -prosigue Engels- "la riqueza ejerce su poder indirectamente, pero, por ello mismo, de un modo más seguro", y lo ejerce, en primer lugar, mediante "la corrupción directa de los funcionarios" (Norteamérica) y, en segundo lugar, mediante "la alianza entre el gobierno y la Bolsa" (Francia y Norteamérica).

En la actualidad, el imperialismo y la dominación de los bancos han "desarrollado", convirtiéndolos en un arte extraordinario, estos dos métodos de defender

y hacer efectiva la omnipotencia de la riqueza en las repúblicas democráticas, sean cuales fueren. Pongamos un ejemplo. Si en los primeros meses de la república democrática de Rusia, durante lo que podríamos llamar luna de miel de los "socialistas" -eseristas y mencheviques- con la burguesía en el gobierno de coalición, el señor Palchinski saboteó todas las medidas coercitivas contra los capitalistas y sus latrocinios, contra sus robos al fisco con los suministros de guerra; y si luego, ya fuera del ministerio, el señor Palchinski (sustituido, como es lógico, por otro Palchinski exactamente igual a él) fue "recompensado" por los capitalistas con una canonjía de 120.000 rublos de sueldo al año, ¿qué es eso? ¿Un soborno directo o indirecto? ¿Una alianza del gobierno con los consorcios o "únicamente" lazos de amistad? ¿Qué papel desempeñan los Chernov y los Tsereteli, los Avxéntiev y los Skóbeliev? ¿El de aliados "directos" o sólo indirectos de los millonarios malversadores de los fondos públicos?

La omnipotencia de la "riqueza" *es más segura* en las repúblicas democráticas también porque no depende de unos u otros defectos del mecanismo político ni de la mala envoltura política del capitalismo. La república democrática es la mejor envoltura política posible del capitalismo; y por eso, el capital, al apoderarse (por conducto de los Palchinski, los Chernov, los Tsereteli y Cía.) de esta envoltura, la mejor de todas, cimenta su poder con tanta seguridad y firmeza, que no lo conmueve *ningún* cambio de personas, ni de instituciones ni de partidos dentro de la república democrática burguesa.

Hay que advertir, además, que Engels llama también con la mayor precisión al sufragio universal instrumento de dominación de la burguesía. El sufragio universal, dice, basándose evidentemente en la larga experiencia de la socialdemocracia alemana, es

> "el índice de la madurez de la clase obrera. No puede llegar ni llegará nunca a más en el Estado actual".

Los demócratas pequeñoburgueses, como nuestros eseristas y mencheviques, y sus hermanos carnales, todos los socialchovinistas y oportunistas de Europa Occidental, esperan "más", en efecto, del sufragio universal. Sustentan ellos mismos e inculcan al pueblo la falsa idea de que el sufragio universal es, "en el Estado *actual*", un medio capaz de revelar verdaderamente la voluntad de la mayoría de los trabajadores y garantizar su cumplimiento.

Aquí sólo podemos señalar esta falsa idea, apuntar que la afirmación de Engels, completamente clara, precisa y concreta se adultera a cada paso en la propaganda y en la agitación de los partidos socialistas "oficiales" (es decir, oportunistas). Más adelante, en nuestra exposición de las concepciones de Marx y Engels acerca del Estado "*actual*", explicaremos en detalle toda la falsedad de esta idea, rechazada aquí por Engels.

En la más popular de sus obras, Engels hace un resumen general de sus puntos de vista en los siguientes términos;

> "Por tanto, el Estado no ha existido eternamente. Ha habido sociedades que se las arreglaron sin él, que no tuvieron la menor noción del Estado ni de su poder. Al llegar a cierta fase del desarrollo económico, que estaba ligada necesariamente a la división de la sociedad en clases, esta división hizo del Estado una necesidad. Ahora nos aproximamos con rapidez a una fase de desarrollo de la producción en que la existencia de estas clases no sólo deja de ser una necesidad, sino que se convierte en un obstáculo directo para la producción. Las clases desaparecerán de un modo tan inevitable como surgieron en su día. Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado. La sociedad, reorganizando de un modo nuevo la producción sobre la base de una asociación libre de productores iguales, enviará toda la máquina del Estado al lugar que entonces le ha de corresponder: al museo de antigüedades, junto a la rueca y al hacha de bronce".

No es frecuente encontrar esta cita en las publicaciones de propaganda y agitación de la socialdemocracia contemporánea. Pero incluso cuando la encontramos, se trata, casi siempre, de una especie de reverencia ante un icono, o sea, de un homenaje oficial a Engels, sin el menor intento de analizar la amplitud y profundidad de la revolución que supone este "enviar toda la máquina del Estado al museo de antigüedades". En la mayoría de los casos, ni siquiera se ve que se comprenda a qué llama Engels máquina del Estado.

4. La "extinción" del estado y la revolución violenta.

Las palabras de Engels sobre la "extinción" del Estado gozan de tanta celebridad, se citan tan a menudo y muestran con tanto relieve dónde está el quid de la adulteración corriente del marxismo, por medio de la cual se le adapta al oportunismo que es preciso examinarlas con todo detalle. Reproduciremos entero el pasaje en que figuran estas palabras.

> "El proletariado toma en sus manos el poder del Estado y convierte, en primer lugar, los medios de producción en propiedad del Estado. Pero con este mismo acto se destruye a sí mismo como proletariado y destruye toda diferencia y todo antagonismo de clase y, con ello, el Estado como tal. La sociedad, hasta el presente movida entre los antagonismos de clase, ha necesitado del Estado, o sea, de una organización de la correspondiente clase explotadora, para mantener las condiciones exteriores de producción, y, por

tanto, particularmente para mantener por la fuerza a la clase explotada en las condiciones de opresión (la esclavitud, la servidumbre y el trabajo asalariado), determinadas por el modo de producción existente. El Estado era el representante oficial de toda la sociedad, su síntesis en un cuerpo social visible; pero lo era sólo como Estado de la clase que en su época representaba a toda la sociedad: en la antigüedad era el Estado de los ciudadanos esclavistas; en la Edad Media, el de la nobleza feudal; en nuestros tiempos es el de la burguesía. Cuando el Estado se convierta, finalmente, en representante efectivo de toda la sociedad, será por sí mismo superfluo. Cuando ya no exista ninguna clase social a la que haya que mantener en la opresión; cuando desaparezcan, junto con la dominación de clase, junto con la lucha por la existencia individual engendrada por la actual anarquía de la producción, los choques y los excesos resultantes de esta lucha; cuando ocurra eso, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta, por tanto, esa fuerza especial de represión: el Estado. El primer acto en que el Estado se manifiesta efectivamente como representante de toda la sociedad -la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad- es a la par su último acto independiente como Estado. La intervención de la autoridad del Estado en las relaciones sociales se hará superflua en un campo tras otro de la vida social y se adormecerá por sí misma. El gobierno sobre las personas es sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción. El Estado no es "abolido": *se extingue*. Esto debe servir de punto de partida para juzgar el valor de esa frase sobre el "Estado popular libre", en lo que toca a su justificación provisional como consigna de agitación y en lo que se refiere a su falta absoluta de fundamento científico. Exactamente, debe servir de punto de partida para juzgar el valor de la exigencia de los llamados anarquistas de que el Estado sea abolido de la noche a la mañana" (*Anti-Dühring. La subversión de la ciencia por el señor Eugenio Dühring*, págs. 301-303 de la tercera edición alemana).

Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que de esta exposición de Engels, riquísima en ideas, lo único que ha pasado a ser verdadero patrimonio del pensamiento socialista, en los partidos socialistas actuales, es la tesis de que, según Marx, el Estado "se extingue", a diferencia de la doctrina anarquista de la "abolición" del Estado. Truncar así el marxismo significa convertirlo en oportunismo, pues con tal "interpretación" sólo queda en pie una noción confusa de un cambio lento, paulatino, gradual, sin saltos ni tormentas, sin revoluciones. Hablar de la "extinción" del Estado en el sentido habitual, generalizado, de masas, si cabe decirlo así, equivale indudablemente a esfumar, si no a negar, la revolución.

Pero semejante "interpretación" es el más burdo falseamiento del marxismo, un falseamiento que sólo favorece a la burguesía y que se asienta teóricamente en el olvido de importantísimas circunstancias y consideraciones señaladas, por ejemplo, en el "resumen" contenido en el pasaje de Engels que hemos reproducido íntegramente.

Primera. Engels dice al comienzo mismo de este pasaje que el proletariado, al tomar el poder estatal, "destruye, con ello, el Estado como tal". "No es usual" pararse a pensar en lo que significa esto. Lo corriente es desentenderse de ello en absoluto o considerarlo algo así como una "debilidad hegeliana" de Engels. En realidad, estas palabras formulan de modo conciso la experiencia de una de las más grandes revoluciones proletarias, la experiencia de la Comuna de París de 1871, de la cual hablaremos con mayor detalle en su lugar. En realidad, Engels habla aquí de la "destrucción" del Estado *de la burguesía* por la revolución proletaria, mientras que las palabras relativas a la extinción del Estado se refieren a los restos del Estado *proletario después* de la revolución socialista. El Estado burgués no "se extingue", según Engels, sino que "*es destruido*" por el proletariado en la revolución. El que se extingue, después de esta revolución, es el Estado o semi-Estado proletario.

Segunda. El Estado es una "fuerza especial de represión". Engels nos ofrece aquí esta magnífica y profundísima definición con la más completa claridad. Y de ella se deduce que esa "fuerza especial de represión" del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por unos puñados de ricachones, debe sustituirse con una "fuerza especial de represión" de la burguesía por el proletariado (dictadura del proletariado). En esto consiste precisamente "la destrucción del Estado como tal". En esto consiste precisamente el "acto" de la toma de posesión de los medios de producción en nombre de la sociedad. Y es evidente de por sí que *semejante* sustitución de una "fuerza especial" (la burguesa) con otra "fuerza especial" (la proletaria) no puede ya operarse, en modo alguno, en forma de "extinción".

Tercera. Al hablar de la "extinción" y -con palabra todavía más plástica y gráfica- del "adormecimiento" del Estado, Engels se refiere con absoluta claridad y precisión a la época *posterior* a "la toma de posesión de los medios de producción por el Estado en nombre de toda la sociedad"; es decir, a la época *posterior* a la revolución socialista. Todos sabemos que la forma política del "Estado" en esta época es la democracia más completa. Pero a ninguno de los oportunistas, que tergiversan desvergonzadamente el marxismo, se le ocurre pensar que, por consiguiente, Engels habla aquí del "adormecimiento" y la "extinción" de *la democracia*.

A primera vista, esto parece muy extraño. Pero es "incomprensible" únicamente para quienes no hayan comprendido que la democracia es *también* un Estado y que, en consecuencia, la democracia desaparecerá asimismo cuando desaparezca el Estado. El Estado burgués sólo puede ser "destruido" por la revolución. El Estado en general, es decir, la más completa democracia, sólo puede "extinguirse".

Cuarta. Después de formular su famosa tesis: "El Estado se extingue", Engels aclara a renglón seguido, de un modo concreto, que esta tesis va dirigida tanto contra los oportunistas como contra los anarquistas. Y Engels coloca en primer plano la conclusión de su tesis sobre "la extinción del Estado", dirigida contra los oportunistas.

Puede apostarse que de diez mil personas que hayan leído u oído hablar de la "extinción" del Estado, nueve mil novecientas noventa ignoran en absoluto o no recuerdan que Engels dirigió sus conclusiones derivadas de esta tesis *no sólo* contra los anarquistas. Y de las diez personas restantes, lo más probable es que nueve no sepan lo que es el "Estado popular libre" y por qué combatir esta consigna significa atacar a los oportunistas. ¡Así se escribe la historia! Así se falsea imperceptiblemente la gran doctrina revolucionaria y se la adapta al filisteísmo reinante. La conclusión contra los anarquistas se ha repetido miles de veces, se ha vulgarizado, se ha inculcado en las cabezas con la mayor simplicidad y ha adquirido la solidez de un prejuicio. ¡Pero la conclusión contra los oportunistas ha sido esfumada y "olvidada"!

El "Estado popular libre" era una reivindicación programática y una consigna en boga de los socialdemócratas alemanes en los años 70. En esta consigna no hay el menor contenido político, fuera de una filistea y enfática descripción del concepto de democracia. Engels estaba dispuesto a "justificar" "por cierto tiempo" esta consigna, desde el punto de vista de la agitación, por cuanto con ella se aludía legalmente a la república democrática. Pero esta consigna era oportunista, pues expresaba no sólo el embellecimiento de la democracia burguesa, sino también la incomprensión de la crítica socialista de todo Estado en general. Somos partidarios de la república democrática como la mejor forma de Estado para el proletariado en el capitalismo; pero no tenemos derecho a olvidar que la esclavitud asalariada es el destino del pueblo, incluso en la república burguesa más democrática. Prosigamos. Todo Estado es una "fuerza especial de represión" de la clase oprimida. Por eso, todo Estado ni es libre ni es popular. Marx y Engels explicaron esto reiteradamente a sus camaradas de partido en la década del 70.

Quinta. Esta misma obra de Engels, de la que todos recuerdan la idea de la extinción del Estado, contiene un pasaje sobre la importancia de la revolución violenta. Engels convierte en un verdadero panegírico de la revolución violenta la valoración histórica de su papel. Esto "nadie lo recuerda". En los partidos socialistas contemporáneos no es usual hablar de la importancia de esta idea, ni siquiera pensar en ella: semejantes ideas no desempeñan ningún papel en la propaganda ni en la agitación cotidianas entre las masas. Y, sin embargo, están indisolublemente unidas a la "extinción" del Estado y forman con ella un todo armónico.

He aquí el pasaje de Engels:

> "...En cuanto a que la violencia desempeña asimismo en la historia un papel muy distinto" (además del de agente del mal), "un papel revolucionario; para decirlo con las palabras de Marx, el papel de comadrona de toda sociedad antigua que lleva en sus entrañas otra nueva[7], de instrumento por medio del cual vence el movimiento social y saltan hechas añicos las formas políticas fosilizadas y muertas, el señor Dühring no nos dice ni una palabra. Únicamente reconoce, entre suspiros y gemidos, que acaso para derrocar el régimen de explotación no haya más remedio que acudir a la violencia: desgraciadamente, añade, pues el empleo de la violencia desmoraliza siempre a quien la emplea. ¡Y nos dice esto, a pesar del alto vuelo moral e intelectual que ha sido siempre la consecuencia de toda revolución victoriosa! Y nos lo dice en Alemania, donde un choque violento -que puede ser impuesto al pueblo- tendría, cuando menos, la ventaja de desterrar de la conciencia nacional ese servilismo que se ha apoderado de ella desde la humillación de la Guerra de los Treinta Años[8]. ¿Y este modo de pensar sin savia y sin fuerza, propio de un sermoneador, es el que pretende imponerse al partido más revolucionario que conoce la historia?" (pág. 193, tercera edición alemana, final del capítulo IV de la parte 11).

¿Cómo es posible unir en una sola doctrina este panegírico de la revolución violenta, ofrecido con insistencia por Engels a los socialdemócratas alemanes desde 1878 hasta 1894, es decir, hasta los últimos días de su vida, con la teoría de la "extinción" del Estado?

De ordinario se unen ambas cosas con ayuda del eclecticismo, desgajando a capricho (o para complacer a los potentados), sin atenerse a los principios o de un modo sofístico, ora uno ora otro razonamiento. Y en el noventa y nueve por ciento de los casos, si no en más, se adelanta a un primer plano precisamente la tesis de la "extinción". Se sustituye la dialéctica por el eclecticismo: es la actitud más habitual y más general ante el marxismo en las publicaciones socialdemócratas oficiales de nuestros días. Esta sustitución no tiene, ciertamente, nada de nuevo; ha podido observarse incluso en la historia de

la filosofía clásica griega. Con la adaptación del marxismo al oportunismo, el eclecticismo, presentado como dialéctica, engaña con la mayor facilidad a las masas, les da una aparente satisfacción, parece tener en cuenta todos los aspectos del proceso, todas las tendencias del desarrollo, todas las influencias contradictorias, etc., cuando en realidad no proporciona ninguna concepción completa y revolucionaria del proceso del desarrollo social.

Hemos dicho ya antes, y lo demostraremos con mayor detalle en nuestra exposición ulterior, que la doctrina de Marx y Engels sobre la ineluctabilidad de la revolución violenta se refiere al Estado burgués. Este *no puede* ser sustituido por el Estado proletario (por la dictadura del proletariado) mediante la "extinción", sino sólo, como regla general, mediante la revolución violenta. El panegírico que dedica Engels a esta última y que coincide por completo con reiteradas manifestaciones de Marx (recordemos el final de *Miseria de la Filosofía* y del *Manifiesto Comunista*, donde se proclama con franqueza y orgullo la ineluctabilidad de la revolución violenta; recordemos la crítica del Programa de Gotha de 1875, casi treinta años después, en la que Marx fustiga implacablemente el oportunismo de este Programa[9]), dicho panegírico no tiene nada de "apasionamiento", ni de declamación ni de argucia polémica. La necesidad de educar sistemáticamente a las masas en *esta* idea de la revolución violenta, y precisamente en esta, es la base de *toda* la doctrina de Marx y Engels. La traición a su doctrina por las corrientes socialchovinista y kautskiana, imperantes hoy, se manifiesta con singular relieve en el olvido por unos y otros de *esta* propaganda y de esta agitación.

La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, sólo es posible mediante un proceso de "extinción".

Marx y Engels desarrollaron estas ideas de un modo minucioso y concreto, estudiando cada situación revolucionaria y analizando las enseñanzas proporcionadas por la experiencia de cada revolución. Pasamos a examinar esta parte de su doctrina, que es, sin duda alguna, la más importante.

Capítulo II. El estado y la revolución. La experiencia de 1848 a 1851.

1. En vísperas de la revolución.

Las primeras obras del marxismo maduro, la *Miseria de la Filosofía* y el *Manifiesto Comunista*, aparecieron precisamente en vísperas de la revolución de 1848. Esta circunstancia hace que dichas obras contengan hasta cierto punto, además de una exposición de los fundamentos generales del marxismo, un reflejo de la situación revolucionaria concreta de entonces; por eso será, quizá, más conveniente analizar lo que los autores de tales libros dicen acerca del Estado, antes de examinar las conclusiones que sacaron de la experiencia de 1848 a 1851.

> "...En el transcurso de su desarrollo -escribe Marx en *Miseria de la Filosofía*-, la clase obrera sustituirá la antigua sociedad civil por una asociación que excluya las clases y su antagonismo; y no existirá ya un poder político propiamente dicho, pues el poder político es precisamente la expresión oficial del antagonismo de las clases dentro de la sociedad civil" (pág. 182 de la edición alemana de 1885).

Es instructivo confrontar esta exposición general de la idea referente a la desaparición del Estado, después de la supresión de las clases, con la exposición que contiene el *Manifiesto Comunista*, escrito por Marx y Engels algunos meses después, a saber, en noviembre de 1847:

> "...Al esbozar las fases más generales del desarrollo del proletariado, hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos oculta que se desarrolla en el seno de la sociedad existente, hasta el momento en que se transforma en una revolución abierta, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominación...
>
> "...Como ya hemos visto más arriba, el primer paso de la revolución obrera es la transformación" (literalmente: elevación) "del proletariado en clase dominante, la conquista de la democracia.
>
> "El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas" (págs. 31 y 37 de la 7ª edición alemana, de 1906).

Vemos formulada aquí una de las ideas más notables e importantes del marxismo acerca del Estado: la idea de "la dictadura del proletariado" (como empezaron a denominar la Marx y Engels después de la Comuna de París), y así mismo una definición del Estado, interesante en grado sumo, que se cuenta también entre las "palabras olvidadas" del marxismo "*El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante*".

Esta definición del Estado nunca ha sido explicada en las publicaciones principales de propaganda y agitación de los partidos socialdemócratas oficiales. Es más, se la ha dado expresamente al olvido, pues es inconciliable por completo con el reformismo y se da de bofetadas con los prejuicios oportunistas corrientes y las ilusiones filisteas respecto al "desarrollo pacífico de la

democracia".

El proletariado necesita del Estado, repiten todos los oportunistas, socialchovinistas y kautskianos, asegurando que ésa es la doctrina de Marx. Pero "*olvidan*" añadir que, primero, según Marx, el proletariado sólo necesita de un Estado que se extinga, es decir, organizado de tal modo que comience a extinguirse inmediatamente y no pueda dejar de extinguirse; y, segundo, que los trabajadores necesitan del "Estado", "es decir, el proletariado organizado como clase dominante".

El Estado es una organización especial de la fuerza, una organización de la violencia para reprimir a otra clase, cualquiera que sea. ¿A qué clase tiene que reprimir el proletariado? Está claro que únicamente a la clase explotadora, es decir, a la burguesía. Los trabajadores necesitan del Estado sólo para aplastar la resistencia de los explotadores. Y este aplastamiento puede dirigirlo y efectuarlo sólo el proletariado, la única clase consecuentemente revolucionaria, la única clase capaz de unir a todos los trabajadores y explotados en la lucha contra la burguesía, por la completa eliminación de ésta.

Las clases explotadoras necesitan de la dominación política para mantener la explotación, es decir, en provecho egoísta de una insignificante minoría contra la inmensa mayoría del pueblo. Las clases explotadas necesitan de la dominación política para suprimir completamente toda explotación, es decir, en provecho de la inmensa mayoría del pueblo contra una insignificante minoría: los esclavistas modernos, o sea, los terratenientes y capitalistas.

Los demócratas pequeñoburgueses, esos seudosocialistas que han sustituido la lucha de clases con sueños sobre la conciliación de las clases, se han imaginado también la transformación socialista de un modo soñador, no como el derrocamiento de la dominación de la clase explotadora, sino como la sumisión pacífica de la minoría a la mayoría, que habrá adquirido conciencia de su misión. Esta utopía pequeñoburguesa, unida de manera indisoluble al reconocimiento de un Estado situado por encima de las clases, ha conducido en la práctica a traicionar los intereses de las clases trabajadoras, como lo demuestra, por ejemplo, la historia de las revoluciones francesas de 1848 y 1871, como lo demuestra también la experiencia de participación "socialista" en ministerios burgueses en Inglaterra, Francia, Italia y otros países a fines del siglo XIX y comienzos del XX[10].

Marx luchó durante toda su vida contra este socialismo pequeñoburgués, hoy resucitado en Rusia por los partidos eserista y menchevique. Marx desarrolló de manera consecuente la doctrina de la lucha de clases hasta llegar a la doctrina del poder político, del Estado.

La dominación de la burguesía sólo puede ser abolida por el proletariado, como clase especial cuyas condiciones económicas de existencia le preparan para esa abolición y le dan posibilidades y fuerzas para efectuarla. La burguesía fracciona y dispersa a los campesinos y a todos los sectores pequeñoburgueses, pero cohesiona, une y organiza al proletariado. Sólo el proletariado -en virtud del papel económico que desempeña en la gran producción- puede ser el jefe de *todas* las masas trabajadoras y explotadas, a quienes la burguesía explota, esclaviza y oprime con frecuencia no menos, sino más que a los proletarios, pero que son incapaces de luchar *por su cuenta* para conquistar su propia liberación.

La teoría de la lucha de clases, aplicada por Marx al problema del Estado y de la revolución socialista, conduce necesariamente a reconocer *la dominación política* del proletariado, su dictadura, es decir, un poder no compartido con nadie y que se asienta de modo directo en la fuerza armada de las masas. El derrocamiento de la burguesía sólo puede realizarse mediante la transformación del proletariado *en clase dominante*, capaz de sofocar la resistencia inevitable y desesperada de la burguesía y de organizar para el nuevo régimen económico *a todas* las masas trabajadoras y explotadas.

El proletariado necesita del poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para sofocar la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a una gigantesca masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía y a los semiproletarios, en la obra de "poner a punto" la economía socialista.

Al educar al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, una vanguardia capaz de tomar el poder y *conducir a todo el pueblo* al socialismo, de orientar y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, el dirigente y el guía de todos los trabajadores y explotados en la obra de ordenar su propia vida social sin la burguesía y contra la burguesía. Por el contrario, el oportunismo imperante hoy forma en el partido obrero representantes de los obreros mejor retribuidos, que se apartan de las masas y "se colocan" pasaderamente en el capitalismo, vendiendo por un plato de lentejas su derecho de primogenitura, o sea, renunciando al papel de jefes revolucionarios del pueblo contra la burguesía.

"El Estado, es decir, el proletariado organizado como clase dominante": esta teoría de Marx está vinculada de manera indisoluble a toda su doctrina acerca de la misión revolucionaria del proletariado en la historia. El coronamiento de esa misión es la dictadura proletaria, la dominación política del proletariado.

Pero si el proletariado necesita del Estado como organización *especial* de la violencia *contra* la burguesía, de ahí se deduce por sí misma una conclusión: ¿es posible crear semejante organización sin destruir previamente, sin demoler la máquina del

Estado que ha creado *para sí* la burguesía? A esta conclusión lleva directamente el *Manifiesto Comunista*, y Marx habla de ella al hacer resumir la experiencia de la revolución de 1848 a 1851.

2. El balance de la revolución.

En su obra *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx hace el balance de la revolución de 1848 a 1851 y dedica el siguiente pasaje al problema del Estado, que es el que nos interesa:

> "...Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851" (día del golpe de Estado de Luis Bonaparte) "había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario para tener la posibilidad de derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a la perfección *el poder ejecutivo*, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, se enfrenta con él, como único blanco contra el que debe *concentrar todas sus fuerzas de destrucción*" (subrayado por nosotros). "Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!
>
> "Este poder ejecutivo, con su inmensa organización burocrática y militar, con su compleja y artificiosa máquina del Estado, un ejército de funcionarios que suma medio millón de hombres, junto a un ejército de otro medio millón de hombres; este espantoso organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la sociedad francesa y le tapona todos los poros, surgió en la época de la monarquía absoluta, de la decadencia del régimen feudal, que dicho organismo contribuyó a acelerar". La primera revolución francesa desarrolló la centralización, "pero, al mismo tiempo, amplió el volumen, las atribuciones y el número de servidores del podes del gobierno. Napoleón perfeccionó esta máquina del Estado". La monarquía legítima y la monarquía de julio "no añadieron nada más que una mayor división del trabajo...
>
> "...Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viose obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. *Todas las revoluciones perfeccionaron esta máquina, en vez de destruirla*" (subrayado por nosotros). "Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor"" (*El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, págs. 98-99, 4a ed., Hamburgo, 1907).

En este notable pasaje, el marxismo da un gigantesco paso adelante en comparación con el *Manifiesto Comunista*. Allí, la cuestión del Estado se planteaba todavía de un modo abstracto en extremo, usando las nociones y expresiones más generales. Aquí se plantea de un modo concreto, y la conclusión a que se llega es exacta y precisa en grado superlativo, prácticamente tangible: todas las revoluciones anteriores perfeccionaron la máquina del Estado, pero lo que hace falta es romperla, destruirla.

Esta conclusión es lo principal, lo fundamental, en la teoría del marxismo acerca del Estado. Y precisamente esto fundamental es lo que *han olvidado* por completo los partidos socialdemócratas oficiales imperantes y *ha tergiversado* a todas luces (como veremos más adelante) C. Kautsky, el teórico más destacado de la II Internacional.

En el *Manifiesto Comunista* se resumen los resultados generales de la historia, que obligan a ver en el Estado un órgano de dominación de clase y llevan a la conclusión inevitable de que el proletariado no puede derrocar a la burguesía si no conquista primero el poder político, si no logra la dominación política, si no transforma el Estado en "el proletariado organizado como clase dominante"; a la conclusión de que este Estado proletario comienza a extinguirse inmediatamente después de triunfar, pues en una sociedad sin contradicciones de clase el Estado es innecesario e imposible. Pero aquí no se plantea cómo deberá realizarse -desde el punto de vista del desarrollo histórico- esta sustitución del Estado burgués con el Estado proletario.

Este problema es precisamente el que plantea y resuelve Marx en 1852. Fiel a su filosofía del materialismo dialéctico, toma como base la experiencia histórica de los grandes años de la revolución: de 1848 a 1851. En este caso, como siempre, la doctrina de Marx es *un resumen de la experiencia* alumbrado por una profunda concepción filosófica del mundo y por un rico conocimiento de la historia.

El problema del Estado se plantea de una manera concretas ¿cómo ha surgido históricamente el Estado burgués, la máquina estatal que necesita la burguesía?, ¿cuáles han sido sus cambios y su evolución en el transcurso de las revoluciones burguesas y ante las acciones independientes de las clases oprimidas?, ¿cuáles son las tareas del proletariado en lo que atañe a esta máquina del Estado?

El poder estatal centralizado, propio de la sociedad burguesa, surgió en la época de la caída del absolutismo. Dos son las instituciones más típicas de esta máquina estatal: la burocracia y el ejército permanente. En las obras de Marx y Engels se habla reiteradas veces de los miles de hilos que unen estas instituciones precisamente con la burguesía. La experiencia de cada obrero revela esa unión de un modo extraordinariamente palmario e impresionante.

La clase obrera aprende en su propia carne a conocer estos vínculos. Por eso capta con tanta facilidad y asimila tan bien la ciencia del carácter inevitable de esos vínculos, ciencia que los demócratas pequeñoburgueses niegan por ignorancia y por frivolidad, o reconocen "en general", de un modo todavía más frívolo, olvidándose de sacar las conclusiones prácticas correspondientes.

La burocracia y el ejército permanente son un "parásito" adherido al cuerpo de la sociedad burguesa, un parásito engendrado por las contradicciones internas que desgarran a esta sociedad; pero, precisamente, un parásito que "tapona" los poros vitales. El oportunismo kautskiano, que impera hoy en la socialdemocracia oficial, considera patrimonio especial y exclusivo del anarquismo la idea del Estado como *un organismo parasitario*. Por supuesto, esta adulteración del marxismo es ventajosa sobremanera para los filisteos que han llevado el socialismo a la ignominia inaudita de justificar y embellecer la guerra imperialista, aplicándole el concepto de "defensa de la patria"; pero es, a pesar de todo, una tergiversación indiscutible.

Esta máquina burocrática y militar se desarrolla, perfecciona y afianza a través de las numerosísimas revoluciones burguesas que ha conocido Europa desde la caída del feudalismo. En particular, precisamente la pequeña burguesía es atraída por la gran burguesía y sometida a ella en grado considerable gracias a esta máquina, que proporciona a los sectores superiores de los campesinos, de los pequeños artesanos, de los comerciantes, etc., puestos relativamente cómodos, tranquilos y honorables, los cuales colocan a sus poseedores *por encima* del pueblo. Observen lo ocurrido en Rusia durante el medio año transcurrido desde el 27 de febrero de 1917[11]: los cargos burocráticos, que antes se adjudicaban preferentemente a los ultrarreaccionarios, se han convertido en botín de democonstitucionalistas[12], mencheviques y eseristas. En el fondo, no se pensaba en reformas serias, esforzándose por demorarlas "hasta la Asamblea Constituyente", y aplazando poco a poco la Asamblea Constituyente ¡hasta el final de la guerra! ¡Pero para repartirse el botín, para ocupar los puestos de ministros, viceministros, gobernadores generales, etc., etc., no se han dado largas ni se ha esperado a ninguna Asamblea Constituyente! En el fondo, el juego de las combinaciones para formar gobierno ha sido únicamente la expresión del reparto y redistribución del "botín", de arriba abajo, en todo el país, en toda la administración central y local. El balance, un balance objetivo, del medio año comprendido entre el 27 de febrero y el 27 de agosto de 1917 es indiscutible: se han aplazado las reformas, se han repartido los puestos burocráticos y se han corregido, mediante algunos reajustes, los "errores" cometidos en el reparto.

Pero cuanto más frecuentes son estos "reajustes" del aparato burocrático entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses (entre los democonstitucionalistas, eseristas y mencheviques, si nos atenemos al ejemplo ruso), tanto más evidente es para las clases oprimidas y para el proletariado que las encabeza su oposición inconciliable a toda la sociedad burguesa. De ahí la necesidad para todos los partidos burgueses, incluyendo a los más democráticos y "democráticos revolucionarios", de intensificar la represión contra el proletariado revolucionario, de fortalecer el aparato represivo, es decir, la misma máquina del Estado. Este desarrollo de los acontecimientos obliga a la revolución a "*concentrar todas las fuerzas de destrucción*" contra el poder estatal, la obliga a señalarse el objetivo no de perfeccionar la máquina del Estado, sino *de destruirla*, *de aniquilarla*.

No fue el razonamiento lógico, sino el desarrollo efectivo de los acontecimientos, la experiencia viva de los años de 1848 a 1851, lo que condujo a este planteamiento del problema. Una prueba de la rigurosidad con que Marx se atiene a los hechos de la experiencia histórica es que en 1852 no plantea aún el problema concreto de *con qué* sustituir la máquina del Estado que ha de ser destruida. La experiencia no había proporcionado todavía materiales para esta cuestión, que la historia puso a la orden del día más tarde, en 1871. Obrando con la exactitud del investigador naturalista, en 1852 sólo podía registrarse una cosa: que la revolución proletaria se había *acercado de lleno* a la tarea de "concentrar todas las fuerzas de destrucción" contra el poder estatal, a la tarea de "romper" la máquina del Estado.

Puede preguntarse, a este respecto: ¿Es justo generalizar la experiencia, las observaciones y las conclusiones de Marx, trasplantándolas más allá de los límites de la historia de Francia durante los tres años comprendidos entre 1848 y 1851? Para analizar esta pregunta, comenzaremos por recordar una observación de Engels y pasaremos luego a los hechos.

> "...Francia -escribía Engels en el prólogo a la tercera edición de *El Dieciocho Brumario*- es el país en el que las luchas históricas de clases se han llevado siempre a su término decisivo más que en ningún otro sitio y donde, por tanto, las formas políticas sucesivas dentro de las que se han movido estas luchas de clases, y en las que han encontrado su expresión los resultados de las mismas, adquieren también los contornos más acusados. Centro del feudalismo en la Edad Media y país modelo de la monarquía unitaria estamental desde el Renacimiento, Francia pulverizó al feudalismo en la gran revolución e instauró la dominación pura de la burguesía en una forma clásica como ningún otro país de

Europa. También la lucha del proletariado, cada vez más vigoroso, contra la burguesía dominante reviste aquí una forma violenta, desconocida en otras partes" (pág. 4, ed. de 1907).

La última observación ha quedado anticuada, por cuanto a partir de 1871 se observa una interrupción en la lucha revolucionaria del proletariado francés, el bien esta interrupción por mucho que dure, no excluye en modo alguno la posibilidad de que, en la futura revolución proletaria, Francia se revele como el país clásico de la lucha de clases hasta su término decisivo.

Pero echemos un vistazo general a la historia de los países adelantados a fines del siglo XIX y comienzos del XX. Veremos que se desarrolla el mismo proceso, aunque de un modo más lento, más variado, y en un campo de acción mucho más extensos de una parte, la formación del "poder parlamentario" lo mismo en los países republicanos (Francia, Norteamérica, Suiza) que en los monárquicos (Inglaterra, Alemania hasta cierto punto, Italia, los países escandinavos, etc.); de otra parte la lucha por el poder entre los distintos partidos burgueses y pequeñoburgueses, que se reparten y redistribuyen el "botín" de los puestos burocráticos, dejando intactas las bases del régimen burgués; y, por último, el perfeccionamiento y la vigorización del "poder ejecutivo" de su máquina burocrática y militar.

Está fuera de toda duda que ésos son los rasgos generales que caracterizan la evolución moderna de los Estados capitalistas en general. En el transcurso de tres años, de 1848 a 1851, Francia mostró en una forma rápida, tajante y concentrada los procesos de desarrollo propios de todo el mundo capitalista.

Y, en particular, el imperialismo, la época del capital bancario, la época de los gigantescos monopolios capitalistas, la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, patentiza un fortalecimiento extraordinario de la "máquina estatal", un desarrollo inaudito de su aparato burocrático y militar con motivo de haber aumentado las represalias contra el proletariado, tanto en los países monárquicos como en los países republicanos más libres.

Es indudable que, en la actualidad, la historia del mundo conduce en proporciones incomparablemente más amplias que en 1852 a "la concentración de todas las fuerzas" de la revolución proletaria para "destruir" la máquina del Estado.

¿Con qué sustituirá el proletariado esta máquina? La Comuna de París nos proporciona, a este respecto, datos instructivos en extremo.

3. Como planteaba Marx la cuestión en 1852*.

En 1907 Mehring publicó en la revista *Neue Zeit*[13] (XXV, 2, pág. 164) fragmentos de una carta de Marx a Weydemeyer, fechada el 5 de marzo de 1852. Esta carta contiene, entre otros, el siguiente pasaje notable:

"Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases, y algunos economistas burgueses, la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción (*historische Entwicklungsphasen der Produktion*). 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases..."

Marx consiguió expresar en estas palabras, de un modo asombrosamente claro, dos cosas: primero, la diferencia principal y cardinal entre su doctrina y las doctrinas de los pensadores avanzados y más profundos de la burguesía, y segundo, la esencia de su teoría del Estado.

Lo fundamental en la doctrina de Marx es la lucha de clases. Así se dice y se escribe con mucha frecuencia. Pero no es exacto. De esta inexactitud dimana a cada paso una adulteración oportunista del marxismo, su falseamiento en un sentido aceptable para la burguesía. Porque la teoría de la lucha de clases *no fue* creada por Marx, sino por la burguesía *antes* de Marx, y es, en términos generales, *aceptable* para la burguesía. Quien reconoce *solamente* la lucha de clases no es aún marxista, puede resultar que no ha rebasado todavía el marco del pensamiento burgués y de la política burguesa. Circunscribir el marxismo a la teoría de la lucha de clases significa limitarlo, tergiversarlo, reducirlo a algo aceptable para la burguesía. Únicamente es marxista quien *hace extensivo* el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de *la dictadura del proletariado*. En ello estriba la más profunda diferencia entre un marxista y un pequeño (o un gran) burgués adocenado. En esta piedra de toque es en la que debe contrastarse la comprensión y el reconocimiento *verdaderos* del marxismo. Y nada tiene de extraño que cuando la historia de Europa ha colocado *prácticamente* a la clase obrera ante tal problema, no sólo todos los oportunistas y reformistas, sino también todos los "kautskianos" (que vacilan entre el reformismo y el marxismo) hayan resultado ser miserables filisteos y demócratas pequeñoburgueses, que niegan la dictadura del proletariado. El folleto de Kautsky *La dictadura del proletariado*, publicado en agosto de 1918, es decir,

* Añadido a la segunda edición.

mucho después de haber aparecido la primera edición del presente libro, es un modelo de adulteración filistea del marxismo y de ignominiosa abjuración del mismo *de hecho*, aunque se le reconozca hipócritamente *de palabra* (véase mi folleto *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Petrogrado y Moscú, 1918[*])

El oportunismo de nuestros días, personificado por su portavoz principal, el ex marxista C. Kautsky cae de lleno dentro de la definición de la actitud *burguesa* hecha por Marx, y que hemos citado, pues este oportunismo circunscribe el reconocimiento de la lucha de clases al terreno de las relaciones burguesas. (¡Y dentro de este terreno, dentro de sus límites, ningún liberal culto se negaría a reconocer, "en principio" la lucha de clases!) El oportunismo no *hace llegar* el reconocimiento de la lucha de clases precisamente a lo más principal: al período de *transición* del capitalismo al comunismo, al período de *derrocamiento* de la burguesía y de completa *destrucción* de ésta. En realidad, es un período ineluctable de lucha de clases, en el cual esta última adquiere un encarnizamiento y unas formas violentas sin precedente. En consecuencia, el Estado de este periodo debe ser inevitablemente un Estado democrático *de manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial *de manera nueva* (contra la burguesía).

Además, la esencia de la teoría de Marx acerca del Estado sólo la asimila quien haya comprendido que la dictadura de *una* clase es necesaria no sólo en general, para toda sociedad dividida en clases, no sólo para *el proletariado* después de derrocar a la burguesía, sino también para todo *el período histórico* que separa el capitalismo de la "sociedad sin clases", del comunismo. Las formas de los Estados burgueses son extraordinariamente diversas, pero su esencia es la misma; todos esos Estados son, de una manera o de otra, pero, en última instancia, necesariamente, *una dictadura de la burguesía*. Como es natural, la transición del capitalismo al comunismo no puede por menos de proporcionar una ingente abundancia y diversidad de formas políticas; mas la esencia de todas ellas será, necesariamente, una: *la dictadura del proletariado*[14].

Capítulo III. El estado y la revolución. La experiencia de la comuna de París de 1871. El análisis de Marx.

1. ¿En qué consiste el heroísmo de la tentativa de los comuneros?

Es sabido que algunos meses antes de la Comuna, en el otoño de 1870, Marx puso en guardia a los obreros de París, demostrando que la tentativa de derribar el gobierno sería un disparate dictado por la desesperación[15]. Pero cuando en marzo de 1871 *se impuso* a los obreros el combate y ellos lo aceptaron, cuando la insurrección fue un hecho, Marx aplaudió la revolución proletaria con el mayor entusiasmo, pese a los malos augurios. Marx no se aferró a la condena pedantesca de un movimiento "extemporáneo", como el tristemente célebre Plejánov, renegado ruso del marxismo, que en noviembre de 1905 escribió alentando a la lucha a los obreros y los campesinos y después de diciembre de 1905 rompió a gritar como un liberal cualquiera: "¡No se debía haber empuñado las armas!"[16]

Marx, sin embargo, no se limitó a entusiasmarse ante el heroísmo de los comuneros, que, según sus palabras, "asaltaban el cielo"[17]. Marx veía en aquel movimiento revolucionario de masas, aunque no llegó a alcanzar sus objetivos, una experiencia histórica de grandiosa importancia, un cierto paso adelante de la revolución proletaria mundial, un paso práctico más importante que cientos de programas y de razonamientos. Analizar esta experiencia, sacar de ella enseñanzas tácticas, revisar a la luz de ella su propia teoría: así concebía Marx su misión.

La única "corrección" que Marx consideró necesario introducir en el *Manifiesto Comunista* se la sugirió la experiencia revolucionaria de los comuneros de París.

El último prefacio a la nueva edición alemana del *Manifiesto Comunista*, firmado por sus dos autores, está fechado el 24 de junio de 1872. En este prefacio, los autores, Carlos Marx y Federico Engels, dicen que el programa del *Manifiesto Comunista* "ha envejecido en algunos de sus puntos".

> "...La Comuna ha demostrado, sobre todo –continúan-, que "la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines"..."

Las palabras puestas entre comillas dentro de esta cita fueron tomadas por sus autores de la obra de Marx *La guerra civil en Francia*.

Así pues, Marx y Engels atribuían una importancia tan gigantesca a esta enseñanza principal y fundamental de la Comuna de París que la introdujeron, como corrección esencial, en el *Manifiesto Comunista*.

Es elocuente en extremo que precisamente esta corrección esencial haya sido tergiversada por los oportunistas y que su sentido sea desconocido, quizá, para las nueve décimas partes, si no para el noventa y nueve por ciento, de los lectores del *Manifiesto Comunista*. De esta tergiversación trataremos en detalle más adelante, en un capítulo especial consagrado a las tergiversaciones. De momento será suficiente señalar que la manera habitual, vulgar, de "entender' las notables palabras de Marx citadas por nosotros consiste en suponer que Marx subraya aquí la idea del desarrollo lento, en oposición a la toma del poder y otras cosas por el estilo.

En realidad ocurre *precisamente lo contrario*. La

[*] Véase la presente edición, tomo IX. (*N. de la Edit.*)

idea de Marx consiste en que la clase obrera debe *destruir*, *romper* "la máquina del Estado tal y como está" y no limitarse simplemente a apoderarse de ella.

El 12 de abril de 1871, es decir, en plena época de la Comuna, Marx escribió a Kugelmann:

> "...Si te fijas en el último capítulo de mi *Dieciocho Brumario*, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa, no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrática y militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino "*romperla*" (subrayado por Marx; en el original: *zerbrechen*), "y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente. En esto consiste precisamente la tentativa de nuestros heroicos camaradas de París" (pág. 709 de la revista *Neue Zeit*, t. XX, 1, año 1901-1902). (Las cartas de Marx a Kugelmann se han publicado en ruso en dos ediciones, por lo menos; una de ellas, redactada por mí y con un prólogo mío).

Estas palabras -"romper la máquina burocrática y militar del Estado"- contienen, expresada de una manera sucinta, la enseñanza fundamental del marxismo acerca de las tareas del proletariado durante la revolución en lo que respecta al Estado. ¡Y es precisamente esta enseñanza la que no sólo se ha dado al olvido por completo, sino que ha sido adulterada patentemente por la "interpretación" imperante, kautskiana, del marxismo!

En cuanto a la alusión de Marx a *El Dieciocho Brumario*, hemos citado más arriba en su integridad el pasaje correspondiente.

Interesa destacar, en particular, dos puntos del razonamiento de Marx. En primer lugar, Marx limita su conclusión al continente. Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra seguía siendo aún un modelo de país netamente capitalista, pero sin casta militar y, en grado considerable, sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra, donde entonces se consideraba posible -y lo era- una revolución, incluso una revolución popular, sin la condición previa de destruir "la máquina del Estado tal y como está".

Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx desaparece. Inglaterra y Norteamérica, los más grandes y últimos representantes -en el mundo entero- de la "libertad" anglosajona en el sentido de ausencia de militarismo y burocratismo, han caído por completo en el cenagal inmundo y sangriento, común a toda Europa, de las instituciones burocráticas y militares, que todo lo someten y lo aplastan. Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es "condición previa de toda verdadera revolución popular" *destruir*, *romper* "la máquina del Estado tal y como está" (que allí ha alcanzado, de 1914 a 1917, la perfección "europea", la perfección común al imperialismo).

En segundo lugar, merece singular atención la profundísima observación de Marx de que la demolición de la máquina burocrática y militar del Estado es "condición previa de toda verdadera revolución *popular*". Este concepto de revolución "popular" parece extraño en boca de Marx, y los plejanovistas y mencheviques rusos, discípulos de Struve que quieren hacerse pasar por marxistas, podrían tal vez calificar de "lapsus" tal expresión de Marx. Han adulterado el marxismo en un espíritu tan miserablemente liberal que para ellos sólo existe la oposición entre revolución burguesa y revolución proletaria, e incluso esta oposición la conciben de un modo escolástico a más no poder.

Si tomamos como ejemplos las revoluciones del siglo XX, tendremos que considerar burguesas, lógicamente, las revoluciones portuguesa y turca. Pero ni una ni otra son revoluciones "populares", pues la masa del pueblo, su inmensa mayoría, no actúa ni en una ni en otra de manera perceptible y activa, por propia iniciativa, con sus propias reivindicaciones económicas y políticas. En cambio, la revolución burguesa de 1905 a 1907 en Rusia, aunque no registrase éxitos tan "brillantes" como los que lograron en ciertos momentos las revoluciones portuguesa y turca, fue, sin duda, una revolución "verdaderamente popular". Porque la masa del pueblo, su mayoría, los sectores "más bajos" de la sociedad, aplastados por el yugo y la explotación, se levantaron por propia iniciativa, marcaron todo el curso de la revolución con el sello de *sus* reivindicaciones, de *sus* intentos de construir a su modo una sociedad nueva en lugar de la sociedad vieja que querían destruir.

En la Europa de 1871, el proletariado no formaba la mayoría del pueblo en ningún país del continente. La revolución podía ser "popular", es decir, arrastrar de verdad al movimiento a la mayoría, sólo en el caso de que abarcara tanto al proletariado como a los campesinos. Ambas clases formaban entonces el "pueblo". Ambas clases están unidas por el hecho de que "la máquina burocrática y militar del Estado" las oprime, esclaviza y explota. *Destruir* esta máquina, *romperla*: en eso radica el verdadero interés del "pueblo", de su mayoría, de los obreros y de la mayoría de los campesinos; tal es la "condición previa" para una alianza libre de los campesinos pobres con los proletarios. Y sin esa alianza, la democracia será precaria, y la transformación socialista, imposible.

Como se sabe, hacia esa alianza se abría camino la Comuna de París, que no alcanzó su objetivo por diversas causas de carácter interno y externo.

Por consiguiente al hablar de "verdadera revolución popular", Marx, sin olvidar en absoluto las peculiaridades de la pequeña burguesía (de las cuales habló mucho y a menudo), tenía en cuenta con el mayor rigor la correlación efectiva de clases en la

mayoría de los Estados continentales de Europa en 1871. Y, por otra parte, hacía constar que la "destrucción" de la máquina estatal corresponde a los intereses de los obreros y campesinos, los une y les señala la tarea común de suprimir al "parásito" y sustituirlo con algo nuevo.

¿Con qué, concretamente?

2. ¿Con que sustituir la maquina del estado una vez destruida?

En 1847, en el *Manifiesto Comunista*, Marx daba a esta pregunta una respuesta todavía completamente abstracta, o, para ser más exactos, una respuesta que señalaba las tareas, pero no los medios de cumplirlas. Sustituir la máquina del Estado, una vez destruida, con "la organización del proletariado, como clase dominante", "con la conquista de la democracia": tal era la respuesta del *Manifiesto Comunista*.

Sin caer en utopías, Marx esperaba que *la experiencia* del movimiento de masas daría respuesta a la pregunta de qué formas concretas tendría la organización del proletariado como clase dominante y de qué modo esta organización sería compatible con "la conquista de la democracia" más completa y consecuente.

En *La guerra civil en Francia*, Marx analiza con la mayor atención la experiencia de la Comuna, por breve que fuera dicha experiencia. Citemos los pasajes más importantes de esta obra:

> En el siglo XIX se desarrolló, procedente de la Edad Media, "el poder estatal centralizado, con sus órganos omnipresentes: el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura". Al desarrollarse el antagonismo de clase entre el capital y el trabajo, "el poder del Estado fue adquiriendo cada vez más el carácter de poder nacional del capital sobre el trabajo, de fuerza pública organizada para la esclavización social, de máquina del despotismo de clase. Después de cada revolución, que marca un paso adelante en la lucha de clases, se acusa con rasgos cada vez más destacados el carácter puramente represivo del poder del Estado". Después de la revolución de 1848-1849, el poder del Estado se convierte en una "máquina nacional de guerra del capital contra el trabajo". El Segundo Imperio lo consolida.
>
> "La antítesis directa del Imperio era la Comuna". "Era la forma definida" "de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase..."

¿En qué consistió, concretamente, esta forma "definida" de la república proletaria, socialista? ¿Qué Estado comenzó a crear?

> "El primer decreto de la Comuna fue... la supresión del ejército permanente para sustituirlo por el pueblo armado..."

Esta reivindicación figura hoy en los programas de todos los partidos que desean llamarse socialistas. Pero el valor de sus programas nos lo prueba, mejor que nada, la conducta de nuestros eseristas y mencheviques, quienes precisamente después de la revolución del 27 de febrero ¡han renunciado, de hecho, a llevar a la práctica esta reivindicación!

> "La Comuna estaba formada por los consejeros municipales, elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera...
>
> "...En vez de continuar siendo un instrumento del gobierno central, la policía fue despojada inmediatamente de sus atributos políticos y convertida en instrumento de la Comuna, responsable ante ella y revocable en todo momento. Lo mismo se hizo con los funcionarios de las demás ramas de la administración. Desde los miembros de la Comuna para abajo, todos los que desempeñaban cargos públicos debían desempeñarlos por *el salario de un obrero*. Los intereses creados y los gastos de representación de los altos dignatarios del Estado desaparecieron con los altos dignatarios mismos... Una vez suprimidos el ejército permanente y la policía, que eran los elementos del poder material del antiguo gobierno, la Comuna tomó medidas inmediatamente para destruir la fuerza espiritual de represión, el poder de los curas... Los funcionarios judiciales perdieron su fingida independencia... En el futuro habían de ser funcionarios electivos, responsables y revocables..."

Por tanto, al destruir la máquina del Estado, la Comuna la sustituye aparentemente "sólo" con una democracia más completa: supresión del ejército permanente y elegibilidad y amovilidad plenas de todos los funcionarios. Pero, en realidad, este "sólo" representa una sustitución gigantesca de unas instituciones con otras de tipo distinto por principio. Nos hallamos precisamente ante un caso de "transformación de la cantidad en calidad": la democracia, hecha realidad del modo más completo y consecuente que pueda imaginarse, se convierte de democracia burguesa en democracia proletaria, de un Estado (fuerza especial de represión de una determinada clase) en algo que ya no es un Estado propiamente dicho.

Es necesario aún reprimir a la burguesía y vencer su resistencia. Esto era especialmente necesario para la Comuna, y una de las causas de su derrota radica en que no lo hizo con suficiente decisión. Pero, en este caso, el órgano represivo es ya la mayoría de la población y no una minoría, como había sido siempre, lo mismo bajo la esclavitud y la

servidumbre que bajo la esclavitud asalariada. ¡Y por cuanto la mayoría del pueblo es la que reprime *por sí misma* a sus opresores, *no es ya necesaria* una "fuerza especial" de represión! En este sentido, el Estado *comienza a extinguirse*. En vez de las instituciones especiales de una minoría privilegiada (la burocracia privilegiada, los jefes del ejército permanente), esta función puede desempeñarla directamente la propia mayoría. Y cuanto más intervenga todo el pueblo en la ejecución de las funciones propias del poder del Estado, tanto menos necesario será este poder.

Es singularmente notable, a este respecto, una medida de la Comuna subrayada por Marx: la supresión de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de *todos* los funcionarios públicos al nivel del "*salario de un obrero*". Aquí precisamente se expresa con la mayor evidencia *el viraje* de la democracia burguesa a la democracia proletaria, de la democracia de los opresores a la democracia de las clases oprimidas, del Estado como "*fuerza especial*" de represión de una clase determinada a la represión de los opresores por *la fuerza conjunta* de la mayoría del pueblo, de los obreros y los campesinos. ¡Y es justamente en este punto tan evidente -quizá el más importante en lo que respecta al problema del Estado- en el que más se dan al olvido las enseñanzas de Marx! En los comentarios de divulgación -cuya cantidad es innumerable- no se habla de esto. "Es usual" silenciarlo, como si se tratase de una "ingenuidad" pasada de moda; algo así como cuando los cristianos, después de convertirse el cristianismo en religión oficial, "dieron al olvido" las "ingenuidades" del cristianismo primitivo y su espíritu democrático revolucionario.

La reducción de los sueldos de los altos funcionarios públicos parece "simplemente" la reivindicación de una democracia ingenua, primitiva. Uno de los "fundadores" del oportunismo contemporáneo, el exsocialdemócrata E. Bernstein, se ha dedicado más de una vez a repetir las triviales burlas burguesas acerca de la democracia "primitiva". Como todos los oportunistas, como los katitskianos actuales, no ha comprendido en absoluto, primero, que el paso del capitalismo al socialismo *es imposible* sin cierto "retorno" a la democracia "primitiva" (porque ¿cómo, si no, pasar al desempeño de las funciones del Estado por la mayoría de la población, por toda ella?), y, segundo, que esta "democracia primitiva", basada en el capitalismo y en la cultura capitalista, no es la democracia primitiva de los tiempos prehistóricos o de la época precapitalista. La cultura capitalista *ha creado* la gran producción, las fábricas, los ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y, *sobre esta base*, la inmensa mayoría de las funciones del antiguo "poder estatal" se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control que son totalmente asequibles a cuantos saben leer y escribir, pueden ejecutarse por el corriente "salario de un obrero", pueden (y deben) ser despojadas de toda sombra de algo privilegiado y "jerárquico".

La completa elegibilidad y amovilidad de todos los funcionarios *en cualquier momento* y la reducción de su sueldo al nivel del corriente "salario de un obrero", estas medidas democráticas, sencillas y "comprensibles por sí mismas", unen por completo los intereses de los obreros y de la mayoría de los campesinos y, al mismo tiempo, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización estatal, puramente política, de la sociedad; pero es evidente que adquieren su pleno sentido e importancia sólo en conexión con "la expropiación de los expropiadores", ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios en producción en propiedad social.

> "La Comuna -escribió Marx- convirtió en una realidad el tópico de todas las revoluciones burguesas, "un gobierno barato", al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado".

Entre los campesinos, lo mismo que en los demás sectores de la pequeña burguesía, sólo una minoría insignificante "se eleva", "se abre camino" en el sentido burgués, es decir, se convierte en gente acomodada, en burgueses o en funcionarios con una situación estable y privilegiada. La mayoría abrumadora de los campesinos de todos los países capitalistas en que existe una masa campesina (y estos países capitalistas forman la mayoría) se halla oprimida por el gobierno y ansía derrocarlo, ansía un gobierno "barato". Eso puede realizarlo *únicamente* el proletariado y, al realizarlo, da un paso hacia la transformación socialista del Estado.

3. La abolición del parlamentarismo.

> "La Comuna -escribió Marx- no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo...
>
> "...En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar (*ver- und zertreten*) al pueblo en el Parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo, organizado en comunas, de la misma manera que el sufragio individual sirve a los patronos que buscan obreros, inspectores y administradores para sus negocios".

Esta excelente crítica del parlamentarismo, hecha en 1871, figura también hoy, gracias al predominio del social chovinismo y del oportunismo, entre las

"palabras olvidadas" del marxismo. Los ministros y parlamentarios profesionales, los traidores al proletariado y los socialistas "mercantilistas" de nuestros días han cedido por entero a los anarquistas la crítica del parlamentarismo, y sobre esta base asombrosamente sensata han declarado que *toda* crítica del parlamentarismo es ¡¡anarquismo!! No tiene nada de extraño que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", asqueado de "socialistas" como los Scheidemann, los David, los Legien, los Sembat, los Renaudel, los Henderson, los Vandervelde, los Stauning, los Branting, los Bissolati y Cía., haya simpatizado cada día más con el anarcosindicalismo, pese a que éste es hermano carnal del oportunismo.

Pero la dialéctica revolucionaria jamás fue para Marx esa huera frase de moda, esa bagatela en que la han convertido Plejánov, Kautsky y otros. Marx sabía romper implacablemente con el anarquismo por la incapacidad de este último para aprovechar incluso el "establo" del parlamentarismo burgués, sobre todo cuando es evidente que no existe una situación revolucionaria; mas, al mismo tiempo, sabía también hacer una crítica auténticamente revolucionaria, proletaria, del parlamentarismo.

Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: ésa es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués, tanto en las monarquías constitucionales parlamentarias como en las repúblicas más democráticas.

Ahora bien, si planteamos la cuestión del Estado, si enfocamos el parlamentarismo -como institución del Estado- desde el punto de vista de las tareas del proletariado en este terreno, ¿cómo salir, entonces, del parlamentarismo?, ¿cómo es posible prescindir de él?

Hay que decirlo una y otra vez: las enseñanzas de Marx basadas en la experiencia de la Comuna están tan olvidadas que para el "socialdemócrata" moderno (léase: para el actual traidor al socialismo) es realmente incomprensible otra crítica del parlamentarismo que no sea la anarquista o la reaccionaria.

La salida del parlamentarismo no está, como es natural, en abolir las instituciones representativas y la elegibilidad, sino en transformar dichas instituciones de jaulas de cotorras en corporaciones "de trabajo". "La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo".

"No un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo": ¡estas palabras son como pedrada en ojo de boticario si tenemos en cuenta a los parlamentarios modernos y a los "perrillos falderos" parlamentarios de la socialdemocracia! Echen una mirada a cualquier país parlamentario, desde Norteamérica hasta Suiza, desde Francia hasta Inglaterra, Noruega, etc.: la verdadera labor "estatal" se hace entre bastidores y la realizan los ministerios, las oficinas, los Estados Mayores. En los parlamentos no se hace más que charlatanear con el fin especial de embaucar al "vulgo". Eso es tan cierto que hasta en la república rusa, una república democrática burguesa, antes de que ésta haya podido crear un verdadero Parlamento, han aparecido en seguida todas estas lacras del parlamentarismo. Héroes del filisteísmo podrido como los Skóbeliev y los Tsereteli, los Chernov y los Avxéntiev han conseguido envilecer incluso los Soviets, según el patrón del más abominable parlamentarismo burgués, convirtiéndolos en lugares de charla huera. En los Soviets, los señores ministros "socialistas" engañan a los ingenuos campesinos con frases y resoluciones. En el gobierno se baila un rigodón continuo, de una parte, para "cebar" por turno, con canonjías bien retribuidas y honrosas, al mayor número posible de eseristas y mencheviques y, de otra, para "distraer la atención" del pueblo. ¡Mientras tanto, en las oficinas y en los Estados Mayores "se efectúa" la labor "estatal"!

Dielo Naroda[18], órgano del partido gobernante, los "socialistas-revolucionarios", reconocía hace poco en un editorial -con la sinceridad inigualable de la "buena sociedad", en la que "todos" ejercen la prostitución política- que hasta en los ministerios regentados por "socialistas" (¡perdonen la expresión!), que incluso en esos ministerios ¡todo el aparato burocrático sigue siendo, de hecho, el viejo, funciona a la antigua y sabotea con absoluta "libertad" las iniciativas revolucionarias! Y aunque no tuviésemos esta confesión, ¿acaso no lo demuestra la historia de la colaboración de los eseristas y los mencheviques en el gobierno? Lo único peculiar en este terreno es que los señores Chernov, Rusánov, Zenzínov y demás redactores de *Dielo Naroda*, en comunidad ministerial con los democonstitucionalistas, han perdido el pudor hasta tal punto que no se avergüenzan de decir en público sin ruborizarse, como si se tratase de una pequeñez, ¡¡que en "sus" ministerios todo está igual que antes!! Frases democráticas y revolucionarias para embaucar a los campesinos ingenuos, y papeleo oficinesco burocrático para "contentar" a los capitalistas: tal es *la esencia* de la "honrada" coalición.

La Comuna sustituye el parlamentarismo venal y podrido de la sociedad burguesa con instituciones en las que la libertad de opinión y de discusión no degenera en engaño, pues los parlamentarios deben trabajar ellos mismos, deben aplicar ellos mismos sus leyes, de comprobar ellos mismos los resultados, deben responder personalmente ante sus electores. Las instituciones representativas siguen existiendo pero el parlamentarismo *desaparece* como sistema especial, como división del trabajo legislativo y ejecutivo, como situación privilegiada de los

diputados. Sin instituciones representativas no podemos concebir la democracia, ni siquiera la democracia proletaria; sin parlamentarismo, podemos y *debemos* concebirla, si la crítica de la sociedad burguesa no es para nosotros una frase huera, si nuestra aspiración a derrocar el dominio de la burguesía es seria y sincera, y no una frase "electoral" para cazar votos de los obreros, como lo es en labios de los mencheviques y eseristas, de los Scheidemann y los Legien, los Sembat y los Vandervelde.

Es instructivo en extremo que, al hablar de las funciones de *la burocracia* que necesitan la Comuna y la democracia proletaria, Marx tome como punto de comparación a los empleados de los "patronos", es decir, una empresa capitalista corriente, con "obreros, inspectores y administradores".

En Marx no hay ni rastro de utopismo, pues no inventa ni saca de su fantasía una "nueva" sociedad. No, Marx estudia, en calidad de proceso histórico natural, cómo *nace* la nueva sociedad *de* la vieja, estudia las formas de transición de la segunda a la primera. Toma la experiencia real del movimiento proletario de masas y se esfuerza por sacar de ella enseñanzas prácticas. "Aprende" de la Comuna, de la misma manera que todos los grandes pensadores revolucionarios no temieron aprender de la experiencia de los grandes movimientos de la clase oprimida ni les echaron jamás "sermones" pedantescos (por el estilo del "No se debía haber empuñado las armas", de Plejánov, o del "Una clase debe saber moderarse", de Tsereteli).

No cabe hablar de abolir la burocracia de golpe, en todas partes y hasta el fin. Eso es una utopía. Pero *destruir* en el acto la vieja máquina burocrática y empezar sin demora a construir otra, nueva, que permita reducir gradualmente a la nada toda burocracia, *no es* una utopía; es la experiencia de la Comuna, es la tarea directa, inmediata, del proletariado revolucionario.

El capitalismo simplifica las funciones de la administración "del Estado", permite desterrar el "mando jerárquico" y reducirlo todo a una organización de los proletarios (como clase dominante), que toma a su servicio, en nombre de toda la sociedad, a "obreros, inspectores y administradores".

No somos utopistas. No "soñamos" en cómo podrá prescindirse *en el acto* de todo gobierno, de toda subordinación; estos sueños anarquistas, basados en la incomprensión de las tareas de la dictadura del proletariado, son ajenos por completo al marxismo y, de hecho, sólo sirven para demorar la revolución socialista hasta el momento en que los hombres sean distintos. No, nosotros queremos la revolución socialista con hombres como los de hoy, con hombres que no puedan prescindir de la subordinación y el control, de los "inspectores y administradores".

Pero a quien hay que subordinarse es a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores: al proletariado. Se puede y se debe comenzar inmediatamente, de hoy a mañana, a sustituir el "mando jerárquico" específico de los funcionarios públicos con las simples funciones de "inspectores y administradores", funciones que ya hoy son accesibles por completo al nivel de desarrollo de los habitantes de las ciudades y que pueden ser desempeñadas perfectamente por "el salario de un obrero".

Organicemos la gran producción nosotros *mismos*, los obreros, partiendo de lo que ha sido creado ya por el capitalismo, basándonos en nuestra propia experiencia de trabajo, estableciendo una disciplina rigurosísima, férrea, apoyada por el poder estatal de los obreros armados; reduzcamos a los funcionarios públicos al papel de simples ejecutores de nuestros encargos, al papel de "inspectores y administradores" responsables, amovibles y modestamente retribuidos (en unión como es natural, de los técnicos de todos los géneros, tipos y grados): ésa es *nuestra* tarea proletaria, por ahí se puede y se debe *empezar* cuando se lleve a cabo la revolución proletaria. Este comienzo, sobre la base de la gran producción, conduce por sí mismo a la "extinción" gradual de toda burocracia, a la creación gradual de un orden -orden sin comillas, orden que no se parecerá en nada a la esclavitud asalariada-, en el que las funciones de inspección y contabilidad, cada vez más simplificadas, las desempeñarán todos por turno, se convertirán luego en una costumbre y, por último, desaparecerán como funciones especiales de un sector especial de la sociedad.

Un ingenioso socialdemócrata alemán de los años 70 del siglo pasado dijo que el *correo* era un modelo de economía socialista. Muy justo. El correo es hoy una empresa organizada al estilo de un monopolio capitalista de Estado. El imperialismo transforma poco a poco todos los trusts en organizaciones de este tipo. En ellos vemos a la misma burocracia burguesa entronizada sobre los "simples" trabajadores, agobiados por el trabajo y hambrientos. Pero el mecanismo de la administración social está ya preparado. Derroquemos a los capitalistas, destruyamos, con la mano férrea de los obreros armados, la resistencia de estos explotadores, rompamos la máquina burocrática del Estado moderno, y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica y libre del "parásito", que pueden plenamente poner en marcha los mismos obreros unidos, contratando a técnicos, inspectores y administradores y retribuyendo el trabajo de *todos* ellos como el de todos los funcionarios "del Estado" en general: con el salario de un obrero. He ahí una tarea concreta, una tarea práctica, realizable ahora mismo con respecto a todos los trusts, que libera a

los trabajadores de la explotación y tiene en cuenta la experiencia iniciada ya prácticamente (sobre todo en el terreno de la organización del Estado) por la Comuna.

Organizar *toda* la economía nacional como lo está el correo, para que los técnicos, los inspectores, los administradores y *todos* los funcionarios en general perciban sueldos que no sean superiores al "salario de un obrero", bajo el control y la dirección del proletariado armado: ése es nuestro objetivo inmediato. Ese es el Estado que necesitamos, ésa es la base económica sobre la que debe descansar. Eso es lo que darán la abolición del parlamentarismo y la conservación de las instituciones representativas; eso es lo que librará a las clases trabajadoras de la prostitución de dichas instituciones por la burguesía.

4. Organización de la unidad de la nación.

"...En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña"... Las comunas elegirían también la "delegación nacional" de París.

"...Las pocas, pero importantes, funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se había dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes de la Comuna y, por tanto, estrictamente responsables...

"...No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino, por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad, que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirlas a los servidores responsables de esta sociedad".

El libro del renegado Bernstein *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia*, célebre a lo Eróstrato, revela mejor que nada hasta qué punto no han comprendido -quizá fuera más exacto decir que no han querido comprender- estos razonamientos de Marx los oportunistas de la socialdemocracia actual. Refiriéndose a las citadas palabras de Marx, Bernstein escribe que en ellas se desarrolla un programa "que, por su contenido político, presenta en todos los rasgos esenciales grandísima semejanza con el federalismo de Proudhon... Pese a todas las demás diferencias que separan a Marx y al "pequeño burgués" Proudhon (Bernstein pone "pequeño burgués" entre comillas, queriendo dar un sentido irónico a estas palabras), el curso de sus pensamientos en estos puntos es lo más afín que pueda imaginarse". Naturalmente, prosigue Bernstein, la importancia de las municipalidades va en aumento, pero "a mí me parece dudoso que la primera tarea de la democracia sea esta abolición (*Auflösung* - literalmente: disolución) de los Estados modernos y la transformación completa (*Umwandluflg:* cambio radical) de su organización, tal como Marx y Proudhon la conciben (formación de la Asamblea Nacional con delegados de las asambleas provinciales o regionales, compuestas a su vez de delegados de las comunas), desapareciendo por completo todas las formas anteriores de las representaciones nacionales" (Bernstein, *Las premisas*, págs. 134 u 136, edición alemana de 1899).

Esto es sencillamente monstruoso: ¡confundir las concepciones de Marx sobre "la destrucción del poder estatal, del parásito", con el federalismo de Proudhon! Pero esto no es casual, pues al oportunista no se le ocurre siquiera pensar que Marx no habla aquí en modo alguno del federalismo en oposición al centralismo, sino de la destrucción de la vieja máquina burguesa del Estado, existente en todos los países burgueses.

Al oportunista sólo se le viene a la mente lo que ve en torno suyo, en medio del filisteísmo mezquino y del estancamiento "reformista", a saber: ¡sólo las "municipalidades"! El oportunista ha perdido la costumbre incluso de pensar en la revolución del proletariado.

Eso es ridículo. Pero lo curioso es que nadie haya discutido con Bernstein acerca de este punto. Bernstein fue refutado por muchos, especialmente por Plejánov en las publicaciones rusas y por Kautsky en las europeas, pero *ni* el uno *ni* el otro han hablado de *esta* tergiversación de Marx por Bernstein.

El oportunista ha perdido hasta tal punto la costumbre de pensar en revolucionario y reflexionar sobre la revolución que atribuye el "federalismo" a Marx, confundiéndole con Proudhon, el fundador del anarquismo. Y Kautsky y Plejánov, que pretenden pasar por marxistas ortodoxos y defender la doctrina del marxismo revolucionario, ¡silencian eso! Ahí está una de las raíces de ese extraordinario bastardeamiento de las ideas referentes a la diferencia entre marxismo y anarquismo, bastardeamiento peculiar tanto de los kautskianos como de los oportunistas y del que habremos de hablar aún.

En los citados pasajes de Marx sobre la experiencia de la Comuna no hay ni rastro de federalismo. Marx coincide con Proudhon precisamente en algo que no ve el oportunista Bernstein. Marx discrepa de Proudhon precisamente en lo que Bernstein ve una afinidad.

Marx coincide con Proudhon en que ambos

propugnan la “destrucción” de la máquina moderna del Estado. Esta coincidencia del marxismo con el anarquismo (tanto con Proudhon como con Bakunin) no quieren verla ni los oportunistas ni los kautskianos, pues unos y otros han desertado del marxismo en este punto.

Marx discrepa de Proudhon y de Bakunin precisamente en la cuestión del federalismo (y no hablemos ya de la dictadura del proletariado). El federalismo dimana por principio de las concepciones pequeñoburguesas del anarquismo. Marx es centralista. Y en los pasajes suyos que hemos citado no se aparta lo más mínimo del centralismo. ¡Sólo hombres poseídos por la “fe supersticiosa” del filisteo en el Estado pueden confundir la destrucción de la máquina estatal burguesa con la destrucción del centralismo!

Y bien, si el proletariado y los campesinos pobres toman el poder del Estado, se organizan con plena libertad en comunas y *unen* la acción de todas las comunas para dirigir los golpes contra el capital, para aplastar la resistencia de los capitalistas, para entregar la propiedad privada de los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., a toda la nación, a *toda* la sociedad, ¿acaso no será eso centralismo? ¿No será el más consecuente centralismo democrático y, por añadidura, centralismo proletario?

Simplemente, a Bernstein no se le ocurre pensar que sea posible el centralismo voluntario, la unión voluntaria de las comunas en la nación, la fusión voluntaria de las comunas proletarias para demoler la dominación burguesa y la máquina estatal burguesa. Para Bernstein, como para todo filisteo, el centralismo es algo que sólo puede venir de arriba, que sólo puede ser impuesto y mantenido por la burocracia y el militarismo.

Marx subraya adrede, como previendo la posibilidad de que fuesen adulteradas sus ideas, que acusar a la Comuna de querer destruir la unidad de la nación, de querer suprimir el poder central, es una falsedad consciente. Marx usa adrede la expresión “organizar la unidad de la nación” para contraponer el centralismo consciente, democrático, proletarios al centralismo burgués, militar, burocrático.

Pero... no hay peor sordo que el que no quiere oír. Y los oportunistas de la socialdemocracia actual no quieren, en efecto, oír hablar de la destrucción del poder estatal, de la eliminación del parásito.

5. La destrucción del estado parásito.

Hemos citado ya, y debemos completarlas, las palabras de Marx relativas a este punto.

> “...Por lo general -escribió Marx-, las creaciones históricas completamente nuevas están llamadas a que se las tome por una reproducción de formas viejas, e incluso caducas, de la vida social, con las cuales pueden presentar cierta semejanza. Así esta nueva Comuna, que viene a destruir (*bricht*: romper) el poder estatal moderno, se ha confundido con una reproducción de las comunas medievales... una federación de pequeños Estados, como la soñaban Montesquieu y los girondinos[19] ... una forma exagerada de la vieja lucha contra el excesivo centralismo...
>
> “...El régimen de la Comuna habría devuelto al organismo social todas las fuerzas que hasta entonces venía absorbiendo el Estado parásito, que se nutre a expensas de la sociedad y entorpece su libre movimiento. Con este solo hecho habría iniciado la regeneración de Francia...
>
> “...El régimen de la Comuna colocaba a los productores del campo bajo la dirección espiritual de las capitales de sus provincias, ofreciéndoles aquí, en los obreros de la ciudad, los representantes naturales de sus intereses. La sola existencia de la Comuna implicaba, como algo evidente, un régimen de autonomía local, pero ya no como contrapeso a un poder estatal que ahora se hacía superfluo”.

“Destrucción del poder estatal”, que era un “parásito”; “amputación”, “destrucción” de él; “un poder estatal que ahora se hacía superfluo”: así se expresa Marx al hablar del Estado, valorando y analizando la experiencia de la Comuna.

Todo esto fue escrito hace cerca de medio siglo, y ahora hay que proceder a verdaderas excavaciones para llevar a la conciencia de las grandes masas el marxismo no falseado. Las conclusiones que permitió hacer la observación de la última gran revolución vivida por Marx fueron dadas al olvido precisamente cuando llegó el momento de las siguientes grandes revoluciones del proletariado.

> “...La variedad de interpretaciones a que ha sido sometida la Comuna, y la variedad de intereses que han encontrado en ella su expresión, demuestran que era una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, *un gobierno de la clase obrera*, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política, al fin descubierta, para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo...

“Sin esta última condición, el régimen de la Comuna habría sido una imposibilidad y una impostura…”

Los utopistas se dedicaron a “descubrir” las formas políticas con las que debía producirse la transformación socialista de la sociedad. Los anarquistas se desentendieron del problema de las formas políticas en general. Los oportunistas de la socialdemocracia actual han tomado por límite insuperable las formas políticas burguesas del Estado democrático parlamentario y se han roto la frente de

tanto prosternarse ante este "modelo", declarando anarquismo toda aspiración a romper estas formas.

Marx dedujo de toda la historia del socialismo y de las luchas políticas que el Estado debería desaparecer y que la forma transitoria de su desaparición (la forma de transición del Estado al no Estado) seria "el proletariado organizado como clase dominante". Pero Marx no se propuso descubrir *las formas* políticas de este futuro. Se limitó a hacer una observación exacta de la historia de Francia, a analizarla y llegar a la conclusión a que llevó el año 1851: se avecina *la destrucción* de la máquina estatal burguesa.

Y cuando estalló el movimiento revolucionario masivo del proletariado, Marx, a pesar del revés sufrido por este movimiento, a pesar de su corta duración y de su patente debilidad, se puso a estudiar qué formas *había revelado*.

La Comuna es la forma, "al fin descubierta" por la revolución proletaria, en la que puede lograrse la emancipación económica del trabajo.

La Comuna es el primer intento de la revolución proletaria de *destruir* la máquina estatal burguesa, y la forma política, "al fin descubierta", que puede y debe *sustituir* lo destruido.

Más adelante, en el curso de nuestra exposición, veremos que las revoluciones rusas de 1905, y 1917 prosiguen, en otra situación y en condiciones diferentes, la obra de la Comuna y confirman el genial análisis histórico de Marx.

Capítulo IV. Continuación. Aclaraciones complementarias de Engels.

Marx dejó sentadas las tesis fundamentales respecto a la significación de la experiencia de la Comuna. Engels volvió repetidas veces a este tema, explicando el análisis y las conclusiones de Marx y esclareciendo, a veces, *otros* aspectos de la cuestión con tal fuerza y relieve que es necesario detenerse especialmente en estas aclaraciones.

1. "El problema de la vivienda".

En su obra sobre el problema de la vivienda (1872), Engels tiene ya en cuenta la experiencia de la Comuna y analiza en varias ocasiones las tareas de la revolución respecto al Estado. Es interesante ver cómo se manifiestan al abordar un tema concreto, de una parte, los rasgos semejantes del Estado proletario y el Estado actual -rasgos que permiten hablar de Estado en ambos casos-, y, de otra parte, los rasgos diferenciales o el paso a la destrucción del Estado.

> "¿Cómo, pues, resolver el problema de la vivienda? En la sociedad actual se resuelve exactamente lo mismo que otro problema social cualquiera: por la nivelación económica gradual de la oferta y la demanda, solución que reproduce constantemente el problema y que, por tanto, no es tal solución. La forma en que una revolución social resolvería este problema no depende solamente de las circunstancias de tiempo y lugar, sino que, además, se relaciona con cuestiones de mucho mayor alcance, entre las cuales figura, como una de las más esenciales, la supresión del contraste entre la ciudad y el campo. Como nosotros no nos dedicamos a construir ningún sistema utópico para la organización de la sociedad del futuro, sería más que ocioso detenerse en esto. Lo cierto es, sin embargo, que ya hoy existen en las grandes ciudades edificios suficientes para remediar en seguida, si se les diese un empleo racional, toda verdadera "*penuria* de vivienda". Esto sólo puede lograrse, naturalmente, expropiando a los actuales poseedores y alojando en sus casas a los obreros que carecen de vivienda o que viven hacinados en la suya. Y tan pronto como el proletariado conquiste el poder político, esta medida, impuesta por los intereses del bien público, será de tan fácil ejecución como lo son hoy las otras expropiaciones y las requisas de viviendas que lleva a cabo el Estado actual" (pág. 22 de la edición alemana de 1887).

Engels no analiza aquí el cambio de forma del poder estatal, sino sólo el contenido de sus actividades. La expropiación y la requisa de viviendas son efectuadas asimismo por orden del Estado actual. Desde el punto de vista formal, también el Estado proletario "ordenará" requisar viviendas y expropiar edificios. Pero es evidente que el antiguo aparato ejecutivo, la burocracia vinculada a la burguesía, sería sencillamente inservible para llevar a la práctica las órdenes del Estado proletario.

> "Hay que hacer constar que "la apropiación efectiva" de todos los instrumentos de trabajo, de toda la industria, por la población laboriosa es precisamente lo contrario del "rescate" proudhoniano. Es la segunda solución es el obrero individual el que pasa a ser propietario de la vivienda, del campo, del instrumento de trabajo; en la primera, en cambio, es "la población laboriosa" la que pasa a ser propietaria colectiva de las casas, de las fábricas y de los instrumentos de trabajo, y es poco probable que su disfrute, al menos durante el período de transición, se conceda, sin indemnización de los gastos, a lo individuos o a las sociedades cooperativas. Exactamente lo mismo que la abolición de la propiedad territorial no implica la abolición de la renta de suelo, sino su transferencia a la sociedad, aunque sea con ciertas modificaciones. La apropiación efectiva de todos los instrumentos de trabajo por la población laboriosa no excluye, por tanto, en modo alguno, el mantenimiento de la relación de alquiler" (pág. 68).

La cuestión que se aborda en este pasaje -las bases económicas de la extinción del Estado- será

examinada en el capítulo siguiente. Engels se expresa con extremada prudencia, diciendo que "es poco probable" que el Estado proletario conceda gratis las viviendas, "al menos durante el período de transición". La entrega en arriendo de las viviendas, propiedad de todo el pueblo, a las distintas familias supone el cobro del alquiler, un cierto control y una determinada regulación del reparto de los apartamentos. Todo ello requiere una cierta forma de Estado, pero no exige en modo alguno una máquina militar y burocrática especial con funcionarios que disfruten de una situación privilegiada. Y la transición a un estado de cosas que permita asignar gratis las viviendas se halla vinculada a la "extinción" completa del Estado.

Al hablar de cómo los blanquistas[20], después de la Comuna e impulsados por la experiencia de ésta, adoptaron la posición de principios del marxismo, Engels formula de pasada esta posición es los siguientes términos:

> "...Necesidad de la acción política del proletariado y de su dictadura, como paso hacia la supresión de las clases y, con ellas, del Estado..." (pág. 55)

Algunos aficionados a la crítica literal o ciertos "aniquiladores del marxismo" burgueses encontrarán, quizá, una contradicción entre este *reconocimiento* de "la supresión del Estado" y la negación de semejante fórmula, por anarquista, en el pasaje del *Anti-Dühring* que hemos citado antes. No tendría nada de extraño que los oportunistas incluyesen también a Engels entre los "anarquistas", pues hoy se extiende cada vez más entre los socialchovinistas la tendencia a acusar de anarquismo a los internacionalistas.

El marxismo ha enseñado siempre que, a la par con la supresión de las clases, se producirá la supresión del Estado. El conocido pasaje del *Anti-Dühring* acerca de "la extinción del Estado" no acusa a los anarquistas simplemente de propugnar la abolición del Estado, sino de predicar la posibilidad de abolirlo "de la noche a la mañana".

Como la doctrina "socialdemócrata" imperante hoy ha tergiversado por completo la actitud del marxismo ante el anarquismo en lo que respecta a la destrucción del Estado, será muy útil recordar una polémica de Marx y Engels con los anarquistas.

2. La polémica con los anarquistas.

Esta polémica se remonta a 1873. Marx y Engels escribieron para un almanaque socialista italiano unos artículos contra los proudhonianos[21], "autonomistas" o "antiautoritarios", artículos que sólo en 1913 vieron la luz en alemán, en la revista *Neue Zeit*[22].

> "...Si la lucha política de la clase obrera -escribió Marx, ridiculizando a los anarquistas y su negación de la política- asume formas violentas, si los obreros sustituyen la dictadura de la burguesía con su dictadura revolucionaria, cometen un terrible delito de leso principio, porque para satisfacer sus míseras necesidades vulgares de cada día, para vencer la resistencia de la burguesía, dan al Estado una forma revolucionaria y transitoria en vez de deponer las armas y abolirlo..." (*Neue Zeit*, 1913- 1914, año 32, t. 1, pág. 40)[23].

¡He ahí contra qué "abolición" del Estado se manifestaba exclusivamente Marx al refutar a los anarquistas! No en modo alguno contra el hecho de que el Estado desaparezca al desaparecer las clases o sea suprimido al suprimirse éstas, sino contra el hecho de que los obreros renuncien al empleo de las armas, a la violencia organizada, *es decir*, *al Estado*, que debe servir "para vencer la resistencia de la burguesía".

Marx subraya adrede -para que no se tergiverse el verdadero sentido de su lucha contra el anarquismo- la "forma revolucionaria y *transitoria*" del Estado que el proletariado necesita. El proletariado necesita del Estado solo temporalmente. No discrepamos ni mucho menos, de los anarquistas en cuanto a la abolición del Estado como *objetivo*. Lo que sí afirmamos es que, para lograr ese objetivo, es necesario usar temporalmente los instrumentos, los medios y los métodos del poder estatal *contra* los explotadores, de la misma manera que para destruir las clases es necesaria la dictadura temporal de la clase oprimida. Marx elige contra los anarquistas el planteamiento más tajante y más claro del problema: al derrocar el yugo de los capitalistas, ¿deberán los obreros "deponer las armas" o emplearlas contra los capitalistas para vencer su resistencia? Y el empleo sistemático de las armas por una clase contra otra clase, ¿qué es sino "una forma transitoria" de Estado?

Que cada socialdemócrata se pregunte si es *así* como ha planteado él la cuestión del Estado en su polémica con los anarquistas, si es *así* como la ha planteado la inmensa mayoría de los partidos socialistas oficiales de la II Internacional.

Engels expone estas mismas ideas de un modo todavía más detallado y popular, ridiculizando, en primer término, el embrollo ideológico de los proudhoniano quienes se llamaban "antiautoritarios", es decir, negaron toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tomad una fábrica, un ferrocarril o un barco en alta mar, dice Engels: ¿no es evidente, acaso, que sin cierta subordinación y, por lo tanto, sin cierta autoridad o poder será imposible el funcionamiento de ninguna de estas complejas empresas técnicas, basadas en el uso de máquinas y en la cooperación de muchas personas con arreglo a un plan?

> "...Cuando he puesto parecidos argumentos a los más furiosos antiautoritarios -escribe Engels-,

no han sabido responderme más que esto: "¡Ah!, eso es verdad, pero aquí no se trata de que nosotros demos al delegado una autoridad, *sino ¡de un encargo*!" Estos señores creen cambiar la cosa con cambiarle el nombre..."[24]

Después de demostrar así que autoridad y autonomía son conceptos relativos, que su esfera de actividad cambia con las distintas fases del desarrollo social y que es absurdo aceptarlos como algo absoluto, y añadiendo que el campo de aplicación de las máquinas y de la gran industria se ensancha cada vez más, Engels pasa de las consideraciones generales acerca de la autoridad al problema del Estado.

"...Si los autonomistas –prosigue- se limitasen a decir que la organización social del porvenir restringirá la autoridad hasta el límite estricto en que la hagan inevitable las condiciones de la producción, podríamos entendernos; pero, lejos de esto, permanecen ciegos para todos los hechos que hacen necesaria la cosa y arremeten con furor contra la palabra.

"¿Por qué los antiautoritarios no se limitan a clamar contra la autoridad política, contra el Estado? Todos los socialistas están de acuerdo en que el Estado político, y con él la autoridad política, desaparecerán como consecuencia de la próxima revolución social, es decir, que las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas, llamadas a velar por los verdaderos intereses sociales. Pero los antiautoritarios exigen que el Estado político autoritario sea abolido de un plumazo, aun antes de haber sido destruidas las condiciones sociales que lo hicieron nacer. Exigen que el primer acto de la revolución social sea la abolición de la autoridad. ¿No han visto nunca una revolución estos señores? Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto mediante el cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios. ¿La Comuna de París habría durado acaso un solo día, de no haber empleado esta autoridad del pueblo armado frente a los burgueses? ¿No podemos, por el contrario, reprocharle el no haberse servido lo bastante de ella?

"Así pues, una de dos: o los antiautoritarios no saben lo que dicen, y en este caso no hacen más que sembrar la confusión; o lo saben, y en este caso traicionan al movimiento del proletariado. En uno y otro caso, sirven a la reacción (pág. 39)[25].

En este pasaje se abordan cuestiones que deben ser examinadas en conexión con la correlación entre la política y la economía durante a extinción del Estado (tema al que consagramos el capítulo siguiente). Dos de esas cuestiones son la transformación de las funciones públicas, que dejan de ser políticas para convertirse en simplemente administrativas, y el "Estado político". Esta última expresión, tan capaz de suscitar equívocos, alude al proceso de extinción del Estado: el Estado moribundo, al llegar a una cierta fase de su extinción, puede calificarse de Estado no político.

En este pasaje de Engels, la parte más notable es, una vez más, su razonamiento contra los anarquistas. Los socialdemócratas que pretenden ser discípulos de Engels han polemizado millones de veces con los anarquistas desde 1873, pero *no* exactamente como pueden y deben hacerlo los marxistas. El concepto anarquista de la abolición del Estado es confuso y *no revolucionario*: así plantea la cuestión Engels. Los anarquistas no quieren ver precisamente la revolución en su nacimiento y desarrollo, en sus tareas específicas respecto a la violencia, la autoridad, el poder y el Estado.

La crítica corriente del anarquismo por los socialdemócratas de nuestros días ha degenerado en la más pura vulgaridad pequeñoburguesa: "¡Nosotros reconocemos el Estado; los anarquistas, no!". Por supuesto, semejante vulgaridad no puede por menos de repugnar a los obreros, por poco reflexivos revolucionarios que sean. Engels dice otra cosa: recalca que todos los socialistas reconocen la desaparición del Estado como resultado de la revolución socialista. Luego planea de manera concreta el problema de la revolución, justamente el problema que los socialdemócratas suelen soslayar a causa de su oportunismo, cediendo, por decirlo así, la exclusiva de su "estudio" a los anarquistas. Y al plantear este problema, Engels agarra al toro por los cuernos: ¿No hubiera debido la Comuna emplear *más* el poder *revolucionario del Estado*, es decir, del proletariado armado, organizado como clase dominante?

De ordinario, la socialdemocracia oficial imperante eludía el problema de las tareas concretas del proletariado en la revolución, bien con simples burlas de filisteo, bien, en el mejor de los casos, con la frase sofística y evasiva de "¡Ya veremos!". Y así se concedía a los anarquistas el derecho de decir que esta socialdemocracia incumplía su tarea de dar una educación revolucionaria a los obreros. Engels aprovecha la experiencia de la última revolución proletaria precisamente para estudiar del modo más concreto qué debe hacer el proletariado, y cómo, en lo que atañe a los bancos y al Estado.

3. Una carta a Bebel.

Uno de los razonamientos más notables, si no el más notable, de las obras de Marx y Engels respecto

al Estado lo encontramos en el siguiente pasaje de una carta de Engels a Bebel del 18-28 de marzo de 1875. Esta carta (dicho sea entre paréntesis) la publicó por vez primera, que nosotros sepamos, Bebel en el segundo tomo de sus memorias (*De mi vida*), que vio la luz en 1911, es decir, 36 años después de haber sido escrita y enviada.

Engels escribió a Bebel criticando el mismo proyecto de Programa de Gotha que criticara Marx en su célebre carta a Bracke. Y, refiriéndose especialmente a la cuestión del Estado, le decía:

> "...El Estado popular libre se ha convertido en el Estado libre. Gramaticalmente hablando, se entiende por Estado libre un Estado que es libre respecto de sus ciudadanos, es decir, un Estado con un gobierno despótico. Habría que abandonar toda esa charlatanería acerca del Estado, sobre todo después de la Comuna, que no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra. Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta eso del "Estado popular", a pesar de que ya la obra de Marx contra Proudhon[26] y luego el *Manifiesto Comunista* dicen claramente que, con la implantación del régimen social socialista, el Estado se disolverá por sí mismo (*sich auflöst*) y desaparecerá. Siendo el Estado una institución meramente transitoria, que se utiliza en la lucha, en la revolución, para someter por la violencia a los adversarios, es un absurdo hablar de Estado popular libre: mientras el proletariado *necesite* todavía del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir. Por eso nosotros propondríamos emplear siempre, en vez de la palabra *Estado*, la palabra "Comunidad" (*Gemeinwesen*), una buena y antigua palabra alemana que equivale a la palabra francesa "Commune" (págs. 321-322 del texto alemán).

Debe tenerse en cuenta que esta carta se refiere al programa del partido criticado por Marx en una carta escrita sólo varias semanas después de aquélla (carta de Marx del 5 de mayo de 1875), y que Engels vivía entonces en Londres, con Marx. Por eso, al decir "nosotros" en las últimas líneas de la carta, Engels, indudablemente en su nombre y en el de Marx, propone al jefe del Partido Obrero Alemán *borrar del programa* la palabra "Estado" y sustituirla con la palabra "*comunidad*".

¡Qué aullidos lanzarían acerca del "anarquismo" los cabecillas del "marxismo" de hoy, un "marxismo' falsificado para comodidad de oportunistas, si se les propusiera semejante enmienda en su programa!

¡Qué aúllen cuanto quieran! La burguesía les elogiará por ello.

Pero nosotros proseguiremos nuestra obra. Cuando revisemos el programa de nuestro partido deberemos tener en cuenta, sin falta, el consejo de Engels y Marx para acercarnos más a la verdad, para restaurar el marxismo, purificándolo de tergiversaciones, para orientar con mayor acierto la lucha de la clase obrera por su liberación. Entre los bolcheviques no habrá, sin duda, quien se oponga al consejo de Engels y Marx. La dificultad estribará, quizá, únicamente en el término. Para expresar el concepto de "comunidad", en alemán hay dos palabras, de las cuales Engels eligió la que *no* indica una comunidad por separado, sino un conjunto, un sistema de ellas. En ruso no existe un vocablo semejante, y tal vez nos veremos obligados a emplear el francés "commune", aunque esto tenga también sus inconvenientes.

"La Comuna no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra": ésa es la afirmación más importante de Engels desde el punto de vista teórico. Después de lo expuesto más arriba, esta afirmación resulta absolutamente lógica. La Comuna *iba dejando* de ser un Estado, por cuanto tenía que reprimir no a la mayoría de la población, sino a la minoría (a los explotadores); había roto la máquina del Estado burgués; en vez de una fuerza *especial* para la represión, entró en escena la población misma. Todo esto significa apartarse del Estado en su sentido estricto. Y si la Comuna se hubiera consolidado, habrían ido "extinguiéndose" en ella por sí mismas las huellas del Estado, no habría sido necesario "suprimir" sus instituciones: éstas habrían dejado de funcionar a medida que no tuviesen nada que hacer.

"Los anarquistas nos han echado en cara más de la cuenta eso del "Estado popular". Al hablar así, Engels se refiere, ante todo, a Bakunin y a sus ataques contra los socialdemócratas alemanes. Engels reconoce que estos ataques son justos *en tanto* en cuanto el "Estado popular" es un absurdo y un concepto tan divergente del socialismo como el "Estado popular libre". Engels se esfuerza por corregir la lucha de los socialdemócratas alemanes contra los anarquistas, por hacer de ella una justa lucha de principios, por depurarla de los prejuicios oportunistas referentes al "Estado". Pero, ¡ay!, la carta de Engels se pasó 36 años metida en un cajón. Y más adelante veremos que, aun después de publicada, Kautsky sigue repitiendo tozudamente, en esencia, los mismos errores contra los que ponía en guardia Engels.

Bebel contestó a Engels el 21 de septiembre de 1875 con una carta, en la cual decía, entre otras cosas, que estaba "completamente de acuerdo" con sus juicios acerca del proyecto de programa y que había reprochado a Liebknecht su condescendencia (pág. 334 de la edición alemana de las memorias de Bebel, tomo II). Pero si abrimos el folleto de Bebel titulado *Nuestros objetivos* encontraremos en él consideraciones absolutamente falsas acerca del Estado:

"El Estado debe convertirse de un Estado basado en *la dominación de clase en un Estado popular*" (*Unsere Ziele*, ed. alemana de 1886, pág. 14).

¡Así aparece impreso en la novena (¡novena!) edición del folleto de Bebel! No es de extrañar que tan pertinaz repetición de los juicios oportunistas acerca del Estado haya sido asimilada por la socialdemocracia alemana, sobre todo cuando las explicaciones revolucionarias de Engels se mantenían ocultas y todas las circunstancias de la vida la habían "desacostumbrado", para mucho tiempo, de la revolución.

4. Critica del proyecto de programa de Erfurt.

La crítica del proyecto de Programa de Erfurt[27], enviada por Engels a Kautsky el 29 de junio de 1891 y publicada sólo diez años después en *Neue Zeit*, no puede pasarse por alto en un análisis de la doctrina del marxismo acerca del Estado, pues está consagrada de modo principal a criticar precisamente las concepciones *oportunistas* de la socialdemocracia en cuanto a la organización *del Estado*.

Señalemos de pasada que Engels hace también una valiosísima indicación acerca de las problemas económicos; una indicación que demuestra con qué atención y perspicacia observaba precisamente los cambios que se iban produciendo en el capitalismo moderno cómo supo, por ello, prever hasta cierto punto las tareas de nuestra época, de la época imperialista. En la indicación a que nos referimos, Engels escribe a propósito de las palabras "ausencia de plan" (*Planlosigkeit*), empleadas en el proyecto de programa para de fin el capitalismo;

"...Si pasamos de las sociedades anónimas a los trusts, que someten y monopolizan ramas enteras de la industria, no se trata ya sólo de que se acaba aquí la producción privada, sino también la ausencia de plan" (*Neue Zeit*, año 20, t. 1, 1901-1902, pág. 8).

Aquí se expone lo más fundamental de la apreciación teórica del capitalismo moderno, es decir, del imperialismo: que el capitalismo se transforma en capitalismo monopolista. Conviene subrayar esto, pues la afirmación reformista burguesa de que el *capitalismo* monopolista de Estado *no* es *ya* capitalismo, que puede llamarse ya "socialismo de Estado", y otras cosas por el estilo, es el error más difundido. Naturalmente, los trusts no proporcionan, no han proporcionado hasta ahora ni pueden proporcionar una planificación completa. Pero por cuanto son ellos los que trazan los planes, por cuanto son los magnates del capital quienes calculan de antemano el volumen de la producción a escala nacional o incluso internacional, por cuanto son ellos quienes regulan la producción con arreglo a planes, seguimos, a pesar de todo, en *el capitalismo*. Cierto que en una nueva fase suya, pero, indudablemente, en el capitalismo. La "proximidad" de *tal* capitalismo al socialismo debe constituir, para los verdaderos representantes del proletariado, un argumento a favor de la cercanía, la facilidad, la viabilidad y la urgencia de la revolución socialista; pero, de ninguna manera, un argumento que justifique la tolerancia con quienes niegan esta revolución y con quienes embellecen el capitalismo, como hacen todos los reformistas.

Pero volvamos al problema del Estado. Las indicaciones, especialmente valiosas, que hace aquí Engels son de tres tipos: primero, las que se refieren a la república; segundo, las que afectan a la relación entre el problema nacional y la estructura del Estado; y tercero, las que conciernen a la autonomía administrativa local.

En lo que respecta a la república, Engels hizo de esto el centro de gravedad de su crítica del proyecto de Programa de Erfurt. Si recordamos la importancia que adquirió el Programa de Erfurt para toda la socialdemocracia internacional, convirtiéndose en modelo para la II Internacional entera, podremos decir sin exageración que Engels critica aquí el oportunismo de toda la II Internacional.

"Las reivindicaciones políticas del proyecto - afirma Engels- tienen un gran defecto. *No dicen* (subrayado por Engels) *lo que* precisamente debían decir".

Y más adelante se aclara que la Constitución alemana es, en rigor, una copia de la Constitución de 1850, reaccionaria en extremo; que el Reichstag, según la expresión de Guillermo Liebknecht, no es más que "la hoja de parra del absolutismo" y que constituye "un absurdo evidente" querer realizar "la transformación de todas los instrumentos de trabajo en propiedad común", basándose en una Constitución que legaliza los pequeños Estados y la federación de los pequeños Estados alemanes.

"Pero sería peligro tocar ese tema", añade Engels, quien sabe muy bien que en Alemania no se puede incluir legalmente en el programa la reivindicación de la república. Sin embargo, Engels no se resigna lisa y llanamente con esta evidente consideración, que satisface a "todos". Y prosigue: "No obstante, sea como fuere, las cosas deben ponerse en marcha. Hasta qué punto es necesario eso, lo prueba precisamente ahora el oportunismo que comienza a propagarse (*einreissende*) en una gran parte de la prensa socialdemócrata. Por temor a un restablecimiento de la Ley contra los socialistas[28], o recordando ciertas opiniones emitidas prematuramente en el período de vigencia de dicha ley, se quiere ahora que el partido reconozca el orden legal vigente en Alemania suficiente para el cumplimiento pacífico de todas sus reivindicaciones..."

Engels destaca a primer plano el hecho fundamental de que los socialdemócratas alemanes obraban por temor a que se restableciese la Ley de

excepción, y califica esto, sin rodeo, de oportunismo, declarando absurdos por completo los sueños con una vía "pacífica", precisamente por no existir en Alemania ni república ni libertad. Engels es lo bastante cauto para no atarse las manos. Reconoce que en países con república o con una libertad muy grande "cabe imaginarse" (¡sólo "imaginarse"!) un desarrollo pacífico hacia el socialismo; pero en Alemania, repite,

> "...en Alemania, donde el gobierno es casi omnipotente, donde el Reichstag y todas las demás instituciones representativas carecen de poder efectivo; proclamar en Alemania tales cosas y, además, sin necesidad, significa quitar la hoja de parra al absolutismo y colocarse uno mismo para encubrir la desnudez..."

Y en efecto, los jefes oficiales del Partido Socialdemócrata Alemán, que "archivó" estas indicaciones, resultaron ser, en su inmensa mayoría, encubridores del absolutismo.

> "...En fin de cuentas, semejante política sólo puede llevar al partido a un camino falso. Se colocan en primer plano problemas políticos generales y abstractos, encubriéndose de este modo los problemas concretos más inmediatos, los que se plantean de por sí a la orden del día al ocurrir los primeros grandes acontecimientos, la primera crisis política. ¿Qué puede resultar de ello sino que el partido se vea impotente en el momento decisivo, que en los problemas decisivos reine en él la confusión, no exista la unidad, por la simple razón de que estos problemas jamás se han discutido?...
>
> "Este olvido de las grandes consideraciones esenciales a cambio de intereses pasajeros del día, este afán de éxitos efímeros y la lucha en torno a ellos sin tener en cuenta las consecuencias ulteriores, este abandono del porvenir del movimiento, que se sacrifica en aras del presente, todo eso puede tener móviles "honestos". Pero eso es y sigue siendo oportunismo, y el oportunismo "honesto" es, quizá, más peligroso que todos los demás...
>
> "Está absolutamente fuera de duda que nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar a la dominación bajo la forma política de la república democrática. Esta última es incluso la forma específica de la dictadura del proletariado, como ha demostrado ya la Gran Revolución Francesa..

Engels repite aquí, con relieve singular, una idea fundamental que atraviesa como hilo de engarce todas las obras de Marx: que la república democrática es el acceso más próximo a la dictadura del proletariado. Porque esta república, sin suprimir en lo más mínimo la dominación del capital -ni, por consiguiente, la opresión de las masas ni la lucha de clases-, conduce indefectiblemente a un ensanchamiento, un despliegue, una patentización y una exacerbación tales de esta lucha que, cuando surge la posibilidad de satisfacer los intereses vitales de las masas oprimidas, esta posibilidad se realiza, de manera ineludible y exclusiva, en la dictadura del proletariado, en la dirección de esas masas por el proletariado. Para toda la II Internacional, éstas son también "palabras olvidadas" del marxismo, y este olvido lo revela con extraordinaria nitidez la historia del partido de los mencheviques durante el primer semestre de la revolución rusa de 1917.

Respecto al problema de la república federativa, relacionado con la composición nacional de la población, Engels escribía;

> "¿Qué debe ocupar el lugar de la Alemania actual?" (con su Constitución monárquica reaccionaria y su sistema, igualmente reaccionario, de división en pequeños Estados, que eterniza las peculiaridades del "prusianismo", en vez de disolverlas en una Alemania que forme un todo). "A mi juicio, el proletariado no puede utilizar más que la forma de república única e indivisa. La república federal sigue siendo incluso ahora, considerada en su conjunto, una necesidad en el inmenso territorio de los Estados Unidos, aunque en el Este comienza ya a ser un obstáculo. Sería un progreso en Inglaterra, donde en dos islas viven cuatro naciones y donde, a pesar de haber un Parlamento único, coexisten tres sistemas legislativos distintos. En la pequeña Suiza es ya, desde hace mucho tiempo, un obstáculo tolerable sólo porque Suiza se contenta con ser un miembro puramente pasivo del sistema europeo de Estados. Para Alemania, una organización federal al estilo suizo sería un regreso considerable. Dos puntos distinguen un Estado federal de un Estado unitario, a saber: cada Estado federado, cada cantón, posee su propia legislación civil y penal, su propia organización judicial; además, a la par con la Cámara del Pueblo, existe una Cámara de Representantes de los Estados, en la que cada cantón grande o pequeño vota como tal". En Alemania, el Estado federal es el tránsito hacia un Estado completamente unitario, y la "revolución desde arriba" de 1866 y 1870 no debe ser revocada, sino completada con un "movimiento desde abajo"

Engels, lejos de permanecer indiferente ante las formas de Estado, se esfuerza, al contrario, por analizar con escrupulosidad extraordinaria precisamente las formas de transición, a fin de determinar en cada caso, en dependencia de las peculiaridades históricas concretas, qué clase de tránsito -*de qué y hacia qué*- presupone la forma dada.

Engels, como Marx, defiende desde el punto de vista del proletariado y de la revolución proletaria el centralismo democrático, la república única e indivisa. Considera que la república federal es, o una

excepción y un obstáculo para el desarrollo, o la transición de la monarquía a la república centralizada, "un paso adelante" en determinadas circunstancias especiales. Y entre esas circunstancias especiales se destaca el problema nacional.

En Engels, como en Marx, a pesar de su crítica implacable del reaccionarismo de los pequeños Estados -y del ocultamiento de ese reaccionarismo tras el problema nacional en ciertos casos concretos-, no encontramos ni rastro de la tendencia a eludir este problema, tendencia de que pecan a menudo los marxistas holandeses y polacos al partir de una lucha muy legítima contra el estrecho nacionalismo filisteo de "sus" pequeños Estados.

Incluso en Inglaterra, donde las condiciones geográficas, la comunidad de idioma y la historia de muchos siglos parece que debían haber "terminado" con el problema nacional en las distintas y pequeñas divisiones territoriales del país; incluso allí, Engels tiene en cuenta el hecho evidente de que el problema nacional no ha sido resuelto aún, razón por la cual reconoce que la república federal representa "un paso adelante". Por supuesto, en eso no hay ni sombra de renuncia a la crítica de los defectos de la república federal, ni a la propaganda y la lucha más enérgicas en pro de una república unitaria, de una república democrática centralizada.

Pero Engels no concibe el centralismo democrático, ni mucho menos, en el sentido burocrático con que emplean este concepto los ideólogos burgueses y pequeñoburgueses, incluyendo entre estos últimos a los anarquistas. Para Engels, el centralismo no excluye en lo más mínimo esa amplia administración autónoma local, que, con la defensa voluntaria de la unidad del Estado por las "comunas" y las regiones, elimina en absoluto todo burocratismo y todo "mando" desde arriba.

> "...Así pues, república unitaria -escribe Engels, desarrollando las ideas programáticas del marxismo acerca del Estado-. Pero no en el sentido de la República Francesa actual, que no es otra cosa qua el Imperio sin emperador fundado en 1798. De 1712 a 1798, cada departamento francés, cada comunidad (*Gemeinde*) poseían completa autonomía administrativa, según el modelo norteamericano, y eso debemos tener también nosotros. Norteamérica y la primera República Francesa nos han mostrada y probado cómo se debe organizar esa autonomía y cómo se puede prescindir de la burocracia, y ahora lo muestran aún Australia, el Canadá y otras colonias inglesas. Semejante autonomía provincial y es mucho más libre, por ejemplo, que el feudalismo suizo, donde el cantón es, por cierto, muy independiente respecto de la Confederación" (es decir, respecto del Estado federal en su con junto "pero lo es también respecto del distrito (*Bezirk*) y de la comunidad. Los gobiernos cantonales nombran a los gobernadores de distrito (*Bezirk-stalthalter*) y los alcaldes, lo que no ocurre en absoluto en los países de habla inglesa y lo que nosotros debemos suprimir con la misma energía que a los consejeros provinciales y gubernamentales (*Landrath* y *Regierungsrat*) prusianos" (los comisarios, los jefes de policía, los gobernadores y, en general, todos los funcionarios nombrados desde arriba). En consonancia con esto, Engels propone que el punto del programa relativo a la autonomía sea formulado del modo siguiente: "Administración autónoma completa en la provincia" (provincia o región), "el distrito y la comunidad a través de funcionarios elegidos por sufragio universal. Supresión de todas las autoridades locales y provinciales nombradas por el Estado".

En *Pravda*[29], suspendida por el gobierno de Kerenski y de otros ministros "socialistas" (núm. 68, del 28 de mayo de 1917), señalé ya que en este punto -y, por supuesto, no sólo en él, ni mucho menos-, nuestros representantes seudosocialistas de una seudodemocracia seudorrevolucionaria han abjurado escandalosamente *del espíritu democrático*[*]. Es natural que hombres ligados por una "coalición" a la burguesía imperialista hayan permanecido sordos a estas indicaciones.

Es importante en extremo señalar que Engels, esgrimiendo hechos y basándose en el ejemplo más exacto, refuta el prejuicio -extraordinariamente extendido, sobre todo entre los demócratas pequeñoburgueses- de que la república federal implica, sin duda alguna, mayor libertad que la república centralista. Esto es falso. Los hechos citados por Engels con referencia a la República Francesa centralista de 1792 a 1798 y a la República Suiza federal desmienten semejante prejuicio. La república centralista realmente democrática dio *mayor* libertad que la república federal. O dicho en otros términos: *la mayor* libertad local, provincial, etc., conocida en la historia, la ha dado la república *centralista* y no la república federal.

La propaganda y la agitación de nuestro partido no han prestado ni prestan suficiente atención a este hecho ni, en general, a todo el problema de la república federal y centralista y a la administración autónoma local.

5. Prefacio de 1891 a "la guerra civil", de Marx.

En la *Introducción* a la tercera edición de *La guerra civil en Francia* -fechada el 18 de marzo de 1891 y publicada por vez primera en la revista *Neue Zeit*-, Engels hace de pasada interesantes observaciones sobre problemas relativos a la actitud

[*] Véase V. I. Lenin. Una cuestión de principios. (*N. de la Edit.*)

ante el Estado y, a la vez, traza con notable relieve un resumen de las enseñanzas de la Comuna[30]. Este resumen, enriquecido con toda la experiencia del período de veinte años que separaba a su autor de la Comuna y enfilado especialmente contra "la fe supersticiosa en el Estado", tan difundida en Alemania, puede ser denominado con razón la *última palabra* del marxismo respecto al problema que estamos examinando.

En Francia -señala Engels-, los obreros, después de cada revolución, estaban armados; "por eso, el desarme de los obreros era el primer mandamiento de los burgueses que se hallaban al frente del Estado. De aquí que, después de cada revolución ganada por los obreros, se entablara una nueva lucha, que acababa en la derrota de éstos…"

El balance de la experiencia de las revoluciones burguesas es tan corto como expresivo. Este quid de la cuestión –entre otras cosas, en lo que afecta al problema del Estado (*¿tiene armas la clase oprimida*?)- está enfocado aquí de un modo admirable. Este quid de la cuestión es precisamente lo que eluden más a menudo tanto los profesores influidos por la ideología burguesa como los demócratas pequeñoburgueses. En la revolución rusa de 1917 ha correspondido al "menchevique" y "también-marxista" Tsereteli el honor (un honor a lo Cavaignac) de revelar este secreto de las revoluciones burguesas. En su "histórico" discurso del 11 de junio, Tsereteli se fue de la lengua y descubrió la decisión de la burguesía de desarmar a los obreros de Petrogrado, presentando, naturalmente, esta decisión ¡como suya y como necesidad "del Estado" en general![31]

El histórico discurso de Tsereteli del 11 de junio será, sin duda, para todo historiador de la revolución de 1917 una de las pruebas más patentes de cómo el bloque de eseristas y mencheviques, acaudillado por el señor Tsereteli, se puso al lado de la burguesía *contra* el proletariado revolucionario.

Otra de las observaciones hechas de pasada por Engels, relacionada también con el problema del Estado, se refiere a la religión. Es sabido que la socialdemocracia alemana, a medida que iba pudriéndose y aumentaba su oportunismo, caía más y más en una torcida interpretación filistea de la célebre fórmula: "Declarar la religión un asunto privado". En efecto, esta fórmula se interpretaba como si la religión fuese un asunto privado ¡¡*también para el partido* del proletariado revolucionario!! Precisamente contra esta traición completa al programa revolucionario del proletariado se levantó Engels, que en 1891 sólo podía observar los gérmenes *más débiles* de oportunismo en su partido y que, por tanto, se expresaba con la mayor prudencia:

"Como los miembros de la Comuna eran todos, casi sin excepción, obreros o representantes reconocidos de los obreros, sus acuerdos se distinguían por un carácter marcadamente proletario. Una parte de sus decretos eran reformas que la burguesía republicana no se había atrevido a implantar sólo por vil cobardía y que echaban los cimientos indispensables para la libre acción de la clase obrera, como, por ejemplo, la implantación del principio de que, *con respecto* al Estado, la religión es un asunto puramente privado; otros iban encaminados a salvaguardar directamente los intereses de la clase obrera y, en parte, abrían profundas brechas en el viejo orden social..."

Engels subraya a propósito las palabras "con respecto al Estado", asestando así un golpe certero al oportunismo alemán, el cual declaraba la religión asunto privado *con respecto al partido* y, de este modo, rebajaba el partido del proletariado revolucionario al nivel del más vulgar filisteísmo "librepensador", dispuesto a admitir el aconfesionalismo, pero que renuncia a la tarea *de partido* de luchar contra el opio religioso, que embrutece al pueblo.

El futuro historiador de la socialdemocracia alemana, al estudiar las raíces de su vergonzosa bancarrota en 1914, encontrará no pocos materiales interesantes sobre esta cuestión, desde las evasivas declaraciones que contienen los artículos del jefe ideológico del partido, Kautsky, en las que se abren de par en par las puertas al oportunismo, hasta la actitud del partido ante el "*Los-von-Kirche-Bewegung* (Movimiento en pro de la separación de la Iglesia), en 1913[32].

Pero volvamos a cómo resumió Engels, veinte años después de la Comuna, las enseñanzas de ésta para el proletariado combatiente.

He aquí las enseñanzas que Engels destacaba en primer término:

"...Precisamente el poder opresor del antiguo gobierno centralizado -el ejército, la policía política y la burocracia-, creado por Napoleón en 1798 y que desde entonces había sido heredado por todos los nuevos gobiernos como un instrumento deseable, empleándolo contra sus enemigos, precisamente dicho poder debía ser derribado en toda Francia, como había sido derribado ya en París.

"La Comuna hubo de reconocer desde el primer momento que la clase obrera, al llegar al poder, no puede seguir gobernando con la vieja máquina del Estado; que, para no perder de nuevo su dominación recién conquistada, la clase obrera tiene, de una parte, que suprimir toda la vieja máquina represiva utilizada hasta entonces contra ella, y, de otra parte, precaverse contra sus propios diputados y funcionarios, declarándolos a todos, sin excepción, revocables en cualquier momento..."

Engels subraya una y otra vez que no sólo con la monarquía, sino *también con la república democrática*, el Estado sigue siendo Estado, es decir, conserva su principal rasgo distintivo: convertir a sus funcionarios, "servidores de la sociedad", órganos de ella, en *señores* situados por encima de ella.

"...La Comuna empleó dos remedios infalibles contra esta transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad en señores situados por encima de ella, transformación inevitable en todos los Estados anteriores. En primer lugar, cubrió todos los cargos administrativos, judiciales y de enseñanza por elección, mediante sufragio universal, concediendo a los electores el derecho de revocar en todo momento a sus elegidos. En segundo lugar, todos los funcionarios, altos y bajos, estaban retribuidos como los demás trabajadores. El sueldo máximo que abonaba la Comuna era de 6.000 francos*. Con este sistema se alzaba una barrera eficaz ante el arribismo y la caza de cargos, sin hablar ya de los mandatos imperativos, que, por añadidura, introdujo la Comuna para los diputados a los cuerpos representativos…"

Engels llega aquí al interesante límite en que la democracia consecuente, de una parte, *se transforma* en socialismo y, de otra, *reclama* el socialismo. Porque para destruir el Estado es necesario convertir las funciones de la administración pública en operaciones de control y contabilidad tan sencillas que sean accesibles a la inmensa mayoría de la población, primero, y a toda ella, después. Y la supresión completa del arribismo requiere que los cargos "honoríficos" del Estado, incluso los que no proporcionan ingresos, *no* puedan servir de trampolín para saltar a puestos altamente retribuidos en los bancos y en las sociedades anónimas, como ocurre *constantemente* en todos los países capitalistas más libres.

Pero Engels no incurre en el error que cometen, por ejemplo, algunos marxistas en lo tocante al derecho de las naciones a la autodeterminación, creyendo que este derecho es imposible en el capitalismo y superfluo en el socialismo. Semejante argumento, ingenioso en apariencia, pero falso en realidad, podría repetirse a propósito de *cualquier* institución democrática, y a propósito también de los sueldos modestos de los funcionarios, pues en el capitalismo es imposible una democracia consecuente hasta el fin, y en el socialismo *se extinguirá* toda democracia.

Esto es un sofisma parecido al viejo chiste de si una persona queda calva cuando se le cae un pelo.

El desarrollo de la democracia *hasta el fin*, la búsqueda de *las formas* de este desarrollo, su comprobación *en la práctica*, etc.: todo eso constituye una de las tareas de la lucha por la revolución social. Por separado, ninguna democracia dará como resultante el socialismo; pero, en la práctica, la democracia jamás se tomará "por separado", sino "en bloque", influyendo también en la economía, acelerando su transformación y cayendo ella misma bajo la influencia del desarrollo económico, etc. Tal es la dialéctica de la historia viva.

Engels prosigue:

"...En el capítulo tercero de *La guerra civil* se describe con todo detalle esta labor encaminada a hacer saltar (*Sprengung*) el viejo poder estatal y a sustituirlo por otro nuevo y realmente democrático. Sin embargo, era necesario detenerse a examinar aquí de manera sucinta algunos de los rasgos de esta sustitución por ser precisamente en Alemania donde la fe supersticiosa en el Estado se ha trasplantado del campo filosófico a la conciencia general de la burguesía e incluso a la de muchos obreros. Según la concepción filosófica, el Estado es "la realización de la idea", o sea, traducido al lenguaje filosófico, el reino de Dios en la tierra, el campo en que se hacen o deben hacerse realidad la eterna verdad y la eterna justicia. De aquí nace una veneración supersticiosa del Estado y de todo lo que con él se relaciona, veneración supersticiosa que arraiga en las conciencias con tanta mayor facilidad por cuanto la gente se acostumbra, ya desde la infancia, a pensar que los asuntos e intereses comunes a toda la sociedad no pueden gestionarse ni salvaguardarse de un modo diferente a como se ha venido haciendo hasta aquí, es decir, por medio del Estado y de sus funcionarios bien retribuidos. Y se cree haber dado un paso extraordinariamente audaz con librarse de la fe en la monarquía hereditaria y entusiasmarse con la república democrática. En realidad, el Estado no es más que una máquina para la opresión de una clase por otra, lo mismo en la república democrática que bajo la monarquía; y, en el mejor de los casos, un mal que se transmite como herencia al proletariado triunfante en su lucha por la dominación de clase. El proletariado victorioso, lo mismo que hizo la Comuna, no podrá por menos de amputar inmediatamente los lados peores de este mal, entretanto que una generación futura, educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado".

Engels ponía en guardia a los alemanes para que, en caso de ser sustituida la monarquía por la

---

* Esto equivale nominalmente a unos 2.400 rublos y, según el curso actual, a unos 6.000 rublos. Es impersonable por completo la actitud de aquellos bolcheviques que proponen, por ejemplo, retribuciones de 9.000 rublos en los ayuntamientos urbanos, no proponiendo fijar un sueldo máximo de 6.000 rublos (cantidad suficiente) *para todo el Estado*[33].

república, no olvidasen los fundamentos del socialismo acerca del Estado en general. Hoy, sus advertencias parecen una lección directa a los señores Tsereteli y Chernov, que en su práctica "coalicionista" ¡revelan una fe supersticiosa en el Estado y una veneración supersticiosa por él!

Dos observaciones más. 1) Si Engels dice que en la república democrática el Estado sigue siendo, "lo mismo" que bajo la monarquía, "una máquina para la opresión de una clase por otra", esto no significa en modo alguno que la forma de opresión le sea indiferente al proletariado, como "enseñan" algunos anarquistas. *Una forma* de lucha de clases y de opresión de clase más amplia, más libre y más abierta facilita en proporciones gigantescas la lucha del proletariado por la supresión de las clases en general.

2) El problema de por qué solamente una nueva generación estará en condiciones de deshacerse por completo de todo el trasto viejo del Estado está relacionado con la superación de la democracia, que pasamos a examinar.

6. Engels y la superación de la democracia.

Engels tuvo que hablar de esto al referirse a la inexactitud *científica* de la denominación de "socialdemócrata".

En el prefacio a la edición de sus artículos de los años 70 del siglo XIX sobre diversos temas, primordialmente de carácter "internacional" (*Internationales aus dem "Volksstaat"*), prefacio fechado el 3 de enero de 1894, es decir, escrito año y medio antes de morir Engels, éste hacía constar que en todos los artículos usaba la palabra "comunista" y no "socialdemócrata", pues entonces se llamaban socialdemócratas los proudhonianos en Francia y los lassalleanos[34] en Alemania.

> "...Para Marx y para mí -prosigue Engels- era, por tanto, completamente imposible emplear una expresión tan elástica para denominar nuestro punto de vista especial. En la actualidad, las cosas se presentan de otra manera, y esta palabra ("socialdemócrata") puede, tal vez, pasar (*mag passieren*), aunque sigue siendo inexacta (*unpassend*, inadecuada) para un partido cuyo programa económico no es un simple programa socialista en general, sino un programa claramente comunista, y cuya meta política final es la superación total del Estado, y, por consiguiente, también de la democracia. Pero los nombres de *los verdaderos* (subrayado por Engels) partidos políticos jamás son adecuados por entero; el partido se desarrolla y el nombre queda".

El dialéctico Engels, en el ocaso de su vida, sigue siendo fiel a la dialéctica. Marx y yo –dice- teníamos un hermoso nombre, un nombre científicamente exacto, para el partido; pero no teníamos un verdadero partido, es decir, un partido proletario de masas. Hoy (a fines del siglo XIX) existe un verdadero partido, pero su nombre es científicamente inexacto. ¡No importa, "puede pasar": lo importante es que el partido *se desarrolle*, que no desconozca la inexactitud científica de su nombre y que ésta no le impida desarrollarse en la dirección certera!

Quizá haya algún bromista que quiera consolarnos también a nosotros, los bolcheviques, a la manera de Engels: tenemos un verdadero partido, que se desarrolla de un modo excelente; por tanto, también "puede pasar" una palabra tan sin sentido y tan fea como la de "bolchevique", que no expresa nada en absoluto, excepto la circunstancia puramente accidental de que en el Congreso de Bruselas-Londres de 1903 tuvimos nosotros la mayoría[35] … Tal vez hoy, cuando las persecuciones de nuestro partido, en julio y agosto, por los republicanos y por la filistea democracia "revolucionaria" han hecho la palabra "bolchevique" tan popular y honrosa, y cuando, además, esas persecuciones han marcado un progreso tan gigantesco, un progreso histórico de nuestro partido en su desarrollo *verdadero*; tal vez hoy, también yo dudaría en cuanto a mi propuesta de abril de cambiar el nombre de nuestro partido[*]. Quizá propondría a mis camaradas una "transacción": llamarnos Partido Comunista y dejar entre paréntesis la palabra bolchevique...

Pero la cuestión del nombre del partido tiene una importancia incomparablemente menor que la actitud del proletariado revolucionario ante el Estado.

En las consideraciones habituales acerca del Estado se comete a cada paso el error contra el que pone en guardia Engels y que hemos señalado de paso en nuestra exposición precedentes a saber: se olvida constantemente que la destrucción del Estado es también la destrucción de la democracia, que la extinción del Estado implica la extinción de la democracia.

A primera vista, esta afirmación parece extraña e incomprensible en extremo. Tal vez alguien llegue incluso a temer que estemos esperando el advenimiento de una organización social en la que no se observe el principio de la subordinación de la minoría a la mayoría, pues la democracia es, precisamente, el reconocimiento de este principio.

No. La democracia *no* es idéntica a la subordinación de la minoría a la mayoría. Democracia es *el Estado* que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer *la violencia* sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra.

Nosotros nos señalamos como objetivo final la destrucción del Estado, es decir, de toda violencia organizada y sistemática, de toda violencia contra el individuo en general. No esperamos el advenimiento de un orden social en el que no se acate el principio

[*] Véase la presente edición, tomo VI. (*N. de la Edit.*)

del sometimiento de la minoría a la mayoría. Pero, aspirando al socialismo, estamos convencidos de que éste se transformará en comunismo y, en relación con ello, desaparecerá toda necesidad de violencia sobre el individuo en general, toda necesidad de *subordinación* de unos hombres a otros, de una parte de la población a otra, pues los hombres se *acostumbrarán* a observar las reglas elementales de la convivencia social *sin violencia* y *sin subordinación*.

Precisamente para subrayar este elemento de la costumbre habla Engels de una nueva generación que, "educada en condiciones sociales nuevas y libres, pueda deshacerse de todo ese trasto viejo del Estado", de todo Estado, incluido el Estado republicano democrático.

Para aclarar esto habrá que analizar el problema de las bases económicas de la extinción del Estado.

Capítulo V. Las bases económicas de la extinción del estado.

La explicación más detallada de este problema nos la da Marx en su *Crítica del Programa de Gotha* (carta a Bracke, del 5 de mayo de 1875, que sólo en 1891 fue publicada en la revista *Neue Zeit*, IX, 1, y que apareció en ruso en un folleto). La parte polémica de esta magnífica obra, consistente en la crítica del lassalleanismo, ha dejado en la sombra, por decirlo así, su parte positiva: el análisis de la conexión existente entre el desarrollo del comunismo y la extinción del Estado.

1. Planteamiento de la cuestión por Marx.

Si se compara superficialmente la carta de Marx a Bracke del 5 de mayo de 1875 con la de Engels a Bebel del 28 de marzo de 1875, examinada antes, podrá parecer que Marx es mucho más "partidario del Estado" que Engels y que entre las concepciones de ambos escritores acerca del Estado media una diferencia muy considerable.

Engels aconseja a Bebel abandonar toda la charlatanería acerca del Estado y borrar por completo del programa la palabra Estado, sustituyéndola por la de "Comunidad". Engels llega incluso a declarar que la Comuna no era ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra. En cambio, Marx habla incluso del "Estado futuro de la sociedad comunista", es decir, reconoce, al parecer, la necesidad del Estado incluso en el comunismo.

Pero semejante opinión sería profundamente errónea. Examinándola con mayor detenimiento, vemos que las concepciones de Marx y de Engels sobre el Estado y su extinción coinciden en absoluto, y que la citada expresión de Marx se refiere precisamente al Estado *en extinción*.

Está claro que no puede hablarse siquiera de determinar el momento de la "extinción" *futura*, tanto más que se trata a ciencia cierta de un proceso largo. La aparente disparidad entre Marx y Engels se explica por la diferencia de los temas que abordaban y de los objetivos que perseguían. Engels se propuso mostrar a Bebel de un modo palmario y tajante, a grandes rasgos, todo lo absurdo de los prejuicios en boga (compartidos en grado considerable por Lassalle) acerca del Estado. Marx sólo toca de pasada *esta* cuestión interesándose por otro tema: *el desarrollo* de la sociedad comunista.

Toda la teoría de Marx es la aplicación de la teoría del desarrollo -en su forma más consecuente, más completa, más meditada y más rica de contenido- al capitalismo moderno. Es natural, por tanto, que surgiese ante Marx el problema de aplicar esta teoría *a la inminente* bancarrota del capitalismo y al desarrollo futuro del comunismo *futuro*.

Ahora bien, ¿en virtud de qué *datos* se puede plantear la cuestión del desarrollo futuro del comunismo futuro?

En virtud de que el comunismo *procede* del capitalismo, se desarrolla históricamente del capitalismo, es resultado de la acción de una fuerza social *engendrada* por el capitalismo. Marx no intenta, ni por lo más remoto, fabricar utopías, hacer conjeturas vanas acerca de cosas que es imposible conocer. Marx plantea la cuestión del comunismo como el naturalista plantearía, por ejemplo, la del desarrollo de una nueva especie biológica, sabiendo que ha surgido de tal o cual modo y se modifica en tal o cual dirección concreta.

Marx descarta, ante todo, la confusión que siembra el Programa de Gotha en el problema de la correlación entre el Estado y la sociedad.

> "...La "sociedad actual" -escribe Marx- esta sociedad capitalista, que existe en todos los países civilizados más o menos libre de aditamentos medievales, más o menos modificada por las particularidades del desarrollo histórico de cada país, más o menos desarrollada. Por el contrario, el "Estado actual" cambia con las fronteras de cada país. En el Imperio prusiano-alemán es otro que en Suiza; en Inglaterra, otro que en los Estados Unidos. El "Estado actual" es, por tanto, una ficción.
>
> "Sin embargo, los distintos Estados de los distintos países civilizados, pese a la abigarrada diversidad de sus formas, tienen de común que todos ellos se asientan sobre las bases de la moderna sociedad burguesa, aunque ésta se halle en unos sitios más desarrollada que en otros en el sentido capitalista. Tienen también, por tanto, ciertos caracteres esenciales comunes. En este sentido, puede hablarse del "Estado actual", por oposición al futuro, en el que su actual raíz, la sociedad burguesa, se habrá extinguido.
>
> "Cabe, entonces, preguntarse ¿qué transformación sufrirá el Estado en la sociedad comunista? O, en otros términos: ¿qué funciones

sociales, análogas a las actuales funciones del Estado, subsistirán entonces? Esta pregunta sólo puede contestarse científicamente, y por más que acoplemos de mil maneras la palabra "pueblo" y la palabra "Estado", no nos acercaremos ni un ápice a la solución del problema..."

Al poner así en ridículo toda la charlatanería sobre "el Estado del pueblo", Marx plantea el problema y parece advertirnos que para resolverlo de una manera científica sólo se puede operar con datos científicos firmemente establecidos.

Lo primero que ha establecido con absoluta precisión toda la teoría del desarrollo y toda la ciencia en general -y que olvidaron los utopistas y olvidan los oportunistas de hoy, que temen a la revolución socialista- es la circunstancia de que, históricamente, debe haber, sin duda, una fase especial o una etapa especial de *transición* del capitalismo al comunismo.

2. La transición del capitalismo al comunismo.

"...Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista -prosigue Marx- media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado..."

Esta conclusión de Marx se basa en el análisis del papel que desempeña el proletariado en la sociedad capitalista actual, en los datos sobre el desarrollo de esta sociedad y en la inconciliabilidad de los intereses antagónicos del proletariado y de la burguesía.

Antes, el problema se planteaba así: para conseguir su liberación, el proletariado debe derrocar a la burguesía, conquistar el poder político e instaurar su dictadura revolucionaria.

Ahora se plantea de un modo algo distinto: la transición de la sociedad capitalista -que se desenvuelve hacia el comunismo- a la sociedad comunista es imposible sin "un período político de transición", y el Estado de este período no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado.

Ahora bien, ¿cuál es la actitud de esta dictadura ante la democracia?

Hemos visto que el *Manifiesto Comunista* coloca sencillamente juntos dos conceptos: "la transformación del proletariado en clase dominante" y "la conquista de la democracia". Sobre la base de cuanto queda expuesto, puede determinarse con mayor exactitud cómo se transforma la democracia durante la transición del capitalismo al comunismo.

En la sociedad capitalista, si su desarrollo es el más favorable, podemos ver una democracia más o menos completa en la república democrática. Pero esta democracia está siempre comprimida en el estrecho marco de la explotación capitalista y, por eso, es siempre, en esencia, democracia para la minoría, sólo para las clases poseedoras, solo para los ricos. La libertad de la sociedad capitalista sigue siendo en todo momento, poco más o menos, lo que era la libertad en las antiguas repúblicas de Grecia: libertad para los esclavistas. A causa de las condiciones de la explotación capitalista, los esclavos asalariados modernos viven tan agobiados por la penuria y la miseria que "no están para democracia", "no están para política", y en el curso corriente y pacífico de los acontecimientos, la mayoría de la población es alejada de toda participación en la vida sociopolítica.

Alemania es, tal vez, el país que corrobora con mayor evidencia la exactitud de esta afirmación, precisamente porque la legalidad constitucional se mantuvo allí durante un período asombrosamente largo y estable: casi medio siglo (1871-1914). Y durante ese período, la socialdemocracia supo hacer muchísimo más que en los otros países para "utilizar la legalidad" y organizar en partido político a un porcentaje de obreros más elevado que en ningún otro lugar del mundo.

¿A cuánto asciende, pues, este porcentaje -el más alto observado en la sociedad capitalista- de esclavos asalariados conscientes y activos en el terreno político? ¡De 15 millones de obreros asalariados, el Partido Socialdemócrata cuenta con un millón de afiliados! ¡De 15 millones están organizados sindicalmente tres millones!

Democracia para una minoría insignificante, democracia para los ricos: ésa es la democracia de la sociedad capitalista. Si examinamos más de cerca el mecanismo de la democracia capitalista, veremos siempre y en todas partes restricciones y más restricciones: en los detalles "pequeños", supuestamente pequeños, del derecho al sufragio (lugar de empadronamiento, exclusión de la mujer, etc.), en la técnica de las instituciones representativas, en los obstáculos efectivos al derecho de reunión (¡los edificios públicos no son para los "miserables"!), en la organización puramente capitalista de la prensa diaria, etc., etc. Estas restricciones, excepciones, exclusiones y trabas impuestas a los pobres parecen insignificantes, sobre todo a quienes jamás han sufrido la penuria ni han estado en contacto con la vida cotidiana de las clases oprimidas (y tal es el caso de las nueve décimas partes, si no del noventa y nueve por ciento, de los publicistas y políticos burgueses); pero, en su conjunto estas restricciones excluyen, eliminan a los pobres de la política de la participación activa en la democracia.

Marx captó magníficamente esta *esencia* de la democracia capitalista al decir en su análisis de la experiencia de la Comuna: ¡se autoriza a los oprimidos a decidir una vez cada varios años qué mandatarios de la clase opresora han de

representarlos y aplastarlos en el Parlamento![36]

Pero, partiendo de esta democracia capitalista -ineluctablemente estrecha, que rechaza bajo cuerda a los pobres y es, por tanto, una democracia profundamente hipócrita y falaz-, el desarrollo progresivo no discurre de un modo sencillo, directo y tranquilo "hacia una democracia cada vez mayor", como quieren hacer creer los profesores liberales y los oportunistas pequeñoburgueses. No. Ese desarrollo, es decir, el desarrollo hacia el comunismo, pasa por la dictadura del proletariado, y sólo puede ser así, pues no hay otra fuerza ni otro camino para romper la *resistencia* de los explotadores capitalistas.

Pero la dictadura del proletariado, es decir, la organización de la vanguardia de los oprimidos en clase dominante para reprimir a los opresores, no puede conducir únicamente a la simple ampliación de la democracia. *A la par* con la ingente ampliación de la democracia (que se convierte *por vez primera* en democracia para los pobres, en democracia para el pueblo, y no en democracia para los ricos), la dictadura del proletariado implica una serie de restricciones impuestas a la libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas. Debemos reprimirlos para liberar a la humanidad de la esclavitud asalariada, hay que vencer por la fuerza su resistencia. Y es evidente que donde hay represión, hay violencia, no hay libertad ni democracia.

Engels lo expresaba magníficamente en la carta a Bebel, al decir, como recordará el lector, que "mientras el proletariado necesite todavía del Estado, no lo necesitará en interés de la libertad, sino para someter a sus adversarios, y tan pronto como pueda hablarse de libertad, el Estado como tal dejará de existir".

Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y represión por la fuerza, o sea, exclusión de la democracia, para los explotadores, para los opresores del pueblo: tal es la modificación que experimentará la democracia durante *la transición* del capitalismo al comunismo.

Sólo en la sociedad comunista, cuando se haya roto ya definitivamente la resistencia de los capitalistas, cuando hayan desaparecido los capitalistas, cuando no haya clases (es decir, cuando no existan diferencias entre los miembros de la sociedad por su relación con los medios de producción sociales), *sólo* entonces "desaparecerá el Estado y *podrá hablarse de libertad*". Sólo entonces será posible y se hará realidad una democracia verdaderamente completa, verdaderamente sin ninguna restricción. Y sólo entonces comenzará a *extinguirse* la democracia, por la sencilla razón de que los hombres de la esclavitud capitalista, de los innumerables horrores, bestialidades, absurdos y vilezas de la explotación capitalista, *se habituarán* poco a poco a observar las reglas elementales de convivencia, conocidas a lo largo de los siglos y repetidas desde hace milenios en todos los preceptos; a observarlas sin violencia, sin coerción, sin subordinación, s*in esa máquina especial* de coerción que se llama Estado.

La expresión "el Estado *se extingue*" está muy bien elegida, pues señala la gradación y la espontaneidad del proceso. Sólo la fuerza de la costumbre puede ejercer y ejercerá sin duda esa influencia, pues observamos alrededor nuestro millones de veces con qué facilidad se habitúan los seres humanos a cumplir las reglas de convivencia que necesitan, si no hay explotación, si no hay nada que indigne, provoque protestas y sublevaciones y haga imprescindible *la represión*.

Por tanto, en la sociedad capitalista tenemos una democracia amputada, mezquina, falsa, una democracia únicamente para los ricos, para la minoría. La dictadura del proletariado, el período de transición al comunismo, aportará por vez primera la democracia para el pueblo, para la mayoría, a la par con la necesaria represión de la minoría, de los explotadores. Sólo el comunismo puede proporcionar una democracia verdaderamente completa; y cuanto más completa sea, con tanta mayor rapidez dejará de ser necesaria y se extinguirá por sí misma.

Dicho en otros términos: en el capitalismo tenemos un Estado en el sentido estricto de la palabra, una máquina especial para la represión de una clase por otra y, además, de la mayoría por la minoría. Es evidente que el éxito de una empresa como la represión sistemática de la mayoría de los explotados por una minoría de explotadores requiere una crueldad extraordinaria, una represión bestial; requiere mares de sangre, a través de los cuales sigue su camino la humanidad en estado de esclavitud, de servidumbre, de trabajo asalariado.

Más adelante, durante *la transición* del capitalismo al comunismo, la represión es *todavía* necesaria, pero es ya la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los explotados. Es necesario *todavía* un aparato especial, una máquina especial para la represión: el "Estado". Pero es ya un Estado de transición, no es ya un Estado en el sentido estricto de la palabra, pues la represión de una minoría de explotadores por la mayoría de los esclavos asalariados *de ayer* es algo tan relativamente fácil, sencillo y natural, que costará muchísima menos sangre que la represión de las sublevaciones de los esclavos, de los siervos y de los obreros asalariados y resultará mucho más barata a la humanidad. Y este Estado es compatible con la extensión de la democracia a una mayoría tan aplastante de la población que empieza a desaparecer la necesidad de *una máquina especial* para la represión. Como es natural, los explotadores no pueden reprimir al pueblo sin una máquina complicadísima que les permita cumplir esta misión;

pero *el pueblo* puede reprimir a los explotadores con una "máquina" muy sencilla, casi sin "máquina", sin aparato especial: con la simple *organización de las masas armadas* (como los Soviets de diputados obreros y soldados, digamos, adelantándonos un poco).

Por último, sólo el comunismo suprime en absoluto la necesidad del Estado, pues *no hay nadie* a quien reprimir, "nadie" en el sentido *de clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra cierta parte de la población. No somos utopistas y no negamos lo más mínimo que sea posible e inevitable que *algunos individuos* cometan excesos, como tampoco negamos la necesidad de reprimir tales excesos. Pero, en primer lugar, para ello no hace falta una máquina especial, un aparato especial de represión; eso lo hará el propio pueblo armado, con la misma sencillez y facilidad con que un grupo cualquiera de personas civilizadas, incluso en la sociedad actual, separa a quienes se están peleando o impide que se maltrate a una mujer. Y, en segundo lugar, sabemos que la causa social más profunda de los excesos, consistentes en infringir las reglas de convivencia, es la explotación de las masas, su penuria y su miseria. Al suprimirse esta causa principal, los excesos comenzarán inevitablemente a "*extinguirse*". No sabemos con qué rapidez y gradación, pero sí sabemos que se extinguirán. Y con ello se *extinguirá* también el Estado.

Sin dejarse llevar de utopías, Marx determinó en detalle lo que es posible determinar *ahora* acerca de este porvenir, a saber: la diferencia entre las fases (grados o etapas) inferior y superior de la sociedad comunista.

3. La primera fase de la sociedad comunista.

En *Crítica del Programa de Gotha*, Marx refuta circunstanciadamente la idea lassalleana de que, en el socialismo, el obrero recibirá "el producto íntegro (o "completo") del trabajo". Marx demuestra que de todo el trabajo social de toda la sociedad habrá que descontar un fondo de reserva, otro fondo para ampliar la producción, reponer las máquinas "gastadas", etc., y, además de los artículos de consumo, un fondo para los gastos de administración, escuelas, hospitales, asilos de ancianos, etc.

En vez de la frase nebulosa, confusa y general de Lassalle ("dar al obrero el producto íntegro del trabajo"), Marx ofrece un análisis sereno de cómo se verá obligada a administrar la sociedad socialista. Marx aborda el análisis *concreto* de las condiciones de vida de esta sociedad, en la que no existirá el capitalismo, y dice:

> "De lo que aquí se trata" (en el examen del programa del partido obrero) "no es de una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, el moral y el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuyas entrañas procede".

Esta sociedad comunista, que acaba de salir de las entrañas del capitalismo y que presenta en todos sus aspectos el sello de la sociedad antigua, es la que Marx llama "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista.

Los medios de producción han dejado ya de ser propiedad privada de distintos individuos para pertenecer a toda la sociedad. Cada miembro de ésta, al efectuar cierta parte del trabajo socialmente necesario, obtiene de la sociedad un certificado acreditativo de haber realizado tal o cual cantidad de trabajo. Por este certificado recibe de los almacenes sociales de artículos de consumo la cantidad correspondiente de productos. Deducida la cantidad de trabajo que pasa al fondo social, cada obrero recibe, pues, de la sociedad tanto como le entrega.

Reina, al parecer, la "igualdad".

Pero cuando Lassalle, refiriéndose a este orden social (al que suele darse el nombre de socialismo y que Marx denomina primera fase del comunismo), dice que esto es "una distribución justa", que es "el derecho igual de cada uno al producto igual del trabajo", Lassalle se equivoca, y Marx pone en claro su error.

Aquí -dice Marx- nos encontramos, en efecto, ante un "derecho igual", pero es *todavía* "un derecho burgués", que, como todo derecho, *presupone la desigualdad*. Todo derecho significa aplicar un rasero *igual* a hombres *distintos*, que de hecho no son idénticos, no son iguales entre sí; y por eso, "el derecho igual" es una infracción de la igualdad y una injusticia. En realidad, cada cual recibe, si ejecuta una parte de trabajo social igual que otro, la misma parte del producto social (después de hechas las deducciones indicadas).

Sin embargo, los hombres no son iguales: unos son más fuertes y otros más débiles; unos están casados y otros solteros; unos tienen más hijos que otros, etc.

> "...Con igual trabajo -concluye Marx- y, por consiguiente, con igual participación en el fondo social de consumo, unos reciben de hecho más que otros, unos son más ricos que otros, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual..."

Por consiguiente, la primera fase del comunismo no podrá aún proporcionar ni justicia ni igualdad: subsistirán las diferencias de riqueza, que son injustas; pero no podrá existir *la explotación* del hombre por el hombre, pues será imposible apoderarse, a título de propiedad privada, de *los medios de producción*, las fábricas, las máquinas, la tierra, etc. Al pulverizar la frase de Lassalle, confusa al estilo pequeñoburgués, acerca de la "igualdad" y la "justicia" *en general*, Marx señala *el curso del*

desarrollo de la sociedad comunista, la cual se verá *obligada* a destruir primero *solamente* la “injusticia” que representa la usurpación de los medios de producción por individuos aislados, pero *no estará en condiciones* de suprimir de golpe también la otra injusticia, consistente en distribuir los artículos de consumo “según el trabajo” (y no según las necesidades).

Los economistas vulgares, incluidos los profesores burgueses, y entre ellos “nuestro” Tugán, reprochan constantemente a los socialistas que olvidan la desigualdad de los hombres y “sueñan” con extirpar esta desigualdad. Semejante reproche sólo demuestra, como vemos, la extrema ignorancia de los señores ideólogos burgueses.

Marx tiene en cuenta con la mayor exactitud no sólo la inevitable desigualdad de los hombres, sino también que la transformación de los medios de producción en propiedad común de toda la sociedad (el “socialismo”, en el sentido corriente de la palabra) *no suprime* por sí sola los defectos de la distribución y la desigualdad del “derecho burgués”, que *sigue imperando*, por cuanto los productos se distribuyen “según el trabajo”.

> “...Pero estos defectos -prosigue Marx-son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado...”

Así pues, en la primera fase de la sociedad comunista (a la que suele darse el nombre de socialismo), “el derecho burgués” *no* se suprime por completo, sino sólo en parte, sólo en la medida de la transformación económica ya alcanzada, es decir, sólo en lo que atañe a los medios de producción. “El derecho burgués” los considera propiedad privada de los individuos. El socialismo los convierte en propiedad *común*. *En este sentido* -y sólo en este sentido- desaparece “el derecho burgués”.

Sin embargo, este derecho persiste en otro de sus aspectos: como regulador de la distribución de los productos y de la distribución del trabajo entre los miembros de la sociedad. “El que no trabaja, no come”: este principio socialista es *ya* una realidad; “a igual cantidad de trabajo, igual cantidad de productos”: también este principio socialista es *ya* una realidad. Pero eso no es todavía el comunismo, no suprime aún “el derecho burgués”, que por una cantidad desigual (desigual en la práctica) de trabajo da una cantidad igual de productos a hombres que no son iguales.

Esto es un “defecto”, dice Marx, pero un defecto inevitable en la primera fase del comunismo. Porque, si no se quiere caer en la utopía, es imposible pensar que, al derrocar el capitalismo, los hombres aprenderán inmediatamente a trabajar para la sociedad *sin sujetarse a ninguna norma de derecho*; además, la abolición del capitalismo *no sienta en el acto* las premisas económicas de *este* cambio.

Aparte del “derecho burgués”, no hay otras normas, Y, por tanto, persiste aún la necesidad del Estado, que, velando por la propiedad común de los medios de producción, vele por la igualdad del trabajo y por la igualdad en la distribución de los productos.

El Estado se extingue por cuanto no hay ya capitalistas, no hay ya clases y, por esa misma razón, no se puede *reprimir* a ninguna *clase*.

Pero el Estado no se ha extinguido todavía del todo, pues sigue existiendo la protección del “derecho burgués” que santifica la desigualdad de hecho. Para que el Estado se extinga por completo hace falta el comunismo completo.

4. La fase superior de la sociedad comunista.

Marx prosigue

> “...En la fase superior de la sociedad comunista, cuando la desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo y, con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y fluyan con todo su caudal los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: “¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades!”.

Sólo ahora podemos apreciar toda la justedad de las observaciones de Engels al burlarse implacablemente de la absurda asociación de las palabras “libertad” y “Estado”. Mientras existe el Estado, no hay libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado.

La base económica de la extinción completa del Estado significa un desarrollo tan elevado del comunismo que en él desaparece la oposición entre el trabajo intelectual y el manual. En consecuencia, deja de existir una de las fuentes más importantes de la desigualdad *social* contemporánea, una fuente que en modo alguno puede ser suprimida de golpe por el solo hecho de que los medios de producción pasen a ser propiedad social, por la sola expropiación de los capitalistas.

Esta expropiación dará *la posibilidad* de desarrollar las fuerzas productivas en proporciones gigantescas. Y al ver cómo *retrasa* el capitalismo ya hoy, de modo increíble, este desarrollo y cuánto podríamos avanzar sobre la base de la técnica moderna ya lograda, tenemos derecho a decir con la mayor certidumbre que la expropiación de los

capitalistas originará inevitablemente un desarrollo gigantesco de las fuerzas productivas de la sociedad humana. Lo que no sabemos *ni podemos* saber es la rapidez con que avanzará este desarrollo, la rapidez con que llegará a romper con la división del trabajo, a suprimir la oposición entre el trabajo intelectual y el manual, a convertir el trabajo "en la primera necesidad vital".

Por eso tenemos derecho a hablar sólo de la extinción ineluctable del Estado, subrayando el carácter prolongado de este proceso, su dependencia de la rapidez con que se desarrolle *la fase superior* del comunismo y dejando pendiente por entero la cuestión de los plazos o de las formas concretas de la extinción, pues *carecemos* de datos para poder resolver estos problemas.

El Estado podrá extinguirse por completo cuando la sociedad aplique la regla: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades"; es decir, cuando los hombres estén ya tan habituados a observar las normas fundamentales de la convivencia y cuando su trabajo sea tan productivo que trabajen voluntariamente *según su capacidad*. "El estrecho horizonte del derecho burgués, que obliga a calcular con la insensibilidad de un Shylock para no trabajar ni media hora más que otro ni percibir menos salario que otro, este estrecho horizonte será entonces rebasado. La distribución de los productos no requerirá entonces que la sociedad regule la cantidad de ellos que habrá de recibir cada uno; todo individuo podrá tomarlos libremente "según sus necesidades".

Desde el punto de vista burgués, es fácil declarar "pura utopía" semejante régimen social y burlarse diciendo que los socialistas prometen a todos el derecho a recibir de la sociedad, sin el menor control del trabajo realizado por cada ciudadano, la cantidad que deseen de trufas, automóviles, pianos, etc. Con estas burlas siguen saliendo del paso, incluso hoy, la mayoría de los "sabios" burgueses, que demuestran así su ignorancia y su defensa interesada del capitalismo.

Su ignorancia, pues a ningún socialista se le ha ocurrido "prometer" la llegada de la fase superior de desarrollo del comunismo; y *la previsión* de los grandes socialistas de que esta fase ha de advenir presupone una productividad del trabajo que no es la actual y hombres *que no son los actuales* filisteos, capaces -como los seminaristas de Pomialovski- de dilapidar "a tontas y a locas" los depósitos de la riqueza social y pedir lo imposible.

Mientras llega la fase "superior" del comunismo, los socialistas exigen *el más riguroso* control por parte de la sociedad *y por parte del Estado* sobre la medida de trabajo y la medida de consumo. Pero este control ha de *comenzar* por la expropiación de los capitalistas, por el control de los obreros sobre los capitalistas, y no debe efectuarlo un Estado de burócratas, sino *el Estado de los obreros armados*.

La defensa interesada del capitalismo por los ideólogos burgueses (y por sus lacayos, como los señores Tsereteli, Chernov y Cía.) consiste, precisamente, en suplantar con discusiones y parloteos sobre un remoto porvenir el problema más vital y más urgente de la política de *hoy*: expropiar a los capitalistas, transformar a *todos* los ciudadanos en trabajadores y empleados de un gran "consorcio" único, a saber, de todo el Estado, y subordinar por completo el trabajo de todo este consorcio a un Estado realmente democrático: *al Estado de los Soviets de diputados obreros y soldados*.

En el fondo, cuando un sabio profesor, y tras él los filisteos, y tras ellos señores como los Tsereteli y los Chernov, hablan de utopías descabelladas, de promesas demagógicas de los bolcheviques, de la imposibilidad de "implantar" el socialismo, se refieren precisamente a la etapa o fase superior del comunismo, que nadie ha prometido "implantar" y ni siquiera ha pensado en ello, pues, en general, es imposible "implantarla".

Y aquí llegamos a la diferencia científica que existe entre el socialismo y el comunismo, a la cual aludió Engels en el pasaje reproducido antes sobre la inexactitud de la denominación de "socialdemócratas". Desde el punto de vista político, es posible que la diferencia entre la primera fase, o fase inferior, y la fase superior del comunismo llegue, con el tiempo, a ser inmensa. Pero hoy, en el capitalismo, sería ridículo hablar de esta diferencia, que sólo algunos anarquistas podrían promover, tal vez, a primer plano (si es que entre ellos quedan todavía hombres que no hayan aprendido nada después de la conversión "plejanovista" de los Kropotkin, los Grave, los Cornelissen y demás "estrellas" del anarquismo en socialchovinistas o en anarquistas de trincheras, como los ha calificado Gue, uno de los pocos anarquistas que no han perdido el honor y la conciencia).

Pero la diferencia científica entre el socialismo y el comunismo es clara. Marx denominó "primera" fase o fase inferior de la sociedad comunista a lo que se llama habitualmente socialismo. Por cuanto los medios de producción se convierten en propiedad *común*, puede aplicarse también a esta fase la palabra "comunismo", mas sin olvidar que esto *no* es el comunismo completo. La gran importancia de las explicaciones de Marx reside en que también aquí aplica de manera consecuente la dialéctica materialista, la teoría del desarrollo, considerando el comunismo como algo que se desarrolla *del* capitalismo. En vez de definiciones escolásticas y artificiales "inventadas" y de disputas estériles acerca de las palabras (qué es el socialismo, qué es el comunismo), Marx hace un análisis de lo que podríamos denominar grados de madurez económica del comunismo.

En su primera fase, en su primer grado, el comunismo *no* puede todavía madurar por completo en el aspecto económico, no puede aún ser completamente libre de las tradiciones o de las huellas del capitalismo. De ahí un fenómeno tan interesante como la conservación del "estrecho horizonte del derecho *burgués*" en la primera fase del comunismo. Como es natural, el derecho burgués respecto a la distribución de los artículos de *consumo* presupone también inevitablemente *un Estado burgués*, pues el derecho no es nada sin un aparato capaz de *obligar* a respetar las normas de derecho.

Resulta, pues, que en el comunismo no sólo subsiste durante cierto tiempo el derecho burgués, sino que subsiste incluso el Estado burgués ¡sin burguesía!

Esto podrá parecer una paradoja o un simple juego dialéctico de la inteligencia, de lo cual acusan con frecuencia al marxismo personas que no han hecho el menor esfuerzo para estudiar su contenido, extraordinariamente profundo.

En realidad, la vida nos muestra a cada paso los vestigios de lo viejo en lo nuevo, tanto en la naturaleza como en la sociedad. Y Marx no introdujo por capricho en el comunismo un trocito de derecho "burgués", sino que tomó lo que es económica y políticamente inevitable en una sociedad que brota *de las entrañas* del capitalismo.

La democracia tiene magna importancia en la lucha de la clase obrera por su liberación, contra los capitalistas. Pero la democracia no es en modo alguno un límite insuperable, sino sólo una de las etapas en el camino del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al comunismo.

La democracia significa igualdad. Se comprende la gran importancia que tienen la lucha del proletariado por la igualdad y la consigna de igualdad, si ésta se interpreta exactamente, en el sentido de supresión *de las clases*. Ahora bien, la democracia significa sólo una igualdad *formal*. E inmediatamente después de realizada la igualdad de todos los miembros de la sociedad *con respecto* a la posesión de los medios de producción, es decir, la igualdad de trabajo y la igualdad de salario, ante el género humano surgirá de manera inevitable el problema de seguir adelante y pasar de la igualdad formal a la igualdad de hecho, o sea, aplicar la regla: "De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades". No sabemos ni podemos saber a través de qué etapas, por medio de qué medidas prácticas llegará la humanidad a este supremo objetivo. Pero lo importante es aclararse a sí mismo cuán infinitamente falaz es la corriente idea burguesa que presenta al socialismo como algo muerto, rígido e inmutable, cuando, en realidad, *sólo* con el socialismo comienza un movimiento rápido y autentico de progreso en todos los ámbitos de la vida social e individual, un movimiento verdaderamente de masas, en el que participa *la mayoría* de la población, primero, y la población entera, después.

La democracia es una forma de Estado, una de las variedades del Estado. Y, por consiguiente, representa, como todo Estado, el empleo organizado y sistemático de la violencia contra los individuos. Eso, por una parte. Pero, por otra, la democracia implica el reconocimiento formal de la igualdad entre los ciudadanos, el derecho igual de todos a determinar la estructura del Estado y a gobernarlo. Y esto, a su vez, está vinculado al hecho de que, al alcanzar cierto grado de desarrollo, la democracia, en primer lugar, cohesiona contra el capitalismo a la clase revolucionaria -el proletariado- y le da la posibilidad de destruir, hacer añicos y barrer de la faz de la tierra la máquina del Estado burgués, incluso del Estado burgués republicano, el ejército permanente, la policía y la burocracia, y de sustituirlos con una máquina *más* democrática, pero todavía estatal, cuya forma son las masas obreras armadas, como paso hacia la participación de todo el pueblo en las milicias.

Aquí "la cantidad se transforma en calidad"; *este* grado de democracia rebasa ya el marco de la sociedad burguesa, es el comienzo de su reestructuración socialista. Si verdaderamente *todos* toman parte en la dirección del Estado, el capitalismo no podrá ya sostenerse. Y, a su vez, el desarrollo del capitalismo crea *las premisas* para que realmente "todos" *puedan* participar en la gobernación del Estado. Entre estas premisas figuran la alfabetización completa, conseguida ya por algunos de los países capitalistas más adelantados, "la instrucción y la disciplina" de millones de obreros por el amplio y complejo aparato socializado de Correos, de los ferrocarriles, de las grandes fábricas, del gran comercio, de los bancos, etc., etc.

Con estas premisas *económicas*, es plenamente posible, después de derrocar a los capitalistas y a los burócratas, pasar en seguida, de la noche a la mañana, a sustituirlos por los obreros armados, por todo el pueblo armado, en el *control* de la producción, y la distribución, en la *contabilidad* del trabajo y de los productos. (No hay que confundir la cuestión del control y de la contabilidad con la del personal de ingenieros, agrónomos, etc., que poseen instrucción científica: estos señores trabajan hoy subordinados a los capitalistas y trabajarán todavía mejor mañana, subordinados a los obreros armados.)

Contabilidad y control: eso es *lo principal* que se necesita para "poner a punto" y hacer que funcione bien *la primera fase* de la sociedad comunista. En ella, *todos* los ciudadanos se convierten en empleados a sueldo del Estado, el cual no es otra cosa que los obreros armados. *Todos* los ciudadanos pasan a ser empleados y obreros de *un solo* "consorcio" del Estado, de todo el pueblo. El quid de la cuestión está en que trabajen por igual, observando

bien la medida de trabajo, y reciban por igual. El capitalismo *ha simplificado* en extremo la contabilidad y el control de esto, reduciéndolo a operaciones extraordinariamente simples de inspección y anotación, al alcance de cualquiera que sepa leer y escribir, conozca las cuatro reglas aritméticas y pueda extender los recibos correspondientes*.

Cuando *la mayoría* del pueblo comience a llevar por su cuenta y en todas partes esta contabilidad, este control sobre los capitalistas (que entonces se convertirán en empleados) y sobre los señores intelectualillos que conserven sus hábitos capitalistas, este control será realmente universal, general, del pueblo entero, y nadie podrá eludirlo, pues "no tendrá escapatoria".

Toda la sociedad será una sola oficina y una sola fábrica, con trabajo igual y salario igual.

Pero esta disciplina "fabril", que el proletariado, después de vencer a los capitalistas y derrocar a los explotadores, hará extensiva a toda la sociedad, no es en modo alguno nuestro ideal ni nuestra meta final, sino sólo un escalón necesario para limpiar radicalmente la sociedad de la infamia y la ignominia de la explotación capitalista *y para seguir* avanzando.

Desde el momento en que todos los miembros de la sociedad, o por lo menos la inmensa mayoría de ellos, aprendan a gobernar *por sí mismos* el Estado, tomen este asunto en sus propias manos, "pongan a punto" el control sobre la insignificante minoría de capitalistas, sobre los señoritos que quieran conservar sus hábitos capitalistas y sobre los obreros que hayan sido profundamente corrompidos por el capitalismo; desde ese momento, empezará a desaparecer la necesidad de toda gobernación en general. Cuanto más completa sea la democracia, más cercano estará el momento en que deje de ser necesaria. Cuanto más democrático sea el "Estado", compuesto de obreros armados y que "no será ya un Estado en el verdadero sentido de la palabra", con tanta mayor rapidez comenzará a extinguirse todo Estado.

Porque cuando *todos* hayan aprendido a dirigir y dirijan en realidad por su cuenta la producción social; cuando hayan aprendido a efectuar la contabilidad y el control de los haraganes, de los señoritos, de los truhanes y demás "depositarios de las tradiciones del capitalismo", escapar a este registro y a este control, realizado por la totalidad del pueblo, será sin remisión algo tan inaudito y difícil, una excepción tan rara, y suscitará seguramente una sanción tan rápida y severa (pues los obreros armados son gente práctica y no intelectualillos sentimentales, y será muy difícil que permitan a nadie jugar con ellos), que *la necesidad* de observar las reglas fundamentales, nada complicadas, de toda convivencia humana se convertirá muy pronto en una *costumbre*.

Y entonces se abrirán de par en par las puertas para pasar de la primera fase de la sociedad comunista a su fase superior y, a la vez, a la extinción completa del Estado.

* Cuando el Estado queda reducido, en la parte más sustancial de sus funciones, a esta contabilidad y este control, realizados por los mismos obreros, deja de ser un "Estado político"; entonces, "las funciones públicas perderán su carácter político, trocándose en simples funciones administrativas" (compárese con el cap. IV, § 2, acerca de la polémica de Engels con los anarquistas).

Capítulo VI. El envilecimiento del marxismo por los oportunistas.

El problema de la actitud del Estado ante la revolución social y de ésta respecto a aquél -como, en general, el problema de la revolución- ha preocupado muy poco a los más relevantes teóricos y publicistas de la II Internacional (1889-1914). Pero lo más característico del proceso de desarrollo gradual del oportunismo, que llevó a la bancarrota de la II Internacional en 1914, consiste en que, incluso cuando han llegado de lleno a esta cuestión, *se han esforzado por eludirla* o no la han advertido.

En términos generales puede decirse que *la adulteración* del marxismo y su envilecimiento completo dimanan de esa *evasiva* en lo que respecta a la actitud de la revolución proletaria ante el Estado, evasiva que favorece al oportunismo y lo nutre.

Para caracterizar, aunque sea brevemente, este proceso lamentable, fijémonos en dos destacadísimos teóricos del marxismo; Plejánov y Kautsky.

1. La polémica de Plejánov con los anarquistas.

Plejánov consagró a la actitud del anarquismo frente al socialismo un folleto, titulado *Anarquismo y socialismo*, que se publicó en alemán en 1894.

Plejánov se las ingenió para tratar este tema eludiendo en absoluto lo más actual, lo más candente y lo más esencial desde el punto de vista político en la lucha contra el anarquismo: ¡precisamente la actitud de la revolución ante el Estado y el problema del Estado en general! En su folleto se distinguen dos partes. Una, histórico-literaria, con valiosos materiales referentes a la historia de las ideas de Stirner, Proudhon, etc. Otra, filistea, con torpes consideraciones en torno al tema de que es imposible distinguir a un anarquista de un bandido.

La combinación de estos temas es curiosa y peculiar en extremo de toda la actuación de Plejánov en vísperas de la revolución y durante el período revolucionario en Rusia. En efecto, en los años de 1905 a 1917, Plejánov se reveló como un semidoctrinario y un semifilisteo que en política marchaba a la zaga de la burguesía.

Hemos visto que Marx y Engels, al polemizar con los anarquistas, aclaraban muy escrupulosamente sus opiniones respecto a la actitud de la revolución ante el Estado. Al editar en 1891 la obra de Marx *Crítica del Programa de Gotha*, Engels escribió: "Nosotros

(es decir, Engels y Marx) nos encontrábamos entonces en pleno apogeo de la lucha contra Bakunin y sus anarquistas: desde el Congreso de La Haya de la (Primera) Internacional[37] apenas habían transcurrido dos años"[38].

Los anarquistas intentaban reivindicar como "suya", por decirlo así, precisamente la Comuna de París y hacer creer que confirmaba su doctrina, sin comprender en absoluto las enseñanzas de la Comuna ni el análisis de estas enseñanzas hecho por Marx. El anarquismo no ha aportado nada que se parezca, ni siquiera aproximadamente, a la verdad en punto a estas cuestiones políticas concretas: ¿Hay que *destruir* la vieja máquina del Entado? ¿Y *con qué* sustituirla?

Pero hablar de "anarquismo y socialismo" eludiendo todo el problema del Estado, *no advirtiendo* todo el desarrollo del marxismo antes después de la Comuna, significaba caer de manera inevitable en el oportunismo. Porque lo que más necesita precisamente el oportunismo es que *no* se planteen en modo alguno las dos cuestiones que acabamos de señalar. Eso es *ya* una victoria del oportunismo.

2. La polémica de Kautsky con los oportunistas.

Las obras de Kautsky han sido traducidas al ruso en una cantidad incomparablemente mayor que a ningún otro idioma. No en vano bromean algunos socialdemócratas alemanes, afirmando que Kautsky es más leído en Rusia que en Alemania. (Dicho sea entre paréntesis, esta broma tiene un contenido histórico muchísimo más profundo de lo que sospechan sus autores: los obreros rusos, que en 1905 revelaron una apetencia extraordinaria, jamás vista, por las mejores obras de la mejor literatura socialdemócrata del mundo; que recibieron una cantidad, inaudita para otros países, de traducciones y ediciones de estas obras, trasplantaron con ritmo acelerado al joven terreno, por decirlo así, de nuestro movimiento proletario la formidable experiencia del país vecino, más adelantado.)

Kautsky es conocido en nuestro país no sólo por su exposición popular del marxismo, sino, sobre todo, por su polémica con los oportunistas y con Bernstein, que los encabezaba. Pero apenas se conoce un hecho que no puede silenciarse cuando se señala uno la tarea de investigar cómo ha caído Kautsky en esa confusión y en esa defensa, increíblemente vergonzosas, del socialchovinismo durante la profundísima crisis de 1914 y 1915. Ese hecho consiste precisamente en que antes de enfrentarse con los más destacados representantes del oportunismo en Francia (Millerand y Jaurès y en Alemania (Bernstein), Kautsky dio pruebas de grandísimas vacilaciones. La revista marxista *Zariá*[39], que se editó en Stuttgart en 1901 y 1902 y que defendía las concepciones proletarias revolucionarias, viose obligada a *polemizar* con Kautsky y calificar de "elástica" la resolución que presentó en el Congreso Socialista Internacional de París en 1900[40], una resolución ambigua, evasiva y conciliadora respecto a los oportunistas. Y en Alemania han sido publicadas cartas de Kautsky que revelan las vacilaciones, no menores, que le asaltaron antes de lanzarse a la campaña contra Bernstein.

Sin embargo, tiene una significación incomparablemente mayor la circunstancia de que en su misma polémica con los oportunistas, en su planteamiento de la cuestión y en su modo de tratarla advirtamos hoy, cuando estudiamos *la historia* de la más reciente traición al marxismo cometida por Kautsky, una propensión sistemática al oportunismo precisamente en el problema del Estado.

Tomemos la primera obra importante de Kautsky contra el oportunismo: su libro *Bernstein y el programa socialdemócrata*. Kautsky refuta con todo detalle a Bernstein. Pero he aquí un hecho sintomático.

En su obra *Premisas del socialismo*, célebre a lo Eróstrato, Bernstein acusa al marxismo de "*blanquismo*" (acusación que a partir de entonces han repetido miles de veces los oportunistas y los burgueses liberales de Rusia contra los representantes del marxismo revolucionario, los bolcheviques). Bernstein se detiene especialmente en *La guerra civil en Francia*, de Marx, e intenta -con muy poca fortuna, como hemos comprobado- identificar el punto de vista de Marx sobre las enseñanzas de la Comuna con el punto de vista de Proudhon. Bernstein dedica una atención especial a la conclusión de Marx, que éste subrayó en su prefacio de 1872 al *Manifiesto Comunista*, y que dice: "La clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y a servirse de ella para sus propios fines".

A Bernstein le "gustó" tanto esta sentencia que la repitió nada menos que tres veces en su libro, interpretándola en el sentido más tergiversado y oportunista.

Marx quiere decir, como hemos visto, que la clase obrera debe *destruir*, *romper*, *hacer saltar* (*Sprengung*: explosión, es el término que emplea Engels) toda la máquina del Estado. Pues bien: Bernstein presenta las cosas como si, con estas palabras, Marx pusiese en guardia a la clase obrera contra un revolucionarismo excesivo al conquistar el poder.

Es imposible imaginarse un falseamiento más burdo ni más escandaloso del pensamiento de Marx.

Ahora bien, ¿qué hizo Kautsky en su minuciosa refutación de la bernsteiniada?

Rehuyó analizar en toda su profundidad la adulteración del marxismo por el oportunismo en este punto. Adujo el pasaje, citado más arriba, de la

Introducción de Engels a *La guerra civil*, de Marx, diciendo que, según este último, la clase obrera no puede *simplemente* tomar posesión de la máquina del Estado *tal y como está*, pero que en general sí *puede* tomar posesión de ella, y nada más. Kautsky no dice ni una palabra de que Bernstein atribuye a Marx *exactamente lo contrario* del verdadero pensamiento de éste; tampoco dice que, desde 1852, Marx destacó como tarea de la revolución proletaria "destruir" la máquina del Estado[41].

¡Resulta, pues, que Kautsky escamoteó la diferencia más esencial entre el marxismo y el oportunismo en cuanto a las tareas de la revolución proletaria!

> "La solución del problema de la dictadura proletaria -escribió Kautsky "*contra*" Bernstein- podemos dejársela con plena tranquilidad al porvenir" (pág. 172 de la edición alemana).

Esto no es una polémica *contra* Bernstein, sino, en el fondo, una *concesión* a Bernstein, una entrega de posiciones al oportunismo, pues, por ahora, lo que más interesa a los oportunistas es "dejar con plena tranquilidad al porvenir" todos los problemas cardinales relacionados con las tareas de la revolución proletaria.

A lo largo de cuarenta años, desde 1852 hasta 1891, Marx y Engels enseñaron al proletariado que debía destruir la máquina del Estado. Pero Kautsky, en 1899, ante la completa traición de los oportunistas al marxismo en este punto, *sustituye* la cuestión de si es necesario destruir o no dicha máquina por la cuestión de las formas concretas que ha de revestir la destrucción, y se refugia bajo las alas de la verdad filistea "indiscutible" (y estéril) de que ¡¡no podemos conocer de antemano estas formas concretas!!

Entre Marx y Kautsky media un abismo en su actitud ante la tarea del partido proletario de preparar a la clase obrera para la revolución.

Tomemos otra obra posterior, más madura, de Kautsky, consagrada también en gran parte a refutar los errores del oportunismo: su folleto *La revolución social*. El autor aborda en él, como tema especial, el problema de la "revolución proletaria" y del "régimen proletario". Nos ofrece muchas cosas de gran valor, pero *elude* precisamente la cuestión del Estado. En el folleto se habla a cada momento de la conquista del poder estatal, y sólo de esto; es decir, se elige una fórmula que representa una concesión a los oportunistas, por cuanto *admite* la conquista del poder *sin* destruir la máquina del Estado. Kautsky *resucita* en 1902 precisamente lo que Marx declaró "anticuado", en 1872, en el programa del *Manifiesto Comunista*[42].

En este folleto se consagra un apartado especial a las *Formas y armas de la revolución social*. Se habla de la huelga política de masas, y de la guerra civil, y de "los medios de fuerza del gran Estado moderno que son la burocracia y el ejército"; pero no se dice ni palabra de lo que enseñó ya la Comuna a los obreros. Evidentemente, Engels no previno en vano, sobre todo a los socialistas alemanes, contra "la veneración supersticiosa" del Estado.

Kautsky presenta las cosas así: el proletariado triunfante "convertirá en realidad el programa democrático". Y expone los puntos de éste. Pero no dice ni palabra de lo que el año 1871 aportó de nuevo respecto a la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria. Kautsky sale del paso con trivialidades de tan "seria" apariencia como ésta:

> "Es evidente de por sí que con el régimen actual no lograremos la dominación. La revolución misma presupone una lucha larga y profundamente cautivadora que cambiará ya nuestra presente estructura política y social".

Sin duda, esto es algo "evidente de por sí", tan "evidente" como que los caballos comen avena y el Volga desemboca en el mar Caspio. Sólo es de lamentar que con la frase huera y ampulosa acerca de la lucha "profundamente cautivadora" *se eluda* una cuestión vital para el proletariado revolucionario: *en qué se* expresa la "profundidad" de *su* revolución respecto al Estado, respecto a la democracia, a diferencia de las revoluciones anteriores, no proletarias.

Al soslayar esta cuestión, Kautsky hace *de hecho* una concesión, en un punto tan esencial, al oportunismo, al que había declarado *de palabra* una terrible guerra, subrayando la importancia de "la idea de la revolución" (¿qué valor puede tener esta "idea", cuando se teme propagar entre los obreros las enseñanzas concretas de la revolución?), o diciendo: "el idealismo revolucionario, ante todo", o declarando que los obreros ingleses apenas son ahora "algo más que pequeños burgueses".

> "En la sociedad socialista -escribe Kautsky- pueden coexistir las más diversas formas de empresas: la burocrática (??), la tradeunionista, la cooperativa, la individual"... "Hay, por ejemplo, empresas que no pueden desenvolverse sin una organización burocrática (??), como ocurre con los ferrocarriles. Aquí la organización democrática puede tener la forma siguiente: los obreros eligen delegados, que constituyen una especie de parlamento, llamado a establecer el régimen de trabajo y fiscalizar la gestión del aparato burocrático. Otras empresas pueden entregarse a la administración de los sindicatos obreros; otras, en fin, pueden ser organizadas tomando como base el principio del cooperativismo" (págs. 148 y 115 de la traducción rusa editada en Ginebra en 1903).

Estas consideraciones son erróneas y representan un paso atrás con relación a lo que explicaron Marx y Engels en la década del 70 tomando como ejemplo las enseñanzas de la Comuna.

Desde el punto de vista de la necesidad de una

supuesta organización "burocrática", los ferrocarriles no se distinguen absolutamente en nada de todas las empresas de la gran industria mecánica en general, de cualquier fábrica, de un almacén importante o de una vasta empresa agrícola capitalista. En todas las empresas de esta índole, la técnica impone por fuerza la más rigurosa disciplina y la mayor puntualidad en la realización del trabajo asignado a cada uno, a riesgo de paralizar toda la empresa o deteriorar el mecanismo o los productos. En todas estas empresas, los obreros procederán, como es natural, a "elegir delegados, que constituirán *una especie de parlamento*".

Pero todo el quid de la cuestión está precisamente en que esta "especie de parlamento" *no* será un parlamento al estilo de las instituciones parlamentarias burguesas. Todo el quid reside en que esta "especie de parlamento" *no* se limitará a "establecer el régimen de trabajo y fiscalizar la gestión del aparato burocrático", como se imagina Kautsky, cuyo pensamiento no rebasa el marco del parlamentarismo burgués. En la sociedad socialista, esta "especie de parlamento" de diputados obreros tendrá la misión, como es natural, de "establecer el régimen de trabajo y fiscalizar la gestión" del "aparato"; *pero* este aparato *no* será "burocrático". Los obreros, después de conquistar el poder político, destruirán el viejo aparato burocrático, lo demolerán hasta los cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, lo sustituirán con otro nuevo, formado por los mismos obreros y empleados, *contra* cuya transformación en burócratas se tomarán sin dilación las medidas analizadas con todo detalle por Marx y Engels: 1) no sólo elegibilidad, sino amovilidad en cualquier momento; 2) sueldo no superior al salario de un obrero; 3) paso inmediato a un sistema en el que *todos* desempeñen funciones de control y de inspección y *todos* sean "burócratas" durante algún tiempo, para que, de este modo, *nadie* pueda convertirse en "burócrata".

Kautsky no ha reflexionado lo más mínimo en las palabras de Marx: "La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo"[43].

Kautsky no comprendió en absoluto la diferencia entre el parlamentarismo burgués, que une la democracia (*no para el pueblo*) al burocratismo (*contra el pueblo*), y la democracia proletaria, que adopta en el acto medidas para cortar de raíz el burocratismo y que estará en condiciones de llevar estas medidas hasta el fin, hasta el aniquilamiento completo del burocratismo, hasta la implantación completa de la democracia para el pueblo.

Kautsky revela aquí la misma "veneración supersticiosa" por el Estado, la misma "fe supersticiosa" en el burocratismo.

Pasemos a la última y mejor obra de Kautsky contra los oportunistas, a su folleto *El camino del poder* (inédito, al parecer, en ruso, pues se publicó en pleno apogeo de la reacción en nuestro país, en 1909)[44]. Este folleto representa un gran paso adelante, por cuanto en él no se habla de un programa revolucionario en general, como en el folleto de 1899 contra Bernstein, ni de las tareas de la revolución social haciendo abstracción del momento en que ésta se produce, como en el folleto *La revolución social*, de 1902, sino de las condiciones concretas que nos obligan a reconocer que comienza "la era de las revoluciones".

El autor habla concretamente de la agravación de las contradicciones de clase en general y también del imperialismo, que desempeña un importantísimo papel en este sentido. Después del "período revolucionario de 1789 a 1871" en Europa Occidental, en 1905 comienza un período análogo en Oriente. La guerra mundial se acerca con rapidez amenazadora. "El proletariado no puede hablar ya de una revolución prematura". "Hemos entrado en un período revolucionario". "Empieza la era revolucionaria".

Estas manifestaciones son absolutamente claras. Este folleto de Kautsky debe servir de criterio para comparar lo que la socialdemocracia alemana *prometía ser* antes de la guerra imperialista y lo bajo que cayó (incluido el mismo Kautsky) al estallar la guerra. "La situación actual -escribía Kautsky en el folleto que comentamos- encierra el peligro de que a nosotros (es decir, a la socialdemocracia alemana) se nos pueda tomar fácilmente por más moderados de lo que somos en realidad". ¡En realidad, el Partido Socialdemócrata Alemán resultó ser incomparablemente más moderado y más oportunista de lo que parecía!

Ante estas manifestaciones, tan precisas, de Kautsky a propósito de la era ya iniciada de las revoluciones, es tanto más característico que en un folleto dedicado, según sus propias palabras, a analizar precisamente la cuestión de la "revolución *política*", vuelva a eludirse por completo el problema del Estado.

De la suma de estas omisiones del problema, de estos silencios y evasivas ha resultado de modo inevitable ese paso completo al oportunismo del que nos vemos obligados a hablar a continuación.

La socialdemocracia alemana parecía declarar por conducto de Kautsky: Mantengo mis concepciones revolucionarias (1899). Reconozco, en particular, la ineluctabilidad de la revolución social del proletariado (1902). Reconozco que ha comenzado la nueva era de las revoluciones (1909). Pero, a pesar de todo eso, retrocedo en comparación con lo que dijo Marx ya en 1852, por cuanto se trata de las tareas de la revolución proletaria respecto al Estado (1912).

Exactamente así se planteó la cuestión, de un modo tajante en la polémica de Kautsky con

Pannekoek.

3. La polémica de Kautsky con Pannekoek.

Pannekoek se manifestó contra Kautsky como uno de los representantes de la tendencia "radical de izquierda", que agrupaba en sus filas a Rosa Luxemburgo, Carlos Rádek y otros y que, defendiendo la táctica revolucionaria, estaba unida por la convicción de que Kautsky se pasaba a la posición del "centro", el cual, dando de lado los principios, vacilaba entre el marxismo y el oportunismo. Que esta apreciación era acertada vino a demostrarlo por entero la guerra, cuando la corriente del "centro" (erróneamente denominada marxista) o del "kautskismo" se reveló en toda su repugnante mezquindad.

En el artículo *Las acciones de masas y la revolución* (*Neue Zeit*, 1912, XXX, 2), en el que se tocaba el problema del Estado, Pannekoek calificó la posición de Kautsky de "radicalismo pasivo", de "teoría de la espera inactiva". "Kautsky no quiere ver el proceso de la revolución" (pág. 616). Al plantear la cuestión en estos términos, Pannekoek abordó el tema que nos interesa aquí: las tareas de la revolución proletaria respecto al Estado.

> "La lucha del proletariado –escribió- no es simplemente una lucha contra la burguesía *por* el poder del Estado, sino una lucha contra el poder del Estado... El contenido de la revolución proletaria es la destrucción y sustitución (literalmente: disolución, *Auflösung*) de los medios de fuerza del Estado por los medios de fuerza del proletariado... La lucha cesa únicamente cuando se produce, como resultado final, la destrucción completa de la organización estatal. La organización de la mayoría demuestra su superioridad al destruir la organización de la minoría dominante" (pág. 548).

La manera en que formula sus pensamientos Pannekoek adolece de defectos muy grandes. Pero, a pesar de todo, la idea está clara, y es interesante ver cómo la refuta Kautsky.

> "Hasta ahora –escribe- la oposición entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder del Estado, y los segundos, destruirlo. Pannekoek quiere las dos cosas" (pág. 724).

Si la exposición de Pannekoek adolece de vaguedad y no es lo bastante concreta (sin hablar ya de otros defectos de su artículo, no relacionados con el tema que tratamos), Kautsky toma precisamente la esencia de principio del asunto, esbozada por Pannekoek, y *en esta cuestión cardinal y de principio* abandona por entero la posición del marxismo y se pasa con armas y bagajes al oportunismo. Kautsky define de un modo falso por completo la diferencia existente entre los socialdemócratas y los anarquistas y tergiversa y envilece definitivamente el marxismo.

La diferencia entre los marxistas y los anarquistas consiste en lo siguiente: 1) En que los primeros, cuyo fin es la destrucción completa del Estado, reconocen que este fin sólo puede alcanzarse después de que la revolución socialista haya suprimido las clases como resultado de la instauración del socialismo, el cual conduce a la extinción del Estado. Los segundos, en cambio, quieren destruir por completo el Estado de la noche a la mañana, sin comprender las condiciones en que puede realizarse esta destrucción. 2) En que los primeros reconocen la necesidad de que el proletariado, después de conquistar el poder político, destruya totalmente la vieja máquina del Estado, sustituyéndola con otra nueva, formada por la organización de los obreros armados, según el tipo de la Comuna. Los segundos propugnan la destrucción de la máquina del Estado y tienen una idea absolutamente confusa de con qué ha de sustituir esa máquina el proletariado y de cómo ejercerá éste el poder revolucionario. Los anarquistas rechazan incluso la utilización del poder estatal por el proletariado revolucionario, su dictadura revolucionaria. 3) En que los primeros demandan que el proletariado se prepare para la revolución aprovechando el Estado moderno, mientras que los anarquistas lo rechazan.

En esta controversia es Pannekoek quien representa al marxismo contra Kautsky, pues precisamente Marx nos enseñó que el proletariado no puede limitarse a conquistar el poder del Estado en el sentido de que la vieja máquina estatal pase a nuevas manos, sino que debe destruir, romper dicha máquina y sustituirla con otra nueva.

Kautsky abandona el marxismo y se pasa a los oportunistas, pues en su concepción desaparece por completo precisamente esta destrucción de la máquina del Estado, inaceptable en absoluto para los oportunistas, a quienes deja una escapatoria a fin de que puedan interpretar la "conquista" como una simple adquisición de la mayoría.

Para encubrir su adulteración del marxismo, Kautsky procede como un dogmático: nos saca una "cita" del propio Marx. En 1850 Marx había escrito que era necesaria una "resuelta centralización del poder en manos del Estado"[45]. Y Kautsky pregunta triunfal: ¿No querrá Pannekoek destruir el "centralismo"?

Eso es ya, sencillamente, un juego de manos, parecido a la identificación que hace Bernstein del marxismo y del proudhonismo en sus concepciones acerca del federalismo, que él opone al centralismo.

La "cita" aducida por Kautsky no viene al caso. El centralismo es posible tanto con la vieja máquina estatal como con la nueva. Si los obreros unen voluntariamente sus fuerzas armadas, eso será centralismo, pero un centralismo basado en "la destrucción completa" del aparato centralista del Estado, del ejército permanente, de la policía y de la

burocracia. Kautsky se comporta como un fullero al eludir las consideraciones, perfectamente conocidas, de Marx y Engels acerca de la Comuna y desgajar una cita que no guarda ninguna relación con el asunto.

> ¿Quizá quiera Pannekoek abolir las funciones públicas de los funcionarios? -pregunta Kautsky-. Ni en el partido ni en los sindicatos, y no digamos en la administración pública, podemos prescindir de los funcionarios. Nuestro programa no pide que sean suprimidos los funcionarios del Estado, sino que sean elegidos por el pueblo... De lo que se trata no es de saber qué estructura tendrá el aparato administrativo del "Estado del porvenir", sino de saber si nuestra lucha política destruirá (literalmente: disolverá, *auflöst*) el poder estatal *antes de haberlo conquistado nosotros* (subrayado por Kautsky). ¿Qué ministerio, con sus funcionarios, podría suprimirse?" Y se enumeran los ministerios de Instrucción, de Justicia, de Hacienda y de la Guerra. "No, nuestra lucha política contra el gobierno no suprimirá ninguno de los actuales ministerios... Lo repito para evitar equívocos: no se trata de la forma que dará al "Estado del porvenir" la socialdemocracia triunfante, sino de cómo nuestra oposición modifica el Estado actual" (pág. 725).

Esto es una superchería manifiesta. Pannekoek había planteado precisamente el problema de *la revolución*. Así se dice con toda claridad en el título de su artículo y en los pasajes citados. Al saltar al tema de la "oposición", Kautsky suplanta precisamente el punto de vista revolucionario por el oportunista. Y resulta lo siguiente: Ahora estamos en la oposición; *después* de la conquista del poder ya veremos. ¡*La revolución desaparece*! Que es exactamente lo que deseaban los oportunistas.

No se trata ni de la oposición ni de la lucha política en general, sino precisamente de *la revolución*. La revolución consiste en que el proletariado *destruye* "el aparato administrativo" y *todo* el aparato del Estado, sustituyéndolo con otro nuevo, constituido por los obreros armados. Kautsky revela una "veneración supersticiosa" por los "ministerios"; pero ¿por qué estos ministerios no pueden ser remplazados, supongamos, por comisiones de especialistas adjuntas a los Soviets soberanos y omnipotentes de diputados obreros y soldados?

La esencia de la cuestión no radica, ni mucho menos, en si seguirán existiendo los "ministerios" o habrá "comisiones de especialistas" u otras instituciones. La esencia de la cuestión radica en saber si se conserva la vieja máquina estatal (enlazada por miles de hilos a la burguesía y empapada hasta la médula de rutina e inercia) o si se la *destruye*, sustituyéndola con otra *nueva*. La revolución debe consistir no en que la nueva clase mande y gobierne con ayuda de la *vieja* máquina del Estado, sino en que destruya esta máquina y mande y gobierne con ayuda de otra *nueva*: Kautsky escamotea, o no ha comprendido en absoluto, esta idea *fundamental* del marxismo.

Su pregunta acerca de los funcionarios demuestra palpablemente que no ha comprendido las enseñanzas de la Comuna ni la doctrina de Marx. "Ni en el partido ni en los sindicatos podemos prescindir de los funcionarios..."

No podemos prescindir de los funcionarios *en el capitalismo*, bajo *la dominación de la burguesía*. El proletariado está oprimido, las masas trabajadoras están esclavizadas por el capitalismo. En él, la democracia es limitada, coartada, cercenada y adulterada por todo el ambiente de esclavitud asalariada, de penuria y miseria de las masas. Por eso, y sólo por eso, los funcionarios de nuestras organizaciones políticas y sindicales se corrompen (o, para ser más exactos, muestran la tendencia a corromperse) en el ambiente del capitalismo; muestran la tendencia a convertirse en burócratas, es decir, en personas privilegiadas, divorciadas de las masas y situadas *por encima* de las masas.

En esto consiste *la esencia* del burocratismo, y mientras los capitalistas no sean expropiados, mientras la burguesía no sea derribada, será inevitable cierta "burocratización" *incluso* de los funcionarios proletarios.

Kautsky presenta las cosas así: puesto que siguen existiendo funcionarios electivos, en el socialismo seguirá habiendo funcionarios, ¡seguirá habiendo burocracia! Y ahí radica precisamente la falsedad. Justamente en el ejemplo de la Comuna, Marx mostró que, en el socialismo, quienes ocupan cargos oficiales dejan de ser "burócratas", dejan de ser "funcionarios"; dejan de serlo *a medida* que se implanta, *además* de la elegibilidad, la amovilidad en todo momento; y, *además de esto*, los sueldos equipa al salario medio de un obrero; y, *además de esto*, la sustitución de los organismos parlamentarios por "corporaciones de trabajo", es decir, "ejecutivas y legislativas al mismo tiempo"[46].

En el fondo, toda la argumentación de Kautsky contra Pannekoek -y, en particular, su estupendo argumento de que tampoco en las organizaciones sindicales y del partido podemos prescindir de los funcionarios- revelan que Kautsky repite los viejos "argumentos" de Bernstein contra el marxismo en general. En su libro de renegado *Las premisas del socialismo*, Bernstein combate las ideas de la democracia "primitiva", lo que él llama "democracia doctrinaria": mandatos imperativos, funcionarios sin sueldo, representación central impotente, etc. Como prueba de que esta democracia "primitiva" es inconsistente, Bernstein aduce la experiencia de las tradeuniones inglesas, tal y como la interpretan los esposos Webb[47]. Según ellos, en los setenta años de

existencia de las tradeuniones, que se han desarrollado "en completa libertad" (página 137 de la edición alemana), dichas organizaciones se han convencido precisamente de la inutilidad de la democracia primitiva y la han sustituido por la democracia corriente: el parlamentarismo combinado con el burocratismo.

En realidad, las tradeuniones no se han desarrollado "en completa libertad", *sino en completa esclavitud capitalista*, bajo la cual es lógico que "no pueda prescindirse" de una serie de concesiones a los males imperantes, a la violencia, a la mentira, a la exclusión de los pobres de los asuntos de la "alta" administración. En el socialismo resucitarán de manera inevitable muchas cosas de la democracia "primitiva", pues *la masa* de la población se elevará y llegará, por vez primera en la historia de las sociedades civilizadas, a intervenir *por cuenta propia* no sólo en votaciones y elecciones, *sino también en la labor diaria de administración*. En el socialismo, *todos* intervendrán por turno en la dirección y se habituarán rápidamente a que nadie dirija.

Con su genial talento crítico-analítico, Marx vio en las medidas prácticas de la Comuna *el viraje* que temen y no quieren reconocer los oportunistas por cobardía, por falta de deseo de romper irrevocablemente con la burguesía, y que los anarquistas no quieren ver o por apresuramiento o por incomprensión de las condiciones en que se producen las transformaciones sociales masivas en general. "No cabe ni pensar en destruir la vieja máquina del Estado, pues ¿cómo vamos a arreglárnoslas sin ministerios y sin funcionarios?", razona el oportunista impregnado de filisteísmo hasta la médula y que, en el fondo, lejos de creer en la revolución, en la capacidad creadora de la revolución, la teme como a la muerte (igual que la temen nuestros mencheviques y eseristas).

"*Sólo* hay que pensar en destruir la vieja máquina del Estado, no hay por qué ahondar en las enseñanzas *concretas* de las anteriores revoluciones proletarias ni analizar *con qué y cómo* sustituir lo destruido", razonan los anarquistas (los mejores anarquistas, naturalmente, pero no los que van a la zaga de la burguesía tras los señores Kropotkin y Cía.). De ahí resulta que los anarquistas propugnen la táctica de *la desesperación* y no la táctica de una labor revolucionaria con objetivos concretos que sea implacable y audaz, pero que tenga en cuenta, al mismo tiempo, las condiciones prácticas del movimiento de masas.

Marx nos enseña a evitar ambos errores, nos enseña a ser audaces y abnegados en la destrucción de toda la vieja máquina del Estado, pero, a la vez, a plantear la cuestión de un modo concreto: la Comuna pudo en unas cuantas semanas *empezar* a construir una *nueva* máquina del Estado, una máquina proletaria, de tal y tal modo, aplicando las medidas señaladas para ampliar la democracia y desarraigar el burocratismo. Aprendamos de los comuneros audacia revolucionaria, veamos en sus medidas prácticas *un esbozo* de las medidas prácticamente urgentes e inmediatamente posibles, y entonces, *siguiendo este camino*, llegaremos al aniquilamiento completo del burocratismo.

La posibilidad de este aniquilamiento está garantizada por el hecho de que el socialismo reducirá la jornada de trabajo, elevará *a las masas* a una vida nueva, colocará *a la mayoría* de la población en condiciones que permitirán *a todos* sin excepción ejercer las "funciones del Estado", y esto conducirá a *la extinción completa* de todo Estado en general.

> "...La tarea de la huelga de masas -prosigue Kautsky- jamás puede consistir en *destruir* el poder del Estado, sino sólo en obligar a un gobierno a ceder en un determinado punto o en sustituir un gobierno hostil al proletariado por otro dispuesto a hacerle concesiones (*entgegenkommende*)... Pero jamás ni en modo alguno puede esto" (es decir, la victoria del proletariado sobre un gobierno hostil) "conducir a *la destrucción* del poder del Estado, sino únicamente a un cierto *desplazamiento* (*Verschiebung*) en la correlación de fuerzas *dentro del poder del Estado*... Y la meta de nuestra lucha política sigue siendo la que ha sido hasta aquí: conquistar el poder del Estado ganando la mayoría en el Parlamento y hacer del Parlamento el dueño del gobierno" (págs. 726, 727, 732).

Esto es ya el más puro y más vil oportunismo, es ya renunciar de hecho a la revolución, reconociéndola de palabra. La idea de Kautsky no va más allá de "un gobierno dispuesto a hacer concesiones al proletariado". Y esto significa un paso atrás hacia el filisteísmo, en comparación con 1847, año en que el *Manifiesto Comunista* proclamaba "la organización del proletariado en clase dominante".

Kautsky tendrá que realizar la "unidad", tan predilecta para él, con los Scheidemann, los Plejánov y los Vandervelde, todos los cuáles están de acuerdo en luchar por un gobierno "dispuesto a hacer concesiones al proletariado".

Pero nosotros iremos a la ruptura con estos traidores al socialismo y lucharemos por la destrucción de toda la vieja máquina del Estado para que el propio proletariado armado *sea el gobierno*. Son "dos cosas muy distintas".

Kautsky tendrá que seguir en la grata compañía de los Legien y los David, los Plejánov, los Potrésov, los Tsereteli y los Chernov, que están completamente de acuerdo con luchar por "un desplazamiento en la correlación de fuerzas dentro del poder del Estado" y por "ganar la mayoría en el Parlamento y hacer del

Parlamento el dueño del gobierno", nobilísimo fin en el que todo es aceptable para los oportunistas y todo permanece en el marco de la república parlamentaria burguesa.

Pero nosotros iremos a la ruptura con los oportunistas; y todo el proletariado consciente estará con nosotros en la lucha, no por "un desplazamiento en la correlación de fuerzas", sino por *el derrocamiento de la burguesía*, por *la destrucción* del parlamentarismo burgués, por una república democrática del tipo de la Comuna o por una República de los Soviets de diputados obreros y soldados, por la dictadura revolucionaria del proletariado.

* * *

Más a la derecha que Kautsky están situadas, en el socialismo internacional, corrientes como la de los *Cuadernos Mensuales Socialistas*[48] en Alemania (Legien, David, Kolb y muchos otros, incluyendo a los escandinavos Stauning y Branting) los jauresistas[49] y Vandervelde en Francia y Bélgica; Turati, Treves y otros representantes del ala derecha del partido italiano; los fabianos y los "independientes" (el Partido Laborista Independiente, que, en realidad, ha dependido siempre de los liberales) en Inglaterra[50], etc. Todos estos señores, que desempeñan un papel ingente, muy a menudo predominante en la actividad parlamentaria y en la labor publicista del partido, niegan francamente la dictadura del proletariado y practican un oportunismo descarado. Para estos señores, la "dictadura" del proletariado ¡¡"está en contradicción" con la democracia!! En el fondo, no se distinguen en nada serio de los demócratas pequeñoburgueses.

Tomando en consideración esta circunstancia, tenemos derecho a llegar a la conclusión de que la II Internacional, personificada por la mayoría abrumadora de sus representantes oficiales, ha caído de lleno en el oportunismo. La experiencia de la Comuna ha sido no sólo olvidada, sino tergiversada. Lejos de inculcar en las masas obreras que se acerca el día en que deberán lanzarse a la lucha y destruir la vieja máquina del Estado, sustituyéndola con una nueva y convirtiendo así su dominación política en base de la transformación socialista de la sociedad; lejos de eso, se les ha inculcado todo lo contrario, y se ha presentado de tal modo la "conquista del poder" que han quedado miles de escapatorias al oportunismo.

La tergiversación y el silenciamiento del problema concerniente a la actitud de la revolución proletaria ante el Estado no podían por menos de desempeñar un papel gigantesco en el momento en que los Estados, con su máquina militar reforzada a consecuencia de la rivalidad imperialista, se convertían en monstruos guerreros que exterminaban a millones de hombres para decidir quién había de dominar el mundo: Inglaterra o Alemania, uno u otro capital financiero*.

Palabras finales a la primera edición.

Escribí este folleto en los meses de agosto y septiembre de 1917. Tenía ya trazado el plan del capítulo siguiente, del VII: *La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917*. Pero, a excepción del título, no tuve tiempo de escribir ni una sola línea de dicho capítulo: vino a "estorbarme" la crisis política, la víspera de la Revolución de Octubre de 1917. "Estorbos" como éste sólo pueden causar alegría. Pero la segunda parte del folleto (dedicada a *La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917*) habrá que aplazarla, quizá, por mucho tiempo; es más agradable y provechoso vivir "la experiencia de la revolución" que escribir acerca de ella.

El Autor.

Petrogrado.

30 de noviembre de 1917.

Escrito en agosto y septiembre de 1917; el § 3 del capítulo II, antes del 17 de diciembre de 1918. Publicado en 1918, en Petrogrado, en un libro por la Editorial "Zhizn y Znanie".

T. 33, págs. 1-120.

---

* En el manuscrito sigue:
"Capítulo VII. La experiencia de las revoluciones rusas de 1905 y 1917.
El tema señalado en el título de este capítulo es tan inmensamente grande que acerca de él pueden y deben escribirse tomos enteros. En el presente folleto tendremos que limitarnos, como es natural, a las enseñanzas más importantes de la experiencia relacionadas de modo directo con las tareas del proletariado en la revolución en cuanto al poder del Estado". (Aquí se interrumpe el manuscrito.) (*N. de la Edit.*)

LA SITUACIÓN POLÍTICA[51].

(Cuatro tesis)

1. La contrarrevolución se ha organizado y consolidado y, de hecho, ha tomado ya el poder[52].

La organización completa y el afianzamiento de la contrarrevolución residen en la unión, muy bien meditada y ya materializada, de las tres fuerzas contrarrevolucionarias principales: 1) el partido de los democonstitucionalistas, esto es, el verdadero jefe de la burguesía organizada, al abandonar el ministerio, presentó a éste un ultimátum preparando el terreno para que la contrarrevolución pudiera derribarlo; 2) el Estado Mayor Central y los altos mandos del ejército, con la ayuda consciente o semiconsciente de Kerenski -a quien incluso los eseristas más destacados denominan ahora Cavaignac-, han tomado prácticamente el poder; han desatado el ametrallamiento de las unidades revolucionarias en el frente; han comenzado a desarmar a las tropas revolucionarias y a los obreros de Petrogrado y de Moscú, a sofocar y reprimir el movimiento en Nizhni Nóvgorod; han empezado a encarcelar bolcheviques y a clausurar sus periódicos no sólo sin decisión judicial, sino incluso sin decreto alguno del gobierno. En realidad, el poder fundamental del Estado en Rusia es hoy una dictadura militar; este hecho aparece disimulado todavía por una serie de instituciones revolucionarias de palabra e impotentes en la práctica; pero es un hecho indudable, y tan radical, que sin haberlo comprendido no se puede comprender nada de la situación política; 3) la prensa monárquica ultrarreaccionaria y la prensa burguesa, que han pasado ya de una furiosa campaña contra los bolcheviques a una campaña igual contra los Soviets, contra el "incendiario" Chernov, etc., demostraron con claridad meridiana que la verdadera esencia de la política de la dictadura militar, que hoy domina y es apoyada por los democonstitucionalistas y los monárquicos, consiste en preparar la disolución de los Soviets. Muchos dirigentes eseristas y mencheviques, o sea, de la actual mayoría de los Soviets, lo han reconocido y manifestado ya en los últimos días; pero, como auténticos pequeños burgueses, se desentienden de esa terrible realidad con frases hueras y sonoras.

2. Los dirigentes de los Soviets y de los partidos eserista y menchevique, con Tsereteli y Chernov a la cabeza, han traicionado definitivamente la causa de la revolución al ponerla en manos de los contrarrevolucionarios y al convertirse ellos, y convertir a sus partidos y a los Soviets, en hoja de parra de la contrarrevolución.

Así lo demuestra el hecho de que los socialistas-revolucionarios y los mencheviques hayan delatado a los bolcheviques y aprobado tácitamente el asalto a sus periódicos, sin atreverse siquiera a decir al pueblo con franqueza y claridad que lo hacían ellos y por qué lo hacían. Al legalizar el desarme de los obreros y de los regimientos revolucionarios se despojaron a sí mismos de todo poder real; se convirtieron en vanilocuos charlatanes, que ayudaban a la reacción a "distraer" la atención del pueblo hasta que aquélla terminara sus últimos preparativos para disolver los Soviets. Sin reconocer esa bancarrota total y definitiva de los partidos socialista-revolucionario y menchevique y de la actual mayoría de los Soviets; sin reconocer el carácter ficticio por completo de su "directorio" y demás mascaradas, es imposible comprender absolutamente nada de la situación política actual.

3. Todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa se han desvanecido para siempre. La situación objetiva es ésta: o la victoria completa de la dictadura militar o el triunfo de la insurrección armada de los obreros, triunfo que sólo es posible si coincide con un alzamiento decidido de las masas contra el gobierno y contra la burguesía, originado por la ruina económica y la prolongación de la guerra.

La consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!" era la consigna de desarrollo pacífico de la revolución, posible en abril, en mayo, en junio y hasta el 5-9 de julio, es decir, antes de que el poder efectivo pasara a manos de la dictadura militar. Ahora, esta consigna no es ya justa, pues no tiene en cuenta ese paso, ya operado, ni la traición total y evidente de los eseristas y mencheviques a la revolución. No son las aventuras ni los motines, no son las resistencias parciales ni los intentos desesperados de oponerse aisladamente a la reacción los que pueden ayudar en este asunto. Sólo puede ayudar la clara conciencia de la situación, la firmeza y la tenacidad de la vanguardia obrera, la preparación de las fuerzas con vistas a una insurrección armada,

cuyas condiciones para la victoria son ahora terriblemente difíciles, pero, pese a todo, posibles si coinciden los hechos y las tendencias señaladas en el texto de la tesis. Nada de ilusiones constitucionalistas y republicanas, nada de ilusiones acerca de un camino pacífico, nada de acciones dispersas; no hay que dejarse llevar *ahora* por la provocación de las centurias negras ni de los cosacos; hay que reunir las fuerzas, reorganizarlas y prepararlas con firmeza para una insurrección armada, siempre que la evolución de la crisis permita hacerlo a verdadera escala de masas, de todo el pueblo. El paso de la tierra a los campesinos es imposible ahora sin una insurrección armada, pues la contrarrevolución, al adueñarse del poder, se ha unido por entero con los terratenientes como clase.

El objetivo de la insurrección armada sólo puede ser el paso del poder al proletariado, apoyado por los campesinos pobres, para realizar el programa de nuestro partido.

4. El partido de la clase obrera, sin abandonar la legalidad, pero sin sobrestimarla ni por un instante, deberá *combinar* la labor legal con la ilegal, como en 1912-1914.

No hay que abandonar ni por una hora el trabajo legal. Pero tampoco debe creerse ni un ápice en las ilusiones constitucionalistas y "pacíficas". Hay que crear inmediatamente por doquier y para todo organizaciones o células clandestinas que editen hojas. etc. Reorganizarse en seguida, disciplinada y tenazmente, en toda la línea.

Actuar como en 1912-1914, cuando supimos hablar del derrocamiento del zarismo por la revolución y la insurrección armada sin perder nuestra base legal ni en la Duma de Estado, ni en las cajas de seguros, ni en los sindicatos, etc.

Escrito el 10 (23) de julio de 1917. Publicado el 2 de agosto (20 de julo) de 1917 en el núm. 6 de "Proletárskoie Dielo".

T. 34, págs. 1-5.

CARTA A LA REDACCIÓN DE "PROLETARSKOIE DIELO"[53].

Camaradas

Hemos modificado nuestro propósito de acatar la orden de detención dictada contra nosotros por el Gobierno Provisional. Los motivos son los siguientes:

La carta del ex ministro de Justicia, Perevérzev, publicada el domingo en el periódico *Nóvoie Vremia* ha puesto en claro por completo que el "asunto" de "espionaje" de Lenin y otros ha sido fraguado con toda premeditación por el partido de la contrarrevolución.

Perevérzev reconoce con toda franqueza que lanzó acusaciones no comprobadas, a fin de concitar la furia (expresión textual) de los soldados contra nuestro partido. ¡Esto lo confiesa el ayer ministro de Justicia, un hombre que todavía ayer se llamaba socialista! Perevérzev se ha ido, pero nadie se atreverá a afirmar que el nuevo ministro de Justicia no vacile en utilizarlos métodos de Perevérzev-Aléxinski.

La burguesía contrarrevolucionaria se empeña en crear un nuevo asunto Dreyfus[54]. Cree tanto en nuestro "espionaje" como los jefes de la reacción rusa que montaron el asunto Beylis[55] creían en que los hebreos bebían sangre de niño. En el momento actual no hay garantía alguna de justicia en Rusia.

El Comité Ejecutivo Central, que se considera el organismo representativo de la democracia rusa, nombró una comisión para investigar el asunto del espionaje; pero, bajo la presión de las fuerzas contrarrevolucionarias, hubo de disolverla. No quiso confirmar ni revocar directamente la orden de nuestra detención. Se lavó las manos, entregándonos prácticamente a la contrarrevolución.

La acusación que se nos hace de "conspiración e "instigación" "moral" a la rebelión tiene ya un carácter bien definido. Ni el Gobierno Provisional ni el Soviet dan ninguna calificación jurídica exacta de nuestro supuesto delito, porque tobos saben muy bien que hablar de "conspiración" en un movimiento como el del 3-5 de julio es completamente absurdo. Los dirigentes mencheviques y eseristas tratan simplemente de aplacar a la contrarrevolución, que presiona también sobre ellos, entregándole, por orden suya, algunos miembros de nuestro partido. En Rusia es imposible hablarse hoy no ya de legalidad alguna, sino ni siquiera de las garantías constitucionales que existen en los países burgueses organizados. Entregarse ahora a las autoridades significaría ponerse en manos de los Miliukov, los Aléxinski y los Pérevérzev, en manos de los contrarrevolucionarios enfurecidos, para quienes todas las acusaciones que se nos hacen son un simple episodio de la guerra civil.

Después de lo ocurrido los días 6, 7 y 8 de julio, ningún revolucionario ruso puede seguir abrigando ilusiones constitucionales. Está en marcha el combate decisivo entre la revolución y la contrarrevolución. Nosotros seguiremos luchando, como antes, al lado de la primera.

En la medida de nuestras fuerzas continuaremos ayudando a la lucha revolucionaria del proletariado. La Asamblea Constituyente, si llega a reunirse y no es la burguesía la que la convoca, será la única competente para pronunciarse respecto a la orden de detención dictada contra nosotros por el Gobierno Provisional.

N. Lenin.

Publicada el 28 (15) de julio de 1917 en el núm. 2 de "Proletárskoie Dielo".

T. 34, págs. 8-9.

A PROPÓSITO DE LAS CONSIGNAS.

Ocurre con harta frecuencia que, cuando la historia da un viraje brusco, hasta los partidos avanzados necesitan de un período más o menos largo para habituarse a la nueva situación y repiten consignas que, si bien ayer eran justas, hoy han perdido ya toda razón de ser, han perdido su sentido tan "súbitamente" como "súbito" es el brusco viraje de la historia.

Algo semejante puede ocurrir, a lo que parece, con la consigna del paso de todo el poder a los Soviets. Durante un período ya para siempre fenecido de nuestra revolución, desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio, pongamos por caso, esta consigna era acertada. Pero hoy, evidentemente, ha dejado de serlo. Sin comprender esto, tampoco podremos comprender ninguno de los problemas esenciales de la actualidad. Cada consigna debe dimanar siempre del conjunto de peculiaridades de una determinada situación política. Y hoy, después del 4 de julio, la situación política de Rusia es radicalmente distinta de la que imperó desde el 27 de febrero hasta esa fecha.

Entonces, durante aquel período ya fenecido de la revolución, en el Estado predominaba la llamada "dualidad de poderes", fenómeno que expresaba, material y formalmente, el carácter indefinido y de transición del poder público. No olvidemos que el problema del poder es el problema fundamental de toda revolución.

Durante aquel período, el poder se mantenía en un estado de desequilibrio. Lo compartían, por acuerdo voluntario, el Gobierno Provisional y los Soviets. Estos últimos eran delegaciones de la masa de obreros y soldados armados y libres, es decir, no sometidos a ninguna violencia exterior. Las armas en manos del pueblo y éste libre de toda violencia exterior: tal era *el fondo* de la cuestión. Esto era lo que abría y garantizaba a toda la revolución un camino pacífico de desarrollo. La consigna de "Todo el poder a los Soviets" significaba el paso inmediato, realizable directamente en esta vía de desarrollo pacífico. Era la consigna de desarrollo pacífico de la revolución, que desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio fue posible y como es natural, el más deseable de todos, pero que hoy es ya absolutamente imposible.

Al parecer, no todos los partidarios de la consigna de "Todo el poder a los Soviets" comprendían en grado suficiente que se trataba de la consigna del desarrollo pacífico ascensional de la revolución. Y al decir pacífico no nos referimos sólo a que nadie, ninguna clase, ninguna fuerza importante, hubiera podido entonces (desde el 27 de febrero hasta el 4 de julio) oponerse al paso del poder a los Soviets e impedirlo. Eso no es todo. El desarrollo pacífico habría podido realizarse entonces también en el sentido de que la lucha de las clases y de los partidos *dentro* de los Soviets, si éstos hubieran asumido oportunamente todo el poder del Estado, habría transcurrido del modo más pacífico y menos doloroso.

Tampoco se presta aún la debida atención a este último aspecto del problema. Por su composición de clase, los Soviets eran órganos del movimiento de los obreros y los campesinos, una forma preparada de su dictadura. Si hubieran tenido plenitud de poderes, se habría acabado en la práctica con el vicio principal de los sectores pequeñoburgueses, con su pecado capital (su confianza en los capitalistas), criticándolo mediante la experiencia de sus propias medidas. Las clases y los partidos que ocupan el poder podrían haber sido relevados por otros pacíficamente dentro de los Soviets, como únicos órganos de gobierno con plenitud de poderes; y la ligazón de todos los partidos representados en los Soviets con las masas habría permanecido en pie, firme e intacta. No se puede perder de vista ni por un instante que esta ligazón estrechísima -que aumenta libremente en amplitud y profundidad- de los partidos representados en los Soviets con las masas era lo único que podía ayudar a desembarazarse pacíficamente de las ilusiones de conciliación pequeñoburguesa con la burguesía. El paso del poder a los Soviets no habría cambiado de por sí, ni podía hacerlo, la correlación de fuerzas entre las clases; no habría cambiado en nada el carácter pequeñoburgués del campesinado. Pero habría dado oportunamente un gran paso en la labor de separar a los campesinos de la burguesía y de acercarlos a los obreros para, después, unirlos con éstos.

Así habría podido ocurrir si el poder hubiese pasado a su debido tiempo a los Soviets. Y eso habría sido lo más fácil y lo más ventajoso para el pueblo. Habría sido el camino menos doloroso, debido a lo cual había que luchar por él con toda energía. Pero

hoy, esa lucha, la lucha por la entrega oportuna del poder a los Soviets, ha terminado. La vía pacífica de desarrollo de la revolución se ha hecho imposible. Ha empezado el camino no pacífico, el más doloroso de todos.

El viraje del 4 de julio consiste precisamente en que, a partir de él, ha cambiado bruscamente la situación objetiva. El equilibrio inestable del poder ha cesado; el poder ha pasado, en el lugar decisivo, a manos de la contrarrevolución. El desarrollo de los partidos sobre la base del conciliacionismo de los partidos pequeñoburgueses eserista y menchevique con los democonstitucionalistas contrarrevolucionarios ha conducido a que esos dos partidos pequeñoburgueses se conviertan, de hecho, en cómplices y partícipes del sanguinario terror contrarrevolucionario. La confianza inconsciente de los pequeños burgueses en los capitalistas ha hecho que los primeros, impulsados por el desarrollo de la lucha de los partidos, apoyen conscientemente a los contrarrevolucionarios. El ciclo de desarrollo de las relaciones entre los partidos ha terminado. El 27 de febrero, todas las clases se hallaron unidas contra la monarquía. A partir del 4 de julio, la burguesía contrarrevolucionaria, del brazo de los monárquicos y de las centurias negras, ha puesto a su lado a los eseristas y mencheviques pequeñoburgueses, apelando en parte a la intimidación, y ha entregado de hecho el poder a los Cavaignac, a una pandilla militar que fusila en el frente a los insubordinados y persigue en Petrogrado a los bolcheviques.

En estas condiciones, la consigna del paso del poder a los Soviets parecería una quijotada o una burla. Mantener esta consigna equivaldría, objetivamente, a engañar al pueblos a infundirle la ilusión de que basta, incluso ahora, con que los Soviets se limiten a querer o a acordar de tomar el poder para que éste vaya a parar a sus manos; la ilusión de que en el Soviet siguen actuando unos partidos no manchados todavía por su complicidad con los verdugos, y de que lo ocurrido puede borrarse de un plumazo.

Sería el mayor de los errores pensar que el proletariado revolucionario, para "vengarse", digámoslo así, de los eseristas y mencheviques por el apoyo que éstos prestan a la campaña de represión contra los bolcheviques, a los fusilamientos en el frente y al desarme de los obreros, pueda "negarse" a apoyar a esos partidos frente a la contrarrevolución. Plantear así la cuestión equivaldría, en primer lugar, a aplicar al proletariado las concepciones pequeñoburguesas de la moral (pues, *si conviene a la causa*, el proletariado apoyará siempre no sólo a la pequeña burguesía vacilante, sino incluso a la gran burguesía); en segundo lugar -y esto es lo más importante-, sería un intento pequeñoburgués de velar la esencia política del problema con argumentos de índole "moral".

Y la esencia del problema está en que hoy es ya imposible tomar el poder por vía pacífica. Para llegar a él hay que derrotar, luchando resueltamente, a los verdaderos detentadores del poder en el momento actual: a la pandilla militar, a los Cavaignac, que se apoyan en las tropas reaccionarias trasladadas a Petrogrado, en los democonstitucionalistas y en los monárquicos.

La esencia del problema consiste en que estos nuevos detentadores del poder pueden ser vencidos únicamente por las masas revolucionarias del pueblo, para cuyo movimiento es condición indispensable no sólo que sean dirigidas por el proletariado, sino también que vuelvan la espalda a los partidos eserista y menchevique, que han traicionado la causa de la revolución.

Quienes pretenden introducir en la política la moral pequeñoburguesa razonan así: admitamos que los eseristas y los mencheviques cometieron un "error" al apoyar a los Cavaignac, los cuales desarman al proletariado y a los regimientos revolucionarios. Sin embargo, hay que darles la posibilidad de que lo "corrijan", "no dificultarles" la rectificación; hay que ayudar a la pequeña burguesía a que se incline hacia los obreros. Razonar así sería una ingenuidad pueril o una simple tontería, suponiendo que no representase engañar una vez más a los obreros. Porque la inclinación de las masas pequeñoburguesas hacia los obreros consistiría sólo, y precisamente sólo, en que volvería la espalda a los eseristas y mencheviques. Y si los partidos eserista y menchevique quieren hoy rectificar su "error", no tienen más camino que declarar a Tsereteli y Chernov, Dan y Rakítnikov cómplices de los verdugos. Nosotros nos pronunciamos plena e incondicionalmente a favor de semejante "rectificación del error"…

El problema fundamental de la revolución, decíamos, es el problema del poder. A esto debemos añadir: precisamente las revoluciones nos muestran a cada paso cómo se vela la cuestión de saber *dónde* está el verdadero poder y ponen de relieve la diferencia existente entre el poder formal y el efectivo. En eso precisamente estriba una de las peculiaridades más importantes de todo período revolucionario. En marzo y abril de 1917 no se sabía si el poder efectivo estaba en manos del gobierno o del Soviet.

Pero hoy tiene una importancia singular que los obreros conscientes enfoquen serenamente el problema cardinal de la revolución: en manos de quién se halla el poder del Estado en los momentos actuales. Bastará con pararse a examinar sus manifestaciones materiales, no confundiendo las frases con los hechos, y la contestación será fácil.

El Estado, decía Federico Engels, lo constituyen, ante todo, destacamentos de hombres armados y con ciertos aditamentos materiales, como, por ejemplo,

las cárceles. Hoy lo constituyen los cadetes y los cosacos reaccionarios, traídos expresamente a Petrogrado; los que retienen en la cárcel a Kámenev y a otros; los que han prohibido *Pravda*; los que han desarmado a los obreros y a una parte determinada de los soldados; los que fusilan a una parte no menos determinada de los soldados y a una parte no menos determinada de las tropas en el ejército. Esos verdugos son hoy el poder efectivo. Los Tsereteli y los Chernov son ministros sin poder, ministros fantoches, líderes de partidos que apoyan la política de los verdugos. Esto es un hecho. Y este hecho no cambia porque Tsereteli y Chernov personalmente "no aprueben", quizás, los actos de los verdugos ni porque sus periódicos nieguen tímidamente toda relación con estos últimos, pues tal mudanza de atavío político no modifica en nada la esencia del problema.

La clausura del órgano de prensa de 150.000 electores de Petrogrado y el asesinato por los cadetes del obrero Vóinov (cometido el 6 de julio) por sacar de la imprenta *Listok "Pravdi"*, ¿qué son sino actos de verdugos? ¿No es eso, acaso, obra de los Cavaignac? Se nos dirá que "no son culpables" de ello ni el gobierno ni los Soviets.

Pues tanto peor para el gobierno y para los Soviets, contestaremos nosotros; porque eso demuestra que sólo son un cero a la izquierda, marionetas, carentes de poder efectivo.

El pueblo debe saber, ante todo y sobre todo, *la verdad*; debe saber en manos de quién se encuentra, en realidad, el poder del Estado. Al pueblo hay que decirle toda la verdad: hay que decirle que el poder está en manos de una pandilla de militares a lo Cavaignac (en manos de Kerenski, de ciertos generales, oficiales, etc.), apoyados por la burguesía como clase, con el partido de los democonstitucionalistas a la cabeza y con todos los monárquicos, que actúan a través de toda la prensa ultrarreaccionaria, a través de *Nóvoie Vremia*, *Zhivoie Slovo*, etc., etc.

Hay que derrocar este poder. Sin eso, todo lo que se hable de combatir a la contrarrevolución no será más que frases hueras, no será más que "engañarnos a nosotros mismos y engañar al pueblo".

Este poder es apoyado hoy también por los ministros Tsereteli y Chernov y sus partidos. Hay que aclarar al pueblo su papel de verdugos y hacerle ver la ineluctabilidad de que dichos partidos llegasen a este "final" después de sus "errores" del 21 de abril, del 5 de mayo[56], del 9 de junio[57] y del 4 de julio; después de aprobar la política de la ofensiva, una política que en sus nueve décimas partes predeterminó la victoria de los Cavaignac en julio.

Debemos reorganizar toda la agitación entre el pueblo de tal modo que tenga en cuenta precisamente la experiencia concreta de la actual revolución y, en particular, de las jornadas de julio; es decir, que haga ver al pueblo con toda claridad que sus verdaderos enemigos son la pandilla militar, los democonstitucionalistas y las centurias negras, y desenmascare con precisión a los partidos pequeñoburgueses, a los partidos eserista y menchevique, que han desempeñado y desempeñan el papel de cómplices de los verdugos.

Debemos reorganizar toda la agitación entre el pueblo de tal modo que explique a los campesinos cuán inútil es confiar en recibir la tierra mientras no se derroque el poder de la pandilla militar, mientras no se desenmascare a los partidos eserista y menchevique y se les prive de la confianza del pueblo. Este proceso sería muy largo y muy difícil en condiciones "normales" de desarrollo capitalista, pero la guerra y la ruina económica lo acelerarán extraordinariamente. Con estos "aceleradores", un mes y hasta una semana pueden equivaler a un año entero.

Dos objeciones se formularán, quizá, contra lo que dejamos dicho: primera, que hablar hoy de dar la batalla decisiva significaría estimular las acciones aisladas, que favorecerían precisamente a la contrarrevolución; segunda, que al derrocar a ésta, el poder iría a parar, de todos modos, a manos de los Soviets.

A la primera objeción responderemos: los obreros de Rusia tienen ya la suficiente conciencia para no dejarse llevar de provocaciones en un momento que es, a ciencia cierta, desfavorable para ellos. Es indiscutible que lanzarse hoy a la acción y oponer resistencia significaría ayudar a la contrarrevolución. Es asimismo indiscutible que la batalla decisiva sólo podrá darse cuando la revolución vuelva a prender con impulso ascensional en lo más profundo de las masas. Pero no basta con hablar en general del ascenso de la revolución, de su aflujo, de la ayuda de los obreros de los países occidentales, etc.: hay que sacar una conclusión concreta de nuestro pasado y tomar en consideración precisamente nuestra propia experiencia. Y al hacerlo, veremos que de ahí se deduce la consigna de dar la batalla decisiva a la contrarrevolución, que se ha adueñado del poder.

La segunda objeción se reduce, lo mismo que la primera, a remplazar verdades concretas con consideraciones demasiado generales. A excepción del proletariado revolucionario, no hay nada, ninguna fuerza, capaz de derrocar a la contrarrevolución burguesa. Es precisamente el proletariado revolucionario el que, aprovechando la experiencia de julio de 1917, debe tomar el poder por su cuenta; sin eso *es imposible* el triunfo de la revolución. El poder en manos del proletariado, apoyado por los campesinos pobres o los semiproletarios: tal es la única salida, y ya hemos dicho cuáles son las circunstancias que pueden contribuir a acelerarla de manera extraordinaria.

En esta nueva revolución podrán y deberán surgir

los Soviets, pero *no serán* los Soviets actuales, no serán órganos de conciliación con la burguesía, sino órganos de lucha revolucionaria contra ella. Cierto que también entonces propugnaremos la organización de todo el Estado según el tipo de los Soviets. No se trata de los Soviets en general, sino de la lucha frente a la contrarrevolución *actual* y frente a la traición de los Soviets *actuales*.

La sustitución de lo concreto por lo abstracto es uno de los pecados capitales, y más peligrosos, que pueden cometerse en una revolución. Los Soviets actuales han fracasado, han sufrido una bancarrota completa, por predominar en ellos los partidos eserista y menchevique. En la actualidad, esos Soviets son como carneros conducidos al matadero y que, puestos bajo la cuchilla de los matarifes, balan lastimeramente. Los Soviets son *hoy* desvalidos e impotente frente a la contrarrevolución, que ha triunfado y triunfa. La consigna de entregar el poder a los Soviets podría ser comprendida como un "simple" llamamiento a que se hagan cargo de él precisamente los Soviets que hoy existen; pero decir eso, invitar a eso, significaría ahora engañar al pueblo. Y no hay nada más peligroso que el engaño.

En Rusia ha terminado el ciclo de desarrollo de la lucha entre las clases y los partidos comprendido entre el 27 de febrero y el 4 de julio. Comienza un nuevo ciclo, en el que no entran las viejas clases, los viejos partidos y los viejos Soviets, sino los partidos, las clases y los Soviets renovados por el fuego de la lucha, templados, instruidos y reconstituidos por el curso de la lucha. No hay que mirar atrás, sino adelante. No hay que operar con las viejas categorías de clases y partidos, sino con las nuevas, con las posteriores al mes de julio. Hay que partir, en los umbrales de este nuevo ciclo, de la contrarrevolución burguesa triunfante -triunfante porque los eseristas y los mencheviques han pactado con ella- y que sólo puede ser vencida por el proletariado revolucionario. En este nuevo ciclo habrá todavía, como es natural, multitud de etapas diversas hasta llegar al triunfo definitivo de la contrarrevolución, a la derrota definitiva (sin lucha) de los eseristas y mencheviques y al nuevo ascenso de la nueva revolución. Pero de esto sólo podrá hablase más tarde, cuando se vaya perfilando cada una de esas etapas...

Escrito a mediados de Julio de 1917. Publicado en 1917, en un folleto editado por el comité de Cronstadt del POSD(b) de Rusia.

T. 34, págs. 10-17.

LAS ENSEÑANZAS DE LA REVOLUCIÓN.

Toda revolución significa un brusco viraje en la vida de las grandes masas populares. Si este viraje no ha madurado, es imposible una verdadera revolución. Y de la misma manera que todo viraje en la vida de un individuo le enseña y le hace conocer y sentir muchas cosas, la revolución brinda al pueblo entero, en poco tiempo, las más profundas y preciosas enseñanzas.

Durante la revolución, millones y millones de hombres aprenden en una semana más que en un año de vida rutinaria y monótona. Pues en estos virajes bruscos de la vida de todo un pueblo se ve con especial claridad qué fines persiguen las diferentes clases sociales, de qué fuerzas disponen y con qué medios actúan.

Todo obrero, soldado y campesino consciente debe meditar atentamente en las enseñanzas de la revolución rusa; sobre todo hoy, a fines de julio, cuando se ve ya claramente que la primera fase de nuestra revolución ha terminado en un fracaso.

I

En efecto, veamos cuáles eran las aspiraciones de las masas obreras y campesinas cuando hicieron la revolución. ¿Qué esperaban de la revolución? Esperaban, como se sabe, libertad, paz, pan y tierra.

¿Y qué vemos hoy?

En vez de la libertad, se empieza a restaurar la vieja arbitrariedad. Se implanta la pena de muerte para los soldados en el frente[58], y los campesinos, que se apoderan por propia iniciativa de las tierras de los latifundistas, son llevados ante los tribunales. Las imprentas de los periódicos obreros son asaltadas, y los periódicos, suspendidos sin juicio previo. Se encarcela a bolcheviques, a menudo sin formular contra ellos acusación alguna o presentando acusaciones a todas luces calumniosas.

Se objetará, acaso, que las persecuciones de bolcheviques no representan ningún atentado contra la libertad, pues se persigue sólo a ciertas personas por determinadas imputaciones. Pero esta objeción es una falacia evidente y a sabiendas. Porque aun suponiendo que unas personas cometan delitos, y que éstos sean probados y reconocidos por los tribunales, ¿cómo se puede, por ello, destruir una imprenta y clausurar periódicos? Otra cosa sería si el gobierno declarase delictivo, por medio de una ley, a todo el Partido Bolchevique, su orientación misma y sus ideas. Pero nadie ignora que el gobierno de la Rusia libre no podía hacer, ni ha hecho, nada semejante.

La demostración principal del carácter calumnioso de las acusaciones lanzadas contra los bolcheviques es que la prensa de los terratenientes y los capitalistas venía cubriendo de furiosos insultos a los bolcheviques por su lucha contra la guerra, contra los terratenientes y los capitalistas, y exigía públicamente que se les encarcelase y persiguiese cuando no se había inventado aún ni una sola acusación contra ningún bolchevique.

El pueblo quiere la paz. Pero el gobierno revolucionario de la Rusia libre ha reanudado la guerra de rapiña, tomando como base los mismos tratados secretos que concertara el ex zar Nicolás II con los capitalistas ingleses y franceses en aras del saqueo de otros pueblos por los capitalistas rusos. Estos tratados secretos siguen sin darse a la publicidad. En vez de proponer a todos los pueblos una paz justa, el gobierno de la Rusia libre ha salido del paso con unos subterfugios.

No hay pan. El hambre se acerca de nuevo. Todo el mundo ve que los capitalistas y los ricos engañan desvergonzadamente al fisco con los suministros al ejército (cada día de guerra le cuesta hoy al pueblo 50 millones de rublos); que, con los altos precios de hoy, los capitalistas se embolsan ganancias fabulosas, sin que se haga absolutamente nada para implantar un verdadero control obrero de la producción y de la distribución. Los capitalistas se vuelven cada vez más insolentes; arrojan a los obreros a la calle, y lo hacen en momentos en que el pueblo pasa calamidades por falta de mercancías.

En toda una serie de congresos, la inmensa mayoría de los campesinos ha declarado con energía y claridad que considera una injusticia y un robo la propiedad terrateniente. Y el gobierno, que se dice revolucionario y democrático, lleva varios meses embaucando a los campesinos y engañándolos con promesas y dilaciones. Durante varios meses, los capitalistas impidieron al ministro Chernov dictar leyes que prohibiesen la compraventa de la tierra. Y cuando, por fin, fue promulgada esta ley, los capitalistas desencadenaron contra Chernov una infame campaña de calumnias, que continúa hasta hoy. Y el gobierno llega tan lejos en su descaro al defender a los terratenientes que empieza a enjuiciar

a los campesinos que se adueñan de las tierras "por propia iniciativa".

Se engaña a los campesinos al tratar de convencerles de que deben esperar hasta la Asamblea Constituyente. Pero los capitalistas continúan aplazando su convocación. Y cuando, por fin, bajo la presión de las demandas bolcheviques, se señala la fecha del 30 de septiembre, los capitalistas gritan a los cuatro vientos que "es imposible" convocar la Asamblea Constituyente en tan breve plazo y exigen un nuevo aplazamiento... Los miembros más influyentes del partido de los capitalistas y los terratenientes, del Partido "Demócrata Constitucionalista" o Partido de la "Libertad del Pueblo", Pánina, por ejemplo, propugnan sin ambages que la Asamblea Constituyente no debe convocarse hasta el final de la guerra.

¡Esperad hasta la Asamblea Constituyente para resolver el problema de la tierra! ¡Esperad a que termine la guerra para convocar la Asamblea Constituyente! ¡Esperad hasta la victoria definitiva para que acabe la guerra! Eso es lo que resulta. Los capitalistas y los terratenientes, que son mayoría en el gobierno, se burlan descaradamente de los campesinos.

II

¿Cómo pueden ocurrir esas cosas en un país libre que acaba de derribar el poder zarista?

En un país no libre, el pueblo es gobernado por un zar y un puñado de terratenientes, capitalistas y funcionarios que nadie ha elegido.

En un país libre, el pueblo es gobernado únicamente por quienes él mismo ha elegido para ese fin. En las elecciones, el pueblo se divide en partidos y, de ordinario, cada clase de la población forma su propio partido; por ejemplo, los terratenientes, los capitalistas, los campesinos y los obreros están agrupados en sus diferentes partidos. Por eso, en los países libres, el pueblo es gobernado mediante la lucha franca de los partidos y el libre acuerdo entre ellos.

Después de derribado el 27 de febrero de 1917 el poder zarista, Rusia fue gobernada durante unos cuatro meses, como un país libre, es decir, mediante la lucha franca de partidos formados libremente y el libre acuerdo entre ellos. En consecuencia, para comprender el desarrollo de la revolución rusa es necesario, ante todo, estudiar cuáles fueron los partidos principales, los intereses de qué clases defendían y qué relaciones existían entre todos esos partidos.

III

Al ser derribado el régimen zarista, el poder del Estado pasó a manos del primer Gobierno Provisional. Este gobierno estaba compuesto de representantes de la burguesía, es decir, de los capitalistas, a los que se unieron también los terratenientes. El partido de los "democonstitucionalistas", el partido principal de los capitalistas, figuraba en primer lugar como partido dirigente y gobernante de la burguesía.

El poder no cayó casualmente en manos de este partido, a pesar de que, como es natural, no habían sido los capitalistas, sino los obreros y los campesinos, los marineros y los soldados quienes habían peleado contra las tropas zaristas, derramando su sangre por la libertad. El poder fue a parar a manos del partido de los capitalistas porque esta clase disponía de la fuerza que representan la riqueza, la organización y el saber. Desde 1905, y sobre todo durante la guerra, la clase de los capitalistas y de los terratenientes, aliados a ellos, ha alcanzado en Rusia los mayores éxitos en lo que respecta a su organización.

El Partido Demócrata Constitucionalista fue siempre, tanto en 1905 como desde 1905 hasta 1917, un partido monárquico. Después de triunfar el pueblo sobre la tiranía zarista, este partido se declaró republicano. La experiencia de la historia enseña que cuando el pueblo derrota a una monarquía, los partidos de los capitalistas acceden siempre a convertirse en republicanos con tal de salvar los privilegios de los capitalistas y su poder omnímodo sobre el pueblo.

De palabra, el partido de los democonstitucionalistas propugna la "libertad del pueblo"; pero, en realidad, defiende a los capitalistas. Por eso, todos los terratenientes, todos los monárquicos, todos los ultrarreaccionarios se pusieron inmediatamente a su lado. Prueba de ello son la prensa y las elecciones. Después de la revolución, todos los periódicos burgueses y toda la prensa ultrarreaccionaria cantan a coro con los democonstitucionalistas. Y todos los partidos monárquicos que no se atreven a actuar abiertamente apoyan en las elecciones, como ocurrió, por ejemplo, en Petrogrado, a los democonstitucionalistas.

Después de adueñarse del poder gubernamental, los democonstitucionalistas orientaron todos sus esfuerzos a proseguir la rapaz guerra anexionista comenzada por el zar Nicolás II, que había concertado expoliadores tratados secretos con los capitalistas ingleses y franceses. En esos tratados se prometía a los capitalistas rusos que, en caso de triunfar, podrían anexionarse Constantinopla, y Galitzia, y Armenia, etc. En cambio, fuente al pueblo, el gobierno de los democonstitucionalistas se limitó a subterfugios y vacuas promesas, en las que todas las decisiones sobre los asuntos más importantes y de solución imprescindible para los obreros y los campesinos se aplazaban hasta la Asamblea Constituyente, pero sin fijar la fecha de su convocación.

Aprovechándose de la libertad, el pueblo empezó a organizarse por su cuenta. La organización principal de los obreros y los campesinos, que

constituyen la aplastante mayoría de la población de Rusia, eran los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Estos Soviets comenzaron a formarse ya durante la revolución de febrero y, a las pocas semanas, en la mayoría de las ciudades importantes de Rusia y en muchos distritos, todos los elementos avanzados y conscientes de la clase obrera y del campesinado se habían unido ya en Soviets.

Los Soviets fueron elegidos con absoluta libertad. Eran auténticas organizaciones de las masas del pueblo, de los obreros y los campesinos. Eran verdaderas organizaciones de la inmensa mayoría del pueblo. Los obreros y los campesinos, vestidos con el uniforme militar, estaban armados.

Por supuesto, los Soviets podían y debían haber asumido todo el poder del Estado. Hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente no debería haber existido en el país más poder que el de los Soviets. Sólo así habría sido nuestra revolución verdaderamente popular, verdaderamente democrática. Sólo así habrían podido las masas trabajadoras -que aspiran realmente a la paz, que no están interesadas lo más mínimo en una guerra anexionista- aplicar con resolución y firmeza una política que hubiera puesto fin a la guerra anexionista y conducido a la paz. Sólo así habrían podido los obreros y los campesinos meter en cintura a los capitalistas, que amasan ganancias fabulosas "con la guerra" y han llevado el país a la ruina y al hambre. Pero sólo una minoría de los diputados que formaban los Soviets estaba al lado del partido de los obreros revolucionarios, de los socialdemócratas bolcheviques, que reclamaban el paso de todo el poder a los Soviets. La mayoría de los diputados a los Soviets apoyaba a los partidos de los socialdemócratas mencheviques y de los eseristas, opuestos a la entrega del poder a los Soviets. En vez de propugnar el derrocamiento del gobierno de la burguesía y su sustitución con un gobierno de los Soviets, estos partidos defendían que se apoyase al gobierno de la burguesía y se pactase con él, que se formase con él un gobierno de coalición. En esta política de acuerdos con la burguesía, aplicada por los partidos eserista y menchevique, en los que confiaba la mayoría del pueblo, reside el contenido fundamental de todo el desarrollo de la revolución durante los cinco meses transcurridos desde su comienzo.

IV

Veamos, en primer lugar, cómo se desarrolló esa política de conciliación de los eseristas y mencheviques con la burguesía; después buscaremos la explicación de por qué la mayoría del pueblo depositó en ellos su confianza.

V

La política de conciliación de los mencheviques y eseristas con los capitalistas ha existido, en una forma o en otra, en todos los períodos de la revolución rusa.

En las postrimerías de febrero de 1917, apenas triunfó el pueblo y quedó derrocado el régimen zarista, Kerenski fue incluido como "socialista" en el Gobierno Provisional de los capitalistas. En realidad, Kerenski jamás había sido socialista, sino un simple trudovique*, que empezó a figurar entre los "socialistas-revolucionarios" sólo a partir de marzo de 1917, cuando esto ya no era peligroso y podía tener sus ventajas. El Gobierno Provisional de los capitalistas se preocupó inmediatamente de uncir a su carreta y domesticar al Soviet, valiéndose de Kerenski como vicepresidente del Soviet de Petrogrado. El Soviet, es decir, los eseristas y mencheviques que predominaban en él, se dejó domesticar: nada más constituirse el Gobierno Provisional de los capitalistas, declaró que estaba dispuesto a "apoyarle" "por cuanto" éste cumplía sus promesas.

El Soviet se consideraba un organismo encargado de controlar y fiscalizar los actos del Gobierno Provisional. Los dirigentes del Soviet formaron la llamada "Comisión de Enlace", o sea, un organismo destinado a mantener contacto con el gobierno[59]. En esta Comisión de Enlace, los líderes eseristas y mencheviques del Soviet sostuvieron conversaciones incesantes con el gobierno de los capitalistas, viniendo a ocupar, en realidad, la posición de ministros sin cartera o ministros oficiosos.

Esta situación se mantuvo todo el mes de marzo y casi todo abril. Los capitalistas actuaban con demoras y subterfugios, procurando ganar tiempo. Durante todo este lapso, el gobierno de los capitalistas no dio un solo paso más o menos serio para desarrollar la revolución. No hizo absolutamente nada ni siquiera para cumplir una misión suya directa e inmediata: convocar la Asamblea Constituyente; no llevó el asunto a los organismos locales ni creó una comisión central encargada de estudiar la cuestión. El gobierno tuvo una sola preocupación: renovar en secreto los rapaces tratados internacionales concertados por el zar con los capitalistas de Inglaterra y Francia, frenar lo más cautelosa e inadvertidamente posible la revolución, prometerlo todo y no cumplir nada. Los eseristas y los mencheviques desempeñaban en la "Comisión de Enlace" el papel de esos tontos a quienes se engaña con frases ampulosas, con promesas, con los "vuelva usted mañana". Y como el cuervo de la conocida fábula, los eseristas y los

---

* Trudoviques (Grupo del Trabajo): grupo de demócratas pequeñoburgueses en las Dumas de Estado, compuesto por representantes de campesinos e intelectuales. Durante la primera guerra mundial, la mayoría de ellos sostuvo posiciones socialchovinistas. En política interior, representaban los intereses de los campesinos ricos. Kerenski, que fue diputado a la IV Duma de Estado (1912-1917), perteneció cierto tiempo al Grupo del Trabajo y lo presidió. (*N. de la Edit.*)

mencheviques se rendían a las adulaciones y escuchaban satisfechos las aseveraciones de los capitalistas de que tenían en alta estima a los Soviets y no daban un paso sin contar con ellos.

En realidad, el tiempo fue pasando y el gobierno de los capitalistas no hizo nada en pro de la revolución. Pero en contra de la revolución tuvo tiempo de renovar o, mejor dicho, de confirmar los rapaces tratados secretos, "resucitándolos" por medio de negociaciones complementarias, y no menos secretas, con los diplomáticos del imperialismo anglo-francés. Contra la revolución tuvo tiempo, en dicho período, de echar los cimientos de una organización contrarrevolucionaria (o, al menos, un acercamiento) de los generales y la oficialidad del ejército de operaciones. Contra la revolución tuvo tiempo de comenzar la organización de los industriales, fabricantes y patronos, que, bajo la presión de los obreros, veíanse forzados a hacer concesión tras concesión, pero que, al mismo tiempo, empezaban a sabotear (estropear) la producción y esperaban el momento propicio para paralizarla.

Sin embargo, la organización de los obreros y los campesinos avanzados en Soviets progresaba incontenible. Los mejores elementos de las clases oprimidas percibían que el gobierno, pese a su acuerdo con el Soviet de Petrogrado, pese a la grandilocuencia de Kerenski y pese a la "Comisión de Enlace", seguía siendo un enemigo del pueblo, un enemigo de la revolución. Las masas comprendían que la causa de la paz, la causa de la libertad, la causa de la revolución, estaba irremediablemente perdida si no se vencía la resistencia de los capitalistas. Y en las masas crecieron la impaciencia y la irritación.

VI

Esta irritación y esta impaciencia estallaron los días 20 y 21 de abril. El movimiento comenzó de manera espontánea, sin que nadie lo preparase. Y con una orientación tan marcadamente antigubernamental que incluso un regimiento salió armado a la calle y se presentó delante del Palacio de María con el propósito de detener a los ministros. Para todo el mundo era evidente que el gobierno no podía sostenerse. Los Soviets hubieran podido (y debido) tomar el poder sin encontrar la menor resistencia por parte de nadie. En vez de hacerlo así, los eseristas y los mencheviques apoyaron al gobierno capitalista, que se venía abajo; se embrollaron más aún en la conciliación con él y dieron nuevos pasos, todavía más funestos, hacia la ruina de la revolución.

La revolución enseña a todas las clases con una rapidez y una profundidad jamás vistas en épocas normales, pacíficas. Y los capitalistas, los mejor organizados y más expertos en materia de lucha de clases y de política, fueron quienes aprendieron con mayor rapidez. Cuando vieron que la posición del gobierno era insostenible, recurrieron a un método que los capitalistas de otros países venían practicando durante decenios, a partir de 1848, para engañar, dividir y debilitar a los obreros. Este método es el de los llamados gobiernos de "coalición", o sea, los gobiernos mixtos, formados por elementos de la burguesía y tránsfugas del socialismo.

En Inglaterra y Francia, los países en que la libertad y la democracia coexisten desde hace más tiempo con el movimiento obrero revolucionario, los capitalistas han aplicado este método repetidas veces y con gran éxito. Los líderes "socialistas", al colaborar en los gabinetes de la burguesía, han sido siempre testaferros, títeres y pantallas de los capitalistas, un instrumento de éstos para engañar a los obreros. Los capitalistas "demócratas y republicanos" de Rusia pusieron en práctica este mismo método. Los eseristas y los mencheviques se dejaron embaucar desde el primer momento, y el 6 de mayo, el gobierno de "coalición", con participación de Chernov, Tsereteli y Cía., era ya un hecho.

Los tontos de los partidos eserista y menchevique eran todo júbilo y se sumergían jactanciosos en el resplandor de la fama ministerial de sus líderes. Los capitalistas se frotaban las manos de gusto, pues "los líderes de los Soviets" venían a brindarles una ayuda contra el pueblo y les prometían apoyar "las acciones ofensivas en el frente", es decir, la reanudación de la expoliadora guerra imperialista, que se había interrumpido. Los capitalistas conocían toda la pretenciosa impotencia de estos líderes, sabían que jamás se cumplirían las promesas hechas por la burguesía: respecto al control e incluso a la organización de la producción, respecto a la política de paz, etc., etc.

Y así fue, en efecto. La segunda fase de desarrollo de la revolución (desde el 6 de mayo hasta el 9 ó el 18 de junio) vino a confirmar por entero los cálculos de los capitalistas de embaucar fácilmente a los eseristas y mencheviques.

Mientras Peshejónov y Skóbeliev se engañaban a sí mismos y engañaban al pueblo con frases altisonantes, diciendo que se arrebataría a los capitalistas el 100% de sus ganancias, que "su resistencia ha sido vencida", etc., los capitalistas seguían fortaleciéndose. Durante todo ese tiempo no se hizo, en realidad, nada, absolutamente nada, para frenar a los capitalistas. Los ministros tránsfugas del socialismo resultaron ser simples máquinas parlantes encargadas de desviar la atención de las clases oprimidas, mientras que, en realidad, se dejaban en manos de la burocracia (de los funcionarios públicos) y de la burguesía todos los resortes de gobierno del Estado. El tristemente célebre Palchinski, viceministro de Industria, era el representante típico de esta máquina de gobierno, que obstaculizaba toda medida enfilada contra los capitalistas. Los ministros cotorreaban, y todo seguía como antes.

El ministro Tsereteli fue uno de los que más

aprovechó la burguesía para luchar contra la revolución. Fue el encargado de "apaciguar" Cronstadt cuando los revolucionarios de aquella plaza llegaron al colmo de la osadía y destituyeron al comisario que había sido nombrado. La burguesía desencadenó en sus periódicos una campaña increíblemente estrepitosa, rabiosa y perversa, llena de mentiras y calumnias contra Cronstadt, acusándole de querer "separarse de Rusia", y repitió esta y otras necedades en todos los tonos, tratando de asustar a la pequeña burguesía y a los filisteos. Tsereteli, el más típico representante de esos filisteos aterrados y obtusos, fue el que más "honestamente" picó en el anzuelo de esta campaña burguesa de hostigación, el que se esforzó con mayor celo por "aplastar y reprimir" a Cronstadt, sin darse cuenta de su papel de lacayo de la burguesía contrarrevolucionaria. Resultó ser el instrumento ejecutor del "pacto" concertado con el Cronstadt revolucionario, en virtud del cual el comisario de esta plaza no sería nombrado simple y llanamente por el gobierno, sino elegido por Cronstadt y *confirmado* por el gobierno. En estas mezquinas componendas y otras semejantes malgastaban su tiempo los ministros que habían desertado del socialismo al campo de la burguesía.

Allá donde ningún ministro burgués podía comparecer ante los obreros revolucionarios o ante los Soviets para defender al gobierno, presentábase (mejor dicho, era enviado por la burguesía) un ministro "socialista", Skóbeliev, Tsereteli, Chernov u otro, que cumplía a conciencia su misión burguesa, se desvivía por defender al gobierno y limpiar de culpas a los capitalistas, engañando al pueblo con la repetición de promesas, promesas y más promesas y de consejos que se reducían a lo mismo: esperar, esperar y esperar.

El ministro Chernov centró sus esfuerzos, en particular, en el regateo con sus colegas burgueses: hasta el mismo mes de julio, hasta la nueva "crisis de poder" planteada después del movimiento del 3 y 4 de julio, hasta la salida de los democonstitucionalistas del gobierno, el ministro Chernov vivió consagrado a la misión útil, interesante y profundamente popular de "persuadir" a sus colegas burgueses de que accediesen, por lo menos, a prohibir la compraventa de tierras. Esta prohibición les había sido prometida a los campesinos, del modo más solemne, en Petrogrado, en el Congreso (Soviet) de diputados campesinos de toda Rusia. Pero no se pasó de la promesa. Chernov no pudo cumplirla ni en mayo ni en junio; hasta que la ola revolucionaria de la explosión espontánea del 3 y 4 de julio, que coincidió con la salida de los democonstitucionalistas del gobierno, permitió implantar esa medida. Pero, con todo, seguía siendo una medida aislada, incapaz de mejorar seriamente la lucha de los campesinos contra los terratenientes, por la tierra.

Entretanto, el "demócrata revolucionario" Kerenski, afiliado de nuevo cuño al partido de los socialistas-revolucionarios, cumplía en el frente, de manera triunfal y brillante, la misión contrarrevolucionaria e imperialista de reanudar la rapaz guerra imperialista, la misión que no había podido cumplir Guchkov, odiado por el pueblo. Kerenski se embriagaba con su propia elocuencia. Y los imperialistas, jugando con él como con un peón de ajedrez, le envolvían en nubes de incienso, le adulaban, le idolatraban porque servía en cuerpo y alma a los capitalistas, esforzándose por convencer a las "tropas revolucionarias" de que accediesen a reanudar la guerra, que se hace, en cumplimiento de los tratados del zar Nicolás II con los capitalistas de Inglaterra y Francia, para que los capitalistas rusos se adueñen de Constantinopla y Lvov, de Erzerum y Trebisonda.

Así transcurrió la segunda fase de la revolución rusa, desde el 6 de mayo hasta el 9 de junio. La burguesía contrarrevolucionaria, parapetada tras los ministros "socialistas" y defendida por ellos, se fortaleció y consolidó, preparando la ofensiva contra el enemigo exterior y contra el interior, es decir, contra los obreros revolucionarios.

VII

El partido de los obreros revolucionarios, el Partido Bolchevique, preparaba una manifestación para el 9 de junio en Petrogrado, a fin de exponer de una manera organizada el descontento y la indignación, en crecimiento incontenible, de las masas. Los líderes eseristas y mencheviques, enredados en acuerdos con la burguesía y maniatados por la política imperialista de la ofensiva, se sintieron aterrados al percibir que perdían su influencia entre las masas. Resonó un rugido general contra la manifestación, en el que las voces de los democonstitucionalistas contrarrevolucionarios se unieron esta vez a las de los eseristas y mencheviques. Bajo la dirección de estos partidos, y como fruto de su política de conciliación con los capitalistas, se manifestó con toda precisión y asombrosa claridad el viraje de las masas pequeñoburguesas hacia la alianza con la burguesía contrarrevolucionaria. En esto radican la importancia histórica y el sentido clasista de la crisis del 9 de junio.

Los bolcheviques suspendieron la manifestación, pues no tenían el menor deseo de lanzar en aquellos momentos a los obreros a una lucha desesperada contra los democonstitucionalistas, los eseristas y los mencheviques unidos. Pero estos últimos, queriendo conservar el más mínimo residuo de confianza de las masas, se vieron obligados a convocar una manifestación general para el día 18. El furor sacó de quicio a la burguesía, pues vio en ello, y con razón, un síntoma de que la democracia pequeñoburguesa se

inclinaba hacia el proletariado, y decidió paralizar la acción de la democracia con una ofensiva en el frente.

En efecto, el 18 de junio proporcionó una notable e impresionante victoria de las consignas del proletariado revolucionario, de las consignas del bolchevismo, entre las masas de San Petersburgo. Y el 19 de junio, la burguesía y el bonapartista* Kerenski anunciaron con toda solemnidad el comienzo de la ofensiva en el frente precisamente el día 18.

La ofensiva significaba, de hecho, la reanudación de la guerra de rapiña en provecho de los capitalistas y contra la voluntad de la inmensa mayoría de los trabajadores. Por eso, la ofensiva llevaba aparejados inevitablemente, por una parte, un gigantesco reforzamiento del chovinismo y el paso del poder militar (y, en consecuencia, también del estatal) a una pandilla militar de bonapartistas, y, por otra parte, el paso a un régimen que implicaba violencias contra las masas, persecución de los internacionalistas, supresión de la libertad de agitación, detenciones y fusilamientos de quienes se oponían a la guerra.

Y si el 6 de mayo unció a los eseristas y mencheviques con una soga a la carroza triunfal de la burguesía, el 19 de junio los enyugó con cadenas como criados de los capitalistas.

VIII

Como es natural, la cólera de las masas creció con mayor rapidez y fuerza al reanudarse la guerra de rapiña. Los días 3 y 4 de julio estalló la indignación popular. Los bolcheviques intentaron moderar la explosión y, por supuesto, debían tratar de darle la forma más organizada posible.

Los eseristas y los mencheviques, como esclavos de la burguesía encadenados por su dueño y señor, accedieron a todo: a que fuesen trasladadas a Petrogrado tropas reaccionarias, a que se restableciese la pena de muerte, a que se desarmase a los obreros y a las tropas revolucionarias, a las detenciones, a las persecuciones y las suspensiones de periódicos sin juicio previo. Y el poder, que la burguesía no podía asumir por entero en el gobierno y que los Soviets se negaron a tomar, cayó en manos de una camarilla militar, de los bonapartistas, respaldados en todo, como es de suponer, por los democonstitucionalistas y los ultrarreaccionarios, los terratenientes y los capitalistas.

Los eseristas y los mencheviques rodaron de escalón en escalón. Puestos ya en la pendiente de su conciliacionismo con la burguesía, rodaron inconteniblemente hasta que cayeron en el fondo del abismo. El 28 de febrero prometieron en el Soviet de Petrogrado un apoyo condicional al gobierno burgués. El 6 de mayo le salvaron de la catástrofe y se dejaron convertir en sus lacayos y defensores al dar su conformidad a la ofensiva. El 9 de junio se unieron a la burguesía contrarrevolucionaria en la desenfrenada campaña de odio, mentiras y calumnias contra el proletariado revolucionario. El 19 de junio aprobaron la reanudación de la guerra expoliadora. El 3 de julio accedieron a que se llamasen tropas reaccionarias: era el comienzo de la entrega definitiva del poder a los bonapartistas. Rodaron de escalón en escalón.

Este vergonzoso final de los partidos eserista y menchevique no tiene nada de casual: es el resultado, confirmado más de una vez por la experiencia de Europa, de la situación económica de los pequeños propietarios, de la pequeña burguesía.

IX

Todo el mundo ha podido observar, naturalmente, cómo se esfuerzan los pequeños propietarios, cómo tratan de “abrir se camino”, de llegar a ser verdaderos propietarios, de escalar la posición del amo “poderoso”, la posición de la burguesía. Mientras impere el capitalismo, el pequeño propietario no tendrá más que esta salida: o conquistar la posición del capitalista (posibilidad que, en el mejor de los casos, sólo se abre ante uno de cada cien pequeños propietarios) o pasar a la situación del pequeño propietario arruinado, del semiproletario y, después, del proletario. Así ocurre también en política: la democracia pequeñoburguesa, sobre todo personificada por sus dirigentes, se arrastra tras la burguesía. Los líderes de la democracia pequeñoburguesa consuelan a sus masas con promesas y protestas de que es posible llegar a un acuerdo con los grandes capitalistas. En el mejor de los casos, obtienen de éstos, durante muy poco tiempo, concesiones insignificantes, que sólo benefician a la pequeña cúspide de las masas trabajadoras. Pero en todos los problemas decisivos, importantes, la democracia pequeñoburguesa se ha encontrado siempre a la cola de la burguesía, ha sido un impotente apéndice suyo, un instrumento sumiso en manos de los reyes de las finanzas. La experiencia de Inglaterra y de Francia lo ha confirmado muchas veces.

La experiencia de la revolución rusa, en la que los acontecimientos se han desarrollado con singular celeridad, sobre todo bajo la influencia de la guerra imperialista y de la profundísima crisis originada por ella; esta experiencia, que comprende desde febrero hasta julio de 1917, ha venido a confirmar con extraordinaria claridad y evidencia la vieja verdad marxista referente a la inconsecuencia de la pequeña burguesía.

* Se denomina bonapartismo (palabra derivada de Bonaparte, apellido de dos emperadores franceses) a un gobierno que pretende aparecer al margen de los partidos, aprovechando la durísima lucha que sostienen entre sí los partidos de los capitalistas y de los obreros. Semejante gobierno, sirviendo de hecho a los capitalistas, es el que más engaña a los obreros con promesas y pequeñas limosnas.

La revolución rusa enseña que las masas trabajadoras sólo tienen un camino para salvarse de la férrea tenaza de la guerra, del hambre y de su esclavización por los terratenientes y capitalistas: romper por completo con los partidos eserista y menchevique, comprender claramente su papel de traidores, renunciar a toda conciliación con la burguesía y ponerse resueltamente al lado de los obreros revolucionarios. Estos últimos, si los apoyan los campesinos pobres, son los únicos que pueden quebrantar la resistencia de los capitalitas, llevar al pueblo a la conquista de la tierra sin indemnización, a la plena libertad, al triunfo sobre el hambre, al triunfo sobre la guerra, a una paz justa y duradera.

Epilogo.

Este artículo fue escrito, como se deduce de su texto, a fines de julio.

La historia de la revolución durante el mes de agosto ha confirmado cuanto se dice en él. Además, la sublevación de Kornílov[60] a finales de agosto imprimió a la revolución un nuevo viraje y mostró palpablemente a todo el pueblo que los democonstitucionalistas, aliados a los generales contrarrevolucionarios, pretenden disolver los Soviets y restaurar la monarquía. ¿Será este nuevo viraje de la revolución lo suficientemente fuerte para poner fin a la funesta política de conciliación con la burguesía? El futuro inmediato lo dirá…

N. Lenin.

6 de septiembre de 1917.

Escrito a fines de julio; el epílogo, el 6 (19) de septiembre de 1917. Publicado el 12 y 13 de septiembre (30 y 31 de agosto) de 1917 en los núm. 8 y 9 del periódico "Rabochi".

T. 34, págs. 55-69.

LOS ÁRBOLES LES IMPIDEN VER EL BOSQUE.

En la sesión del CEC de los Soviets del 4 de agosto, L. Mártov dijo (citamos de la información aparecida en *Nóvaya Zhizn*) que "la crítica de Tsereteli es demasiado suave", que "el gobierno no opone resistencia a las intentonas contrarrevolucionarias en los medios militares" y que "entre nuestros objetivos no figura derribar el gobierno actual o minar la confianza en él..." "La correlación real de fuerzas -prosiguió Mártov- no da ahora motivo para exigir el paso del poder a los Soviets. Eso podría surgir sólo en el proceso de una guerra civil, hoy inadmisible". "No nos proponemos derrocar el gobierno -terminó diciendo Mártov-, pero debemos indicarle que en el país existen otras fuerzas, además de los democonstitucionalistas y los militares. Son las fuerzas de la democracia revolucionaria, y el Gobierno Provisional debe apoyarse en ellas".

Estas admirables reflexiones de Mártov merecen ser analizadas con toda atención. Son admirables porque reproducen con extraordinario relieve los prejuicios más típicos y los errores políticos más difundidos, más nocivos y más peligrosos de la masa pequeñoburguesa. De todos los portavoces de esta masa, Mártov es, probablemente, como publicista, uno de los más "izquierdistas", de los más revolucionarios, de los más conscientes y hábiles. Por eso será de la mayor utilidad analizar precisamente sus reflexiones, y no las de un Chernov cualquiera, que coquetea con un huero galimatías, o de un alcornoque como Tsereteli y otros semejantes. Al analizar las reflexiones de Mártov, examinaremos lo que contienen hoy de más sensato las ideas de la pequeña burguesía.

Ante todo, son características en extremo las vacilaciones de Mártov en lo que respecta al paso del poder a los Soviets. Hasta el 4 de julio estuvo *en contra* de esta consigna. Después del 4 de julio, *a favor*. A comienzos de agosto volvió a estar en contra, y observen cuán monstruosamente ilógica y divertida es, desde el punto de vista del marxismo, la argumentación de Mártov. Está en contra, porque "la correlación real de fuerzas no da ahora motivo para exigir el paso del poder a los Soviets. Eso podría surgir sólo en el proceso de una guerra civil, hoy inadmisible".

¡Vaya lío! Resulta que hasta el 4 de julio fue posible ese paso del poder *sin* guerra civil (¡pura verdad!); pero, precisamente entonces, Mártov estuvo en contra del paso del poder... Resulta, en segundo lugar, que después del 4 de julio, cuando Mártov estuvo a favor de la transferencia del poder a los Soviets, esta transferencia era posible sin guerra civil. Y eso es ya una patraña evidente, flagrante, pues exactamente en la noche del 4 al 5 de julio, los bonapartistas, apoyados por los democonstitucionalistas y con el servilismo lacayuno de los Chernov y los Tsereteli, trasladaron tropas contrarrevolucionarias a Petrogrado. En tales condiciones, tomar el poder por vía pacífica habría sido absolutamente imposible.

Por último, y en tercer lugar, resulta, según Mártov, que un marxista -o incluso un simple demócrata revolucionario- habría tenido razón al abjurar de una consigna que expresa con acierto los intereses del pueblo y de la revolución, basándose en que esta consigna podría llevarse a la práctica "sólo en el proceso de una guerra civil"... ¡Pero si eso es un absurdo evidente, una renuncia palmaria a toda lucha de clases y a toda revolución! Porque ¿quién ignora que la historia universal de todas las revoluciones nos muestra una transformación no casual, sino ineluctable, de la lucha de clases en guerra civil? ¿Quién ignora que precisamente después del 4 de julio vemos en Rusia el comienzo de una guerra civil iniciada por la burguesía contrarrevolucionaria, el desarme de regimientos, fusilamientos en el frente y asesinatos de bolcheviques? La guerra civil, fíjense en esto, es "inadmisible" para la democracia revolucionaria justamente cuando el desarrollo de los acontecimientos ha conducido, como una necesidad inexcusable, a que la desencadene la burguesía contrarrevolucionaria.

Mártov se ha hecho un lío de la manera más increíble, más divertida y más estúpida.

Para deshacer ese lío hay que decir lo que sigue:

Precisamente hasta el 4 de julio, la consigna de transferir todo el poder a los Soviets, con la composición que tenían entonces, fue la única justa. Entonces eso era posible por vía pacífica, sin guerra civil, pues aún no existían las violencias sistemáticas contra las masas, contra el pueblo, que se iniciaron después del 4 de julio. Entonces eso aseguraba el avance pacífico de toda la revolución y, en particular,

la posibilidad de suprimir pacíficamente la lucha de las clases y de los partidos *en el seno* de los Soviets.

Después del 4 de julio, la entrega del poder a los Soviets se hizo imposible sin guerra civil, pues en las jornadas del 4 y 5 de julio el poder pasó a manos de la camarilla militar, bonapartista, respaldada por los democonstitucionalistas y las centurias negras. De ahí dimana que todos los marxistas, todos los adeptos del proletariado revolucionario y todos los demócratas revolucionarios honrados *deban* explicar ahora a los obreros y los campesinos el cambio radical de la situación, el cual determina otro camino para el paso del poder a los proletarios y semiproletarios.

Mártov no adujo argumentos en defensa de su "idea" de que la guerra civil es "hoy" inadmisible y de que entre sus objetivos "no figura derribar el gobierno actual". Esta opinión, expresada sin la motivación necesaria y, además, en una asamblea defensista, ha de parecerse forzosamente a un argumento defensista: es como si se dijera que la guerra civil es inadmisible en el interior del país porque amenaza un enemigo exterior.

Ignoramos si Mártov se atrevería a exponer públicamente este argumento, uno de los más usuales entre la masa de la pequeña burguesía. Y, como es lógico, uno de los más vulgares. La burguesía no temió la revolución y la guerra civil en momentos en que amenazaba un enemigo exterior: no la temió ni en septiembre de 1870 en Francia ni en febrero de 1917 en Rusia. La burguesía no temió tomar el poder, a costa de una guerra civil, en momentos en que amenazaba un enemigo exterior. El proletariado revolucionario hará también muy poco caso de este "argumento", de embusteros y lacayos de la burguesía.

* * *

Uno de los errores teóricos más burdos en que incurre Mártov, y que es también típico en extremo de toda la gama de ideas políticas de la pequeña burguesía, consiste en confundir la contrarrevolución zarista -y, en general, monárquica- con la contrarrevolución burguesa. Eso es precisamente estrechez específica o cerrazón específica del demócrata pequeñoburgués, que no puede escapar de su dependencia económica, política e ideológica respecto de la burguesía, que cede a ésta la primacía, ve en ella el "ideal" y cree en sus gritos sobre el peligro de "contrarrevolución desde la derecha".

Mártov ha expresado esta gama de ideas, o, mejor dicho, esta falta de ideas de la pequeña burguesía, al declarar en su discurso: "Debemos, como contrapeso a la presión que se ejerce sobre él (sobre el gobierno) desde la derecha, crear una contrapresión".

Ahí tenemos un ejemplo de credulidad filistea y de olvido de la lucha de clases. Resulta que el gobierno parece situado por encima de las clases y de los partidos, que sobre él sólo "presionan" con fuerza excesiva desde la derecha y hay que presionar con más fuerza desde la izquierda. ¡Oh, sabiduría digna de Luis Blanc, Chernov, Tsereteli y toda su despreciable cofradía! ¡Qué infinitamente provechosa es para los bonapartistas esta sabiduría filistea! ¡Y cuán grande es el deseo de éstos de presentar las cosas a los "estúpidos mujiks" precisamente como si el gobierno actual luchase contra el derechismo y el izquierdismo, sólo contra los extremismos, desempeñando la verdadera función estatal y aplicando la verdadera democracia! Pero, en realidad, justamente este gobierno bonapartista es el gobierno de la burguesía contrarrevolucionaria.

A la burguesía le es provechoso (y, para eternizar su dominación, necesario) engañar al pueblo, intentando hacerle creer que ella representa "a la revolución en general, mientras que desde la derecha, de la parte del zar, amenaza la contrarrevolución". Esta idea, estimulada por las condiciones de vida de la pequeña burguesía, subsiste en los medios de la "democracia revolucionaria" en general gracias exclusivamente a la infinita cerrazón de los Dan y los Tsereteli, así como al infinito narcisismo de los Chernov y los Avxéntiev.

Pero quien haya aprendido algo, por poco que sea, de la historia o de la doctrina marxista deberá reconocer que en todo análisis político debe colocarse en primer plano el problema de las clases: ¿qué clase hace la revolución de que se trate? ¿Y qué clase hace la contrarrevolución?

La historia de Francia nos muestra que la contrarrevolución bonapartista surgió a fines del siglo XVIII (y después, la segunda vez, en 1848-1852) sobre la base de la burguesía contrarrevolucionaria, desbrozando a su vez el camino para la restauración de la monarquía legitimista. El bonapartismo es una forma de gobierno que nace del carácter contrarrevolucionario de la burguesía en una situación de transformaciones democráticas y de revolución democrática.

Hay que cerrar los ojos adrede para no ver cómo crece el bonapartismo en Rusia en condiciones muy parecidas. La contrarrevolución zarista es ahora insignificante, no tiene ni sombra de importancia política y no desempeña ningún papel político. El espantajo de la contrarrevolución zarista lo agitan e hinchan adrede los charlatanes para asustar a los tontos, halagar a los fariseos con sensacionalismos políticos y apartar la atención del pueblo de la verdadera y seria contrarrevolución. No se puede leer sin soltar una carcajada los razonamientos de un Zarudni cualquiera, que pugna por sopesar el papel contrarrevolucionario de cierto aliado insignificante, del tipo de la *Santa Rusia*, y "no ve" el papel contrarrevolucionario que desempeña la agrupación de toda la burguesía de Rusia, llamada Partido Demócrata Constitucionalista.

El partido de los democonstitucionalistas es la

principal fuerza política de la contrarrevolución burguesa en Rusia. Esta fuerza ha unido magníficamente en torno suyo a todos los ultrarreaccionarios tanto en las elecciones como (lo que es aún más importante) en la máquina gubernamental militar y civil y en las campañas periodísticas de mentiras, calumnias y hostigamiento, enfiladas primero contra los bolcheviques, es decir, contra el partido del proletariado revolucionario, y después contra los Soviets.

El gobierno actual aplica de manera paulatina, pero inflexible, precisamente la política que el Partido Demócrata Constitucionalista predicó y preparó de modo sistemático desde marzo de 1917. Reanudar y dar largas a la guerra imperialista, cesar la "charlatanería" acerca de la paz, conceder a los ministros el derecho de suspender periódicos, de prohibir la celebración de congresos y de efectuar encarcelamientos y deportaciones, restablecer la pena de muerte y los fusilamientos en el frente, desarmar a los obreros y los regimientos revolucionarios, inundar de tropas contrarrevolucionarias la capital, empezar las detenciones y persecuciones de los campesinos acusados de haber "ocupado" las tierras por propia iniciativa, clausurar las fábricas y declarar lockouts: tal es la lista, muy incompleta, de las medidas que trazan con la mayor claridad el cuadro del bonapartismo contrarrevolucionario burgués.

¿Y el aplazamiento de la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la "coronación" de la política bonapartista por el "Zemski Sobor" en Moscú, paso de transición a la demora de la Asamblea Constituyente hasta que termine la guerra? ¿No es eso, acaso, una perla de la política bonapartista? ¡Y Mártov no ve dónde está el Estado Mayor Central de la contrarrevolución burguesa!... Verdaderamente, los árboles les impiden ver el bosque.

* * *

¡Qué papel lacayuno, infinitamente repugnante, ha desempeñado el CEC de los Soviets (es decir, los eseristas y mencheviques que predominan en él) en el aplazamiento de la Asamblea Constituyente! Los democonstitucionalistas señalaron la pauta, lanzaron la idea del aplazamiento, empezaron una campaña de prensa y propusieron celebrar un congreso de cosacos para exigir ese aplazamiento. (¡Un congreso de cosacos! ¡Cómo no van a dar pruebas de servilismo los Líber, los Avxéntiev, los Chernov y los Tsereteli!) Los mencheviques y los eseristas corrieron lacayunamente tras los democonstitucionalistas, se arrastraron como un perro al oír el silbido del amo y el restañar de su látigo.

En vez de facilitar al pueblo un simple resumen de datos y hechos demostrativos de la insolencia y la desvergüenza con que los democonstitucionalistas demoraron y frenaron desde marzo la convocación de la Asamblea Constituyente; en vez de denunciar los falaces subterfugios y aseveraciones de que era imposible convocar la Asamblea Constituyente en el plazo previsto, en vez de eso, el Buró del CEC rechazó con rapidez las "dudas" formuladas hasta por Dan (¡hasta por Dan!) y envió a dos lacayos de este colegio lacayudo, Bramson y Bronzov, al Gobierno Provisional para informar de que "es necesario aplazar las elecciones a la Asamblea Constituyente hasta el 28 ó el 29 de octubre..." ¡Excelente preámbulo a la coronación de los bonapartistas por el Zemski Sobor en Moscú! Quienes no hayan llegado a la infamia completa deben agruparse alrededor del partido del proletariado revolucionario. Sin la victoria de este último *no se conseguirá* ni paz para el pueblo, ni tierra para los campesinos ni pan para los obreros y todos los trabajadores.

Publicado el 1 de septiembre (19 de agosto) de 1917 en el núm. 6 de "Proletari".
T. 34, págs. 79-85.

DEL DIARIO DE UN PUBLICISTA.

1. La raíz del mal.

Si hablamos del escritor N. Sujánov, de *Nóvaya Zhizn*, todos coincidirán, probablemente, en que no es el peor portavoz de la democracia pequeñoburguesa, sino uno de los mejores. Revela sincera inclinación al internacionalismo, patentizada en los tiempos más difíciles, en lo más álgido de la reacción zarista y del chovinismo. Posee conocimientos y quiere desentrañar por sí mismo los problemas serios, como lo ha demostrado con su larga evolución, a partir del eserismo, en dirección al marxismo revolucionario.

Tanto más característico es que incluso hombres así, al tratar los problemas cardinales de la revolución en momentos de la máxima responsabilidad para ésta, puedan obsequiar a los lectores con juicios tan triviales como los siguientes:

> "...Por muchas que sean las conquistas revolucionarias que hayamos perdido durante las últimas semanas, una de ellas, quizá la más importante, se mantiene, pese a todo: el gobierno y su política pueden sostenerse únicamente por voluntad de la mayoría de los Soviets. La democracia revolucionaria ha cedido toda su influencia por propio deseo; los organismos democráticos podrían aún recuperarla con la mayor facilidad; y con una comprensión adecuada de las demandas del momento, podrían sin dificultad llevar al cauce debido la política del Gobierno Provisional" (*Nóvaya Zhizn*, núm. 106, 20 de agosto).

Estas palabras contienen la falacia más trivial y monstruosa acerca del problema fundamental de la revolución, precisamente la falacia que se difunde con mayor frecuencia entre la democracia pequeñoburguesa de los países más diversos y que más a menudo ha malogrado las revoluciones.

Cuando se reflexiona sobre el conjunto de ilusiones pequñoburguesas contenido en el razonamiento que acabamos de reproducir, viene a la memoria involuntariamente la idea de que no es casual, ni mucho menos, que los ciudadanos de *Nóvaya Zhizn* se sienten en el "Congreso de Unificación"[61] al lado de ministros socialistas ministrables, de los Tsereteli y los Skóbeliev, al lado de los miembros del gobierno compañeros de Kerenski, Kornílov y Cía. No es casual, ni mucho menos. Tienen, en efecto, una base ideológica común: la insensata credulidad pequeñoburguesa en los buenos deseos, tomada de los medios filisteos sin la menor crítica. Porque precisamente esa credulidad informa todo el razonamiento de Sujánov y toda la actividad de los mencheviques defensistas de buena fe. En esta credulidad pequeñoburguesa radica el mal de nuestra revolución.

Sujánov votaría, probablemente con las dos manos a favor de la exigencia que presenta el marxismo a toda política seria: que se base y descanse *en hechos* que permitan una exacta comprobación objetiva. Intentemos enfocar, desde el punto de vista de esta exigencia, el aserto que hace Sujánov en el pasaje citado.

¿Qué hechos sirven de base a este aserto? ¿Cómo podría demostrar Sujánov que el gobierno "puede sostenerse únicamente por voluntad" de los Soviets; que éstos podrían "recuperar toda su influencia" "con la mayor facilidad" y podrían "sin dificultad" cambiar la política del Gobierno Provisional?

Sujánov podría alegar, en primer lugar, su impresión general, la fuerza "evidente" de los Soviets, la comparecencia de Kerenski ante el Soviet, las amables palabras de tal o cual ministro, etc. Está claro que eso sería una demostración malísima; más exactamente, un reconocimiento de la falta absoluta de pruebas, de la falta absoluta de hechos objetivos.

Sujánov podría alegar, en segundo lugar, el hecho objetivo de que la mayoría gigantesca de las resoluciones aprobadas por los obreros, los soldados y los campesinos se manifiestan categóricamente en pro de los Soviets y a favor de que se les apoye. Semejantes resoluciones, podría decir, demuestran la voluntad de la mayoría del pueblo.

Esta consideración es tan habitual en los medios pequeñoburgueses como la primera. Pero carece de todo fundamento.

En todas las revoluciones, la voluntad de la mayoría de los obreros y los campesinos (o sea, sin duda alguna, la voluntad de la mayoría de la población) fue favorable a la democracia. Y pese a ello, la inmensa mayoría de las revoluciones terminaron en una derrota de la democracia.

Teniendo en cuenta esa experiencia de la mayoría de las revoluciones, y, en particular, de la revolución de 1848 (la más parecida a la nuestra actual), Marx

ridiculizó sin piedad a los demócratas pequeñoburgueses, que querían triunfar con resoluciones y alusiones a la voluntad de la mayoría del pueblo.

Nuestra propia experiencia confirma eso mismo con mayor claridad aún. Es indudable que en la primavera de 1906, la mayoría de las resoluciones de los obreros y los campesinos eran favorables a la I Duma. Es indudable que la mayoría del pueblo la defendía. Y pese a ello, el zar consiguió disolverla, porque el movimiento ascensional de las clases revolucionarias (las huelgas obreras y los levantamientos campesinos de 1906) fue demasiado débil para una nueva revolución.

Reflexionen sobre la experiencia de la revolución actual. Tanto en marzo y abril como en julio y agosto de 1917, la mayoría de las resoluciones fueron favorables a los Soviets, la mayoría del pueblo estuvo a favor de los Soviets. Y, sin embargo, todos y cada uno ven, saben y sienten que en marzo y abril la revolución avanzaba, mientras que en julio y agosto retrocede. Eso significa que la alusión a la mayoría del pueblo no decide aún nada en los problemas concretos de la revolución.

Esta simple alusión como prueba es precisamente un modelo de ilusión pequeñoburguesa, es no querer reconocer que en la revolución se debe vencer a las clases enemigas, se debe *derrocar* el poder público que las defiende. Y para eso no basta con "la voluntad de la mayoría del pueblo", sino que es necesaria *la fuerza* de las clases revolucionarias que desean pelear y son capaces de pelear, una fuerza capaz de derrotar a la fuerza enemiga en el momento decisivo y en el lugar decisivo.

¡Cuántas veces ha ocurrido en las revoluciones que la fuerza pequeña, pero bien organizada, armada y centralizada, de las clases dominantes -los terratenientes y la burguesía- derrotase por partes a la fuerza de "la mayoría del pueblo" mal organizado, mal armado y fraccionado!

Sustituir los problemas concretos de la lucha de clases, en un momento de exacerbación singular de ésta por la revolución, con alusiones "generales" a "la voluntad del pueblo" seria digno únicamente del más obtuso pequeño burgués.

En tercer lugar, en el juicio que hemos citado, Sujánov aduce un "argumento" bastante corriente también en los medios pequeñoburgueses. Se remite a que "la democracia revolucionaria ha cedido toda su influencia por propio deseo". Y de ahí parece desprenderse que lo cedido "por propio deseo" puede ser recuperado también con facilidad...

Este "argumento" carece de valor. Ante todo, la recuperación de lo cedido por propio deseo presupone "la conformidad voluntaria" de quien lo ha recibido. De ahí resulta que esa conformidad voluntaria existe. ¿Quién ha recibido "*lo cedido*"? ¿Quién ha disfrutado de la "influencia" cedida por "la democracia revolucionaria"?

Es sintomático en extremo que Sujánov eluda por completo esta cuestión, fundamental para todo político que no haya perdido la cabeza... Porque ahí está precisamente el quid de la cuestión, la esencia del asunto: en manos de quién se encuentra *de hecho* lo que "ha cedido voluntariamente" "la democracia revolucionaria" (perdonen la expresión).

Y es justamente esa esencia del asunto la que esquiva Sujánov, lo mismo que la esquivan todos los mencheviques y eseristas, todos los demócratas pequeñoburgueses en general.

Prosigamos. Es posible que, en el cuarto de los niños, la "cesión voluntaria" testimonie la facilidad de la recuperación: si Katia ha cedido voluntariamente la pelota a Masha, quizá sea posible "recuperarla con la mayor facilidad". Pero no serán muchos, excepción hecha del intelectual ruso, los que se decidan a trasladar estos conceptos a la política, a la lucha de clases.

En política, la cesión voluntaria de la "influencia" de muestra tal lasitud, tal marchitez, tal pusilanimidad y tal apocamiento del cesionista que de ahí puede "deducirse", hablando en general, una sola cosa: quien cede voluntariamente su influencia "merece" que se le arrebate no sólo la influencia, sino también el derecho a la existencia. O dicho con otras palabras: la cesión voluntaria de la influencia "demuestra", de por sí, una sola cosa: la ineluctabilidad de que quien recibe esta influencia, cedida voluntariamente, prive al cesionista hasta de sus derechos.

Si "la democracia revolucionaria" ha cedido voluntariamente la influencia, ello demuestra que no era revolucionaria, sino pequeñoburguesa: una democracia abyecta y cobarde que no se ha desembarazado aún de la sumisión; una democracia que (justamente después de esta cesión) pueden disolver sus enemigos o simplemente reducir a la nada, dejarla morir "por propio deseo", igual que cedió la influencia "por propio deseo".

Ver *un capricho* en las acciones de los partidos políticos significa renunciar a todo estudio de la política. Y un acto como "la cesión voluntaria de la influencia" por dos partidos gigantescos -que, según todas las noticias e informaciones y los datos objetivos de las elecciones, tienen la mayoría entre el pueblo-, un acto así debe *ser explicado*. No puede ser casual. Ha de estar ligado forzosamente a determinada situación económica de una gran clase del pueblo. Ha de estar vinculado por fuerza a la historia del desarrollo de esos partidos.

El razonamiento de Sujánov es en grado superlativo típico de miles y miles de consideraciones pequeñoburguesas análogas precisamente porque se basa, en esencia, en el concepto de buena voluntad ("propio deseo"), haciendo caso omiso de *la historia* de los partidos de

que se trata. Sujánov ha excluido lisa y llanamente de su análisis esta historia, olvidando que las cesiones voluntarias de la influencia empezaron, en realidad, el 28 de febrero, cuando el Soviet expresó su confianza a Kerenski y aprobó el "acuerdo" con el Gobierno Provisional. Y el 6 de mayo se efectuó una cesión de la influencia de proporciones verdaderamente gigantescas. Tomado en su conjunto, nos encontramos ante un fenómeno claro hasta la evidencia: los partidos eserista y menchevique se colocaron en el acto en la pendiente y rodaron cuesta abajo con creciente rapidez, hasta caer por completo en el abismo después de los días 3, 4 y 5 de julio.

Y ahora se nos dice: la cesión ha sido hecha por propio deseo, se puede lograr "con la mayor facilidad" que los grandes partidos políticos den media vuelta a la derecha, se les puede inducir "sin dificultad" a tomar una dirección contraria a la que han seguido durante muchos años (y durante muchos meses de revolución), a salir del abismo y llegar arriba trepando por la pendiente "con la mayor facilidad". ¿No es eso, acaso, el colmo de la frivolidad?

Por último, y en cuarto lugar, Sujánov podría alegar en defensa de su opinión que los obreros y soldados que expresan su confianza a los Soviets están armados, por lo que pueden recuperar "con la mayor facilidad" toda la influencia. Pero en las triviales consideraciones reproducidas por el escritor de *Nóvaya Zhizn*, las cosas andan mal, sobre todo, precisamente en lo que atañe a este punto, quizá el más importante.

Para ser lo más concretos posible, compararemos el 20 y 21 de abril con los días 3, 4 y 5 de julio.

El 20 de abril estalla la indignación de las masas contra el gobierno. Un regimiento armado sale a las calles de Petrogrado y va a detener al gobierno. La detención no se efectúa. Pero el gobierno ve con claridad que no tiene en quién apoyarse. No hay tropas que estén a su favor. Un gobierno así puede ser derribado, en efecto, "con la mayor facilidad", y el gobierno presenta un ultimátum al Soviet: o me apoyáis, o me voy.

El 4 de julio se produce un estallido semejante de la indignación de las masas; un estallido que todos los partidos trataron de contener, pero que arrolló *todas* las contenciones. Es otra manifestación antigubernamental armada del mismo tipo. Pero hay una diferencia gigantesca, que consiste en lo siguiente: los líderes eseristas y mencheviques, hechos un lío y apartados del pueblo, *ya el 3 de julio* convienen con la burguesía en llamar a Petrogrado a las tropas de *Kaledin*. ¡Ahí está el quid de la cuestión!

Kaledin lo dijo, con rudeza castrense, en la Conferencia de Moscú: ¡Pero si ustedes mismos, los ministros socialistas, "nos" llamaron el 3 de julio en su ayuda!... Nadie se atrevió a desmentir a Kaledin en la Conferencia de Moscú por que dijo la verdad. Kaledin se burló de los mencheviques y los eseristas, que se vieron obligados a callar. El general cosaco los escupió a la cara, pero ellos se limpiaron y dijeron: ¡"Rocío divino"!

Los periódicos burgueses han citado esas palabras de Kaledin, pero *Rabóchaya Gazeta* (menchevique) y Dielo Naroda (eserista) *han ocultado* a sus lectores esta declaración política, la más sustancial, hecha en la Conferencia de Moscú.

Ha resultado que el gobierno recibió por vez primera, especialmente, tropas de Kaledin, en tanto que las tropas decididas, revolucionarias de verdad, y los obreros fueron desarmados. Ese es el hecho fundamental que Sujánov ha eludido y olvidado "con la mayor facilidad", pero que sigue siendo un hecho. Y este hecho es decisivo para la fase actual de la revolución, para *la primera* revolución.

El poder ha pasado en el lugar decisivo en el frente, y después en el ejército, a manos de *los Kaledin*. Eso es un hecho. Las tropas más activas que les son hostiles han sido desarmadas. La circunstancia de que los Kaledin no utilicen en el acto el poder para implantar una dictadura completa no refuta en lo más mínimo que detentan el poder. ¿Es que el zar no tenía el poder después de diciembre de 1905? ¿Y acaso las circunstancias no le obligaron a ejercer el poder con tanta prudencia que convocó dos Dumas antes de asumir *todo el poder*, es decir, antes de dar el golpe de Estado?[62]

Hay que juzgar del poder por los hechos, y no por las palabras. Los hechos del gobierno a partir del 5 de julio demuestran que el poder lo tienen los Kaledin, los cuales van cada vez más lejos, con lentitud pero *de manera consecuente*, recibiendo cada día "cesiones" y "concesioncitas": hoy, la impunidad de los cadetes que asaltan *Pravda*, asesinan a los pravdistas y efectúan detenciones arbitrarias; mañana, una ley de clausura de los periódicos y también leyes de disolución de las reuniones y congresos, de expulsión de ciudadanos del país sin formación de causa, de encarcelamiento por injurias a "embajadores amigos", de presidio por atentar contra el gobierno, de instauración de la pena de muerte en el frente, y etcétera, *etcétera*.

Los Kaledin no son tontos. ¿Para qué actuar sin falta por la fuerza, para qué liarse la manta a la cabeza, corriendo el riesgo de sufrir un descalabro, cuando reciben *día a día*, por partes, precisamente lo que necesitan? Y los Skóbeliev y los Tsereteli, los Chernov y los Avxéntiev, los Dan y los Líber gritan como estúpidos: "¡Triunfo de la democracia!, ¡Victoria!", cada vez que los Kaledin dan un paso adelante, ¡¡viendo la "victoria" en que los Kaledin, los Kornílov y los Kerenski no se los tragan de un golpe!!

La raíz del mal reside precisamente en que la masa pequeñoburguesa está preparada, por su propia

situación económica, para una pasmosa credulidad e inconsciencia; en que está aún semidormida y muge en sueños: ¡es posible recuperar "con la mayor facilidad" lo cedido por propia voluntad! ¡Vayan, vayan y recupérenlo voluntariamente de los Kaledin y los Kornílov!

La raíz del mal está en que los publicistas "democráticos" apoyan esta ilusión servil, estúpida, pequeñoburguesa, que sólo existe en sueños, en vez de combatirla.

Si se enfocan las cosas como debe enfocarlas un historiador de la política, en general -y un marxista, en particular-, es decir, si se observan los acontecimientos en su conexión, estará completamente claro que hoy, lejos de ser "fácil" un viraje radical, es, por el contrario, absolutamente imposible *sin una nueva revolución*.

No me refiero aquí en modo alguno al problema de si es deseable esa revolución, no analizo de ninguna manera si puede producirse pacífica y legalmente (en la historia, hablando en general, se dieron ejemplos de revoluciones pacíficas y legales). Me limito a dejar constancia de la imposibilidad histórica de un viraje radical sin una nueva revolución. Porque el poder *está ya* en otras manos, no lo tiene ya "la democracia revolucionaria", el poder ha sido *ya* tomado y afianzado. Y la conducta de los partidos eserista y menchevique no es casual: es producto de la situación económica de la pequeña burguesía y resultado de la larga cadena de sucesos políticos registrados del 28 de febrero al 6 de mayo, del 6 de mayo al 9 de junio, del 9 de junio al 18 y 19 de junio (ofensiva), etc. En este terreno hace falta un viraje en toda la situación del poder, y en toda su composición, y en todas las condiciones en que actúan los partidos más importantes, y en la "aspiración" de la clase que los nutre. Estos virajes son inconcebibles históricamente *sin una nueva revolución*.

En vez de esclarecer al pueblo todas las condiciones históricas principales de la nueva revolución, sus premisas económicas y políticas, sus tareas políticas, su correlación de clases, etc.; en vez de eso, Sujánov y muchísimos otros demócratas pequeñoburgueses *adormecen* al pueblo con estupideces, con el optimismo absurdo de que "recuperaremos todo sin dificultad", "con la mayor facilidad"; de que "la más importante" conquista revolucionaria "se mantiene", y con otros absurdos del mismo jaez, triviales, propios de ignorantes y francamente criminales.

Existen síntomas de un profundo viraje social. Esos síntomas indican claramente la dirección de la labor. Entre el proletariado, un descenso evidente de la influencia eserista y menchevique y un crecimiento patente de la influencia bolchevique. Dicho sea de pasada, incluso las elecciones del 20 de agosto arrojaron *un aumento* del porcentaje de votos bolcheviques en comparación con las elecciones de junio, en el mismo Petrogrado, a las dumas distritales[63]. ¡Y eso a pesar del traslado de "tropas de Kaledin a Petrogrado"!

En lo que respecta a la democracia pequeñoburguesa, que no puede dejar de vacilar entre la burguesía y el proletariado, son síntomas objetivos del viraje la intensificación, el reforzamiento y el desarrollo de las corrientes internacionalistas revolucionarias: Mártov y otros entre los mencheviques, y Spiridónova, Kamkov y otros entre los eseristas. No hace falta decir que el hambre, la ruina y las derrotas militares, que se avecinan, pueden acelerar en grado extraordinario este viraje hacia el paso del poder al proletariado, apoyado por los campesinos pobres.

2. La prestación personal y el socialismo.

Los enemigos más furibundos del socialismo le prestan, a veces, un buen servicio con el celo insensato de sus "desenmascaramientos". Arremeten precisamente contra lo que es digno de simpatía e imitación. Con el carácter mismo de sus ataques abren los ojos al pueblo y le hacen ver la infamia de la burguesía.

Eso es justamente lo que ha ocurrido con uno de los más abyectos periódicos burgueses, *Rússkaya Volia*, que el 20 de agosto publicó una crónica de Ekaterinburo titulada *La prestación personal*. Escuchen lo que se comunica en ella:

> "...El Soviet de diputados obreros y soldados ha establecido en nuestra ciudad una hacendera para todos los ciudadanos que tienen caballos: poner por turno sus caballos a disposición de los miembros de los Soviets para los viajes diarios relacionados con el ejercicio de sus funciones.
>
> "Se ha confeccionado un horario especial de guardia y a cada "ciudadano con caballeriza" se le notifica puntualmente por escrito cuándo, dónde y a qué hora exacta debe presentarse con su caballo para prestar servicio.
>
> "Para mayor comprensión, en la "orden" se agrega: "En caso de incumplimiento de esta demanda, el Soviet gastará hasta 25 rublos, por cuenta de Vd., para la contrata de cocheros"..."

Por supuesto, el defensor de los capitalistas se indigna. Los capitalistas contemplan con plena tranquilidad cómo sufre calamidades la inmensa mayoría del pueblo durante toda su vida, trabajando no sólo "en la prestación personal", sino en el verdadero presidio de la fábrica, de la mina o de cualquier otro trabajo asalariado y sufriendo hambre, a cada paso, por carecer de ocupación. Los capitalistas contemplan eso con toda tranquilidad.

Pero cuando los obreros y los soldados imponen a los capitalistas una prestación social, aunque sea pequeña, los señores explotadores empiezan a aullar: ¡¡"prestación personal"!!

Pregunten a cualquier obrero o a cualquier campesino: ¿estaría mal que los Soviets de diputados obreros y soldados fueran el único poder en el Estado y empezasen a implantar en todas partes una prestación social de los ricos, por ejemplo, el servicio de guardia obligatorio con caballos, automóviles o bicicletas, trabajos diarios obligatorios como escribanos para inventariar los productos, levantar un censo de los necesitados, etc., etc.?

Todo obrero y todo campesino, excepto los kulaks, dirá que eso estaría bien.

Y tendrán razón. Eso no es todavía el socialismo, sino sólo uno de los primeros pasos hacia el socialismo; pero eso es justamente lo que necesitan los pobres de una manera imperiosa e inmediata. Sin medidas como ésas es imposible salvar al pueblo del hambre y de la muerte.

¿Por qué el Soviet de Ekaterinburgo sigue siendo una rara excepción? ¿Por qué no se empezó a aplicar hace ya mucho en toda Rusia medidas semejantes?; ¿por qué no se extienden, formando todo un sistema de medidas precisamente de ese tipo?

¿Por qué no se establece, además de la prestación social de los ricos con caballos, esa misma obligación social de los ricos de presentar balances completos de sus operaciones monetarias, especialmente en lo que atañe a los suministros al Estado, bajo el mismo control de los Soviets y con la misma "notificación puntual por escrito" de cuándo y dónde debe presentar el balance, de cuándo, dónde y cuánto exactamente debe abonar como impuesto?

Porque al frente de la inmensa mayoría de los Soviets se encuentran líderes eseristas ("socialistas-revolucionarios") y mencheviques, que han desertado de hecho al campo de la burguesía, forman parte del gobierno burgués y se han comprometido a apoyarle, traicionando no sólo al socialismo, sino también a la democracia. Estos líderes se dedican al "conciliacionismo" con la burguesía, la cual no sólo impedirá, por ejemplo, que se establezca en Petrogrado la prestación social de los ricos, sino que frena durante meses reformas muchísimo más modestas.

Estos líderes engañan a su conciencia y engañan al pueblo, alegando que "Rusia no ha madurado aún para implantar el socialismo".

¿Por qué deben considerarse un engaño semejantes alegaciones?

Porque con ellas se falsean las cosas, queriendo hacer creer que se trata de una transformación inauditamente compleja y difícil, llamada a cambiar de raíz la vida habitual de decenas de millones de personas. Se presentan las cosas falsamente, como si alguien quisiera "implantar" el socialismo en Rusia por medio de un ucase, sin tener en cuenta ni el nivel de la técnica, ni la abundancia de empresas pequeñas, ni las costumbres, ni la voluntad de la mayoría de la población.

Todo eso es mentira desde el comienzo hasta el fin. Nadie ha propuesto nada semejante. Ni un solo partido, ni una sola persona tiene el propósito de "implantar el socialismo" por decreto. Se ha tratado y se trata exclusivamente de medidas que, a semejanza de la prestación social de los ricos establecida en Ekaterinburgo, aprueba por entero la masa de pobres, es decir, la mayoría de la población; de medidas que han madurado por completo en el aspecto técnico y cultural, que aliviarán en el acto la vida de los pobres y permitirán atenuar las cargas de la guerra y distribuirlas de una manera más equitativa.

Ha transcurrido casi medio año de revolución, pero los líderes eseristas y mencheviques frenan todas las medidas de ese carácter, vendiendo los intereses del pueblo a los intereses del "conciliacionismo" con la burguesía.

Mientras los obreros y los campesinos no comprendan que esos líderes son unos traidores, que es preciso echarlos, destituirlos de todos los cargos; mientras no comprendan eso, los trabajadores seguirán siendo inevitablemente esclavos de la burguesía.

Publicado el 14 (1) de septiembre de 1917 en el núm. 10 de "Rabochi".
T. 34, págs. 122-132.

ACERCA DE LOS COMPROMISOS.

Llamase compromiso en política a hacer concesiones respecto a ciertas demandas, a renunciar a una parte de las reivindicaciones propias en virtud de un acuerdo con otro partido.

La idea habitual del vulgo acerca de los bolcheviques, sostenida por la prensa que los calumnia, consiste en que jamás aceptan compromiso alguno con nadie.

Tal idea nos halaga como partido del proletariado revolucionario, pues demuestra que hasta los enemigos se ven obligados a reconocer nuestra fidelidad a los principios fundamentales del socialismo y de la revolución. Pero, con todo, hay que decir la verdad: esa idea no corresponde a los hechos. Engels estaba en lo cierto cuando en su crítica del manifiesto de los blanquistas de la Comuna (en 1873) ridiculizaba la declaración de éstos: "¡Ningún compromiso!"[64]. Eso es una frase -decía él-, pues, a menudo, los compromisos de un partido que lucha son impuestos inevitablemente por las circunstancias y es absurdo renunciar de una vez para siempre "a cobrarse la deuda por partes"[65]. La tarea de un partido auténticamente revolucionario no consiste en declarar imposible la renuncia a cualquier compromiso, sino en saber mantenerse fiel, *a través de todos los compromisos* -en la medida en que sean inevitables-, a sus principios, a su clase y a su misión revolucionaria, a su obra de preparar la revolución y educar a las masas populares para triunfar en la revolución.

Un ejemplo. Participar en la III y IV Dumas fue un compromiso, una renuncia temporal a las reivindicaciones revolucionarias. Pero fue un compromiso absolutamente forzoso, pues la correlación de fuerzas descartaba para nosotros, por cierto tiempo, la lucha revolucionaria de masas, y su larga preparación hacía *necesario* saber trabajar incluso *desde dentro* de semejante "pocilga". La historia demostró que tal planteamiento del problema por los bolcheviques, como partido, era justo.

Ahora, el problema inmediato no es un compromiso forzoso, sino un compromiso voluntario.

Nuestro partido, como cualquier otro partido político, aspira a conquistar la dominación política para sí. Nuestra meta es la dictadura del proletariado revolucionario. Seis meses de revolución han confirmado con extraordinaria claridad, fuerza y elocuencia lo justo e inevitable de tal reivindicación, en interés precisamente de esta revolución, pues el pueblo no podrá obtener de otro modo ni una paz democrática, ni la tierra para los campesinos ni una libertad completa (una república plenamente democrática). Así lo han mostrado y demostrado el curso de los acontecimientos en el medio año de nuestra revolución, la lucha de clases y de los partidos, el desarrollo de las crisis del 20 y 21 de abril, del 9 y 10 y del 18 y 19 de junio, de los días 3, 4 y 5 de julio y del 27 al 31 de agosto.

Ahora se ha producido en la revolución rusa un viraje tan brusco y original que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario, cierto que no a la burguesía -nuestro directo y principal enemigo de clase-, sino a nuestros adversarios más próximos, a los partidos "dirigentes" de la democracia pequeñoburguesa: los eseristas y los mencheviques.

Como una mera excepción, únicamente forzados por una situación especial que, al parecer, se mantendrá sólo poquísimo tiempo, podemos proponer un compromiso a esos partidos y, a mi juicio, debemos hacerlo.

Es un compromiso, por nuestra parte, retornar a la reivindicación de antes de julio: todo el poder a los Soviets, formación de un gobierno de eseristas y mencheviques responsable ante los Soviets.

Ahora, sólo ahora, y quizás *apenas durante unos pocos días* o por una o dos semanas, un gobierno de ese tipo podría formarse y afianzarse de un modo completamente pacífico. Podría garantizar, con una probabilidad gigantesca, un movimiento pacífico de *avance* de toda la revolución en Rusia y ofrecería extraordinarias posibilidades de que dé grandes pasos adelante el movimiento mundial hacia la paz y hacia el triunfo del socialismo.

Sólo en nombre de ese desarrollo pacífico de la revolución -posibilidad *extraordinariamente* rara en la historia y *extraordinariamente* valiosa, excepcionalmente insólita-, sólo en nombre de ella, pueden y deben, a mi parecer, aceptar tales compromisos los bolcheviques, partidarios de la revolución mundial y de los métodos revolucionarios.

El compromiso consistiría en que los

bolcheviques, sin pretender participar en el gobierno (cosa imposible para un internacionalista si no se realizan efectivamente las condiciones de la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres), renunciaran al paso inmediato del poder al proletariado y a los campesinos pobres y a los métodos revolucionarios de lucha por esa reivindicación. La condición, de por sí evidente y nada nueva para los eseristas y los mencheviques, sería la plena libertad de agitación y la convocatoria de la Asamblea Constituyente, sin nuevas dilaciones e incluso en un plazo más breve.

Los mencheviques y los eseristas, como bloque gubernamental, accederían (en el supuesto de que se llegara al compromiso) a constituir un gobierno, íntegra y exclusivamente responsable ante los Soviets, pasando a manos de éstos todo el poder también en las localidades. En eso consistiría la "nueva" condición. Creo que los bolcheviques no pondrían otras condiciones, confiando en que la verdadera y completa libertad de agitación y la inmediata aplicación de nuevos principios democráticos en la composición de los Soviets (nuevas elecciones) y en su funcionamiento garantizarían de por sí el avance pacífico de la revolución y *pondrían fin pacíficamente* a las luchas entre los partidos dentro de los Soviets.

¿Quizá esto sea *ya* imposible? Quizá. Pero si existe, aunque sólo sea una posibilidad entre cien, valdría la pena intentarlo.

¿Qué ganarían con este "compromiso" ambas partes "contratantes", o sea, los bolcheviques, por una parte, y el bloque de los eseristas y mencheviques, por otra? Si *ninguna* de las dos partes gana nada, será necesario reconocer la imposibilidad del compromiso y entonces no habrá por qué hablar de ello. Por difícil que sea ahora (después de julio y agosto, dos meses que equivalen a dos décadas de época "pacífica" y soñolienta) ese compromiso, me parece que existe una pequeña probabilidad de llevarlo a cabo, y esta probabilidad dimana de la decisión de los eseristas y mencheviques de no colaborar en un gobierno del que formen parte los democonstitucionalistas.

Los bolcheviques ganarían al obtener la posibilidad de hacer con entera libertad agitación en pro de sus opiniones y, en condiciones efectiva y enteramente democráticas, conquistar influencia en los Soviets. De palabra, "todos" reconocen hoy esa libertad a los bolcheviques. Pero, en la práctica, *es imposible* bajo un gobierno burgués o con participación de la burguesía, bajo un gobierno que no sea soviético. Con un gobierno de los Soviets, esa libertad sería *posible* (no decimos: garantizada con seguridad, pero, no obstante, posible). En aras de esa posibilidad, en un momento tan difícil, habría que decidirse a un compromiso con la mayoría actual de los Soviets. Con una verdadera democracia, *nosotros* nada debemos temer, pues la vida está a nuestro favor, e incluso la forma en que se desarrollan las corrientes dentro de los partidos eserista y menchevique, hostiles a nosotros, confirma que estamos en lo cierto.

Los mencheviques y los eseristas ganarían al recibir en el acto la plena posibilidad de realizar el programa de su bloque, apoyándose en la mayoría, a ciencia cierta inmensa, del pueblo y asegurándose la utilización "pacífica" de su mayoría en los Soviets.

Es cierto que desde ese bloque -heterogéneo por ser bloque y también porque la democracia pequeñoburguesa es *siempre* menos homogénea que la burguesía y que el proletariado- se alzarían, probablemente, dos voces.

Una voz diría: nuestro camino no coincide en modo alguno con el de los bolcheviques, con el del proletariado revolucionario. Este, de todos modos, exigirá más de la cuenta y arrastrará demagógicamente a los campesinos pobres. Exigirá la paz y la ruptura con los aliados. Eso es imposible. Nos sentimos más cerca y mejor con la burguesía, pues no nos hemos separado de ella, sino que *nos hemos indispuesto* con ella por poco tiempo y sólo a causa del incidente de Kornílov. Nos hemos indispuesto, pero ya nos reconciliaremos. Además, los bolcheviques no nos hacen ninguna "concesión", pues las tentativas de insurrección por parte suya están, de todos modos, tan condenadas a la derrota como la Comuna de 1871.

Otra voz diría: la alusión a la Comuna es muy superficial e incluso estúpida. Porque, en primer lugar, los bolcheviques han aprendido algo, a pesar de todo, desde 1871, y ahora no dejarían de apoderarse de los bancos y no vacilarían en marchar sobre Versalles; y en tales condiciones, hasta la Comuna podía haber triunfado. Además, la Comuna no podía ofrecer al pueblo en seguida todo lo que podrán ofrecerle los bolcheviques si obtienen el poder, a saber: la tierra a los campesinos, la propuesta inmediata de paz, el control verdadero de la producción, la paz honesta con los ucranios, los finlandeses, etc. Hablando en términos vulgares, los bolcheviques tienen en sus manos diez veces más "cartas de triunfo" que la Comuna. En segundo lugar, la Comuna significa de todos modos una penosa guerra civil, una larga dilación del desarrollo cultural pacifico después de ella; facilita las operaciones y las maniobras de todos los Mac-Mahon y Kornílov, y tales operaciones amenazan a toda nuestra sociedad burguesa. ¿Es sensato correr el riesgo de la Comuna?

Pero la Comuna será inevitable en Rusia si no tomamos el poder, si la situación sigue siendo tan difícil como desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto. Todo obrero y soldado revolucionario pensará sin falta en la Comuna y tendrá fe en ella, intentará sin falta llevarla a cabo, razonando así: el pueblo perece, la guerra, el hambre y la ruina

prosiguen su marcha. Sólo en la Comuna está la salvación. Pereceremos, moriremos todos, pero haremos realidad la Comuna. Tales pensamientos son ineludibles entre los obreros, y ahora no se logrará vencer a la Comuna tan fácilmente como en 1871. La Comuna rusa tendrá en todo el mundo aliados cien veces más fuertes que en 1871... ¿Es sensato que corramos el riesgo de la Comuna? Tampoco puedo aceptar que los bolcheviques, en el fondo, no nos concedan nada con su compromiso. Pues en todos los países civilizados, los ministros inteligentes valoran mucho cualquier acuerdo, por pequeño que sea, con el proletariado durante la guerra. Lo precian mucho, muchísimo. Y no debe olvidarse que se trata de hombres prácticos, de auténticos ministros. Los bolcheviques se fortalecen con bastante rapidez, a pesar de las represión a pesar de la debilidad de su prensa... ¿Es sensato que corramos el riesgo de la Comuna?

Tenemos una mayoría asegurada, no está aún tan cercano el despertar de los campesinos pobres, tenemos tiempo suficiente. No creo que la mayoría siga a los extremistas en un país campesino. Y contra una mayoría segura, en una república verdaderamente democrática, la insurrección es imposible. Así hablaría la segunda voz.

Quizá se encuentre una tercera voz, entre algunos partidarios de Mártov o de Spiridónova, que diga: me indigna, "camaradas", que ambos, al razonar acerca de la Comuna y de la posibilidad de su existencia, os coloquéis sin vacilar al lado de sus adversarios. El uno en una forma y el otro en otra, pero ambos estáis de parte de quienes aplastaron la Comuna. No haré agitación a favor de la Comuna, no puedo prometer de antemano que combatiré en sus filas, como lo hará todo bolchevique; pero debo decir, no obstante, que si la Comuna surge a pesar de mis esfuerzos, antes ayudar a sus defensores que a sus adversarios…

La diferencia de opiniones en el "bloque" es grande e inevitable, pues en la democracia pequeñoburguesa está representado un mundo de matices: desde el burgués de cuerpo entero, plenamente ministrable, hasta el semimendigo, no capaz aún por completo de sustentar la posición del proletario. Y nadie sabe cuál va a ser, en cada momento concreto, el resultado de esa discordancia.

* * *

Las líneas precedentes fueron escritas el viernes, 1 de septiembre, y, debido a circunstancias casuales (la historia dirá que, en los tiempos de Kerenski, no todos los bolcheviques gozaban del derecho a elegir libremente su lugar de residencia), no llegaron a la Redacción ese mismo día. Y después de haber leído los periódicos del sábado y los de hoy, domingo, me digo: quizá sea demasiado tarde para proponer un compromiso. Quizá hayan pasado *también* los pocos días en que era posible todavía un desarrollo pacífico. Sí, todo indica que han pasado ya[66]. Kerenski se irá, de uno u otro modo, *del* partido eserista, *se alejará* de los eseristas y se afianzará, con ayuda de los burgueses, *sin* los eseristas y gracias a la inacción de éstos... Sí, todo indica que han pasado ya los días en que era posible casualmente la vía de desarrollo pacífico. Sólo me resta enviar estas notas a la Redacción, rogándole que las encabece así: *Pensamientos tardíos*... A veces, tal vez pueda tener cierto interés conocer algunos pensamientos tardíos.

3 de septiembre de 1917.

Escrito el 1-3 (14-16) de septiembre de 1917.
Publicado el 19 (6) de septiembre de 1917 en el núm. 3 de "Rabochi Put".
T. 34, págs. 133-139.

LA CATÁSTROFE QUE NOS AMENAZA Y COMO COMBATIRLA.

El hambre se acerca.

Una catástrofe inevitable se cierne sobre Rusia. El transporte ferroviario se halla en un estado de increíble desorganización, que crece sin cesar. Los ferrocarriles quedarán parados. Cesará la afluencia de materias primas y de carbón a las fábricas. Cesará el suministro de cereales. Los capitalistas sabotean (dañan, interrumpen, minan, frenan) deliberada y tenazmente la producción, confiando en que una catástrofe inaudita originará la bancarrota de la república y de la democracia, de los Soviets y, en general, de las asociaciones proletarias y campesinas, facilitando así el retorno a la monarquía y la restauración de la omnipotencia de la burguesía y de los terratenientes.

Nos amenazan inexorables una catástrofe de proporciones sin precedente y el hambre. Todos los periódicos han hablado ya de ello infinidad de veces. Los partidos y los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos han votado multitud de resoluciones en las que se reconoce que la catástrofe es inminente, que está ya muy cerca, que es preciso mantener contra ella una lucha desesperada, que el pueblo debe hacer "esfuerzos heroicos" para conjurar el desastre, etc.

Todo el mundo lo dice. Todo el mundo lo reconoce. Todo el mundo lo hace constar.

Pero no se toma ninguna medida.

Llevamos medio año de revolución. La catástrofe está hoy más cerca. Hemos llegado al desempleo en masa. ¡Quién podría pensarlo!: en el país no hay mercancías, el país perece por falta de víveres, por falta de mano de obra, aunque existen cereales y materias primas en cantidad suficiente. ¡Y en un país que se encuentra en esas condiciones, en un momento tan crítico, ha aumentado el paro forzoso en masa! ¿Se quiere mejor prueba de que durante este medio año de revolución (que algunos califican de gran revolución, pero que, por ahora, sería más justo denominar revolución podrida), con una república democrática, con gran profusión de asociaciones, organismos e instituciones que se titulan orgullosamente "democrático revolucionarios", *no* se ha hecho en realidad nada serio, absolutamente nada, contra la catástrofe, contra el hambre? Nos acercamos con celeridad creciente al desastre, pues la guerra no espera, y el desbarajuste que origina en todos los dominios de la vida del pueblo es cada día más profundo.

Sin embargo, basta con fijarse y reflexionar, por poco que sea, para convencerse de que existen los medios necesarios de combatir la catástrofe y el hambre; de que las medidas a adoptar son perfectamente claras y sencillas, completamente realizables, plenamente asequibles a las fuerzas del pueblo, y que si *no* se adoptan es *única* y *exclusivamente* porque su implantación lesionaría las fabulosas ganancias de un puñado de terratenientes y capitalistas.

En efecto. Puede asegurarse que no encontrarán ni un solo discurso, ni un solo artículo en los periódicos de cualquier tendencia, ni una sola resolución, sea cual fuere la asamblea o institución en que se haya votado, en los que no se exponga de un modo claro y concreto la medida fundamental y decisiva para combatir la catástrofe y el hambre, para evitarlas. Esa medida es: el control, la fiscalización, la contabilidad, la reglamentación por el Estado, la distribución acertada de la mano de obra en la producción y en el reparto de los productos, el ahorro de fuerzas del pueblo, la supresión de todo gasto superfluo de energías, su economía. Control, fiscalización, contabilidad: eso es lo principal en la lucha contra la catástrofe y contra el hambre. Eso es algo indiscutible y admitido por todos. Pero eso es precisamente lo que no *se hace* por miedo a atentar contra la omnipotencia de los terratenientes y los capitalistas, contra sus ganancias desmedidas, inauditas y escandalosas, obtenidas aprovechándose de la carestía y de los suministros al ejército (y hoy, directa o indirectamente, casi todos "trabajan" para la guerra); unas ganancias que todo el mundo conoce, que todo el mundo ve y a propósito de las cuales todo el mundo se lamenta y se escandaliza.

Sin embargo, el Estado no hace absolutamente nada para implantar un control, una contabilidad y una fiscalización más o menos serios.

Pasividad completa del gobierno.

Se observa por doquier un sabotaje sistemático e incesante de todo control, fiscalización y contabilidad, de cuantas tentativas emprende el Estado para organizarlos. Y hace falta ser increíblemente ingenuo para no comprender -o

profundamente hipócrita para aparentar que no se comprende- de dónde parte ese sabotaje y qué recursos emplea. Porque ese sabotaje de los banqueros y los capitalistas, ese torpedeamiento por ellos de todo control, fiscalización y contabilidad, se adapta a las formas estatales de la república democrática, se adapta a la existencia de las instituciones "democráticas revolucionarias". Los señores capitalistas han asimilado a la perfección una verdad que reconocen de palabra todos los adeptos del socialismo científico, pero que los mencheviques y los eseristas procuraron olvidar en cuanto sus amigos ocuparon los lucrativos puestos de ministros, viceministros, etc. Esa verdad consiste en que la esencia económica de la explotación capitalista no experimenta el menor cambio por el hecho de que las formas monárquicas de gobierno sean sustituidas con las formas democráticas republicanas, y en que, por consiguiente, ocurre también lo contrario: basta con cambiar *la forma* de lucha por la intangibilidad y la santidad de las ganancias capitalistas para salvaguardarlas en la república democrática con la misma eficacia que en la monarquía absoluta.

El sabotaje moderno, novísimo, democrático republicano de todo control, de toda contabilidad y de toda fiscalización consiste en que los capitalistas reconocen de palabra "fervorosamente" el "principio" del control y su necesidad (como hacen también, por supuesto, todos los mencheviques y todos los eseristas); pero hacen hincapié en que ese control se implante de una manera "gradual", regular, de acuerdo con una "reglamentación establecida por el Estado". En realidad, con esas bellas palabras se quiere ocultar *el sabotaje* del control, su reducción a la nada, a una ficción; se quiere ocultar una comedia de control, la demora de todas las medidas eficaces y de verdadera importancia práctica, la creación de organismos de control complicados, farragosos, inertes y burocráticos en extremo, que dependen por entero de los capitalistas y no hacen ni pueden hacer absolutamente nada.

Para no hacer afirmaciones gratuitas, nos remitiremos a testimonios de mencheviques y eseristas, es decir, precisamente de quienes tuvieron la mayoría en los Soviets en los primeros seis meses de revolución, participaron en el "gobierno de coalición" y, por ello, son responsables políticamente ante los obreros y los campesinos rusos de la connivencia con los capitalistas y de que éstos hayan frustrado todo control.

El periódico oficial del organismo máximo entre los llamados organismos "competentes" (¡no es una broma!) de la democracia "revolucionaria", *Izvestia del CEC* (es decir, del Comité Ejecutivo Central del Congreso de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia), publica en su número 164, del 7 de septiembre de 1917, una *disposición* de una institución especial que se ocupa en los problemas del control, creada por esos mismos mencheviques y eseristas y que se encuentra por entero en sus manos. Esta institución especial es la "Sección de Economía" del Comité Ejecutivo Central. En dicha disposición se reconoce oficialmente, como un hecho, "*la pasividad completa de los organismos centrales de reglamentación de la vida económica anejos al gobierno*".

¿Cabe testimonio más elocuente que éste, suscrito por los propios mencheviques y eseristas, de la bancarrota de la política menchevique y eserista?

La necesidad de reglamentar la vida económica fue ya reconocida en tiempos del zarismo, habiéndose creado para ello diferentes organismos. Pero, bajo el zarismo, la ruina hacía progresos cada día mayores, llegando a alcanzar proporciones monstruosas. Se reconoció en el acto que era misión del gobierno republicano, del gobierno revolucionario, adoptar medidas serias y enérgicas para acabar con la ruina. Cuando se formó, con la colaboración de mencheviques y eseristas, el gobierno de "coalición" publicó su solemnísima declaración del 6 de mayo, en la que prometió públicamente establecer el control y la reglamentación estatales y contrajo el compromiso de llevarlos a la práctica. Los Tsereteli y los Chernov, y con ellos todos los líderes mencheviques y eseristas, juraron y perjuraron que no sólo ellos respondían de la gestión del gobierno, sino que, además, "los organismos competentes de la democracia revolucionaria", que se encontraban en sus manos, vigilaban de hecho la labor del gobierno y la controlaban.

Desde el 6 de mayo han transcurrido cuatro meses, cuatro largos meses, durante los cuales Rusia ha sacrificado cientos de miles de soldados en la absurda "ofensiva" imperialista, y la ruina y la catástrofe se han acercado con botas de siete leguas, a pesar de que el verano ofrecía posibilidades extraordinarias para hacer muchas cosas, tanto en el transporte por agua como en la agricultura, en las exploraciones geológicas, etc., etc. ¡¡Y al cabo de estos cuatro meses, los mencheviques y los eseristas se ven obligados a confesar oficialmente la "pasividad completa" de los organismos de control anejos al gobierno!!

¡Y hoy (escribimos estas líneas precisamente en vísperas de la apertura de la Conferencia Democrática, convocada para el 12 de septiembre[67]), esos mismos mencheviques y eseristas proclaman, con empaque de sesudos estadistas, que aun puede ponerse remedio a la situación, sustituyendo la coalición con los democonstitucionalistas por una coalición con los Kit Kítich[68] de la industria y del comercio, con los Riabushinski, los Búblikov, los Teréschenko y Cía.!

¿Cómo se explica, puede preguntarse, esta asombrosa ceguera de los mencheviques y los

eseristas? ¿Debemos considerarlos "niños políticos", que por su extremo candor y cortos alcances no saben lo que hacen y se equivocan de buena fe? ¿O será que las abundantes poltronas de ministro, viceministro, gobernador general, comisario, etc., etc., tienen la virtud de originar una ceguera especial, "política"?

Las medidas de control son conocidas de todos y fácilmente aplicables.

Puede surgir la pregunta de si los medios y las medidas de control no son algo extraordinariamente complicado, difícil, jamás experimentado y hasta desconocido. ¿No se deberán las dilaciones a que los estadistas del Partido Democonstitucionalista, de la clase industrial y comercial, así como de los partidos eserista y menchevique, llevan ya medio año esforzándose a más no poder por indagar, estudiar y descubrir las medidas y los medios de control, sin que hayan llegado todavía a una solución del problema, dada su extraordinaria dificultad?

¡Ni mucho menos! Lo que se quiere es "dar gato por liebre" y presentan las cosas de esa forma a los mujiks incultos, analfabetos y oprimidos y a los pequeños burgueses, que creen en todo y no ahondan en nada. La realidad es que incluso el zarismo, incluso el "viejo régimen", al crear los comités de la industria de guerra *conocía* la medida fundamental, el medio principal y la vía del control: agrupar a la población por profesiones, por fines y ramas de trabajo. etc. Pero el zarismo *temía* que la población se agrupase, y por ello recurría a todo para limitar y obstaculizar artificialmente esa vía y ese medio de control, tan universalmente conocidos, tan fáciles y tan aplicables.

Todos los Estados beligerantes, que sufren el peso extraordinario y las calamidades de la guerra, que sufren -en grado mayor o menor- la ruina y el hambre, han trazado, determinado, aplicado y probado hace ya mucho *toda una serie* de medidas de control, que se reducen casi siempre agrupar a la población a crear o fomentar asociaciones de tipos diversos vigiladas por el Estado, en las que participan sus representantes, etc., etc. Estas medidas de control son conocidas de todos, y sobre ellas se ha hablado y escrito mucho. Las leyes relativas al control dictadas por las potencias beligerantes más adelantadas han sido traducidas al ruso o expuestas con todo detalle en la prensa de nuestro país.

Si nuestro Estado *quisiera* realmente aplicar el control de un modo serio y efectivo; si sus instituciones no se hubiesen condenado ellas mismas a "la pasividad completa' con su servilismo ante los capitalistas, le bastaría con extraer a manos llenas medidas de control, ya conocidas y aplicadas, del copioso depósito existente. El único obstáculo que se alza en ese camino -obstáculo que ocultan al pueblo los democonstitucionalistas, eseristas y mencheviques- era y signe siendo que el control pondría al descubierto las fabulosas ganancias de los capitalistas y las frustraría.

Para esclarecer mejor esta cuestión importantísima (que equivale, en el fondo, a la cuestión del programa de *todo* gobierno realmente revolucionario que quiera salvar a Rusia de la guerra y del hambre), enumeraremos y examinaremos por separado las más importantes medidas de control.

Veremos que a un gobierno que se denominase democrático revolucionario no sólo en tono de burla, le habría bastado con decretar (prescribir, ordenar), ya en su primera semana de vida, la implantación de las principales medidas de control; con imponer castigos serios, no irrisorios, a los capitalistas que pretendieran burlar de manera fraudulenta esas medidas, e invitar a la población a vigilar por si misma a los capitalistas, a comprobar si cumplen o no honradamente las disposiciones acerca del control, y éste habría sido implantado en Rusia hace ya mucho.

He aquí las medidas más importantes:

1. Fusión de todos los bancos en un banco único y control por el Estado de sus operaciones, o nacionalización de los bancos.
2. Nacionalización de los consorcios, es decir, de las asociaciones más importantes, monopolistas, de los capitalistas (consorcios azucarero, petrolero, hullero, metalúrgico, etc.).
3. Abolición del secreto comercial.
4. Sindicación obligatoria (es decir, agrupación obligatoria) de los industriales, los comerciantes y los patronos en general.
5. Agrupación obligatoria de la población en sociedades de consumo o fomento y control de estas organizaciones.

Veamos ahora qué importancia tendría cada una de estas medidas, siempre y cuando se implantase por vía democrática revolucionaria.

La nacionalización de los bancos.

Los bancos son, como se sabe, centros de la vida económica moderna, los principales centros nerviosos de todo el sistema capitalista de economía nacional. Hablar de "reglamentar la vida económica" y eludir el problema de la nacionalización de los bancos significa hacer gala de una ignorancia supina o engañar a la "plebe" con frases pomposas y promesas altisonantes, que de antemano se ha resuelto no cumplir.

Es un absurdo querer controlar y regular el suministro de cereales o, el general, la producción y la distribución de los productos si, al mismo tiempo, no se controlan y regulan las operaciones bancarias. Es algo así como lanzarse a la caza de unos "kopeks" problemáticos y cerrar los ojos ante millones de rublos. Los bancos modernos están tan estrecha e indisolublemente entrelazados con el comercio (con

el de cereales y con todo el comercio en general) y con la industria que sin "meterles mano" no se puede hacer absolutamente nada serio, nada "democrático revolucionario".

Pero ¿quizá eso de que el Estado "meta mano" a los bancos sea una operación muy difícil y complicada? Habitualmente se pinta así la cosa -la pintan así, claro está, los capitalistas y sus abogados, que se benefician con ello- para asustar a los filisteos.

En realidad, la nacionalización de los bancos, que no priva ni de un solo kopek a ningún "propietario", no ofrece absolutamente la menor dificultad de orden técnico o cultural, y si se demora es *exclusivamente* por la sórdida codicia de un insignificante puñado de ricachones. Si se confunde tan a menudo la nacionalización de los bancos con la confiscación de los bienes privados, la culpa de que se propague esta confusión de conceptos la tiene la prensa burguesa, interesada en engañar a la gente.

La propiedad de los capitales con que operan los bancos y que se concentran en ellos se acredita por medio de certificados impresos o manuscritos, a los que se da el nombre de acciones, obligaciones, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un solo Banco del Estado, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese quince rublos en su cartilla de ahorros seguiría poseyendo los mismos quince rublos después de implantada la nacionalización de los bancos, y quien poseyese quince millones, seguiría poseyéndolos, incluso después de adoptada esta medida, en forma de acciones, obligaciones, letras de cambio, resguardos de mercancías, etc.

¿En qué estriba, pues, la importancia de la nacionalización de los bancos?

En que es imposible ejercer un verdadero control de los diferentes bancos y de sus operaciones (aun suponiendo que se suprima el secreto comercial, etc.), pues no se puede vigilar el complicadísimo, enredadísimo y astutísimo tejemaneje a que se recurre al confeccionar los balances, al fundar empresas y sucursales ficticias, al hacer intervenir a hombres de paja, etc., etc. Sólo la fusión de todos los bancos en un banco único, sin que esto implique la menor modificación de las relaciones de propiedad; sin que, repetimos, se le quite un solo kopek a ningún propietario, ofrece *la posibilidad* de implantar un control efectivo, a condición, claro está, de que se apliquen a la vez todas las demás medidas antes mencionadas. Sólo nacionalizando los bancos podrá *conseguirse* que el Estado sepa a dónde y cómo, de dónde y cuándo se desplazan los millones y los miles de millones. Y sólo este control de los bancos, del centro, eje principal y mecanismo básico de la circulación capitalista, permitiría organizar de hecho, y no de palabra, el control de toda la vida económica, de la producción y la distribución de los productos más importantes, "reglamentar la vida económica", que, de otro modo, está condenada a seguir siendo inevitablemente un tópico de los ministros para engañar al vulgo. Sólo el control de las operaciones bancarias, a condición de que se concentren en un solo banco perteneciente al Estado, permitirá organizar, previa aplicación de otras medidas fácilmente implantables, la recaudación efectiva del impuesto de utilidades sin que haya ocultaciones de bienes e ingresos, pues el impuesto de utilidades sigue siendo hoy, en gran parte, una ficción.

Bastaría precisamente con decretar la nacionalización de los bancos: sus propios directores y empleados se encargarían de llevarla a la práctica. Para ello no hace falta ningún mecanismo especial ni se requieren preparativos especiales por parte del Estado. Esta medida puede ser implantada precisamente por decreto, "de un solo golpe". Porque el propio capitalismo, que en su desarrollo ha llegado a idear las letras de cambio, las acciones, las obligaciones, etc., se ha encargado de crear la posibilidad económica de aplicarla. *Lo único* que falta es unificar *la contabilidad*; y si el Estado democrático revolucionario ordenara que en cada ciudad se convocasen inmediatamente, por telégrafo, asambleas y, en las provincias y por todo el país, congresos de directores y empleados de Banca para fusionar sin demora todos los bancos en un solo Banco del Estado, esta reforma sería realizada en el transcurso de unas semanas. Por supuesto, serían precisamente los directores y los altos empleados quienes opondrían resistencia, quienes tratarían de engañar al Estado, de dar largas al asunto, etc., pues esos caballeros -*y ahí está el quid de la cuestión*- perderían puestos muy rentables y la posibilidad de operaciones fraudulentas muy lucrativas. Pero no existe la menor dificultad técnica para la fusión de los bancos. Y si el poder del Estado fuese revolucionario no sólo de palabra (es decir, si no temiese romper con la inercia y la rutina); si fuese democrático no sólo de palabra (es decir, si obrase en interés de la mayoría del pueblo y no de un puñado de ricachos), bastaría con decretar la confiscación de bienes y el encarcelamiento de los directores, consejeros y grandes accionistas como castigo por la menor dilación y por las tentativas de ocultar los saldos de cuentas y otros documentos; bastaría con organizar *aparte*, por ejemplo, a los empleados pobres, y premiarlos por descubrir fraudes y dilaciones de los ricos, para que la nacionalización de los bancos avanzara lisa y llanamente, con la velocidad de una centella.

La nacionalización de los bancos reportaría ventajas inmensas a todo el pueblo, y especialmente no a los obreros (pues los obreros tienen poco que ver con los bancos), sino a la masa de campesinos e industriales modestos. El ahorro de trabajo que ello representaría sería gigantesco, y suponiendo que el

Estado conservase el mismo número de empleados de Banca que hasta aquí, se habría dado un gigantesco paso adelante en el sentido de universalizar el uso de los bancos, multiplicar sus sucursales, hacer más asequibles sus operaciones, etc., etc. Serían precisamente los *pequeños* propietarios, los campesinos, quienes podrían obtener créditos en condiciones muchísimo más fáciles y asequibles. Y el Estado tendría por vez primera la posibilidad: primero, de *conocer*, sin que nadie pudiera ocultárselas, las operaciones financieras más importantes; luego, de *controlarlas*; después, de *regular* la vida económica y, finalmente, de *obtener* millones y miles de millones para las grandes operaciones del Estado, sin necesidad de abonar a los señores capitalistas "comisiones" fabulosas por sus "servicios". Por eso -y sólo por eso-, todos los capitalistas, todos los profesores burgueses, toda la burguesía y todos los Plejánov, Potrésov y Cía. a su servicio, se muestran dispuestos a luchar, babeando de rabia, contra la nacionalización de los bancos; a inventar miles de objeciones a esta medida facilísima y urgentísima, pese a ser una medida que, incluso desde el punto de vista de la "defensa" del país (es decir, desde el punto de vista militar), significaría una ventaja gigantesca y reforzaría en grado extraordinario la "potencia militar" del país.

Se nos podrá, quizá, objetar: ¿por qué, entonces, países tan avanzados como Alemania y los Estados Unidos de América practican una excelente "reglamentación de la vida económica" sin pensar siquiera en nacionalizar los bancos?

Porque –respondemos- estos dos Estados, aun siendo el uno monarquía y el otro república, son *ambos* no sólo capitalistas, sino imperialistas. Y como tales, efectúan por vía burocrática reaccionaria las reformas que necesitan. Pero nosotros hablamos aquí de la vía democrática revolucionaria.

Esta "pequeña diferencia" tiene una importancia muy esencial. Por lo general, "no es costumbre" pararse a meditar en ella. En nuestro país (y principalmente entre los eseristas y los mencheviques), las palabras "democracia revolucionaria" se han convertido casi en una frase convencional en algo parecido a la expresión de "A Dios gracias", que emplean también personas no tan ignorantes como para creer en Dios. O la expresión de "respetable ciudadano", que se usa veces dirigiéndose incluso a los colaboradores de *Dien* o *Edinstvo*, aunque casi todos comprenden que estos periódicos han sido fundados y son sostenidos por los capitalista para defender los intereses de los capitalistas y que, por tanto, la colaboración en ellos de sedicentes socialistas tiene muy poco de "respetable".

Para quien no emplee las palabras "democracia revolucionaria" como una pomposa frase estereotipada, como un tópico convencional, y se pare a *pensar* en lo que significan, ser demócrata es tener presentes de verdad los intereses de la mayoría del pueblo, y no los de la minoría; ser revolucionario es demoler del modo más resuelto e implacable todo lo nocivo y caduco.

Que nosotros sepamos, ni los gobiernos ni las clases gobernantes de Norteamérica y Alemania aspiran al título de "democracia revolucionaria", que reivindican para sí (y prostituyen) nuestros eseristas y mencheviques.

En Alemania son *cuatro*, en total, los grandes bancos privados que tienen una importancia nacional; en los Estados Unidos, sólo *dos*. A los reyes financieros de estos bancos les es más fácil, más cómodo y más ventajoso asociarse en privado, en secreto, reaccionariamente, y no por procedimientos revolucionarios; burocráticamente, y no por vía democrática; sobornando a los funcionarios públicos (pues eso es norma general, lo mismo en Norteamérica *que en Alemania*) y manteniendo el carácter privado de los bancos precisamente para poder conservar el secreto de las operaciones, para poder seguir estrujando a ese mismo Estado millones y más millones de "superganancias" y asegurar fraudulentas manipulaciones financieras.

Tanto Norteamérica como Alemania "reglamentan la vida económica" de tal modo que se crea *un presidio militar* para los obreros (y, en parte, también para los campesinos) y *un paraíso* para los banqueros y capitalistas. Toda su reglamentación consiste en "apretar" a los obreros hasta llevarlos al hambre, mientras que a los capitalistas se les garantizan (bajo cuerda, por vía reaccionaria burocrática) ganancias *mayores* que antes de la guerra.

Ese camino es plenamente posible también para la Rusia republicana imperialista. Es el camino que siguen, en efecto, no sólo los Miliukov y los Shingariov, sino también Kerenski, al unísono con Teréschenko, Nekrásov, Bernatski, Prokopóvich y Cía..., los cuales defienden *asimismo*, de un modo burocrático reaccionario, la "intangibilidad" de los bancos y su derecho sagrado a percibir fabulosas ganancias. Será mejor decir *la verdad*: en la Rusia republicana reglamentarían de buen grado la vida económica por procedimientos burocráticos reaccionarios, si no fuera porque tropiezan "a menudo" con la dificultad que supone la existencia de los "Soviets", esos Soviets que el Kornílov número 1 no logró disolver, pero que tratará de disolver el Kornílov número 2...

Esa será la verdad. Y esta verdad sencilla, aunque amarga, contribuirá más a abrir los ojos al pueblo que las dulzarronas mentiras acerca de "nuestra" "gran" democracia "revolucionaria"...

* * *

La nacionalización de los bancos facilitaría extraordinariamente la nacionalización simultánea de

los seguros, es decir, la fusión de todas las compañías de seguros en una sola, la centralización de sus actividades y su control por el Estado. Los congresos de empleados de esas compañías se encargarían, también en este caso, de realizar la fusión inmediatamente, y sin ningún género de dificultades, tan pronto como el Estado democrático revolucionario lo decretara y ordenara a los directores de los consejos de administración y a los grandes accionistas efectuar esa fusión sin la menor demora y bajo su estricta responsabilidad personal. Los capitalistas han invertido en los seguros cientos de millones. Todo el trabajo lo hacen los empleados. La fusión de las compañías de seguros contribuiría a rebajar las primas del seguro, reportaría numerosas ventajas y facilidades a todos los asegurados y permitiría ampliar el número de éstos con el mismo gasto de medios y energías. Fuera de la inercia, la rutina y el egoísmo de un puñado de personas que disfrutan de canonjías, no hay absolutamente nada que se oponga a esta reforma, la cual, además, reforzaría la "capacidad defensiva" del país, ahorrando trabajo del pueblo y abriendo, no de palabra, sino de hecho, muchas y muy importantes posibilidades de "reglamentar la vida económica".

La nacionalización de los consorcios.

El capitalismo se distingue de los antiguos sistemas económicos precapitalistas en que ha creado la más estrecha conexión e interdependencia de las distintas ramas de la economía nacional. De no ocurrir eso, sería técnicamente imposible -dicho sea de pasada- el menor avance hacia el socialismo. Con el predominio de los bancos sobre la producción, el capitalismo moderno ha llevado a su punto culminante dicha interdependencia de las distintas ramas de la economía nacional. Los bancos están entrelazados indisolublemente con las ramas más importantes de la industria y del comercio. Eso quiere decir, de una parte, que es imposible nacionalizar sólo los bancos sin adoptar medidas encaminadas a implantar el monopolio estatal de los consorcios comerciales e industriales (del azúcar, del carbón, del hierro, del petróleo, etc.), sin nacionalizarlos. Eso quiere decir, de otra parte, que la reglamentación de la vida económica, si se realiza en serio, exige la nacionalización simultánea de los bancos y de los consorcios.

Tomemos, por ejemplo, el consorcio azucarero. Se creó ya bajo el zarismo y dio origen a una gran agrupación capitalista de fábricas magníficamente montadas; y esta asociación, empapada, como es lógico, del espíritu más reaccionario y burocrático, garantizaba a los capitalistas ganancias escandalosas, mientras que para los obreros y empleados significaba la absoluta privación de derechos y un régimen de humillación, opresión y esclavitud. El Estado controlaba y regulaba ya entonces la producción en interés de los magnates, de los ricos.

En este caso, *bastaría* con transformar la regulación burocrática reaccionaria en democrática revolucionaria mediante simples decretos que convocasen un congreso de empleados, ingenieros, directores y accionistas, implantasen un sistema único de rendición de cuentas, el control de los sindicatos obreros, etc. Es la cosa más sencilla, ¡¡y, sin embargo, no se hace!! La república democrática sigue respetando, *de hecho*, la reglamentación burocrática reaccionaria de la industria del azúcar, y todo continúa como antes: despilfarro de trabajo del pueblo, estancamiento y rutina, enriquecimiento de los Bóbriuski y los Teréschenko. Llamar a la democracia, y no a la burocracia, llamar a los obreros y los empleados, y no a los "reyes del azúcar", a desplegar su iniciativa propia: eso es lo que podría y debería hacerse en unos cuantos días, de un solo golpe, si los eseristas y los mencheviques no alucinaran al pueblo con sus planes de "coalición" precisamente con esos reyes del azúcar; de una coalición con los ricos, a causa y a consecuencia de la cual es inevitable de todo punto "la pasividad completa" del gobierno en cuanto a la reglamentación de la vida económica*.

Fijémonos en la industria petrolera. Ha sido ya "socializada" en proporciones gigantescas por el desarrollo anterior del capitalismo. Un par de reyes del petróleo maneja millones y cientos de millones, dedicándose a cortar cupones y embolsarse ganancias fabulosas de un "negocio" que está *ya*, de hecho, organizado técnica y socialmente a escala nacional y es dirigido *ya* por cientos y miles de empleados, ingenieros, etc. La nacionalización de la industria petrolera puede efectuarse *inmediatamente* y es, además, una medida obligada para un Estado democrático revolucionario, sobre todo si ese Estado atraviesa por una crisis gravísima, en la que urge ahorrar a todo trance trabajo del pueblo y aumentar la producción de combustible. Huelga decir que un control burocrático no serviría de nada ni haría cambiar nada, pues los "reyes del petróleo" vencerían a los Teréschenko y los Kerenski, a los Avxéntiev y los Skóbeliev con la misma facilidad con que vencían a los ministros zaristas. Los vencerían con dilaciones, excusas y promesas y luego con el soborno directo e indirecto de la prensa burguesa (la llamada "opinión pública", a la que "tienen en cuenta" los Kerenski y los Avxéntiev) y de los funcionarios públicos (a quienes los Kerenski y los Avxéntiev mantienen en sus antiguos puestos en el viejo aparato estatal, hasta ahora intacto).

Para hacer algo serio hay que pasar, y pasar con

* Escritas estas líneas, leo en la prensa que el Gobierno Kerenski implanta el monopolio del azúcar; ¡¡huelga decir que lo implanta de un modo burocrático reaccionario, sin reunir en congresos a los empleados y los obreros, sin publicidad, sin meter en cintura a los capitalistas!!

procedimientos verdaderamente revolucionarios, de la burocracia a la democracia, es decir, declarar la guerra a los reyes del petróleo y a los accionistas, decretar la confiscación de sus bienes y el encarcelamiento de cuantos den largas a la nacionalización de la industria petrolera, oculten los ingresos o los balances, saboteen la producción o no adopten las medidas conducentes a elevarla. Hay que apelar a la iniciativa de los obreros y los empleados, *convocarlos* sin demora a conferencias y congresos y poner en *sus* manos una determinada parte de las ganancias, a condición de que asuman el control en todos sus aspectos y velen por el aumento de la producción. Si esos pasos democráticos revolucionarios se hubiesen dado sin dilación, inmediatamente, en abril de 1917, Rusia, uno de los países más ricos del mundo por sus reservas de combustible líquido, habría podido hacer mucho, muchísimo, durante el verano para abastecer por vía acuática al pueblo del combustible necesario.

Ni el gobierno burgués ni el gobierno de coalición eserista-menchevique-democonstitucionalista han hecho absolutamente nada se han limitado a jugar burocráticamente a las reformas. No se han atrevido a dar un solo paso democrático revolucionario. Los mismos reyes del petróleo y el mismo estancamiento, el mismo odio de los obreros y empleados a los explotadores, la misma desorganización sobre esa base, el mismo despilfarro de trabajo del pueblo. Todo sigue como en tiempos del zarismo; ¡lo único que ha cambiado es *el membrete* de los papeles que salen y entran en las oficinas "republicanas"!

En la industria hullera, no menos "preparada" para la nacionalización por su nivel técnico y cultural, y administrada no menos desvergonzadamente por los saqueadores del pueblo, por los reyes del carbón, podemos registrar numerosos y muy evidentes *hechos* de sabotaje descarado, de franco *deterioro* y paralización de la producción por los industriales. Hasta un órgano gubernamental menchevique, *Rabóchaya Gazeta*, ha tenido que reconocer esos casos. ¿Y qué se ha hecho? No se ha hecho absolutamente nada; no se ha hecho más que reunir los antiguos comités "paritarios", burocráticos y reaccionarios, ¡¡formados en partes iguales por representantes de los obreros y de los bandidos del consorcio hullero!! ¡No se ha dado ni un solo paso democrático revolucionario, no se ha hecho ni un asomo de tentativa de implantar el único control efectivo, el control desde abajo, por conducto del sindicato de empleados, a través de los obreros, aterrorizando a esos industriales hulleros, que llevan al país a la ruina y paralizan la producción! ¡Cómo se puede hacer eso, cuando "todos" somos partidarios de la "coalición", si no con los democonstitucionalistas, por lo menos con los medios comerciales e industriales! Y la coalición significa precisamente dejar el poder en manos de los capitalistas, mantener su impunidad, permitirles obstruccionar, inculpar de todo a los obreros, agravar la ruina y preparar, de este modo, una nueva korniloviada!

La abolición del secreto comercial.

Sin abolir el secreto comercial, el control de la producción y de la distribución no irá más allá de una promesa vacila, útil únicamente para que los democonstitucionalistas engañen a los eseristas y a los mencheviques, y éstos, a su vez, a las clases trabajadoras, o se realizará sólo con medidas y procedimientos burocráticos reaccionarios. Y a pesar de que esto es evidente para toda persona imparcial, a pesar del tesón con que *Pravda* ha venido insistiendo en la necesidad de abolir el secreto comercial (campaña que ha contribuido, por cierto, en grado considerable a que el Gobierno Kerenski, sumiso al capital, suspendiese el periódico), ni nuestro gobierno republicano ni "los organismos competentes de la democracia revolucionaria" han reflexionado siquiera en esta *exigencia elemental* de todo control verdadero.

Ahí está precisamente la clave de todo control. Este es cabalmente el punto más sensible del capital, que saquea al pueblo y sabotea la producción. Y ésta es justamente la razón de que los eseristas y los mencheviques no se atrevan a tocar este punto.

El argumento habitual de los capitalistas, que la pequeña burguesía repite sin pararse a pensar, consiste en que la economía capitalista no admite en absoluto la abolición del secreto comercial, pues la propiedad privada de los medios de producción y la dependencia de las distintas empresas respecto del mercado imponen la "sacrosanta intangibilidad" de los libros y de las operaciones comerciales, incluyendo, como es natural, las operaciones bancarias.

Quienes repitan, de una forma o de otra, este argumento u otro semejante, se engañarán a sí mismos y engañarán al pueblo, cerrando los ojos ante dos hechos fundamentales, importantísimos y universalmente conocidos de la vida económica actual. Primer hecho: el gran capitalismo, es decir, las peculiaridades económicas de los bancos, consorcios, grandes fábricas, etc. Segundo hecho: la guerra.

Es precisamente el gran capitalismo moderno, que se está transformando por doquier en capitalismo monopolista, el que priva de toda sombra de razón al secreto comercial y lo convierte en una hipocresía, en un instrumento manejado exclusivamente para ocultar las trampas financieras y las ganancias inauditas del gran capital. La gran empresa capitalista es, por su propia naturaleza técnica, una empresa socializada, es decir, que trabaja para millones de personas y que agrupa con sus operaciones, directa e indirectamente, a cientos, miles y decenas de miles

de familias. ¡Es algo muy distinto de la empresa del pequeño artesano o de la hacienda del campesino medio que, en general, no llevan libros comerciales de ningún género y a quienes, por tanto, no afecta la abolición del secreto comercial!

En la gran empresa, las operaciones son conocidas, de todos modos, por cientos y cientos de personas. La ley que garantiza el secreto comercial no tiende en este caso a proteger las necesidades de la producción o del intercambio, sino que sirve a la especulación y al lucro en su forma más brutal, al fraude descarado, que, como se sabe, está extendido de manera singular en las sociedades anónimas y se encubre con gran habilidad en las memorias y en los balances, aderezados cuidadosamente para engañar al público.

Si en la pequeña producción de mercancías -es decir, entre los pequeños campesinos y los artesanos, donde la producción no está socializada, sino atomizada, dispersa- el secreto comercial es inevitable, en la gran empresa capitalista, por el contrario, proteger ese secreto significa salvaguardar los privilegios y las ganancias de un puñado, literalmente de un puñado, de hombres *contra* todo el pueblo. Esto lo reconocen ya hasta las leyes, por cuanto prescriben la publicación de las memorias de las sociedades anónimas. Pero *este* control -implantado ya en todos los países avanzados y que rige también en Rusia- es precisamente un control burocrático reaccionario, que no abre los ojos *al pueblo*, *que no le permite* conocer *toda la verdad* acerca de las operaciones de esas sociedades.

Para proceder como demócratas revolucionarios habría que dictar sin demora una ley de carácter distinto, que declarara abolido el secreto comercial, obligara a las grandes empresas y a los ricos a rendir cuentas con todo detalle y concediera a cualquier grupo de ciudadanos lo suficientemente numeroso para considerarlo democrático (digamos de unos 1.000 ó 10.000 electores) el derecho de comprobar *todos* los documentos de cualquier gran empresa. Esta medida es plena y fácilmente aplicable por simple decreto; *sólo* ella daría vía libre a la iniciativa *popular* en el control a través de los sindicatos de empleados, de los sindicatos obreros y de todos los partidos políticos; sólo ella haría que el control fuese serio y democrático.

A esto viene a añadirse la guerra. La inmensa mayoría de las empresas comerciales e industriales no trabajan hoy para "el mercado libre", sino para *el Tesoro*, para la guerra. Por eso hube de decir en *Pravda* que mienten, y mienten tres veces, quienes pretenden refutarnos con el argumento de que es imposible implantar el socialismo, pues no se trata de implantar el socialismo ahora, en el acto, de la noche a la mañana, sino de *denunciar la dilapidación de fondos públicos*[*].

La economía capitalista "al servicio de la guerra" (es decir, la economía directa o indirectamente relacionada con los suministros de guerra) es *la dilapidación de fondos públicos* sistemática y legalizada, y los señores democonstitucionalistas, y con ellos los mencheviques y los eseristas, que se oponen a la abolición del secreto comercial, no son más que *cómplices y encubridores de la dilapidación del Tesoro*.

La guerra cuesta hoy a Rusia cincuenta millones de rublos *cada día*. La mayor parte de esos cincuenta millones va a parar a manos de los proveedores del ejército. De esos cincuenta millones, cinco millones *diarios*, por lo menos, y muy probablemente hasta diez millones e incluso más, constituyen "los ingresos no pecaminosos" de los capitalistas y de los funcionarios públicos confabulados con ellos de una manera o de otra. En particular, las grandes compañías y los bancos, que adelantan el dinero para las operaciones de suministros de guerra, se embolsan de este modo ganancias inauditas, se lucran precisamente dilapidando el Tesoro, pues no puede darse otro nombre a este engaño y a esta esquilmación del pueblo "con motivo" de las calamidades de la guerra, "con motivo" de la muerte de cientos de miles y millones de hombres.

"Todos" conocen esas ganancias escandalosas amasadas con los suministros de guerra, "todos" tienen noticia de "las cartas de garantía" ocultadas por los bancos, "todos" saben quiénes se enriquecen con la carestía, cada vez mayor; en la "sociedad" se habla de ello con una sonrisilla irónica, e *incluso* la prensa burguesa, que por lo general silencia los hechos "desagradables" y elude los problemas "delicados", contiene no pocas alusiones concretas a esos asuntos. ¡¡Todos lo saben y todos lo callan y lo toleran, todos transigen con el gobierno, que habla grandilocuentemente de "control" y de "reglamentación"!!

Los demócratas revolucionarios, si fuesen revolucionarios y demócratas de verdad, dictarían inmediatamente una ley que aboliera el secreto comercial, que obligara a los proveedores y a los negociantes a rendir cuentas y les prohibiera cambiar de actividad sin permiso de las autoridades; una ley que decretase la confiscación de bienes y el fusilamiento[**] para castigar las ocultaciones y los

[*] Véase V. I. Lenin. *¿Implantar el socialismo o denunciar la dilapidación de los fondos públicos?* (*N. de la Edit.*)

[**] En la prensa bolchevique he señalado ya que la aplicación de la pena de muerte por los explotadores contra las masas trabajadoras, para defender la explotación, es el único argumento justo que puede invocarse contra la pena capital. Un gobierno revolucionario, sea el que sea, difícilmente podrá prescindir de la pena de muerte contra *los explotadores* (es decir, contra los terratenientes y los capitalistas.)

fraudes al pueblo y organizase el control y la fiscalización *desde abajo*, de un modo democrático, por el propio pueblo, por los sindicatos de empleados, por los sindicatos obreros, por las asociaciones de consumidores, etc.

Nuestros eseristas y mencheviques se merecen plenamente la denominación de demócratas atemorizados, pues en este problema no hacen más que repetir lo que dicen todos los pequeños burgueses atemorizados: que los capitalistas "huirían" si se aplicasen medidas "demasiado severas"; que "nosotros" no podríamos salir adelante sin los capitalistas; que, quizá, esas medidas "ofenderían" también a los millonarios anglo-franceses, quienes, como se sabe, nos "apoyan", etc., etc. Podría creerse que los bolcheviques proponemos algo nunca visto en la historia de la humanidad, algo jamás ensayado, "utópico". Pero la realidad es que hace ya más de ciento veinticinco años, en Francia, unos hombres que eran auténticos "demócratas revolucionarios", unos hombres realmente convencidos del carácter justo y defensivo de la guerra que hacían, unos hombres que se apoyaban de veras en las masas populares, sinceramente convencidas de lo mismo que ellos, supieron implantar un control revolucionario sobre los ricos y obtener resultados que admiraron al mundo entero. Y en los ciento veinticinco años transcurridos desde entonces, el desarrollo del capitalismo, con la creación de bancos, consorcios, ferrocarriles, etc., etc., ha hecho cien veces más fáciles y más simples las medidas de un control verdaderamente democrático de los obreros y los campesinos sobre los explotadores, sobre los terratenientes y los capitalistas.

En el fondo, todo el problema del control se reduce a saber quién fiscaliza a quién, es decir, qué clase es la fiscalizadora y cuál la fiscalizada. Con la participación de "los organismos competentes" de una pretendida democracia revolucionaria, en nuestro país, en la Rusia republicana, se sigue reconociendo y manteniendo hasta hoy en el papel de fiscalizadores a los terratenientes y los capitalistas. Con secuencias inevitables de ello son el bandidaje de los capitalistas, que provoca la indignación general del pueblo, y la ruina, mantenida artificialmente por los capitalistas. Hay que pasar de manera resuelta y definitiva -sin temor a romper con lo viejo, sin temor a construir con audacia lo nuevo- al control *de* los obreros y los campesinos *sobre* los terratenientes y los capitalistas. Pero nuestros eseristas y mencheviques temen eso más que al fuego.

La agrupación obligatoria en consorcios.

La sindicación obligatoria, o sea, la agrupación obligatoria de los industriales, por ejemplo, en consorcios, rige ya prácticamente en Alemania. Tampoco esta medida tiene nada de nuevo. También en esto, por culpa de los eseristas y los mencheviques, observamos un estancamiento completo en la Rusia republicana, a la que esos poco honorables partidos "entretienen" con un rigodón, que bailan emparejados con los democonstitucionalistas, o con los Búblikov, o con Teréschenko y Kerenski.

La sindicación obligatoria es, por un lado, una especia de impulso que el Estado imprime al desarrollo capitalista, el cual conduce en todas partes a la organización de la lucha de clases y al aumento del número, la variedad y la importancia de las asociaciones. Por otro lado, este "asociamiento" obligatorio es condición previa e inexcusable de todo control más o menos serio y de todo ahorro de trabajo del pueblo.

La ley alemana obliga, por ejemplo, a los fabricantes de curtidos de una determinada localidad o de todo el país a organizarse en un consorcio, de cuyo consejo de administración forma parte, con fines de control, un representante del Estado. Directamente, es decir, de por sí, esta ley no afecta en lo más mínimo a las relaciones de propiedad ni priva de un kopek a un propietario; tampoco prejuzga si la forma, la tendencia y el espíritu del control serán burocráticos reaccionarios o democráticos revolucionarios.

Leyes como ésa podrían y deberían promulgarse en nuestro país inmediatamente, sin perder ni una semana de tiempo precioso y dejando que *las mismas condiciones de la vida social* determinasen las formas más concretas y el ritmo de aplicación de la ley, los medios de controlar su aplicación, etc. Para dictar esta ley, el Estado no necesita disponer de un aparato especial, ni recurrir a investigaciones especiales ni a estudios previos de ningún género; sería suficiente que estuviese dispuesto a romper con ciertos intereses privados de los capitalistas, los cuales "no están acostumbrados" a esas intromisiones y no quieren perder las superganancias que les asegura, a la par con la falta de control, la administración a la antigua.

Para dictar semejante ley no hacen falta ningún aparato ni ninguna "estadística" (con la que Chernoy pretendía suplantar la iniciativa revolucionaria de los campesinos) pues su aplicación deberá encomendarse a los mismos fabricantes o industriales, a las fuerzas sociales *ya existentes*, bajo el control de fuerzas sociales (es decir, no gubernamentales, no burocráticas) también existentes, pero que deben pertenecer obligatoriamente al llamado "estado llano", o sea, a las clases oprimidas y explotadas, que por su heroísmo, su abnegación y su disciplina camaraderil han demostrado siempre, en todo el curso de la historia, ser infinitamente *superiores* a los explotadores.

Supongamos que tenemos un gobierno verdaderamente democrático revolucionario y que

este gobierno decreta: todos los fabricantes e industriales de cada rama de la producción que empleen, digamos, no menos de dos obreros, deberán agruparse sin demora en asociaciones distritales y provinciales. La responsabilidad del estricto cumplimiento de esta ley incumbirá, en primer lugar, a los fabricantes, directores, consejeros y grandes accionistas (pues todos ellos son los verdaderos jefes de la industria moderna, sus verdaderos amos). Se considerará desertores del ejército, imponiéndoseles el castigo correspondiente, a cuantos pretendan eludir el cumplimiento inmediato de esta ley, haciéndoles responder con todos sus bienes, según el principio de la caución solidaria: todos por uno y uno por todos. Se hará responsables asimismo a todos los empleados, obligándoles también a agruparse en un sindicato *único*, y a todos los obreros y a su respectivo sindicato. La finalidad del "asociamiento" es implantar la contabilidad más completa, más rigurosa y más precisa y, sobre todo, *centralizar las operaciones* de compra de materias primas y de venta de los productos, así como *ahorrar* recursos y energías del pueblo. Al agrupar en un consorcio las empresas desperdigadas, este ahorro alcanzará proporciones gigantescas, como enseñar las ciencias económicas y demuestra la experiencia de todos los consorcios, cárteles y trusts. Repetimos una vez más que, de por sí, esta sindicación no altera en lo más mínimo las relaciones de propiedad ni priva de un solo kopek a ningún propietario. Hay que hacer hincapié en esta circunstancia, pues la prensa burguesa no cesa de "asustar" a los pequeños y medianos propietarios diciéndoles que los socialistas, en general, y los bolcheviques, en particular, quieren "expropiarlos"; esta afirmación es una mentira a sabiendas, ya que los socialistas, *aun en el caso* de una revolución *socialista completa*, no quieren ni pueden expropiar a los pequeños campesinos y no los expropiarán. Nosotros hablamos siempre *sólo* de las medidas inmediatas y más urgentes, ya aplicadas en Europa Occidental, y que una democracia medianamente consecuente habría aplicado también en Rusia sin demora para conjurar la inminente catástrofe que nos amenaza.

La sindicación de los propietarios más pequeños y modestos tropezaría con serias dificultades técnicas y culturales, dados el extraordinario fraccionamiento y el primitivismo técnico de sus empresas, así como el analfabetismo o la exigua instrucción de los propietarios. Pero precisamente esas empresas podrían ser eximidas del cumplimiento de la ley (como hemos dicho ya en el ejemplo citado más arriba), y su no agrupamiento -sin hablar ya de su agrupamiento tardío- no podría originar obstáculos serios, pues las pequeñas empresas, aunque muy numerosas, desempeñan un papel *ínfimo* en el volumen global de la producción, en la economía nacional en su conjunto, y, además, dependen casi siempre, en una forma u otra, de las grandes empresas.

Sólo las grandes empresas tienen una importancia decisiva, y aquí *existen ya* los recursos y las fuerzas técnicas y culturales necesarios para proceder al "asociamiento". Lo único que falta para poner en juego esas fuerzas y recursos es la iniciativa de un poder *revolucionario*, una iniciativa firme, resuelta, severa e implacable con respecto a los explotadores.

Cuanto más pobre es un país en personas con instrucción técnica, y en intelectuales en general, tanto más *imperiosa* es la necesidad de decretar lo antes posible y con la mayor decisión la sindicación obligatoria, empezando por aplicarla en las empresas muy grandes y grandes. Porque precisamente la sindicación permitirá *ahorrar* fuerzas intelectuales, aprovecharlas *íntegramente* y distribuirlas con mayor acierto. Y si hasta los campesinos rusos, en sus apartados rincones, luchando bajo el gobierno zarista contra las mil trabas que éste les ponía, supieron después de 1905 dar un gigantesco paso adelante en la organización de asociaciones de todo género, es evidente que en unos cuantos meses, si no antes, podría efectuarse la sindicación de la industria y del comercio grandes y medianos. La única condición necesaria consistiría en que lo impusiera así un gobierno verdaderamente democrático y revolucionario, apoyado en la asistencia, la participación, el interés y las ventajas de los "sectores inferiores" de la democracia, de los empleados y de los obreros, un gobierno que invitase *a estos sectores* a ejercer el control.

La reglamentación del consumo.

La guerra ha obligado a todos los Estados beligerantes y a muchos neutrales a reglamentar el consumo. Las cartillas de racionamiento del pan vinieron al mundo, se convirtieron en un fenómeno habitual y tras ellas aparecieron otras. Rusia no fue una excepción y racionó también el pan.

Pero precisamente este ejemplo nos permite comparar, quizá del modo más claro, los métodos burocráticos reaccionarios de lucha contra la catástrofe -que procuran limitarse a un mínimo de reformas- con los métodos democráticos revolucionarios, que, si quieren ser dignos de este nombre, deben señalarse la tarea inmediata de romper por la violencia con las tradiciones caducas y acelerar todo lo posible el movimiento de avance.

Con las cartillas del pan, el ejemplo más típico de la reglamentación del consumo en los Estados capitalistas modernos, se plantea y cumple (se cumple en el mejor de los casos) una tarea: distribuir las existencias de pan de manera que alcancen para todos. Se establece una tasa máxima para el consumo, no de todos los artículos de consumo "popular", ni mucho menos, sino sólo de los más importantes. Y eso es todo. Lo demás no preocupa.

Se calculan las existencias de grano y se distribuyen entre la población, se señala una tasa de consumo, se aplica esa tasa, todo ello burocráticamente, y ahí quedan las cosas. Los artículos de lujo no se tocan, pues son, "de todos modos", tan escasos y tan caros que no están al alcance del "pueblo". Por eso, en todos los países beligerantes sin excepción, *incluso* en Alemania -país que, a mi juicio, puede ser considerado indiscutiblemente modelo de la reglamentación del consumo más meticulosa, más pedante y más rigurosa-, *incluso* en Alemania, vemos que los ricos *burlan* a cada paso todas las "tasas" del consumo. Y eso lo saben también "todos", de eso hablan también "todos" con una sonrisa irónica, y en la prensa socialista alemana -y a veces hasta en la prensa burguesa- aparecen constantemente, a pesar de la ferocidad y la rigidez cuartelera de la censura de allí, noticias y sueltos acerca del "menú" de los ricos, del pan blanco de que éstos disponen sin tasa en tal o cual balneario (esos balnearios los frecuentan, haciéndose pasar por enfermos, todos... los que tienen mucho dinero), de cómo los ricos sustituyen los productos de consumo popular con artículos de lujo, refinados y raros.

El Estado capitalista reaccionario, que *teme* socavar los cimientos del capitalismo, los cimientos de la esclavitud asalariada, los cimientos de la dominación económica de los ricos, *teme* fomentar la iniciativa de los obreros y de los trabajadores en general, *teme* "atizar" sus exigencias; *ese* Estado no necesita nada, excepto las cartillas del pan. Un Estado de ese tipo no pierde de vista ni un instante, en ninguno de sus pasos, su meta *reaccionaria*: consolidar el capitalismo, impedir su quebrantamiento, circunscribir "la reglamentación de la vida económica" en general, y la del consumo en particular, a las medidas estrictamente indispensables para que el pueblo pueda subsistir, *guardándose* bien de una reglamentación efectiva del consumo mediante *el control sobre los ricos*, mediante un sistema que en tiempos de guerra imponga *mayores* cargas a los ricos, que son, en tiempos de paz, los más favorecidos, privilegiados, satisfechos y hartos.

La solución burocrática reaccionaria del problema que la guerra ha planteado a los pueblos se limita al racionamiento del pan, a la distribución equitativa de los artículos de consumo "popular" absolutamente indispensables para la alimentación, sin apartarse ni un ápice del burocratismo y de la reacción, de su objetivo, que consiste en no alentar la iniciativa de los pobres, del proletariado, de la masa del pueblo (del "demos"), *no* permitir *su* control sobre los ricos y dejar *el mayor número posible* de escapatorias para que los ricos puedan satisfacerse con artículos de lujo. Esas escapatorias se dejan en gran abundancia en *todos* los países, incluso, repetimos, en Alemania -¡y no digamos en Rusia!-; en todas partes, la "gente del pueblo" pasa hambre, mientras que los ricos frecuentan los balnearios, completan las parcas raciones oficiales con "extraordinarios" de todo género y *no se* dejan controlar.

En Rusia, que acaba de hacer la revolución contra el zarismo en nombre de la libertad y de la igualdad; en Rusia, que se ha convertido de golpe, si nos atenemos a sus instituciones políticas efectivas, en una república democrática, lo que más escandaliza al pueblo, lo que suscita particular descontento, exasperación, cólera e indignación de las masas es la facilidad, que *todo el mundo* ve, con que los ricos burlan las "cartillas del pan". Esa facilidad es singularmente grande. "Bajo cuerda" y pagando precios fabulosos, sobre todo cuando se tienen "*buenas relaciones*" (y sólo las tienen los ricos), se consigue lo que se quiere y en grandes cantidades. El pueblo pasa hambre. La reglamentación del consumo se limita al marco burocrático reaccionario más estrecho. Y el gobierno no manifiesta el menor propósito ni la menor solicitud por establecer una reglamentación basada en principios auténticamente democráticos y revolucionarios.

"Todos" sufren en las colas, pero... ¡pero los ricos mandan a las colas a sus criados, e incluso toman criados especialmente para este servicio! ¡Ahí tienen la "democracia"!

Una política democrática revolucionaria no se limitaría, en estos momentos de calamidades insólitas por que atraviesa el país, a racionar el pan para combatir la catástrofe inminente. Añadiría a ello, en primer lugar, la agrupación obligatoria de toda la población en cooperativas de consumo, pues sin esa medida es imposible establecer un control integral del consumo. En segundo lugar, impondría a los ricos el trabajo obligatorio, haciéndoles prestar servicios gratuitos como secretarios de dichas cooperativas o en otro trabajo semejante. En tercer lugar, distribuiría por igual entre la población todos los artículos de consumo, para repartir de un modo verdaderamente equitativo las cargas de la guerra. En cuarto lugar, organizaría el control de tal manera que las clases pobres fiscalizasen precisamente el consumo de los ricos.

La instauración de una verdadera democracia en este terreno, dando pruebas de un auténtico espíritu revolucionario en la organización del control, encomendándoselo precisamente a las clases más necesitadas del pueblo, sería un grandísimo estímulo para poner en tensión todas las fuerzas intelectuales existentes, para desplegar las energías verdaderamente revolucionarias de todo el pueblo. Porque hoy, los ministros de la Rusia republicana y democrática revolucionaria, lo mismo que sus colegas de los demás países imperialistas, pronuncian frases altisonantes acerca del "trabajo común en bien del pueblo" y de "la tensión de todas las energías", pero precisamente el pueblo ve, percibe y siente toda la hipocresía de esas frases.

Y ahí tenemos, como resultado, el inmovilismo, el aumento incontenible del desbarajuste y la proximidad de la catástrofe. Porque nuestro gobierno -estando todavía tan vivos en el pueblo las tradiciones, los recuerdos, las huellas, las costumbres y las instituciones de *la revolución*- no puede someter a los obreros a un régimen de presidio militar al estilo de Kornílov o de Hindenburg, según el modelo general imperialista. Nuestro gobierno no quiere marchar seriamente por la senda democrática revolucionaria, porque está impregnado hasta la médula y atado de pies a cabeza por la dependencia respecto de la burguesía, por la "coalición" con ella, y teme atentar contra sus privilegios efectivos.

El gobierno destruye la labor de las organizaciones democráticas.

Hemos examinado los diversos medios y métodos de lucha contra la catástrofe y contra el hambre. Hemos visto en todas partes el carácter inconciliable de las contradicciones entre la democracia, de una parte, y el gobierno y el bloque de los eseristas y mencheviques que lo apoya, de otra. Para probar que esas contradicciones existen en la realidad y no sólo en nuestros escritos, y que su inconciliabilidad la demuestran *en la práctica* conflictos de significación nacional bastará con recordar dos "resultados" muy típicos dos enseñanzas del medio año de historia de nuestra revolución.

Una de estas enseñanzas es la historia del "reinado" de Palchinski. Otra, la historia del "reinado" y la caída de Peshejónov.

En el fondo, todas las medidas que hemos apuntado para combatir la catástrofe y el hambre se reducen a fomentar por todos los medios (llegando incluso a la coerción) el "asociamiento" de la población, y en primer término de la democracia, es decir, de la mayoría de los habitantes del país: o sea, ante todo, de las clases oprimidas, de los obreros y los campesinos, principalmente de los campesinos pobres. Y la población misma, de un modo espontáneo, ha empezado ya a seguir ese camino para contrarrestar las inauditas dificultades, cargas y calamidades de la guerra.

El zarismo obstaculizaba por todos los medios el "asociamiento" voluntario y libre de la población. Pero una vez derrocada la monarquía zarista, las organizaciones democráticas comenzaron a brotar y a desarrollarse con rapidez en toda Rusia. Emprendieron la lucha contra la catástrofe organizaciones democráticas surgidas espontáneamente, comités de aprovisionamiento de todo género, comités de abastecimiento, conferencias de combustible, etc., etc.

Pues bien, lo más notable de todo este medio año de historia de nuestra revolución, en cuanto al problema que estudiamos, es que *un gobierno* que se llama republicano y revolucionario, un gobierno *apoyado* por los mencheviques y los eseristas en nombre de "los organismos competentes de la democracia revolucionaria" ¡¡*ha combatido* a las organizaciones democráticas y *las ha derrotado*!!

Palchinski ha adquirido en esta lucha la más triste y vasta celebridad, una celebridad nacional. Ha actuado al socaire del gobierno, sin intervenir públicamente ante el pueblo (del mismo modo que preferían actuar, en general, los democonstitucionalistas, echando por delante a Tsereteli "para el pueblo", mientras ellos arreglaban a la chita callando todos los asuntos importantes). Palchinski ha frenado y saboteado todas las medidas serias de las organizaciones democráticas constituidas por propia iniciativa, porque ninguna de esas medidas serias podía llevarse a la práctica sin "detrimento" de las inconmensurables ganancias y del despotismo de los Kit Kítich, de quienes Palchinski era fiel abogado y servidor. Y tan allá fueron las cosas, que Palchinski -la prensa dio cuenta del hecho- ¡¡llegó a anular sin más ni más los acuerdos de las organizaciones democráticas surgidas por propia iniciativa!!

Toda la historia del "reinado" de Palchinski -y "reinó" muchos meses, precisamente cuando eran "ministros" Tsereteli, Skóbeliev y Chernov- es un escándalo incesante y abominable, un sabotaje de la voluntad del pueblo, de los acuerdos de la democracia, *para complacer* a los capitalistas, para satisfacer su inmunda codicia. Por supuesto, los periódicos han podido informar nada más que de una ínfima parte de las "hazañas" de Palchinski; la investigación completa de cómo *obstaculizaba* la lucha contra el hambre sólo podrá efectuarla un gobierno verdaderamente democrático del proletariado cuando éste conquiste el poder y someta al *tribunal* del pueblo, sin ocultaciones, los negocios de Palchinski y consortes.

Se nos objetará, quizá, que Palchinski era una excepción y que, al fin y al cabo, lo arrinconaron… Pero de eso se trata precisamente: de que Palchinski no es la excepción, sino *la regla*. Arrinconado Palchinski, las cosas no han mejorado en lo más mínimo, pues han ocupado su puesto otros Palchinski con otros apellidos, y toda la "*influencia*" de los capitalistas, toda la política de *sabotaje de la lucha contra el hambre, practicada para complacer a esos capitalistas*, sigue como antes. Porque Kerenski y Cía. no son más que una pantalla que encubre la defensa de los intereses de los capitalistas.

La prueba más evidente de ello es que Peshejónov, ministro de Abastecimiento, ha salido del gobierno. Como se sabe, Peshejónov es un populista de los más moderados. Sin embargo, quiso organizar el abastecimiento concienzudamente, en contacto con las organizaciones democráticas y apoyándose en ellas. *La experiencia* de su labor y su salida del gobierno son tanto más interesantes por

cuanto este moderadísimo populista, afiliado al Partido “Socialista Popular” y dispuesto a cualquier arreglo con la burguesía, ¡se ha visto obligado, a pesar de todo, a salir del gobierno! ¡¡Porque para complacer a los capitalistas a los terratenientes y a los kulaks, el Gobierno Kerenski ha subido los precios fijos de los cereales!!

Veamos cómo describe M. Smit, en el núm. 1 de *Svobódnaya Zhizn*, del 2 de septiembre, este “paso” y su importancia:

> “Pocos días antes de que el gobierno acordase elevar los precios fijos, en el Comité Nacional de Abastecimiento se desarrolló la siguiente escena: El representante de las derechas, Rolóvich, tenaz defensor de los intereses del comercio privado y enemigo implacable del monopolio del trigo y de la intervención del Estado en la vida económica, declaró a los cuatro vientos, con una sonrisa de satisfacción, que le constaba que pronto iban a ser subidos los precios fijos del trigo.
>
> El representante del Soviet de diputados obreros y soldados le replicó que él no tenía la menor noticia de ello; que mientras durase en Rusia la revolución, dicha medida no podría aplicarse, y que, en todo caso, el gobierno no podría aplicarla sin ponerse antes de acuerdo con los organismos competentes de la democracia, con el Consejo de Economía y el Comité Nacional de Abastecimiento. A estas manifestaciones se adhirió el representante del Soviet de diputados campesinos.
>
> Pero, ¡ay!, la realidad vino a enmendar muy cruelmente esta controversia, dando la razón al representante de los elementos poseedores y no a los representantes de la democracia. Resultó que aquél estaba magníficamente informado del atentado que se fraguaba contra los derechos de la democracia, aunque los representantes de esta última rechazaron indignados la propia posibilidad de ese atentado”.

Es decir, tanto el representante de los obreros como el representante de los campesinos expresan de manera precisa su opinión en nombre de la mayoría abrumadora del pueblo; ¡pero el Gobierno Kerenski hace todo lo contrario en interés de los capitalistas!

Rolóvich, el representante de los capitalistas, resultó estar magníficamente informado a espaldas de la democracia; de la misma manera que, como hemos visto siempre y vemos también ahora, los periódicos burgueses, *Riech* y *Birzhovka*, son los que están mejor informados de lo que ocurre en el Gobierno Kerenski.

¿Qué denota esa excelente información? Está claro: que los capitalistas tienen sus “hilos” y que el poder está *de hecho* su sus manos. Kerenski no es más que un testaferro, que utilizan cuando y como a ellos les place. Los intereses de decenas de millones de obreros y campesinos son sacrificados para asegurar las ganancias de un puñado de ricachones.

¿Y cómo responden nuestros eseristas y mencheviques a estas burlas indignantes de que se hace objeto al pueblo? ¿Tal vez hayan dirigido a los obreros y a los campesinos un llamamiento para decirles que, en vista de todo eso, el sitio de Kerenski y de sus colegas está en la cárcel?

¡Dios nos libre de ello! ¡Los eseristas y los mencheviques, por medio de la “Sección Económica”, que tienen en sus manos, se han limitado a votar la tremebunda resolución a que nos hemos referido! En ella declaran que la subida de los precios del trigo por el Gobierno Kerenski es “una medida *funesta*, que asesta un *golpe extraordinariamente fuerte* al régimen de abastos y a toda la vida económica del país”, y que estas medidas funestas ¡¡se han aplicado “*violando*” abiertamente la ley!!

¡A eso conduce la política de conciliación, la política de coqueteos con Kerenski y el deseo de “tratarle con miramientos”!

El gobierno infringe la ley al adoptar, para complacer a los ricos, a los terratenientes y capitalistas, una medida que *echa por tierra* todo control, el régimen de abastos y el saneamiento de la Hacienda, quebrantada hasta más no poder. Pero los eseristas y los mencheviques siguen hablando de un acuerdo con los medios comerciales e industriales, siguen reuniéndose con Teréschenko y tratando a Kerenski con miramientos y se limitan a votar una resolución de protesta que se queda en el papel, ¡¡que el gobierno archiva tranquilamente!!

Ahí tenemos, revelada de un modo bien patente, la verdad de que los eseristas y los mencheviques han traicionado al pueblo y a la revolución; la verdad de que los bolcheviques se están convirtiendo hoy en los verdaderos dirigentes de las masas, *incluso* de las masas eseristas y mencheviques.

Porque es precisamente la conquista del poder por el proletariado, con el Partido Bolchevique a la cabeza, lo único que podría poner fin a los abusos de Kerenski y Cía., y *restaurar* la obra de las organizaciones democráticas de abastos, aprovisionamiento, etc., *saboteada* por Kerenski y su gobierno.

Los bolcheviques obran -el ejemplo aducido lo demuestra con toda claridad- como representantes de los intereses de *todo* el pueblo, luchando por asegurar el abastecimiento y el aprovisionamiento, por satisfacer las necesidades más apremiantes de los obreros y *de los campesinos*, en contraposición a la política vacilante e irresoluta de los eseristas y de los mencheviques, ¡que es una verdadera traición y ha llevado al país a una vergüenza como la subida de los precios del trigo!

La bancarrota financiera y las medidas para combatirla.

El problema de la subida de los precios fijos del trigo presenta, además, otro aspecto. Acarrea un nuevo aumento caótico de la emisión de papel moneda, un paso más en el proceso de agravación de la carestía, un incremento de la desorganización de la Hacienda y la aproximación de la bancarrota financiera. Todo el mundo reconoce que la emisión de papel moneda es un empréstito forzoso de la peor especie, que empeora, sobre todo, la situación de los obreros, la parte más pobre de la población, y es el mal principal del caos financiero.

¡Y ésa es precisamente la medida a que recurre el Gobierno Kerenski, apoyado por los eseristas y los mencheviques!

Para combatir en serio la desorganización de la Hacienda y su bancarrota inevitable no hay más camino que romper por vía revolucionaria con los intereses del capital e implantar un control verdaderamente democrático, es decir, "por abajo": el control de los obreros y los campesinos pobres sobre los capitalistas. Es el camino que hemos venido propugnando a lo largo de nuestra exposición.

La emisión ilimitada de papel moneda estimula la especulación, permite a los capitalistas amasar con ella millones y crea dificultades inmensas al tan necesario incremento de la producción, pues la carestía de los materiales, la maquinaria, etc., sigue aumentando y progresando a saltos. ¿Cómo poner remedio a la situación cuando se ocultan las fortunas adquiridas por los ricos mediante la especulación?

Puede establecerse un impuesto de utilidades, con tasas progresivas y muy elevadas para los ingresos grandes y grandísimos. Nuestro gobierno, siguiendo las huellas de los demás gobiernos imperialistas, lo ha implantado. Pero, en gran parte, no es más que una ficción, letra muerta: primero, porque la moneda se deprecia con rapidez creciente, y segundo, porque la ocultación de los ingresos aumenta en proporción directa a la especulación, como fuente de los mismos, y a la protección del secreto comercial.

Para que este impuesto sea real y no ficticio es imprescindible un control efectivo y no simplemente en el papel. Mas el control sobre los capitalistas es imposible mientras conserve su carácter burocrático, ya que la burocracia misma está vinculada y entrelazada con la burguesía por miles de hilos. Por eso, en los Estados imperialistas de Europa Occidental, sean monarquías o repúblicas, el saneamiento de la Hacienda se logra únicamente implantando un "trabajo obligatorio" que representa para los obreros *un presidio militar* o una *esclavitud militar*.

El control burocrático reaccionario es el único medio que conocen los Estados imperialistas, sin exceptuar las repúblicas democráticas de Francia y los Estados Unidos, para hacer recaer las cargas de la guerra sobre el proletariado y las masas trabajadoras.

La contradicción fundamental de la política de nuestro gobierno estriba precisamente en que -para no divorciarse de la burguesía, para no deshacer la "coalición" con ella- se ve forzado a practicar un control burocrático reaccionario, dándole el nombre de "democrático revolucionario", engañando a cada paso al pueblo, exasperando e irritando a las masas, que acaban de derribar el zarismo.

En cambio, precisamente la aplicación de medidas democráticas y revolucionarias, al agrupar en asociaciones a las clases oprimidas, a los obreros y a los campesinos, justamente a las masas, permitiría establecer el control más efectivo *sobre los ricos* y combatir con la mayor eficacia la ocultación de los ingresos.

Se quiere fomentar la circulación de cheques a fin de combatir la emisión excesiva de papel moneda. Para los pobres, esta medida carece de importancia porque, de todos modos, viven al día y su "ciclo económico" se realiza en una semana, restituyendo a los capitalistas los contados kopeks que han conseguido ganar. Para los ricos, la circulación de cheques podría tener una importancia extraordinaria, pues permitiría al Estado -principalmente conjugada con medidas como la nacionalización de los bancos y la abolición del secreto comercial- establecer *un control* real sobre los ingresos de los capitalistas, imponerles tributos efectivos y "democratizar" (y, al mismo tiempo, ordenar) de verdad el sistema financiero.

Pero el obstáculo con que se tropieza es precisamente el miedo de atentar contra los privilegios de la burguesía y romper la "coalición" con ella. Porque sin medidas auténticamente revolucionarias, sin la más seria coerción, los capitalistas no se someterán a ningún control, no descubrirán sus presupuestos ni pondrán sus reservas de papel moneda "bajo la fiscalización" del Estado democrático.

Nacionalizar los bancos, promulgar una ley que haga obligatoria para todos los ricos la circulación de cheques, suprimir el secreto comercial, castigar con la confiscación de los bienes la ocultación de los ingresos, etc.: tales son las medidas que permitirían a los obreros y los campesinos, agrupados en sus asociaciones, conseguir con extraordinaria facilidad que el control fuese eficaz y universal, establecer el control precisamente sobre los ricos, un control que *reintegraría al Tesoro público* el papel moneda, por él emitido, tomándolo *de quienes* lo tienen en su poder, *de quienes* lo ocultan.

Mas para ello es necesaria la dictadura revolucionaria de la democracia, dirigida por el proletariado revolucionario; es decir, para ello la democracia debe ser revolucionaria *de verdad*. Ahí está el quid de la cuestión. Pero eso es lo que no quieren nuestros eseristas y mencheviques, que se encubren con *la bandera* de la "democracia revolucionaria" para engañar al pueblo y, de hecho,

apoyan la política burocrática reaccionaria de la burguesía, cuya divisa es siempre la misma: *Aprés nous le déluge* (¡Después de mí, el diluvio!).

Por lo general, no nos damos cuenta siquiera de hasta qué punto han arraigado en nosotros las costumbres y los prejuicios antidemocráticos relativos a la "santidad" de la propiedad burguesa. Se considera justo y archilegal que un ingeniero o un banquero hagan públicos los ingresos y los gastos de un obrero, los datos referentes a lo que gana y a lo que rinde con su trabajo. A nadie se le ocurre ver en ello un atentado contra la "vida privada" del obrero ni "un acto de espionaje o una delación" del ingeniero. La sociedad burguesa considera que el trabajo y los ingresos de los obreros asalariados son un libro abierto que *le pertenece*, que cualquier burgués tiene el derecho de consultar en todo momento para denunciar uno u otro "lujo", una u otra manifestación de "haraganería" del obrero, etc.

Pero ¿y el control inverso? ¿Qué ocurriría si el Estado *democrático* invitase a los sindicatos de empleados, del personal de oficinas, de *la servidumbre doméstica* a controlar los ingresos y los gastos de los capitalistas, a publicar los datos correspondientes, a ayudar al gobierno en su campaña contra la ocultación de los ingresos?

¡Qué salvajes aullidos lanzaría el campo burgués contra el "espionaje" y las "delaciones"! Se considera natural que los "señores" controlen a sus criados y que los capitalistas controlen a los obreros, pues la vida privada de los trabajadores, de los explotados, *no* se considera intangible, y la burguesía tiene el derecho de pedir cuentas a todo "esclavo asalariado", de dar a la publicidad en cualquier momento la cuantía de sus ingresos y de sus gastos. ¡Pero que los oprimidos intenten controlar a los opresores, sacar a la luz *sus* ingresos y *sus* gastos, denunciar *su* lujo, aun en tiempo de guerra, cuando ese lujo es la causa directa del hambre y de la muerte de los ejércitos en el frente!... ¡Oh, no! ¡La burguesía no tolerará ni el "espionaje" ni la "delación"!

El problema se reduce siempre a lo mismo: el dominio de la burguesía es *incompatible* con una verdadera democracia auténticamente revolucionaria. En el siglo XX, en un país capitalista, es imposible ser demócrata revolucionario si se teme marchar hacia el socialismo.

¿Se puede avanzar temiendo marchar hacia el socialismo?

Cuánto hemos expuesto podría suscitar fácilmente en un lector educado en las ideas oportunistas, hoy en boga, de los eseristas y los mencheviques la siguiente objeción: la mayor parte de las medidas descritas aquí no son, en el fondo, medidas democráticas, ¡son *ya* medidas socialistas!

Esta objeción corriente, habitual (en una u otra forma) en la prensa burguesa, eserista y menchevique, es una defensa reaccionaria del capitalismo atrasado, una defensa aderezada a lo Struve. Nosotros -dicen- no hemos madurado todavía para el socialismo; sería prematuro "implantar" el socialismo, nuestra revolución es burguesa; hay que ser, por ello, lacayos de la burguesía (¡a pesar de que, hace ya ciento veinticinco años, los grandes revolucionarios burgueses de Francia hicieron grande a su revolución por medio del *terror* contra todos los opresores, contra los terratenientes y los capitalistas!).

Los malhadados marxistas al servicio de la burguesía, a los que se han sumado los eseristas y que ven las cosas de ese modo, no comprenden (si se considera las bases teóricas de su opinión) qué es el imperialismo, qué son los monopolios capitalistas, qué es el Estado, qué es la democracia revolucionaria. Porque si se comprende todo eso, habrá que reconocer forzosamente que es imposible avanzar sin marchar hacia el socialismo.

Todo el mundo habla del imperialismo. Pero el imperialismo no es otra cosa que el capitalismo monopolista.

Que el capitalismo se ha transformado en capitalismo monopolista también en Rusia lo evidencian con toda claridad *Prodúgol* y *Prodamet**, el consorcio del azúcar, etc. El mismo consorcio azucarero nos demuestra palmariamente la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.

¿Y qué es el Estado? Es la organización de la clase dominante; en Alemania, por ejemplo, la organización de los junkers y los capitalistas. Por eso, lo que los Plejánov alemanes (Scheidemann, Lensch, etc.) llaman "socialismo de guerra", sólo es, en realidad, un capitalismo monopolista de Estado en tiempo de guerra, o, dicho en términos más sencillos y más claros, un presidio militar para los obreros y un régimen de protección militar para las ganancias de los capitalistas.

Pues bien, prueben ustedes a *sustituir* ese Estado de junkers y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, con un Estado *democrático revolucionario*, es decir, con un Estado que suprime revolucionariamente todos los privilegios, que no tema implantar por vía revolucionaria la democracia más completa. Y entonces verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado democrático y revolucionario de verdad, representa inevitablemente, infaliblemente, ¡un paso, varios pasos hacia el socialismo!

En efecto, cuando una empresa capitalista gigantesca se convierte en monopolio, sirve a todo el pueblo. Si se convierte en monopolio de Estado, el Estado (o sea, la organización armada de la población, de los obreros y los campesinos, en primer

* *Prodúgol*: consorcio hullero. *Prodamet*: consorcio metalúrgico. (*N. de la Edit.*)

lugar, si se trata de un régimen de democracia revolucionaria) dirige toda la empresa. ¿En interés de quién?

- O bien en interés de los terratenientes y los capitalistas, en cuyo caso no tendremos un Estado democrático revolucionario, sino un Estado burocrático reaccionario, es decir, una república imperialista,

- o bien en interés de la democracia revolucionaria, en cuyo caso *ello será precisamente un paso hacia el socialismo*.

Porque el socialismo no es otra cosa que el paso siguiente después del monopolio capitalista de Estado. O dicho en otros términos: el socialismo no es otra cosa que el monopolio capitalista de Estado *puesto al servicio de todo el pueblo* y que, por ello, *ha dejado* de ser monopolio capitalista.

No hay término medio. El curso objetivo del desarrollo es tal que resulta *imposible* avanzar, partiendo de *los monopolios* (cuyo número, papel e importancia ha venido a decuplicar la guerra), sin marchar hacia el socialismo.

O se es demócrata revolucionario de hecho, y en ese caso no hay por qué temer ningún paso hacia el socialismo;

o se temen y condenan los pasos hacia el socialismo, como lo hacen Plejánov, Dan y Chernov, alegando que nuestra revolución es una revolución burguesa, que no se puede "implantar" el socialismo, etc., etc., y entonces se rueda fatalmente hasta caer en los brazos de Kerenski, Miliukov y Kornílov, es decir, hasta caer en la represión *burocrática reaccionaria* de las aspiraciones "democráticas revolucionarias" de las masas obreras y campesinas.

No hay término medio.

Y en esto estriba la contradicción fundamental de nuestra revolución.

En la historia en general, y en épocas de guerra en particular, no se puede estar parado. Hay que avanzar o retroceder. En la Rusia del siglo XX, que ha conquistado la república y la democracia por vía revolucionaria, *es imposible* avanzar sin *marchar* hacia el socialismo, sin dar *pasos* hacia él (pasos condicionados y determinados por el nivel técnico y cultural: en la agricultura basada en las pequeñas haciendas campesinas es imposible "introducir" la gran explotación mecanizada; en la fabricación de azúcar es imposible suprimirla).

Y tener miedo a avanzar *significa* retroceder, que es precisamente lo que hacen los señores Kerenski, con gran fruición de los Miliukov y los Plejánov y con la estúpida complicidad de los Tsereteli y los Chernov.

La guerra, al acelerar en grado extraordinario la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado, ha acercado *con ello* extraordinariamente a la humanidad al socialismo: tal es la dialéctica de la historia.

La guerra imperialista es la víspera de la revolución socialista. Y no sólo porque la guerra engendra, con sus horrores, la insurrección proletaria -pues no hay insurrección capaz de instaurar el socialismo si no han madurado las condiciones económicas para él-, sino también porque el capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*.

* * *

Nuestros eseristas y mencheviques enfocan el problema del socialismo de una manera doctrinaria, desde el punto de vista de una doctrina aprendida de memoria y mal asimilada. Presentan el socialismo como un porvenir lejano, desconocido y nebuloso.

Pero el socialismo asoma ya por todas las ventanas del capitalismo moderno, el socialismo se perfila de forma inmediata, *prácticamente*, en toda medida importante que represente un paso adelante a partir del capitalismo moderno.

¿Qué es el trabajo general obligatorio?

Un paso adelante sobre la base del capitalismo monopolista moderno, un paso hacia la regulación de la vida económica en su conjunto de acuerdo con un plan general concreto, un paso hacia un régimen de ahorro de trabajo del pueblo para impedir su absurdo despilfarro por el capitalismo.

En Alemania son los junkers (los latifundistas) y los capitalistas quienes implantan el trabajo general obligatorio; por eso, dicha medida se convierte inevitablemente en un presidio militar para los obreros.

Pero tomemos la misma institución y reflexionemos en la importancia que tendría en un Estado democrático revolucionario. El trabajo general obligatorio, implantado, reglamentado y dirigido por los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, *no sería todavía* el socialismo, pero *no sería ya* el capitalismo. Representaría *un paso* gigantesco *hacia* el socialismo, un paso después del cual, si se mantuviese una democracia plena, sería imposible retornar al capitalismo sin recurrir a una violencia inaudita sobre las masas.

La lucha contra la guerra y la ruina.

El problema de las medidas que deben adoptarse para combatir la catástrofe que se avecina nos lleva a tratar otro importantísimo problema: el nexo de la política interior con la política exterior o, dicho en otros términos, la relación entre la guerra anexionista, imperialista, y la guerra revolucionaria, proletaria, entre la criminal guerra de rapiña y la democrática guerra justa.

Todas las medidas de lucha contra la catástrofe descritas por nosotros reforzarían

extraordinariamente, como ya hemos señalado, la capacidad defensiva o, dicho de otro modo, el poderío militar del país. Esto, por una parte. Pero, por otra parte, esas medidas no pueden llevarse a la práctica sin transformar la guerra anexionista en una guerra justa, sin transformar la guerra sostenida por los capitalistas en interés de los capitalistas en una guerra sostenida por el proletariado en interés de todos los trabajadores y explotados.

En efecto, la nacionalización de los bancos y de los consorcios, unida a la abolición del secreto comercial y a la implantación del control obrero sobre los capitalistas, no sólo representar un ahorro gigantesco de trabajo del pueblo y la posibilidad de economizar fuerzas y recursos, sino que, además, mejoraría la situación de *las masas* trabajadoras, es decir, de la mayoría de la población. En la guerra moderna, como nadie ignora, la organización económica tiene una importancia decisiva. En Rusia hay cereales, carbón, petróleo y hierro en cantidad suficiente; en este aspecto, nuestra situación es mejor que la de ningún otro país beligerante de Europa. Y si Rusia combatiera la ruina por los procedimientos indicados, movilizara para esa lucha la iniciativa de las masas, mejorara su situación, nacionalizara los bancos y los consorcios capitalistas, podría aprovechar su revolución y su democracia para llevar al país entero a un nivel incomparablemente más alto de organización económica.

Si los eseristas y los mencheviques, en vez de pactar una "coalición" con la burguesía -que frena todas las medidas de control y sabotea la producción- hubieran puesto en abril el poder en manos de los Soviets; si no hubiesen dedicado sus fuerzas a jugar al "carrusel ministerial" y a calentar como burócratas, junto con los democonstitucionalistas, las poltronas ministeriales, los sillones de viceministros, etc., etc., sino a dirigir a los obreros y campesinos en el ejercicio de su control *sobre* los capitalistas, en su guerra *contra* los capitalistas, Rusia sería hoy un país en plena transformación económica, en el que la tierra pertenecería a los campesinos y los bancos estarían nacionalizados; o sea, nuestro país estaría en *ese sentido* (es decir, en cuanto a estas medidas, que representan otras tantas bases económicas importantísimas de la vida moderna) *por encima* de todos los demás países capitalistas.

La capacidad defensiva, el poderío militar de un país *con* los bancos nacionalizados es *mayor* que la de un país con los bancos en manos de particulares. El poderío militar de un país campesino con la tierra en manos de comités campesinos es *superior* al de un país de gran propiedad agraria.

Se invocan a cada paso el heroico patriotismo y los prodigios de valentía militar de los franceses en 1792 y 1793. Pero se olvidan las condiciones materiales, las condiciones históricas y económicas, que hicieron posibles dichos milagros. El aniquilamiento auténticamente revolucionario del feudalismo, ya caduco; el paso de todo el país con rapidez, decisión, energía y abnegación, en verdad revolucionarias y democráticas, a un modo de producción más elevado, a la libre posesión de la tierra por los campesinos: tales son las condiciones materiales, económicas, que salvaron a Francia con una rapidez "prodigiosa", *regenerando* y *renovando* su base económica.

El ejemplo de Francia nos muestra una cosa, y sólo una: para conseguir que Rusia sea capaz de defenderse y lograr que también en ella se hagan "prodigios" de heroísmo en masa, hay que barrer con implacabilidad "jacobina" todo lo viejo y renovar, regenerar a Rusia *en el aspecto económico*. Pero, en el siglo XX, esto no puede hacerse simplemente barriendo el zarismo (Francia no se limitó a eso ciento veinticinco años atrás). Tampoco puede hacerse con la sola abolición por vía revolucionaria de la gran propiedad terrateniente (¡nosotros ni siquiera eso hemos hecho, pues los eseristas y los mencheviques han traicionado a los campesinos!), ni con la sola entrega de la tierra a los campesinos. Porque vivimos en el siglo XX, y dominar la tierra *sin dominar los bancos* no basta para regenerar y renovar la vida del pueblo.

La renovación de Francia en el aspecto material, de la producción, a fines del siglo XVIII fue unida a su renovación política y espiritual, a la dictadura de la democracia revolucionaria y del proletariado revolucionario (del que la democracia no se había separado aún y que estaba todavía casi fundido con ella), a la guerra sin cuartel declarada a todo lo reaccionario. El pueblo entero, y en particular las masas, es decir, las clases *oprimidas*, se sintieron dominados por un entusiasmo revolucionario ilimitado; *todo el mundo* consideraba la guerra, y *lo era en realidad*, una guerra justa, defensiva. La Francia revolucionaria se defendía de la Europa reaccionaria y monárquica. No fue en 1792 y 1793, sino muchos años más tarde, *después* de triunfar la reacción en el interior del país, cuando la dictadura contrarrevolucionaria de Napoleón transformó las guerras defensivas sostenidas por Francia en guerras de conquista.

¿Y en Rusia? Nosotros seguimos haciendo una guerra imperialista en interés de los capitalistas, en alianza con los imperialistas y en virtud de los tratados secretos concluidos por *el zar* con los capitalistas de Inglaterra, etc., prometiendo en ellos a los capitalistas rusos el saqueo de otros países, prometiéndoles Constantinopla, Lvov, Armenia, etc.

La guerra seguirá siendo injusta, reaccionaria y anexionista por parte de Rusia mientras ésta no proponga a los demás países una paz justa y no rompa con el imperialismo. El carácter social de la guerra y su verdadera significación no son determinados (como piensan los eseristas y los

mencheviques, cayendo en la vulgaridad de un mujik ignorante) por el lugar en que se encuentran las tropas enemigas. Ese carácter depende de *qué política* continúa la guerra ("la guerra es la continuación de la política"), de *qué clase* la mantiene y con qué fines.

Es imposible llevar a las masas a una guerra de rapiña en virtud de tratados secretos y confiar en su entusiasmo. La clase más avanzada de la Rusia revolucionaria, el proletariado, comprende con creciente claridad el carácter criminal de la guerra. La burguesía no ha logrado que las masas cambien de opinión al respecto; antes al contrario: aumenta el convencimiento de que la guerra tiene un carácter criminal. ¡El proletariado de *ambas capitales* de Rusia se ha hecho internacionalista definitivamente!

¡De qué entusiasmo de las masas por la guerra puede hablarse!

Lo uno está unido de manera indisoluble a lo otro, la política interior a la política exterior. Es imposible hacer que un país tenga capacidad defensiva si no existe un extraordinario heroísmo del pueblo, que realiza con audacia y decisión grandes transformaciones económicas. Y no se puede despertar el heroísmo de las masas sin romper con el imperialismo, sin proponer a todos los pueblos una paz democrática, sin transformar de ese modo la guerra rapaz y criminal, la guerra de conquista, en una guerra justa, defensiva, revolucionaria.

Sólo rompiendo sin reservas y de manera consecuente con los capitalistas, tanto en la política interior como en la exterior, podremos salvar nuestra revolución y nuestro país, atenazado por las férreas garras del imperialismo.

La democracia revolucionaria y el proletariado revolucionario.

Para ser revolucionaria de verdad, la democracia de la Rusia actual debe marchar en estrecha alianza con el proletariado, única clase consecuentemente revolucionaria, y apoyar su lucha.

Tal es la conclusión a que nos lleva el análisis de los medios con que puede combatirse la catástrofe inminente, de proporciones inauditas.

La guerra ha originado una crisis tan inmensa, ha puesto en tensión hasta tal punto las fuerzas materiales y morales del pueblo y ha asestado tales golpes a toda la organización de la sociedad moderna que la humanidad se ve colocada ante un dilema: perecer o poner su destino en manos de la clase más revolucionaria, a fin de pasar con la mayor rapidez y decisión a un modo de producción más elevado.

En virtud de diversas causas históricas -el mayor atraso de Rusia, las dificultades especiales que presentaba para ella la guerra, la mayor putrefacción del zarismo y la extraordinaria vivacidad de las tradiciones de 1905-, la revolución ha estallado en Rusia antes que en otros países. La revolución ha hecho que, en unos cuantos meses, Rusia alcance por su régimen *político* a los países adelantados.

Pero eso no basta. La guerra es implacable y plantea la cuestión con despiadada dureza: perecer o alcanzar y sobrepasar, también *en el aspecto económico*, a los países adelantados.

Y esto es posible, pues contamos con la experiencia vivida por gran número de países adelantados y con los logros de su técnica y de su cultura. Nos prestan un apoyo moral la creciente protesta contra la guerra en Europa y el clima de revolución obrera mundial en ascenso. Nos estimula y acucia la libertad democrática revolucionaria, extraordinariamente rara en una época de guerra imperialista.

Perecer o avanzar a todo vapor. Así plantea la historia la cuestión.

Y la actitud del proletariado ante el campesinado en un momento así confirma -con la modificación correspondiente- la vieja tesis bolchevique: arrancar al campesinado de la influencia de la burguesía. Esa es la única garantía de salvar la revolución.

Y el campesinado es el representante más numeroso de toda la masa pequeñoburguesa.

Nuestros eseristas y mencheviques han asumido una misión reaccionaria: mantener al campesinado bajo la influencia de la burguesía y llevarlo a una coalición con ella, y no con el proletariado.

La experiencia de la revolución enseña con rapidez a las masas. Y la política reaccionaria de los eseristas y los mencheviques fracasa: han sido derrotados en los Soviets de las dos capitales[69]. En ambos partidos democráticos pequeñoburgueses crece la oposición de "izquierda". En Petrogrado, la conferencia eserista local dio el 10 de septiembre de 1917 una mayoría de dos tercios *a los izquierdistas*, que tienden a la alianza con el proletariado y rechazan la alianza (coalición) con la burguesía.

Los eseristas y los mencheviques repiten la contraposición predilecta de la burguesía: burguesía y democracia. Pero, en el fondo, semejante contraposición es tan absurda como lo sería comparar un pud con una arshina*.

Hay burguesía democrática y democracia burguesa: sólo quienes ignoran por completo la historia y la economía política pueden negar esto.

Los eseristas y los mencheviques han necesitado de esa falsa contraposición para *encubrir* un hecho indiscutible: entre la burguesía y el proletariado se encuentra la *pequeña burguesía*. Y ésta, en virtud de su situación económica de clase, vacila de manera inevitable entre la burguesía y el proletariado.

Los eseristas y los mencheviques arrastran a la pequeña burguesía a una alianza con la burguesía. Esa es la esencia de toda su "coalición", de todo el

---

* *Pud*: medida de peso rusa equivalente a 16,38 Kg.; *arshira*: medida de longitud rusa equivalente a 0,71 metros. (*N. de la Edit.*)

ministerio de coalición, de toda la política de Kerenski, típico semidemoconstitucionalista. En medio año de revolución, esta política ha sufrido una bancarrota completa.

Los democonstitucionalistas se refocilan: la revolución, según ellos, ha fracasado, no ha acabado ni con la guerra ni con la ruina.

No es verdad. Quienes han fracasado *son los democonstitucionalistas y los eseristas con los mencheviques*, pues ha sido ese bloque (alianza) el que ha gobernado a Rusia durante medio año, el que en medio año ha aumentado la ruina y embrollado y agravado la situación militar.

Cuanto más completo sea el fracaso de *la alianza* de la burguesía con *los eseristas y los mencheviques*, tanto más rápidamente *aprenderá* el pueblo. Y con tanta mayor facilidad encontrará el camino *acertado*: la alianza de los campesinos pobres, es decir, de la mayoría del campesinado, con el proletariado.

10-14 de septiembre de 1917.

Escrito los días 10-14 (23-27) de septiembre de 1917. Publicado en un folleto a finales de octubre de 1917, en Petrogrado, por la Editorial "Pribói".

T. 34, págs. 155-199.

EL PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA REVOLUCIÓN.

El problema fundamental de toda revolución es, indudablemente, el problema del poder. Lo decisivo es qué clase tiene el poder. Por eso, cuando el periódico del principal partido gubernamental de Rusia, *Dielo Naroda* se quejaba hace poco (núm. 147) de que las discusiones acerca del poder hacen olvidar el problema de la Asamblea Constituyente y el problema del pan, debería haberse respondido a los eseristas: quejaos de vosotros mismos. Porque son precisamente las vacilaciones y la indecisión de vuestro partido las culpables principales de que siga girando el "carrusel ministerial", de que se aplace una y otra vez la Asamblea Constituyente y de que los capitalistas hagan fracasar las medidas adoptadas y previstas para el monopolio del trigo y el abastecimiento de pan al país.

No se puede esquivar ni apartar el problema del poder, pues es precisamente el problema fundamental que lo determina *todo* en el desarrollo de la revolución, en su política exterior e interior. Que nuestra revolución "ha gastado inútilmente" seis meses en vacilaciones respecto a la organización del poder es un hecho indiscutible, originado por la política vacilante de los eseristas y de los mencheviques. Pero, a su vez, la política de estos partidos ha sido determinada, en última instancia, por la posición de clase de la pequeña burguesía, por su inestabilidad económica en la lucha entre el capital y el trabajo.

La cuestión reside ahora en saber si la democracia pequeñoburguesa ha aprendido algo en estos importantísimos seis meses, extraordinariamente ricos de contenido. Si la respuesta es negativa, ello significará que la revolución ha sucumbido y sólo podrá salvarla una insurrección victoriosa del proletariado. Si la respuesta es afirmativa, habrá que empezar por crear sin demora un poder firme y estable. Durante una revolución popular, es decir, que despierta a la vida a las masas, a la mayoría de los obreros y los campesinos, sólo puede ser estable un poder que se apoye a sabiendas y de manera indefectible *en la mayoría* de la población. Hasta ahora, el poder del Estado sigue, *de hecho*, en Rusia, en manos de *la burguesía*, la cual se ve obligada únicamente a hacer concesiones parciales (para empezar a anularlas al día siguiente), repartir promesas (para no cumplirlas), buscar todos los medios posibles de encubrir su dominio (para engañar al pueblo con la apariencia de una "coalición honesta") y etc., etc. De palabra, un gobierno revolucionario, democrático y popular; en la práctica, un gobierno burgués, contrarrevolucionario, antidemocrático y antipopular: ahí está la contradicción que ha existido hasta hoy y que ha sido el origen de la total inestabilidad y de las vacilaciones del poder, de todo ese "carrusel ministerial" a que se han dedicado con fervor tan lamentable (para el pueblo) los señores eseristas y mencheviques.

O la disolución de los Soviets y su muerte sin pena ni gloria, o todo el poder a los Soviets: esto lo dije ante el Congreso de los Soviets de toda Rusia a principios de junio de 1917[70], y la historia de julio y agosto ha confirmado de manera convincente y exhaustiva la justedad de estas palabras. El poder de los Soviets es el único que puede ser estable y apoyarse a ciencia cierta en la mayoría del pueblo, por más que mientan los lacayos de la burguesía, los Potrésov, los Plejánov y otros, que denominan "ampliación de la base" del poder a su entrega efectiva a una minoría insignificante del pueblo, a la burguesía, a los explotadores.

Sólo el Poder soviético podría ser estable, sólo él no podría ser derrocado ni siquiera en los momentos más tempestuosos de la revolución más violenta; sólo ese poder podría garantizar un desarrollo continuo y amplio de la revolución, una lucha pacífica de los partidos dentro de los Soviets. Mientras no se cree un poder de este tipo, serán inevitables la indecisión, la inestabilidad, las vacilaciones, las interminables "crisis del poder", la comedia sin desenlace del carrusel ministerial, los estallidos de derecha y de izquierda.

Pero la consigna de "El poder a los Soviets" se entiende muy a menudo, si no casi siempre, de una manera completamente equivocada: en el sentido de "un ministerio formado con los partidos mayoritarios de los Soviets"; y esta opinión, profundamente equivocada, es la que desearíamos examinar con más detalle.

"Un ministerio formado con los partidos mayoritarios de los Soviets implica un cambio de personas en la composición del gobierno, conservando intangible todo el viejo aparato del

poder gubernamental; un aparato totalmente burocrático, completamente antidemocrático, incapaz de efectuar reformas serias, que figuran incluso en los programas de los eseristas y de los mencheviques.

"El poder a los Soviets" significa transformar por completo y de manera radical la vieja máquina del Estado, un aparato burocrático que frena todo lo democrático; significa suprimir dicho aparato y remplazarlo por otro nuevo, popular, o sea, auténticamente democrático, el de los Soviets, el de la mayoría organizada y armada del pueblo: obreros, soldados y campesinos; significa ofrecer la iniciativa y la independencia a la mayoría del pueblo no sólo en la elección de los diputados, sino también en la administración del Estado y en la realización de reformas y transformaciones.

Para que esta diferencia sea más clara y patente, recordaremos una valiosa confesión hecha algún tiempo atrás por el periódico *Dielo Naroda*, órgano del partido gubernamental: el eserista. Incluso en los ministerios -decía el diario- conferidos a los ministros socialistas (esto se escribía durante la decantada coalición con los democonstitucionalistas, cuando los mencheviques y los eseristas eran ministros), incluso en ellos quedó intacto el viejo aparato administrativo, que frena toda la labor.

Es comprensible. Toda la historia de los países parlamentarios burgueses -y, en medida considerable, también la de los países constitucionales burgueses- demuestra que un cambio de ministros tiene muy poca importancia, pues la labor administrativa real se encuentra en manos de un ejército gigantesco de funcionarios. Y este ejército está impregnado hasta la médula de espíritu antidemocrático, está ligado por miles y millones de hilos a los terratenientes y la burguesía, dependiendo de ambos en todas las formas imaginables. Este ejército está rodeado de una atmósfera de relaciones burguesas y sólo respira ese aire; se ha congelado, encallecido y anquilosado; carece de fuerzas para escapar de esa atmósfera; sólo puede pensar, sentir y obrar a la antigua. Este ejército está ligado por relaciones de respeto a la jerarquía, por determinados privilegios de los empleos "públicos", y sus cuadros superiores se hallan subordinados por completo, mediante las acciones y los bancos, al capital financiero y vienen a ser, en cierta medida, sus agentes, los vehículos de sus intereses y de su influencia.

Tratar de efectuar con ese aparato estatal transformaciones como la supresión de la propiedad terrateniente sin indemnización o el monopolio del trigo, etc., es una mera ilusión, el más grande autoengaño y el mayor engaño al pueblo. Ese aparato *puede* servir a la burguesía republicana, creando una república a modo de "una monarquía sin monarca", como la Tercera República en Francia; pero un aparato estatal de ese tipo es incapaz en absoluto de llevar a cabo reformas, no que aniquilen, sino que, por lo menos, cercenen o limiten seriamente los derechos del capital, los derechos de la "sacrosanta propiedad privada". Por eso resulta siempre que, con todos los posibles ministerios "de coalición" en que participan "socialistas", estos socialistas vienen a ser en la práctica, aun en el caso de que algunos de ellos demuestren la mayor probidad, un simple adorno o una pantalla del gobierno burgués, un pararrayos de la indignación popular provocada por ese gobierno, un instrumento del gobierno para engañar a las masas. Así ocurrió con Luis Blanc en 1848; así ha ocurrido desde entonces docenas de veces en Inglaterra y Francia al participar los socialistas en el gobierno; así fue con los Chernov y los Tsereteli en 1917; así fue y así será mientras se mantenga el régimen burgués y se conserve intangible el viejo aparato estatal burgués y burocrático.

Los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos son valiosos, sobre todo, porque constituyen *un tipo* de aparato estatal nuevo, inmensamente más elevado e incomparablemente más democrático. Los eseristas y los mencheviques han hecho todo lo posible y lo imposible para transformar los Soviets (en particular el de Petrogrado y el de toda Rusia, o sea, el Comité Ejecutivo Central) en corrillos de charlatanes, que se dedicaban, con el pretexto del "control", a adoptar resoluciones estériles y expresar deseos, a los que el gobierno daba carpetazo con la más cortés y amable sonrisa. Pero bastó la "fresca brisa" de la kornilovíada, que anunciaba una buena tormenta, para que el aire viciado del Soviet se purificara por algún tiempo y la iniciativa de las masas revolucionarias empezara a manifestarse como algo grandioso, potente e invencible.

Que aprendan de este ejemplo histórico todos los incrédulos. Que se avergüencen quienes dicen: "No tenemos un aparato que pueda remplazar al viejo, que tiende ineluctablemente a defender a la burguesía". Porque ese aparato *existe*. Son los Soviets. No teman la iniciativa ni la independencia de las masas, confíen en sus organizaciones revolucionarias y verán en todos los ámbitos de la vida pública la misma fuerza, grandiosidad e invencibilidad de que dieron pruebas los obreros y los campesinos en su unión y su ímpetu contra la kornilovíada.

Falta de fe en las masas, miedo a su iniciativa, temor a que actúen por sí mismas, estremecimiento ante su energía revolucionaria, en vez de un apoyo total y sin reservas: tales han sido los mayores pecados de los jefes eseristas y mencheviques. Ahí está una de las raíces más profundas de su indecisión, de sus vacilaciones, de sus incontables e infinitamente estériles tentativas de verter vino nuevo en los viejos odres de la vieja máquina estatal, burocrática.

Tomemos la historia de la democratización del

ejército en la revolución rusa de 1917, la historia del Ministerio Chernov, la historia del "reinado" de Palchinski o la historia de la dimisión de Peshejónov y veremos a cada paso la confirmación más palmaria de lo dicho anteriormente. La falta de confianza plena en las organizaciones elegidas por los soldados, la falta de aplicación absoluta del principio de elegibilidad de los superiores por los soldados, hicieron que los Kornílov, los Kaledin y los oficiales contrarrevolucionarios se encontraran a la cabeza del ejército. Esto es un hecho. Y quien no cierre adrede los ojos deberá ver por fuerza que, *después* de la sublevación de Kornílov, el Gobierno Kerenski *deja* todo *como antes* y, *de hecho*, *restaura la korniloviada*. El nombramiento de Alexéiev, la "paz" con los Klembovski, los Gagarin, los Bagratión y otros kornilovistas, la blandura en el trato al mismo Kornílov y al mismo Kaledin demuestran con la mayor claridad que, en la práctica, Kerenski restaura la korniloviada.

No hay término medio. La experiencia ha demostrado que no lo hay. O todo el poder a los Soviets y la democratización total del ejército, o la korniloviada.

¿Y la historia del Ministerio Chernov? ¿No ha demostrado que todo paso más o menos serio encaminado a satisfacer de veras las necesidades de los campesinos, todo paso que represente una prueba de confianza en ellos, en sus propias organizaciones y acciones de masas ha despertado un entusiasmo extraordinario entre todos los campesinos? Pero Chernov tuvo que "regatear" una y otra vez, durante casi cuatro meses con los democonstitucionalistas y los altos funcionarios, quienes por medio de interminables demoras y maquinaciones le obligaron, en fin de cuentas, a dimitir sin haber hecho nada. Los terratenientes y los capitalistas, durante esos cuatro meses y por esos cuatro meses, "ganaron la partida", salvaron la propiedad latifundista, demoraron la convocación de la Asamblea Constituyente y hasta iniciaron una serie de represiones contra los Comités agrarios.

No hay término medio. La experiencia ha demostrado que no lo hay. O todo el poder a los Soviets, tanto en el centro como en las localidades, y toda la tierra a los campesinos *sin demora* hasta que decida la Asamblea Constituyente, o los terratenientes y los capitalistas frenarán todo, restablecerán el poder latifundista, irritarán a los campesinos y llevarán las cosas a un terrible levantamiento campesino.

Otro tanto ocurre con el sabotaje de los capitalistas (con ayuda de Palchinski) a cualquier control más o menos serio de la producción, con el sabotaje de los comerciantes al monopolio del trigo y al comienzo de la distribución democrática, reglamentada, del pan y de los comestibles por Peshejónov.

En Rusia no se trata hoy, en modo alguno, de idear "nuevas reformas" ni de "planear" transformaciones "universales". Nada de eso. Así presentan las cosas, de una manera falsa a todas luces, los capitalistas, los Potrésov, los Plejánov, que claman contra "la implantación del socialismo" y contra "la dictadura del proletariado". En realidad, la situación en Rusia es tal que los indecibles sufrimientos y cargas de la guerra, la inaudita y terrible amenaza de la ruina y del hambre han sugerido por sí mismos la salida, han sugerido por sí mismos -y no sólo han sugerido, sino que han adelantado ya como absolutamente impostergables- las reformas y las transformaciones: el monopolio del trigo, el control de la producción y la distribución, la restricción de la emisión de papel moneda, un intercambio justo de cereales y artículos industriales, etc.

Todo el mundo considera inevitables las medidas de ese tipo, tomadas en tal sentido, que han comenzado a ser aplicadas en muchos lugares y en los dominios más diversos. *Han empezado ya*, pero las frena y las ha frenado en todas partes la resistencia de los terratenientes y de los capitalistas; una resistencia que se materializa a través del Gobierno Kerenski (gobierno, *en la práctica*, enteramente burgués y bonapartista), del aparato burocrático del viejo Estado y de la presión directa e indirecta del capital financiero ruso y "aliado".

I. Prilezháiev lamentaba hace poco en *Dielo Naroda* (núm. 147) la dimisión de Peshejónov y el fracaso de los precios fijos, la quiebra del monopolio del trigo:

> "Lo que ha faltado a nuestros gobiernos, cualquiera que haya sido su composición, es audacia y decisión... La democracia revolucionaria no debe esperar; ella misma debe revelar iniciativa e intervenir planificadamente en el caos económico... Es ahí, precisamente, donde se necesita un rumbo firme y un poder decidido".

Lo que es cierto es cierto. Palabras de oro. Sólo que el autor no ha pensado que el problema del rumbo firme, de la audacia y la decisión no es una cuestión personal, sino un problema de *la clase* capaz de manifestar audacia y decisión. Y la única clase que puede hacer eso es el proletariado. La audacia, la decisión y el rumbo firme del poder no son otra cosa que la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. I. Prilezháiev, sin tener conciencia de ello, Suspira por *esta dictadura*.

¿Qué significaría, en la práctica, esta dictadura? Significaría que sería aplastada la resistencia de los kornilovistas y quedaría restablecida y consumada la democratización completa del ejército. El 99% del ejército sería partidario entusiasta de esta dictadura a los dos días de establecida. Esta dictadura daría la tierra a los campesinos y todo el poder a los comités locales de campesinos. ¿Cómo puede alguien,

entonces, si está en su sano juicio, poner en duda que los campesinos apoyarían semejante dictadura? Lo que Peshejónov sólo *prometió* ("la resistencia de los capitalistas ha sido aplastada": palabras textuales de Peshejónov en su célebre discurso ante el Congreso de los Soviets), lo llevaría a la práctica esta dictadura, lo haría realidad, sin suprimir lo más mínimo las organizaciones democráticas de abastecimiento, de control, etc., que han empezado ya a formarse, sino, por el contrario, apoyándolas y fomentándolas y eliminando todo lo que dificulte su funcionamiento.

Sólo la dictadura de los proletarios y de los campesinos pobres es capaz de romper la resistencia de los capitalistas, ejercer el poder con una audacia y una decisión en verdad grandiosas y asegurarse un apoyo entusiasta, sin reservas y auténticamente heroico de las masas tanto en el ejército como entre los campesinos.

El poder a los Soviets: eso es lo único que podría hacer gradual, pacífico y tranquilo el desarrollo ulterior, poniéndolo por completo al nivel de la conciencia y la decisión de la mayoría de las masas populares, al nivel de su propia experiencia. El poder a los Soviets significa la entrega total de la gobernación del país y del control de su economía a los obreros y a los campesinos, a quienes nadie se atrevería a oponer resistencia y quienes aprenderían rápidamente con su experiencia, con su propia experiencia, a distribuir acertadamente la tierra, las provisiones y el trigo.

Publicado el 27 (14) de septiembre de 1917 en el núm. 10 de "Rabochi Put.".
T. 34, págs. 200-207.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA GUERRA CIVIL.

La burguesía, amilanada porque los mencheviques y los eseristas se han negado a coligarse con los democonstitucionalistas y porque la democracia puede muy bien, en efecto, formar gobierno sin ellos y gobernar a Rusia contra ellos, hace los máximos esfuerzos por intimidar a la democracia.

¡Asusta con el mayor empeño posible!: tal es el lema de toda la prensa burguesa. ¡Asustar con todas las fuerzas! ¡Miente, calumnia, pero asusta!

Y asusta la *Birzhovka* con informaciones inventadas acerca de acciones bolcheviques. Asustan con rumores sobre la dimisión de Alexéiev y la amenaza de que los alemanes abran una brecha en dirección a Petrogrado, como si los hechos no demostrasen que precisamente los generales kornilovistas (entre los que figura, sin duda, Alexéiev) son capaces de abrir el frente a los alemanes en Galitzia y ante Riga y ante Petrogrado, que precisamente los generales kornilovistas suscitan el mayor odio del ejército al Cuartel General.

Se intenta dar a este método de intimidación de la democracia la mayor "seriedad" y fuerza de convicción mediante alusiones al peligro de "guerra civil". De todos los tipos de intimidación, el más difundido es, sin duda, el de asustar con la guerra civil. He aquí cómo formula esta idea corriente, muy en boga en los medios filisteos, el comité de Rostov del Don del Partido de la Libertad del Pueblo en su resolución del 1 de septiembre (núm. 210 de *Riech*):

> "...El comité está convencido de que la guerra civil puede barrer todas las conquistas de la revolución y absorber en raudales de sangre nuestra libertad, joven y aún no robustecida. Por eso estima necesario, para salvar las conquistas de la revolución, protestar con energía contra el ahondamiento de la revolución, dictado por las quiméricas utopías socialistas..."

En estas frases está expresada en la forma más clara, exacta, meditada y circunstanciada la idea fundamental que encontramos infinidad de veces en los artículos de fondo de *Riech*, en los artículos de Plejánov y Potrésov, en los editoriales de los periódicos mencheviques, y etc., etc. No estará de más, por ello, que analicemos esta idea con mayor detenimiento.

Procuraremos estudiar el problema de la guerra civil del modo más concreto, sobre la base, dicho sea de pasada, del medio año de experiencia, ya vivida, de nuestra revolución.

Esta experiencia, de conformidad completa con la de todas las revoluciones europeas registradas desde fines del siglo XVIII, nos enseña que la guerra civil es la forma más enconada de la lucha de clases. En esta forma, una serie de choques y batallas de carácter económico y político se repiten, acumulan, amplían y agravan y llegan a transformarse en una lucha armada de una clase contra otra. En los países libres y avanzados, por poco que lo sean, se observa con la mayor frecuencia -puede decirse que casi exclusivamente- una guerra civil entre las clases cuya oposición es creada y ahondada por todo el desarrollo económico del capitalismo, por toda la historia de la sociedad contemporánea en el mundo entero, a saber: entre la burguesía y el proletariado.

De esta manera, durante el medio año transcurrido de nuestra revolución hemos vivido dos veces, el 20 y 21 de abril y el 3 y 4 de julio, explosiones espontáneas fortísimas, que se acercaron de lleno al comienzo de la guerra civil por parte del proletariado. Y la sublevación de Kornílov ha sido un complot militar apoyado por los terratenientes y los capitalistas, con el Partido Demócrata Constitucionalista a la cabeza, que ha conducido ya, en la práctica, al comienzo de la guerra civil por parte de la burguesía.

Tales son los hechos. Tal es la historia de nuestra propia revolución. Y hay que aprender, más que nada, de esta historia; hay que reflexionar, más que nada, sobre su desarrollo y su significa clasista.

Intentemos comparar los rudimentos de la guerra civil proletaria y de la guerra civil burguesa en Rusia desde el punto de vista: 1) de la espontaneidad del movimiento; 2) de sus fine; 3) del grado de conciencia de las masa que participan en él; 4) de la fuerza del movimiento, y 5) de su tenacidad. Creemos que el grado de conciencia de toda la revolución rusa ganaría mucho, muchísimo, si todos los partidos que ahora "lanzan en vano", de pasada, las palabras de "guerra civil" planteasen el problema de tal modo e intentasen estudiar efectivamente los rudimentos de la guerra civil.

Comencemos por la espontaneidad del movimiento. En lo que respecta a los días 3 y 4 de julio, disponemos de declaraciones de testigos cómo

el menchevique *Rabóchaya Gazeta* y el eserista *Dielo Naroda*, que han reconocido *el hecho* del crecimiento espontáneo del movimiento. He citado estas declaraciones en un artículo de *Proletárskoie Dielo*, publicado en hoja aparte con el título de *Respuesta a los calumniadores*. Pero por causas plenamente comprensibles, los mencheviques y los eseristas, al defenderse y defender su participación en las persecuciones contra los bolcheviques, siguen negando oficialmente el carácter espontáneo de la explosión del 3 y el 4 de julio.

Releguemos, por ahora, lo que es discutible. Dejemos lo indiscutible. Nadie impugna la espontaneidad del movimiento de los días 20 y 21 de abril. El Partido Bolchevique se sumó a ese movimiento espontáneo con la consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!"; se sumó a él, independiente por completo del partido, el finado Linde, que sacó a la calle 30.000 soldados armados dispuestos a detener al gobierno. (Por cierto que, dicho sea entre paréntesis, este hecho de sacar las tropas a la calle no ha sido investigado ni estudiado. Pero cuando se reflexiona sobre él, colocando el 20 de abril en conexión histórica con los acontecimientos, es decir, enfocándolo como un eslabón de la cadena que se extiende desde el 28 de febrero hasta el 29 de agosto, se ve con claridad que la falta y el error de los bolcheviques consistió en el *insuficiente* revolucionarismo de su táctica, pero de ninguna manera en su excesivo revolucionarismo, de lo que nos acusan hoy los filisteos.)

Así pues, está fuera de toda duda el carácter espontáneo del movimiento que se acercó de lleno al comienzo de la guerra civil por el proletariado. En la korniloviada no hay nada que se asemeje, ni por lo más remoto, a la espontaneidad. En la korniloviada hay sólo un complot de generales, que se proponían arrastrar a parte de las tropas por medio del engaño y la fuerza de las órdenes.

Indudablemente, la espontaneidad del movimiento es un síntoma de su profundidad entre las masas, de la consistencia de sus raíces, de su invencibilidad. Arraigo de la revolución proletaria y falta de base de la contrarrevolución burguesa: eso es lo que demuestran los hechos desde el punto de vista de la espontaneidad del movimiento.

Examinemos los fines del movimiento. Los días 20 y 21 de abril, éste se acercó al máximo a las consignas bolcheviques, y el 3 y 4 de julio creció directamente en conexión con ellas, bajo su influencia y su dirección. El Partido Bolchevique habló a rostro descubierto, con precisión, claridad, exactitud y en alta voz, en sus periódicos y en la agitación oral, de *los fines* principales de la guerra civil proletaria: la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, la paz y la propuesta inmediata de paz y la confiscación de las tierras de los latifundistas.

En lo que respecta a los objetivos de la korniloviada, todos sabemos -y ningún demócrata lo discute- que consistían en implantar la dictadura de los terratenientes y de la burguesía, disolver los Soviets y preparar la restauración de la monarquía. El Partido Demócrata Constitucionalista, principal partido kornilovista (dicho sea de pasada, así debería denominársele en lo sucesivo: Partido Kornilovista), aunque dispone de más prensa y mayor número de agitadores que los bolcheviques, ¡jamás se ha decidido ni se decidirá a hablar francamente al pueblo ni de la dictadura de la burguesía, ni de la disolución de los Soviets ni de los objetivos kornilovistas en general!

Desde el punto de vista de los fines del movimiento, los hechos patentizan que la guerra civil proletaria puede proclamar abiertamente ante el pueblo sus objetivos finales, ganándose con ello las simpatías de los trabajadores. Por el contrario, la guerra civil burguesa puede tratar de ganarse a una parte de las masas únicamente ocultando sus fines. De ahí la inmensa diferencia existente en lo que atañe al grado de conciencia de las masas.

Por lo visto, existen datos objetivos respecto a este problema exclusivamente en relación con el número de afiliados a los partidos y con los resultados de las elecciones. No hay, al parecer, otros datos que permitan juzgar con exactitud del grado de conciencia de las masas. Después de medio año de experiencia de la revolución está claro -y no es de esperar que haya quien lo discuta- que el movimiento proletario revolucionario lo encabeza el Partido Bolchevique, y el movimiento contrarrevolucionario burgués, el Partido Demócrata Constitucionalista. Se pueden aducir tres comparaciones de carácter fáctico respecto a la cuestión que examinamos. La comparación de las elecciones de mayo a las Dumas distritales en Petrogrado con las elecciones de agosto a la Duma central arroja una disminución de los votos democonstitucionalistas y un aumento gigantesco de los votos bolcheviques. La prensa democonstitucionalista reconoce que donde están congregadas masas de obreros o soldados se observa también, como regla general, la fuerza del bolchevismo.

Además, faltando toda estadística sobre la fluctuación del número de afiliados a los partidos, de asistentes a las reuniones, etc., el grado en que es consciente la participación de *las masas* en los partidos se puede comprobar con hechos sólo si se toma como base los datos hechos públicos respecto a las colectas para el partido. Estos datos prueban el grandioso heroísmo masivo de los obreros bolcheviques en la recaudación de dinero para *Pravda*, para los periódicos suspendidos, etc. Siempre hemos informado de las colectas. Entre los democonstitucionalistas no vemos nada semejante está claro que su labor de partido la "nutren" los

donativos de la gente rica. No hay ni huella de una ayuda activa de las masas.

Por último, la comparación de los movimientos del 20 y 21 de abril y del 3 y 4 de julio, por una parte, y de la korniloviada, por otra, prueba que los bolcheviques señalan claramente a las masas quiénes son sus enemigos en la guerra civil: la burguesía, los terratenientes y los capitalistas. La korniloviada ha mostrado ya *el engaño manifiesto* de que han sido víctima las tropas que siguieron a Kornílov, un engaño puesto al desnudo ya en el primer encuentro de la "división salvaje" y los convoyes kornilovistas con los petrogradenses.

Prosigamos. ¿Cuáles son los datos sobre *la fuerza* del proletariado y de la burguesía en la guerra civil? La fuerza de los bolcheviques radica exclusivamente en el número de proletarios, en su grado de conciencia y en las simpatías que despiertan las consignas bolcheviques en los "escalones inferiores" (es decir, obreros y campesinos pobres) de los partidos eserista y menchevique. Es un hecho que precisamente estas consignas llevaron, en la práctica, tras de sí a *la mayoría* de las masas revolucionarias activas de Petrogrado los días 20 y 21 de abril, 18 de junio y 3 y 4 de julio.

La comparación de los datos referentes a las elecciones "parlamentarias" con los relativos a los movimientos de masas antes citados corrobora por entero, en lo que respecta a Rusia, la observación hecha muchas veces en Occidente: *la fuerza* del proletariado revolucionario, desde el punto de vista de la influencia *entre las masas* y de la incorporación de éstas a la acción, es incomparablemente *mayor* en la lucha *extraparlamentaria* que en la lucha parlamentaria. Esta observación tiene gran importancia cuando se trata el problema de la guerra civil.

Se comprende por qué todas las condiciones y toda la situación de la lucha parlamentaria y de las elecciones disminuyen la fuerza de las clases oprimidas, en comparación con la fuerza que estas últimas pueden desplegar de hecho en la guerra civil.

La fuerza de los democonstitucionalistas y de la korniloviada reside en la fuerza de *la riqueza*. Que el capital y el imperialismo anglo-franceses están *a favor* de los democonstitucionalistas y *a favor* de la korniloviada lo han de mostrado la prensa y una larga serie de manifestaciones políticas. Es del dominio público que toda el ala "derecha" de la Conferencia de Moscú del 12 de agosto se manifestó frenéticamente en pro de Kornilov y Kaledin. Es notorio cómo "ayudó" a Kornílov la prensa burguesa de Francia e Inglaterra. Y hay indicios de que le ayudaron también *los bancos*.

Toda la fuerza de la riqueza se puso al lado de Kornílov. Y, sin embargo, ¡qué triste y rápido fracaso! Entre los kornilovistas pueden distinguirse, además de los ricos, dos fuerzas sociales: la "división salvaje" y los cosacos. En el primer caso se trata *sólo* de la fuerza del obscurantismo y el engaño. Esta fuerza será tanto más horrorosa cuanto más tiempo siga la prensa en manos de la burguesía. El proletariado, al vencer en la guerra civil, haría saltar en el acto y de manera radical *este* venero de "fuerza".

En lo que respecta a los cosacos, se trata de un sector de la población, compuesto de propietarios agrícolas ricos, pequeños o medianos (la propiedad agraria media es de unas cincuenta deciatinas) de una región de Rusia que ha conservado muchísimos rasgos de la vida, la hacienda y el género de vida medievales. En ese sector puede verse la base socio-económica de una Vendée rusa. Ahora bien, ¿qué han mostrado *los hechos* concernientes al movimiento de Kornílov y Kaledin? ¡¡Ni siquiera Kaledin, el "jefe amado" respaldado por los Guchkov, los Miliukov, los Riabushinski y Cía., *ha podido levantar*, *a pesar de todo*, un movimiento de masas!! Kaledin marchó hacia la guerra civil incomparablemente "más derecho", de manera más rectilínea, que los bolcheviques. Kaledin fue sin rodeos "a levantar el Don". ¡Y pese a todo, Kaledin no levantó ningún movimiento de masas en "su" territorio, en el territorio cosaco, aislado de la democracia de toda Rusia! Por el contrario, entre el proletariado observamos explosiones espontáneas de movimiento en el centro de influencia y de fuerza de la democracia antibolchevique de toda Rusia.

No hay datos objetivos respecto a la actitud que mantienen ante la democracia y la korniloviada los distintos sectores y grupos económicos cosacos. Únicamente existen indicios de que la mayoría de los cosacos pobres y medios se inclina más hacia la democracia, y que sólo la oficialidad y las altas esferas de los cosacos ricos son plenamente kornilovistas.

Sea como fuere, está demostrado históricamente, después de la experiencia del 21 al 31 de agosto, que el movimiento cosaco masivo a favor de la contrarrevolución burguesa es débil en extremo.

Queda la última cuestión: *la tenacidad* del movimiento. En lo que atañe al movimiento revolucionario proletario bolchevique, tenemos el hecho demostrado de que, en medio año de república en Rusia, se ha sostenido contra el bolchevismo una doble lucha: ideológica, con un predominio *gigantesco* de los órganos de prensa y de las fuerzas de agitación antibolcheviques (y con la inclusión, "arriesgada" en extremo, de campañas de calumnias en la lucha "ideológica") y *mediante represiones*, con centenares de detenciones, asalto de la imprenta principal, clausura del periódico principal y de otros periódicos. El resultado lo demuestran los hechos: un magno fortalecimiento del bolchevismo en las elecciones de agosto en Petrogrado y, después, una intensificación de las corrientes internacionalistas e

"izquierdistas", que se acercan al bolchevismo, en el seno del partido eserista y del partido menchevique. Por consiguiente, en la Rusia republicana es muy grande la tenacidad del movimiento revolucionario proletario. Los hechos prueban que con los esfuerzos conjuntos de los democonstitucionalistas, los eseristas y los mencheviques *no se ha logrado* debilitar en lo más mínimo este movimiento. Todo lo contrario: precisamente la coalición de los kornilovistas con la "democracia" *ha fortalecido* el bolchevismo. Aparte de la presión ideológica *y* de las represiones no puede haber otros medios de lucha contra la corriente revolucionaria proletaria.

Se carece, por ahora, de datos sobre la tenacidad del movimiento democonstitucionalista-kornilovista. Los democonstitucionalistas no han sufrido ninguna represión. Hasta Guchkov ha sido puesto en libertad, ni siquiera Maklákov y Miliukov han sido detenidos. Ni siquiera *Riech* ha sido clausurado. A los democonstitucionalistas se les trata con miramientos. El Gobierno Kerenski *hace la corte* a los democonstitucionalistas y los kornilovistas. ¿Y si planteáramos la cuestión de otra manera? Supongamos que los Riabushinski anglo-franceses y rusos donan más millones y millones a los democonstitucionalistas, a *Edinstvo*, a *Dien*, etc., para una nueva campaña electoral en Petrogrado. ¿Es posible que aumente su número de votos ahora, después de la korniloviada? A juzgar por las reuniones, etc., lo más probable es que deba responderse negativamente a esta pregunta...

* * *

Al resumir los resultados de nuestra comparación de los datos relativos a la historia de la revolución rusa, sacamos la conclusión de que el comienzo de la guerra civil por parte del proletariado reveló la fuerza, la conciencia, la raigambre, el crecimiento y la tenacidad del movimiento. En cambio, el comienzo de la guerra civil por parte de la burguesía no reveló ninguna fuerza, ningún grado de conciencia de las masas, ninguna raigambre y ninguna posibilidad de victoria.

La alianza de los democonstitucionalistas con los eseristas y los mencheviques contra los bolcheviques, es decir, contra el proletariado revolucionario, ha sido probada en la práctica durante varios meses. Y esta alianza de los kornilovistas, agazapados temporalmente, con la "democracia" ha conducido de hecho, no al debilitamiento de los bolcheviques, sino a su fortalecimiento, a la bancarrota de la "coalición" y al reforzamiento de la oposición "izquierdista" incluso entre los mencheviques.

La alianza de los bolcheviques con los eseristas y los mencheviques contra los democonstitucionalistas, contra la burguesía, *no se ha probado aún*. O, para ser más exactos, *ha sido probada sólo en un frente*, sólo en el transcurso de *cinco días*, del 26 al 31 de agosto, durante la korniloviada. Y tal alianza ha proporcionado durante ese tiempo la victoria total sobre la contrarrevolución, una victoria conquistada con una facilidad sin precedente en una revolución; ha proporcionado una derrota tan demoledora de la contrarrevolución burguesa, terrateniente y capitalista, aliado-imperialista y democonstitucionalista, que, *desde este punto de vista*, la guerra civil quedó pulverizada, se transformó en nada desde el comienzo mismo, se disgregó antes de llegar a entablar cualquier "combate".

Y ante este hecho histórico, toda la prensa burguesa y todos sus portavoces (los Plejánov, los Potrésov, las Breshko-Breshkóvskaya, etc.) gritan hasta desgañitarse que precisamente la alianza de los bolcheviques con los mencheviques y los eseristas ¡"amenaza" con los horrores de la guerra civil!...

Esto sería ridículo si no fuera tan triste. Es triste que, en general, pueda tener audiencia semejante absurdo, claro, evidente y flagrante, semejante mofa de los hechos, de toda la historia de nuestra revolución... Eso demuestra la grandísima difusión que tiene aún la mentira burguesa interesada (y la difusión es inevitable mientras la prensa esté monopolizada por la burguesía), una mentira que ahoga y acalla con su griterío las enseñanzas más indudables, tangibles e indiscutibles de la revolución.

Si existe una enseñanza de la revolución absolutamente indiscutible, absolutamente demostrada con hechos, esa enseñanza consiste en que sólo la alianza de los bolcheviques con los eseristas y los mencheviques, sólo el paso inmediato de todo el poder a los Soviets harían imposible la guerra civil en Rusia. Porque contra esa alianza, contra los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, es inconcebible ninguna guerra civil iniciada por la burguesía. Semejante "guerra" no llegaría siquiera a una sola batalla, y la burguesía, *por segunda vez* después de la korniloviada, ¡ni siquiera encontraría una "división salvaje", ni siquiera encontraría la cantidad anterior de convoyes cosacos para el movimiento contra el Gobierno soviético!

El desarrollo pacífico de cualquier revolución es, en general, una cosa extraordinariamente rara y difícil, pues la revolución representa el enconamiento máximo de las más graves contradicciones de clase. Pero en un país campesino, cuando la alianza del proletariado y del campesinado *puede* dar la *paz* a las masas extenuadas por la guerra más injusta y criminal y dar toda *la tierra* a los campesinos; en un país así, en un momento histórico tan excepcional, el desarrollo pacífico de la revolución *es posible* y *probable* con el paso de todo el poder a los Soviets. Dentro de los Soviets, la lucha de los partidos por el poder puede seguir una vía pacífica si los Soviets son plenamente democráticos, si renuncian a los "hurtos mezquinos", al "latrocinio" de los principios

democráticos, como son la concesión a los soldados de un representante por cada quinientos electores, y a los obreros, de uno por cada mil. Estos hurtos mezquinos están condenados a desaparecer en la república democrática.

Contra unos Soviets que entreguen sin pagos de rescate toda la tierra a los campesinos y propongan una paz justa a todos los pueblos, contra unos Soviets de este tipo, no será temible en modo alguno, sino que será impotente en absoluto, cualquier alianza de la burguesía anglo-francesa y rusa, de los Kornílov, los Buchanan, los Riabushinski y los Miliukov con los Plejánov y los Potrésov.

Es inevitable, por supuesto, la resistencia de la burguesía a la entrega de la tierra, sin indemnización, a los campesinos; a la realización de transformaciones semejantes en otras esferas de la vida; a una paz justa y a la ruptura con el imperialismo. Mas para que la resistencia llegue a la guerra civil hacen falta *masas*, por pequeñas que sean, capaces de *pelear* y vencer a los Soviets. Pero la burguesía *carece* de esas masas y no tiene de dónde sacarlas. Cuanto más rápida y resueltamente tomen los Soviets todo el poder, con tanta mayor rapidez se escindirán las "divisiones salvajes" y los cosacos, se escindirán en una ínfima minoría de kornilovistas conscientes y una abrumadora mayoría de defensores de la alianza democrática y *socialista* (pues entonces se tratará precisamente del socialismo) de los obreros y los campesinos.

Al pasar el poder a los Soviets, la resistencia de la burguesía conducirá a que *decenas y centenas* de obreros y campesinos -cuyos intereses exigirán luchar contra el engaño del pueblo por los capitalistas- "espiarán", vigilarán, controlarán y pedirán cuentas *a cada* capitalista. Las formas y los métodos de esta contabilidad y este control han sido ideados y simplificados precisamente por el capitalismo, precisamente por creaciones de los capitalistas como los bancos, las grandes fábricas, los consorcios, ferrocarriles, Correos, sociedades de consumo y organizaciones sindicales. A los Soviets les será suficiente castigar a los capitalistas que eludan la más minuciosa rendición de cuentas o que engañen al pueblo; les bastará con confiscar todos sus bienes, y encarcelarlos por poco tiempo, para romper de este modo incruento toda resistencia de la burguesía. Porque el control y la contabilidad se harán universales, todopoderosos, omnipresentes e invencibles precisamente por medio de los bancos, una vez nacionalizados; precisamente por medio de los sindicatos de empleados, por medio de Correos, de las sociedades de consumo y de las organizaciones sindicales.

Y los Soviets rusos, la alianza de los obreros y de los campesinos pobres rusos, no están solos en sus *pasos hacia* el socialismo. Si estuviéramos solos, careceríamos de fuerzas suficientes para cumplir esta tarea hasta el fin y por medios pacíficos, pues esta tarea es, en el fondo, internacional. Pero tenernos una reserva grandiosa, el ejército de los obreros más avanzados de otros países, en los que la ruptura de Rusia con el imperialismo y con la guerra imperialista acelerará de manera ineluctable la revolución obrera, socialista, que está madurando en ellos.

* * *

Se habla de "raudales de sangre" en la guerra civil. De ello habla la resolución de los democonstitucionalistas kornilovistas citada más arriba. Esta frase la repiten en mil tonos diferentes todos los burgueses y todos los oportunistas. De ella se ríen y se reirán, y no pueden dejar de hacerlo después de la korniloviada, todos los obreros conscientes.

Pero el problema de los "raudales de sangre" en los tiempos de guerra que vivimos puede y debe ser planteado tomando como base un recuento aproximado de las fuerzas, un cálculo de las consecuencias y de los resultados. Puede y debe ser tomado en serio, y no como una huera frase en boga, no sólo como una hipocresía de los democonstitucionalistas, que han hecho *todo* lo que dependía de ellos *para* que Kornílov consiguiera anegar a Rusia en "raudales de sangre", con el fin de restaurar la dictadura de la burguesía, el poder terrateniente y la monarquía.

"Raudales de sangre", se nos dice. Analicemos *también este* aspecto de la cuestión.

Supongamos que continúan las vacilaciones de los mencheviques y de los eseristas, que tanto unos como otros no transmiten el poder a los Soviets, *no* derriban a Kerenski, renuevan el viejo y putrefacto compromiso con la burguesía en una forma un poquito diferente (por ejemplo, los democonstitucionalistas son remplazados con *kornilovistas* "sin partido"), no sustituyen la máquina de poder estatal por la máquina de los Soviets, no proponen la paz, no rompen con el imperialismo ni confiscan la tierra de los latifundistas. Imaginémonos tal desenlace de las actuales vacilaciones de los eseristas y de los mencheviques, tal desenlace del "12 de septiembre".

La experiencia de nuestra propia revolución muestra con claridad meridiana las consecuencias que ello acarrearía: un mayor debilitamiento de los eseristas y los mencheviques, un mayor divorcio entre ellos y las masas, un increíble crecimiento de la indignación y la irritación de estas últimas y un reforzamiento inmenso de las simpatías hacia el proletariado revolucionario, hacia los bolcheviques.

El proletariado de la capital estará entonces más cerca que ahora de la comuna, de la insurrección obrera, de la conquista del poder, de la guerra civil en su forma más excelsa y más resuelta: después de la experiencia del 20 y 21 de abril y del 3 y 4 de julio,

ese resultado debe ser considerado ineluctable desde el punto de vista histórico.

"Raudales de sangre", gritan los democonstitucionalistas. Pero semejantes raudales de sangre darían la victoria al proletariado y a los campesinos pobres, y esta victoria, con un noventa y nueve por ciento de probabilidades, proporcionaría *la paz* en lugar de la guerra imperialista, *es decir*, conservaría la vida de *centenares de miles* de hombres, que hoy derraman su sangre para que los capitalistas se repartan las ganancias y las anexiones. Si las jornadas del 20 y 21 de abril hubieran terminado con el paso de todo el poder a los Soviets, y dentro de ellos hubieran dado la victoria a los bolcheviques en alianza con los campesinos pobres, aun en el caso de que eso hubiera costado "raudales de sangre", se habría salvado la vida de *medio millón* de soldados rusos que perecieron, sin duda, en los combates del 18 de junio.

A esa conclusión llegan y llegarán cada obrero y cada soldado rusos conscientes si sopesan y tienen en cuenta el problema de la guerra civil, planteado en todas partes. Y, como es natural, a ese obrero y a ese soldado, que han vivido y reflexionado algo, no les asustarán los alaridos acerca de los "raudales de sangre", lanzados por hombres, partidos y grupos que desean segar las vidas de *nuevos millones* de soldados rusos por Constantinopla, por Lvov, por Varsovia, por "la victoria sobre Alemania".

Ningún "raudal de sangre" en la guerra civil interna podrá compararse, ni siquiera aproximadamente, con *los mares* de sangre que han derramado los imperialistas rusos después del 19 de junio (a despecho de la posibilidades, extraordinariamente grandes, de evitarlo mediante ante la entrega del poder a los Soviets).

Durante la guerra, señores Miliukov, Potrésov y Plejánov, sean más prudentes al argumentar *contra* los "raudales de sangre" en la guerra civil, pues los soldados conocen y han visto *mares* de sangre.

Hoy en 1917, en el cuarto año de una guerra criminal, inusitadamente dura y que tanto ha hecho sufrir a los pueblos, la situación internacional de la revolución rusa es tal que la propuesta de una paz justa por el proletariado ruso triunfante en la guerra civil significaría el noventa y nueve por ciento de las posibilidades de lograr el armisticio y la paz *sin derramar más mares de sangre*.

Porque, en la práctica, *es imposible* la unión de los imperialismos anglo-francés y alemán, hostiles entre sí, *contra* la república socialista proletaria de Rusia; y la unión de los imperialismos inglés, japonés y norteamericano contra nosotros es sumamente difícil de realizar y no la tememos en absoluto, aunque sólo sea, por la situación geográfica de Rusia. Entretanto, es un hecho que existen masas proletarias socialistas y revolucionarias en todos los países europeos; y no ofrecen la menor duda la maduración y la ineluctabilidad de la revolución socialista mundial. Y la única forma de prestar una ayuda seria a esta revolución no consiste, por supuesto, en enviar delegaciones ni en jugar a las conferencias de Estocolmo con los Plejánov y los Tsereteli extranjeros, sino en hacer avanzar la revolución rusa.

Los burgueses predicen a gritos la derrota inevitable de la comuna en Rusia, es decir, la derrota del proletariado, si éste conquistara el poder.

Son gritos falaces, que expresan intereses egoístas de clase.

Una vez dueño del poder, el proletariado de Rusia tendrá *todas* las posibilidades de sostenerse en él y de conducir a Rusia hasta la revolución victoriosa en Occidente.

Porque, en primer lugar, hemos aprendido mucho desde la Comuna y no repetiríamos sus funestos errores, no dejaríamos los bancos en manos de la burguesía, no nos limitaríamos a defendernos de nuestros versalleses (los kornilovistas también), sino que pasaríamos a la ofensiva contra ellos y los aplastaríamos.

En segundo lugar, el proletariado victorioso dará la paz a Rusia. Y después de todos los horrores de la matanza de pueblos que dura ya más de tres años, ninguna fuerza podrá derribar al gobierno de *la paz*, al gobierno de una paz justa sincera y honrosa.

En tercer lugar, el proletariado victorioso dará inmediatamente y sin rescate la tierra a los campesinos, y a gigantesca mayoría del campesinado, atormentado y enfurecido a causa del "coqueteo con los terratenientes" por parte de nuestro gobierno sobre todo del gobierno de "coalición", sobre todo del Gobierno Kerenski, apoyará por completo, por todos los medios y sin reservas al proletariado victorioso.

Ustedes, señores mencheviques y eseristas, hablan sin cesar de los "esfuerzos heroicos" del pueblo. Hace sólo unos días encontró esta frase, una y otra vez, en el artículo de fondo de su *Izvestia del CEC*. En sus labios, eso es *únicamente* una frase. Pero los obreros y los campesinos que la leen, *meditan* sobre ella; y cada reflexión, corroborada con la experiencia de la korniloviada, con la "experiencia" del ministerio de Peshejónov, con las "experiencias" del ministerio de Chernov y *etcétera*; cada reflexión conduce inevitablemente a una conclusión: ¡pero si ese "esfuerzo heroico" no es otra cosa que la confianza de los campesinos pobres en los obreros de la ciudad como sus aliados y guías más fieles! Los heroicos esfuerzos no son otra cosa que la victoria del proletariado ruso sobre la burguesía en la guerra civil, pues esta victoria es la única que salvará de las dolorosas vacilaciones, la única que ofrecerá una salida, que dará la tierra y proporcionará la paz.

Si se puede realizar la alianza de los obreros urbanos con los campesinos pobres, mediante la

entrega inmediata del poder a los Soviets, tanto mejor. Los bolcheviques harán *todo* lo posible para asegurar esta vía *pacífica* de desarrollo de la revolución. Sin eso, la Asamblea Constituyente, sola, por sí misma, tampoco será la salvación, pues también los eseristas podrán continuar en ella el "juego" a los acuerdos con los democonstitucionalistas, con Breshko y Kerenski (¿en qué son ellos mejores que los democonstitucionalistas?), y etcétera, etcétera.

Si ni siquiera la experiencia de la korniloviada ha enseñado a la "democracia" y ésta sigue la funesta política de vacilaciones y conciliacionismo, entonces diremos: nada destruye tanto a la revolución proletaria como esas vacilaciones. No asusten, pues, señores, con la guerra civil: ésta es inevitable, si no quieren ustedes ajustar cuentas a la korniloviada y a la "coalición" ahora mismo y hasta el fin. Y esta guerra proporcionará la victoria sobre los explotadores, dará la tierra a los campesinos, dará la paz a los pueblos y abrirá el camino seguro de la triunfal revolución del proletariado socialista mundial.

Escrito en la primera quincena de septiembre de 1917. Publicado el 29 (16) de septiembre de 1917 en el núm. 12 del periódico "Rabochi Put".

T. 34, págs. 214-228.

LAS TAREAS DE LA REVOLUCIÓN.

Rusia es un país pequeñoburgués. La inmensa mayoría de su población pertenece a esta clase. Sus vacilaciones entre la burguesía y el proletariado son inevitables. Sólo su alianza con el proletariado podrá garantizar el triunfo fácil, pacífico, rápido y tranquilo de la causa de la revolución, de la causa de la paz, la libertad y la entrega de la tierra a quienes la trabajan.

El curso de nuestra revolución nos muestra, en el terreno de la práctica, esas vacilaciones. No nos hagamos, por tanto, ilusiones acerca de los partidos eserista y menchevique; mantengámonos firmemente en nuestro camino proletario de clase. La miseria de los campesinos pobres, los horrores de la guerra, los horrores del hambre: todo eso demuestra a las masas, de un modo cada vez más palpable, la justedad del camino proletario y la necesidad de apoyar la revolución proletaria.

Las "pacíficas" esperanzas pequeñoburguesas en una "coalición" con la burguesía, en la conciliación con ella, en la posibilidad de esperar "tranquilamente" a que se reúna "pronto" la Asamblea Constituyente, etc., todo eso es arrollado despiadada, cruel e inexorablemente por la marcha de la revolución. La korniloviada ha sido la última enseñanza feroz; una enseñanza de gran envergadura, que ha venido a completar los miles y miles de lecciones menudas, consistentes en el engaño de los obreros y los campesinos en las fábricas y en el campo por los capitalistas y terratenientes, en el engaño de los soldados por los oficiales, etc., etc.

El descontento, la indignación y la exasperación reinantes en el ejército, entre los campesinos y entre los obreros van en aumento. La "coalición" de los eseristas y mencheviques con la burguesía, coalición que lo promete todo y no cumple nada, enerva a las masas, les abre los ojos y las incita a sublevarse.

Crece la oposición de izquierda entre los eseristas (Spiridónova y otros) y los mencheviques (Mártov, etc.), habiendo llegado ya en el "Consejo" y en el "Congreso" de estos partidos al 40%. Y *en la base*, entre los proletarios y los campesinos, sobre todo entre los pobres, *la mayoría* de los eseristas y mencheviques está formada por "*izquierdistas*".

La korniloviada enseña. La korniloviada ha enseñado ya mucho.

Es imposible saber si los Soviets estarán ahora en condiciones de ir más lejos que los líderes eseristas y mencheviques, garantizando así el desarrollo pacífico de la revolución, o si seguirán su inmovilismo, con lo cual harán inevitable la insurrección proletaria.

Es imposible saberlo.

Nuestra misión consiste en ayudar a que se haga todo lo posible para asegurar la "última" coyuntura de desarrollo pacífico de la revolución, exponiendo nuestro programa, explicando su carácter popular, haciendo ver que coincide indiscutiblemente con los intereses y las reivindicaciones de la inmensa mayoría de la población.

Las siguientes líneas son precisamente un ensayo de exposición de ese programa.

Vayamos con él, más que hoy, a "los de abajo", a las masas, a los empleados, a los obreros, a los campesinos; no sólo a los que están con nosotros, sino, sobre todo, a los eseristas, a los sin partido, a los ignorantes. Esforcémonos por ayudarles a pensar por su cuenta, a tomar acuerdos propios, a enviar *sus* delegaciones a la conferencia, a los Soviets, al gobierno, y nuestra labor, *cualesquiera que sean* los resultados de la conferencia, no será estéril. Será una labor fructífera tanto para la conferencia como para las elecciones a la Asamblea Constituyente y para toda actuación política en general.

La realidad demuestra cuán justos son el programa y la táctica bolcheviques. Desde el 20 de abril hasta la korniloviada ha transcurrido poco tiempo y, sin embargo, ¡cuántas cosas han sucedido!

La experiencia de *las masas*, la experiencia de las clases *oprimidas*, les ha hecho aprender muchísimo durante este tiempo, en tanto que los líderes eseristas y mencheviques se han divorciado por completo de las masas. Y esto se pondrá de manifiesto con la mayor exactitud precisamente en un programa, lo más concreto posible, y en la medida en que logremos llevar su discusión al seno de las masas.

Carácter funesto del conciliacionismo con los capitalistas.

1. Permitir que sigan en el poder, aunque sea en número reducido, los representantes de la burguesía; dejar en sus puestos a unos kornilovistas tan manifiestos como los generales Alexéiev, Klembovski, Bagratión, Gagarin, etc., o a quienes, como Kerenski, han acreditado su completa impotencia frente a la burguesía y su aptitud para

proceder al estilo bonapartista, equivale a abrir de par en par las puertas no sólo al hambre y a esa inevitable catástrofe económica que los capitalistas aceleran y agravan deliberadamente, sino también a una catástrofe militar, pues el ejército odia al Cuartel General y no puede participar con entusiasmo en la guerra imperialista. Además, es indudable que los generales y oficiales kornilovistas, si continúan en el poder, *abrirán intencionadamente el frente a los alemanes*, como lo han hecho en Galitzia y en Riga. Y eso puede evitarlo únicamente la formación de un gobierno nuevo sobre bases nuevas, que exponemos a continuación. Después de todo lo sucedido desde el 20 de abril, la continuación del conciliacionismo, cualquiera que sea, con la burguesía por los eseristas y los mencheviques constituiría no sólo un error, sino una traición directa al pueblo y a la revolución.

El poder a los soviets.

2. Todo el poder del Estado debe pasar exclusivamente a manos de los representantes de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, tomando como base un programa concreto y respondiendo íntegramente el poder ante los Soviets. Deberán celebrarse sin demora nuevas elecciones a los Soviets, tanto para aprovechar toda la experiencia adquirida por el pueblo durante las últimas semanas de la revolución, tan ricas de contenido, como para acabar con las flagrantes injusticias (desproporción en la representación, desigualdad en las elecciones, etc.), que en algunos sitios no han sido corregidas.

Donde no existan todavía instituciones elegidas democráticamente, así como en el ejército, todo el poder deberá pasar a los Soviets locales y a los comisarios elegidos por ellos, o a otras instituciones, siempre y cuando que sean electivas.

Deberá procederse sin falta y en todas partes, con el pleno apoyo del Estado, a armar a los obreros y a las tropas revolucionarias, es decir, a las que hayan demostrado en la práctica su capacidad para reprimir a los kornilovistas.

La paz a los pueblos.

3. El Gobierno soviético deberá proponer *sin demora a todos* los pueblos beligerantes (es decir, a sus gobiernos y, simultáneamente, a las masas de obreros y campesinos) la conclusión inmediata de una paz general sobre bases democráticas y, además, un armisticio inmediato (aunque sólo sea por tres meses).

La condición fundamental para una paz democrática es renunciar a las anexiones, pero no en el falso sentido de que todas las potencias deban recuperar lo que hayan perdido, sino en el único sentido justo, o sea, en el sentido de que todo pueblo, sin excepción alguna, tanto en Europa como en las colonias, obtenga la libertad y la posibilidad de decidir por su cuenta si desea constituirse en Estado *independiente* o formar parte de cualquier otro.

Al proponer estas condiciones de paz, el Gobierno soviético deberá proceder, por su parte, a ponerlas en práctica sin la menor demora, es decir, deberá publicar y anular los tratados secretos por los que estamos ligados todavía, tratados que fueron concertados por el zar y en los que se promete a los capitalistas rusos el saqueo de Turquía, Austria, etc. Además, estamos obligados a cumplir inmediatamente las condiciones formuladas por los ucranios y los finlandeses, asegurándoles, como a las demás naciones que pueblan Rusia, una libertad completa, incluso la libertad de separación; aplicar el mismo principio a *toda* Armenia, contraer el compromiso de desalojar este país y los territorios turcos que ocupamos, etc.

Estas condiciones de paz no serán bien acogidas por los capitalistas, pero suscitarán en todos los pueblos un eco tan grandioso de simpatía y una explosión universal, tan gigantesca e histórica, de entusiasmo e indignación general contra la prolongación de la guerra de rapiña, que lo más probable es que consigamos en el acto un armisticio y el asenso a entablar negociaciones de paz. Porque la revolución obrera contra la guerra crece incontenible en todas partes, y lo único que puede impulsarla no son las frases acerca de la paz (con las que todos los gobiernos imperialistas, incluido nuestro Gobierno Kerenski, vienen engañando desde hace ya mucho a los obreros y los campesinos), sino la ruptura con los capitalistas y la proposición de la paz.

Y si ocurriese lo menos probable, es decir, si ningún Estado beligerante accediese siquiera al armisticio, la guerra sería, por nuestra parte, una guerra verdaderamente impuesta, verdaderamente justa y defensiva. El solo hecho de que el proletariado y los campesinos pobres comprendieran eso, haría que Rusia fuese mucho más fuerte, incluso en el terreno militar, sobre todo después de romper por completo con los capitalistas, que saquean al pueblo. Y no hablemos ya de que, entonces, la guerra sería de hecho, y no de palabra, una guerra en la que pelearíamos aliados a las clases oprimidas de todos los países y a los pueblos oprimidos del mundo entero.

En particular, hay que prevenir al pueblo contra la afirmación de los capitalistas, que hace mella a veces e los más asustadizos y en los pequeños burgueses, de que lo capitalistas ingleses y de otros países pueden inferir un grave daño a la revolución rusa si rompemos la alianza rapaz que tenemos con ellos. Esa afirmación es absolutamente falsa, pues “el apoyo financiero de los aliados”, con el que se enriquecen los banqueros, “sostiene” a los obreros y campesinos rusos igual que la soga al ahorcado. Rusia dispone de trigo, carbón, petróleo y hierro en cantidad suficiente, y lo único que se necesita para

poder distribuir bien esos productos es librarse de los terratenientes y capitalistas que saquean al pueblo. En lo que respecta a una posible amenaza militar al pueblo ruso por parte de sus aliados de hoy, es absurda a todas luces la suposición de que los franceses y los italianos puedan unir sus tropas con las de los alemanes y lanzarlas contra Rusia, que propone una paz justa. Por su parte, Inglaterra, los Estados Unidos y el Japón, aun suponiendo que declarasen la guerra a Rusia (cosa para ellos difícil en extremo, no sólo porque dicha guerra sería extraordinariamente impopular para las masas, sino también por las divergencias existentes entre los intereses materiales de los capitalistas de esos países en lo que respecta al reparto de Asia y, sobre todo, al saqueo de China), no inferirían a nuestro país ni la centésima parte del daño y de las calamidades que le causa la guerra contra Alemania, Austria y Turquía.

La tierra para los que la trabajan.

4. El Gobierno soviético deberá declarar inmediatamente abolida sin indemnización la propiedad privada de la tierra de los latifundistas y entregar esta tierra a los comités de campesinos hasta que resuelva la Asamblea Constituyente. Asimismo deberán entregarse a los susodichos comités de campesinos, para su administración, el ganado y los aperos de labranza de los terratenientes, a fin de que sean facilitados en usufructo, en primer término, incondicional y gratuitamente, a los campesinos pobres.

Estas medidas, que la mayoría abrumadora de los campesinos viene reclamando desde hace largo tiempo en los acuerdos de sus congresos y en cientos de mandatos locales (como lo patentiza también el resumen de los 242 mandatos aparecido en *Izvestia Sovieta Krestiánskij Deputátov*), son dudablemente necesarias e inaplazables. No se pueden tolerar más aplazamientos, que tanto han perjudicado a los campesinos durante el gobierno de "coalición".

Todo gobierno que tarde en implantar estas medidas debe ser considerado *antipopular*, merecedor de ser derribado y aplastado por la insurrección de los obreros y los campesinos. Y, por el contrario, sólo podrá ser considerado un gobierno de todo el pueblo el que aplique estas medidas.

La lucha contra el hambre y la ruina.

5. El Gobierno soviético deberá implantar sin demora en todo el Estado el control obrero de la producción y el consumo. Sin eso, como ha demostrado ya la experiencia desde el 6 de mayo, serán inútiles todas las promesas de reformas y todos los intentos de llevarlas a la práctica; el hambre, junto con una catástrofe sin precedente, amenaza al país de una semana para otra.

Es preciso nacionalizar sin dilación los bancos y las compañías de seguros, así como las ramas industriales más importantes (industrias petrolera, hullera, metalúrgica, azucarera, etc.). A la par con ello hay que abolir obligatoriamente el secreto comercial y organizar un sistema inexorable de fiscalización, a cargo de los obreros y los campesinos, de la insignificante minoría de capitalistas que se lucra con los suministros al Estado y elude la rendición de cuentas y los justos impuestos sobre sus ganancias y sus bienes.

Estas medidas, que no privarán ni de un solo kopek de su propiedad ni a los campesinos medios, ni a los cosacos ni a los pequeños artesanos, son absolutamente justas para conseguir una distribución equitativa de las cargas de la guerra e inaplazables para combatir el hambre. Sólo después de meter en cintura a los merodeadores capitalistas y poner fin a la paralización premeditada de la producción, provocada por ellos, se podrá elevar el rendimiento del trabajo, implantar el trabajo general obligatorio, el intercambio equitativo del trigo por artículos industriales y conseguir que vuelvan al Tesoro los miles de millones de papel moneda que ocultan los ricos.

Sin estas medidas será imposible también abolir sin indemnización la gran propiedad agraria, pues la mayor parte de estas tierras está hipotecada a los bancos, y los intereses de los terratenientes y los capitalistas se hallan entrelazados de manera indisoluble.

El último acuerdo adoptado por la Sección Económica del CEC de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros y soldados (*Rabóchaya Gazeta*, núm. 152) no sólo considera "*funestas*" las medidas adoptadas por el gobierno (como, por ejemplo, subir los precios del trigo para que se enriquezcan los terratenientes y los kulaks); no sólo reconoce "el hecho de la *pasividad absoluta* de los organismos centrales de reglamentación de la vida económica anejos al gobierno", sino que incluso declara que este gobierno "*infringe la ley*". Esta confesión de los partidos gobernantes eserista y menchevique demuestra una vez más cuán criminal es la política de conciliación con la burguesía.

La lucha frente a la contrarrevolución de los terratenientes y capitalistas.

6. La sublevación de Kornílov y Kaledin fue apoyada por toda la clase de los terratenientes y capitalistas, con el Partido Demócrata Constitucionalista (el partido de "la libertad del pueblo") a la cabeza. Así lo demuestran plenamente los hechos publicados en *Izvestia del CEC*.

Pero no se ha hecho nada ni para aplastar por completo esa contrarrevolución ni, aunque sólo sea, para investigarla. Y nada serio podrá hacerse en este sentido sin que el poder pase a manos de los Soviets. Ninguna comisión no investida de poderes del Estado puede efectuar una investigación completa, detener a

los culpables, etc. Eso puede y debe hacerlo únicamente el Gobierno de los Soviets. Sólo él puede poner a Rusia a salvo de una repetición inevitable de las intentonas "tipo Kornílov", deteniendo a los generales kornilovistas y a los cabecillas de la contrarrevolución burguesa (Guchkov, Miliukov, Riabushinski, Maklákov y Cía.), disolviendo las organizaciones contrarrevolucionarias (la Duma de Estado, las ligas de oficiales, etc.), poniendo a sus miembros bajo la vigilancia de los Soviets locales y disolviendo la unidades contrarrevolucionarias.

El Gobierno de los Soviets es el único que puede formar una comisión encargada de investigar profunda y públicamente el asunto de los kornilovistas y todos los demás asuntos semejantes, incluso los incoados por la burguesía. Por su parte, el Partido Bolchevique invitaría a los obreros a que obedeciesen y apoyasen por entero sólo a una comisión de ese tipo.

El Gobierno de los Soviets es el único que podría combatir con eficacia la escandalosa injusticia que supone que las imprentas principales y la mayoría de los periódicos hayan sido acaparados por los capitalistas con ayuda de los millones robados al pueblo. Es preciso prohibir los periódicos burgueses contrarrevolucionarios (*Riech*, *Rúskoie Slovo*, etc.), confiscar sus imprentas, declarar monopolio del Estado los anuncios de particulares en la prensa y concentrarlos en el periódico del gobierno, que editarán los Soviets y dirá la verdad a los campesinos. Sólo así se puede y se debe arrancar de las manos de la burguesía ese poderoso instrumento de la mentira y la calumnia impunes, que le permite engañar al pueblo, desorientar a los campesinos y preparar la contrarrevolución.

El desarrollo pacífico de la revolución.

7. Ante la democracia de Rusia, ante los Soviets y ante los partidos eserista y menchevique surge hoy la posibilidad, extraordinariamente rara en la historia de las revoluciones, de asegurar la convocación de la Asamblea Constituyente en el plazo señalado y sin nuevas dilaciones, la posibilidad de salvar al país del peligro de una catástrofe militar y económica, la posibilidad de asegurar el desarrollo pacífico de la revolución.

Si los Soviets asumen hoy íntegra y exclusivamente el poder del Estado para aplicar el programa que hemos expuesto, tendrán asegurado no solo el apoyo de las nueve décimas partes de la población de Rusia, de la clase obrera y de la inmensa mayoría de los campesinos. Tendrán asegurado también el mayor entusiasmo revolucionario del ejército y de la mayoría del pueblo, un entusiasmo sin el cual es imposible vencer en la lucha contra el hambre y la guerra.

Hoy no podría ni hablarse de oponer resistencia a los Soviets si éstos, por su parte, no vacilasen. Ninguna clase se atreverá a sublevarse contra ellos; y los terratenientes y capitalistas, aleccionados por las enseñanzas de la korniloviada, cederán pacíficamente el poder en cuanto los Soviets lo exijan en forma de ultimátum. Para vencer la resistencia de los capitalistas al programa de los Soviets bastará con establecer la vigilancia de los explotadores por los obreros y los campesinos y adoptar medidas contra los desobedientes como, por ejemplo, la confiscación de todos los bienes, unida a un breve período de cárcel.

Si los Soviets asumieran todo el poder, podrían asegurar ya hoy -y, probablemente, ésta sea su última oportunidad- el desarrollo pacífico de la revolución, la elección pacífica de los diputados por el pueblo, la lucha pacífica de los partidos dentro de los Soviets, la constatación práctica de los programas de los distintos partidos y el paso pacífico del poder de un partido a otro.

Si se desaprovecha esta posibilidad, el rumbo seguido por la revolución desde el movimiento del 20 de abril hasta la korniloviada muestra que es inevitable la más enconada guerra civil entre la burguesía y el proletariado. La catástrofe inminente acercará esa guerra, que, a juzgar por todos los datos y razones accesibles a la inteligencia humana, deberá terminar con la victoria completa de la clase obrera, apoyada por los campesinos pobres, para llevar a la práctica el programa aquí expuesto. Mas la guerra civil puede ser muy dura y sangrienta, puede costar la vida a decenas de miles de terratenientes, capitalistas y oficiales que simpaticen con ellos. El proletariado no retrocederá ante ningún sacrificio para salvar la revolución, cosa imposible fuera del programa que hemos trazado. Ahora bien, el proletariado apoyaría con todas sus fuerzas a los Soviets si éstos aprovechasen la última posibilidad de desarrollo de la revolución.

Escrito en la primera quincena de septiembre de 1917. Publicado el 9 y 10 de octubre (26 y 27 de septiembre) de 1917 en los núm. 20 y 21 de "Rabochi Put".

T. 34, págs. 229-238.

LOS BOLCHEVIQUES DEBEN TOMAR EL PODER[71].

Carta al Comité Central y a los comités de Petrogrado y Moscú del POSD(b) de Rusia.

Después de haber conquistado la mayoría en los Soviets de diputados obreros y soldados de ambas capitales, los bolcheviques pueden y deben tomar en sus manos el poder del Estado.

Pueden, pues la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de ambas capitales es suficiente para llevar tras de sí a las masas, vencer la resistencia del enemigo, derrotarlo, conquistar el poder y sostenerse en él; pueden, pues al proponer en el acto la paz democrática, entregar en el acto la tierra a los campesinos y restablecer las instituciones y libertades democráticas, aplastadas y destrozadas por Kerenski, los bolcheviques formarán un gobierno que *nadie* podrá derrocar.

La mayoría del pueblo *nos apoya*. Así lo ha demostrado el largo y difícil camino recorrido desde el 6 de mayo hasta el 31 de agosto y hasta el 12 de septiembre: la mayoría en los Soviets de ambas capitales es *el fruto* de la evolución del pueblo *hacia nosotros*. Lo mismo demuestran las vacilaciones de los eseristas y mencheviques y el fortalecimiento de los internacionalistas entre ellos.

La Conferencia Democrática *no* representa a la mayoría del pueblo revolucionario, sino *únicamente a las cúspides pequeñoburguesas conciliadoras*. No debemos dejarnos engañar por las cifras de las elecciones, pues el quid de la cuestión no está en ellas: comparad las elecciones a las dumas urbanas de Petrogrado y Moscú con las de los Soviets. Comparad las elecciones en Moscú y la huelga moscovita del 12 de agosto: ahí tenéis los datos objetivos referentes a la mayoría de los elementos revolucionarios que guían a las masas.

La Conferencia Democrática engaña a los campesinos, no dándoles ni la paz ni la tierra.

El gobierno bolchevique es *el único* que satisfará a los campesinos.

* * *

¿Por qué deben los bolcheviques tomar el poder precisamente *ahora*?

Porque la inminente entrega de Petrogrado hará cien veces más difíciles nuestras posibilidades.

Y existiendo un ejército encabezado por Kerenski y Cía., *no estamos en condiciones* de impedir la entrega de Petrogrado.

No se puede "esperar" a la Asamblea Constituyente, pues Kerenski y Cía. *podrán frustrarla* siempre con esa misma entrega de Petrogrado. Sólo nuestro partido, tomando el poder, puede asegurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y, después de tomar el poder, acusará de demora a los demás partidos y demostrará su acusación.

La paz por separado entre los imperialistas ingleses y alemanes puede y debe ser impedida únicamente si se actúa con rapidez.

El pueblo está cansado de las vacilaciones de los mencheviques y eseristas. Sólo nuestra victoria en ambas capitales hará que los campesinos nos sigan.

* * *

No se trata del "día" de la insurrección, de su "momento", en el sentido estrecho de la palabra. Eso lo decidirá únicamente la voluntad común de los que *tienen contacto* con los obreros y los soldados, con *las masas*.

Se trata de que nuestro partido tiene ahora, de hecho, en la Conferencia Democrática *su Congreso*, y este congreso *debe* (quiéralo o no, pero debe) decidir *el destino de la revolución*.

Se trata de conseguir que esta tarea sea clara para el partido: plantear a la orden del día la *insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (comprendida la región), conquistar el poder, derribar el gobierno. Hay que pensar en *cómo* hacer agitación en pro de esta tarea, sin expresarse así en la prensa.

Recordad y reflexionad sobro las palabras de Marx respecto a la insurrección: "*la insurrección es un arte*"[72], etc.

* * *

Es ingenuo esperar la mayoría "formal" de los bolcheviques: ninguna revolución espera *eso*. Tampoco lo esperan Kerenski y Cía., sino que preparan la entrega de Petrogrado. ¡Precisamente las ruines vacilaciones de la "Conferencia Democrática" deben agotar, y agotarán, la paciencia de los obreros de Petrogrado y Moscú! La historia no nos perdonará si no tomamos ahora el poder.

¿Que no existe un aparato? Ese aparato existe: los Soviets y las organizaciones democráticas. La situación internacional *precisamente* ahora, *en vísperas* de la paz por separado de los ingleses con los alemanes, *nos es favorable*. Precisamente ahora,

proponer la paz a los pueblos significa *triunfar*.

Tomando el poder *simultáneamente* en Moscú y Petrogrado (no importa quién empiece; quizá pueda empezar incluso Moscú), triunfaremos *de manera indefectible y segura*.

N. Lenin.

Escrita el 12-14 (25-27) de septiembre de 1917. Publicada por vez primera en 1921 en el núm. 2 de la revista "Proletárskaya Revoliutsia".

T. 34, págs. 239-241

EL MARXISMO Y LA INSURRECCIÓN.

Carta al Comité Central del POSD(b) de Rusia.

Entre las tergiversaciones del marxismo más aviesas y, quizá, más difundidas por los partidos "socialistas" dominantes figura la mentira oportunista de que la preparación de la insurrección -y, en general, la concepción de ésta como un arte- es "blanquismo".

El jefe del oportunismo, Bernstein, se ganó ya una triste celebridad al acusar al marxismo de blanquismo; y los oportunistas de hoy, en realidad, no renuevan ni "enriquecen" en nada las pobres "ideas" de Bernstein al hablar a gritos de blanquismo.

¡Acusar a los marxistas de blanquismo porque consideran que la insurrección es un arte! ¿Cabe falseamiento más patente de la verdad, cuando ningún marxista niega que fue el propio Marx quien se pronunció del modo más concreto, claro e irrefutable sobre este problema, diciendo precisamente que la insurrección es *un arte*, que hay que tratarla como tal, que es necesario *conquistar* un primer triunfo y avanzar luego de éxito en éxito, sin interrumpir *la ofensiva* contra el enemigo, aprovechándose de su confusión, etc., etc.?

La insurrección, para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en *el entusiasmo revolucionario del pueblo*. Y en tercer lugar debe apoyarse en *el momento crítico* de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores *las vacilaciones* en las filas de los enemigos y en *las filas de los amigos débiles, inconsecuentes e indecisos de la revolución*. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección son precisamente las que diferencian *el marxismo y el blanquismo*.

Pero, si se dan estas condiciones, negarse a considerar que la insurrección es *un arte* significa traicionar al marxismo y traicionar a la revolución.

Para demostrar por qué precisamente en el momento actual *es obligatorio* para el partido reconocer que la *insurrección* ha sido puesta a la orden del día por la marcha objetiva de los acontecimientos y considerarla un arte; para demostrar eso, lo mejor será, quizá, usar el método comparativo y trazar un paralelo entre las jornadas del 3 y 4 de julio y las de septiembre.

El 3 y 4 de julio se podía, sin faltar a la verdad, plantear el problema del modo siguiente: lo más justo sería tomar el poder, pues, aunque no lo hagamos, los enemigos nos acusarán igualmente de insurgentes y nos tratarán como a tales. Pero de ahí no se podía deducir que fuera conveniente tomar el poder en aquel momento, pues entonces no existían las condiciones objetivas necesarias para el triunfo de la insurrección.

1) No nos seguía aún la clase que constituye la vanguardia de la revolución.

No teníamos aún la mayoría entre los obreros y los soldados de las capitales. Hoy tenemos ya la mayoría en ambos Soviets. Esta mayoría es fruto *únicamente* de la historia de los meses de julio y agosto, de la experiencia de las "represalias" contra los bolcheviques y de las enseñanzas de la korniloviada.

2) Entonces faltaba el entusiasmo revolucionario de todo el pueblo. Hoy, después de la korniloviada, ese entusiasmo existe. Así lo demuestran la situación en las provincias y la toma del poder por los Soviets en muchos lugares.

3) Entonces no existían *vacilaciones* serias, de alcance político general, entre nuestros enemigos ni entre la pequeña burguesía inconsecuente. Hoy, esas vacilaciones son gigantescas nuestro enemigo principal, el imperialismo de los aliados y el imperialismo mundial (pues los "aliados" se encuentran a la cabeza de este último), *empieza a vacilar* entre la guerra hasta la victoria final y una paz separada dirigida contra Rusia. Y nuestros demócratas pequeñoburgueses que han perdido ya a ojos vistas la mayoría en el pueblo, vacilan también en proporciones gigantescas, habiendo renunciado al bloque, es decir, a la coalición con los democonstitucionalistas.

4) Por eso, la insurrección habría sido un error el 3 y el 4 de julio: no habríamos podido mantenernos en el poder ni física ni políticamente. Físicamente, pues, aunque en algunos momentos tuvimos a Petrogrado en nuestras manos, nuestros propios obreros y soldados no estaban dispuestos entonces a *pelear y morir* por la capital: les faltaba todavía el "enfurecimiento" que existe hoy, el odio ardiente

tanto a los Kerenski *como* a los Tsereteli y los Chernov. Nuestros hombros no se habían templado aún con la experiencia de las persecuciones contra los bolcheviques, efectuadas con participación de los eseristas y los mencheviques.

Desde el punto de vista político, el 3 y el 4 de julio no habríamos podido sostenemos en el poder, pues, *antes de la korniloviada*, el ejército y las provincias podían marchar, y habrían marchado, sobre Petrogrado.

El panorama es hoy completamente distinto.

Nos sigue la mayoría de *la clase* que constituye la vanguardia de la revolución, la vanguardia del pueblo capaz de llevar tras de sí a las masas.

Nos sigue *la mayoría* del pueblo, pues la dimisión de Chernov no es, ni mucho menos, el único indicio, pero sí el más claro y más patente, de que los campesinos *no recibirán la tierra* del bloque de los eseristas (ni de los propios eseristas). Y ahí está la clave del carácter popular de la revolución.

Estamos en la situación ventajosa de un partido que sabe firmemente cuál es su camino, en medio de las más inauditas vacilaciones *de todo el imperialismo* y de todo el bloque menchevique-eserista.

Nuestro *triunfo es seguro*, pues el pueblo se encuentra ya al borde de la desesperación y nosotros ofrecemos a todo el pueblo la salida certera, al demostrarle "en los días de la korniloviada" el significado de nuestra dirección, y, después, *al proponer* una transacción a los del bloque y *recibir de ellos una negativa*, sin que hayan terminado, ni mucho menos, sus vacilaciones.

Sería el mayor error pensar que la transacción propuesta por nosotros no ha sido rechazada *todavía*, que la Conferencia Democrática puede *aún* aceptarla. La transacción era una propuesta *de un partido a otros partidos*. No podía hacerse de otro modo. *Los partidos* la rechazaron. La Conferencia Democrática es sólo una conferencia, y nada más. No debe olvidarse que en ella no está representada *la mayoría* del pueblo revolucionario: los exasperados campesinos pobres. Es una conferencia de *la minoría del pueblo*: no debe olvidarse esta verdad evidente. Sería el mayor error, el mayor cretinismo parlamentario, que nosotros viéramos en la Conferencia Democrática un Parlamento, pues, aun *suponiendo* que se hubiese proclamado Parlamento permanente y soberano de la revolución, de todos modos *no resolvería* nada: la solución está *fuera de ella*, está en los barrios obreros de Petrogrado y de Moscú.

Existen todas las premisas objetivas para una insurrección victoriosa. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en la que *sólo* nuestra victoria en la insurrección pondrá fin a las vacilaciones, que han extenuado al pueblo y son la cosa más penosa del mundo; en la que *sólo* nuestra victoria en la insurrección dará inmediatamente la tierra a los campesinos; en la que sólo *nuestra* victoria en la insurrección *frustrará* todas esas maniobras de paz por separado, enfiladas contra la revolución, y las frustrará mediante la propuesta pública de una paz más completa, más justa y más próxima, de una paz *en beneficio* de la revolución.

Por último, nuestro partido es el único que, triunfante en la insurrección, *puede* salvar a Petrogrado, pues si nuestra propuesta de paz es rechazada y no se nos concede siquiera un armisticio, *nos* haremos "defensistas", nos pondremos *a la cabeza de los partidos que propugnan la continuación de la guerra*, nos convertiremos en el partido *más "belicista"* y sostendremos una guerra verdaderamente revolucionaria. Despojaremos a los capitalistas de todo el pan y de *todas* las botas. Sólo les dejaremos cortezas y los calzaremos con esparteñas. Enviaremos al frente todo el calzado y todo el pan.

Y así defenderemos Petrogrado.

En Rusia son todavía inmensamente grandes los recursos materiales y morales con que contaría una guerra auténticamente revolucionaria: hay un 99 por 100 de probabilidades de que los alemanes nos concedan, por lo menos, un armisticio. Y obtener hoy un armisticio significa ya triunfar sobre *el mundo entero*.

* * *

Una vez convencidos de que la insurrección de los obreros de Petrogrado y de Moscú es absolutamente necesaria para salvar a la revolución y salvar a Rusia del reparto "separado" por los imperialistas de ambas coaliciones, debemos: primero, adaptar nuestra táctica política en la Conferencia Democrática a las condiciones de la creciente insurrección; segundo, demostrar que no aceptamos sólo de palabra la idea de Marx de que es preciso considerar la insurrección como un arte.

En la Conferencia Democrática debemos unir sin demora la minoría bolchevique, sin preocuparnos del número ni temer que los vacilantes sigan en el campo de los vacilantes: *allí* serán más útiles a la causa de la revolución que en el campo de los que luchan por ella con decisión y sin reservas.

Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques, en la que se subraye con la mayor energía la inoportunidad de los discursos largos, y, en general, de los "discursos"; la necesidad de actuar sin demora para salvar la revolución; la necesidad absoluta de romper por completo con la burguesía, de destituir totalmente al gobierno actual, de romper por entero con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando el reparto "separado" de Rusia; la necesidad de transferir en el acto todo el poder a la *democracia revolucionaria, con el proletariado revolucionario a la cabeza*.

Nuestra declaración deberá formular esta

conclusión en la forma más breve y tajante y de acuerdo con los proyectos programáticos; paz a los pueblos, tierra a los campesinos, confiscación de las ganancias escandalosas y represión del escandaloso sabotaje de la producción por los capitalistas.

Cuanto más breve y tajante sea la declaración, tanto mejor. En ella deberán destacarse con claridad otros dos puntos importantísimos: el pueblo está extenuado por tantas vacilaciones, el pueblo ha sido martirizado por la indecisión de los eseristas y los mencheviques; nosotros rompemos definitivamente con esos *partidos*, pues han traicionado a la revolución.

El otro punto es éste: al proponer inmediatamente una paz sin anexiones y romper en el acto con los imperialistas aliados, y con todos los imperialistas; obtendremos o bien el armisticio inmediato, o bien la incorporación de todo el proletariado revolucionario a la defensa; y la democracia revolucionaria, dirigida por él, emprenderá una guerra verdaderamente justa, verdaderamente revolucionaria.

Después de dar lectura a esta declaración, después de proclamar la necesidad de *decidir* y no de hablar, de *actuar* y no de escribir resoluciones, deberemos *enviar* a toda nuestra minoría *a las fábricas y a los cuarteles*: allí está su sitio, allí está el nervio de la vida, allí está la fuente del salvamento de la revolución, allí está el motor de la Conferencia Democrática.

Allí debemos exponer, en discursos fogosos y apasionados, nuestro programa y plantear el problema así: o la aceptación *íntegra* del programa por la Conferencia, o la insurrección. No hay término medio. No se puede esperar. La revolución se hunde.

Si planteamos así el problema y concentramos toda nuestra minoría en las fábricas y en los cuarteles, *podremos elegir con acierto el momento para comenzar la insurrección*.

Y para enfocar la insurrección al estilo marxista, es decir, como un arte, deberemos, al mismo tiempo y si perder un minuto, organizar un *Estado Mayor* de los destacamentos de insurgentes, distribuir las fuerzas, lanzar los regimientos de confianza contra los puntos más importantes, cercar el Teatro de Alejandro y tomar la Fortaleza de Pedro y Pablo[73], detener al Estado Mayor General y al gobierno y enviar contra los cadetes y contra la “división salvaje” tropas dispuestas a morir antes que permitir al enemigo abrirse paso hacia los centros de la ciudad; deberemos movilizar a los obreros armados, llamándoles a una lucha desesperada, a la lucha final; deberemos ocupar inmediatamente las centrales de Telégrafos y de Teléfonos, instalar *nuestro* Estado Mayor de la insurrección junto a la Central de Teléfonos y poner en contacto telefónico con él todas las fábricas, todos los regimientos, todos los puntos en que se desarrolle la lucha armada, etc.

Todo esto, claro está, aproximadamente, sólo como *un ejemplo* de que en los momentos actuales es imposible mantenerse fieles al marxismo, a la revolución, *sin considerar la insurrección como un arte*.

N. Lenin.

Escrita el 13-14 (26-27) de septiembre de 1917. Publicada por vez primera en 1921, en el núm. 2 de la revista “Proletárskaya Revoliutsia”.

T. 34, págs. 242-247.

LA CRISIS HA MADURADO[74].

I

Es indudable que las postrimerías de septiembre nos han aportado un grandioso viraje en la historia de la revolución rusa y, al parecer, de la revolución mundial.

La revolución obrera mundial comenzó con las acciones de hombres aislados, que representaban con abnegada valentía todo lo honesto que había quedado del podrido "socialismo" oficial, el cual es, en realidad, socialchovinismo. Liebknecht en Alemania, Adler en Austria y Maclean en Inglaterra son los nombres más conocidos de estos héroes individuales que han asumido el difícil papel de precursores de la revolución mundial.

La segunda etapa en la preparación histórica de esta revolución fue la vasta efervescencia de las masas, plasmada en la escisión de los partidos oficiales, en la edición de publicaciones clandestinas y en las manifestaciones callejeras. A medida que se intensificaba la protesta contra la guerra fue aumentando el número de víctimas de las persecuciones gubernativas. Las cárceles de los países célebres por su legalidad e incluso por su libertad -Alemania, Francia, Italia e Inglaterra- empezaron a llenarse de decenas y centenas de internacionalistas, de enemigos de la guerra, de partidarios de la revolución obrera.

Ha llegado ahora la tercera etapa, que puede ser denominada víspera de la revolución. Las detenciones en masa de los líderes del partido en la libre Italia y, sobre todo, el comienzo de *las sublevaciones militares* en Alemania[75] son síntomas seguros del gran viraje, síntomas de *la víspera de la revolución* a escala mundial.

Es indudable que en Alemania hubo también antes motines aislados entre las tropas; pero eran tan insignificantes, tan desperdigados y tan débiles que se conseguía sofocarlos y silenciarlos, radicando en ello el factor principal que permitía cortar *el contagio masivo* de las acciones sediciosas. Por último, en la marina maduró asimismo un movimiento de este carácter, que ya *no pudo* ser ni sofocado ni silenciado, pese incluso a todos los rigores del régimen presidiario militar alemán, concebidos con precisión inusitada y observados con increíble pedantería.

Las dudas están descartadas. Nos encontramos en el umbral de la revolución proletaria mundial. Y por cuanto nosotros, los bolcheviques rusos, somos los únicos entre los internacionalistas proletarios de todos los países que gozamos de una libertad relativamente inmensa, que contamos con un partido legal y unas dos docenas de periódicos, que tenemos a nuestro lado a los Soviets de diputados obreros y soldados de las capitales y *la mayoría* de las masas populares en un momento revolucionario, puede y debe aplicársenos las conocidas palabras: a quien mucho se le ha dado, mucho se le exige.

II

Es indudable que la revolución se halla en Rusia en un momento de viraje.

En un país campesino, con un gobierno revolucionario, republicano, apoyado por los partidos eserista y menchevique -que predominaban todavía ayer entre la democracia pequeñoburguesa-, crece la *insurrección* campesina.

Es increíble, pero es un hecho.

Y a nosotros, los bolcheviques, no nos sorprende este hecho. Hemos dicho siempre que el gobierno de la famosa "coalición" con la burguesía es el gobierno de *la traición* a la democracia y a la revolución, el gobierno de la matanza *imperialista*, el gobierno de *la protección* de los capitalistas y terratenientes *contra* el pueblo.

Merced a los engaños de los eseristas y los mencheviques en Rusia ha quedado y sigue existiendo en la república, durante la revolución, juntamente con los Soviets, el gobierno de los capitalistas y terratenientes. Tal es la amarga y terrible realidad. ¿Qué tiene, pues, de sorprendente que en Rusia, dadas las inauditas calamidades que acarrean al pueblo la prolongación de la guerra imperialista y sus consecuencias, haya empezado y crezca la insurrección campesina?

¿Qué tiene, pues, de sorprendente que los enemigos de los bolcheviques, los jefes del partido eserista *oficial* -el mismo que ha apoyado en todo momento a la "coalición", el mismo que hasta los últimos días o las últimas semanas tenía a su lado la mayoría pueblo, el mismo que continúa censurando y hostigando a los "nuevos" eseristas, que se han convencido de la traición que representa a los intereses del campesinado la política de la coalición-; qué tiene de sorprendente que esos jefes del partido

eserista oficial escriban el 29 de septiembre en el artículo de fondo de su órgano oficial, *Dielo Naroda*, lo siguiente?:

> "...Hasta este momento no se ha hecho casi nada para acabar con las relaciones de servidumbre que siguen imperando aún en el campo precisamente en el centro de Rusia... La ley de ordenación de las relaciones agrarias en el campo, presentada hace mucho al Gobierno Provisional y aprobada incluso por un purgatorio como la Conferencia Jurídica, se ha atascado irremisiblemente en ciertas oficinas... ¿Acaso no tenemos razón al afirmar que nuestro gobierno republicano está muy lejos todavía de haberse desembarazado de los viejos hábitos de la administración zarista, que los procedimientos stolypinianos se dejan sentir aún con gran fuerza en los métodos de los ministros revolucionarios?"

¡Así escriben los eseristas oficiales! ¿Qué les parece?: ¡los partidarios de la coalición *se ven obligados* a reconocer que, después de siete meses de revolución en un país campesino, "no se ha hecho casi nada para acabar con la servidumbre" de los campesinos, con su sojuzgamiento por los terratenientes! Esos eseristas *se ven obligados* a denominar *stolypinlanos* a su colega Kerenski y a toda su banda de ministros.

¿Puede haber un testimonio más elocuente del campo de nuestros enemigos que confirme no sólo que la coalición está en bancarrota, no sólo que los eseristas oficiales, que soportan a Kerenski, se han convertido en un partido *antipopular*, *anticampesino*, *contrarrevolucionario*, sino también que toda la revolución rusa ha llegado a un momento crucial?

¡Una insurrección campesina en un país campesino contra el gobierno de Kerenski, eserista, de Nikitin y Gvózdiev, mencheviques, y de otros ministros representantes del capital y de los intereses terratenientes! Y esa insurrección es sofocada *con medidas militares* por un gobierno republicano.

¿Es que se puede, ante tales hechos, ser un partidario honesto del proletariado y negar que la crisis ha madurado, que la revolución experimenta un grandioso viraje, que la victoria del gobierno sobre la insurrección campesina significaría ahora el entierro definitivo de la revolución, el triunfo definitivo de la korniloviada?

III

Se cae de su peso que si en un país agrario, después de siete meses de república democrática, se ha podido llegar a una insurrección campesina, esta insurrección demuestra irrefutablemente la bancarrota nacional de la revolución, su crisis, que ha alcanzado una fuerza sin igual, y el acercamiento de las fuerzas contrarrevolucionarias a *la última línea*.

Eso se cae de su peso. Ante un hecho como la insurrección campesina, todos los demás síntomas políticos, incluso si contradijesen a esta maduración de la crisis nacional, no tendrían absolutamente ninguna importancia.

Pero, por el contrario, todos los síntomas muestran precisamente que la crisis ha madurado a escala de todo el país.

Después del problema agrario, en la vida estatal de toda Rusia tiene una importancia particularmente grande, sobre todo para las masas pequeñoburguesas de la población, el problema nacional. Y vemos que en la Conferencia "Democrática", amañada por el señor Tsereteli y Cía., la curia "nacional" ocupa el segundo lugar por su radicalismo, cediendo únicamente a las organizaciones sindicales y figurando *por encima* de la curia de los Soviets de diputados obreros y soldados en lo que respecta al porcentaje de votos emitidos *contra* la coalición (40 de 55). El Gobierno Kerenski, el gobierno del aplastamiento de la insurrección campesina, retira de Finlandia las tropas revolucionarias para vigorizar a la burguesía reaccionaria finlandesa. En Ucrania son más frecuentes cada día los conflictos de los ucranios en general, y de las tropas ucranias en particular, con el gobierno.

Tomemos, en tercer lugar, el ejército, que en tiempo de guerra tiene una importancia excepcional en toda la vida del Estado. Hemos visto que las tropas finlandesas y la flota del Báltico *se han separado* por completo del gobierno. Vemos la declaración del oficial Dubásov, no bolchevique, quien dice en nombre de todo el frente, y con palabras más revolucionarias que todos los bolcheviques, que los soldados no combatirán más[76]. Vemos los informes gubernamentales diciendo que los soldados están "nerviosos", que es imposible responder del "orden" (es decir, de la participación de estas tropas en el aplastamiento de la insurrección campesina). Vemos, por último, la votación en Moscú, donde catorce mil soldados de diecisiete mil votan a favor de los bolcheviques.

Esta votación en las elecciones a las dumas distritales de Moscú es, en general, uno de los síntomas más sorprendentes del profundísimo viraje que se opera en el espíritu nacional. Todo el mundo sabe que Moscú es más pequeñoburgués que Petrogrado. Es un hecho indiscutible, confirmado muchas veces, que los vínculos del proletariado moscovita con la aldea, sus simpatías por la vida de los campesinos y su proximidad al estado de ánimo de éstos son incomparablemente mayores.

Pues bien, en Moscú, los votos de los eseristas y mencheviques han descendido, del 70% en junio, al 18%. La pequeña burguesía y el pueblo han vuelto la espalda a la coalición: no puede caber la menor duda de ello. Los democonstitucionalistas se han fortalecido, pasando del 17% al 30%; pero siguen en minoría, en una minoría irremediable, pese a la evidente incorporación a ellos de los eseristas "de derecha" y de los mencheviques "de derecha". Por su

parte, *Russkie Viédomosti*[77] dice que el número *absoluto* de sufragios emitidos a favor de los democonstitucionalistas ha disminuido de 67.000 a 62.000. Los bolcheviques son los únicos que han aumentado su número de votos de 34.000 a 82.000, recibiendo el 47% de los sufragios emitidos. No puede haber ni sombra de duda de que, junto con los eseristas de izquierda, tenemos ahora la mayoría en los Soviets, en el ejército y *en el país*.

Y entre los indicios de significación no sólo sintomática, sino también muy real debe incluirse asimismo que los ferroviarios y los empleados de Correos -que tienen una gigantesca importancia económica, política y militar- sigan encontrándose en enconado conflicto con el gobierno[78]. Tan es así que hasta los mencheviques defensistas están descontentos de "su" ministro Nikitin, y los eseristas oficiales denominan "stolypinianos" a Kerenski y Cía. ¿No está claro que semejante "apoyo" de los mencheviques y eseristas al gobierno tiene, si es que lo tiene sólo un significado negativo?

IV

…………………………………………………………………….

V

Sí, los jefes del Comité Ejecutivo Central aplican una táctica acertada de defensa de la burguesía y de los terratenientes. Y no cabe la menor duda de que si los bolcheviques cayeran en la trampa de las ilusiones constitucionales, de la "confianza" en el Congreso de los Soviets y en la convocatoria de la Asamblea Constituyente, de la "espera" del Congreso de los Soviets, etc.; no cabe duda de que esos bolcheviques serían *unos traidores miserables* a la causa proletaria.

Serían traidores a la causa proletaria, pues con su conducta traicionarían a los obreros revolucionarios alemanes, que han comenzado la sublevación en la marina. En tales condiciones, "esperar" al Congreso de los Soviets, etc., es *una traición al internacionalismo*, una traición a la causa de la revolución socialista mundial.

Porque el internacionalismo no consiste en frases, no consiste en expresiones de solidaridad ni en resoluciones, sino en *hechos*.

Los bolcheviques serían traidores al *campesinado*, pues tolerar el aplastamiento de la insurrección campesina por un gobierno que *incluso* "*Dielo Naroda*" compara con los stolypinianos, significaría *hundir* toda la revolución, hundirla para siempre y de manera irrevocable. Se habla a gritos de anarquía y de que crece la indiferencia de las masas: ¡¡y cómo no van a ser indiferentes las masas ante las elecciones, si el campesinado *se ha visto obligado a recurrir a la insurrección* y la llamada "democracia revolucionaria" tolera pacientemente que esta insurrección sea sofocada por la fuerza de las armas!!

Los bolcheviques serían traidores a la democracia y la libertad, pues tolerar el aplastamiento de la insurrección campesina en un momento como éste *significaría* permitir que fuesen falsificadas las elecciones a la Asamblea Constituyente exactamente *igual* -y todavía peor, de modo más burdo- que han sido falsificados la "Conferencia Democrática" y el "Anteparlamento".

La crisis ha madurado. Está en juego todo el porvenir de la revolución rusa. Está en entredicho todo el honor del Partido Bolchevique. Está en juego todo el porvenir de la revolución obrera internacional por el socialismo.

La crisis ha madurado...

29 de septiembre de 1917.

Hasta este lugar se puede publicar; la continuación está destinada a ser *distribuida* entre los miembros del *CC*, del *CP*, del *CM* y de los *Soviets*.

VI

¿Qué hacer? Hay que *aussprechen was ist*, "decir lo que existe", reconocer la verdad de que entre nosotros, en el CC y en las altas esferas del partido, existe una corriente u opinión favorable a *esperar* al Congreso de los Soviets, *opuesta* a la toma inmediata del poder, *opuesta* a la insurrección inmediata. Hay que *vencer* esta corriente u opinión[79].

De lo contrario, los bolcheviques *se cubrirían de oprobio* para siempre y *quedarían reducidos a la nada* como partido.

Porque dejar pasar este momento y "esperar" al Congreso de los Soviets es *una idiotez completa o una traición completa*.

Una traición completa a los obreros alemanes. ¡¡No vamos a esperar a que *comience* su revolución!! En ese caso, hasta los Liberdán[80] estarán a favor de que se la "apoye". Pero esa revolución *no puede* comenzar mientras Kerenski, Kishkín y Cía. estén en el poder.

Una traición completa al campesinado. Teniendo los Soviet de las dos *capitales*, permitir el aplastamiento de la insurrección campesina significaría *perder*, y *perder merecidamente*, toda la confianza de los campesinos, significaría equipararse ante sus ojos a los Liberdán y demás miserables.

"Esperar" al Congreso de los Soviets es una idiotez completa, pues significaría dejar pasar *semanas*, y las semanas e incluso los días lo deciden hoy *todo*. Significaría renunciar cobardemente a la toma del poder, pues el 1-2 de noviembre será imposible (tanto política como técnicamente: se concentrará a los cosacos para el día de la insurrección, "fijado"[*] tan estúpidamente).

"Esperar" al Congreso de los Soviets es una

[*] "Convocar" el Congreso de los Soviets para el 20 de octubre a fin de decidir "la toma del poder", ¿¿se diferencia en algo de "fijar" estúpidamente la fecha de la insurrección?? Ahora se puede tomar el poder, pero el 20-29 de octubre no os lo dejarán tomar.

idiotez pues el congreso ¡no dará nada, *no puede dar nada*!

¿Significado "moral"? ¡¡Es asombroso!! ¡¡Hablar del "significado" de las resoluciones y de las conversaciones con los Liberdán cuando sabemos que los Soviets *están a favor* de los campesinos y que se *aplasta* la insurrección campesina!! Con eso condenaríamos a *los Soviets* al papel de despreciables charlatanes. Venced primero a Kerenski y luego convocad el Congreso.

Los bolcheviques tienen *asegurada* ahora la victoria de la insurrección: 1) podemos** (si no "esperamos" al congreso de los Soviets) atacar *súbitamente* y desde tres puntos, desde Petrogrado, desde Moscú y desde la flota del Báltico; 2) tenemos consignas que nos aseguran el apoyo: ¡Abajo el gobierno que reprime la insurrección campesina contra los terratenientes! 3) tenemos la mayoría *en el país*; 4) la desorganización de los mencheviques y eseristas es total; 5) tenemos la posibilidad técnica de tomar el poder en Moscú (que podría incluso empezar para derrotar por sorpresa al enemigo); 6) tenemos *miles* de soldados y obreros armados en Petrogrado, que pueden tomar *a la vez* el Palacio de Invierno, el Estado Mayor General, la Central de Teléfonos y todas las imprentas importantes; no nos echarán de allí, y la agitación en *el ejército* alcanzará tal amplitud que será *imposible* luchar contra este gobierno de la paz, de la tierra para los campesinos, etc.

Si atacamos simultáneamente, por sorpresa, desde tres puntos, en Petrogrado, en Moscú y en la flota del Báltico, tendremos el noventa y nueve por ciento de probabilidades de triunfar con menos víctimas que las habidas del 3 al 5 de julio, pues *las tropas no combatirán* contra el gobierno de la paz. Hasta en el caso de que Kerenski tenga ya en Petrogrado una caballería "fiel", etc., si atacamos desde dos lados y el ejército simpatiza *con nosotros*, Kerenski se verá obligado *a rendirse*. Si no tomamos el poder incluso con las posibilidades que existen ahora, todo lo que se hable del poder de los Soviets se convertirá en una mentira.

No tomar ahora el poder, "esperar", charlatanear en el CEC, limitarse a "luchar por el órgano" (del Soviet), "luchar por el congreso", significa *hundir la revolución*.

Al ver que el CC ha dejado *incluso sin respuesta* mis instancias en este sentido desde el comienzo de la Conferencia Democrática, que el Órgano Central *tacha* de mis artículos las alusiones a errores tan escandalosos de los bolcheviques como la vergonzosa decisión de participar en el Anteparlamento, de conceder puestos a los mencheviques en el Presídium del Soviet, etc., etc.; al ver todo eso, debo considerar que existe en ello una "sutil" insinuación de la falta de deseo del CC hasta de discutir esta cuestión, una sutil insinuación del deseo de taparme la boca y de proponerme que me retire.

Me veo obligado a *dimitir de mi cargo en el CC*, cosa que hago, y a reservarme la libertad de hacer agitación *en las organizaciones de base* del partido y en su congreso.

Porque estoy profundamente convencido de que, si "esperamos" al Congreso de los Soviets y dejamos ahora pasar el momento, *hundiremos* la revolución.

N. Lenin.

P. S. ¡Toda una serie de hechos ha probado que *ni siquiera* las tropas cosacas lucharán contra el gobierno de la paz! ¿Y cuántas son? ¿Dónde están? ¿Y es que todo el ejército no destacará unidades que estén *a nuestro favor*?

Los capítulos I-III y V fueron publica dos el 20 (7) de octubre de 1917 en el núm. 30 del periódico "Rabochi Put"; el capítulo VI vio la luz por vez primera en 1924.

T. 34, págs. 272-283.

** ¿Qué ha hecho el partido para estudiar la dislocación de las tropas, etc., para llevar a cabo la insurrección como un "arte"?: ¡¡Sólo charlatanería en el CEC y etc.!!

¿SE SOSTENDRÁN LOS BOLCHEVIQUES EN EL PODER?

Prologo a la segunda edición.

Como se desprende del texto, el presente folleto fue escrito entre finales de septiembre y el 1 de octubre de 1917.

La Revolución del 25 de Octubre ha hecho pasar la cuestión planteada en este folleto del dominio de la teoría al de la práctica.

A esta pregunta hay que responder ahora con actos, y no con palabras. Los argumentos teóricos contra el poder bolchevique son endebles en grado sumo y han sido rebatidos.

La tarea consiste ahora en demostrar con la práctica de la clase de vanguardia -el proletariado- la vitalidad del Gobierno Obrero y Campesino. Todos los obreros conscientes, todo lo que hay de vivo y honesto en el seno del campesinado, todos los trabajadores y explotados pondrán en tensión todas sus energías para resolver en la práctica este grandioso problema histórico.

¡Manos a la obra, todos manos a la obra; la causa de la revolución socialista mundial debe vencer y vencerá!

N. Lenin.

Petersburgo, 9 de noviembre de 1917.

Publicado en 1918 en un folleto: N. Lenin. "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?", de la serie "Biblioteca del Soldado y del Campesino", San Petersburgo.

¿En qué coinciden todas las tendencias, desde *Riech* hasta *Nóvaya Zhizn* inclusive, desde los democonstitucionalistas partidarios de Kornílov hasta los semibolcheviques, todos, menos los bolcheviques?

En que los bolcheviques jamás se atreverán a asumir solos todo el poder del Estado, o, si se atreven y llegan a tomarlo, no lograrán sostenerse en él ni siquiera durante un período brevísimo.

Y si alguien objetase que la toma de todo el poder del Estado por los bolcheviques solos es un problema político completamente irreal, que sólo puede cobrar realidad en la presunción más absurda de algún "fanático", refutaremos esta objeción reproduciendo al pie de la letra las manifestaciones de los partidos y tendencias políticas más responsables e influyentes de distintos "matices".

Pero antes diremos dos palabras acerca de la primera de las cuestiones planteadas: ¿se atreverán los bolcheviques a asumir ellos solos todo el poder del Estado? En el Congreso de los Soviets de toda Rusia, en una interrupción que hice durante un discurso ministerial de Tsereteli, tuve ya ocasión de contestar a esa pregunta con un categórico "si"[81]. Y no sé que los bolcheviques hayan dicho nunca, ni en la prensa ni de palabra, que no debamos tomar nosotros solos el poder. Sigo sosteniendo el punto de vista de que un partido político en general, y el partido de la clase de vanguardia en particular, no tendría derecho a existir, sería indigno de considerarse un partido y representaría en todos los sentidos un triste cero a la izquierda si renunciase al poder en momentos en que tiene la posibilidad de conquistarlo.

Reproduzcamos ahora las manifestaciones de los democonstitucionalistas, eseristas y semibolcheviques (aunque yo diría mejor bolcheviques en una cuarta parte) respecto al problema que nos ocupa.

El 16 de septiembre leíamos en el artículo de fondo de *Riech*:

> "….En la sala del Teatro de Alejandro reinaban el desacuerdo y la confusión, y la prensa socialista ofrece el mismo cuadro. Sólo la posición de los bolcheviques se distingue por su carácter concreto y rectilíneo. En la Conferencia, éstos representan la posición de la minoría; en los Soviets son una corriente cada vez más fuerte. Pero a pesar de todo su ardor oratorio, pese a sus frases jactanciosas, a su ostentosa confianza en sí mismos, los bolcheviques, exceptuando a unos cuantos fanáticos, son valientes sólo de palabra. No intentarían por propia iniciativa asumir "todo el poder". Desorganizadores y destructores por excelencia, son, en el fondo, cobardes; y en lo profundo de su alma están perfectamente convencidos de su ignorancia interna y de lo efímero de sus triunfos actuales. Comprenden tan bien como todos nosotros que el primer día de su triunfo definitivo sería, a la vez, el primer día de su rapidísimo ocaso. Irresponsables por naturaleza, anarquistas por sus métodos y procedimientos, no se les puede concebir más que como una de las tendencias del pensamiento

político, mejor dicho, como una de sus aberraciones. El mejor método para librarse por muchos años del bolchevismo, para extirparlo, sería poner los destinos del país en manos de sus líderes. Y si no fuese por la conciencia de lo inadmisible y funesto de semejantes experimentos, la desesperación podría llevar a emplear ese remedio heroico. Por fortuna, repetimos, estos tristes héroes del día no aspiran, ni mucho menos, a adueñarse realmente de todo el poder. En ninguna circunstancia son capaces de una labor creadora. Por eso, todo su espíritu concreto y rectilíneo se circunscribe a la esfera de la tribuna política, al campo de la verborrea mitinesca. Prácticamente, su posición no puede ser tenida en cuenta desde ningún punto de vista. Sin embargo, en un solo sentido tiene cierta eficacia real: en que concita contra ella a todos los demás matices del "pensamiento socialista"..."

Así piensan los democonstitucionalistas. Veamos ahora cuál es el punto de vista del partido más grande de Rusia, del partido "dominante y gobernante", del partido de los "socialistas-revolucionarios". Este punto de vista ha sido expuesto también en un artículo sin firma, y por tanto editorial, de *Dielo Naroda*, órgano oficial de dicho partido, en el número del 21 de septiembre:

"...Si la burguesía no accede a colaborar con la democracia, hasta que se reúna la Asamblea Constituyente, sobre la base de la plataforma probada por la Conferencia, *la coalición deberá surgir en el seno de la Conferencia*. Es un duro sacrificio para los defensores de la coalición, *pero con ello deben estar también de acuerdo necesariamente quienes abogan por la idea de una "línea pura" del poder*. Pero tememos que no se llegue en este punto a una inteligencia. Y entonces quedará una tercera y última combinación el poder *deberá* organizarlo la mitad de la Conferencia que ha defendido *en principio* la idea de un poder homogéneo.

"Digámoslo sin ambages: *los bolcheviques se verán obligados a formar gobierno*. Fueron ellos quienes infundieron con la mayor energía a la democracia revolucionaria el odio a la coalición, prometiéndole todas las bienandanzas después de suprimir el "conciliacionismo" y atribuyendo a esa política todos los males que aquejaban al país.

"Si se daban cuenta del alcance de su *agitación*, si *no engañaban a la masas*, *están obligados* a saldar ahora las letras que libraron a diestro siniestro.

"El problema está planteado con claridad.

"Y es inútil que se esfuercen por atrincherarse detrás de cualquier teoría improvisada para demostrar la imposibilidad de tomar el poder.

"La democracia no aceptará esas teorías.

"Pero, al mismo tiempo, los partidarios de la coalición deben garantizarles todo su apoyo. Tales son las tres combinaciones, los tres caminos que se abren ante nosotros. ¡No hay otros!" (La cursiva es del propio *Dielo Naroda*.)

Así piensan los eseristas. Veamos, por último, cuál es la "posición" -si puede darse ese nombre al intento de nadar entre dos aguas- de los "bolcheviques en una cuarta parte" de *Nóvaya Zhizn*, según el editorial de este periódico correspondiente al 23 de septiembre:

"...Restaurar la coalición con Konoválov y Kishkín significaría simplemente una nueva capitulación de la democracia y la revocación del acuerdo adoptado por la Conferencia respecto a la formación de un poder responsable tomando como base la plataforma del 14 de agosto...

"...Un gobierno homogéneo de mencheviques y eseristas no se sentiría obligado a rendir cuentas, como no se sintieron obligados a ello los ministros socialistas responsables del gabinete de coalición... Un gobierno de ese tipo no sólo sería incapaz de agrupar en torno suyo a las "fuerzas vivas" de la revolución, sino que tampoco podría contar con el más mínimo apoyo activo de su vanguardia, del proletariado.

"Sin embargo, no sería una solución mejor, sino peor todavía, la constitución de un gabinete homogéneo de otro tipo, de un gobierno del proletariado y de los campesinos pobres"; en realidad, no sería una solución, sino sencillamente un fracaso. Cierto que nadie lanza semejante consigna, preconizada sólo en alguna que otra observación casual y tímida de *Rabochi Put*, observaciones que son luego "explicadas" sistemáticamente".

(Escriben con toda "audacia" esa indignante mentira publicistas responsables, que han dado al olvido hasta el editorial publicado el 21 de septiembre por *Dielo Naroda*...)

"Formalmente, los bolcheviques han resucitado ahora la consigna de "Todo el poder a los Soviets", que retiraron después de las jornadas de julio, cuando los Soviets, por medio de su Comité Ejecutivo Central, emprendieron de una manera concreta la senda de una activa política antibolchevique. Hoy, en cambio, no sólo puede considerarse enderezada la "línea del Soviet", sino que existe pleno fundamento para suponer que el proyectado Congreso de los Soviets arrojará una mayoría bolchevique. En estas condiciones, la consigna de "Todo el poder a los Soviets", resucitada por los bolcheviques, es una "línea táctica" encaminada directamente a la dictadura del proletariado y de los "campesinos pobres". Cierto es que por Soviets se entiende también los Soviets de diputados campesinos; de esta manera, la consigna bolchevique presupone un poder apoyado en la inmensa mayoría de toda la democracia de Rusia. Pero, en este caso, la consigna

de "Todo el poder a los Soviets" pierde su sentido original, toda vez que, dada su composición, viene a identificar casi a los Soviets con el "Anteparlamento" formado por la Conferencia..." (Esta afirmación de *Nóvaya Zhizn* es la más desvergonzada mentira, equivalente a afirmar que la imitación y falsificación de la democracia son "casi idénticas" a la misma democracia: el tal Anteparlamento es *una falsificación*, con la que se quiere hacer pasar la voluntad de una minoría del pueblo, en particular la de Kuskova, Berkenheim, los Chaikovski y Cía., por la voluntad de la mayoría. Esto en primer lugar. En segundo lugar, hasta los Soviets campesinos, adulterados por los Avxéntiev y los Chaikovski, han evidenciado en la Conferencia un porcentaje tan elevado de adversarios de la coalición que, junto con los Soviets de diputados obreros y soldados, originarían *un fracaso seguro de la coalición*. En tercer lugar, "el poder a los Soviets" significa que el poder de los Soviets campesinos se extendería primordialmente al campo, y en éste quedaría asegurada la preponderancia de los campesinos *pobres*.) "...Si lo uno equivale a lo otro, hay que retirar inmediatamente la consigna bolchevique. Y si la consigna del "poder a los Soviets" no hace más que encubrir la dictadura del proletariado, ese poder representará, en realidad, el fracaso y el naufragio de la revolución.

"¿Hace falta demostrar que el proletariado, aislado no sólo de las demás clases del país, sino también de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia, no conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado ni podrá ponerlo en marcha en una situación complicada en extremo, ni será políticamente capaz de hacer frente al embate de todas las fuerzas enemigas, que barrerá la dictadura del proletariado y, con ella, toda la revolución?

"El único poder que corresponde hoy a las exigencias del momento es una coalición realmente honrada dentro de la democracia".

* * *

El lector nos perdonará estos largos extractos, pero eran absolutamente imprescindibles. Era necesario exponer con toda exactitud la posición de los distintos partidos hostiles a los bolcheviques. Era necesario demostrar con precisión el hecho, extraordinariamente importante, de que todos esos partidos han reconocido que la toma plena del poder del Estado por los bolcheviques solos, además de ser un problema completamente real, es incluso un problema actual, candente.

Pasemos ahora a analizar los argumentos en que se apoyan "todos", desde los democonstitucionalistas hasta los de *Nóvaya Zhizn*, para llegar al convencimiento de que los bolcheviques no podrán sostenerse en el poder.

Un periódico tan serio como *Riech* no aduce absolutamente ningún argumento. Se limita a lanzar contra los bolcheviques un torrente de insultos de los más escogidos y furibundos. El pasaje que hemos citado demuestra, entre otras cosas, cuán profundamente erróneo sería pensar que *Riech* "provoca" a los bolcheviques a que tomen el poder, por lo que debe responderse: "¡Cuidado, camaradas, pues si el enemigo lo aconseja, es seguro que no nos conviene!" Si en vez de analizar con sentido práctico todas las razones, lo mismo las de carácter general que las de orden concreto, nos dejamos "convencer" de que la burguesía nos "provoca" a que tomemos el poder, saldremos burlados por ella. Porque es bien seguro que la burguesía, henchida de odio, dirá siempre que la toma del poder por los bolcheviques originará desgracias sin fin; gritará siempre furiosa que "para deshacerse de los bolcheviques de una vez y "por muchos años", lo mejor es dejarles tomar el poder y luego aniquilarlos por completo". Estos clamores, si se quiere, son también una "provocación", pero a la inversa. Los democonstitucionalistas y los burgueses no nos "aconsejan" ni jamás nos "han aconsejado" que tomemos el poder: intentan únicamente *amedrentarnos* con los supuestos problemas insolubles del poder.

No, no debemos dejarnos amedrentar por los gritos de los burgueses aterrados. Debemos tener siempre presente que jamás nos hemos planteado problemas sociales "insolubles" y que los problemas, *completamente* susceptibles de solución, de los pasos inmediatos al socialismo, única salida de una situación muy difícil, *sólo los resolverá* la dictadura del proletariado y de los campesinos. Hoy más que nunca y más que en parte alguna, el proletariado de Rusia tiene asegurada la victoria, una firme victoria, si toma el poder.

Examinemos con un criterio puramente práctico las circunstancias *concretas* que hacen desfavorable tal o cual factor, pero sin dejarnos intimidar ni un solo instante por los furiosos bramidos de la burguesía y sin olvidar que la toma de todo el poder por los bolcheviques pasa a ser de verdad *un problema candente*. Hoy es inconmensurablemente más peligroso para nuestro partido olvidar esto que considerar "prematura" la toma del poder. En este sentido, ahora *no* puede haber nada "prematuro"; todas las probabilidades hablan a favor, y entre un millón, quizá, no habrá más que una o dos que hablen en contra.

En lo que respecta a los ruines insultos de *Riech*, podemos y debemos repetir:

> ¡No es en el dulce tributo del aplauso, sino en la voz tonante del odio y de la ira donde buscamos nuestro homenaje!

El hecho de que la burguesía nos odie con tanto furor es uno de los signos más evidentes de que indicamos *con acierto* al pueblo el camino y los medios para derrocar el dominio de la burguesía.

* * *

Por rara excepción, *Dielo Naroda* no se ha dignado esta vez honrarnos con sus insultos, pero tampoco nos ofrece ni sombra de argumentación. Sólo intenta *amedrentarnos* de manera indirecta, por medio de alusiones, con la perspectiva de que "los bolcheviques se verán obligados a formar gobierno". Admito por completo que, al tratar de atemorizarnos, los eseristas mismos están sinceramente asustados, muertos de miedo ante el espectro de los liberales asustados. Admito asimismo que los eseristas logren asustar a ciertos bolcheviques en alguno que otro organismo muy elevado y muy podrido, como el Comité Ejecutivo Central y las "Comisiones de Enlace" semejantes a él (es decir, en las comisiones que mantienen contacto con los democonstitucionalistas o, por decirlo en términos más sencillos, que se codean con ellos). Y admito que así sea, pues, en primer lugar, en todos esos Comités Ejecutivos Centrales, en el "Anteparlamento", etc., la atmósfera es repulsiva y asfixiante hasta dar náuseas, y respirarla largo tiempo es nocivo para *toda* persona; en segundo lugar, porque la sinceridad es contagiosa, y un filisteo sinceramente asustado es capaz de convertir en filisteo, por cierto tiempo, hasta a un revolucionario.

Pero por muy "humanamente" explicable que sea ese pánico sincero del eserista, a quien ha cabido la desgracia de ser ministro con los democonstitucionalistas o de estar a la disposición de éstos como ministrable, permitir que le asusten a uno no deja, por ello, de ser un error político, un error que puede rayar muy fácilmente en la traición al proletariado. ¡Vengan sus argumentos prácticos, señores! ¡No esperen que nos dejemos intimidar por su propio pánico!

* * *

Esta vez sólo encontramos argumentos prácticos en *Nóvaya Zhizn*. Esta vez, dicho periódico asume el papel de abogado de la burguesía, que le sienta mucho mejor que el de defensor de los bolcheviques, manifiestamente "comprometedor" para esta dama agradable en todos los aspectos.

Seis son los argumentos del abogado:

1. El proletariado "está aislado de las demás clases del país".

2. El proletariado "está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia".

3. "No conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado".

4. "No podrá poner en marcha" ese aparato.

5. "La situación es complicada en extremo".

6. El proletariado "no será capaz de hacer frente al embate de todas las fuerzas enemigas, que barrerá la dictadura del proletariado y, con ella, toda la revolución".

El primer argumento de *Nóvaya Zhizn* es torpe hasta el ridículo, pues en la sociedad capitalista y semicapitalista no conocemos más que tres clases: la burguesía, la pequeña burguesía (cuyo exponente principal son los campesinos) y el proletariado. ¿Qué sentido tiene, entonces, hablar del aislamiento del proletariado respecto a las demás clases, cuando en realidad se trata de la lucha del proletariado contra la burguesía, de la revolución contra la burguesía?

Nóvaya Zhizn quiso decir, probablemente, que el proletariado está aislado de los campesinos, pues, en efecto, no iba a referirse en este caso a los terratenientes. Pero no podía tampoco decir clara y taxativamente que el proletariado está hoy aislado de los campesinos, porque la flagrante falsedad de semejante afirmación salta a la vista.

Es difícil imaginarse un país capitalista en que el proletariado -y en momentos, adviértase bien, de revolución *contra la burguesía*- esté tan poco aislado de la pequeña burguesía como lo está hoy el proletariado de Rusia. Entre los datos objetivos e indiscutibles que lo confirman, tenemos los últimos resultados de la votación *a favor y en contra* de la coalición con la burguesía en las "curias" de la "Duma bulyguiniana" de Tsereteli, o sea, de la célebre Conferencia "Democrática". Las curias de los Soviets dieron los resultados siguientes:

	A favor de la coalición	En contra de la coalición
Soviets de diputados obreros y soldados	83	192
Soviets de diputados campesinos	102	70
Total	185	262

Como se ve, la mayoría en su conjunto respalda la consigna proletaria es decir, está *en contra* de la coalición con la burguesía. Y hemos visto ya que hasta los democonstitucionalistas se ven obligados a reconocer la influencia creciente de los bolcheviques en los Soviets. Téngase en cuenta, además, que se trata de una Conferencia convocada por quienes hasta *ayer* eran líderes en los Soviets, por los eseristas y los mencheviques, que cuentan con una mayoría segura en las instituciones centrales. Es evidente que estos datos *no reflejan en todo su alcance* la superioridad *efectiva* de los bolcheviques dentro de los Soviets.

Los bolcheviques cuentan ya hoy con la *mayoría* dentro de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, *con la mayoría del pueblo*, con la mayoría de la pequeña burguesía, tanto en lo referente a la coalición con la burguesía como en lo tocante a la entrega inmediata de las tierras señoriales a los comités de campesinos. En su número 19, del 24 de septiembre, Rabochi Put cita, tomándolos del número 25 de *Znamia Trudá*, órgano de los eseristas, los datos de la Conferencia de los Soviets locales de diputados campesinos, celebrada en Petrogrado el 18 de septiembre. En esta conferencia se pronunciaron a

favor de la coalición, sin restricciones, los comités ejecutivos de cuatro Soviets campesinos (los de las provincias de Kostromá, Moscú, Samara y Táurida). A favor de la coalición, pero sin los democonstitucionalistas, se pronunciaron los comités ejecutivos de tres provincias (Vladímir, Riazán y Mar Negro) y de *dos* ejércitos. En cambio, votaron en contra de la coalición los comités ejecutivos de *veintitrés* provincias y de *cuatro* ejércitos.

¡De modo que la mayoría de los campesinos es contraria a la coalición!

Ahí tienen ustedes "el aislamiento del proletariado".

Debemos señalar, de pasada, que a favor de la coalición se pronunciaron tres provincias distantes del centro -Samara, Táurida y Mar Negro-, en las que es relativamente elevado el número de campesinos ricos y de grandes terratenientes que emplean obreros asalariados, y también cuatro provincias industriales (Vladímir, Riazán, Kostromá y Moscú), en las que la burguesía rural es también más fuerte que en la mayoría de las provincias de Rusia. Sería interesante reunir datos más detallados acerca de esta cuestión y averiguar si existen pormenores relativos precisamente a los campesinos *pobres* en las provincias donde el campesinado es más "*rico*".

Otro dato interesante es que, en los "grupos nacionales", los adversarios de la coalición cuentan con una mayoría muy considerable: 40 votos contra 15. La política anexionista y brutalmente opresora del bonapartista Kerenski y consortes contra las naciones de Rusia que no gozan de plenos derechos ha dado sus frutos. La gran masa de la población de las naciones oprimidas, es decir, su masa pequeñoburguesa, confía más en el proletariado de Rusia que en la burguesía, pues la historia ha puesto sobre el tapete en nuestro país la lucha por la emancipación de las naciones oprimidas contra las naciones opresoras. La burguesía ha traicionado ruinmente la causa de la libertad de las naciones oprimidas, pero el proletariado permanece fiel a esa causa.

El problema nacional y el problema agrario tienen en la actualidad una importancia cardinal para las masas pequeñoburguesas de la población de Rusia. Esto es indiscutible. Y el proletariado "*no* está aislado", ni mucho menos, en ninguno de los dos problemas. Le sigue la mayoría del pueblo. *Sólo* el proletariado es capaz de aplicar en ambos problemas una política tan resuelta, tan verdaderamente "democrática revolucionaria", que aseguraría en el acto al poder del Estado proletario el apoyo de la mayoría de la población y desencadenaría entre las masas una verdadera tempestad de entusiasmo revolucionario. Porque, por vez primera, las masas no encontrarían en el gobierno la opresión despiadada de los campesinos por los terratenientes ni de los ucranios por los rusos, como sucedía bajo el zarismo; ni la tendencia -disfrazada con frases altisonantes- a seguir esa misma política bajo la república; ni cicatería, afrentas, intrigas, dilaciones, zancadillas y evasivas (que es todo lo que Kerenski ofrece a los campesinos y a las naciones oprimidas). Al revés: encontrarían una cálida simpatía demostrada con hechos, medidas rápidas y revolucionarias contra los terratenientes, restablecimiento inmediato *de la plena* libertad de Finlandia, de Ucrania, de Bielorrusia, de los musulmanes, etc.

Los señores eseristas y mencheviques lo saben muy bien, y por eso procuran utilizar a los dirigentes semidemoconstitucionalista de las cooperativas en auxilio de la política democrática *reaccionaria* que aplican *contra* las masas. Por eso jamás se atreverán a consultar a las masas, a celebrar un referéndum o, por lo menos, una simple votación en todos los Soviets y organizaciones locales acerca de determinados puntos de la política práctica, por ejemplo, si todas las tierras de los latifundistas deben o no ser entregadas inmediatamente a los comités campesinos, si deben o no ser satisfechas tales o cuales reivindicaciones de los finlandeses o de los ucranios, etc.

Y en cuanto al problema de la paz, problema cardinal de toda la vida actual... Dicen que el proletariado "está aislado de las demás clases"... En realidad, el proletariado actúa en este caso como representante de *toda* la nación, de todo lo que hay de vital y honrado *en todas* las clases, de la inmensa mayoría de la pequeña burguesía. Porque sólo el proletariado, *en cuanto* conquiste el poder, propondrá una paz justa a todos los pueblos beligerantes, sólo el proletariado adoptará medidas verdaderamente *revolucionarias* (publicación de los tratados secretos, etc.) para conseguir cuanto antes una paz lo más justa posible.

No. Los señores de *Nóvaya Zhizn*, que proclaman a gritos el aislamiento del proletariado, sólo expresan con ello su propio pánico subjetivo, infundido por la burguesía. La situación objetiva en Rusia es tal, sin duda alguna, que *hoy precisamente* el proletariado no está "aislado" de la mayoría de la pequeña burguesía. Precisamente ahora, después de la triste experiencia de la "coalición", el proletariado cuenta con las simpatías de *la mayoría* del pueblo. *Esta* condición, necesaria para que los bolcheviques se sostengan en el poder, *existe*.

* * *

El segundo argumento consiste en que el proletariado "está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia". Es imposible comprender qué significa eso. Está, quizá, "en griego", como dicen los franceses en casos semejantes.

Los escritores de *Nóvaya Zhizn* son gente ministrable. Harían magníficos ministros en un gobierno democonstitucionalista. Pues lo que se

exige de tales ministros es precisamente saber pronunciar frases bellas y pulidas, pero sin ningún sentido, que sirvan para encubrir cualquier infamia y que, por lo tanto, tengan asegurado el aplauso de los imperialistas y de los socialimperialistas. Los de *Nóvaya Zhizn* tienen asegurado el aplauso de los democonstitucionalistas, de Breshkóvskaya, Plejánov y Cía., como premio a su afirmación de que el proletariado está aislado de las verdaderas fuerzas vivas de la democracia. Porque con eso viene a decirse *indirectamente* -o, por lo menos, esas palabras se interpretan como si lo dijese- que los democonstitucionalistas, Breshkóvskaya, Plejánov, Kerenski y Cía. son "las fuerzas vivas de la democracia".

Pero eso es falso. Son fuerzas muertas. La historia de la coalición lo ha demostrado.

Los de *Nóvaya Zhizn*, intimidados por la burguesía y por el ambiente intelectual burgués, consideran "viva" el ala *derecha* de los eseristas y mencheviques, representada por *Volia Naroda*, *Edinstvo*, etc., que no se distingue en nada sustancial de los democonstitucionalistas. En cambio, nosotros consideramos vivo sólo lo que está ligado a las masas y no a los kulaks, sólo lo que se ha apartado de la coalición, repelido por sus enseñanzas. "Las fuerzas eficaces y vivas" de la democracia pequeñoburguesa están representadas por el ala izquierda de los eseristas y mencheviques. El fortalecimiento de esta ala izquierda, sobre todo después de la contrarrevolución de julio, es uno de los síntomas objetivos más certeros de que el proletariado no está aislado.

Así lo demuestran, con mayor claridad aún, las fluctuaciones más recientes de los eseristas centristas hacia la izquierda, confirmadas por la declaración que hizo Chernov el 24 de septiembre de que su grupo no podía apoyar la nueva coalición con Kishkín y Cía. Estas fluctuaciones hacia la izquierda manifestadas entre los eseristas centristas, que hasta ahora habían constituido la aplastante mayoría de los representantes del partido eserista -del partido principal y predominante por el número de votos obtenidos en las ciudades y, sobre todo, en el campo-, demuestran que las afirmaciones de *Dielo Naroda* que hemos citado antes (sobre la necesidad de que la democracia, en ciertas condiciones, "garantice todo su apoyo" a un gobierno puramente bolchevique) son, en todo caso, algo más que simples frases.

Hechos como la negativa de los eseristas centristas a apoyar la nueva coalición con Kishkín, o la preponderancia de *los adversarios* de la coalición entre *los mencheviques defensistas* en provincias (Zhordania en el Cáucaso, etc.), son una prueba objetiva de que cierta parte de *las masas* que hasta ahora siguen a los mencheviques y a los eseristas *apoyará* a un gobierno puramente bolchevique.

El proletariado de Rusia no está aislado hoy precisamente de las fuerzas vivas de la democracia.

* * *

Tercer argumento: el proletariado "no conseguirá adueñarse técnicamente del aparato del Estado". Es, quizá, el argumento más corriente y más usual. Merece que se le dedique la mayor atención no sólo por esta causa, sino también porque atañe a una de las tareas más *importantes y más arduas* que habrá de afrontar el proletariado victorioso. Estas tareas, serán, sin duda, muy difíciles; pero si nosotros, que nos llamamos socialistas, señalásemos esa dificultad sólo para *desentendernos* del cumplimiento de semejantes tareas, en la práctica se borraría toda diferencia entre nosotros y los lacayos de la burguesía. La dificultad de las tareas de la revolución proletaria debe incitar a los adeptos del proletariado a estudiar con mayor atención y de un modo más concreto los medios de cumplirlas.

Se entiende por aparato del Estado, ante todo, el ejército permanente, la policía y los funcionarios. Cuando los escritores de *Nóvaya Zhizn* afirman que el proletariado no conseguirá dominar técnicamente ese aparato, revelan la más crasa ignorancia y la falta de deseo de tener en cuenta la realidad de la vida y las razones expuestas hace ya mucho en las publicaciones bolcheviques.

Todos los colaboradores de *Nóvaya Zhizn* se consideran, si no marxistas, por lo menos conocedores del marxismo, socialistas cultos. Pues bien, Marx, basándose en la experiencia de la Comuna de París, enseña que el proletariado no puede simplemente tomar posesión de la máquina del Estado ya existente y ponerla en marcha para sus propios fines; que el proletariado debe *destruir* esa máquina y sustituirla con otra nueva (de esto trato con mayor detalle en un folleto, cuyo primer fascículo está ya terminado y pronto verá la luz: *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*[*]). Esta nueva máquina del Estado fue creada por la Comuna de París, y los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de Rusia son también un "aparato del Estado" del mismo tipo. Este hecho lo he señalado multitud de veces desde el 4 de abril de 1917, de él se habla en los acuerdos de las conferencias bolcheviques y a él se refieren también nuestras publicaciones. *Nóvaya Zhizn*, como es natural, podía haber declarado su total desacuerdo tanto con Marx como con los bolcheviques; pero eludir por completo este problema un periódico que con tanta frecuencia y tanta altanería denosta a los bolcheviques porque, según él, no adoptan una posición seria ante problemas difíciles, equivale a extenderse a sí mismo un certificado de pobreza espiritual.

El proletariado *no* puede "adueñarse" del "aparato del Estado" y "ponerlo en marcha". Pero sí puede

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

destruir todo lo que hay de opresor, de rutinario, de incorregiblemente burgués en el antiguo aparato del Estado, sustituyéndolo con otro nuevo, con *su* propio aparato. Y este aparato lo constituyen precisamente los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

Es obligado calificar de absolutamente monstruoso el hecho de que *Nóvaya Zhizn* se haya olvidado por completo de este "aparato del Estado". Al proceder así en sus razonamientos teóricos, los colaboradores de *Nóvaya Zhizn* proceden en el campo de la teoría política, en el fondo, igual que los democonstitucionalistas en el terreno de la práctica política. Porque, en efecto, si el proletariado y la democracia revolucionaria *no necesitan* ningún nuevo aparato del Estado, entonces los Soviets pierden toda *raison d'être*, todo derecho a la existencia, y siendo así, ¡los democonstitucionalistas partidarios de Kornílov tienen *razón* cuando pretenden reducir a la nada los Soviets!

Este monstruoso error teórico y esta ceguera política de *Nóvaya Zhizn* son tanto más horrorosos por cuanto hasta los mencheviques internacionalistas (con quienes *Nóvaya Zhizn* formó bloque en las últimas elecciones a la Duma municipal de Petrogrado) se aproximan en esta cuestión, en cierto grado, a los bolcheviques. Por ejemplo, en la declaración de la mayoría de los Soviets, leída por el camarada Mártov en la Conferencia Democrática, se dice:

> "...Los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, organizados en los primeros días de la revolución por el poderoso impulso del verdadero genio creador del pueblo, han formado la nueva armazón del sistema estatal revolucionario, que ha venido a sustituir a la armazón caduca del sistema estatal del viejo régimen..."

Es un modo de expresarse demasiado elegante, es decir, lo ampuloso de la expresión encubre aquí la falta de claridad del pensamiento político. Los Soviets *no* han sustituido *todavía* a la vieja "armazón", y esta vieja "armazón" no es el sistema estatal del viejo régimen, sino el sistema estatal *tanto* del zarismo *como* de la república burguesa. Pero, en todo caso, Mártov se sitúa aquí a mucha mayor altura que los de *Nóvaya Zhizn*.

Los Soviets son un nuevo aparato del Estado que, en primer lugar, proporciona la fuerza armada de los obreros y de los campesinos, una fuerza que no está, como la del viejo ejército permanente, apartada del pueblo, sino ligada a él del modo más estrecho; en el sentido militar, esta fuerza es incomparablemente más poderosa que las anteriores; en el sentido revolucionario, no puede ser remplazada por ninguna otra. En segundo lugar, este aparato proporciona una ligazón tan estrecha e indisoluble con las masas, con la mayoría del pueblo; una ligazón tan fácil de controlar y de renovar, que en vano buscaremos nada semejante en el viejo aparato del Estado. En tercer lugar, este aparato es mucho más democrático que los anteriores por cuanto sus componentes son elegibles y revocables a voluntad del pueblo, sin formalidades burocráticas. En cuarto lugar, este aparato asegura una sólida ligazón con las profesiones más diversas, facilitando así, sin burocracia, las reformas más diversas y más profundas. En quinto lugar, constituye una forma de organización de la vanguardia, es decir, de la parte más consciente, más enérgica y más avanzada de las clases *oprimida*, de los obreros y los campesinos, por lo que es un aparato que permite a la vanguardia de las clases oprimidas poner en pie, educar, instruir y llevar tras de sí *a toda la gigantesca masa* de estas clases, que hasta hoy permanecía totalmente al margen de la vida política, al margen de la historia. En sexto lugar, brinda la posibilidad de conjugar las ventajas del parlamentarismo con las ventajas de la democracia inmediata y directa, es decir, de unir en los representantes elegidos por el pueblo la función legislativa *y la ejecución de las leyes*. Comparado con el parlamentarismo burgués, es un avance de trascendencia histórica mundial en el desarrollo de la democracia.

En 1905, nuestros Soviets fueron, por decirlo así, únicamente el germen, ya que existieron sólo unas semanas. Es evidente que, en las condiciones de entonces, no podía ni pensarse en su desarrollo completo. Otro tanto ocurre todavía en la revolución de 1917, pues el plazo de varios meses es corto en extremo y, sobre todo, porque los dirigentes eseristas y mencheviques *prostituían* los Soviets, convirtiéndolos en jaulas de cotorras, en apéndices de la política conciliadora de los líderes. Bajo la dirección de los Líber, los Dan, los Tsereteli y los Chernov, los Soviets se iban descomponiendo y pudriendo en vida. Los Soviets sólo podrán desarrollarse de verdad, desplegar por entero sus fuerzas potenciales y su capacidad al asumir *todo* el poder del Estado, pues de otro modo *no tienen nada que hacer* y se convierten en simples células embrionarias (estado que no puede durar mucho tiempo) o en juguetes. La "dualidad de poderes" es la parálisis de los Soviets.

Si la iniciativa popular de las clases revolucionarias no hubiera creado los Soviets, la revolución proletaria en Rusia se vería condenada al fracaso. Porque, con el viejo aparato, el proletariado no podría, sin duda alguna, mantenerse en el poder, y el nuevo aparato es imposible crearlo de golpe. La triste historia de la prostitución de los Soviets por Tsereteli y Chernov, la historia de la "coalición", es al mismo tiempo la historia de la emancipación de los Soviets de las ilusiones pequeñobiirguesas, de su paso por el "purgatorio" del estudio práctico de toda la vileza y de toda la inmundicia de *todas y cada una*

de las coaliciones burguesas. Confiemos en que ese "purgatorio", lejos de debilitar a los Soviets, los haya templado.

* * *

La dificultad principal de la revolución proletaria estriba en realizar a escala nacional la contabilidad y el control más precisos y concienzudos, el *control obrero* de la producción y distribución de los productos.

Cuando los escritores de *Nóvaya Zhizn* nos acusaban de caer en el sindicalismo al lanzar la consigna de "control obrero", nos ofrecían un ejemplo típico de la bobalicona aplicación escolar de ese "marxismo" no meditado a fondo, sino aprendido de memoria a la manera de Struve. El sindicalismo rechaza la dictadura revolucionaria del proletariado o la relega, lo mismo que el poder político en general, al último plano. Nosotros, en cambio, la colocamos en primer lugar. Y si, ateniéndonos al espíritu de *Nóvaya Zhizn*, dijéramos: "¡*nada* de control obrero, *sino* control del Estado!", lanzaríamos una frase reformista burguesa, una fórmula que en el fondo sería perfectamente democonstitucionalista, pues los militantes del Partido Demócrata Constitucionalista no tienen nada que oponer a la *participación* de los obreros en el control del "Estado". Los democonstitucionalistas kornilovistas saben muy bien que semejante participación es, para la burguesía, el método mejor de engañar a los obreros, el método mejor de *sobornar* sutilmente, en el sentido político, a los Gvózdiev, los Nikitin, los Prokopóvich, los Tsereteli y toda esa pandilla.

Cuando nosotros decimos "control obrero", colocando siempre esta consigna *al lado* de la de dictadura del proletariado, siempre *inmediatamente* después de ella, damos a entender con nitidez a qué Estado nos referimos. El Estado es el órgano de dominación de *una clase*. ¿De qué clase? Si se trata de la burguesía, es precisamente un Estado democonstitucionalista-kornilovista-"kerenskiano", por culpa del cual el pueblo obrero de Rusia padece hace ya más de medio año el mal kornilovista y kerenskiano. Si se trata del proletariado, de un Estado proletario, (*es decir*, de la dictadura del proletariado), entonces *sí puede* el control obrero erigirse en un sistema general, universal, omnipresente, minucioso y concienzudo al máximo *de contabilidad* de la producción y distribución de los productos.

En ello radica la dificultad principal, la tarea esencial de la revolución proletaria, es decir, de la revolución socialista. Sin los Soviets, esta tarea sería, al menos para Rusia, insoluble. En los Soviets *apunta* la labor de organización del proletariado, gracias a la cual *se puede* cumplir esta tarea de alcance histórico universal.

Llegamos aquí a otro aspecto del problema referente a la máquina del Estado. Además del aparato de "opresión" por excelencia -el ejército permanente, la policía y los funcionarios-, el Estado moderno posee un aparato en lazado muy íntimamente con los bancos y los consorcios, que efectúa, permítasenos decirlo así, una vasta labor de cálculo y registro. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que se debe hacer es arrancarlo de la dependencia respecto de los capitalistas, *cortar, romper, cercenar* todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, *subordinarlo* a los Soviets proletarios y darle un carácter más vasto, más universal y más popular. Y esto *se puede* hacer apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (de la misma manera que la revolución proletaria, en general, puede alcanzar su objetivo sólo apoyándose en estas conquistas).

El capitalismo ha creado *aparatos* de contabilidad y control en forma de bancos, consorcios, Correos, cooperativas de consumo y sindicatos de empleados. *Sin los grandes bancos, el socialismo sería irrealizable*.

Los grandes bancos son el "aparato del Estado" que *necesitamos* para realizar el socialismo y que *tomamos ya formado* del capitalismo; nuestra tarea se reduce, en este caso, *a extirpar* todo lo que *deforma a lo capitalista* ese magnífico aparato, en hacerlo *aún mayor*, aún más democrático, aún más universal. La cantidad se transformará en calidad. Un banco único del Estado, el más grande entre los más grandes, con sucursales en cada subdistrito y en cada fábrica, supone ya nueve décimas partes del aparato socialista. Supone *una contabilidad* nacional, *un control* nacional de la producción y distribución de los productos; es, por decirlo así, algo parecido al *esqueleto* de la sociedad socialista.

Podemos "adueñamos" y "poner en marcha" de un solo golpe con un solo decreto, ese "aparato estatal" (que en el capitalismo no es por completo del Estado, pero que en nuestras manos, en el socialismo, será íntegramente del Estado). Podemos hacerlo porque el trabajo efectivo de contabilidad, de control, de registro, de estadística y de cálculo corre aquí a cargo de *empleados*, la mayoría de los cuales son, por sus condiciones de vida, proletarios o semiproletarios.

Con un solo decreto del gobierno proletario se podrá y se deberá convertir a todos esos empleados en funcionarios públicos, de la misma manera que los perros guardianes del capitalismo, al estilo de Briand y otros ministros burgueses, convierten a los ferroviarios huelguistas, por medio de un decreto, en funcionarios del Estado. Nosotros necesitaremos y *podremos* tener semejantes funcionarios del Estado en cantidad mucho mayor, pues el capitalismo ha simplificado las funciones de contabilidad y control, reduciéndolas a *asientos* relativamente sencillos en los libros, al alcance de cualquier persona que sepa leer y escribir.

La tarea de convertir en funcionarios del Estado a

la masa de empleados de Banca, de los consorcios, de comercio, etc., etc., podrá cumplirse por entero, tanto técnicamente (gracias a la labor previa que han realizado para nosotros el capitalismo y el capitalismo financiero) como políticamente, a condición de que eso se haga bajo el control y la fiscalización de *los Soviets*.

En lo que respecta a los altos funcionarios, que son muy pocos, pero que tienden hacia los capitalistas, habrá que tratarlos con el mismo "rigor" que a los capitalistas. Unos y otros opondrán *resistencia*. Habrá que vencer esa resistencia. Y si el inmortalmente ingenuo Peshejónov afirmaba ya en junio de 1917, balbuceando como un auténtico "niño político" que "la resistencia de los capitalistas ha sido vencida", *el proletariado hará realidad en serio* esa frase pueril, esa jactancia infantil, esa candorosa salida de tono.

Nosotros podremos hacerlo, pues se trata de vencer la resistencia de una minoría insignificante de la población, literalmente de un puñado de hombres, que serán *controlados* de tal modo por las organizaciones de empleados, los sindicatos, las cooperativas de consumo y los Soviets que cada Tit Títich quedará *cercado* como los franceses en Sedán. Conocemos por sus nombres a estos Tit Títich: hasta con repasar las listas de los directores, miembros de los consejos de administración, grandes accionistas, etc. No pasarán de unos cuantos centenares o, a lo sumo, de unos cuantos miles en *toda* Rusia; el Estado proletario, con el aparato de los Soviets, las organizaciones de empleados, etc., puede encomendar el control de cada uno de ellos a diez y hasta cien personas, de modo que *el control obrero* (sobre los capitalistas) quizá consiga no sólo "vencer", sino *hacer imposible* toda resistencia.

La "clave" de la cuestión no consistirá siquiera en confiscar los bienes de los capitalistas, sino precisamente en establecer un control obrero omnímodo, a escala de todo el país, sobre los capitalistas y sus posibles adeptos. La confiscación por sí sola no basta, pues no contiene ningún elemento de organización y de cálculo de una distribución acertada. Sustituiremos fácilmente la confiscación con la imposición de un gravamen *justo* (aplicando, aunque sólo sea, la tarifa "de Shingariov"), pero a condición de excluir la posibilidad de eludir el control, de ocultar la verdad, de esquivar la ley. Y esto *se conseguirá* sólo mediante el control obrero del *Estado obrero*.

La *sindicación obligatoria*, es decir, la agrupación obligatoria en consorcios bajo el control del Estado, es una medida preparada ya por el capitalismo; una medida implantada ya en Alemania por el Estado de los junkers y que en Rusia será completamente realizable para los Soviets, para la dictadura del proletariado. Eso es lo que *nos proporcionará un "aparato del Estado"* universal, moderno y exento de todo burocratismo*.

* * *

El cuarto argumento de los abogados de la burguesía es que el proletariado no podrá "poner en marcha" el aparato del Estado Este argumento no añade nada nuevo al anterior. Efectivamente, no podríamos adueñarnos del viejo aparato ni ponerlo en marcha. El nuevo aparato, los Soviets, ha sido puesto *ya* en marcha por "el poderoso impulso del verdadero genio creador del pueblo". Lo único que hace falta es librarlo de *las trabas* que le impusieron, durante su caudillaje, los líderes eseristas mencheviques. Este aparato está *ya* en marcha y sólo es necesario desembarazarlo de los monstruosos aditamentos pequeñohurgueses que le impiden avanzar a todo vapor, siempre adelante.

Dos circunstancias hemos de analizar aquí para completar lo que dejamos expuesto: primera, los nuevos medios de control, creados *no* por nosotros, sino por el capitalismo en su fase militar-imperialista; segunda, la importancia de ahondar la democracia en la *gobernación* de un Estado de tipo proletario.

El monopolio del trigo y las cartillas de racionamiento del pan no fueron implantados por nosotros, sino por el Estado capitalista beligerante. Este ha creado ya, en el marco del capitalismo, el trabajo general obligatorio, que es un presidio militar para los obreros. Pero también aquí, como en toda su creación histórica, el proletariado toma sus armas del capitalismo, no las "inventa" ni las "crea de la nada".

El monopolio del trigo, el racionamiento del pan y el trabajo general obligatorio son, en manos del Estado proletario, en manos de los Soviets investidos de todo el poder, el medio más eficaz de contabilidad y control. Un medio que, hecho extensivo a los capitalistas y *a los ricos en general*, y aplicado *por los obreros*, representará una fuerza jamás vista en la historia para "poner en marcha" el aparato del Estado, para vencer la resistencia de los capitalistas y someterlos al Estado proletario. Este medio del control y del *trabajo obligatorio* es más fuerte que las leyes de la Convención y su guillotina. La guillotina *sólo* servía para intimidar, para vencer la resistencia *activa. Y a nosotros no nos basta con eso*.

No nos basta, pues no sólo necesitamos "intimidar" a los capitalistas para que sientan la omnipotencia del Estado proletario y no se atrevan a pensar en oponerle una resistencia activa. Necesitamos también vencer la resistencia pasiva, indudablemente más peligrosa y más nociva aún. No nos basta con vencer la resistencia, cualquiera que sea. Necesitarnos, además, *obligar a trabajar* dentro de los nuevos límites de la organización estatal. No

* Para conocer con más detalle la importancia de la sindicalización obligatoria véase mi folleto *La catástofre que nos amenaza y cómo combatirla*. (Véase el presente volumen.- *N. de la Edit.*)

basta con "echar" a los capitalistas: hay que lograr que *sirvan al Estado de un modo nuevo* (después de deshacernos de los inservibles, de los "resistentes" empedernidos). Esto se refiere a los capitalistas y también a cierto sector elevado de los intelectuales burgueses, de los funcionarios, etc.

Disponemos de los medios necesarios para ello. El propio Estado capitalista beligerante ha puesto en nuestras manos los medios y las armas. Estos medios son: el monopolio del trigo, el racionamiento del pan y el trabajo general obligatorio. "El que no trabaja no come": tal es la regla fundamental, primordial y más importante que los Soviets de diputados obreros pueden implantar e implantarán en cuanto sean poder.

Cada obrero tiene su cartilla de trabajo. No le humilla este documento, aunque *hoy* es, sin duda, un documento acreditativo de la esclavitud capitalista asalariada, un testimonio de que el trabajador a cuyo nombre está extendido pertenece a tal o cual parásito.

Los Soviets implantarán la cartilla de trabajo *para los ricos*, y *luego*, poco a poco, para toda la población (en un país agrario, pasará, probablemente, mucho tiempo antes de que este documento sea necesario para la inmensa mayoría de los campesinos). La cartilla de trabajo dejará de ser un signo distintivo de la "plebe", dejará de ser un documento de las clases "inferiores", un testimonio de la esclavitud asalariada. Se convertirá en una prueba de que en la nueva sociedad no hay ya "obreros", pero, en cambio, no hay nadie que no sea *trabajador*.

Los ricos deberán recibir una cartilla de trabajo del sindicato de obreros o empleados más afín a la esfera de su actividad, y cada semana, o en el plazo que se estipule, el sindicato correspondiente deberá certificar que cumplen escrupulosamente con su trabajo; sin esta condición no podrán recibir la cartilla de racionamiento del pan ni, en general, víveres. Necesitamos -dirá el Estado proletario- buenos organizadores de bancos y consorcios industriales (los capitalistas tienen en este sentido más experiencia, y con gente experta el trabajo marcha mejor); necesitamos cada día más y más ingenieros, agrónomos, técnicos y especialistas de todo género con una formación científica. A todos estos trabajadores les encomendaremos tareas adecuadas a sus fuerzas y a sus hábitos; es probable que no establezcamos sino en forma gradual la igualdad absoluta de la remuneración, dejando a estos especialistas un sueldo más alto durante el período de transición; pero los someteremos al control obrero en todos los aspectos de su actividad y conseguiremos la aplicación plena e incondicional del principio de que "el que no trabaja no come". La forma de organización del trabajo no la inventamos, sino que la tomamos ya preparada del capitalismo: bancos, consorcios, las mejores fábricas, estaciones experimentales, academias, etc. No tendremos más que tomar lo mejor de la experiencia de los países avanzados.

Y, desde luego, no pecaremos en lo más mínimo de utopismo ni abandonaremos el terreno de las consideraciones prácticas más sensatas si decimos: toda la clase capitalista opondrá la resistencia más tenaz, pero la organización de toda la población en Soviets vencerá esa resistencia. Por supuesto, los capitalistas que opongan una resistencia singularmente tenaz, los más insubordinados, serán castigados con la confiscación de todos sus bienes y con pena de cárcel; pero, en cambio, la victoria del proletariado multiplicará los casos como el siguiente, del que me he enterado hoy por *Izvestia*:

> "El 26 de septiembre se han presentado en el Consejo Central de Comités Fabriles dos ingenieros para declarar que un grupo de colegas suyos ha decidido constituir una Asociación de Ingenieros Socialistas. Considerando que el momento actual es, en realidad, el comienzo de la revolución social, la Asociación se pone a disposición de las masas obreras y desea actuar, en defensa de los intereses de los obreros, de pleno acuerdo con las organizaciones obreras. Los representantes del Consejo Central de Comités Fabriles han contestado que éste formará con agrado en su organización una Sección de Ingenieros que incluya en su programa las tesis fundamentales de la I Conferencia de Comités Fabriles sobre el control obrero de la producción. Próximamente se celebrará una reunión conjunta de los delegados del Consejo Central de Comités Fabriles con el grupo organizador de la Asociación de Ingenieros Socialistas" (*Izvestia del CEC*, 27 de septiembre de 1917).

* * *

Se nos dice que el proletariado no podrá poner en marcha el aparato del Estado.

Después de la revolución de 1905 gobernaban en Rusia 130.000 terratenientes; gobernaban sobre 150 millones de personas mediante un sinfín de violencias y escarnios, obligando a la inmensa mayoría a trabajar como forzados y vivir semihambrientos.

Y ahora resulta que no podrán gobernar a Rusia 240.000 miembros del Partido Bolchevique, gobernarla en beneficio de los pobres y contra los ricos. Esas 240.000 personas tienen ya ahora a su favor, por lo menos, un millón de votos de la población adulta. Porque la experiencia de Europa y de Rusia -por ejemplo, las elecciones de agosto a la Duma de Petrogrado- testimonian justamente esa proporción entre los efectivos del partido y los sufragios emitidos a su favor. Tenemos ya un "aparato estatal" de *un millón* de personas, fieles al Estado socialista por convicción, y no por el deseo de cobrar un dineral el 20 de cada mes.

Es más, tenemos un “recurso maravilloso” para *decuplicar* en seguida, de golpe, nuestro aparato estatal, un recurso del que jamás ha dispuesto ni puede disponer ningún Estado capitalista. Este recurso maravilloso es la incorporación de los trabajadores, de los pobres, a la labor cotidiana de dirección del Estado.

Para explicar cuán fácil es aplicar ese maravilloso recurso, y cuán infalible es su efecto, tomaremos el ejemplo más sencillo y más claro.

El Estado necesita desahuciar forzosamente de su vivienda a una familia para alojar en ella a otra. Esto lo hace a cada paso el Estado capitalista, y lo hará también nuestro Estado proletario o socialista.

El Estado capitalista desahucia a una familia obrera que, habiendo perdido a quien la mantenía, deja de pagar el alquiler. Se presenta un alguacil, un policía o un guardia, o un pelotón entero. En un barrio obrero, para ejecutar un desahucio, tiene que acudir un destacamento de cosacos. ¿Por qué? Porque el alguacil y el guardia se niegan a ir sin la protección de una nutrida escolta militar. Saben que el espectáculo del desahucio suele provocar en toda la población de los alrededores, en miles y miles de personas llevadas casi a la desesperación, una ira tan furiosa, un odio tan grande contra los capitalistas y contra el Estado capitalista, que el alguacil y todo el pelotón de guardias pueden quedar despedazados en cualquier momento. Hacen falta importantes fuerzas armadas, es preciso trasladar a una gran ciudad varios regimientos, obligatoriamente de alguna zona alejada, para que a los soldados les sea ajena la vida de los pobres de la ciudad, para que no puedan “contagiarse” de socialismo.

El Estado proletario recurre a la coerción para instalar en la vivienda de un rico a una familia necesitada en extremo. Nuestro destacamento de la milicia obrera se compone, supongamos, de quince personas: dos marinos, dos soldados, dos obreros conscientes (bastará que uno de ellos sea miembro de nuestro partido o simpatizante), un intelectual y ocho trabajadores pobres, y entre ellos, sin falta, no menos de cinco mujeres, criados, peones, etc. El destacamento se presenta en la casa de la familia rica, la inspecciona y comprueba que tiene cinco habitaciones ocupadas por dos hombres y dos mujeres. “Ciudadanos -les dicen-, estréchense ustedes por este invierno en dos habitaciones y dejen libres otras dos para alojar en ellas a dos familias que viven en el sótano. Por algún tiempo, en tanto no construyamos buenas viviendas para todos con la ayuda de los ingenieros (¿usted es ingeniero, verdad?), tendrán forzosamente que estrecharse un poco. Su teléfono se pondrá a disposición de diez familias, con lo cual se economizarán unas cien horas de trabajo, caminatas por tiendas, etc. Además, en su familia hay dos semiobreros desocupados -una ciudadana de 55 años y un ciudadano de 14- que pueden realizar un trabajo fácil, harán cada día una guardia de tres horas para velar por la distribución justa de víveres entre las diez familias y llevar el correspondiente registro. El ciudadano estudiante que forma parte de nuestro destacamento redactará ahora en dos copias esta orden oficial, y ustedes tendrán la bondad de firmamos una declaración, por la que se comprometan a cumplirla exactamente”.

Así podría ser expuesta, a mi juicio, en ejemplos concretos la diferencia entre el aparato y la administración del Estado viejos, burgueses, y los nuevos, socialistas.

No somos utopistas. Sabemos que cualquier peón y cualquier cocinera son incapaces de asumir ahora mismo la gobernación del Estado. En eso estamos de acuerdo con los democonstitucionalistas, con Breshkóvskaya y con Tsereteli. Pero nos diferenciamos de estos ciudadanos en que exigimos romper sin demora con el prejuicio de que sólo los ricos o funcionarios procedentes de familias ricas pueden *gobernar* el Estado, efectuar el trabajo cotidiano de administración. Nosotros exigimos que *el aprendizaje* de la administración del Estado corra a cargo de obreros y soldados conscientes y que se emprenda sin demora, es decir, que se empiece inmediatamente a hacer participar en este aprendizaje a todos los trabajadores, a toda la población pobre.

Sabemos que los democonstitucionalistas están también de acuerdo con enseñar al pueblo los principios de la democracia. Las damas democonstitucionalistas están dispuestas a dar conferencias a las criadas sobre la igualdad de derechos de la mujer, inspirándose en las mejores fuentes inglesas y francesas. Y quizá en el próximo concierto-mitin, ante miles de espectadores, *se organice* en el escenario un “ósculo de paz”: la señora conferenciante democonstitucionalista besará a Breshkóvskaya, Breshkóvskaya al exministro Tsereteli, y el pueblo, agradecido, aprenderá así, en la práctica, lo que son la igualdad, la libertad y la fraternidad republicanas....

Sí, reconocemos que los democonstitucionalistas, Breshkóvskaya y Tsereteli son, a su modo, fieles a la democracia y la propagan entre el pueblo. Pero, ¡qué se le va a hacer!, nosotros tenemos una idea algo diferente de la democracia.

A nuestro modo de ver, para mitigar los inauditos sufrimientos y desgracias originados por la guerra, así como para curar las horribles heridas que ésta ha causado al pueblo, es necesaria una democracia *revolucionaria*, son necesarias medidas *revolucionarias* justamente del tipo de la que hemos puesto como ejemplo en la distribución de viviendas en beneficio de los pobres. *Del mismo modo* hay que proceder en la ciudad y en el campo con los víveres, con la ropa, con el calzado, etc., y en el campo, con la tierra y todo lo demás. Para administrar el Estado *en este* sentido, podemos *disponer en el acto* de un

aparato *estatal* de unos diez millones de hombres, si no veinte, jamás visto en ningún Estado capitalista. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con la adhesión más completa, sin reservas, de la inmensa mayoría de la población. Sólo nosotros podemos crear ese aparato, porque contamos con obreros conscientes, disciplinados por un largo "aprendizaje" capitalista (no en vano hemos cursado la escuela del capitalismo); con obreros que *están en condiciones* de formar una milicia obrera y de ampliarla *paulatinamente* (comenzando a ampliarla en seguida) hasta convertirla en milicia *de todo el pueblo*. Los obreros conscientes deben dirigir, pero pueden incorporar a la labor de administración a verdaderas masas de trabajadores y oprimidos.

Por supuesto, en los primeros pasos de ese nuevo aparato serán inevitables los errores. Pero ¿acaso no cometieron errores los campesinos cuando, al quedar en libertad después de la servidumbre, empezaban a dirigir por sí mismos sus asuntos? ¿Puede haber otro camino para enseñar al pueblo a gobernarse, para evitar los errores, que no sea el de la práctica, el de la instauración inmediata de una verdadera autoadministración popular? Hoy por hoy, lo más importante es acabar con el prejuicio intelectual burgués de que sólo pueden gobernar el Estado funcionarios especiales, que, a consecuencia de su posición social, dependen por entero del capital. Lo principal es poner término a un estado de cosas en el que los burgueses, los funcionarios y los ministros "socialistas" intentan gobernar como en el pasado, pero no pueden hacerlo, y al cabo de siete meses se encuentran, en un país campesino, ¡¡con una insurrección campesina!! Lo más importante es infundir a los oprimidos y a los trabajadores fe en sus propias fuerzas, de mostrarles en la práctica que ellos mismos pueden y deben establecer una distribución *equitativa*, severísimamente reglamentada y organizada, del pan, de todos los alimentos, de la leche, de la ropa, de la vivienda, etc., *en beneficio de los pobres*. *No hay* otro modo de salvar a Rusia de la bancarrota y de la perdición. Y cuando se inicie honrada y resueltamente en todas partes la transferencia de la administración a los proletarios y semiproletarios, las masas revelarán un entusiasmo revolucionario jamás visto en la historia; las energías del pueblo se multiplicarán de tal modo en su lucha contra las calamidades, que muchas cosas que parecen imposibles a nuestras mezquinas y viejas fuerzas burocráticas serán viables para las fuerzas de millones de hombres que *empiecen a trabajar para sí* y no para el capitalista, el señorito y el burócrata, no a la fuerza.

* * *

Otro problema relacionado con el aparato del Estado es el del centralismo, planteado de un modo muy enérgico, y muy poco feliz, por el camarada Bazárov en el número 138 de *Nóvaya Zhizn* (27 de septiembre), en un artículo titulado *Los bolcheviques y el problema del poder*.

El camarada Bazárov razona del modo siguiente: "Los Soviets no son un aparato adaptable a todos los dominios de la vida pública", pues una experiencia de siete meses ha demostrado -y "decenas y cientos de pruebas documentales existentes en la Sección Económica del Comité Ejecutivo de San Petersburgo" lo confirman- que los Soviets, aunque en muchos lugares han tenido, en efecto, "todo el poder", "no ha podido conseguir los menores resultados satisfactorios en su lucha contra la ruina económica". Hace falta un aparato "dividido por ramas de producción, rigurosamente centralizado dentro de cada rama y subordinado a un centro único de todo el Estado". "No se trata -¡presten ustedes atención!- de sustituir el viejo aparato, sino sólo de reformarlo… por más que los bolcheviques se burlen de los hombres con planes..."

Todos estos razonamientos del camarada Bazárov son, en verdad, asombrosamente torpes, ¡parecen una copia de los argumentos de la burguesía, un reflejo de su punto de vista de clase!

En efecto, es sencillamente ridículo (si no es una simple repetición de la interesada mentira de clase de los capitalistas) afirmar que los Soviets hayan tenido "todo el poder" en parte alguna de Rusia. Tener todo el poder significa poseer toda la tierra, todos los bancos y todas las fábricas; quien tenga la menor noción de las enseñanzas de la historia y de los datos científicos concernientes a la relación entre la política y la economía, no podría "olvidar" este "pequeño" detalle.

El método falaz de la burguesía consiste en que, *sin* entregar el poder a los Soviets, *sabotea* todas las medidas serias de éstos, se aferra al gobierno, conserva el poder sobre la tierra y sobre los bancos, etc., ¡¡y después imputa a los Soviets la responsabilidad por la ruina económica!! En esto consiste, precisamente, la triste experiencia de la coalición.

Los Soviets jamás han tenido en sus manos todo el poder, y sus medidas sólo han podido ser paliativas, que han aumentado la confusión.

Querer demostrar a los bolcheviques, centralistas por convicción y por el programa y por la táctica de todo su partido, la necesidad del centralismo, es, en verdad, querer demostrar que dos y dos son cuatro. Si los escritores de *Nóvaya Zhizn* se dedican a esa labor inútil, la única causa de ello es que no han comprendido en absoluto el sentido ni el alcance de nuestras burlas respecto a su punto de vista "de todo el Estado". Y no lo han comprendido porque reconocen la teoría de la lucha de clases sólo *de palabra*, y no por convicción. Los de *Nóvaya Zhizn* repiten unas cuantas frases aprendidas de memoria acerca de la lucha de clases y caen a cada paso en "el punto de vista supraclasista", ridículo en la teoría y

reaccionario en la práctica, denominando a ese servilismo para con la burguesía plan "de todo el Estado".

El Estado, amables señores, es un concepto de clase. El Estado es un órgano o una máquina de violencia de una clase sobre otra. Y mientras sea una máquina utilizada por la burguesía para ejercer la violencia sobre el proletariado, no habrá más que una consigna proletaria: *destruir* ese Estado. Más cuando el Estado sea proletario, cuando sea una máquina de violencia del proletariado sobre la burguesía, entonces seremos partidarios, plena e incondicionalmente, de un poder firme y del centralismo.

O dicho con palabras más populares: no nos burlamos de los "planes", sino de que Bazárov y Cía. no comprendan que, al negar "el control obrero", al negar "la dictadura del proletariado", *defienden* la dictadura de la burguesía. No hay término medio; el término medio es una ilusión vana de los demócratas pequeñoburgueses.

Ninguno de nuestros órganos dirigentes, ningún bolchevique ha impugnado nunca *el centralismo* de los Soviets, su unificación. Ninguno de nosotros se opone a la organización de comités de fábrica por ramas de producción y a su centralización. Bazárov *ha errado* el tiro.

Nosotros nos burlamos, nos hemos burlado y nos burlaremos, no del "centralismo" ni de los "planes", sino del *reformismo*. Porque, después de la experiencia de la coalición, vuestro reformismo es profundamente ridículo. Y decir que "no se trata de sustituir el aparato, sino de reformarlo" significa ser reformista, significa convertirse en un demócrata reformista, y no en un demócrata revolucionario. El reformismo no es otra cosa que concesiones de la clase gobernante, y *no* su derrocamiento; concesiones con tal de conservar el poder *en sus manos*.

Eso es precisamente lo que ha probado la coalición durante medio año.

Y de eso nos burlamos. Sin meditar en la teoría de la lucha de clases, Bazárov se deja cazar por la burguesía, que canta a coro: "Sí, señor, eso es; nosotros precisamente no nos oponemos a las reformas; somos partidarios de que los obreros intervengan en el control de todo el Estado; estamos completamente de acuerdo". Y el bueno de Bazárov hace, *objetivamente*, el oficio de vocero de los capitalistas.

Es lo que ha sucedido y sucederá siempre con las personas que, en situaciones de enconada lucha de clases, pretenden mantener una posición "intermedia". Y precisamente porque los colaboradores de *Nóvaya Zhizn* son incapaces de comprender la lucha de clases, su política es una vacilación tan ridícula, y eterna, entre la burguesía y el proletariado.

¡Emprendan esos "planes", amables ciudadanos! Aquí no se trata ya de política, no se trata ya de lucha de clases; aquí pueden rendir un buen servicio al pueblo. En el periódico de ustedes colaboran muchos economistas. Únanse a los ingenieros y demás elementos dispuestos a trabajar en los problemas de la reglamentación de la producción y de la distribución, consagren el suplemento de su gran "aparato" (de su diario) al estudio práctico de los datos exactos relacionados con la producción y la distribución de los productos en Rusia, los bancos y los consorcios, etc., etc., y prestarán un servicio al pueblo; en ese terreno no resultará demasiado funesto su empeño de nadar entre dos aguas. Esa labor de formación de "planes" no les valdrá ya las burlas, sino la gratitud de los obreros.

Después de triunfar, el proletariado procederá del siguiente modo: encargará a los economistas, ingenieros, agrónomos, etc., *bajo el control* de las organizaciones obreras, de confeccionar un "plan" y comprobarlo, buscar recursos que permitan ahorrar trabajo mediante la centralización y estudiar los medios y métodos que aseguren el control más sencillo, menos costoso, más cómodo y universal. Estos servicios de los economistas, estadísticos y técnicos serán bien retribuidos, pero... pero no les daremos de comer si no laboran a conciencia y sin reservas *en beneficio de los trabajadores*.

Somos partidarios del centralismo y del "plan", pero de un centralismo y de un plan del Estado *proletario*; somos partidarios de la reglamentación proletaria de la producción y de la distribución en beneficio de los pobres, de los trabajadores y explotados, *contra* los explotadores. Y sólo estamos dispuestos a considerar "de todo el Estado" lo que rompa la resistencia de los capitalistas y ponga todo el poder en manos de la mayoría del pueblo, es decir, en manos de los proletarios y semiproletarios, de los obreros y los campesinos pobres.

* * *

El quinto argumento consiste en decir que los bolcheviques no podrán sostenerse en el poder, pues "la situación es complicada en extremo..."

¡Oh, mentes preclaras! Estarían dispuestas, tal vez, a reconciliarse con la revolución, pero sin esa "situación complicada en extremo..."

Tales revoluciones no existen, y los suspiros por una revolución de ese tipo no son más que lamentaciones reaccionarias de intelectuales burgueses. Aun en el caso de que la revolución comience en una situación que, al parecer no sea muy complicada, ella misma, al desarrollarse, crea *siempre* situaciones complicadas *en extremo*. Porque una revolución verdadera, una revolución profunda, "popular", según la expresión de Marx[82] , es un proceso increíblemente complicado y doloroso de agonía de un régimen social caduco y de alumbramiento de un régimen social nuevo, de un nuevo modo de vida de decenas de millones de

personas. La revolución es la lucha de clases y la guerra civil más enconadas, más furiosas, más encarnizadas. En la historia no ha habido ni una sola gran revolución sin guerra civil. Y sólo un hombre enfundado puede pensar que es posible una guerra civil sin una "situación complicada en extremo".

Sin situaciones extraordinariamente complicadas jamás habría habido revoluciones. El que no se arriesga no pasa la mar.

En este quinto argumento no hay nada que analizar, pues no contiene razonamientos económicos, ni políticos ni de ningún género. Lo único que contiene son suspiros de hombres entristecidos y asustados por la revolución. Me permitiré referir aquí, como ilustración de esos suspiros, dos pequeños recuerdos personales.

Poco antes de las jornadas de julio conversé con un ingeniero rico. En otros tiempos, este ingeniero había sido revolucionario, afiliado al Partido Socialdemócrata e incluso al Partido Bolchevique. Hoy no acierta a contener su temor ni su cólera contra los obreros enfurecidos e indómitos. "¡Si fuesen, por lo menos, como los obreros alemanes! -exclama (pues se trata de un hombre instruido, que ha viajado por el extranjero)-. Comprendo, naturalmente, que, en general, la revolución social es inevitable; pero en nuestro país, con este bajo nivel de nuestros obreros a consecuencia de la guerra..., no es una revolución, ¡es el abismo!"

El estaría dispuesto a aceptar la revolución social si la historia nos llevase a ella de una manera tan pacífica, tan serena, tan suave y cuidadosa como un tren expreso alemán llega al andén de una estación. El mozo de tren, muy digno, va abriendo las portezuelas del coche y exclama: "¡Estación Revolución Social! *Alle aussteigen*! (¡Todo el mundo debe apearse!)". En esas condiciones, ¿por qué no dejar de ser ingeniero al servicio de los señores Tit Títich para ser ingeniero al servicio de las organizaciones obreras?

Este hombre ha visto huelgas. Sabe qué huracán de pasiones desencadena siempre, hasta en los tiempos más pacíficos la huelga más corriente. Y comprende, claro está, que ese huracán tiene, que ser muchos millones de veces más fuerte cuando la lucha de clases alza a *todo* el pueblo trabajador de un país gigantesco, cuando la guerra y la explotación llevan casi a la desesperación a millones de hombres, martirizados durante siglos por los terratenientes, saqueados y maltratados durante decenios por los capitalistas y los burócratas del zarismo. Comprende "teóricamente" todo eso, lo reconoce *de palabra*; pero está simplemente amedrentado por "la situación complicada en extremo".

Después de las jornadas de julio, gracias a la atención particular con que me distinguía el Gobierno Kerenski, hube de pasar a la clandestinidad. Me escondió, como es natural, un obrero. En un apartado suburbio obrero de Petrogrado, en una pequeña vivienda obrera, nos sirven la comida. La dueña de la casa pone el pan en la mesa, y el dueño dice: "¡Mira qué magnífico pan! Es que "ellos" no se atreven ahora a darnos pan malo. Ya nos habíamos olvidado de que en Petrogrado podía haber pan bueno".

Me sorprendió aquella apreciación de clase de las jornadas de julio. Mi pensamiento giraba en torno a la significación política de lo sucedido, valoraba su papel en la marcha general de las cosas, analizaba de qué situación había brotado aquel zigzag de la historia y qué nueva situación crearía, cómo debíamos modificar nuestras consignas y nuestra organización de partido para adaptarlo a las nuevas circunstancias. Yo, que no he conocido la miseria, no había pensado en el pan. Para mí, el pan era algo natural, una especie de subproducto del trabajo de escribir. El pensamiento llega a través del análisis político, siguiendo un camino extraordinariamente complicado y tortuoso, a lo que es la base de todo: a la lucha de clases por el pan.

Pero un representante de la clase oprimida, pese a ser uno de los obreros bien pagados e instruidos, pone el dedo en la llaga con esa sencillez y esa rectitud admirables, con esa firme decisión y esa asombrosa claridad de pensamientos de la que nosotros, los intelectuales, estamos tan lejos como el cielo de la tierra. El mundo entero se divide en dos campos: "nosotros", los trabajadores, y "ellos", los explotadores. Ni rastro de confusión por lo sucedido: es una de tantas batallas de la prolongada lucha del trabajo contra el capital. Donde se maneja el hacha, saltan astillas.

"¡Qué dolorosa es "la situación complicada en extremo" de la revolución!", piensa y siente el intelectual burgués.

""Les" hemos apretado y "ellos" no se atreven a ser tan insolentes como antes. ¡Apretémosles más y los echaremos definitivamente!", piensa y siente el obrero.

* * *

Sexto y último argumento: el proletariado "no será capaz de hacer frente al embate de todas las fuerzas enemigas, que barrerá la dictadura del proletariado y, con ella, toda la revolución".

No traten de amedrentarnos, señores, que no lo conseguirán. Hemos visto ya esas fuerzas enemigas y su embate en la korniloviada (de la cual la kerenskiada no se diferencia en nada). Todo el mundo ha visto, y el pueblo no lo olvida, cómo barrieron la korniloviada el proletariado y los campesinos pobres, en qué lamentable y ridícula situación se encontraron los adeptos de la burguesía y los pocos representantes de los sectores locales de pequeños propietarios agrarios singularmente acomodados y singularmente "enemigos" de la revolución. Al tratar de convencer a los obreros de

que “soporten con paciencia” la kerenskiada (es decir, la korniloviada) y la falsificada Duma tsereteliana-bulyguiniana hasta la Asamblea Constituyente (¡convocada al amparo de las “medidas militares” contra los campesinos amotinados!), *Dielo Naroda* repite con vehemencia en su número del 30 de septiembre precisamente el sexto argumento de *Nóvaya Zhizn* y grita hasta enronquecer: “El Gobierno Kerenski no se someterá bajo ningún concepto” (al Poder de los Soviets, al poder de los obreros y los campesinos, al que *Dielo Naroda*, para no ser menos que los pogromistas y los antisemitas, los monárquicos y los democonstitucionalistas, denomina poder “de Trotski y Lenin”: ¡¡ahí tienen a qué métodos recurren los eseristas!!).

Pero ni *Nóvaya Zhizn* ni *Dielo Naroda* conseguirán amedrentar a los obreros conscientes. “El Gobierno Kerenski -dicen ustedes- no se someterá bajo ningún concepto”, es decir, hablando en términos más sencillos, más sinceros y más claros, repetirá la korniloviada. ¡Y los señores de *Dielo Naroda* se atreven a afirmar que eso equivaldrá a una “guerra civil” con “perspectivas aterradoras”!

¡No, señores, no conseguirán engañar a los obreros! No será una guerra civil, sino un motín desesperado de un puñado de kornilovistas. ¿O es que se empeñan en “no someterse” al pueblo y en provocarle, cueste lo que cueste, a una nueva edición, aumentada, de lo que sucedió en Víborg con los kornilovistas? *Si* es eso lo que *desean* los eseristas, si es eso lo que desea Kerenski, miembro del partido eserista, puede llevar al pueblo a extremos de furia. Pero con eso, señores, no lograrán amedrentar a los obreros ni a los soldados.

Es un cinismo sin límites: han falsificado la nueva Duma bulyguiniana, asegurándose con manejos sucios la ayuda de cooperadores reaccionarios y de los kulaks rurales, han sumado a ellos capitalistas y terratenientes (los llamados elementos poseedores), ¡y con esa banda de kornilovistas quieren *sabotear la voluntad del pueblo*, la voluntad de los obreros y los campesinos!

¡Han llevado las cosas a tal extremo que en un país campesino se levanta una oleada de sublevaciones campesinas que lo inunda todo! Imagínense lo que significa eso: ¡en una república democrática con un 80% de población campesina hacer llegar las cosas a una insurrección de campesinos!... El mismo *Dielo Naroda*, el periódico de Chernov, órgano del partido de los “socialistas-revolucionarios”, que el 30 de septiembre tiene la desvergüenza de aconsejar “paciencia” a los obreros y a los campesinos, en su artículo de fondo del 29 de septiembre se había visto obligado a reconocer:

> “Hasta este momento no se ha hecho *casi nada* para acabar con las relaciones de *servidumbre* que siguen *imperando* aún en el campo precisamente en el centro de Rusia”.

Y en el mismo editorial del 29 de septiembre, el propio *Dielo Naroda* dice que “los procedimientos stolypinianos se dejan sentir aún con gran fuerza” en los métodos de “los ministros revolucionarios”. O, empleando términos más claros y sencillos, el periódico llama *stolypinianos* a Kerenski, Nikitin, Kishkín y Cía.

Los “stolypinianos” Kerenski y Cía., que han obligado a los campesinos a rebelarse, adoptan ahora “medidas militares” contra ellos y consuelan al pueblo con la convocación de la Asamblea Constituyente (aunque Kerenski y Tsereteli *han engañado* ya una vez al pueblo, cuando declararon solemnemente el 8 de julio que la Asamblea Constituyente se reuniría el día señalado: el 17 de septiembre; luego, *faltando a su palabra*, e incluso obrando en contra del consejo *del menchevique Dan*, volvieron a aplazarla, y no hasta fines de octubre, como quería el Comité Ejecutivo Central, por entonces menchevique, sino hasta fines de noviembre). Los “stolypinianos” Kerenski y Cía. consuelan al pueblo con la próxima convocación de la Asamblea Constituyente, como si el pueblo pudiese dar crédito a quienes le han mentido ya una vez en un caso semejante, como si el pueblo pudiese considerar capaz de convocar *honradamente* la Asamblea Constituyente a un gobierno que impone *medidas militares* en las aldeas más remotas, es decir, que *encubre* con todo descaro los encarcelamientos arbitrarios de campesinos conscientes y *la falsificación* de las elecciones.

¡Se lleva a los campesinos al extremo de tener que rebelarse y luego se tiene el cinismo de decirles: “Hay que “soportar con paciencia”, hay que esperar, hay que tener confianza en un gobierno que reprime “con medidas militares” a los campesinos sublevados”!

¡Se deja que las cosas lleguen a la muerte de cientos de miles de soldados rusos en la ofensiva comenzada después del 19 de junio, a la prolongación de la guerra, a la sublevación de los marinos alemanes, que arrojan al agua a sus superiores! ¡Se deja que las cosas lleguen a ese extremo, hablando sin cesar de la paz, pero *sin proponer* una paz justa a todos los beligerantes! ¡Y aún se tiene la desvergüenza de decir a los obreros y campesinos, a los soldados que se lanzan a la muerte: “Hay que soportar las cosas con paciencia” tened confianza en el gobierno del “stolypiniano” Kerenski, tened confianza un mes más en los generales kornilovistas, que quizá en el transcurso de ese mes envíen de nuevo al matadero a unas cuantas decenas de miles de soldados!... “Hay que soportar las cosas con paciencia”.

¿No es eso desvergüenza?

¡No, señores eseristas, correligionarios de Kerenski, no conseguirán engañar a los soldados!

Los obreros y soldados no soportarán el Gobierno Kerenski ni un solo día, ni una sola hora *de más*, pues saben que un gobierno de *los Soviets* propondrá *inmediatamente* a todos los beligerantes una paz justa y que, con ello, aportará al país, *muy probablemente*, un armisticio inmediato y una paz rápida.

Ni un solo día, ni una sola hora *de más* tolerarán los soldados de nuestro ejército de campesinos que, contra la voluntad de los Soviets, continúe en el poder el Gobierno Kerenski, un gobierno que sofoca *con medidas militares* la insurrección de los campesinos.

¡No, señores eseristas, correligionarios de Kerenski, no conseguirán seguir engañando a los obreros y a los campesinos!

* * *

El argumento que emplea *Nóvaya Zhizn*, presa de un pánico cerval, al decir que el embate de las fuerzas enemigas barrerá la dictadura del proletariado, contiene además un monstruoso error lógico y político, que puede pasar inadvertido únicamente para quienes se dejan asustar hasta casi perder la razón.

"El embate de las fuerzas enemigas -se nos dice- barrerá la dictadura del proletariado". Bien. Pero todos ustedes, amables conciudadanos, son economistas y personas instruidas. Todos ustedes saben que contraponer la democracia a la burguesía es un absurdo y una prueba de ignorancia, como lo sería comparar un pud y una arshina*. Porque hay una burguesía democrática y hay sectores no democráticos (capaces de una Vandée) de la pequeña burguesía.

Lo de "fuerzas enemigas" no es ni que una frase. En cambio, el concepto de *burguesía* (tras la que se encuentran también los terratenientes) es ya un concepto de clase.

La burguesía y los terratenientes; el proletariado; la pequeña burguesía, los pequeños propietarios y, en primer término, los campesinos: ésas son las tres "fuerzas" fundamentales en que se divide Rusia, como *todo* país capitalista. Esas son las tres "fuerzas" fundamentales que han sido destacadas desde hace mucho tiempo en todo país capitalista (y también en Rusia) no sólo por el análisis económico científico, sino también por *la experiencia política* de la historia moderna de *todos* los países, por la experiencia de *todas* las revoluciones europeas, a partir del siglo XVIII, y por la experiencia de las *dos* revoluciones rusas de 1905 y 1917.

Y bien, ¿amenazan ustedes a los proletarios con que el embate de la burguesía barrerá su poder? A eso, y sólo a eso, se reduce su amenaza; no tiene otro sentido.

Perfectamente. Si la burguesía, por ejemplo, puede barrer el poder de los obreros y de los campesinos pobres, no queda más camino que el de la "coalición"; es decir, concertar una alianza o un pacto de los pequeños burgueses con la burguesía. ¡¡No se puede concebir otra cosa!!

Pero la coalición se ha probado durante medio año y ha llevado al fracaso: y ustedes mismos, ciudadanos de *Nóvaya Zhizn*, amables pero que no saben pensar, *han renunciado* a la coalición.

¿Qué resulta, pues?

Se han hecho tal lío, ciudadanos de *Nóvaya Zhizn*, se han dejado amedrentar de tal modo, que son incapaces de atar cabos en el razonamiento más sencillo, *no saben contar siquiera hasta tres, y no digamos hasta cinco*.

O se entrega todo el poder a la burguesía, cosa que ustedes no defienden desde hace mucho y que ni la propia burguesía se atreve siquiera a insinuar, pues sabe que el pueblo se sacudió de un empujón ese poder los días 20 y 21 de abril y hoy lo derribaría con triple energía y decisión. O se entrega el poder a la pequeña burguesía, es decir, se llega a una coalición (alianza, pacto) de ésta con la burguesía. Porque la pequeña burguesía por sí sola, independientemente ni quiere ni puede tomar el poder, como lo demuestra la experiencia de todas las revoluciones como lo prueba también la ciencia económica, la cual enseña que en un país capitalista se puede estar al lado de capital o al lado del trabajo, pero es imposible mantenerse en medio. Esta coalición ha probado en Rusia, durante medio año, más de una docena de métodos y ha fracasado.

O bien, finalmente, se entrega todo el poder a los proletarios y a los campesinos pobres, contra la burguesía y para vencer su resistencia. Esto no se ha probado aún, y ustedes, señores de *Nóvaya Zhizn*, tratan de *desaconsejárselo* al pueblo, amedrentándolo con vuestro propio miedo a la burguesía.

No caben más que estas tres posibilidades.

Por lo tanto, si *Nóvaya Zhizn* teme la dictadura del proletariado y la rechaza, ante la perspectiva de una supuesta derrota del poder proletario por la burguesía, ¡¡¡su actitud equivale a *retroceder en secreto al conciliacionismo* con los capitalistas!!! Es claro como la luz del día que quien teme la resistencia, quien no cree en la posibilidad de vencer esa resistencia, quien dice al pueblo: "temed la resistencia de los capitalistas, no conseguiréis vencerla", lo que hace *en realidad* es invitarle, una vez más, a la conciliación con los capitalistas.

Nóvaya Zhizn se ha hecho un lío torpe y mezquinamente, como se han embrollado hoy todos los demócratas pequeñoburgueses, que ven el fracaso de la coalición y no se atreven ya a defenderla abiertamente, pero que, al mismo tiempo, protegidos por la burguesía, temen la omnipotencia de los proletarios y de los campesinos pobres.

* * *

---

* *Pud*: medida de peso rusa equivalente a 16,38 Kg.; *arshira*: medida de longitud rusa equivalente a 0,71 metros. (*N. de la Edit.*)

Temer la resistencia de los capitalistas y, al mismo tiempo, llamarse revolucionarios y querer figurar entre los socialistas. ¡Qué ignominia! ¡Qué grande ha tenido que ser la caída ideológica del socialismo internacional, corroído por el oportunismo, para que *puedan* dejarse oír tales voces!

Nosotros, y con nosotros el pueblo entero, hemos visto ya la fuerza de resistencia de los capitalistas, pues éstos son más conscientes que las otras clases y se han dado cuenta en el acto de la importancia de los Soviets; han puesto en tensión, sin demora y en grado sumo, *todas sus fuerzas*; han intentado todo lo posible y lo imposible, han perdido los estribos, han echado mano de los recursos más inauditos de la mentira y la calumnia y han recurrido a las conspiraciones militares para *destruir los Soviets*, para reducirlos a la nada, para prostituirlos (con la ayuda de los mencheviques y los eseristas), para convertirlos en jaulas de cotorras y agotar la paciencia de los obreros y campesinos con meses y meses de charlar en balde y jugar a la revolución.

Lo que *no hemos visto todavía* es la fuerza de resistencia de los proletarios y de los campesinos pobres, pues esta fuerza se erguirá en toda su talla sólo cuando el proletariado sea dueño del poder, cuando las decenas de millones de hombres hoy oprimidos por la miseria y la esclavitud capitalista vean y *sientan* por experiencia propia que el poder del Estado pertenece a las clases oprimidas, que ayuda a los pobres en su lucha contra los terratenientes y los capitalistas y *vence* la resistencia de éstos. *Sólo* entonces podremos ver cuánta fuerza de resistencia a los capitalistas dormita intacta en el pueblo; sólo entonces saldrá a la luz lo que Engels denomina "socialismo latente"[83]. Sólo entonces se alzará contra cada *diez mil* enemigos del poder de la clase obrera, francos o emboscados, activos o pasivos, *un millón* de nuevos luchadores que vivían hasta ahora sumidos en el letargo político, vegetaban atormentados por la miseria y la desesperación, perdida la fe en que también ellos son seres humanos, en que también ellos tienen derecho a la existencia, en que todo el poder de un Estado moderno centralizado puede estar a su servicio y en que los destacamentos de la milicia proletaria les llaman también *a ellos*, con plena confianza, a intervenir del modo más directo y personal en la labor cotidiana de gobernar el Estado.

Con la benévola colaboración de los señores Plejánov, Breshkóvskaya, Tsereteli, Chernov y Cía., los capitalistas y terratenientes han hecho *todo* lo posible para *envilecer* la república democrática, para prostituirla sirviendo a los ricos. Hasta el punto de que el pueblo cae en la apatía y la indiferencia y *todo le da igual*, pues el hambriento no puede distinguir la república de la monarquía, y el soldado que tirita de frío, descalzo y martirizado, que se ve lanzado a la muerte para defender intereses ajenos, no puede sentir cariño por la república.

Pero cuando el último peón, cualquier parado forzoso, cada cocinera y cada campesino arruinado vean -y no por los periódicos, sino por sus propios ojos- que el poder proletario no se humilla ante la riqueza, sino que ayuda a los pobres; cuando vean que este poder no vacila en adoptar medidas revolucionarias, que despoja a los parásitos de los productos sobrantes para entregárselos a los que tienen hambre, que instala por la fuerza en las viviendas de los ricos a quienes carecen de techo, que obliga a los ricos a pagar la leche, sin darles una gota de ella mientras no tengan cuanta necesiten los niños de *todas* las familias pobres; cuando vean que la tierra pasa a manos de los trabajadores, que las fábricas y los bancos son puestos bajo el control de los obreros y que se castiga inmediatamente y con severidad a los millonarios que ocultan sus riquezas; cuando la población pobre vea y sienta todo eso, ninguna fuerza de los capitalistas ni de los kulaks, ninguna fuerza del capital financiero mundial, que maneja miles de millones, podrá derrotar a la revolución popular; será *ésta* la que triunfe en el mundo entero, pues la revolución socialista madura en todos los países.

Nuestra revolución será invencible, si no tiene miedo de sí misma y pone todo el poder en manos del proletariado. Porque detrás de nosotros están las fuerzas incomparablemente mayores, más desarrolladas, y mejor organizadas del proletariado mundial, agobiadas de momento por la guerra, pero no aniquiladas, sino, al revés, multiplicadas por ella.

* * *

¡Temer que el poder de los bolcheviques, es decir, el Poder del proletariado, que cuenta con el apoyo abnegado de los campesinos pobres, sea "barrido" por los señores capitalistas! ¡Qué miopía, qué vergonzoso miedo al pueblo, qué hipocresía! Quienes dan pruebas de ese miedo pertenecen a la "alta sociedad" (alta según el criterio capitalista; en realidad, *podrida*), que pronuncia la palabra "justicia" sin creer en ella, por costumbre, como una frase a la que no se atribuye sentido alguno.

He aquí un ejemplo:

El señor Peshejónov es un conocido semidemoconstitucionalista. Es imposible encontrar un trudovique más moderado, correligionario de las Breshkóvskaya y de los Plejánov. Jamás ha habido ministro más servil para con la burguesía. ¡El mundo no ha visto un partidario más fervoroso de la "coalición", del acuerdo con los capitalistas!

Pues bien: en el discurso que pronunció en la Conferencia "Democrática" (léase bulyguiniana), este señor se *vio obligado*, según nos informa el defensista *Izvestia*, a hacer la siguiente confesión:

> "Hay dos programas. Uno es el programa de las pretensiones de grupo, de las pretensiones

clasistas y nacionales. Los bolcheviques son los más francos defensores de este programa. Pero tampoco a los otros sectores de la democracia les es fácil, ni mucho menos, renunciar a ese programa. Porque se trata de pretensiones de las masas trabajadoras, de pretensiones de las naciones relegadas y oprimidas. Por eso, no es tan fácil para la democracia romper con los bolcheviques ni rechazar estas reivindicaciones de clase; y no lo es, sobre todo, porque estas reivindicaciones, en el fondo, son justas. Pero este programa, por el que nosotros luchamos hasta la revolución, por el que hicimos la revolución y que, en otras condiciones, todos defenderíamos con unanimidad, encierra, en las presentes circunstancias, un enorme peligro. Este peligro es ahora mayor aún, pues hay que presentar esas reivindicaciones en un momento en que el Estado no puede satisfacerlas. Lo primero es defender el todo -el Estado-, salvarlo del desastre, y para eso no hay más que un camino: no el de satisfacer las reivindicaciones, por justas y grandes que parezcan, sino, al contrario, el de imponer restricciones y sacrificios imprescindibles en todos los terrenos" (*Izvestia del CEC* del 17 de septiembre).

El señor Peshejónov no comprende que, mientras los capitalistas estén en el poder, lo que él defiende *no* es el todo, sino los intereses egoístas del capital imperialista ruso y "aliado". El señor Peshejónov no comprende que la guerra dejaría de ser anexionista, imperialista y rapaz sólo después de romper con los capitalistas, con *sus* tratados secretos, con *sus* anexiones (es decir, con la conquista de territorios ajenos) y con *sus* estafas financieras y bancarias. El señor Peshejónov no comprende que sólo *después* de eso, y siempre que el enemigo rechazase la paz justa que se le propondría en términos formales, la guerra se convertiría en defensiva, en una guerra justa. El señor Peshejónov no comprende que la capacidad defensiva de un país que ha derrocado el yugo del capital, entregado la tierra a los campesinos y puesto los bancos y las fábricas bajo el control de los obreros sería *mucho mayor* que la de un país capitalista.

Y, lo que es principal, el señor Peshejónov *no* comprende que, al verse obligado a reconocer la justicia del bolchevismo, al reconocer que las reivindicaciones bolcheviques son las "*pretensiones de las masas trabajadoras*", es decir, de la mayoría de la población, *abandona* así todas sus posiciones, las posiciones de toda la democracia pequeñoburguesa.

En eso radica nuestra fuerza. Por eso será invencible nuestro gobierno: porque hasta los enemigos se ven obligados a reconocer que el programa bolchevique es el programa "de las masas trabajadoras" y "de las naciones oprimidas".

El señor Peshejónov es un amigo político de los democonstitucionalistas, de la gente agrupada alrededor de *Edinstvo* y *Dielo Naroda*, de las Breshkóvskaya y de los Plejánov; es un representante de los kulaks y de los señores cuyas esposas y hermanas sacarían mañana los ojos con sus sombrillas a los bolcheviques agonizantes, si éstos fuesen derrotados por las tropas de Kornílov o (lo que es exactamente igual) por las tropas de Kerenski.

Y semejante señor *se ve obligado* a reconocer que las reivindicaciones bolcheviques son "justas".

Para él, la "justicia" es sólo una frase. Pero para las masas de semiproletarios para la mayoría de los pequeños burgueses de la ciudad y del campo, arruinados, torturados y martirizados por la guerra, eso no es una frase: es el problema más grave, más candente, más importante, es el problema de la muerte por hambre, de la lucha por un pedazo de pan. Por eso *no puede* basarse *ninguna* política en la "coalición", en la "conciliación" de los intereses de los hambrientos y arruinados con los intereses de los explotadores. Por eso, un gobierno bolchevique *tiene asegurado* el apoyo de la inmensa mayoría de *esas* masas.

La justicia es una palabra vacía, dicen los intelectuales y bellacos que se las dan de marxistas por la sublime razón de haber "contemplado *la parte trasera*" del materialismo económico.

Las ideas se convierten en una fuerza cuando prenden en las masas. Y hoy precisamente los bolcheviques, es decir, los representantes del internacionalismo proletario, revolucionario, encarnan en su política la idea que pone en acción en el mundo entero a inmensas masas trabajadoras.

Por sí sola, la justicia, el sentimiento de las masas indignadas por la explotación, jamás las habría llevado al camino certero del socialismo. Pero cuando se ha formado, gracias al capitalismo, el mecanismo material de los grandes bancos, de los consorcios, de los ferrocarriles, etc.; cuando la riquísima experiencia de los países avanzados ha acumulado reservas de las maravillas de la técnica, cuya aplicación *se ve frenada* por el capitalismo; cuando los obreros conscientes han forjado un partido de un cuarto de millón de militantes para tomar en sus manos metódicamente ese mecanismo y ponerlo en marcha, con el apoyo de todos los trabajadores y explotados; cuando *se dan* todas esas condiciones, no habrá en el mundo fuerza capaz de impedir a los bolcheviques, *si no se dejan amedrentar* y saben adueñarse del poder, sostenerse en él hasta el triunfo de la revolución socialista mundial.

Epilogo.

Escrito lo que antecede, llega a nuestras manos *Nóvaya Zhizn*, del 1° de octubre, con un editorial que es una nueva perla de estupidez, tanto más peligrosa

por cuanto se oculta tras una bandera de simpatía por los bolcheviques y bajo un sapientísimo manto filisteo: "No os dejéis llevar de provocaciones" (no caigáis en la trampa de los que hablan a gritos de provocaciones para asustar a los bolcheviques y moverlos a no tomar el poder).

He aquí la perla:

> "Las enseñanzas de movimientos como los del 3-5 de julio, por una parte, y de las jornadas de la korniloviada, por otra, han demostrado con plena claridad que una democracia que dispone de los órganos más influyentes entre la población es invencible cuando adopta en la guerra civil una posición defensiva; pero sufre una derrota y pierde todos los elementos intermedios y vacilantes cuando toma en sus manos la iniciativa de la ofensiva".

Si los bolcheviques hiciesen, cualquiera que fuese la forma, la más insignificante concesión a la estupidez filistea expresada en ese razonamiento, echarían a pique su partido y la revolución.

Porque el autor del citado razonamiento, puesto a hablar de la guerra civil (tema adecuado para la dama agradable en todos los aspectos), ha desfigurado hasta lo grotesco *las enseñanzas de la historia* en este punto.

Veamos qué pensaba de *estas* enseñanzas, de las enseñanzas que nos brinda la historia acerca de *este* problema, el representante y fundador de la táctica proletaria revolucionaria, Carlos Marx:

"Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdeña. Estas reglas, lógica deducción de la naturaleza de los partidos y de las circunstancias con que uno ha de tratar en cada caso, son tan claras y simples que la breve experiencia de 1848 las ha dado a conocer de sobra a los alemanes. La primera es que jamás se debe jugar a la insurrección, a menos que esté completamente preparada para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas, cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual" (Marx se refiere aquí al caso más "difícil" de la insurrección: a la insurrección contra el viejo poder "firme", contra un ejército no minado todavía por la influencia revolucionaria y las vacilaciones del gobierno); "si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque sean pequeños, pero diarios; mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Dantón, el maestro más grande de la táctica revolucionaria que se ha conocido: "*de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*" (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, ed. alemana de 1907, pág. 118).

Nosotros -podrían decir los "también-marxistas" de *Nóvaya Zhizn*- lo hemos cambiado todo; en vez de la triple audacia, poseemos dos virtudes: "la moderación y la meticulosidad". Para "nosotros" no significa nada la experiencia de la historia universal, la experiencia de la Gran Revolución Francesa. Para "nosotros", lo que tiene importancia es la experiencia de los dos movimientos de 1917, caricaturizada al contemplarla con las gafas de Molchalin.

Examinemos esta experiencia, dejando a un lado esas atractivas gafas.

Comparan ustedes las jornadas del 3 al 5 de julio con la "guerra civil", porque han prestado crédito a Aléxinski, Perevérzev y Cía. Es peculiar de los señores de *Nóvaya Zhizn* creer a *esa* gente (sin molestarse lo más mínimo en *recoger datos* por cuenta propia sobre los sucesos del 3 al 5 de julio, a pesar de tener a su disposición el gigantesco aparato de un gran diario).

Pero supongamos por un momento que las jornadas del 3 al 5 de julio no fueran los gérmenes de una guerra civil, mantenida por los bolcheviques dentro de esos límites, sino una verdadera guerra civil. Supongámoslo.

¿Qué demuestra, en tal caso, esta enseñanza?

Primero, que los bolcheviques *no* pasaron a la ofensiva, pues es indiscutible que en la noche del 3 al 4 de julio, e incluso el 4 de julio, hubieran podido ganar mucho lanzándose a la ofensiva. Su debilidad fue la defensiva, si cabe hablar de guerra civil (como lo hace *Nóvaya Zhizn*, y no de la transformación de un estallido espontáneo en una manifestación semejante a la del 20 y 21 de abril, como lo atestiguan *los hechos*).

Así pues, la "enseñanza" *desmiente* a los sabios de *Nóvaya Zhizn*.

En segundo lugar, la causa de que los bolcheviques no se señalaran siquiera como objetivo la insurrección los días 3 y 4 de julio y de que *ni un solo organismo* bolchevique llegase a plantear ese problema, queda *al margen* de nuestra polémica con *Nóvaya Zhizn*. Porque estamos discutiendo en torno a *las enseñanzas* de la "guerra civil", es decir, de la insurrección, y no acerca de los casos en que el convencimiento de no contar con la mayoría hace desistir a un partido revolucionario de la idea de la insurrección.

Y como todo el mundo sabe que los bolcheviques

conquistaron la mayoría en los Soviets de las capitales y del resto del país (más del 49% de los votos en el de Moscú) solo *mucho después* de julio de 1917, las "enseñanzas" no son ni mucho menos, ¡ni mucho menos!, las que quiere hacernos ver esa dama agradable en todos los aspectos que se llama *Nóvaya Zhizn*.

¡No, no, ciudadanos de *Nóvaya Zhizn*, será mucho mejor que no se ocupen de política!

Si el partido revolucionario no cuenta con la mayoría en los destacamentos de vanguardia de las clases revolucionarias y en el país, no puede ni pensarse en la insurrección. Además, para ella son necesarias: 1) la marcha ascendente de la revolución a escala de todo el país; 2) la total bancarrota moral y política del viejo gobierno, por ejemplo, del gobierno de "coalición"; 3) grandes vacilaciones en el campo de todos los elementos intermedios, es decir, entre los que *no* están por completo con el gobierno, aunque todavía ayer le prestaran un apoyo incondicional.

¿Por qué *Nóvaya Zhizn*, que habla de las "enseñanzas" del movimiento del 3 al 5 de julio, no ha notado siquiera esta enseñanza, tan importante? Porque no son políticos, sino intelectuales intimidados por la burguesía, quienes se dedican a tratar problemas políticos.

Prosigamos. En tercer lugar, los hechos demuestran que *el desmoronamiento* de los eseristas y los mencheviques empezó precisamente *después* del 3 y 4 de julio, precisamente porque la política de *julio* vino a *desenmascarar* a los señores Tsereteli y porque *las masas* empezaron a ver en los bolcheviques a sus luchadores de vanguardia, y en los "socialbloquistas", a unos traidores. Ese desmoronamiento se manifestó con toda claridad ya antes de la korniloviada, en las elecciones celebradas en Petrogrado el 20 de agosto, que dieron el triunfo a los bolcheviques y acarrearon la derrota de los "socialbloquistas". (*Dielo Naroda* intentaba hace poco refutar esto, *silenciando* los resultados electorales de *todos* los partidos; pero eso significa engañarse a sí mismo y engañar a los lectores. Según datos publicados por *Dien* el 24 de agosto, y que sólo se referían a la ciudad, el porcentaje de votos obtenidos por los democonstitucionalistas paso del 22 al 23%, mientras que el número absoluto de sufragios emitidos a su favor descendió en un 40%; el porcentaje de votos obtenidos por los bolcheviques subió del 20 al 33%, mientras que el número absoluto de sufragios emitidos a su favor descendió sólo en un 10%; la proporción de los votos reunidos por todos los "partidos intermedios" descendió del 58 al 44%, y el número absoluto de sus votos experimentó una disminución ¡¡del 60 por 100!!)

Otra prueba del desmoronamiento de los eseristas y los mencheviques desde las jornadas de julio hasta la korniloviada es el aumento del ala "izquierda" de ambos partidos, que llega casi al 40%: es la "venganza" por los bolcheviques, a quienes persiguen los señores Kerenski.

El partido proletario salió *ganando* extraordinariamente con los sucesos del 3 y 4 de julio, pese a la "pérdida" de unos cuantos cientos de afiliados, pues precisamente durante esas difíciles jornadas *las masas* vieron y comprendieron la fidelidad de nuestro partido y *la traición* de los eseristas y mencheviques. Así pues, la "enseñanza" dista mucho, muchísimo, de tener la significación que le atribuye *Nóvaya Zhizn* y consiste en todo lo contrario: no os separéis de las masas en efervescencia para iros con "los Molchalin de la democracia", y si os lanzáis a la insurrección, tomad la ofensiva mientras las fuerzas del enemigo estén todavía dispersas y atacadle por sorpresa.

¿No es así, señores "también-marxistas" de *Nóvaya Zhizn*?

¿O es que el "marxismo" consiste en no basar su táctica en la apreciación exacta de la situación *objetiva*, sino en meter en el mismo saco, a tontas y a locas, sin espíritu crítico, "la guerra civil" y "el Congreso de los Soviets con la convocación de la Asamblea Constituyente"?

¡Pero, señores, si eso es sencillamente ridículo, si es burlarse del marxismo y de toda lógica!

Si en el estado *objetivo* de las cosas *no* existe base para exacerbar la lucha de clases hasta el grado de "la guerra civil", ¿por qué hablan de "la guerra civil" *en relación* con "el Congreso de los Soviets y la Asamblea Constituyente"? (así se titula precisamente el editorial de *Nóvaya Zhizn* que comentamos). En ese caso, deberían haber dicho y demostrado con toda claridad al lector que, en la situación objetiva, *no* hay terreno propicio para la guerra civil y que, por lo tanto, la táctica puede y debe basarse en cosas pacíficas, constitucionales, legales y "simples" desde el punto de vista jurídico y parlamentario, como el Congreso de los Soviets y la Asamblea Constituyente. Entonces podría opinarse que ese Congreso y esa Asamblea son realmente capaces de *decidir*.

Pero si las condiciones objetivas del momento implican, como algo inevitable, o, por lo menos, probable, la guerra civil; si se habla de ella no "al buen tuntún", sino porque se ve, se siente y se percibe con toda claridad la atmósfera de guerra civil, ¿¿cómo es posible, entonces, colocar en primer plano el Congreso de los Soviets o la Asamblea Constituyente?? ¡Eso es burlarse de las masas hambrientas y martirizadas! ¿Creen ustedes que los hambrientos van a resignarse a "esperar" dos meses más? ¿O que la ruina económica, cuyo aumento describen ustedes mismos a diario, va a "esperar" hasta el Congreso de los Soviets o hasta la Asamblea Constituyente? ¿O que la ofensiva alemana, si no damos ningún paso serio hacia la paz (es decir, si no

hacemos una propuesta formal de paz justa a todos los beligerantes), va a "esperar" al Congreso de los Soviets o a la Asamblea Constituyente? ¿Quizá dispongan de datos que les permitan llegar a la conclusión de que la historia de la revolución rusa, desarrollada turbulentamente y a un ritmo inaudito por su rapidez desde el 28 de febrero hasta el 30 de septiembre, va a discurrir desde el 1º de octubre hasta el 29 de noviembre[84] de un modo architranquilo, pacífico, equilibrado desde el punto de vista legal, sin explosiones o saltos, sin derrotas militares ni crisis económicas? ¿Es que el ejército de operaciones, uno de cuyos oficiales *no* bolchevique, Dubásov, ha declarado oficialmente, en nombre del frente, que el ejército "no luchará", va a seguir pasando hambre y frío con toda tranquilidad hasta la fecha "señalada"? ¿Es que la insurrección campesina, por el mero hecho de que ustedes la califiquen de "anarquía" y de "pogromo", de que Kerenski envíe fuerzas "militares" *contra los campesinos*, va a dejar de ser un elemento de guerra civil? ¿O es posible, es *concebible*, acaso, que el gobierno realice una labor sosegada y justa, *no* falsificada, para convocar la Asamblea Constituyente *en un país campesino* en el que ese mismo gobierno *reprime* la insurrección de los campesinos?

¡No se rían del "desconcierto que reina en el Instituto Smolny[85], señores! Su desconcierto no es menor. A las preguntas inexorables de la guerra civil, responden ustedes con frases confusas y mezquinas ilusiones constitucionales. Por eso afirmo que si los bolcheviques se dejasen llevar por tal estado de ánimo, echarían a pique su partido y su revolución.

N. Lenin.

1 de octubre de 1917.

Escrito entre finales de septiembre y el 1 (14) de octubre de 1917. Publicado en octubre de 1917 en el núm. 1-2 de la revista "Prosveschenie".

T. 34, págs. 287-339.

CARTA AL CC, A LOS COMITÉS DE MOSCÚ Y PETROGRADO Y A LOS BOLCHEVIQUES MIEMBROS DE LOS SOVIETS DE MOSCÚ Y PETROGRADO.

Queridos camaradas:

Los acontecimientos nos prescriben con tanta claridad nuestra tarea que la demora se convierte absolutamente en *un crimen*.

El movimiento agrario crece. El gobierno intensifica las salvajes represalias; entre las tropas aumentan las simpatías hacia nosotros (el 99% de los votos de los soldados a nuestro favor en Moscú, las tropas finlandesas y la flota contra el gobierno, el testimonio de Dubásov acerca del frente en general).

En Alemania es patente el comienzo de la revolución, sobre todo después del ametrallamiento de los marinos. Las elecciones en Moscú -un 47% de bolcheviques- representan una gigantesca victoria. Junto con los eseristas de izquierda constituimos *la evidente mayoría en el país*.

Los empleados de ferrocarriles y de Correos se encuentran en conflicto con el gobierno. En vez del Congreso para el 20 de octubre, los Liberdán hablan ya de celebrarlo entre el 20 y el 30, etc., etc.

En tales condiciones, "esperar" es un crimen.

Los bolcheviques no tienen derecho a esperar al Congreso de los Soviets: deben *tomar el poder inmediatamente*. Con ello salvarán tanto la revolución mundial (pues, de otro modo, existe el peligro de una confabulación de los imperialistas de todos los países, que después de los ametrallamientos en Alemania serán complacientes unos con otros y *se unirán contra nosotros*) como la revolución rusa (pues, en caso contrario, una ola de verdadera anarquía puede ser más fuerte *que nosotros*) y la vida de centenares de miles de hombres en la guerra.

La demora es un crimen. Esperar al Congreso de los Soviets es un juego pueril al formalismo, un vergonzoso juego al formalismo, una traición a la revolución.

Si no se puede tomar el poder sin insurrección, hay que *ir a la insurrección inmediatamente*. Es muy probable que precisamente ahora se pueda tomar el poder sin insurrección: por ejemplo, si el Soviet de Moscú asumiera el poder en el acto y se proclamara gobierno (junto con el Soviet de Petrogrado). En Moscú la victoria está asegurada y no hay quien pueda oponer resistencia. En Petrogrado es posible esperar. El gobierno no puede hacer nada, no tiene salvación se rendirá.

Porque el Soviet de Moscú, al tomar el poder, los bancos, las fábricas y *Rússkoie Slovo*, obtendrá una base y una fuerza gigantescas, haciendo agitación ante toda Rusia y planteando el problema así: *mañana* propondremos *la paz* si el bonapartista Kerenski se rinde (y si no se rinde, lo derribaremos). *La tierra* a los campesinos *inmediatamente*, concesiones a los ferroviarios y empleados de Correos *inmediatamente*, etc.

No es obligatorio "empezar" en Petrogrado. Si Moscú "empieza" sin derramamiento de sangre, le apoyarán sin falta: 1) el ejército en el frente con sus simpatías, 2) los campesinos en todas partes, 3) la flota y las tropas finlandesas *avanzarán sobre Petrogrado*.

Incluso si Kerenski tiene cerca de Petrogrado uno o dos cuerpos de ejército de tropas montadas, se verá obligado a rendirse. El Soviet de Petrogrado puede esperar, haciendo agitación a favor del Gobierno soviético moscovita. Consigna: el poder a los Soviets, tierra a los campesinos, paz a los pueblos, pan a los hambrientos.

La victoria está asegurada, existiendo el noventa por ciento de probabilidades de conseguirla sin derramamiento de sangre.

Esperar es un crimen ante la revolución.

Os saluda

N. Lenin.

Escrita el 1 (14) de octubre de 1917. Publicada por vez primera en 1921 en las "Obras" de N. Lenin (V. Uliánov), t. XIV, parte 2.

T. 34, págs. 340-341.

CONSEJOS DE UN AUSENTE.

Escribo estas líneas el 8 de octubre, con pocas esperanzas de que las reciban los camaradas de Petrogrado ya el 9. Es posible que lleguen tarde, pues el Congreso de los Soviets de la Región del Norte está convocado para el 10 de octubre. Intentaré, sin embargo, acudir con mis *Consejos de un ausente* para el caso de que la acción probable de los obreros y soldados de Petrogrado y de todos sus "alrededores" se realice pronto, aunque no se ha realizado todavía.

Está claro que todo el poder debe pasar a los Soviets. Debe ser también indiscutible para todo bolchevique que un poder proletario revolucionario (o bolchevique, pues hoy es lo mismo) tendría aseguradas las mayores simpatías y el abnegado apoyo de los trabajadores y explotados del mundo entero en general, de los países beligerantes en particular y, sobre todo, entre los campesinos rusos. No merece la pena detenerse en estas verdades, harto conocidas por todos y demostradas hace ya mucho.

En lo que sí hay que detenerse es en algo que seguramente no está claro por completo para todos los camaradas, a saber: que el paso del poder a los Soviets significa hoy, en la práctica, la insurrección armada. Podría creerse que esto es evidente, pero no todos se han parado ni se paran a meditar en ello. Renunciar hoy a la insurrección armada significaría abjurar de la consigna principal del bolchevismo (Todo el poder a los Soviets) y de todo el internacionalismo proletario revolucionario en general.

Pero la insurrección armada es un tipo *especial* de lucha política, sometido a leyes especiales, que deben ser analizadas con atención. Carlos Marx expresó esta verdad con mucho relieve al escribir que "*la insurrección*" (armada) "*es un arte, lo mismo que la guerra*".

Entre las reglas más importantes de este arte, Marx destaca las siguientes:

1. *No jugar* nunca a la insurrección y, una vez empezada, saber firmemente que hay que *llevarla hasta el fin*.

2. Hay que concentrar en el lugar y en el momento decisivo fuerzas muy superiores, porque, de lo contrario, el enemigo, mejor preparado y organizado, aniquilará a los insurgentes.

3. Una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor *energía* y pasar obligatoria e incondicionalmente *a la ofensiva*. "La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado".

4. Hay que esforzarse por sorprender al enemigo, por aprovechar el momento en que sus tropas estén aún dispersas.

5. Hay que conquistar éxitos *cada día* (incluso podría decirse que cada hora, si se trata de una sola ciudad) aunque sean pequeños, manteniendo a toda costa "*la superioridad moral*".

Marx resume las enseñanzas de todas las revoluciones, en lo que a la insurrección armada se refiere, con unas palabras de "Dantón, el maestro más grande de la táctica revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!*"[86].

Aplicado a Rusia y al mes de octubre de 1917, esto quiere decir: ofensiva simultánea, lo más súbita y rápida posible, sobre Petrogrado; ofensiva que deberá partir indefectiblemente de fuera y de dentro, de los barrios obreros, de Finlandia, de Reval y de Cronstadt; ofensiva de *toda* la flota y concentración de *una superioridad gigantesca* de fuerzas sobre nuestra "guardia burguesa" (los cadetes), formada por unos 15.000 o 20.000 hombres (acaso más), sobre las tropas de nuestra "Vandée" (una parte de los cosacos), etc.

Combinar nuestras *tres* fuerzas principales -la flota, los obreros y las unidades militares- de tal modo que, por encima de todo, podamos ocupar y mantener, *cualquiera que sea el número de bajas* que nos cueste: a) la Central de Teléfonos; b) la Central de Telégrafos; c) las estaciones ferroviarias, y d) los puentes, en primer término.

Seleccionar a los elementos *más decididos* (nuestras "tropas de choque" y *la juventud obrera*, así como a los mejores marinos) y formar con ellos pequeños destacamentos, destinados a ocupar todos los puntos más importantes y *a participar* en todas partes, en todas las operaciones de importancia, como, por ejemplo:

Cercar y aislar a Petrogrado, apoderarse de la ciudad mediante un ataque combinado de la escuadra, los obreros y las tropas: he aquí una misión que requiere *arte y triple audacia*.

Formar con los mejores obreros destacamentos armados de fusiles y bombas de mano para atacar y

cercar los "centros" del enemigo (escuelas militares, centrales de Telégrafos y Teléfonos, etc.). La consigna de estos destacamentos debe ser: *antes perecer todos que dejar pasar al enemigo*.

Confiemos en que, si se acuerda la insurrección, los dirigentes aplicarán con éxito los grandes preceptos de Dantón y Marx.

El triunfo de la revolución rusa y de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.

Escrito el 8 (21) de octubre de 1917. Publicado por vez primera el 7 de noviembre de 1920 en el núm. 250 de "Pravda".

T. 34, págs. 332-334.

CARTA A LOS CAMARADAS BOLCHEVIQUES QUE PARTICIPAN EN EL CONGRESO DE LOS SOVIETS DE LA REGIÓN DEL NORTE.

Camaradas: Nuestra revolución vive momentos críticos en extremo. Esta crisis ha coincidido con la gran crisis de crecimiento de la revolución socialista mundial y de la lucha del imperialismo mundial contra ella. Sobre los dirigentes responsables de nuestro partido recae una gigantesca tarea, cuyo incumplimiento amenaza con la bancarrota completa del movimiento proletario internacionalista. El momento es tal que la demora equivale, en verdad, a la muerte.

Echad un vistazo a la situación internacional. El crecimiento de la revolución mundial es indiscutible. La explosión de indignación de los obreros checos ha sido sofocada con increíble ferocidad, indicadora del extremado temor del gobierno. En Italia, las cosas han llegado también a un estallido masivo en Turín[87]. Pero lo más importante es la sublevación en la flota alemana. Hay que imaginarse las inmensas dificultades de la revolución en un país como Alemania y, además, en las condiciones actuales. Es indudable que la sublevación en la flota alemana significa una gran crisis de crecimiento de la revolución mundial. Si nuestros chovinistas, que predican la derrota de Alemania, exigen a los obreros alemanes la insurrección inmediata, nosotros, los revolucionarios internacionalistas rusos, sabemos por la experiencia de 1905-1917 que es imposible imaginarse un síntoma más imponente del crecimiento de la revolución que la sublevación entre las tropas.

Pensad en qué situación nos encontramos ahora ante los revolucionarios alemanes, que pueden decirnos: Tenemos un solo Liebknecht que ha llamado abiertamente a la revolución. Su voz ha sido ahogada en el presidio. No tenemos ni un solo periódico que explique públicamente la necesidad de la revolución, no tenemos libertad de reunión. No tenemos ni un solo Soviet de diputados obreros o soldados. Nuestra voz apenas llega a las verdaderas grandes masas. ¡Y hemos hecho un intento de insurrección, contando con un uno por ciento de posibilidades de éxito! Pero vosotros, los internacionalistas revolucionarios rusos, tenéis a vuestras espaldas seis meses de agitación libre, tenéis dos decenas de periódicos y toda una serie de Soviets de diputados obreros y soldados, habéis triunfado en los Soviets de ambas capitales, tenéis a vuestro lado toda la Flota del Báltico y todas las tropas rusas dislocadas en Finlandia. ¡Y, pese a contar con el noventa y nueve por ciento de probabilidades de victoria de vuestra insurrección, no respondéis a nuestro llamamiento a la insurrección, no derrocáis a vuestro imperialista Kerenski!

¡Sí, seremos verdaderos traidores a la Internacional si en un momento como éste, con condiciones tan favorables, respondemos al llamamiento de los revolucionarios alemanes *sólo*.., con resoluciones!

Agregad a eso que todos nosotros conocemos muy bien el rápido crecimiento de la confabulación y del complot de los imperialistas mundiales contra la revolución rusa. Ahogarla cueste lo que cueste, ahogarla con medidas militares y con la paz a expensas de Rusia: a eso se acerca cada día más el imperialismo internacional. He ahí lo que agrava de manera singular la crisis de la revolución socialista mundial, lo que hace particularmente peligrosas -y estoy casi dispuesto a decir: criminales por nuestra parte- las demoras de la insurrección.

Tomad, además, la situación interior de Rusia. Ha madurado por completo la bancarrota de los partidos pequeñoburgueses conciliadores, que expresaban la confianza inconsciente de las masas en Kerenski y en los imperialistas en general. La bancarrota es completa. Votación de la curia de los Soviets contra la coalición en la Conferencia Democrática; votación de la *mayoría* de los Soviets locales de diputados campesinos (a despecho de su Soviet central, en el que se encuentran los Avxéntiev y otros amigos de Kerenski) contra la coalición; elecciones en Moscú, donde la población obrera está más cerca de los campesinos que en ninguna otra parte y donde *más del 49 por 100* ha votado a favor de los bolcheviques (y entre los soldados, 14.000 de 17.000): ¿es que todo eso no representa el fracaso completo de la confianza de las masas populares en Kerenski y en los conciliadores con Kerenski y Cía.? ¿Acaso es posible imaginarse que las masas populares puedan decir a los bolcheviques de modo más claro que con esa votación: ¡Conducidnos, os seguiremos!?

Y nosotros, después de habernos ganado así a la mayoría de las masas populares, después de haber

conquistado los Soviets de ambas capitales, ¿vamos a esperar? ¿Esperar a qué? ¡A que Kerenski y sus generales kornilovistas entreguen Petrogrado a los alemanes, confabulándose así directa o indirectamente, descarada o encubiertamente, *tanto* con Buchanan *como* con Guillermo II para estrangular por completo la revolución rusa!

El hecho de que el pueblo nos haya expresado su confianza con las elecciones de Moscú y con la renovación de los Soviets no es todo. Existen síntomas de que aumentan la apatía y la indiferencia. Y es comprensible. Eso no significa el decaimiento de la revolución, como proclaman a gritos los democonstitucionalistas y sus acólitos, sino el decaimiento de la confianza en las resoluciones y las elecciones. En la revolución, las masas exigen de los partidos dirigentes hechos y no palabras, victorias en la lucha y no pláticas. Se acerca el momento en que puede surgir entre el pueblo la opinión de que los bolcheviques tampoco somos mejores que los demás, pues no hemos sabido *actuar* después de habernos expresado su confianza...

En todo el país toma incremento la insurrección campesina. Está más claro que la luz del día que los democonstitucionalistas y sus lacayos tratan de empequeñecerla por todos los medios, reduciéndola a "pogromos" y "anarquía". Esta mentira es refutada por el hecho de que en los centros de la insurrección se ha empezado a entregar la tierra a los campesinos: ¡los "pogromos" y la "anarquía" jamás han conducido a tan excelentes resultados políticos! Una demostración de la inmensa fuerza de la insurrección campesina es que los conciliadores, los eseristas en *Dielo Naroda* e incluso Breshko-Breshkóvskaya han hablado de la entrega de la tierra a los campesinos para sofocar el movimiento antes de que les rebase definitivamente.

Y nosotros ¿vamos a esperar a ver si consiguen sofocar *por partes* esta insurrección campesina las unidades cosacas del kornilovista Kerenski (acusado precisamente en los últimos tiempos de korniloviada por los propios eseristas)?

Al parecer, muchos dirigentes de nuestro partido no han observado la importancia *especial* de la consigna que todos hemos reconocido y repetido continuamente: la consigna de "Todo el poder a los Soviets". Ha habido períodos, ha habido momentos en medio año de revolución en los que esta consigna *no* significaba la insurrección. Es posible que esos períodos y momentos hayan cegado a parte de los camaradas, haciéndoles olvidar que ahora, también para nosotros, por lo menos desde mediados de septiembre, esta consigna *equivale al llamamiento a la insurrección*.

En esta cuestión no puede haber ni sombra de duda. *Dielo Naroda* lo ha explicado "popularmente" hace poco diciendo: "¡Kerenski no se someterá bajo ningún concepto!" ¡No faltaba más!

La consigna de "Todo el poder a los Soviets" no es otra cosa que un llamamiento a la insurrección. Y sobre nosotros recaerá íntegra y absolutamente la culpa si, luego de haber estado llamando a las masas durante meses a la insurrección, a renunciar al conciliacionismo, no conducimos a esas masas a la insurrección, la víspera de la bancarrota de la revolución, después de habernos expresado su confianza.

Los democonstitucionalistas y los conciliadores pretenden asustar con el ejemplo del 3 al 5 de julio, con el incremento de la agitación ultrarreaccionaria, etc. Pero si algún error cometimos del 3 al 5 de julio fue el de no tomar el poder. Considero que ese error no existió, pues entonces no teníamos *aún* la mayoría, pero ahora eso sería un error fatal e incluso algo peor que un error. El incremento de la agitación ultrarreaccionaria es comprensible como exacerbación del extremismo en una atmósfera de creciente revolución proletaria y campesina. Pero hacer de ello un argumento contra la insurrección os ridículo, pues la impotencia de los ultrarreaccionarios sobornados por los capitalistas, la *impotencia de la centuria negra en la lucha*, no exige siquiera demostración. En la lucha es simplemente un cero a la izquierda. En la lucha, Kornílov y Kerenski sólo pueden apoyarse en la división salvaje y en los cosacos. Pero la descomposición ha empezado también entre los cosacos y, además, desde el interior de sus regiones cosacas les amenaza la guerra civil campesina.

Escribo estas líneas el domingo, 8 de octubre, y las leeréis no antes del 10 de octubre. Un camarada que ha pasado por aquí me ha comunicado que quienes viajan por la línea de Varsovia dicen: ¡Kerenski está trasladando los cosacos a Petrogrado! Es muy posible, y la culpa será exclusivamente nuestra si no lo comprobamos con *todo* detalle y no *estudiamos* las fuerzas y la dislocación de *las tropas kornilovistas del segundo reemplazo*.

¡Kerenski ha vuelto a traer tropas kornilovistas a los alrededores de Petrogrado para impedir que el poder pase a los Soviets, para impedir que este poder proponga sin demora la paz, para impedir la entrega inmediata de toda la tierra a los campesinos, para rendir Petrogrado a los alemanes y él mismo huir a Moscú! Tal es la consigna de la insurrección que debemos difundir con la mayor amplitud y que tendrá un éxito inmenso.

Es imposible esperar al Congreso de los Soviets de toda Rusia, que el Comité Ejecutivo Central puede diferir incluso hasta noviembre; es imposible postergar la insurrección, permitiendo a Kerenski que traslade más tropas kornilovistas. En el Congreso de los Soviets están representadas Finlandia, la flota y Reval, que, juntos, pueden emprender el avance inmediato hacia Petrogrado contra los regimientos kornilovistas, el avance de la flota, la artillería, las

ametralladoras y dos o tres cuerpos de ejército de soldados que han demostrado -por ejemplo, en Víborg- toda la fuerza de su odio a los generales kornilovistas, con los que ha vuelto a entenderse Kerenski.

Sería el mayor error renunciar a la posibilidad de derrotar inmediatamente a los regimientos kornilovistas del segundo reemplazo, basándose en la consideración de que la Flota del Báltico, al zarpar para Petrogrado, abriría con ello el frente a los alemanes. Los calumniadores kornilovistas dirán eso, igual que dirán cualquier mentira en general; mas es indigno de los revolucionarios dejarse intimidar por la mentira y la calumnia. Kerenski entregará Petrogrado a los alemanes, eso está más claro que la luz del día; ninguna protesta en contra podrá disipar nuestro pleno convencimiento de ello, que dimana de toda la marcha de los acontecimientos y de toda la política de Kerenski.

Kerenski y los kornilovistas entregarán Petrogrado a los alemanes. Precisamente para salvar Petrogrado hay que derribar a Kerenski, y *los Soviets de ambas capitales* deben tomar el poder. Estos Soviets propondrán en el acto la paz a todos los pueblos y, de este modo, cumplirán con su deber ante los revolucionarios alemanes, darán un paso decisivo hacia la frustración de las criminales conjuras contra la revolución rusa, de las conjuras del imperialismo internacional.

Sólo el avance inmediato de la Flota del Báltico, de las tropas finlandesas, de Reval y Cronstadt contra las tropas kornilovistas de las cercanías de Petrogrado puede salvar la revolución rusa y mundial. Y ese avance tiene el noventa y nueve por ciento de probabilidades de obligar *en unos cuantos días* a rendirse a una parte de las tropas cosacas, derrotar por completo a la otra parte y derrocar a Kerenski, pues los obreros y los soldados de ambas capitales apoyarán ese avance.

La demora equivale a la muerte.

La consigna de "Todo el poder a los Soviets" es la consigna de la insurrección. Quien usa de ella sin comprender eso, sin pensar en eso, que se culpe a sí mismo. Y hay que saber considerar la insurrección como *un arte*: he insistido en ello durante la Conferencia Democrática y vuelvo a insistir ahora, pues *así* lo enseña el marxismo, así lo enseña toda la situación actual en Rusia y en el mundo entero.

El quid de la cuestión no está en las votaciones, en atraerse a los "eseristas de izquierda", en lograr la adhesión de los Soviets provinciales, en el congreso de los mismos. El quid de la cuestión está en la insurrección, que *pueden* y deben decidir Petrogrado, Moscú, Helsingfors, Cronstadt, Viborg y Reval. *Cerca de Petrogrado* y en Petrogrado: ahí es donde puede y debe decidirse y llevarse a cabo esa insurrección con la mayor seriedad, con la mayor preparación, con la mayor rapidez y con la mayor energía posible.

La flota, Cronstadt, Víborg y Reval pueden y deben avanzar sobre Petrogrado, derrotar a los regimientos kornilovistas, poner en pie ambas capitales, impulsar la agitación de masas en defensa del poder que entregará en el acto la tierra a los campesinos y propondrá inmediatamente la paz, derrocar el gobierno de Kerenski y crear ese poder.

La demora equivale a la muerte.

N. Lenin.

8 de octubre de 1917.

Publicado por vez primera el 7 de de 1925 en el núm. 255 de "Pravda".

T. 34, págs. 385-390.

CARTA A LOS CAMARADAS.

Camaradas: El momento que vivimos es tan crítico y los acontecimientos vuelan con tan increíble rapidez que el publicista, situado por voluntad del destino un tanto al margen del cauce principal de la historia, corre el riesgo de llegar siempre tarde o de estar poco informado, sobre todo si sus escritos ven la luz con retraso. Con plena con ciencia de ello, me veo obligado, no obstante, a dirigir esta carta a los bolcheviques, aun a riesgo de que no aparezca en absoluto en la prensa, pues las vacilaciones contra las que considero un deber rebelarme con toda energía son inauditas y pueden influir funestamente en el partido, en el movimiento del proletariado internacional y en la revolución. En lo que atañe al peligro de llegar tarde, para conjurarlo indicaré las informaciones que poseo y de qué fecha son.

Sólo en la mañana del lunes, 16 de octubre, he conseguido ver a un camarada que había participado la víspera en una reunión bolchevique muy importante en Petrogrado y que me ha informado detalladamente de los debates. Se discutió el mismo problema de la insurrección que tratan también los periódicos dominicales de todas las tendencias. En la reunión estuvo representado lo más influyente de todas las ramas de actividad bolchevique en la capital. Y sólo una minoría insignificantísima de la reunión -exactamente: sólo dos camaradas- adoptó una posición negativa. Los argumentos que esgrimieron estos camaradas son hasta tal punto endebles, son una manifestación tan asombrosa de desconcierto, de acoquinamiento y de quiebra de todas las ideas fundamentales del bolchevismo y del internacionalismo proletario, revolucionario, que no es fácil encontrar una explicación a vacilaciones tan vergonzosas. Pero el hecho es patente, y como el partido revolucionario no tiene derecho a consentir vacilaciones en un problema tan serio, y como esta pareja de camaradas, que han renunciado a sus principios, puede introducir cierta cizaña, es preciso analizar sus argumentos, poner al desnudo sus vacilaciones y mostrar hasta qué punto son vergonzosas. Que las líneas siguientes sean un intento de cumplir esta tarea.

"...No tenemos la mayoría en el pueblo; sin esta condición, la insurrección está condenada..."

Hombres capaces de decir eso son unos falseadores de la verdad o unos pedantes, que desean a toda costa, sin tomar en consideración lo más mínimo la situación real de la revolución, recibir por anticipado garantías de que el Partido Bolchevique obtendrá en todo el país exactamente la mitad de los votos más uno. La historia jamás ha dado en ninguna revolución, ni puede dar en absoluto, tales garantías. Presentar esa demanda significa mofarse de los oyentes y no es otra cosa que encubrir la propia *huida* de la realidad.

Porque la realidad nos muestra a ojos vistas que, precisamente después de las jornadas de julio, la mayoría del pueblo empezó con rapidez a tomar posición al lado de los bolcheviques. Así lo demostraron las elecciones del 20 de agosto en Petrogrado, antes aún de la korniloviada, cuando el porcentaje de votos obtenidos por los bolcheviques se elevó del 20% al 33% en la ciudad (sin los suburbios) y, después, las elecciones de septiembre a las dumas distritales de Moscú, cuando el porcentaje de sufragios emitidos a favor de los bolcheviques se elevó del 11% al 49% (un camarada moscovita con el que me he entrevistado hace unos días me ha comunicado la cifra exacta: 51%). Así lo han demostrado las nuevas elecciones a los Soviets. Así lo ha demostrado el hecho de que la mayoría de los Soviets campesinos, a despecho de su Soviet central "avxentievista", se haya pronunciado *en contra* de la coalición. Estar en contra de la coalición significa *de hecho*, marchar con los bolcheviques. Además, las informaciones que llegan del frente muestran con mayor claridad cada día que la masa de soldados, a pesar de los aviesos ataques y calumnias de los líderes eseristas y mencheviques, de los oficiales, diputados, etc., etc., se suma con creciente decisión a los bolcheviques.

Por último, el hecho más importante de la vida actual en Rusia es *la insurrección campesina*. He ahí el paso objetivo del pueblo al lado de los bolcheviques, demostrado no con palabras, sino con hechos. Porque por mucho que mientan la prensa burguesa y los miserables portavoces con que cuenta entre los "vacilantes" de *Nóvaya Zhizn* y Cía., gritando acerca de los pogromos y la anarquía, el hecho es patente. El movimiento de los campesinos de la provincia de Tambov[88] ha sido una insurrección en el sentido físico y político, una insurrección que

ha dado resultados políticos tan excelentes como, primero, la conformidad a entregar la tierra a los campesinos. ¡No en vano toda la canalla eserista, incluido *Dielo Naroda*, *vocifera* hoy, asustada por la insurrección, que es necesario entregar la tierra a los campesinos! Ahí están, demostrados en *la práctica*, la razón del bolchevismo y su éxito. La insurrección *ha resultado* ser el único modo posible de "enseñar" a los bonapartistas y a sus lacayos del Anteparlamento.

Esto es un hecho. Los hechos son tozudos. Y este "argumento" con hechos *en pro* de la insurrección es mil veces más fuerte que los subterfugios "pesimistas" de un político desconcertado y atemorizado.

Si la insurrección campesina no hubiese sido un acontecimiento político de importancia nacional, los lacayos eseristas del Anteparlamento no hablarían a gritos de la necesidad de entregar la tierra a los campesinos.

Otra excelente consecuencia política y revolucionaria de la insurrección campesina, destacada ya en *Rabochi Put*, es el transporte de cereales a las estaciones ferroviarias de la provincia de Tambov. Ahí tienen ustedes, señores desconcertados, un "argumento" más, un argumento a favor de la insurrección como único medio de salvar al país del hambre y la crisis, de proporciones inauditas, que están llamando ya a la puerta. Mientras los eseristas y mencheviques, traidores al pueblo, refunfuñan, amenazan, escriben resoluciones y prometen dar de comer a los hambrientos con la convocación de la Asamblea Constituyente, el pueblo emprenderá *al estilo bolchevique* la solución del problema del pan *mediante la insurrección* contra los terratenientes, los capitalistas y los acaparadores.

Y los magníficos frutos de *esta* solución (única real) del problema del pan han tenido que ser reconocidos por la prensa *burguesa*, hasta por *Rússkaya Volia*, que ha publicado la noticia de que las estaciones ferroviarias de la provincia de Tambov están llenas de cereales... ¡¡*Después de haberse insurreccionado los campesinos*!!

No, dudar ahora de que la mayoría del pueblo sigue y seguirá a los bolcheviques significa vacilar vergonzosamente y, de hecho, arrojar por la borda *todos* los principios revolucionarios proletarios, abjurar por completo del bolchevismo.

> "No somos lo suficientemente fuertes para tomar el poder, y la burguesía no es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente..."

La primera parte de este argumento es una simple repetición del precedente. No gana ni en fuerza ni en capacidad de persuasión por el hecho de que los autores expresen su desconcierto y su temor a la burguesía mediante el pesimismo respecto a los obreros y el optimismo acerca de la burguesía. Si los cadetes y los cosacos dicen que pelearán contra los bolcheviques hasta la última gota de sangre, eso es digno del mayor crédito; pero si los obreros y los soldados manifiestan en centenares de reuniones su plena confianza a los bolcheviques y reiteran su disposición a echar el pecho al agua para que el poder pase a los Soviets, es "oportuno" recordar que ¡una cosa es votar, y otra, pelear!

Está claro que, de razonar así, la insurrección queda "refutada". Pero, se pregunta, ¿qué diferencia hay entre este pesimismo", originalmente orientado, originalmente dirigido, y la deserción política al campo de la burguesía?

Echad una mirada a los hechos, recordad los miles de declaraciones de los bolcheviques, "olvidadas" por nuestros pesimistas. Tiernos dicho miles de veces que los Soviets de diputados obreros y soldados son una fuerza, que son la vanguardia de la revolución, que *pueden* tomar el poder. Hemos reprochado miles de veces a los mencheviques y a los eseristas que pronuncian frases hueras acerca de "los órganos autorizados de la democracia" y, al mismo tiempo, *temen* que los Soviets se hagan dueños del poder.

¿Y qué ha demostrado la korniloviada? Ha demostrado que los Soviets son efectivamente una fuerza.

Y después de haber demostrado eso la experiencia, los hechos, arrojemos por la borda el bolchevismo, abjuremos de nosotros mismos y digamos: ¡¡¡no somos lo suficientemente fuertes (aunque los bolcheviques tienen a su lado los Soviets de ambas capitales y la mayoría de los Soviets provinciales)!!! ¿No se trata, pues, de vacilaciones vergonzosas? Porque, en el fondo, nuestros "pesimistas" arrojan por la borda la consigna de "Todo el poder a los Soviets", *temiendo* confesarlo.

¿Cómo se puede demostrar que la burguesía no es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente?

Si los Soviets *carecen de fuerza* para derribar a la burguesía, eso *significa* que ésta es lo suficientemente fuerte para frustrar la Asamblea Constituyente, pues nadie más puede impedirlo. ¿Es digno de un miembro del partido proletario y de un revolucionario confiar en las promesas de Kerenski y Cía., confiar en las resoluciones del Anteparlamento lacayuno?

La burguesía no sólo *tiene fuerza* para frustrar la Asamblea Constituyente si el gobierno actual no es derribado, sino que puede lograrlo también *indirectamente*, entregando Petrogrado a los alemanes, abriendo el frente, intensificando el lockout y saboteando el transporte de cereales. Está demostrado con hechos que la burguesía ha hecho ya todo eso por partes. Por consiguiente, puede hacerlo también *en conjunto* si los obreros y los soldados no

la derrocan.

“...Los Soviets deben ser un revólver puesto en la sien del gobierno con la exigencia de convocar la Asamblea Constituyente y de renunciar a las intentonas kornilovistas...”

¡Eso ha llegado a decir uno de los dos tristes pesimistas!

Ha tenido que llegar a decir eso, pues renunciar a la insurrección es renunciar a la consigna de “Todo el poder a los Soviets”.

Naturalmente, las consignas “no son una cosa sagrada”, qué duda cabe. Pero ¿por qué no planteé *nadie* el problema de cambiar esta consigna (como lo planteé yo después de las jornadas de julio*)? ¿Por qué *se teme* decir eso abiertamente, a pesar de que desde septiembre se viene discutiendo en el partido el problema de la insurrección, *inevitable* de aquí en adelante para convertir en realidad la consigna de “Todo el poder a los Soviets”?

Nuestros tristes pesimistas jamás podrán salir del apuro en esta cuestión. Renunciar a la insurrección es renunciar al paso del poder a los Soviets y “transferir todas las esperanzas e ilusiones a la bondadosa burguesía, que “ha prometido” convocar la Asamblea Constituyente.

¿Es tan difícil comprender que *con el poder* en manos de los Soviets estará *asegurada* la Asamblea Constituyente y estará asegurado su éxito? Los bolcheviques hemos dicho eso miles de veces. *Nadie* ha intentado refutarlo ni una sola vez. Todo el mundo ha reconocido ese “tipo combinado”. Ahora bien, ¿qué significa hacer pasar ahora, encubriéndola con las palabrejas “tipo combinado”, la *negativa* a entregar el poder a los Soviets, hacerla pasar *de contrabando*, *temiendo* abjurar públicamente de nuestra consigna? ¿Se puede, acaso, encontrar expresiones parlamentarias para caracterizar eso?

Se ha replicado con precisión a nuestro pesimista: “¿Un revólver sin bala?” Si esto es así, representará una deserción descarada al campo de los Liberdán, los cuales han declarado mil veces que los Soviets son “un revólver” y han engañado mil veces al pueblo, pues los Soviets, *con la dominación de los Liberdán* han sido un cero a la izquierda.

Mas si se trata de un revólver “con bala”, eso será precisamente la preparación *técnica* de la insurrección, pues hay que conseguir la bala y cargar el revólver y, además, con una bala no habrá bastante.

O la deserción al campo de los Liberdán y la renuncia *franca* a la consigna de “Todo el poder a los Soviets”, o la insurrección. No hay término medio.

“...La burguesía no puede entregar Petrogrado a los alemanes, aunque Rodzianko lo quiere, pues quienes combaten no son los burgueses, sino nuestros heroicos marinos…”

Este argumento se reduce de nuevo al “optimismo” *acerca de la burguesía*, que manifiestan a cada paso, fatalmente, los pesimistas respecto a las fuerzas revolucionarias y a la capacidad del proletariado.

Combaten los heroicos marinos, ¡¡*pero* esto no ha impedido a *dos* almirantes *esconderse* antes de la toma de Osel!!

Es un hecho. Los hechos son tozudos. Los hechos de muestran que los almirantes *son capaces* de traicionar no peor que Kornílov. Y es un hecho indiscutible que el Cuartel General no ha sido reformado y que los mandos son kornilovistas.

Si los kornilovistas (con Kerenski a la cabeza, pues también él es kornilovista) *quieren* entregar Petrogrado, pueden hacerlo de dos maneras e incluso de tres maneras.

Primero, pueden abrir el frente terrestre septentrional mediante una traición de los mandos kornilovistas.

Segundo, pueden “ponerse de acuerdo” sobre la libertad de acción de toda la marina alemana, que es *más fuerte* que nosotros; pueden ponerse de acuerdo con los imperialistas tanto alemanes como ingleses. Además, “los almirantes escondidos” podrían entregar a los alemanes *también los planes*.

Tercero, pueden llevar a nuestras tropas a la desesperación y la impotencia *totales* mediante los lockouts y el sabotaje del transporte de cereales.

Es imposible negar ni uno solo de estos tres caminos. Los hechos han demostrado que el partido burgués-cosaco de Rusia ha llamado ya a estas tres puertas y ha intentado abrirlas.

¿Por consiguiente? Por consiguiente, no tenemos derecho a *esperar* a que la burguesía estrangule la revolución.

La experiencia demuestra que las “apetencias” de Rodzianko no son una fruslería. Rodzianko es un hombre práctico. Tras Rodzianko se encuentra *el capital*. Esto es incontestable. El capital es una gran fuerza en tanto el proletariado no toma el poder. Rodzianko ha aplicado en cuerpo y alma *durante decenios* la política del capital.

¿Por consiguiente? Por consiguiente, vacilar en el problema de la insurrección como único medio de salvar la revolución significa caer en la pusilánime credulidad eseristas-mencheviques medio liberdaniana, en la burguesía, en la credulidad medio “campesina”-inconsciente, que los bolcheviques hemos combatido más que nada.

O cruzar los brazos inútiles sobre el pecho descubierto y esperar, jurando “confianza” en la Asamblea Constituyente, a que Rodzianko y Cía. entreguen Petrogrado y estrangulen la revolución, o la insurrección. No hay término medio.

Incluso la convocación de la Asamblea Constituyente, tomada por separado, no cambia nada,

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

pues ningún “constitucionalismo”, ninguna votación, aunque sea en una asamblea archisoberana, podrá vencer el hambre, podrá vencer a Guillermo. Tanto la convocación de la Asamblea Constituyente como su éxito dependen del paso del poder a los Soviets; esta vieja verdad bolchevique se ve confirmada por la realidad de un modo cada vez más patente y cada vez más *cruel*.

> “...Somos más fuertes cada día, podemos entrar como una fuerte oposición en la Asamblea Constituyente; ¿por qué jugárnoslo todo a una carta?...”

Es el argumento de un filisteo que “ha leído” que se convoca la Asamblea Constituyente y se tranquiliza crédulamente, confiando en la vía más legal y más leal, en la vía constitucional.

Lo único de lamentar es que con esperas de la Asamblea Constituyente no se puede resolver ni el problema del hambre ni el problema de la entrega de Petrogrado. Esta “pequeñez” es olvidada por los ingenuos o desconcertados, o por quienes se han dejado intimidar.

El hambre no espera. La insurrección campesina no ha esperado. La guerra no espera. Los almirantes escondidos no han esperado.

¿O es que el hambre accederá a esperar por el hecho de que nosotros, los bolcheviques, *proclamemos* la confianza en la convocación de la Asamblea Constituyente? ¿Accederán a esperar los almirantes escondidos? ¿Accederán los Maklákov y los Rodzianko a cesar los lockouts, el sabotaje del transporte de cereales, las confabulaciones secretas con los imperialistas ingleses y alemanes?

Porque *eso es* lo que les resulta a los héroes de “las ilusiones constitucionales” y del cretinismo parlamentario. La vida real desaparece, sólo queda *el pedazo de papel* sobre la convocación de la Asamblea Constituyente, sólo quedan las elecciones.

¡Y los ciegos todavía se admiran de que el pueblo hambriento y los soldados traicionados por los generales y los almirantes sientan indiferencia por las elecciones! ¡Oh, mentes preclaras!

> “...Si los kornilovistas empezaran de nuevo, ¡entonces les enseñaríamos lo que es bueno! Pero empezar nosotros, ¿para qué arriesgarse?...”

¡Qué extraordinariamente convincente y extraordinariamente revolucionario es eso! La historia no se repite, pero si le volvemos *la espalda* y, contemplando la primera korniloviada, afirmamos: “si los kornilovistas empezaran...”; si hacemos eso, ¡qué excelente estrategia revolucionaria! ¡Cómo se parece al “quizá y tal vez”! ¡Quizá los kornilovistas empiecen de nuevo a destiempo! ¿Verdad que es un “argumento” de peso? ¿Verdad que es una seria fundamentación de la política proletaria?

Pero ¿y si los kornilovistas del segundo reemplazo han aprendido algo? ¿Y si *esperan* a los motines de hambrientos, a la ruptura del frente y la entrega de Petrogrado, *sin empezar* antes? Entonces, ¿qué?

¡Se nos propone que basemos la táctica del partido proletario en la posibilidad de que los kornilovistas repitan uno de sus viejos errores!

Olvidemos todo lo que han tratado de demostrar y *han demostrado* los bolcheviques centenares de veces, lo que ha demostrado medio año de historia de nuestra revolución: que *no* hay otra salida, que objetivamente no puede haber otra salida *excepto* la dictadura de los kornilovistas o la dictadura del proletariado. ¡Olvidemos eso, abjuremos de todo eso y esperemos! ¿Esperar qué? Esperar un milagro: que el tempestuoso y catastrófico curso de los acontecimientos desde el 20 de abril hasta el 29 de agosto se transforme (con motivo de la prolongación de la guerra y del aumento del hambre) en convocación pacífica, tranquila, llana y legal de la Asamblea Constituyente y en cumplimiento de sus legitimísimos acuerdos. ¡Ahí tenéis la táctica “marxista”! ¡Esperad, hambrientos, Kerenski ha prometido convocar la Asamblea Constituyente!

> “...En la situación internacional no hay nada, en realidad, que nos obligue a echarnos a la calle inmediatamente; más bien causaremos un perjuicio a la causa de la revolución socialista en Occidente si nos dejamos ametrallar...”

Este argumento es verdaderamente magnífico: ¡“el propio” Scheidemann, “el propio” Renaudel no habrían sabido “operar” más hábilmente con las simpatías que sienten los obreros por el éxito de la revolución socialista internacional!

¡Imaginaos! Los alemanes, en condiciones diabólicamente difíciles, con un *solo* Liebknecht (y, además, en presidio); sin periódicos, sin libertad de reunión, sin Soviets; con una hostilidad increíble de *todas* las clases de la población, incluido el último campesino acomodado, a la idea del internacionalismo; con una formidable organización de la burguesía imperialista grande, media y pequeña; los alemanes, es decir, los revolucionarios internacionalistas alemanes, los obreros con chaquetones de marinos, han organizado una sublevación en la flota con un 1% de probabilidades de éxito.

Nosotros, en cambio, con decenas de periódicos, con libertad de reunión, *con la mayoría* en los Soviets; nosotros, los internacionalistas proletarios colocados en las mejores condiciones de todo el mundo, nos negaremos a apoyar con nuestra insurrección a los revolucionarios alemanes. Razonaremos como los Scheidemann y los Renaudel: lo más sensato es no insurreccionarse, pues si nos ametrallan, ¡¡qué excelentes, qué juiciosos, qué ideales internacionalistas perderá el mundo!!

Demostremos nuestra sensatez. Aprobemos una resolución de simpatía con *los insurgentes alemanes* y rechacemos *la insurrección* en Rusia. Eso será internacionalismo auténtico, sensato. ¡Y con qué rapidez prosperará el internacionalismo mundial si triunfa *en todas partes* esa sabia política!...

La guerra ha martirizado y torturado en extremo a los obreros de todos los países. Las explosiones en Italia, en Alemania y en Austria son cada día más frecuentes. Somos *los únicos* que tenemos Soviets de diputados obreros y soldados: *esperemos*, traicionemos a los internacionalistas alemanes de la misma manera que traicionamos a los campesinos rusos, que no con palabras, sino con hechos, con la insurrección contra los terratenientes, nos llaman a la insurrección contra el gobierno de Kerenski...

Dejemos que se espesen los nubarrones del complot imperialista de los capitalistas de todos los países, que están dispuestos a estrangular la revolución rusa: ¡esperemos tranquilamente a que nos estrangulen con *el rublo*! En vez de atacar a los conspiradores y arrollar sus filas con la victoria de los Soviets de diputados obreros y soldados, esperemos a la Asamblea Constituyente, en la que serán vencidos *por medio de votaciones* todos los complots internacionales, si Kerenski y Rodzianko la convocan honestamente. ¿Es que tenemos derecho a poner en duda la honestidad de Kerenski y Rodzianko?

"...¡Pero si "todos" están contra nosotros! ¡Estamos aislados; el CEC, y los mencheviques internacionalistas, y los de *Nóvaya Zhizn*, y los eseristas de izquierda han publicado y publicarán llamamientos contra nosotros!..."

Un argumento fortísimo. Hasta ahora hemos fustigado implacablemente a los vacilantes por sus vacilaciones. *Con eso* hemos conquistado las simpatías del pueblo. *Con eso* hemos conquistado los Soviets, sin los cuales la insurrección no podría ser firme, rápida y segura. Aprovechemos ahora los Soviets conquistados para *pasarnos también nosotros al campo de los vacilantes*. ¡Qué bella carrera del bolchevismo!

Toda la esencia de la política de los Liberdán y los Chernov, así como de los eseristas y mencheviques "izquierdistas", consiste en *vacilar*. Los eseristas de izquierda y los mencheviques internacionalistas tienen *inmensa* importancia política como *exponentes* de que *las masas se radicalizan*. Existe un nexo indudable, evidente, entre dos hechos: de una parte, el paso de cerca del 40% de los mencheviques y eseristas al campo de los izquierdistas; de otra parte, la insurrección campesina.

Pero precisamente el carácter de este nexo pone al desnudo todo el abismo de pusilanimidad de quienes tienen ahora la ocurrencia de gimotear porque el CEC, podrido en vida, o los eseristas de izquierda vacilantes y comparsa, nos han atacado. Estas vacilaciones de los líderes pequeñoburgueses, de los Mártov, los Kamkov, los Sujánov y Cía., deben ser confrontadas con la *insurrección* de los campesinos. Esa es una confrontación política *real*. ¿Con quién ir? ¿Con los exiguos puñados de líderes petrogradenses vacilantes, que *indirectamente* han expresado *la radicalización* de las masas y que, ante *cada* viraje político, han gimoteado, vacilado y corrido de una manera vergonzosa a pedir perdón a los Liberdán, los Avxéntiev y Cía., *o con esas masas radicalizadas*?

Así, y sólo así, está planteada la cuestión.

Con motivo de la traición de los Mártov, los Kamkov y los Sujánov a la insurrección campesina se nos propone que la traicionemos también nosotros, el partido obrero de los internacionalistas revolucionarios. A eso se reduce la política de "invocar" a los eseristas de izquierda y a los mencheviques internacionalistas.

Pero nosotros hemos dicho: para ayudar a los vacilantes preciso que nosotros mismos dejemos de vacilar. ¡Estos simpáticos" demócratas pequeñoburgueses de izquierda han vacilado incluso cuando había que pronunciarse a favor de la coalición! Los llevamos, en fin de cuentas, tras nosotros porque nosotros mismos no vacilamos. Y la vida nos ha dado la razón.

Estos señores han hundido siempre la revolución con sus vacilaciones. Solamente nosotros la hemos salvado. ¿Y vamos a ceder ahora, cuando el hambre llama a las puertas de Petrogrado, y Rodzianko y Cía. se disponen a entregar la ciudad?

"...Pero nosotros no tenemos siquiera firmes vínculos con los ferroviarios y los empleados de Correos. Sus representantes oficiales son los Planson. ¿Y es que se puede triunfar sin Correos y sin los ferrocarriles?..."

Sí, sí, los Planson aquí y los Liberdán allí. ¿Qué confianza les han expresado *las masas*? ¿No hemos sido nosotros quienes hemos demostrado siempre que esos líderes traicionaban *a las masas*? ¿No ha sido a esos líderes a los que las masas han vuelto la espalda para ponerse *a nuestro lado* en las elecciones en Moscú y en las elecciones a los Soviets? ¿O es que las masas de ferroviarios y empleados de Correos no pasan hambre, no se declaran en huelga contra el Gobierno Kerenski y Cía.?

"Y antes del 28 de febrero, ¿teníamos vínculos con esos sindicatos?", preguntó un camarada al "pesimista". Este respondió que es imposible comparar ambas revoluciones. Mas esa respuesta no hace más que *afianzar* la posición de quien formuló la pregunta. Porque precisamente los bolcheviques hemos hablado miles de veces de la larga preparación de la revolución *proletaria contra la burguesía* (y no

hemos hablado para olvidarlo la víspera del momento decisivo). La vida política y económica de los sindicatos de Correos y Telégrafos y de ferroviarios se caracteriza precisamente por el hecho de que los elementos proletarios de las masas *se separan* de los medios dirigentes pequeñoburgueses y burgueses. No se trata en modo alguno de proveerse obligatoria y previamente de "vínculos" con uno y otro sindicato; de lo que se trata es de que sólo la victoria de la insurrección obrera y campesina *puede* satisfacer *a las masas* de ferroviarios y empleados de Correos y Telégrafos.

"...En Petrogrado hay pan para dos o tres días. ¿Podemos dar pan a los insurgentes?...

Una de las mil observaciones de escepticismo (los escépticos pueden "dudar" *siempre* y sólo se les puede refutar con la experiencia), de esas observaciones que descargan las culpas propias en cabeza ajena.

Precisamente los Rodzianko y Cía., precisamente la burguesía, preparan el hambre y especulan con estrangular la revolución por medio del hambre. No hay *ni puede* haber otra salvación del hambre excepto la insurrección de los campesinos contra los terratenientes en las aldeas y la victoria de los obreros sobre los capitalistas en las ciudades y en el centro. De otro modo *será imposible* arrancar el grano a los ricos, transportarlo a pesar de su sabotaje, romper la resistencia de los empleados sobornados y de los capitalistas que se lucran y establecer una contabilidad rigurosa. Así lo ha demostrado justamente la historia de las instituciones de abastos y el agotador trabajo de abastecimiento de la "democracia", que *se ha quejado* millones de veces del sabotaje de los capitalistas y *ha gimoteado* y *suplicado*.

En el mundo no hay ninguna fuerza, excepto la fuerza de la revolución proletaria victoriosa, que permita pasar de las quejas, los ruegos y las lágrimas *a la obra revolucionaria*. Y cuanto más se demore la revolución proletaria, cuanto más la aplacen los acontecimientos o las vacilaciones de los vacilantes y desconcertados, tanto más víctimas costará, tanto más difícil será *organizar* el transporte y la distribución de cereales.

La demora en la insurrección equivale a la muerte: esto es lo que debe responderse a quienes tienen la triste "valentía" de contemplar el crecimiento de la ruina, la proximidad del hambre y *desaconsejar* a los obreros de la insurrección (*es decir, aconsejarles que esperen, que confíen aún en la burguesía*).

"…En la situación en el frente tampoco hay todavía peligro. Incluso si los soldados conciertan ellos mismos un armisticio, eso no será aun una desgracia…"

Pero los soldados no concertarán el armisticio. Para eso hace falta el poder del Estado, que es imposible obtener sin la insurrección. Los soldados sencillamente *huirán*. Así lo dicen los informes del frente. No se puede esperar sin correr el riesgo de ayudar a la confabulación de Rodzianko con Guillermo y de contribuir a la ruina *completa*, con la huida general de los soldados, si éstos (*próximos ya a la desesperación*) llegan a la desesperación completa y abandonan todo a su suerte.

"...Y si tomamos el poder y no conseguimos ni el armisticio ni una paz democrática, los soldados pueden negarse a ir a una guerra revolucionaria. ¿Qué pasará entonces?"

Un argumento que obliga a recordar una sentencia: un tonto puede hacer diez veces más preguntas que diez sabios sean capaces de contestar.

Jamás hemos negado las dificultades *del poder* durante la guerra imperialista; pero, no obstante, *hemos predicado* siempre la dictadura del proletariado y de los campesinos pobres. ¿¿Vamos a abjurar de esto cuando ha llegado el momento de la acción??

Hemos dicho siempre que la dictadura del proletariado en un solo país origina cambios gigantescos en la situación internacional, en la economía del país, en la situación del ejército y en su estado de ánimo. ¿¿Y vamos a "olvidar" todo eso ahora, dejándonos intimidar por las "dificultades" de la revolución??

"Entre las masas no existe el estado de ánimo de echarse a la calle, como comunican todos. Entre los síntomas que justifican el pesimismo figura también la difusión, acrecida en extremo, de la prensa pogromista y ultrarreaccionaria…"

Cuando los hombres se dejan amedrentar por la burguesía, entonces, como es natural, todos los objetos y fenómenos se tiñen para ellos de color amarillo. En primer lugar, sustituyen el criterio marxista del movimiento con un criterio impresionista-intelectual; *en vez* de considerar políticamente el desarrollo de la lucha de clases y el curso de los acontecimientos en todo el país en su conjunto, y en la situación internacional en su conjunto, adelantan las impresiones subjetivas acerca del estado de ánimo; olvidan "a propósito", naturalmente, que la firme línea del partido, su decisión inquebrantable, es *también un factor* del estado de ánimo, sobre todo en los momentos revolucionarios más agudos. A veces, la gente olvida muy "a propósito" que los dirigentes responsables, con sus vacilaciones y su inclinación a quemar lo que ayer veneraban, introducen las vacilaciones más indecorosas también en el estado de ánimo de ciertos sectores de las masas.

En segundo lugar -y esto es lo principal en el

momento presente-, los pusilánimes, al hablar del estado de ánimo de las masas, olvidan agregar:

que "todos" lo comunican como reconcentrado y expectante;

que "todos" coinciden en que, respondiendo al llamamiento de los Soviets y para defender los Soviets, los obreros actuarán como un solo hombre;

que "todos" coinciden en que existe un fuerte descontento entre los obreros por la indecisión de los organismos centrales en el problema "del combate final y decisivo", cuya ineluctabilidad se comprende con claridad;

que "todos" definen de manera unánime el estado de ánimo de las más vastas masas como rayando en la desesperación y señalan el crecimiento del anarquismo precisamente sobre esta base;

que "todos" reconocen asimismo que entre los obreros conscientes existe cierta falta de deseo de salir a la calle *sólo* para manifestaciones, *sólo* para luchas parciales, pues flota en el ambiente la proximidad de un combate no parcial, sino general, y la carencia de sentido de las huelgas, manifestaciones y presiones aisladas ha sido ya probada y comprendida por completo.

Y así sucesivamente.

Si enfocamos esta característica del estado de ánimo de las masas desde el punto de vista de todo el desarrollo de la lucha de clases y política y de todo el curso de los acontecimientos durante el medio año de nuestra revolución, estará claro para nosotros cómo falsean las cosas los hombres amedrentados por la burguesía. Las cosas son hoy completamente distintas a como lo eran antes del 20 y 21 de abril, 9 de junio y 3 de julio, pues entonces se trataba de *una excitación espontánea* que nosotros, como partido, o no captamos (20 de abril), o refrenamos y le dimos la forma de manifestación pacífica (9 de junio y 3 de julio). Porque entonces sabíamos muy bien que los Soviets no eran *todavía* nuestros; que los campesinos confiaban aún en el camino de los Liberdán y los Chernov, y no en el de los bolcheviques (la insurrección); que, por consiguiente, la mayoría del pueblo no podía seguirnos; que, por consiguiente, la insurrección era prematura.

Entonces, la mayoría de los obreros conscientes no se habían planteado en modo alguno el problema del combate final y decisivo; no hay un solo organismo colegiado de los organismos colegiados del partido en general que planteara este problema. Y entre la masa poco consciente y muy amplia no había ni reconcentración ni decisión originada por la desesperación, sino precisamente *excitación* espontánea y la ingenua esperanza de "influir" en los Kerenski y en la burguesía con una simple "acción", con una simple manifestación.

Lo que hace falta para la insurrección no es eso, sino la decisión consciente, firme e inflexible de los hombres conscientes de batirse hasta el fin. Esto, por una parte. Y por otra, es necesario un estado de reconcentración y desesperación de las grandes masas, las cuales *sienten* que hoy no se puede salvar nada con semimedidas, que no se puede "influir" de ninguna manera, que los hambrientos "destruirán todo, arrasarán todo incluso al estilo anarquista" *si* los bolcheviques no saben dirigirlos en el combate decisivo.

En realidad, el desarrollo de la revolución ha conducido, *tanto* a los obreros *como* a los campesinos, justamente a esta conjugación de la atención concentrada de los hombres conscientes, enseñada por la experiencia, y del espíritu de odio, rayano en la desesperación, de las grandes masas a los patronos que declaran lockouts y a los capitalistas.

Precisamente sobre esta base es comprensible también el "éxito" de los canallas de la prensa ultrarreaccionaria que se disfrazan de bolchevismo. Siempre ha ocurrido que los ultrarreaccionarios se refocilasen al ver que se acercaba el combate decisivo entre la burguesía y el proletariado. Esto se ha observado en todas las revoluciones, sin excepción alguna, y es absolutamente inevitable. Y si nos dejamos intimidar por *esta* circunstancia, tendremos que renunciar no sólo a la insurrección, sino también a la revolución proletaria en general. Porque en la sociedad capitalista *es imposible* un desarrollo de esta revolución que *no* vaya acompañado del maligno regocijo de los ultrarreaccionarios de sus esperanzas de sacar partido.

Los obreros conscientes saben muy bien que los ultrarreaccionarios y la burguesía actúan de consuno; que la victoria decisiva de los obreros (en la que los pequeños burgueses no creen, que los capitalistas temen y que los ultrarreaccionarios desean a veces malignamente, seguros de que los bolcheviques no se sostendrán en el poder), que esta victoria *aplastará* hasta el fin a los ultrarreaccionarios y que los bolcheviques *sabrán* sostenerse de una manera firme en el poder con el mayor provecho para toda la humanidad extenuada y martirizada por la guerra.

En efecto, ¿quién que no se haya vuelto loco podrá dudar de que *los Rodzianko* y los Suvorin actúan juntos y se han distribuido los papeles?

¿Es que los hechos no han demostrado que Kerenski actúa por indicación de Rodzianko y que la "Imprenta del Estado de la República de Rusia" (¡no es una broma!) edita a expensas del Tesoro los discursos uiltrarreaccionarios de los ultrarreaccionarios de la "Duma de Estado"? ¿Es que no han denunciado este hecho *hasta* los lacayos de *Dielo Naroda*, que doblan el espinazo ante "su hombrecillo"? ¿Es que la experiencia de *todas* las elecciones no ha demostrado que *Nóvoie Vremia*, periódico venal que se guía por los "intereses" zarista-terratenientes, ha prestado pleno apoyo a las

candidaturas de los democonstitucionalistas?

¿Acaso no hemos leído ayer que el capital comercial e industrial (¡sin partido, naturalmente!, ¡oh, sin partido, por supuesto, pues los Vijliáiev y los Rakítnikov, los Gvózdiev y los Nikitin no se coligan con los democonstitucionalistas, ¡Dios nos libre de ello!, sino con los medios comerciales e industriales *sin partido*!) ha regalado 300.000 rublos a los democonstitucionalistas?

Si se enfocan las cosas desde un punto de vista clasista, y no sentimental, toda la prensa ultrarreaccionaria es *una sucursal* de la casa Riabushinski, Miliukov y Cía. El capital compra, por una parte, a los Miliukov, los Zaslavski, los Potrésov, etc., y, por otra, a los ultrarreaccionarios.

Para poner fin a este repugnantísimo envenenamiento del pueblo con la ponzoña de la vulgar infección ultrarreaccionaria no puede haber más que un medio: *la victoria del proletariado*.

¿Y puede sorprender que la multitud, extenuada y martirizada por el hambre y la prolongación de la guerra, "se agarre" a la ponzoña ultrarreaccionaria? ¿Es posible imaginarse la sociedad capitalista en vísperas de la bancarrota *sin* la desesperación entre las masas oprimidas? ¿Y puede la desesperación de las masas, entre las que abunda la ignorancia, *no* manifestarse en la venta acrecentada de venenos de todo tipo?

No, está condenada al fracaso la posición de quienes, al hablar del estado de ánimo de las masas, atribuyen a éstas su propia pusilanimidad personal. Las masas se dividen en personas que esperan conscientemente y personas dispuestas inconscientemente a caer en la desesperación; pero las masas de oprimidos y hambrientos *no* son pusilánimes.

> "...Por otro lado, el partido marxista no puede reducir el problema de la insurrección a una conjura militar..."

El marxismo es una doctrina extraordinariamente profunda y polifacética. No es extraño, por ello, que entre los "argumentos" de quienes rompen con el marxismo se puedan encontrar siempre *fragmentos* de citas de Marx, sobre todo *si* se reproducen citas inoportunamente. La conjura militar es blanquismo *si* no la organiza el partido de una clase determinada; *si* sus organizadores no tienen en cuenta el momento político, en general, y la situación internacional, en particular; *si* ese partido no cuenta con las simpatías de la mayoría del pueblo, demostradas con hechos objetivos; *si* el desarrollo de los acontecimientos de la revolución no ha conducido a refutar en la práctica las ilusiones conciliadoras de la pequeña burguesía; *si* no se ha conquistado la mayoría de los órganos de lucha revolucionaria considerados "autorizados" o que han mostrado de otro modo de lo que son capaces, como los "Soviets"; *si* en el ejército (cuando las cosas ocurren durante una guerra) no ha madurado por completo la hostilidad al gobierno, que prolonga la guerra injusta en contra de la voluntad del pueblo; *si* las consignas de la insurrección (por ejemplo, "Todo el poder a los Soviets", "La tierra a los campesinos", "proposición inmediata de una paz democrática a todos los pueblos beligerantes, vinculada a la anulación en el acto de los tratados secretos y de la diplomacia secreta", etc.) no han alcanzado la más amplia publicidad y popularidad; *si* los obreros avanzados no están seguros de la situación desesperada de las masas ni del apoyo del campo, apoyo demostrado con un serio movimiento campesino o con una insurrección contra los terratenientes y contra el gobierno que los defiende; *si* la situación económica del país infunde serias esperanzas de una solución favorable de la crisis por medios pacíficos y parlamentarios.

¿Basta, quizá?

En mi folleto *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder*? (tengo la esperanza de que verá ya la luz en días próximos) he reproducido una cita de Marx relacionada de verdad con el problema de la insurrección y que define las reglas de la insurrección como "un arte"*.

Estoy dispuesto a apostar que si se propone abrir la boca a los charlatanes que gritan ahora en Rusia contra la conjura militar y se les invita a explicar la diferencia que existe entre el "arte" de la insurrección armada y la conjura militar, digna de ser condenada, o repetirán lo dicho más arriba o se cubrirán de oprobio y provocarán la risa general de los obreros. ¡Prueben a hacerlo, amables también-marxistas! ¡Cántennos la canción *contra* "la conjura militar"!

Epilogo.

Escritas ya las líneas precedentes, recibí el martes, a las 8 de la tarde, los periódicos petrogradenses de la mañana, con el artículo del señor V. Bazárov en *Nóvaya Zhizn*. El señor Y. Bazárov afirma que "por la ciudad se distribuye, escrita a mano, una hoja que, en nombre de dos destacados bolcheviques, se pronuncia contra la acción".

Si eso es ciertos ruego a los camaradas, a cuyas manos no puede llegar esta carta antes del mediodía del miércoles, que *la publiquen* con la mayor rapidez posible.

No ha sido escrita para la prensa, sino para conversar por correspondencia con los miembros del partido. Pero si los héroes de *Nóvaya Zhizn*, no pertenecientes al partido y mil veces ridiculizados por él a causa de su despreciable pusilanimidad (anteayer votaron a favor de los bolcheviques; ayer, a favor de los mencheviques, y *casi* los unificaron en el mundialmente famoso Congreso de Unificación); si semejantes sujetos reciben *una hoja* de miembros de nuestro partido que hacen agitación contra la

---

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

insurrección, entonces es imposible guardar silencio. Hay que hacer agitación también *a favor* de la insurrección. Que los anónimos salgan definitivamente a la luz del día y reciban el castigo merecido por sus vergonzosas vacilaciones, aunque sólo sea en forma de burlas de todos los obreros conscientes. Dispongo únicamente de una hora antes de enviar esta carta a Petrogrado y, por ello, señalaré sólo en dos palabras un "método" de los tristes héroes de la acéfala tendencia de *Nóvaya Zhizn*. El señor V. Bazárov intenta polemizar con el camarada Riazánov, el cual ha dicho -y tiene mil veces razón- que "la insurrección la preparan todos los que crean en las masas un espíritu de desesperación e indiferentismo".

El triste héroe de la triste causa "objeta"

"¿Es que la desesperación y el indiferentismo han triunfado alguna vez?"

¡Oh, despreciables tontainas de *Nóvaya Zhizn*! ¿Conocen ejemplos tales de insurrección en la historia en que las masas de las clases oprimidas vencieran en un combate a vida o muerte sin ser llevadas hasta la desesperación por largos sufrimientos y por una agravación extrema de las crisis de todo género? ¿En que estas masas no sintieran indiferentismo (indiferencia) por los diversos Anteparlamentos lacayunos, por el vano juego a la revolución, por el rebajamiento de los Soviets (merced a los Liberdán) de órganos de poder y de insurrección al papel de hueras jaulas de cotorras?

¿O quizá los despreciables tontainas de *Nóvaya Zhizn* hayan descubierto entre las masas *indiferencia*... por el problema del pan?, ¿de la prolongación de la guerra?, ¿de la tierra para los campesinos?

N. Lenin.

Escrita el 17 (30) de octubre de 1917. Publicada los días 1, 2 y 3 de noviembre (19, 20 y 21 de octubre) de 1917 en los núms. 40, 41 y 42 de "Rabochi Put".

T. 34, págs. 398-418.

CARTA A LOS MIEMBROS DEL PARTIDO BOLCHEVIQUE[89].

Camaradas Aún no he podido recibir los periódicos de Petrogrado del miércoles, 18 de octubre. Cuando me comunicaron por teléfono el texto completo de la declaración publicada por Kámenev y Zinóviev en *Nóvaya Zhizn*, periódico ajeno al partido, me resistí a creerlo. Pero se ha demostrado que no hay lugar a dudas, y me veo obligado a aprovechar una ocasión para hacer llegar esta carta a los camaradas del partido el jueves por la noche o el viernes por la mañana, pues sería un crimen guardar silencio ante un *esquirolaje* tan inaudito.

Cuanto más grave es el problema práctico y más responsables y "prominentes" los culpables de esquirolaje, tanto más peligroso es éste, con tanta mayor energía hay que expulsar a los esquiroles y tanto más imperdonable sería cualquier vacilación, aunque estuviese inspirada por los antiguos "méritos" de los esquiroles.

¡Es algo increíble! En los medios del partido se sabe que éste viene discutiendo desde septiembre el problema de la insurrección. ¡Nadie ha oído nada de ninguna carta ni de ninguna hoja escrita por alguna de las personas citadas! Y hoy, en vísperas, por así decirlo, del Congreso de los Soviets, dos destacados bolcheviques se alzan *contra* la mayoría y, está claro, *contra el CC.* No lo dicen abiertamente, con lo cual el daño inferido a la causa es todavía mayor, pues hablar con insinuaciones es aún más peligroso.

Del texto de la declaración de Kámenev y Zinóviev se deduce del modo más patente que se alzan contra el CC, pues de otro modo su declaración carecería de sentido. Pero no dicen *qué* acuerdo del CC impugnan.

Por qué?

La cosa es clara: porque el CC no ha publicado ese acuerdo.

¿Qué resulta, pues?

En vísperas del día crítico, 20 de octubre, dos "destacados bolcheviques" ¡atacan un acuerdo *no* publicado de la dirección central del partido, acerca de un problema esencialísimo, candente, y lo hacen en un órgano de prensa que *no* es del partido; más aún, precisamente en un periódico que, en este problema, marcha *del brazo de la burguesía contra el partido obrero*!

¡Pero si eso es mil veces más vil y *un millón de veces más funesto* que, por ejemplo, todas las manifestaciones que hizo Plejánov en la prensa ajena al partido durante 1906 y 1907, y que el partido condenó con tanta dureza! Porque entonces se trataba sólo de unas elecciones, ¡y hoy se trata de la insurrección para conquistar el poder!

Dado el asunto de que se trata, *y después* de haber adoptado un acuerdo la dirección central, ¿cabe conducta más traidora, esquirolaje mayor que atacar a la vista de los Rodzianko y los Kerenski, en un periódico ajeno al partido, este acuerdo *no publicado*?

Consideraría un oprobio para mi si, a causa de las estrechas relaciones que me unieron en otro tiempo a estos excamaradas, vacilase en condenarlos. Declaro públicamente que he dejado de considerarlos camaradas a los dos y lucharé con todas mis fuerzas, tanto en el CC como en el Congreso, para conseguir que sean expulsados del partido.

Porque un partido obrero al que la vida coloca cada día más a menudo cara a cara con la insurrección, no podrá resolver este difícil problema si los acuerdos secretos de su dirección central, una vez adoptados, son impugnados en la prensa ajena al partido y si se llevan las vacilaciones y la confusión a las filas de los combatientes.

¡Que los señores Zinóviev y Kámenev funden un partido propio con unas docenas de individuos desconcertados o con candidatos a la Asamblea Constituyente! Los obreros no irán a ese partido, pues la primera consigna de ese partido será:

"Los miembros del CC que en una reunión del CC hayan sido derrotados en el problema del combate decisivo podrán recurrir a la prensa ajena al partido para atacar los acuerdos de éste no publicados".

¡Que formen, si quieren, un partido *así*! Nuestro Partido Obrero bolchevique sólo saldrá ganando con ello.

Cuando se publiquen todos los documentos, el esquirolaje de Zinóviev y Kámenev será muchísimo más claro. Por el momento, plantéese a los obreros el siguiente problema:

> "Supongamos que la dirección de los sindicatos de toda Rusia, después de un mes de deliberaciones, acuerda, por una mayoría de más del 80%, que es necesario preparar una huelga, pero sin publicar, de momento, ni la fecha ni otras

circunstancias. Supongamos que dos miembros, con el falso pretexto de mantener su "voto particular", no sólo se dirigen por escrito a los grupos locales pidiendo la revisión del acuerdo, *después* de votado éste, sino que permiten, además, la publicación de sus cartas en la prensa *ajena* al partido. Supongamos que, por último, llegan incluso a atacar ellos mismos el acuerdo en la prensa ajena al partido, a pesar de no estar todavía publicado, y se dedican a denigrar la huelga ante los capitalistas.

"Se pregunta: ¿Vacilarán los obreros en expulsar de sus filas a tales esquiroles?"

* * *

En lo que respecta al problema de la insurrección ahora, cuando está tan cerca el 20 de octubre, no puedo juzgar desde lejos hasta qué punto habrá echado a perder las cosas este acto de esquirolaje en la prensa ajena al partido. Es indudable que se ha causado un daño *práctico* muy grande. Y para repararlo, lo primero es restablecer la unidad del frente bolchevique, expulsando a los esquiroles.

La pobreza de los argumentos ideológicos que se esgrimen contra la insurrección aparecerá con tanta mayor claridad cuanto más a la luz del día los sacamos. Hace unos días envié a *Rabochi Put* un artículo acerca de esto, y si la Redacción del periódico no cree posible publicarlo, los miembros del partido podrán leerlo, probablemente, en manuscrito[*].

Estos argumentos "ideológicos" -con perdón sea dicho- pueden reducirse a dos. Primero: "esperar" a la Asamblea Constituyente. Esperemos, tal vez logremos ir tirando hasta ese momento. A esto se reduce todo el argumento. Quizá podamos ir tirando, a pesar del hambre, de la ruina, del agotamiento de la paciencia de los soldados, de los manejos de Rodzianko para entregar Petrogrado a los alemanes y de los lockouts.

Quizá y tal; a eso se reduce toda la fuerza del argumento.

Segundo: un pesimismo histórico. A la burguesía y a Kerenski todo les marcha a pedir de boca; a nosotros todo nos marcha mal. Los capitalistas lo tienen todo preparado de un modo maravilloso; los obreros lo tienen todo mal preparado. Los "pesimistas", en lo que concierne al aspecto militar del asunto, gritan a voz en cuello; en cambio, los "optimistas" callan, pues sólo los esquiroles gustan de descubrir ciertas cosas a Rodzianko y Kerenski.

* * *

Tiempos difíciles. Una tarea difícil. Una grave traición.

¡Y pese a todo, la tarea será cumplida; los obreros cerrarán filas; la insurrección campesina y la impaciencia extrema de los soldados en el frente harán su obra! ¡Unamos más estrechamente aún nuestras filas; el proletariado debe vencer!

N. Lenin.

Escrita el 18 (31) de octubre de 1917. Publicada por vez primera el 1 de noviembre de 1927 en el núm. 250 de "Pravda".

T. 34, págs. 419-422.

[*] Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

CARTA AL CC DEL POSD(B) DE RUSIA.

Queridos camaradas:

Un partido que se aprecie a sí mismo no puede tolerar en sus medios ni el esquirolaje ni a los esquiroles. Eso es evidente. Y cuanto más se medita sobre las manifestaciones de Zinóviev y Kámenev en la prensa ajena al partido, más indiscutible resulta que su conducta es el más completo esquirolaje. El subterfugio de Kámenev en la reunión del Soviet de Petrogrado es algo verdaderamente vil; resulta que está de acuerdo por completo con Trotski. Pero ¿es tan difícil comprender que Trotski *no podía*, no tenía derecho, no debía decir ante los enemigos más de lo que dijo? ¿Es tan difícil de comprender que *el deber* del partido, que ha ocultado al enemigo *su* acuerdo (la necesidad de la insurrección armada, su plena madurez, su preparación en todos los aspectos, etc.), que ese acuerdo *obliga*, en las declaraciones públicas, a hacer recaer sobre el enemigo no sólo la "culpa", sino también la iniciativa? Sólo los niños pueden no comprenderlo. El subterfugio de Kámenev es sencillamente una fullería. Lo mismo debe decirse del subterfugio de Zinóviev. Por lo menos de su carta "justificativa" (creo que al Órgano Central), que es lo único que he visto (pues yo, miembro del CC, no he visto *hasta ahora* el voto particular, el "supuesto voto particular" de que grita la prensa *burguesa*). De los "argumentos" de Zinóviev: Lenin ha enviado sus cartas "*antes* de que fuera adoptado ningún acuerdo" y no habéis protestado. Así escribe literalmente Zinóviev, subrayando él mismo con cuatro raya la palabra *antes*. ¿Es tan difícil comprender que antes de decidir la dirección central el problema de la huelga se puede hacer agitación en pro y en contra; pero que *después* de decidirse a favor de la huelga (después del acuerdo complementario de ocultarlo al enemigo), después de eso, hacer agitación contra la huelga es esquirolaje? Cualquier obrero lo comprenderá. El problema de la insurrección armada empezó a discutirse en la dirección central en septiembre. Era entonces cuando Zinóviev y Kámenev podían y *debían* haberse manifestado por escrito para que *todos*, a la vista de sus argumentos, para que *todos* apreciasen su completo desconcierto. Ocultar sus opiniones al partido durante todo un mes *antes* de ser adoptado el acuerdo y difundir su voto particular *después* de adoptado significa ser un esquirol.

Zinóviev aparenta no comprender esta diferencia, no comprender que después de adoptado el acuerdo de huelga, el acuerdo de la dirección central, sólo los esquiroles pueden hacer agitación ante los organismos inferiores en contra de ese acuerdo. Cualquier obrero lo comprenderá.

Y Zinóviev ha hecho precisamente agitación y torpedeado el acuerdo de la dirección central tanto en la reunión del domingo[90], en la que él y Kámenev no conquistaron ni un voto, como en su carta de ahora. Porque Zinóviev tiene la desvergüenza de afirmar que "el partido no ha sido preguntado" y que semejantes cuestiones "no las deciden diez personas". ¡Es algo increíble! Todos los componentes del CC saben que a la reunión decisiva asistieron más de diez miembros del CC, que asistió *la mayoría del Pleno*; que el propio Kámenev declaró en ella: "Esta reunión es decisiva"; que, por lo que se refiere a los miembros ausentes del CC, se sabía muy bien que *la mayoría* de ellos *no está de acuerdo* con Zinóviev y Kámenev. Y *después* del acuerdo adoptado por el CC en una reunión que también Kámenev consideraba *decisiva*, un miembro del CC tiene la insolencia de escribir: "El partido no ha sido preguntado", "semejantes cuestiones no las deciden diez personas". Eso es el más completo esquirolaje. Hasta el congreso del partido decide el CC. El CC ha decidido. Kámenev y Zinóviev, que no expresaron su opinión por escrito *antes* de adoptarse el acuerdo, han comenzado a *impugnar* el acuerdo del CC *después* de haber sido tomado.

Eso es el más completo esquirolaje. Después de adoptado un acuerdo *es inadmisible* cualquier impugnación, por cuanto se trata de la preparación inmediata y *secreta* de la huelga. Zinóviev tiene ahora la insolencia de atribuirnos *a nosotros* "haber puesto sobre aviso al enemigo". ¿Dónde está el límite de la desvergüenza? ¿Quién sino los que se han manifestado en la prensa *ajena al partido* han echado, en realidad, a perder las cosas, han frustrado la huelga "poniendo sobre aviso al enemigo"?

¡Manifestarse *contra* un acuerdo "decisivo" del partido en un periódico que, en la cuestión *dada*, marcha del brazo de toda la burguesía!

De tolerar eso, el partido sería imposible, quedaría destrozado.

Denominar "voto particular" lo que sabe e

imprime Bazárov en un periódico que no es del partido significa mofarse del partido.

La declaración de Kámenev y Zinóviev en la prensa no perteneciente al partido es especialmente ruin, además, porque *su enredosa mentira* no puede ser refutada en público por el partido: no conozco los acuerdos sobre el plazo, escribe y publica Kámenev en nombre propio y en el de Zinóviev. (Después de semejante declaración, Zinóviev es responsable por completo de toda la conducta y las manifestaciones de Kámenev.)

¿Cómo puede el CC refutar eso?

No podemos decir la verdad ante los capitalistas, no podemos decir que *hemos acordado* la huelga y decidido *ocultar la elección del momento* para ella.

No podemos refutar la enredosa mentira de Zinóviev y Kámenev *sin perjudicar más aún a la causa*. La vileza infinita, la verdadera felonía de estos dos individuos consiste, precisamente, en que han delatado a los capitalistas el plan de los huelguistas, ya que, por cuanto callamos en la prensa, cualquiera puede adivinar *cómo* están las cosas.

Kámenev y Zinóviev *han delatado* a Rodzianko y Kerenski el acuerdo del CC de su partido acerca de la insurrección armada y sobre la necesidad de ocultar al enemigo la preparación de la insurrección armada, la elección del momento para la insurrección armada. Eso es un hecho. Y este hecho no puede ser refutado con ningún subterfugio. Dos miembros del CC, con su mentira enredosa, *han delatado* a los capitalistas el acuerdo de los obreros. La respuesta a ello puede y debe ser sólo una, un acuerdo inmediato del CC que diga:

"Considerando que la declaración de Zinóviev y Kámenev en la prensa ajena al partido constituye un esquirolaje completo, el CC acuerda expulsar a ambos del partido"

No me resulta fácil escribir estas cosas de dos excamaradas íntimos, pero consideraría un crimen las vacilaciones en este caso, pues, de otro modo, un partido de revolucionarios que no castigue a esquiroles destacados *perecerá*.

La cuestión de la insurrección armada, incluso si la han aplazado por mucho tiempo los esquiroles que la han delatado a Rodzianko y Kerenski, no ha sido *retirada*, no ha sido retirada por el partido. ¿Cómo es posible prepararse para la insurrección armada y prepararla *tolerando* en nuestros medios a "destacados" esquiroles? Cuanto más destacados son, tanto más *peligrosos* resultan y tanto más indignos son del "perdón". *On n'est trahi que par les sièns*, dicen los franceses. Se es traicionado únicamente por los suyos.

Cuanto "*más destacados*" son los esquiroles, tanto más obligatorio es castigarlos sin tardanza con la expulsión.

Sólo así es posible sanear el partido obrero, depurarse de una docena de intelectualillos pusilánimes, cohesionar las filas revolucionarias, marchar al encuentro de grandes y grandiosas dificultades, marchar con los *obreros revolucionarios*.

No podemos publicar la verdad: no podemos decir que después de la reunión decisiva del CC, Zinóviev y Kámenev tuvieron la insolencia de exigir *la revisión* en la reunión del domingo; que Kámenev gritó desvergonzadamente: "El CC ha fracasado, ya que no ha hecho nada en toda la semana" (yo no podía desmentirle, pues no se puede decir *que se ha hecho exactamente*), y que Zinóviev, con aire ingenuo, propuso una resolución que fue rechazada por la reunión: "No empezar antes de reunirse con los bolcheviques que habrán de llegar el 20 al congreso de los Soviets".

¡Es algo increíble! Después de haber resuelto *la dirección central* el problema de la huelga se propone a una reunión de base que sea aplazada y transferida (antes del congreso del día 20, pero el congreso ha sido aplazado después... Los Zinóviev creen a los Liberdán); que sea transferida a *una* colectividad no prevista en los Estatutos del partido, que *no* tiene autoridad sobre el CC y que *no* conoce Petrogrado.

Y *después de eso*, Zinóviev tiene aún la insolencia de escribir: "Es poco probable que se fortalezca así la unidad del partido".

Probad a llamar eso de otra forma que no sea amenaza de escisión.

Yo respondo a semejante amenaza diciendo que iré hasta el fin, que lograré la libertad de palabra ante los obreros y, *cueste lo que cueste*, estigmatizaré al esquirol Zinóviev como esquirol. A la amenaza de escisión respondo declarando una guerra hasta el fin, por la expulsión de ambos esquiroles del partido.

Después de *un mes* de debates, la directiva de una organización sindical acuerda que la huelga es inevitable, que ha madurado y que debe ocultarse a los patronos el día de su comienzo. Después de eso, dos de la directiva van *a la base* a impugnar el acuerdo y fracasan. Entonces, esos dos acuden a la prensa ante los capitalistas y, por medio de una mentira enredosa, delatan el acuerdo de la directiva, frustrando con ello la huelga en el cincuenta por ciento, por lo menos, o demorándola hasta tiempos peores, pues ponen sobre aviso al enemigo.

He ahí un esquirolaje completo. Y he ahí por qué exijo que los dos esquiroles sean expulsados, reservándome el derecho (en vista de su amenaza de escisión) de publicarlo *todo* cuando sea posible hacerlo.

Escrita el 19 de octubre (1 de noviembre) de 1917. Publicada por vez primera el 1 de noviembre de 1927 en el núm. 250 de "Pravda".

T. 34, págs. 423-427.

UN NUEVO ENGAÑO DE LOS ESERISTAS A LOS CAMPESINOS.

El partido eserista ha declarado solemne y públicamente en su órgano principal, *Dielo Naroda*, el 18 y 19 de octubre, que el nuevo proyecto de ley agraria presentado por el ministro de Agricultura es "un paso importante hacia la aplicación del programa agrario del partido" y que "el CC del partido prescribe imperiosamente a todas las organizaciones del mismo que desplieguen una enérgica agitación a favor del proyecto y lo divulguen entre las masas".

Mas este proyecto del ministro S. Máslov, miembro del partido eserista, cuyas partes principales ha publicado *Dielo Naroda*, es *un engaño a los campesinos*. El partido eserista ha engañado a los campesinos: ha abandonado su proyecto agrario para caer en el plan terrateniente, democonstitucionalista, de "tasación equitativa" y conservación de la gran propiedad agraria. En sus congresos de la primera revolución rusa (1905) y de la segunda (1917), el partido eserista se comprometió solemne y públicamente a apoyar la reivindicación campesina de *confiscación* de las tierras de los latifundistas, es decir, su entrega a los campesinos *sin indemnización*. Pero en el proyecto actual del señor S. Máslov, además de mantenerse la gran propiedad terrateniente, se indica que las cantidades que abonen los campesinos por las tierras "arrendadas", mediante una tasación "equitativa", *pasarán a los latifundistas*.

Este proyecto de ley del señor S. Máslov es una traición completa del partido eserista a los campesinos, una declaración completa de fidelidad de dicho partido a los terratenientes. Hay que poner en tensión todas las energías y hacer todos los esfuerzos necesarios para difundir esta verdad entre los campesinos con la mayor amplitud posible.

Dielo Naroda ha publicado el 18 de octubre los párrafos 25-40 del proyecto de S. Máslov. He aquí lo más importante y principal de este proyecto

1) *No todas* las tierras de los latifundistas van a parar al "fondo provisional de arriendo" que ha de crearse.

2) La inclusión de las tierras de los latifundistas en este fondo la efectuarán *los comités agrarios*, creados de acuerdo con la ley que promulgó el 21 de abril de 1917 el gobierno *terrateniente* del príncipe Lvov.

3) La renta que deberán abonar los campesinos por estas tierras de los latifundistas la determinarán los comités agrarios "en consonancia con los ingresos netos" y, descontados los tributos, pasará "al propietario correspondiente", *es decir, al terrateniente*.

Nos encontramos ante un triple engaño de los eseristas a los campesinos, por lo que es preciso analizar con mayor detenimiento cada uno de estos tres puntos.

El periódico *Izvestia Vserossíiskogo Sovieta Krestiánskij Deputátov* ha publicado en su número 88, correspondiente al 19 de agosto, el "Mandato tipo, redactado sobre la base de los 242 mandatos traídos de las localidades por los diputados al I Congreso de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia, celebrado en Petrogrado en 1917".

Este resumen de los 242 mandatos, hecho por delegados de los campesinos de las distintas localidades, es *el mejor* documento para juzgar *qué es lo que quieren los campesinos*. Y este resumen demuestra con toda evidencia cómo engañan a los campesinos el proyecto de S. Máslov y el partido eserista.

Los campesinos exigen la abolición del derecho de propiedad privada de la tierra; la transformación de toda la tierra de propiedad privada, etc., en patrimonio de todo el pueblo sin indemnización; la transformación de las tierras con haciendas de alto nivel agrotécnico (huertos, plantaciones, etc.) en "haciendas modelo" y su transferencia "en usufructo exclusivo al Estado y a las comunidades"; la confiscación "*de todo* el ganado de labor y los aperos de labranza", etc.

Así han sido expresadas las reivindicaciones de los campesinos, con claridad y exactitud, sobre la base de los 242 mandatos locales dados por los propios campesinos.

Y el partido eserista, en lugar de eso, entra en "coalición" (es decir, en alianza o acuerdo) con la burguesía (con los capitalistas) y los terratenientes, participa en el gobierno de los capitalistas y los terratenientes y presenta ahora un proyecto *que no suprime la propiedad terrateniente*, sino que ¡¡transfiere *sólo una parte* de las tierras de los latifundistas *al fondo provisional de arriendo*!!

Según este proyecto, ¡no pueden pasar al fondo de arriendo los huertos, las plantaciones, los sembrados de remolacha, etc.! No pueden pasar al fondo de

arriendo ¡¡las tierras precisas "para satisfacer las necesidades del propietario mismo, de su familia, empleados y obreros, así como para asegurar el mantenimiento del ganado existente"!!

Eso quiere decir que un terrateniente rico que posea una fábrica de azúcar de remolacha, otra de transformación de la patata, mantequerías o molinos, huertos y plantaciones, centenares de cabezas de ganado y decenas de empleados y obreros seguirá teniendo *una gran hacienda y, por añadidura, una hacienda capitalista*. ¡Ahí tenemos con qué insolencia y desvergüenza ha engañado el partido eserista a los campesinos!

La inclusión de la tierra de los latifundistas, o "de propiedad privada", como dice el proyecto, en el fondo de arriendo será efectuada por *los comités agrarios*, creados de acuerdo con la ley que promulgó el 21 de abril de 1917 el gobierno *terrateniente del príncipe Lvov* y Cía., el gobierno de Miliukov y Guchkov, de los imperialistas y expoliadores de las masas populares, que los obreros y soldados de Petrogrado derribaron con el movimiento del 20 y 21 de abril, es decir, hace nada menos que seis meses.

Está claro que la ley de ese gobierno de latifundistas acerca de los comités agrarios está muy lejos de ser una ley democrática (popular). Por el contrario, esa ley contiene las más indignantes abjuraciones de la democracia. Por ejemplo, su § XI confiere "a los comités agrarios provinciales el derecho de dejar en suspenso los acuerdos de los comités subdistritales y distritales rurales hasta la decisión definitiva del comité agrario principal". Y los comités, según esa fraudulenta ley terrateniente, están compuestos de tal modo que ¡el comité distrital rural es menos democrático que el subdistrital, el provincial menos democrático que el distrital y el comité principal menos democrático que el provincial!

El comité agrario subdistrital es elegido íntegramente por la población del subdistrito. El comité distrital rural está compuesto, según la ley, por el juez de paz y cinco miembros de "los comités ejecutivos provisionales" (hasta la organización de la nueva administración autónoma). Del comité provincial forman parte no sólo un miembro del tribunal regional y un juez de paz, sino también un representante del Ministerio, *designado* por el ministro, etc. Y en el comité agrario principal figuran 27 miembros ¡"invitados al efecto por el Gobierno Provisional"! Lo integran un representante de cada uno de los once partidos políticos, concediéndose la mayoría (seis de once) *a los democonstitucionalistas y a los que se encuentran a su derecha*. ¿No es, pues, una estafa de Lvov y Shingariov (firmantes de la ley) y de sus amigos? ¿No es una mofa de la democracia para complacer a los terratenientes?

¿No confirma por entero todo eso la repetida declaración de los bolcheviques de que sólo *los Soviets de diputados campesinos*, elegidos por *la masa de los trabajadores* y revocables por ella en cualquier momento, son capaces de expresar acertadamente la voluntad de los campesinos y llevarla a la práctica?

Los eseristas, que obtuvieron la mayoría en el Comité Ejecutivo de los Soviets de diputados campesinos de toda Rusia gracias a la credulidad inconsciente de los campesinos, *han traicionado* a éstos, *han traicionado* a los Soviets campesinos, *se han puesto al lado de los terratenientes* y se han resignado con la ley sobre los comités agrarios dictada por el latifundista príncipe Lvov. En eso consiste el segundo engaño principal de los eseristas a los campesinos.

Tanto mayor es, por ello, la insistencia con que nosotros, el partido obrero, debemos repetir la reivindicación de los bolcheviques: ¡Todo el poder en el campo a los Soviets de diputados campesinos y de diputados de los obreros agrícolas!

Los mandatos campesinos exigen la confiscación, la enajenación *sin indemnización*, de las tierras de los latifundistas; la confiscación de los criaderos de ganado caballar, de las granjas particulares de ganado de raza, y de las avícolas; la transferencia en usufructo al Estado de las tierras con haciendas de alto nivel agrotécnico, y la confiscación de todo el ganado de labor y aperos de labranza de las fincas de los latifundistas.

En lugar de eso, el proyecto del ministro eserista ¡obsequia a los campesinos con *la conservación de la renta*, que irá a parar, como antes, al bolsillo del terrateniente!

"La renta -dice el § 33 del proyecto eserista- se abonará en los comités, los cuales" (después de cubrir los tributos al fisco, etc.) "entregarán el resto al propietario correspondiente".

¡¡Así es cómo los "socialistas-revolucionarios", después de engañar a los campesinos con promesas altisonantes, han obsequiado al campesinado con un proyecto agrario *terrateniente-democonstitucionalista*!!

Esto constituye el más completo fraude a los campesinos.

En el proyecto no queda absolutamente nada de las reivindicaciones campesinas de confiscación. Eso no es confiscación de la propiedad latifundista, sino su *afianzamiento* por el gobierno "republicano", que *asegura* a los terratenientes *la conservación* del ganado de labor y de los aperos, de la tierra para mantener "a los empleados y a los obreros", de la tierra "destinada" (¡¡basta con esa "destinación"!!) "por el propietario para sembrar remolacha azucarera y otras plantas industriales" *y el pago* por toda la tierra restante entregada al fondo de arriendo. ¡¡Los comités agrarios se convierten en *recaudadores de la renta* para los nobles señores propietarios de la

tierra!!

Los eseristas no suprimen la propiedad latifundista, sino que la afianzan. Su deserción al campo de los terratenientes y su traición a los campesinos están ahora más claras que la luz del día.

No hay que dejarse engañar por los astutos democonstitucionalistas, fieles amigos de los capitalistas y los terratenientes. Los democonstitucionalistas aparentan que el proyecto de los eseristas es extraordinariamente "revolucionario"; todos los periódicos burgueses levantan gran alboroto *contra* el proyecto y publican con profusión sueltos acerca de la "*resistencia*" de los ministros burgueses (y, como es natural, de sus lacayos descarados tipo Kerenski) a tan "terrible" proyecto de ley. Todo eso no es más que una farsa, un juego, el regateo de un traficante que ve la falta de carácter de los eseristas y tiene la esperanza de sacar aún mayor provecho. En realidad, el proyecto de S. Máslov es un proyecto "*terrateniente*", escrito para llegar a un acuerdo con los grandes terratenientes, para salvarlos.

En los números citados, *Dielo Naroda* califica este proyecto de "notable proyecto de ley acerca de la tierra, que inicia (!) la gran (!!) reforma de la socialización (!!!) de la tierra". Mas eso es pura charlatanería. El proyecto no contiene la menor "socialización" (excepto, quizá, la ayuda "social" al terrateniente para que reciba de manera segura el pago de la renta); no contiene absolutamente nada de "democrático y revolucionario"; no contiene nada, en general, a excepción de las "reformas" de tipo irlandés[91] habituales en *el reformismo burgués* europeo.

Es, repetimos, un proyecto *para* salvar a los terratenientes, *para* "aplacar" la insurrección campesina, ya iniciada, mediante concesiones insignificantes que conservan lo principal en manos de los terratenientes.

La presentación de este vergonzoso proyecto eserista al gobierno es una prueba patente de la inaudita hipocresía con que se acusa a los bolcheviques de "frustrar" la Asamblea Constituyente con sus planes de paso de poder a los Soviets. "¡Quedan sólo cuarenta días hasta la Asamblea Constituyente!", gritan hipócritamente los democonstitucionalistas, los capitalistas, los terratenientes, los mencheviques y los eseristas. Y a la chita callando presentan en el gobierno un enorme proyecto de ley sobre la tierra, que *es una burla* a los campesinos, *somete* a éstos a los terratenientes y *afianza* la gran propiedad agraria.

Cuando se trata de apoyar a los terratenientes frente a la creciente insurrección campesina, cuarenta días antes de la Asamblea Constituyente, incluso treinta días antes, "*es posible*" hacer aprobar un enorme proyecto de ley.

Pero cuando se trata del paso de todo el poder a los Soviets *para* entregar *toda* la tierra a los campesinos, para abolir *inmediatamente* la propiedad terrateniente, para proponer *inmediatamente* una paz justa, ¡oh!, entonces los democonstitucionalistas, los capitalistas, los terratenientes, los mencheviques y los eseristas aúllan a coro contra los bolcheviques.

¡Que sepan los campesinos cómo los ha engañado el partido eserista, cómo los ha vendido a los terratenientes!

¡Que sepan los campesinos que sólo el partido *obrero*, sólo *los bolcheviques* se alzan firmemente y hasta el fin *contra* los capitalistas, *contra* los terratenientes, en defensa de los intereses de los campesinos *pobres* y de *todos* los trabajadores!

20 de octubre de 1917.

Publicado el 6 de noviembre (24 de octubre) de 1917 en el núm. 44 de "Rabochi Put".
T. 34, págs. 428-433.

CARTA A LOS MIEMBROS DEL CC[92].

Camaradas:

Escribo estas líneas el 24 por la tarde. La situación es crítica en extremo. Está claro como la luz del día que, hoy, todo lo que sea aplazar la insurrección significa verdaderamente la muerte.

Poniendo en ello todas mis fuerzas, quiero convencer a los camaradas de que hoy todo pende de un hilo, de que figuran a la orden del día problemas que no pueden resolverse por medio de conferencias ni de congresos (aunque sean, incluso, congresos de los Soviets), sino únicamente por los pueblos, por las masas, por medio de la lucha de las masas armadas.

El embate burgués de los kornilovistas y la destitución de Verjovski demuestran que no se puede esperar. Es necesario, a todo trance, detener al gobierno esta tarde, esta noche, desarmando previamente a los cadetes (después de vencerlos, si oponen resistencia), etc.

¡¡No se puede esperar!! ¡¡Nos exponemos a perderlo todo!!

¿Qué se conseguirá con la toma inmediata del poder? Proteger *al pueblo* (no al congreso, sino al pueblo, al ejército y a los campesinos, en primer término) contra el gobierno kornilovista, que ha expulsado de su puesto a Verjovski y ha urdido una segunda conspiración kornilovista.

¿Quién ha de hacerse cargo del poder?

Esto no tiene ahora importancia: que lo asuma el Comité Militar Revolucionario[93] "u otra institución" que declare que sólo entregará el poder a los verdaderos representantes de los intereses del pueblo, de los intereses del ejército (inmediata propuesta de paz), de los intereses de los campesinos (inmediata toma de posesión de la tierra, abolición de la propiedad privada), de los intereses de los hambrientos.

Es necesario que todos los distritos, todos los regimientos y todas las fuerzas sean movilizados inmediatamente y que envíen sin demora delegaciones al Comité Militar Revolucionario, al CC del Partido Bolchevique, exigiendo con insistencia: no dejar en modo alguno el poder en manos de Kerenski y Cía. hasta el 25, en modo alguno. El problema debe resolverse sin falta esta tarde o esta noche.

La historia no perdonará ninguna dilación a los revolucionarios que hoy pueden triunfar (y que triunfarán hoy con toda seguridad) y que mañana correrán el riesgo de perder mucho, de perderlo todo.

Si hoy nos adueñamos del poder, no nos adueñamos de él contra los Soviets, sino para ellos.

La toma del poder es obra de la insurrección; su meta política se verá clara después de que hayamos tomado al poder.

Esperar a la votación incierta del 25 de octubre sería echarlo todo a perder o sería puro formalismo; el pueblo tiene el derecho y el deber de resolver estos problemas no por medio de votaciones, sino por la fuerza; tiene, en momentos críticos de la revolución, el derecho y el deber de señalar el camino a sus representantes, incluso a sus mejores representantes, sin detenerse a esperar por ellos.

Así lo ha demostrado la historia de todas las revoluciones, y los revolucionarios cometerían el mayor de los crímenes si dejasen pasar el momento, sabiendo que de ellos depende *la salvación de la revolución*, la propuesta de paz, la salvación de Petrogrado, la salida del hambre y la entrega de la tierra a los campesinos.

El gobierno vacila. ¡Hay que acabar con él, cueste lo que cueste!

Demorar la acción equivaldría a la muerte.

Escrita el 24 de octubre (6 de noviembre). Publicada por vez primera en 1924.

T. 34, págs. 435-436.

¡A LOS CIUDADANOS DE RUSIA![94]

El Gobierno Provisional ha sido derribado. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y de la guarnición petrogradenses.

Los objetivos por los que ha luchado el pueblo -la propuesta inmediata de una paz democrática, la abolición de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un Gobierno soviético- están asegurados.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

El Comité Militar Revolucionario del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado.

25 de octubre de 1917, 10 de la mañana.

Publicado el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 en el núm. 8 de "Rabochi y Soldat".

T. 35, págs. 8.

II CONGRESO DE LOS SOVIETS DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE TODA RUSIA[95].

25 y 26 de octubre (7-8 de noviembre) de 1917.

1. ¡A los obreros, a los soldados, a los campesinos!

Ha comenzado sus labores el II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. En él está representada la inmensa mayoría de los Soviets. También asisten muchos delegados de los Soviets campesinos. Han expirado los poderes del Comité Ejecutivo Central conciliador[96]. Apoyándose en la voluntad de la inmensa mayoría de los obreros, de los soldados y de los campesinos, apoyándose en la insurrección victoriosa de los obreros y de la guarnición de Petrogrado, el Congreso toma en sus manos el poder.

Ha sido derribado el Gobierno Provisional. La mayoría de sus miembros están ya detenidos.

El Poder soviético propondrá a todos los pueblos una paz democrática inmediata y un armisticio inmediato en todos los frentes. Asegurará el paso a los comités campesinos, sin indemnización, de la tierra de los latifundistas, de las tierras de la Corona y de los monasterios; defenderá los derechos del soldado, llevando a cabo la completa democratización del ejército; implantará el control obrero de la producción; asegurará la reunión de la Asamblea Constituyente en el momento oportuno; se preocupará de abastecer de pan a las ciudades y de artículos de primera necesidad al campo, y garantizará a todas las naciones que pueblan Rusia el auténtico derecho a la autodeterminación.

El Congreso acuerda: todo el poder en las localidades pasa a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, llamados a asegurar un orden verdaderamente revolucionario.

El Congreso exhorta a la vigilancia y la firmeza a los soldados que se encuentran en las trincheras. El Congreso de los Soviets está convencido de que el ejército revolucionario sabrá defender la revolución frente a todos los ataques del imperialismo, mientras el nuevo gobierno no obtenga la paz democrática que va a proponer directamente a todos los pueblos. El nuevo gobierno adoptará todas las medidas precisas para asegurar al ejército revolucionario cuanto necesita, por medio de una enérgica política de requisas y de tributos a las clases poseedoras; mejorará también la situación de las familias de los soldados.

Los kornilovistas -Kerenski, Kaledin y otros- intentan lanzar tropas contra Petrogrado. Algunos destacamentos que, con engaños, habían sido enviados por Kerenski, se han pasado al pueblo insurreccionado.

¡Soldados: Oponed una resistencia activa al kornilovista Kerenski! ¡Estad alerta!

¡Ferroviarios: Detened todos los trenes enviados por Kerenski sobre Petrogrado!

¡Soldados, obreros, empleados: La suerte de la revolución y de la paz democrática está en vuestras manos!

¡Viva la revolución!

El Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia.

Los delegados de los Soviets campesinos.

Escrito el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917.

2. Informe sobre la paz, 26 de octubre (8 de noviembre).

El problema de la paz es un problema candente, espinoso, del momento actual. Se ha hablado y escrito mucho de este problema y es seguro que todos vosotros lo habréis discutido no pocas veces. Permitid, pues, que dé lectura a la declaración que deberá publicar el gobierno elegido por vosotros.

DECRETO DE LA PAZ.

El Gobierno Obrero y Campesino, creado por la revolución del 24 y 25 de octubre y que se apoya en los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos entablar negociaciones inmediatas para concluir una paz justa y democrática.

El Gobierno considera que la paz inmediata, sin anexiones (es decir, sin conquistas de territorios ajenos, sin incorporación de pueblos ajenos por la fuerza) ni contribuciones, es la paz justa o democrática que ansía la mayoría abrumadora de los obreros y de las clases trabajadoras de todos los países beligerantes, agotados, atormentados y martirizados por la guerra; la paz que los obreros y los campesinos rusos han reclamado del modo más

categórico y tenaz después de ser derrocada la monarquía zarista.

Esta es la paz cuya firma inmediata propone el Gobierno de Rusia a todos los pueblos beligerantes, declarándose dispuesto a dar sin dilación alguna cuantos pasos decisivos sean necesarios, hasta la ratificación definitiva de todas las condiciones de una paz semejante por las asambleas competentes de representantes populares de todos los países y de todas las naciones.

De conformidad con la conciencia jurídica de la democracia en general, y de las clases trabajadoras en particular, el Gobierno entiende por anexión o conquista de territorios ajenos toda incorporación a un Estado grande o poderoso de una nación pequeña o débil, sin el deseo ni el consentimiento de esta última, manifestado de manera explícita, clara y libre, independientemente del momento en que se haya efectuado esa anexión forzosa; independientemente, asimismo, del grado de desarrollo o de atraso de la nación anexionada o mantenida por la fuerza en los límites de un Estado; independientemente, en fin, de si dicha nación se encuentra en Europa o en los lejanos países de ultramar.

Si una nación, cualquiera que sea, es mantenida por la fuerza en los límites de un Estado; si, a pesar del deseo expresado por ella -independientemente de que lo haga en la prensa, en asambleas populares, en acuerdos de los partidos o en movimientos de rebeldía o insurrecciones contra la opresión nacional-, no se le concede el derecho de decidir en votación libre, sin la menor coacción y con la retirada completa de las tropas de la nación conquistadora o, en general, más poderosa, el problema de sus formas de existencia como Estado, su incorporación constituirá una anexión, es decir, una conquista y un acto de violencia.

El Gobierno considera el mayor crimen contra la humanidad continuar esta guerra por el reparto, entre las naciones fuertes y ricas, de los pueblos débiles conquistados por ellas, y proclama solemnemente su decisión de firmar sin demora unas cláusulas de paz que pongan fin a esta guerra en las condiciones indicadas, justas por igual para todas las naciones sin excepción.

Al mismo tiempo, el Gobierno declara que las condiciones de paz antes indicadas no tienen en modo alguno carácter de ultimátum, es decir, que está dispuesto a examinar cualesquiera otras, insistiendo únicamente en que sean presentadas con la mayor rapidez posible por cualquier país beligerante y estén redactadas con toda claridad, sin ninguna ambigüedad y sin ningún secreto.

El Gobierno pone fin a la diplomacia secreta, manifestando su firme propósito de sostener todas las negociaciones a la luz del día, ante el pueblo entero, y procediendo sin demora a la publicación íntegra de los tratados secretos, ratificados o concertados por el gobierno de los terratenientes y capitalistas desde febrero hasta el 25 de octubre de 1917. Declara anuladas de manera absoluta e inmediata todas las cláusulas de esos tratados secretos, por cuanto en la mayoría de los casos tienden a proporcionar ventajas y privilegios a los terratenientes y capitalistas rusos y a mantener o aumentar las anexiones de los rusos.

Al proponer a los gobiernos y a los pueblos de todos los países entablar inmediatamente negociaciones públicas para concertar la paz, el Gobierno declara, a su vez, que está dispuesto a sostener esas negociaciones por escrito, por telégrafo, mediante conversaciones entre los representantes de los diversos países o en una conferencia de dichos representantes. Con objeto de facilitar estas negociaciones, el Gobierno designa a su representante plenipotenciario ante los países neutrales.

El Gobierno propone a todos los gobiernos y los pueblos de todos los países beligerantes concertar sin dilación un armisticio, considerando deseable, por su parte, que este armisticio dure tres meses, por lo menos; es decir, un plazo durante el cual sean plenamente posibles tanto la terminación de las negociaciones de paz -con participación de representantes de todos los pueblos o naciones, sin excepción, empeñados en la guerra u obligados a intervenir en ella- como la convocatoria en todos los países de asambleas autorizadas de representantes del pueblo para ratificar definitivamente las condiciones de paz.

Al dirigir esta proposición de paz a los gobiernos y a los pueblos de todos los países beligerantes, el Gobierno Provisional Obrero y Campesino de Rusia se dirige también, y sobre todo, a los obreros conscientes de las tres naciones más adelantadas de la humanidad y de los tres Estados más importantes que participan en la guerra actual: Inglaterra, Francia y Alemania. Los obreros de estos países han prestado los mayores servicios a la causa del progreso y del socialismo; han dado los magníficos ejemplos del movimiento cartista[97] en Inglaterra, de las revoluciones de importancia histórica universal realizadas por el proletariado francés y, por último, de la heroica lucha contra la Ley de excepción en Alemania y de la larga, tenaz y disciplinada labor -que sirve de ejemplo a los obreros del mundo entero- encaminada a crear organizaciones proletarias de masas en dicho país. Todos estos ejemplos de heroísmo proletario y de iniciativa histórica nos garantizan que los obreros de los países mencionados comprenderán el deber en que están hoy de librar a la humanidad de los horrores de la guerra y de sus consecuencias; que esos obreros, con su actividad múltiple, resuelta, abnegada y enérgica, nos ayudarán a llevar a feliz término la causa de la paz y, con ella, la causa de la liberación de las masas trabajadoras y

explotadas de toda esclavitud y de toda explotación.

El Gobierno Obrero y Campesino, creado por la revolución del 24 y 25 de octubre y que se apoya en los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, debe entablar inmediatamente negociaciones de paz. Nuestro llamamiento debe dirigirse al mismo tiempo a los gobiernos y a los pueblos. No podemos dar de lado a los gobiernos, porque eso alejaría la posibilidad de concertar la paz, y un gobierno popular no puede atreverse a hacerlo. Pero tampoco tenemos derecho a dejar de dirigirnos simultáneamente a los pueblos. Los gobiernos y los pueblos están en desacuerdo en todas partes, y por eso debemos ayudar a los pueblos a intervenir en los problemas de la guerra y la paz. Como es natural, defenderemos por todos los medios nuestro programa íntegro de paz sin anexiones ni contribuciones. No nos apartaremos de este programa, pero debemos privar a nuestros enemigos de la posibilidad de decir que sus condiciones son distintas y que, por consiguiente, es inútil entablar negociaciones con nosotros. Sí, debemos privarles de esa ventaja y no formular nuestras condiciones como un ultimátum. Por eso incluimos el punto en que declaramos estar dispuestos a examinar todas las condiciones de paz, todas las proposiciones. Examinar no significa aún aceptar. Las someteremos a discusión en la Asamblea Constituyente, que tendrá plenos poderes para decir dónde se puede y dónde no se puede ceder. Combatimos el engaño de los gobiernos, que, de palabra, son todos partidarios de la paz y de la justicia, pero que, de hecho, sostienen guerras de conquista y de rapiña. Ningún gobierno dirá todo lo que piensa. Nosotros, en cambio, estamos en contra de la diplomacia secreta y actuaremos a la luz del día, ante todo el pueblo. No cerramos los ojos hoy, ni los hemos cerrado jamás, ante las dificultades. La guerra no puede terminarse renunciando simplemente a ella; la guerra no puede terminarla una de las partes beligerantes. Proponemos un armisticio de tres meses, pero no rechazaremos un armisticio más corto, para que, al menos durante cierto tiempo, pueda respirar el ejército fatigado; además de esto, es necesario convocar en todos los países civilizados asambleas populares, en las que se discutan las condiciones.

Al proponer un armisticio inmediato, nos dirigimos a los obreros conscientes de los países que tanto han hecho por el desarrollo del movimiento proletario. Nos dirigimos a los obreros de Inglaterra, que han conocido el movimiento cartista; a los obreros de Francia, que han demostrado en múltiples insurrecciones todo el vigor de su conciencia de clase, y a los obreros de Alemania, que han salido airosos de la lucha contra la ley acerca de los socialistas y creado potentes organizaciones.

En el manifiesto del 14 de marzo proponíamos derribar a los banqueros[98] pero, lejos de derribar a los nuestros, incluso nos hemos aliado con ellos. Ahora hemos derribado el gobierno de los banqueros.

Los gobiernos y la burguesía harán todos los esfuerzos posibles para unirse y ahogar en sangre la revolución obrera y campesina. Pero los tres años de guerra han enseñado bastante a las masas: el movimiento soviético en otros países; la sublevación de la flota alemana, que los junker del verdugo Guillermo II han aplastado. Hay que recordar, por último, que no vivimos en el centro de África, sino en Europa, donde todo puede saberse pronto.

El movimiento obrero triunfará y abrirá el camino hacia la paz y el socialismo. (*Clamorosos aplausos que duran largo rato*.)

3. Discurso de resumen de la discusión del informe sobre la paz, 26 de octubre (8 de noviembre).

No hablaré del carácter general de la declaración. El gobierno que vuestro Congreso ha de crear podrá introducir también modificaciones en los puntos no sustanciales.

Me opondré resueltamente a que nuestra reivindicación de paz tenga carácter de ultimátum. Eso podría ser funesto para toda nuestra causa. No podemos admitir que la negativa a apartarnos, por poco que sea, de nuestras exigencias dé a los gobiernos imperialistas motivo para decir que no ha sido posible entablar negociaciones de paz con nosotros a causa de nuestra intransigencia.

Enviaremos nuestro llamamiento a todas partes y lo conocerá el mundo entero. Será imposible ocultar las condiciones propuestas por nuestro Gobierno Obrero y Campesino.

No es posible ocultar nuestra revolución obrera y campesina, que ha derribado el gobierno de los banqueros y de los terratenientes.

Si adoptásemos una forma de ultimátum, los gobiernos podrían negarse a responder. Con la redacción que os proponemos deberán contestar. Que todo el mundo sepa lo que piensan sus gobiernos. No queremos secretos. Queremos que cada gobierno esté siempre sometido al control de la opinión pública de su país.

¿Qué diría el campesino de cualquier provincia lejana si, a consecuencia del carácter irrevocable de nuestras propuestas no se enterase de lo que quieren otros gobiernos? "Camaradas -nos preguntaría-, ¿por qué habéis excluido la posibilidad de otras proposiciones de paz? Las habría discutido, las habría examinado y, después, habría comunicado a mis representantes en la Asamblea Constituyente cómo deben proceder. Estoy dispuesto a combatir revolucionariamente por unas condiciones justas, si los gobiernos no las aceptan; pero puede ocurrir que a determinados países se les presenten tales condiciones que yo esté dispuesto a proponer a sus

gobiernos que continúen ellos mismos la lucha. La realización total de nuestras aspiraciones sólo depende del derrocamiento de todo el régimen capitalista". Eso es lo que podría decirnos el campesino, acusándonos de ser demasiado intransigentes en cuestiones insignificantes, cuando lo esencial para nosotros es poner al desnudo toda la infamia, toda la ignominia de la burguesía y de los verdugos, coronados o sin coronar, puestos a la cabeza de los gobiernos.

No podemos ni debemos dar a los gobiernos la posibilidad de escudarse con nuestra intransigencia y ocultar a los pueblos por qué se les envía al matadero. Eso es sólo una gota de agua, pero no podemos ni debemos renunciar a esta gota de agua, que horada la roca de la política burguesa de conquistas. Unas condiciones de paz con carácter de ultimátum aliviarían la situación de nuestros adversarios. En cambio, nosotros daremos a conocer al pueblo todas las condiciones. Plantearemos a todos los gobiernos nuestras condiciones y que respondan ante sus propios pueblos. Someteremos todas las proposiciones de paz a examen de la Asamblea Constituyente.

Hay otro punto, camaradas, al que debéis prestar suma atención. Los tratados secretos deben ser publicados. Las cláusulas referentes a las anexiones y las contribuciones deben anularse. Las cláusulas son muy variadas, camaradas, pues los gobiernos de saqueadores hacían algo más que ponerse de acuerdo acerca del pillaje; entre sus tratados figuraban también convenios económicos y diversos puntos sobre las relaciones de buena vecindad.

No nos atamos las manos con los tratados. No nos dejaremos atar por los tratados. Rechazamos todas las cláusulas de bandidaje y de violencia; pero aceptaremos con satisfacción, y no podemos rechazar, las cláusulas que establezcan relaciones de buena vecindad y acuerdos económicos. Proponemos un armisticio de tres meses; fijamos un plazo largo, porque los pueblos están cansados, están sedientos de reposo después de más de tres años de guerra sangrienta. Debemos comprender que los pueblos tienen que discutir las condiciones de paz, manifestar su voluntad con participación de los parlamentos, y todo esto requiere tiempo. Exigimos un armisticio largo precisamente para que el ejército que se encuentra en las trincheras salga de la pesadilla del asesinato permanente, pero no rechazamos proposiciones de armisticio de menor duración; las discutiremos y las tendremos que aceptar, aunque se nos proponga un armisticio de un mes o mes y medio. Nuestra proposición de armisticio tampoco debe tener carácter de ultimátum, pues no queremos dar a nuestros enemigos la posibilidad de ocultar toda la verdad a los pueblos, escudando con nuestra intransigencia. No debe tener carácter de ultimátum, pues el gobierno que no quiere el armisticio es un gobierno criminal. Si nuestra proposición de armisticio no es irrevocable, obligaremos con ello a los gobiernos a adoptar ante los pueblos la posición de unos criminales, y los pueblos no tendrán consideración alguna con tales criminales. Se nos objeta que si no presentamos condiciones irrevocables daremos muestras de impotencia; pero es hora ya de arrojar por la borda la falsedad burguesa al hablar de la fuerza del pueblo. La fuerza se demuestra, en opinión de la burguesía, cuando las masas van ciegamente al matadero, obedeciendo las órdenes de los gobiernos imperialistas. La burguesía considera fuerte a un Estado sólo cuando éste puede, utilizando todo el poder del aparato gubernamental, obligar a las masas a ir adonde lo desean los gobernantes burgueses. Nuestra concepción de la fuerza es muy distinta. A nuestro parecer, el Estado es fuerte gracias a la conciencia de las masas. El Estado es fuerte cuando las masas lo saben todo, pueden juzgar de todo y lo hacen todo conscientemente. No tenemos por qué temer decir la verdad acerca del cansancio, pues ¿qué país no está ya cansado, qué pueblo no lo dice sin rodeos? Tomemos Italia, cuyo cansancio ha originado un largo movimiento revolucionario, que exige el cese de la matanza. ¿No vemos en Alemania manifestaciones obreras de masas con la consigna de poner fin a la guerra? La sublevación de la flota alemana, implacablemente reprimida por el verdugo Guillermo y sus lacayos, ¿no ha sido provocada por el cansancio? Si son posibles tales fenómenos en un país tan disciplinado como Alemania, donde se empieza ya a hablar de cansancio y de acabar la guerra, no tenemos por qué temer hablar también abiertamente de eso, pues se trata de una verdad evidente tanto para nosotros como para todos los países beligerantes e incluso para los no beligerantes.

4. Informe acerca de la tierra, 26 de octubre (8 de noviembre).

Consideramos que la revolución ha mostrado y demostrado la importancia que tiene plantear con claridad el problema de la tierra. El surgimiento de la insurrección armada, de la segunda revolución, la de Octubre, prueba claramente que la tierra debe ser entregada a los campesinos. El gobierno derribado y los partidos conciliadores de los mencheviques y eseristas cometían un crimen al aplazar, con diversos pretextos, la solución del problema agrario y llevar así al país a la ruina y a la insurrección campesina. Cuanto dicen acerca de los pogromos y de la anarquía en el campo son una falsedad y un cobarde engaño. ¿Cuándo y dónde se ha visto que los pogromos y la anarquía sean suscitados por medidas sensatas? ¿Es que las masas campesinas se habrían agitado si el gobierno hubiera actuado sensatamente y sus medidas hubiesen respondido a las necesidades de los campesinos pobres? Pero todas las medidas

gubernamentales, refrendadas por los Soviets de Avxéntiev y Dan, iban dirigidas contra los campesinos y los empujaban a la insurrección.

Después de originar la insurrección, el gobierno empezó a hablar a gritos de los pogromos y la anarquía que él mismo había provocado. Quería reprimirla a sangre y fuego, pero él mismo ha sido barrido por la insurrección armada de los soldados, los marinos y los obreros revolucionarios. El gobierno de la revolución obrera y campesina debe resolver, en primer término, el problema de la tierra, capaz de calmar y dar satisfacción a las grandes masas de campesinos pobres. Voy a leeros los artículos del decreto que debe promulgar vuestro Gobierno de los Soviets. Uno de los artículos de este decreto contiene el mandato a los comités agrarios, redactado sobre la base de los 242 mandatos de los Soviets locales de diputados campesinos.

DECRETO SOBRE LA TIERRA.

1) Queda abolida en el acto sin ninguna indemnización la gran propiedad agraria.

2) Las fincas de los terratenientes, así como todas la tierras de la Corona, de los monasterios y de la Iglesia, con todo su ganado de labor y aperos de labranza, edificios y todas las dependencias, pasan a disposición de los comités agrarios subdistritales y de los Soviets distritales de diputados campesinos hasta que se reúna la Asamblea Constituyente.

3) Cualquier deterioro de los bienes confiscados, que desde este momento pertenecen a todo el pueblo, será considerado un grave delito, punible por el tribunal revolucionario. Los Soviets distritales de diputados campesinos adoptarán todas las medidas necesarias para asegurar el orden más riguroso en la confiscación de las fincas de los terratenientes, para determinar exactamente los terreno confiscables y su extensión, para inventariar con detalle todos los bienes confiscados y para proteger con el mayor rigor revolucionario todas las explotaciones agrícolas edificios, aperos, ganado, reservas de víveres, etc., que pasan al pueblo.

4) Para la realización de las grandes transformaciones agrarias, hasta que la Asamblea Constituyente las determine definitivamente, debe servir de guía en todas partes el mandato campesino que se reproduce a continuación, confeccionado por la Redacción de *Izvestia Vserossíiskogo Sovieta Krestiánskij Deputátov*, sobre la base de los 242 mandatos campesinos locales, y publicado en el número 88 de dicho periódico (Petrogrado, N º 88, 19 de agosto de 1917).

MANDATO CAMPESINO ACERCA DE LA TIERRA

"El problema de la tierra sólo puede ser resuelto en todo su volumen por la Asamblea Constituyente de todo el pueblo.

"La solución más justa del problema de la tierra debe ser la siguiente:

"1) *Queda abolido para siempre el derecho de propiedad privada de la tierra*; la tierra no puede ser vendida, comprada, arrendada, hipotecada o enajenada en ninguna otra forma.

"*Todas las tierras del Estado, de la Corona, del zar, de los monopolios, de la Iglesia, de las posesiones, de los mayorazgos, de propiedad privada, de las comunidades y de los campesinos, etc., son enajenada sin indemnización*, se convierten en patrimonio de todo el pueblo y pasan en usufructo a todos los que las trabajan.

"A los damnificados por esta transformación del régimen de propiedad no se les reconoce más derecho que el de recibir un socorro de la sociedad durante el tiempo necesario para adaptarse a las nuevas condiciones de existencia.

"2) Todas las riquezas del subsuelo -minerales, petróleo, carbón, sal, etc.-, así como los bosques y las aguas de importancia nacional, serán usufructuadas con carácter exclusivo por el Estado. Todos los pequeños ríos, lagos, bosques, etc., pasan en usufructo a las comunidades, a condición de que sean explotados por los organismo de administración autónoma local.

"3) Las tierras con haciendas *de alto nivel agrotécnico*: huertos, plantaciones, semilleros, viveros, invernaderos, etc., *no serán repartidas, sino convertidas en haciendas modelo* y transferidas en usufructo exclusivo *al Estado o a las comunidades*, según su extensión e importancia.

"Las tierras lindantes con las casas, en las ciudades y en el campo, con sus jardines y huertas, quedarán en usufructo de sus actuales propietarios. La extensión de estos terrenos y el impuesto a pagar por su usufructo serán establecidos por vía legislativa.

"4) Los criaderos de ganado caballar, las granjas de ganado de raza, avícolas, etc., pertenecientes al Estado y a los particulares, quedan confiscados, convertidos en patrimonio de todo el pueblo y transferidos en usufructo exclusivo al Estado o a las comunidades, según sus proporciones e importancia.

"La cuestión del rescate será examinada por la Asamblea Constituyente.

"5) Todo el ganado de labor y los aperos de labranza de las tierras confiscadas pasan sin indemnización en usufructo exclusivo al Estado o a las comunidades, según sus proporciones e importancia.

"La confiscación de aperos no afecta a los campesinos con poca tierra.

"6) Tienen derecho al usufructo de la tierra todos los ciudadanos del Estado ruso (sin distinción de sexo) que deseen trabajarla ellos

mismos, con la ayuda de su familia o asociados con otros, pero sólo durante el tiempo que se encuentren en condiciones de hacerlo. No se permite el trabajo asalariado.

"En caso de que cualquier miembro de la comunidad rural se vea imposibilitado accidentalmente para trabajar durante dos años, la comunidad rural tiene el deber de ayudarle en ese período cultivando colectivamente la tierra hasta que recobre su capacidad de trabajo.

"Los agricultores que, por vejez o invalidez, se vean privados para siempre de la posibilidad de trabajar personalmente la tierra, perderán su derecho al usufructo de ésta, pero recibirán, en cambio, una pensión del Estado.

"7) El usufructo del suelo debe ser igualitario, es decir, la tierra se reparte entre los trabajadores, teniendo en cuenta las condiciones locales, de acuerdo con la norma de trabajo o de consumo.

"Las formas de usufructo de la tierra deben ser enteramente libres: individual, en cortijo, comunal o cooperativa, según lo decidan las distintas aldeas y poblados.

"8) Al ser enajenada, toda la tierra pasa al fondo agrario nacional. El reparto de la tierra entre los trabajadores es dirigido por las administraciones autónomas locales y centrales, desde las comunidades rurales y urbanas, organizadas democráticamente sin diferenciación de categorías, hasta las instituciones regionales centrales.

"El fondo agrario será sometido a repartos periódicos en consonancia con el crecimiento de la población y con la elevación de la productividad y del nivel técnico de la agricultura.

"En caso de modificarse los límites de las parcelas repartidas, permanecerá intacto el núcleo inicial de la parcela.

"La tierra de los miembros salientes vuelve al fondo agrario. Se reconoce el derecho de prioridad en la percepción de dicha tierra a lo familiares más cercanos de los miembros salientes y a las personas designadas por ellos.

"El valor de los abonos y de los trabajos de mejoramiento (mejoras radicales) invertidos en la tierra debe ser rembolsado en la proporción en que no hayan sido utilizados antes de ser devuelta la parcela al fondo agrario.

"En los lugares donde el fondo agrario existente no baste para satisfacer las necesidades de toda la población local, el excedente de población deberá ser asentado en otras tierras.

"El Estado debe tomar a su cargo la organización del asentamiento, así como los gastos que originen éste y la adquisición de aperos, etc.

"El asentamiento se hará en el orden siguiente: primero, los campesinos sin tierra que lo deseen; después, los miembros tarados de la comunidad, los desertores, etc., y, finalmente, por sorteo o acuerdo".

Se declara ley provisional el contenido de este mandato, que expresa la voluntad indudable de la mayoría abrumadora de los campesinos conscientes de toda Rusia. Esta ley será aplicada hasta la reunión de la Asamblea Constituyente sin ningún aplazamiento, en la medida de lo posible, y, en algunas de sus partes, con la necesaria gradación, que deberán determinar los Soviets distritales de diputados campesinos.

5) No se confiscan las tierras de los simples campesinos y cosacos.

Se dice aquí que el decreto y el mandato han sido redactados por los socialistas-revolucionarios. Sea así. No importa quién los haya redactado: más como gobierno democrático no podemos dar de lado la decisión de las masas populares, aun en el caso de que no estemos de acuerdo con ella. En el crisol de la vida, en su aplicación práctica, al hacerla realidad en cada lugar, los propios campesinos verán dónde está la verdad. E incluso si los campesinos siguen marchando tras los socialistas-revolucionarios, incluso si dan a este partido la mayoría en la Asamblea Constituyente, volveremos a decir: Sea así. La vida es el mejor maestro y mostrara quién tiene razón. Que los campesinos resuelvan este problema por un extremo y nosotros por el otro. La vida nos obligará a acercarnos en el torrente común de la iniciativa revolucionaria, en la concepción de nuevas formas del Estado. Debemos marchar al paso con la vida; debemos conceder plena libertad al genio creador de las masas populares. El antiguo gobierno, derribado por la insurrección armada, pretendía resolver el problema agrario con el concurso de la vieja burocracia zarista mantenida en sus puestos. Pero, en lugar de resolver el problema, la burocracia no hizo más que luchar contra los campesinos. Los campesinos han aprendido algo en estos ocho meses de nuestra revolución y quieren resolver por sí mismos todos los problemas relativos a la tierra. Por eso nos pronunciamos contra toda enmienda a este proyecto de ley. No queremos entrar en detalles, porque redactamos un decreto, y no un programa de acción. Rusia es grande y las condiciones locales existentes en ella son diversas. Confiamos en que los propios campesinos sabrán, mejor que nosotros, resolver el problema con acierto, como es debido. Lo esencial no es que lo hagan de acuerdo con nuestro programa o con el de los eseristas. Lo esencial es que el campesinado tenga la firme seguridad de que han dejado de existir los terratenientes, que los campesinos resuelvan ellos mismos todos los problemas y organicen su propia vida. (*Clamorosos aplausos*.)

5. Resolución sobre la formación del gobierno obrero y campesino.

El Congreso de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia acuerda:

Formar para la administración del país, hasta la celebración de la Asamblea Constituyente, un Gobierno Provisional Obrero y Campesino, que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo. La dirección de las distintas ramas de la vida del Estado se encomienda a comisiones, cuyos componentes deben asegurar la aplicación del programa proclamado por el Congreso, en unión estrecha con las organizaciones de masas de los obreros, obreras, marinos, soldados, campesinos y empleados. El poder gubernamental pertenece al consejo de presidentes de dichas comisiones, es decir, al Consejo de Comisarios del Pueblo.

El control sobre la actividad de los Comisarios del Pueblo y el derecho de revocarlos pertenece al Congreso de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados de toda Rusia y a su Comité Ejecutivo Central.

En la actualidad, el Consejo de Comisarios del Pueblo está compuesto de las siguientes personas:

Presidente del Consejo, *Vladímir Uliánov* (*Lenin*);

Comisario del Pueblo del Interior, *A. I. Rykov*;

Agricultura, *V. P. Miliutin*;

Trabajo, *A. G. Shliápnikov*;

Guerra y Marina, un comité integrado por *V. A. Ovséienko* (*Antónov*), *N. V. Krylenko* y *P. E. Dybenko*;

Comercio e Industria, *V. P. Noguín*;

Instrucción Pública, *A. V. Lunacharski*;

Hacienda, *I. I. Skvortsov* (*Stepánov*);

Negocios Extranjeros, *L. D. Bronstein* (*Trotski*);

Justicia, *G. I. Oppókov* (*Lómov*);

Abastecimiento, *I. A. Teodoróvich*;

Correos y Telégrafos, *N. P. Avílov* (*Glébov*);

Presidente para Asuntos de las Nacionalidades, *J. V. Dzhugashvili* (*Stalin*).

Queda vacante provisionalmente el cargo de Comisario del Pueblo de Ferrocarriles.

Escrito el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

Publicado: el llamamiento "¡A los obreros, a los soldados, a los campesinos!, el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917 en el núm. 9 del periódico "Rabochi y Soldat"; los informes sobre la paz y acerca de la tierra y el discurso de resumen de la discusión del informe sobre la paz, el 28 de octubre (10 de noviembre) de 1917 en el núm. 171 de "Pravda" y en el núm. 209 de "Izvestia del CEC"; el Decreto de la Paz, el 27 de octubre (9 de noviembre) de 1917 en el núm. 170 de "Pravda" y en el núm. 208 de "Izvestia del CEC"; el Decreto sobre la tierra, el 28 de octubre (10 de noviembre) de 1917 en el núm. 171 de "Pravda" y en el núm. 209 de "Izvestia del CEC"; la resolución sobre la formación del Gobierno Obrero y Campesino, el 27 de octubre (9 de noviembre) de 1917 en el núm. 10 de "Rabochi y Soldal".

T. 35, págs. 11-29.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE EL CONTROL OBRERO[99].

1. Queda establecido *el control obrero* sobre la producción, conservación y compraventa de todos los productos y materias primas en todas las empresas industriales, comerciales, bancarias, agrícolas, etc., que cuenten con cinco obreros y empleados (en conjunto), por lo menos, o cuyo giro anual no sea inferior a 10.000 rublos.

2. Ejercerán el control obrero todos los obreros y empleados de la empresa, ya directamente, si la empresa es tan pequeña que lo hace posible, ya por medio de sus representantes, cuya elección tendrá lugar *inmediatamente* en asambleas generales, debiendo levantarse actas de la elección y ser comunicados los nombres de los elegidos al gobierno y a los Soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos.

3. Queda absolutamente prohibida la interrupción del trabajo de una empresa o industria de importancia nacional (véase § 7), así como toda modificación de su funcionamiento, sin autorización de los representantes elegidos por los obreros y empleados.

4. *Todos* los libros de contabilidad y documentos, sin excepción, así como *todos* los almacenes y depósitos de materiales, herramientas y productos, sin excepción alguna, deben estar abiertos a los representantes elegidos por los obreros y empleados.

5. Las decisiones de los representantes elegidos por los obreros y empleados son obligatorias para los propietarios de las empresas y no pueden ser anuladas más que por los sindicatos y sus congresos.

6. En todas las empresas de importancia nacional, *todos* los propietarios y *todos* los representantes elegidos por los obreros y empleados para ejercer el control obrero responden ante el Estado del riguroso mantenimiento del orden, de la disciplina y de la protección de los bienes. Los culpables de incuria, de ocultación de stocks, balances, etc., serán castigados con la confiscación de todos sus bienes y con penas de reclusión que pueden llegar a cinco años.

7. Se declaran empresas de importancia nacional todas las que trabajan para la defensa o están relacionadas de algún modo con la producción de artículos necesarios para la subsistencia de las masas de la población.

8. Los Soviets locales de diputados obreros, las conferencias de comités de fábrica y las de comités de empleados dictarán, en asambleas generales de sus representantes, reglas más detalladas de control obrero.

Escrito el 26 ó 27 de octubre (8 ó 9 de noviembre) de 1917. Publicado por vez primera en 1929, en las ediciones 2ª y 3ª de las "Obras" de V. I. Lenin, t. XXII.

T. 35, págs. 30-31.

RADIOGRAMA DEL CONSEJO DE COMISARIOS DEL PUEBLO.

30 de octubre (12 de noviembre) de 1917.

A todos. A todos.

El Congreso de los Soviets de toda Rusia ha elegido un nuevo gobierno, el Gobierno de los Soviets. El Gobierno Kerenski ha sido depuesto y detenido. Kerenski ha huido. Todas las instituciones se encuentran en manos del Gobierno soviético. El 29 de octubre se han sublevado los cadetes, puestos en libertad bajo palabra de honor el 25 de octubre. La sublevación ha sido sofocada ese mismo día. Kerenski y Sávinkov, con los cadetes y parte de los cosacos, han llegado por medio de engaños hasta Tsárskoie Seló. El Gobierno soviético ha movilizado fuerzas para reprimir la nueva marcha kornilovista sobre Petrogrado. La flota, con el acorazado *Respública* al frente, ha sido llamada a la capital. Los cadetes y los cosacos de Kerenski vacilan. Llegan a nosotros prisioneros del campo de Kerenski, quienes declaran que los cosacos han sido engañados y que, si comprenden de qué se trata, no dispararán. El Gobierno soviético toma todas las medidas necesarias para evitar derramamientos de sangre. Si no se logra evitarlos, si los destacamentos de Kerenski, pese a todo, abren fuego, el Gobierno soviético no vacilará en adoptar medidas implacables para aplastar la nueva campaña kerensko-kornilovista.

Comunicamos, para conocimiento de todos, que el Congreso de los Soviets, cuyos delegados han partido ya para sus lugares de procedencia, ha aprobado dos importantes decretos: 1) sobre el paso inmediato de todas las tierras de los latifundistas a manos de los comités campesinos y 2) sobre la proposición de una paz democrática.

El Presidente del Gobierno soviético Vladímir *Uliánov* (*Lenin*).

Publicado el 30 de octubre (12 de noviembre) de 1917 en el núm. 2 de "Gazeta Vrémennogo Rabóchego y Krestiánskogo Pravítelstva", y el 31 de octubre de 1917 en el núm. 212 de "Izvestia del CEC".

T. 35, págs. 41.

PROYECTO DE RESOLUCIÓN ACERCA DE LA LIBERTAD DE PRENSA[100].

T. 35, págs. 51-52.

La burguesía entendía por libertad de prensa la libertad de los ricos de publicar periódicos, el acaparamiento de la prensa por los capitalistas, lo que condujo en todos los países, sin exceptuar los más libres, a la venalidad de la prensa.

El Gobierno Obrero y Campesino entiende por libertad de prensa la emancipación de la prensa del yugo del capital, la transformación de las fábricas de papel y de las imprentas en propiedad del Estado y el reconocimiento a cada grupo de ciudadanos que alcance cierto número (por ejemplo, 10.000) del derecho igual a disfrutar de la parte correspondiente de las reservas de papel y de la cantidad correspondiente del trabajo tipográfico.

Como primer paso hacia el logro de este objetivo, ligado indisolublemente a la emancipación de los trabajadores de la opresión del capital, el Gobierno Provisional Obrero y Campesino nombra una Comisión Investigadora de los vínculos de las publicaciones periódicas con el capital, las fuentes de sus ingresos y recursos, la naturaleza de sus donantes, la forma en que cubren sus déficits y, en general, todos los bienes de los periódicos. Toda ocultación de libros de contabilidad o de cualquier otro documento a la Comisión Investigadora, así como toda deposición falsa a sabiendas, serán castigadas por el tribunal revolucionario.

Todos los propietarios y accionistas de los periódicos, así como todos los empleados. Vienen obligados a presentar inmediatamente por escrito informes y datos, sobre las cuestiones indicadas, a la *Comisión Investigadora* de los vínculos de la prensa con el capital y de la dependencia de la prensa respecto del capital, en el Instituto Smolny, de Petrogrado.

La Comisión Investigadora queda formada por las siguientes personas*:

La Comisión está facultada para ampliar el número de sus miembros, hacer comparecer a expertos y testigos, exigir la apertura de todos los libros, etc.

Escrito el 4 (17) de noviembre de 1917. Publicado por vez primera el 7 de noviembre de 1932 en el núm. 309 de "Pravda".

---

* En el manuscrito figura especio en blanco para los nombres. (*N. de la Edit.*)

SESIÓN DEL CEC DE TODA RUSIA.

4 (17) de noviembre de 1917.

1. Discurso acerca de la prensa.

El camarada Karelin nos asegura que el camino emprendido por él conduce al socialismo. Pero marchar así hacia el socialismo significa andar en sentido contrario. Trotski tenía razón: la sublevación de los cadetes y la declaración de guerra en Petrogrado y Moscú han sido organizadas en nombre de la libertad de prensa. Esta vez, los socialistas-revolucionarios no han actuado ni como socialistas ni como revolucionarios. Todas las oficinas de Telégrafos se han encontrado esta semana en manos de Kerenski. El Comité Ejecutivo del Sindicato Ferroviario de toda Rusia ha estado a su lado. Pero no han tenido tropas. Ha resultado que el ejército nos apoya. Un puñado insignificante ha empezado la guerra civil, que aún no ha terminado. Las tropas de Kaledin se acercan a Moscú, y los batallones de choque, a Petrogrado. No queremos la guerra civil. Nuestras tropas han dado pruebas de gran paciencia. Han esperado, no han disparado: al comienzo, los batallones de choque mataron a tres de los nuestros. Se han adoptado medidas suaves contra Krasnov: sólo arresto domiciliario. Estamos en contra de la guerra civil. Pero si, no obstante, continúa, ¿qué otra cosa podemos hacer? Trotski tenía razón al demandar en nombre de quién hablan ustedes. Hemos preguntado a Krasnov si estaba dispuesto a firmar en nombre de Kaledin que éste no continuaría la guerra. Ha contestado, por supuesto, que no podía hacerlo. ¿Cómo vamos a suspender las medidas de persecución contra un enemigo que no ha cesado las hostilidades?

Cuando se nos propongan las condiciones de paz, emprenderemos las negociaciones. Pero, por ahora, nos proponen la paz personas de las que no depende. Son sólo buenas palabras. Porque *Riech* es el órgano de los secuaces de Kaledin. Admitimos por entero la sinceridad de los eseristas; sin embargo, tras ellos se encuentran Kaledin y Miliukov.

Cuanto más firmes seáis vosotros, soldados y obreros, tanto más conseguiremos. En caso contrario, nos dirán "No son fuertes todavía, puesto que dejan en libertad a Miliukov". Nosotros declaramos ya antes que clausuraríamos los periódicos burgueses si tomábamos el poder. Tolerar la existencia de esos periódicos significa dejar de ser socialista. Quienes dicen: "Abrid los periódicos burgueses", no comprenden que marchamos hacia el socialismo a todo vapor. ¿Es que los periódicos monárquicos no fueron clausurados después de ser derrocado el zarismo? Ahora hemos derribado el yugo de la burguesía. La revolución social no la hemos inventado nosotros: la han proclamado los delegados al Congreso de los Soviets. Y nadie ha protestado, todos han aprobado el decreto que la proclama. La burguesía proclamó la libertad, la igualdad y la fraternidad. Los obreros afirman: "No es eso lo que necesitamos". Se nos dice: "Estamos retrocediendo". No, camaradas, los eseristas han vuelto sobre sus pasos, hacia Kerenski. Se nos dice que nuestra resolución contiene cosas nuevas. En efecto, ofrecemos cosas nuevas, porque marchamos hacia el socialismo. Cuando los eseristas intervenían en las Dumas I y II también se mofaban de ellos, reprochándoles que decían cosas nuevas.

Los anuncios particulares deben ser declarados monopolio. Los afiliados al Sindicato de Impresores enfocan las cosas desde el punto de vista del pedazo de pan. Se lo daremos, pero de otra manera. No podemos brindar a la burguesía la posibilidad de que nos calumnie. Hay que nombrar ahora mismo una comisión que investigue la dependencia de los periódicos burgueses respecto de los bancos. ¿Qué libertad necesitan esos periódicos? ¿No será la libertad de comprar grandes cantidades de papel y contratar a numerosos escritorzuelos? Debemos abandonar esa libertad de prensa dependiente del capital. Es una cuestión de principios. Si marchamos hacia la revolución social, no podemos agregar a las bombas de Kaledin las bombas de la mentira.

Nuestro proyecto de ley adolece, claro está, de defectos. Pero los Soviets lo aplicarán por doquier de conformidad con las condiciones locales. No somos burócratas y no queremos aplicarlo en todas partes al pie de la letra, como ocurría en las viejas oficinas. Recuerdo que los eseristas decían: ¡Qué poquísimo saben en las aldeas! Todo lo sacan de *Rússkoie Slovo*. Pues bien, nosotros tenemos la culpa de haber dejado los periódicos en manos de la burguesía. Hay que marchar adelante, hacia la nueva sociedad, y tratar a los periódicos burgueses igual que tratamos a los ultrarreaccionarios en febrero y marzo.

2. Respuesta a la interpelación de los eseristas de izquierda.

El camarada Lenin interviene para responder a la interpelación de los eseristas de izquierda[101]. Recuerda que los bolcheviques, en los primeros días de la revolución, invitaron a los representantes de los eseristas de izquierda a formar parte del nuevo gobierno; pero la colaboración con los bolcheviques fue rechazada por el propio grupo de los eseristas de izquierda, que no desearon compartir la responsabilidad con sus vecinos de la izquierda en días tan difíciles y críticos.

El nuevo poder no podía tener presente en su actividad todos los obstáculos que pudieran alzarse en su camino al observar estrictamente todas las formalidades. El momento era demasiado serio y no admitía dilaciones. No se podía perder tiempo en limar asperezas, que, modificando únicamente el aspecto externo, no cambiaban en nada el fondo de las nuevas medidas. Porque incluso el propio II Congreso de los Soviets de toda Rusia, dando de lado todas las dificultades formales, aprobó en una gran sesión dos leyes de significación mundial. No importa que estas leyes adolezcan de defectos de forma desde el punto de vista de la sociedad burguesa; el poder se encuentra en manos de los Soviets, que pueden introducir las modificaciones necesarias. La criminal pasividad del Gobierno Kerenski llevó al país y a la revolución al borde del desastre; la demora en la acción equivalía, en verdad, a la muerte. Y el nuevo poder, al promulgar leyes que van al encuentro de los anhelos y esperanzas de las grandes masas populares, jalona el camino de desarrollo de las nuevas formas de vida. Los Soviets locales, en consonancia con las condiciones de lugar y de tiempo, pueden modificar, ampliar y completar las tesis fundamentales que formula el gobierno. La creación viva de las masas: ése es el factor básico del nuevo régimen social. Que los obreros emprendan la implantación del control obrero en sus fábricas y empresas, que abastezcan al campo de artículos fabricados, que los cambien por trigo. Ni un solo artículo, ni una sola libra de trigo deben escapar a la contabilidad, pues el socialismo es, ante todo, contabilidad. El socialismo no se crea por medio de decretos desde arriba. El automatismo oficinesco y burocrático es ajeno a su espíritu; el socialismo vivo, creador, es obra de las propias masas populares.

3. Intervenciones acerca de la interpelación de los eseristas.

1

Lenin analiza las acusaciones concretas que se han hecho al Consejo de Comisarios del Pueblo. Este conoció la orden de Muraviov[102] sólo por la prensa, pues el comandante en jefe está facultado para dictar bajo su responsabilidad órdenes inaplazables. En vista de que esta orden no contenía nada que estuviese en contradicción con el espíritu del nuevo poder, pero la forma en que estaba redactada podía dar lugar a incomprensiones indeseables, el Comité Ejecutivo Central la anuló. Critican ustedes también el Decreto sobre la tierra. Pero este decreto corresponde a las exigencias del pueblo. Nos acusan de ser esquemáticos; pero ¿dónde están sus proyectos, enmiendas y resoluciones? ¿Dónde están los frutos de su labor creacional legislativa? Eran libres de crearlos. Pero no los vemos. Dicen que somos extremistas; y ustedes, ¿qué son? Apologistas de la obstrucción parlamentaria, de eso que antes se denominaba trapacería. Si están descontentos, convoquen un nuevo congreso y actúen, pero no hablen de derrumbamiento del poder. El poder está en manos de nuestro partido, que se apoya en la confianza de las grandes masas populares. Admitamos que algunos de nuestros camaradas hayan adoptado una posición que nada tiene de común con el bolchevismo. Pero las masas obreras de Moscú no seguirán a Rykov y Noguín. El camarada Proshián ha dicho que en Finlandia, donde los eseristas de izquierda estaban en contacto con las masas, creían indispensable la más estrecha colaboración de toda el ala izquierda del socialismo revolucionario. Pero si los eseristas de izquierda no se adhieren aquí a nosotros, con ello demuestran únicamente que han corrido la misma suerte que sus antecesores, los defensistas. Se han apartado del pueblo.

2

Lenin y Trotski, remitiéndose al ejemplo de los congresos del partido y a la necesidad, para ambos, de someterse a la disciplina del partido, anuncian que participarán en la votación.

4. Discurso y resolución acerca de la dimisión presentada por un grupo de comisarios del pueblo.

El camarada Lenin contesta a los oradores precedentes. Dice que la expresión "Occidente guarda un vergonzoso silencio"[103] es inadmisible en labios de un internacionalista. Sólo los ciegos pueden dejar de ver la efervescencia de las masas obreras en Alemania y en Occidente. Las altas esferas del proletariado alemán, la intelectualidad socialista, están compuestas allí en su mayoría, como en todas partes, de defensistas. Pero los sectores inferiores del proletariado, pese a la voluntad de sus dirigentes, están dispuestos a responder a nuestro llamado. La brutal disciplina reinante en el ejército y en la marina de Alemania no ha impedido la acción de los elementos oposicionistas. Los marinos revolucionarios de la flota alemana, aun sabiendo de antemano que su tentativa estaba condenada al fracaso, marcharon con heroísmo a una muerte segura para despertar con ella el espíritu de rebelión, aún dormido, en el pueblo. El Grupo Espartaco[104]

intensifica sin cesar su propaganda revolucionaria. El nombre de Liebknecht, luchador infatigable por los ideales proletarios, es cada día más popular en Alemania.

Tenemos confianza en la revolución en Occidente. Sabemos que es inevitable; pero, claro está, es imposible hacerla por encargo. ¿Es que nosotros podíamos saber con exactitud en diciembre del año pasado qué iba a ocurrir en febrero del año siguiente? ¿Acaso en septiembre sabíamos con certeza que la democracia revolucionaria de Rusia llevaría a cabo un mes después la más grande revolución del mundo? Sabíamos que el viejo poder estaba sobre un volcán. Muchos síntomas nos permitían adivinar la gran labor subterránea que se estaba realizando en lo más hondo de la conciencia del pueblo. Percibíamos que la atmósfera estaba cargada de electricidad. Estábamos seguros de que estallaría ineluctablemente una tormenta purificadora. Pero no podíamos predecir ni el día ni la hora de esta tormenta. Ahora vemos en Alemania el mismo cuadro. También allí crece el descontento subterráneo de las masas populares, que adoptará sin falta las formas del movimiento popular. No podemos decretar la revolución, pero sí podemos favorecerla. Practicaremos en las trincheras la confraternización organizada y ayudaremos a los pueblos de Occidente a iniciar una revolución socialista invencible. El camarada Zax ha hablado después de la implantación del socialismo por decreto. Pero ¿acaso el gobierno actual no exhorta a las masas a que creen ellas mismas mejores formas de vida? El intercambio de artículos manufacturados por cereales, el estricto control y la contabilidad de la producción: ahí está el comienzo del socialismo. Sí, tendremos una República del Trabajo. El que no quiera trabajar, no comerá.

Prosigamos. ¿En qué se manifiesta el aislamiento de nuestro partido? En que rompen con él algunos intelectuales. Pero cada día encontramos mayor apoyo entre el campesinado. Vencerán y se sostendrán en el poder únicamente quienes tengan confianza en el pueblo, quienes se sumerjan en el manantial de la creación viva del pueblo.

Más adelante, el camarada Lenin propone al CEC la siguiente resolución:

El Comité Ejecutivo Central encarga al Consejo de Comisarios del Pueblo preparar, para la próxima sesión, candidaturas de posibles Comisarios del Pueblo del Interior y de Comercio e Industria. El CEC invita al camarada Kolegáiev a desempeñar el cargo de Comisario del Pueblo de Agricultura.

Publicado el 20 (7) de noviembre de en el núm. 182 de "Pravda", y el 7 de noviembre de 1917 en el núm. 218 de "Izvestia del CEC".

T. 35, págs. 53-61.

A LA POBLACIÓN.

¡Camaradas obreros, soldados y campesinos, trabajadores todos!

La revolución obrera y campesina ha triunfado definitivamente en Petrogrado, dispersando y deteniendo a los últimos restos del reducido número de cosacos engañados por Kerenski. La revolución ha triunfado también en Moscú. Antes de que llegaran allí los trenes con fuerzas militares que habían salido de Petrogrado, los cadetes y demás kornilovistas firmaron en Moscú las condiciones de paz, el desarme de los cadetes y la disolución del Comité de Salvación[105].

Del frente y de las aldeas llegan cada día, cada hora, noticias de que la mayoría aplastante de los soldados en las trincheras y de los campesinos en los distritos apoya al nuevo gobierno y sus leyes sobre la propuesta de la paz y la entrega inmediata de la tierra a los campesinos. La victoria de la revolución de los obreros y los campesinos está asegurada, pues la mayoría del pueblo se ha levantado ya a favor suyo.

Es bien comprensible que los terratenientes y los capitalistas, los *altos* funcionarios y empleados, estrechamente ligados a la burguesía; en una palabra, todos los ricos y todos los de su bando, acojan con hostilidad la nueva revolución, se opongan a su victoria, amenacen con interrumpir la actividad de los bancos, saboteen o paralicen el trabajo de distintas instituciones y frenen ese trabajo por todos los medios, directa o indirectamente. Todo obrero consciente comprendía muy bien que tropezaríamos inevitablemente con esa resistencia; toda la prensa del Partido Bolchevique lo había señalado muchas veces. Las clases trabajadoras no se asustarán ni un solo instante flor esa resistencia ni vacilarán lo más mínimo ante las amenazas y las huelgas de los partidarios de la burguesía.

Nos apoya la mayoría del pueblo. Nos apoya la mayoría de los trabajadores y oprimidos del mundo entero. Nuestra causa es justa. Nuestra victoria está asegurada.

La resistencia de los capitalistas y los altos empleados será rota. No privaremos a nadie de sus bienes sin una ley especial del Estado relativa a la nacionalización de los bancos y los consorcios. Esta ley se está preparando. Ningún trabajador perderá un solo kopek; al contrario: se le prestará ayuda. El gobierno no quiere aplicar otras medidas que no sean la contabilidad y el control más rigurosos y la percepción, sin ocultaciones, de los impuestos ya establecidos antes.

En nombre de estas justas reivindicaciones, la inmensa mayoría del pueblo ha cerrado filas en torno al Gobierno Provisional Obrero y Campesino.

¡Camaradas trabajadores! Recordad que *vosotros mismos* gobernáis ahora el país. Nadie os ayudará si vosotros mismos no os unís y no tomáis en *vuestras* manos *todos los asuntos* del Estado. *Vuestros* Soviets son, desde ahora, órganos de poder del Estado, órganos plenipotenciarios y decisivos.

Uníos estrechamente alrededor de vuestros Soviets. Fortalecedlos. Poned manos a la obra desde abajo, sin esperar a nadie. Estableced el más riguroso orden revolucionario, reprimid implacable las acciones anárquicas de borrachos, gamberros, cadetes contrarrevolucionarios, kornilovistas y sus semejantes.

Implantad el más riguroso control de la producción y de la contabilidad de lo producido. Detened y entregad a los tribunales revolucionarios del pueblo a cuantos se atrevan a dañar la causa popular, tanto si ese daño se manifiesta en el sabotaje (deterioro, paralización, torpedeamiento) de la producción como en el ocultamiento de reservas de grano y otros productos, en la retención de cargamentos de grano, en la desorganización de los ferrocarriles, de Correos, Telégrafos y Teléfonos o en cualquiera otra resistencia a la gran causa de la paz, a la entrega de la tierra a los campesinos, al aseguramiento del control obrero de la producción y la distribución de los productos.

¡Camaradas obreros, soldados y campesinos, trabajadores todos! Poned *todo* el poder en manos de *vuestros* Soviets. Proteged la tierra, el grano, las fábricas, los instrumentos de producción, los víveres y el transporte; cuidad de ellos como de las niñas de los ojos, pues todo eso es desde hoy *exclusivamente* vuestro, patrimonio del pueblo. Con el acuerdo y la aprobación de la mayoría de los campesinos, orientándonos por la experiencia *práctica* de los campesinos y de los obreros, marcharemos de manera gradual, pero con paso firme y seguro, hacia la victoria del socialismo, victoria que consolidarán los obreros de vanguardia de los países más civilizados, que dará a los pueblos una paz duradera

y los liberará de todo yugo y de toda explotación.

5 de noviembre de 1917.

Petrogrado.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo *V. Uliánov* (*Lenin*).

Publicado el 6 (19) de noviembre de 1917 en el núm. 4 de "Pravda" (edición vespertina).

T. 35, págs. 65-67.

RESPUESTA A LAS PREGUNTAS DE LOS CAMPESINOS[106].

En respuesta a las numerosas preguntas de los campesinos, se aclara que todo el poder del Estado ha pasado desde ahora íntegramente a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. La revolución obrera ha triunfado en Petrogrado y en Moscú y está triunfando en todos los demás lugares de Rusia. El Gobierno Obrero y Campesino asegura la alianza de las masas campesinas, de los campesinos pobres, de la mayoría de los campesinos, con los obreros contra los terratenientes, contra los capitalistas.

Por eso, los Soviets de diputados campesinos, en primer lugar los distritales y después los provinciales, serán desde hoy hasta la Asamblea Constituyente órganos plenipotenciarios del poder del Estado en las localidades. La propiedad terrateniente *ha sido abolida* por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. El actual Gobierno Provisional Obrero y Campesino ha promulgado ya el Decreto sobre la tierra, en virtud del cual todas las tierras de los terratenientes pasan íntegramente a manos de los Soviets de diputados campesinos.

Los comités agrarios subdistritales deben tomar inmediatamente a su disposición todas las tierras de los latifundistas, efectuando el más riguroso inventario, guardando un perfecto orden y protegiendo del modo más estricto los antiguos bienes de los latifundistas, que desde este momento han pasado a ser patrimonio de todo el pueblo y que, a causa de ello, deben ser protegidos por el propio pueblo.

Todas las disposiciones adoptadas por los comités agrarios subdistritales de acuerdo con los Soviets de diputados campesinos de distrito tienen *fuerza de ley* y deben ser aplicadas incondicional e inmediatamente.

El Gobierno Obrero y Campesino designado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia se denomina Consejo de Comisarios del Pueblo.

El Consejo de Comisarios del Pueblo exhorta a los campesinos a que tomen por sí mismos todo el poder en las distintas localidades. Los obreros apoyarán a los campesinos plena y totalmente, por todos los medios, organizarán la fabricación de máquinas y aperos y ruegan a los campesinos que les ayuden enviando grano.

El Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo *V. Uliánov* (*Lenin*).

Petrogrado.

5 de noviembre de 1917.

Publicada el 8 de noviembre de 1917 en el núm. 219 de "Izvestia de CEC".

T. 35, págs. 68-69-

LA ALIANZA DE LOS OBREROS Y DE LOS CAMPESINOS TRABAJADORES Y EXPLOTADOS.

Carta a la redacción de Pravda.

Cuando hablé hoy, sábado, 18 de noviembre, en el Congreso Campesino, se me hizo públicamente una pregunta a la que contesté en el acto. Es necesario que esa pregunta y mi respuesta lleguen sin demora a conocimiento de todos los lectores, pues aunque hablaba, desde el punto de vista formal, sólo en nombre propio, lo hacía, en el fondo, en nombre de todo el Partido Bolchevique.

He aquí lo sucedido:

Al referirme a la alianza de los obreros bolcheviques con los eseristas de izquierda, en quienes depositan hoy su confianza muchos campesinos, procuré demostrar en mi discurso que dicha alianza *puede* ser una "coalición honrada", una alianza honrada, ya que *no existen* divergencias radicales de intereses entre los obreros asalariados y los campesinos trabajadores y explotados. El socialismo puede satisfacer *plenamente* los intereses de unos y otros. *Sólo* el socialismo puede satisfacer sus intereses. De ahí la posibilidad y la necesidad de una "coalición honrada" entre los proletarios y los campesinos trabajadores y explotados. En cambio, la "coalición" (alianza) entre las clases trabajadoras y explotadas, por un lado, y la burguesía, por otro, *no* puede ser una "coalición honrada", debido a la radical disparidad de intereses de estas clases.

Imaginaos, dije, que haya en el gobierno una mayoría bolchevique y una minoría de eseristas de izquierda; admitamos, incluso, que exista un solo eserista de izquierda, el Comisario de Agricultura. ¿Pueden los bolcheviques, en ese caso, llevar a la práctica una coalición honrada?

Pueden hacerlo, porque, siendo intransigentes en la lucha contra los elementos contrarrevolucionarios (incluidos los eseristas de derecha y los defensistas), los bolcheviques estarían obligados a *abstenerse* durante la votación de cuestiones que atañen a los puntos puramente eseristas del programa agrario aprobado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia. Tal es, por ejemplo, el punto relativo al usufructo igualitario del suelo y a los repartos de tierra entre los pequeños propietarios.

Al abstenerse en la votación de ese punto, los bolcheviques no modifican su programa en lo más mínimo. Porque si triunfa el socialismo (control obrero de las fábricas, después expropiación de éstas, nacionalización de los bancos y creación de un Consejo Superior de Economía que dirija toda la economía nacional); si se da esa condición, los obreros *tienen el deber de aceptar* las medidas de transición propuestas por los pequeños campesinos trabajadores y explotados, siempre que esas medidas *no perjudiquen* la causa del socialismo. Y recordé que Kautsky, cuando era todavía marxista (en 1899-1909), reconoció más de una vez que las medidas de transición al socialismo no pueden ser las mismas en los países de una agricultura basada en grandes haciendas y en los de haciendas pequeñas.

Nosotros, los bolcheviques, deberíamos abstenemos en el Consejo de Comisarios del Pueblo o en el Comité Ejecutivo Central durante la votación de semejante punto, porque, al aceptar los eseristas de izquierda (y los campesinos que les siguen) el control obrero, la nacionalización de los bancos, etc., el usufructo igualitario del suelo no sería otra cosa que una de las medidas *de transición* al socialismo completo. Resultaría absurdo que el proletariado *impusiese* tales medidas de transición; en aras de la victoria del socialismo, el proletariado debe *hacer concesiones* a los pequeños campesinos trabajadores y explotados en la elección de las mismas, pues en nada *perjudicarían* la causa del socialismo.

Un eserista de izquierda (el camarada Feofiláktov, si no me equivoco) me hizo entonces la siguiente pregunta:

"¿Y qué harán los bolcheviques si, en la Asamblea Constituyente, los campesinos quieren que se apruebe una ley sobre el usufructo igualitario del suelo, la burguesía se pronuncia contra los campesinos y la decisión depende de los bolcheviques?"

Yo le contesté: En ese caso, cuando la causa del socialismo esté asegurada por la implantación del control obrero, por la nacionalización de los bancos, etc., la alianza de los obreros y de los campesinos trabajadores y explotados obligaría al partido del proletariado a votar con los campesinos contra la burguesía. A mi juicio, los bolcheviques tendrían derecho entonces, con motivo de la votación, a presentar una declaración especial, a hacer constar su desacuerdo, etc., pero abstenerse en ese caso sería

traicionar a sus aliados *de lucha por el socialismo* a causa de una divergencia parcial con ellos. Los bolcheviques jamás traicionarían a los campesinos en semejante situación. El usufructo igualitario del suelo y otras medidas semejantes no perjudicarán jamás al socialismo si el poder se halla en manos de un gobierno obrero y campesino, si se ha implantado el control obrero, se han nacionalizado los bancos y se ha creado una económica superior obrera y campesina que dirija (regule) *toda* la economía nacional, etc.

Esa fue mi respuesta.

N. Lenin.

Escrita el 18 de noviembre (1 de diciembre) de 1917. Publicada el 2 de diciembre (19 de noviembre) de 1917 en el núm. 194 de "Pravda".

T. 35, págs. 102-104.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE EL DERECHO DE REVOCACIÓN[107].

Cualquier organismo electivo o asamblea de delegados pueden considerarse auténticamente democráticos y verdaderamente representativos de la voluntad del pueblo sólo en el caso de que se reconozca y ejerza el derecho de revocación de los elegidos por los electores. Este postulado fundamental, de principios, de la democracia auténtica, que atañe a todas las asambleas de representantes sin excepción alguna, es aplicable también a la Asamblea Constituyente.

El sistema proporcional en las elecciones, más democrático que el mayoritario, requiere medidas más complejas para ejercer el derecho de revocación, es decir, de verdadera subordinación al pueblo de los representantes que elija. Pero toda negativa, basándose en ello, a llevar a la práctica el derecho de revocación, toda demora en su aplicación y toda restricción de su ejercicio constituirían una traición a la democracia y una abjuración total de los principios y las tareas fundamentales de la revolución socialista iniciada en Rusia. El sistema electoral proporcional sólo requiere cambiar la forma del derecho de revocación, pero en modo alguno menoscabarlo.

Como el sistema proporcional se basa en el reconocimiento de la pertenencia a los partidos y en la celebración de las elecciones, por los partidos organizados, todo gran cambio en la correlación de las fuerzas de clase y en la actitud de las clases ante los partidos -en particular, las escisiones en los partidos importantes- hace inevitable celebrar nuevas elecciones en la circunscripción en que sea clara e indudable la desarmonía entre la voluntad de la distintas clases y su fuerza, por una parte, y entre la filiación política de los elegidos, por otra. La verdadera democracia exige de manera indefectible que la convocación de nuevas elecciones no dependa sólo del organismo afectado por ellas, es decir, que el interés de los elegidos por conservar sus actas no pueda oponerse al ejercicio de la libertad del pueblo de revocar a sus representantes.

Por eso, el CEC de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos dispone:

Los Soviets de diputados obreros y soldados, así como los Soviets de diputados campesinos, de cada circunscripción electoral están en el derecho de convocar nuevas elecciones a todos los organismos urbanos y de los zemstvos y, en general, a todas las instituciones representativas, sin excluir la Asamblea Constituyente. Los Soviets tienen también el derecho de fijar la fecha de las nuevas elecciones. Estas elecciones se celebrarán en la forma habitual, sobre la base estricta del sistema proporcional.

Escrito el 19 de noviembre (2 de diciembre) de 1917. Publicado en 1918, en el libro "Actas de las reuniones del CEC de toda Rusia de los Soviets de Diputados Obreros, Soldados, Campesinos y Cosacos de la II Legislatura", ed. del CEC de toda Rusia.

T. 35, págs. 106-107.

DISCURSO EN EL PRIMER CONGRESO DE TODA RUSIA DE LA MARINA DE GUERRA[108].

22 de noviembre (5 de diciembre) de 1917.

Acta taquigráfica.

En nombré del Consejo de Comisarios del Pueblo, el camarada Lenin saluda a los numerosos marinos, personificados por el congreso, que han demostrado ser combatientes de vanguardia por la emancipación de las clases trabajadoras.

El camarada Lenin pasa luego a analizar la situación actual. Dice que la política aplicada por el gobierno conciliacionista de Kerenski no tendía a satisfacer las necesidades de las grandes masas populares, sino que se basaba en el principio de proteger la plena intangibilidad de los intereses de la burguesía, de los intereses de la clase opresora. Después de señalar que esta política debía conducir de manera inevitable al fracaso de dicho gobierno, el orador prosigue:

- Pero, a la par con el Gobierno Provisional, existían los Soviets de diputados obreros y soldados, producto de la creación revolucionaria del pueblo insurgente, que fueron agrupando a su alrededor a sectores cada día más amplios de las masas trabajadoras. Gracias únicamente a los Soviets se ha conseguido en Rusia algo que no logró ninguna otra revolución europea: el pueblo ha formado un auténtico gobierno popular y le ha prestado apoyo. Ante las masas oprimidas se alzó una tarea difícil en extremo: crear el Estado por sí mismas. Podéis ver con qué fuerza ha caído sobre nosotros la resistencia de la burguesía, cómo se pretende frustrar nuestra labor mediante el sabotaje y qué torrentes de mentiras y calumnias se lanzan contra nosotros con cualquier pretexto y sin ningún motivo.

Descargan sobre nosotros granizadas de acusaciones, diciéndose que actuamos por medio del terrorismo y de la violencia; pero nosotros no perdemos la serenidad ante esos ataques. Decimos no somos anarquistas, somos partidarios del Estado. Sí, pero el Estado capitalista debe ser demolido, y el poder de los capitalistas, aniquilado. Nuestra misión es edificar un Estado nuevo: el Estado socialista. Trabajaremos sin desmayo en esa dirección y ningún obstáculo podrá amedrentarnos ni detenernos. Así lo han demostrado ya los primeros pasos del nuevo gobierno. Ahora bien, la transición al nuevo régimen es un proceso complicado en extremo, y para facilitarla es imprescindible un firme poder estatal. Hasta ahora, el poder se había encontrado en manos de monarcas y de testaferros de la burguesía, que orientaron todos sus esfuerzos y toda su política a oprimir a las masas populares. Nosotros, en cambio, decimos: Es necesario un poder fuerte, son necesarias la violencia y la coerción; pero las enfilaremos contra el puñado de capitalistas, contra la clase burguesa. Responderemos siempre con medidas de coerción a las tentativas -insensatas y condenadas al fracaso- de oponer resistencia al Poder soviético. Y en todos esos casos, la responsabilidad por ello recaerá sobre quienes opongan resistencia.

El camarada Lenin trata después de la creación de un aparato estatal, que, en interés del pueblo, debe estar exento de todo burocratismo y ofrecer amplísimas posibilidades para que se manifiesten todas las fuerzas creadoras del país.

- La burguesía y los medios intelectuales burgueses de la población –dice- sabotean por todos los medios el poder del pueblo. Las masas trabajadoras no pueden confiar en nadie, excepto en sí mismas. Las tareas que debe afrontar el pueblo son, sin duda, infinitamente difíciles y grandiosas. Pero hay que tener fe en las propias fuerzas; es preciso que cuanto ha despertado en el pueblo y es capaz de crear se funda en las organizaciones ya existentes y en las que formarán las masas trabajadoras. Las masas son impotentes si están divididas, pero son fuertes cuando están unidas. Las masas han adquirido confianza en sus propias fuerzas y, sin desconcertarse por las campañas de la burguesía, han emprendido la labor independiente de administrar el Estado. En los primeros momentos pueden surgir dificultades, puede manifestarse la falta de preparación. Pero hay que aprender en la práctica a gobernar el país, hay que aprender lo que era antes monopolio de la burguesía. En este sentido, vemos en la marina un brillante ejemplo de las posibilidades creacionales de las masas trabajadoras; en este sentido, la marina ha demostrado ser un destacamento de vanguardia.

El camarada Lenin pasa luego a esclarecer los problemas más importantes del momento actual: los problemas de la tierra y de la política obrera, el problema nacional y el de la paz, analizando en detalle cada uno de ellos.

El Segundo Congreso de los Soviets de diputados

obreros y soldados de toda Rusia ha aprobado el Decreto sobre la tierra, en el cual los bolcheviques reproducen íntegramente los principios formulados en los mandatos campesinos. Ello representa un apartamiento del programa socialdemócrata, pues los mandatos corresponden al espíritu del programa eserista; pero eso mismo prueba que el poder popular no ha querido imponer su voluntad al pueblo, sino que ha tratado de ir a su encuentro.

Cualquiera que sea la solución del problema agrario, cualquiera que sea el programa que sirva de base a la entrega de la tierra a los campesinos, no obstaculizará la firme alianza de los campesinos y los obreros. Lo importante es que, por cuanto los campesinos vienen luchando con tenacidad durante siglos para que sea abolida la propiedad de la tierra, ésta debe ser abolida.

El orador subraya que el problema de la tierra se entrelaza íntimamente con el de la industria. Dice que, a la par con la revolución agraria, debe efectuarse una demolición radical de las relaciones capitalistas y destaca la extraordinaria importancia que tiene la firme alianza de los obreros y los campesinos.

El desarrollo de la revolución rusa ha demostrado que la política de conciliación servil con los terratenientes y los capitalistas ha reventado como una pompa de jabón. Debe predominar la voluntad de la mayoría; y esta voluntad de la mayoría será convertida en realidad por la alianza de los trabajadores, por la coalición honrada de los obreros y los campesinos basada en sus intereses comunes. Los partidos se suceden y perecen, pero los trabajadores quedan. Y el orador exhorta a preocuparse, ante todo, de reforzar esta alianza.

Que la marina, dice, consagre todas sus fuerzas a convertir esta alianza en base de la vida del Estado; si esta alianza se mantiene firme, nada podrá frustrar la transición al socialismo.

Al tratar el problema nacional -dice el camarada Lenin- debemos destacar la composición, singularmente abigarrada, de las naciones de Rusia, en la que los rusos representan sólo cerca de un 40% de la población, mientras que la mayoría restante pertenece a otros pueblos. En tiempos del zarismo, la opresión nacional de estos últimos, inaudita por su crueldad y estupidez, fue acumulando en las naciones carentes de derechos un fortísimo odio a los monarcas. Y no tiene nada de sorprendente que ese odio a quienes prohibían hasta el uso de la lengua materna y condenaban al analfabetismo a las masas populares se hiciese extensivo también a todos los rusos. Se pensaba que éstos querían, como privilegiados, mantener para sí las ventajas que Nicolás II y Kerenski les conservaban como cosa sagrada.

Se nos dice que Rusia se disgregará en repúblicas aisladas, pero no debemos temerlo. Por muchas que sean las repúblicas independientes, no tendremos miedo a eso. Lo importante para nosotros no es por dónde pasa la frontera del Estado, sin mantener la alianza entre los trabajadores de todas las naciones para luchar contra la burguesía, cualquiera que sea la nación a que pertenezca. (*Clamorosos aplausos*.)

Si la burguesía finlandesa compra armas a los alemanes para dirigirlas contra sus obreros, proponemos a estos últimos la alianza con los trabajadores rusos. No importa que la burguesía trame una despreciable pelea y un mísero regateo a causa de las fronteras; los obreros de todos los países y naciones no se desunirán por tan viles motivos. (*Clamorosos aplausos*.)

Ahora -y voy a emplear una palabra que no suena bien- estamos “conquistando” Finlandia, pero no como lo hacen los buitres capitalistas internacionales. La estamos conquistando con el hecho de que, al conceder a Finlandia completa libertad para vivir en alianza con nosotros o con otros, garantizamos el pleno apoyo a los trabajadores de todas las naciones contra la burguesía de todos los países. Esta alianza no se basa en tratados, sino en la solidaridad de los explotados contra los explotadores.

Ahora observamos movimiento nacional en Ucrania y decimos: somos partidarios incondicionales de la libertad completa e ilimitada del pueblo ucranio. Debemos hacer añicos el pasado, viejo, sangriento y repugnante, en el que la Rusia de los capitalistas opresores desempeñaba el papel de verdugo de otros pueblos. Barreremos ese pasado, no dejaremos de él piedra sobre piedra. (*Clamorosos aplausos*.)

Diremos a los ucranios: en su calidad de ucranios, pueden organizar su vida como quieran, Pero tenderemos nuestra mano fraternal a los obreros ucranios y les diremos: junto con vosotros lucharemos contra vuestra burguesía y contra la nuestra. Sólo la alianza socialista de los trabajadores de todos los países suprimirá la base, cualquiera que sea, de las persecuciones y las querellas nacionales. (*Clamorosos aplausos*.)

Paso al problema de la guerra. Hemos emprendido una enérgica lucha contra la guerra, originada por la colisión entre las aves de rapiña por el reparto del botín. Todos los partidos han hablado de esta contienda, pero, hasta ahora, no han ido más allá de las palabras y la hipocresía. Ahora ha comenzado la lucha por la paz. Es una lucha difícil. Quienes creían que sería fácil conseguir la paz, que bastaría con aludir a la paz para que la burguesía nos la sirviera en bandeja, eran ingenuos a más no poder. Y quienes atribuían semejante opinión a los bolcheviques, mentían. Los capitalistas se han enzarzado en una pelea a vida o muerte por el reparto del botín. Está claro que acabar con la guerra significa vencer al capital. Y el Poder soviética ha empezado la lucha en este sentido. Hemos publicado y seguiremos

publicando los tratados secretos. Ninguna ruindad y ninguna calumnia nos detendrán en este camino. Los señores burgueses se enfurecen porque el pueblo ve con qué fines lo han llevado al matadero. Pretenden asustar al país con la perspectiva de una nueva guerra, en la que Rusia quedaría aislada. Pero no nos detendrá ese odio furioso que la burguesía siente por nosotros y por nuestro movimiento en defensa de la paz. ¡Que pruebe a lanzar a los pueblos unos contra otros para un cuarto año de guerra! No lo conseguirá. Igual que en nuestro país, en todos los países beligerantes madura la lucha contra sus propios gobiernos imperialistas. Incluso en Alemania, que los imperialistas se han esforzado durante decenios por convertir en un campamento militar y donde todo el mecanismo gubernativo está orientado a cortar en germen la más mínima manifestación de cólera popular; incluso allí, se ha llegado a una patente sublevación en la marina. Es preciso conocer las inauditas proporciones que ha alcanzado la arbitrariedad policíaca en Alemania para comprender la importancia de esta sublevación. Pero la revolución no se hace por encargo; la revolución es el resultado de un estallido de la indignación de las masas populares. Aunque resultó tan fácil vencer a una pandilla de miserables y medio locos como Románov y Rasputin, en cambio, es incomparablemente más difícil luchar contra la camarilla, organizada y fuerte, de los imperialistas alemanes coronados y sin coronar. Pero se puede y se debe trabajar mano a mano con la clase revolucionaria de los trabajadores de todos los países. Y ése es el camino que ha emprendido el Gobierno soviético al publicar los tratados secretos y mostrar que los gobernantes de todos los países son unos bandidos. Eso es hacer propaganda con hechos, y no con palabras. (*Clamorosos aplausos*.)

El orador se refiere, como conclusión, al problema de las negociaciones de paz y dice:

- Cuando los alemanes respondieron con evasivas a nuestras demandas de no trasladar tropas a los frentes del Oeste y de Italia, rompimos las negociaciones, que reanudaremos después de cierto tiempo. Y cuando informemos de esto públicamente al mundo entero, ni un solo obrero alemán ignorará que no somos nosotros los culpables de que se rompieron las negociaciones de paz. Pero imaginémonos que la clase obrera alemana marchara junto con su gobierno de buitres imperialistas y nos viéramos obligados a continuar la guerra. En ese caso, el pueblo ruso, que vertió su sangre sin rechistar y que sin saber por qué ni para qué cumplió la voluntad de un gobierno que le oprimía, iría entonces al combate, sin duda alguna, con una energía decuplicada, con un heroísmo decuplicado. Porque se trataría de luchar por el socialismo, por la libertad, contra la que volvería sus bayonetas la burguesía internacional. Sin embargo, tenemos confianza en la solidaridad internacional de las masas trabajadoras, que salvarán todos los obstáculos y todas las barreras que se alcen en su camino en la lucha por el socialismo. (*Clamorosos aplausos*.)

Publicado el 25 de noviembre de 1917 en el núm. 235 de "Izvestia del CEC".
T. 35, págs. 112-118.

SOBRE LAS TAREAS DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE PETROGRADO.

Para participar en la revolución de una manera racional, con sensatez y éxito es necesario estudiar.

A consecuencia del menoscabo de la instrucción pública por el zarismo a lo largo de muchos años, el servicio de biblioteca en Petrogrado está organizado malísimamente.

Hay que efectuar sin demora y obligatoriamente las siguientes transformaciones fundamentales, partiendo de los principios que se aplican desde hace ya mucho en los Estados libres de Occidente, sobre todo en Suiza y en los Estados Unidos de América del Norte:

1) La Biblioteca Pública (antigua Biblioteca Imperial) debe pasar inmediatamente *al intercambio* de libros, tanto con *todas* las bibliotecas públicas y del Estado en Petrogrado y en las provincias como *con* las bibliotecas *extranjeras* (de Finlandia, Suiza, *etcétera*).

2) El envío de libros *de una biblioteca a otra* debe ser declarado *gratuito* por medio de una ley.

3) La sala de lectura de la biblioteca debe estar abierta, como se hace en los países cultos en las bibliotecas y salas de lectura *privadas* para *los ricos*,

diariamente, *sin* exceptuar los domingos y días festivos, desde las 8 de la mañana hasta las 11 de la noche.

4) Debe trasladarse sin dilación a la Biblioteca Pública el número necesario de empleados de los departamentos del Ministerio de Instrucción Pública (ampliando el trabajo femenino en vista de la necesidad de hombres para la guerra), departamentos en los que el 90 por 100 del personal se dedica a un trabajo no sólo inútil, sino perjudicial.

Escrito en noviembre de 1917. Publicado por vez primera en 1933 en la "Recopilación Leninista XXI".

T. 35, págs. 132-133.

INFORME SOBRE LA SITUACIÓN ECONÓMICA DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS DE PETROGRADO Y LAS TAREAS DE LA CLASE OBRERA, EN LA REUNIÓN DE LA SECCIÓN OBRERA DEL SOVIET DE DIPUTADOS OBREROS Y SOLDADOS DE PETROGRADO.

Información periodística.

La revolución del 25 de octubre ha mostrado la extraordinaria madurez política del proletariado, que ha probado ser capaz de hacer frente con firmeza a la burguesía. Pero la victoria completa del socialismo requiere un grado colosal de organización, impregnada de la conciencia de que el proletariado debe ser la clase dominante.

El proletariado tiene planteadas las tareas de la transformación socialista del régimen político, pues cualquier decisión intermedia, por fácil que sea aducir argumentos a su favor es baladí, ya que la situación económica del país ha llegado a tal punto que las decisiones intermedias son inadmisibles. En nuestra lucha gigantesca contra el imperialismo y el capitalismo no queda lugar para las semimedidas.

El problema está planteado en los siguientes términos: vencer o ser vencidos.

Los obreros deben comprenderlo y lo comprenden; así lo prueba con claridad el hecho de que rechacen las decisiones intermedias, de transacción. Cuanto más honda es la revolución, tanto mayor es el número de trabajadores activos necesarios para culminar la obra de sustituir el capitalismo con el aparato del socialismo. Para ello es insuficiente la fuerza de la pequeña burguesía, incluso no habiendo sabotaje. La tarea sólo puede ser cumplida en las entrañas de las masas populares, con su iniciativa. Por eso, el proletariado no debe pensar ahora en mejorar en este mismo momento su situación, sino pensar en convertirse en clase dominante. No se puede confiar en que el proletariado rural tenga conciencia clara y firme de sus intereses. Eso puede hacerlo únicamente la clase obrera, y cada proletario, tomando conciencia de la gran perspectiva, debe sentirse un dirigente y llevar tras de sí a las masas.

El proletariado debe convertirse en la clase dominante en el sentido de dirigir a todos los trabajadores y de dominar políticamente.

Es preciso luchar contra el prejuicio de que sólo la burguesía puede administrar el Estado. El proletariado debe asumir la administración del Estado.

Los capitalistas hacen absolutamente todo lo que pueden para dificultar las tareas de la clase obrera. Y cada organización obrera -sindicatos, comités de fábrica, etc.- deberá librar el combate decisivo en el plano económico. La burguesía lo estropea y sabotea todo con el propósito de frustrar la revolución obrera. Y la tarea de organizar la producción recae por entero sobre la clase obrera. Rompamos de una vez para siempre con el prejuicio de que los asuntos públicos, la administración de los bancos y de las fábricas son una tarea imposible para los obreros. Sin embargo, todo ello puede resolverse únicamente con una gigantesca labor cotidiana de organización.

Es imprescindible organizar el intercambio de productos, convertir en sistema la contabilidad y el control. Esta tarea incumbe a la clase obrera, y los conocimientos para cumplirla se los ha proporcionado su vida en las fábricas.

Que cada comité de fábrica no sólo se sienta dedicado a los asuntos de su empresa, sino que se considere también una célula organizativa llamada a estructurar la vida de todo el Estado.

Es fácil promulgar un decreto aboliendo la propiedad privada, pero sólo los obreros mismos pueden y deben llevarlo a la práctica. No importa que se cometan errores: serán errores de la clase nueva al crear la vida nueva.

No hay ni puede haber un plan concreto de organización de la vida económica.

Nadie puede proporcionarlo. Eso pueden hacerlo las masas desde abajo, por medio de la experiencia. Como es natural, se darán indicaciones y se trazarán los caminos, pero hay que empezar simultáneamente por arriba y por abajo.

Los Soviets deben convertirse en órganos que regulen toda la producción de Rusia; mas para que no se conviertan en un Estado Mayor sin ejército, hay que trabajar en la base...*

Las masas obreras deben tomar en sus manos la organización del control y de la producción en la amplia escala de todo el Estado. La garantía del triunfo no reside en la organización de individuos, sino en la organización de todas las masas trabajadoras, y si conseguimos eso, si ponemos en

* Han sido omitidas algunas palabras del texto ruso debido a la falta de claridad de los apuntes. (*N. de la Edit.*)

orden la vida económica, se barrerá por sí solo todo lo que nos opone resistencia.

Publicado el 20 (7) de diciembre de 1917 en el núm. 208 de "Pravda", y el 14 de diciembre de 1917 en el núm. 104 de "Soldátskaya Pravda".
T. 35, págs. 146-148.

CARTA A F E DZERZHINSKI CON UN PROYECTO DE DECRETO SOBRE LA LUCHA FRENTE A LOS CONTRARREVOLUCIONARIOS Y LOS SABOTEADORES[109].

Al camarada Dzerzhinski.

A propósito de su informe de hoy sobre las medidas orientadas a combatir a los saboteadores y los contrarrevolucionarios.

¿No podría adelantarse un decreto que dijera, *aproximadamente*, lo siguiente?:

Acerca de la lucha frente a los contrarrevolucionarios y los saboteadores

La burguesía, los terratenientes y todas las clases ricas hacen esfuerzos desesperados para torpedear la revolución, que deberá garantizar los intereses de los obreros y de las masas trabajadoras y explotadas.

La burguesía recurre a los crímenes más feroces, soborna a la escoria de la sociedad y a los elementos envilecidos y los emborracha para que efectúen pogromos. Los adeptos de la burguesía, sobre todo los altos funcionarios, empleados de Banca, etc., sabotean el trabajo y organizan huelgas para frustrar las medidas del gobierno orientadas a efectuar transformaciones socialistas. Se llega al extremo de sabotear la labor de abastecimiento, lo que amenaza con el hambre a millones de personas.

Son imprescindibles medidas extraordinarias para combatir a los contrarrevolucionarios y saboteadores. Partiendo de esta necesidad, el Consejo de Comisarios del Pueblo dispone:

1. Las personas pertenecientes a las clases ricas (es decir, las que tienen ingresos mensuales de quinientos rublos y más y los poseedores de bienes inmuebles en las ciudades, acciones y sumas en metálico superiores a mil rublos), así como los empleados de Banca, de empresas de sociedades anónimas, del Estado y de instituciones públicas, vienen obligados a presentar en un plazo de tres días* en los comités de vecinos, en tres ejemplares, declaraciones firmadas en las que indiquen su dirección, ingresos, empleo y ocupaciones.

2. Los comités de vecinos refrendarán con su firma estas declaraciones, guardarán un ejemplar y presentarán los otros dos en la Municipalidad y en el Comisariado del Pueblo del Interior (dirección:...).

3. Los culpables de incumplimiento de la presente ley (no presentación de las declaraciones o facilitación de datos falsos, etc.), así como los componentes de los comités de vecinos culpables de inobservancia de las reglas referentes a la conservación de estas declaraciones, su recogida y presentación en los organismos antes mencionados, serán sancionados con multas en metálico de hasta 5.000 rublos por cada falta, con encarcelamiento hasta de un año o con el envío al frente, según el grado de culpabilidad.

4. Se impondrá la misma sanción a los culpables de sabotear el trabajo o de eludir el trabajo en los bancos, organismos del Estado e instituciones públicas, empresas de sociedades anónimas, ferrocarriles, etc.

5. Como primer paso hacia la implantación del trabajo general obligatorio se dispone que las personas mencionadas en el § 1 vienen obligadas a: primero, llevar siempre consigo copias de las declaraciones señaladas más arriba, acompañadas de un certificado de los comités de vecinos, así como de las autoridades o de los organismos electivos (comités de fábrica, comités de abastecimiento, comités ferroviarios, sindicatos de empleados, etc.); en el certificado se hará constar qué servicio o trabajo social realiza la persona en cuestión, si vive o no con su familia como miembro de la misma no apto para el trabajo, etc.

6. En segundo lugar, estas personas estarán obligadas a adquirir, en el plazo de una semana a contar desde el día de la promulgación de la presente ley, cartillas de trabajo y de consumo (cuyo modelo se adjunta) para anotar en ellas cada semana los ingresos y los gastos, así como para que los comités e instituciones certifiquen el tipo de servicio social que presta la persona en cuestión.

7. Las personas cuyas condiciones sean distintas a las señaladas en el § 1 presentarán en los comités de vecinos, en un ejemplar, una declaración de sus ingresos y lugar de trabajo, comprometiéndose a llevar siempre consigo una copia de esta declaración avalada por el comité de vecinos.

Escrito el 7 (20) de diciembre de 1917. Publicado por vez primera en 1924 en el núm. 5 de la revista "Krasni Arjiv".

---

* En el manuscrito, Lenin escribió encima de estas palabras: "en el plazo de veintucuatro horas". (*N. de la Edit.*)

T. 35 págs 156-158.

TESIS ACERCA DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

1. Era completamente justo que la socialdemocracia revolucionaria incluyera en su programa la reivindicación de que se convocase la Asamblea Constituyente, porque, en una república burguesa, este organismo es la forma superior de la democracia y porque, al crear el Anteparlamento, la república imperialista, con Kerenski a la cabeza, preparaba una farsa electoral, abundante en infracciones de la democracia.

2. Al reclamar la convocación de la Asamblea Constituyente, la socialdemocracia revolucionaria subrayó más de una vez, desde los primeros días de la revolución de 1917, que la República de los Soviets es una forma de democracia superior a la república burguesa ordinaria, con su Asamblea Constituyente.

3. Para pasar del régimen burgués al socialista, para instaurar la dictadura del proletariado, la República de los Soviets (de diputados obreros, soldados y campesinos) no es sólo la forma de tipo más elevado de las instituciones democráticas (comparada con la república burguesa ordinaria, coronada por una Asamblea Constituyente), sino la única forma capaz de asegurar la transición menos dolorosa posible al socialismo.

4. En nuestra revolución se convoca la Asamblea Constituyente con arreglo a las listas presentadas a mediados de octubre de 1917, en condiciones que excluyen la posibilidad de que las elecciones a esa Asamblea Constituyente sean una expresión exacta de la voluntad del pueblo, en general, y de las masas trabajadoras, en particular.

5. En primer lugar, el sistema electoral proporcional expresa fielmente la voluntad del pueblo sólo cuando las listas presentadas por los partidos corresponden a la división efectiva del pueblo en grupos políticos que sean realmente los mismos reflejados en las listas. Y es sabido que en nuestro país, el partido que entre mayo y octubre tuvo más partidarios en el pueblo y, sobre todo, entre los campesinos, el partido de los socialistas-revolucionarios, presentó listas únicas a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917, pero se escindió en noviembre de 1917 después de las elecciones a la Asamblea Constituyente y antes de que ésta se hubiese convocado.

Por eso, incluso desde el punto de vista formal, la composición de los elegidos a la Asamblea Constituyente no corresponde, ni puede corresponder, a la voluntad de la masa de electores.

6. En segundo lugar, otra circunstancia aún más importante, no formal ni jurídica, sino económica y social; una circunstancia que constituye el origen de clase de la diferencia entre la voluntad del pueblo y, sobre todo, de las clases trabajadoras, por una parte, y la composición de la Asamblea Constituyente, por otra, consiste en que las elecciones a la Asamblea Constituyente se han celebrado cuando la inmensa mayoría del pueblo no podía conocer aún toda la extensión y todo el alcance de la Revolución de Octubre, de la revolución soviética, proletaria y campesina, comenzada el 25 de octubre de 1917, es decir, después de haber sido presentadas las listas de candidatos a la Asamblea Constituyente.

7. La Revolución de Octubre, al conquistar el poder para los Soviets, arrancar el dominio político a la burguesía y entregarlo al proletariado y a los campesinos pobres, atraviesa ante nuestros propios ojos por etapas sucesivas de desarrollo.

8. La revolución comenzó por la victoria del 24 y 25 de octubre en la capital, cuando el II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de Rusia, congreso de la vanguardia proletaria y de la parte más activa políticamente de los campesinos, dio la mayoría al Partido Bolchevique y lo llevó al poder.

9. Luego, durante los meses de noviembre y diciembre, la revolución ha abarcado a toda la masa del ejército y del campesinado manifestándose, en primer término, en la destitución o renovación de los viejos organismos directivos (comités de ejército, comités campesinos provinciales, Comité Ejecutivo Central del Soviet de diputados campesinos de toda Rusia, etc.), que expresaban una etapa ya superada de la revolución, su etapa conciliacionista, su etapa burguesa y no proletaria, y que, por esta razón, debían desaparecer inevitablemente bajo el empuje de masas populares más profundas y más amplias.

10. Este poderoso movimiento de las masas explotadas, orientado a reconstituir los organismos dirigentes de sus organizaciones, no ha terminado aún hoy, a mediados de diciembre de 1917, y una de sus etapas es el Congreso de Ferroviarios, reunido en la actualidad.

11. Por consiguiente, el agrupamiento de las

fuerzas de clase que se hallan en lucha en Rusia en noviembre y diciembre de 1917 difiere por principio, en la práctica, del que pudo encontrar su expresión en las listas de candidatos presentadas por los partidos para las elecciones a la Asamblea Constituyente a mediados de octubre de 1917.

12. Los recientes acontecimientos en Ucrania (en parte también en Finlandia y en Bielorrusia, así como en el Cáucaso) indican, asimismo, que se está realizando un nuevo agrupamiento de las fuerzas de clase en el curso de la lucha entre el nacionalismo burgués de la Rada ucraniana, de la Dieta finlandesa, etc., por un lado, y el Poder de los Soviets, la revolución proletaria y campesina de cada una de esas repúblicas nacionales, por otro.

13. Por último, la guerra civil, iniciada con la sublevación contrarrevolucionaria de los democonstitucionalistas y de Kaledin contra las autoridades soviéticas, contra el Gobierno Obrero y Campesino, ha agravado definitivamente la lucha de clases y eliminado toda posibilidad de resolver por una vía democrática formal los problemas más candentes que la historia ha planteado a los pueblos de Rusia y, en primer lugar, a su clase obrera y su campesinado.

14. Sólo la victoria completa de los obreros y los campesinos sobre la insurrección de los burgueses y de los terratenientes (expresada en el movimiento de los democonstitucionalistas y de Kaledin), sólo una implacable represión militar de esa insurrección de esclavistas puede garantizar de verdad el triunfo de la revolución proletaria y campesina. La marcha de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución han hecho que la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente” -que no tiene en cuenta las conquistas de la revolución obrera y campesina, que no tiene en cuenta el Poder de los Soviets, que no tiene en cuenta los acuerdos del II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia, del II Congreso de diputados campesinos de toda Rusia, etc.- *se haya convertido de hecho* en consigna de los democonstitucionalistas, los kaledinistas y sus acólitos. Hoy está claro por completo para el pueblo entero que la Asamblea Constituyente quedaría condenada inevitablemente a la muerte política si se divorciase del Poder de los Soviets.

15. El problema de la paz es uno de los más candentes de la vida del pueblo. En Rusia se ha emprendido una lucha verdaderamente revolucionaria por la paz sólo después de triunfar la revolución del 25 de octubre, y este triunfo ha tenido como primer resultado la publicación de los tratados secretos, el armisticio y el comienzo de las negociaciones públicas con objeto de conseguir una paz general sin anexiones ni contribuciones.

Las grandes masas populares obtienen sólo ahora la posibilidad práctica, plena y pública de ver una política de lucha revolucionaria por la paz y de estudiar sus resultados. Durante las elecciones a la Asamblea Constituyente, las masas populares carecieron de esa posibilidad.

Es evidente, pues, que también en este aspecto es inevitable la discordancia entre la composición de la Asamblea Constituyente y la verdadera voluntad del pueblo en lo que respecta a la terminación de la guerra.

16. El conjunto de circunstancias que acabamos de examinar hace que la Asamblea Constituyente, convocada con arreglo a las listas de los partidos que existían antes de la revolución proletaria y campesina, bajo el dominio de la burguesía, entre inevitablemente en conflicto con la voluntad y los intereses de las clases trabajadoras y explotadas, que iniciaron el 25 de octubre la revolución socialista contra la burguesía. Es natural que los intereses de esta revolución tengan primacía sobre los derechos formales de la Asamblea Constituyente, incluso si estos últimos no hubiesen sido minados por el hecho de que en la ley sobre la Asamblea Constituyente no se reconozca el derecho del pueblo a renovar a sus diputados en cualquier momento.

17. Todo intento, directo o indirecto, de enfocar el problema de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista jurídico formal, en los marcos de la democracia burguesa corriente, sin tener en cuenta la lucha de clases y la guerra civil, significa traicionar la causa del proletariado y adoptar el punto de vista de la burguesía. Es deber incondicional de la socialdemocracia revolucionaria poner en guardia a todo el mundo contra ese error, en que incurren algunos dirigentes, poco numerosos, del bolchevismo, que no han sabido valorar la insurrección de octubre y las tareas de la dictadura del proletariado.

18. La única posibilidad de dar una solución indolora a la crisis creada como resultado de la discordancia existente entre las elecciones a la Asamblea Constituyente, por un lado, y la voluntad del pueblo y los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, por otro lado, consiste en que el pueblo aplique con la mayor extensión y rapidez posibles el derecho de proceder a nuevas elecciones de miembros de la Asamblea Constituyente; consiste en que la propia Asamblea Constituyente se adhiera a la ley del Comité Ejecutivo Central relativa a esas nuevas elecciones, declare que reconoce sin reservas el Poder de los Soviets, la revolución soviética y su política en el problema de la paz, de la tierra y del control obrero y se coloque resueltamente al lado de los enemigos de la contrarrevolución democonstitucionalista y kalediniana.

19. Fuera de estas condiciones, la crisis con motivo de la Asamblea Constituyente sólo podrá resolverse por vía revolucionaria, con las medidas revolucionarias más enérgicas, rápidas, firmes y

resueltas del Poder de los Soviets para combatir la contrarrevolución de los democonstitucionalistas y de Kaledin, cualesquiera que sean las consignas y las instituciones (incluso la calidad de miembros de la Asamblea Constituyente) en que se ampare esa contrarrevolución. Toda tentativa de maniatar al Poder de los Soviets en esta lucha sería un acto de connivencia con la contrarrevolución.

Escrito el 11 ó 12 (24 ó 25) de diciembre 1917. Publicado el 26 (13) de diciembre de 1917 en el núm. 213 de "Pravda".

T. 35, págs. 162-166.

PROYECTO DE DECRETO SOBRE LA PUESTA EN PRÁCTICA DE LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BANCOS Y LAS MEDIDAS INDISPENSABLES DERIVADAS DE ELLA[110].

La crítica situación alimenticia y la amenaza de hambre, creada por la especulación y el sabotaje de los capitalistas y funcionarios, así como por la ruina general, hacen imprescindible la adopción de medidas revolucionarias excepcionales para combatir este mal.

A fin de que todos los ciudadanos del Estado, y en primer lugar todas la clases trabajadoras, bajo la dirección de sus Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, puedan emprender esa lucha y la organización de la acertada vida económica del país inmediatamente y en todos sus aspectos, sin detenerse ante nada y actuando por la vía más revolucionaria, se dictan las siguientes reglas:

PROYECTO DE DECRETO SOBRE LA PUESTA EN PRÁCTICA DE LA NACIONALIZACIÓN DE LOS BANCOS Y LAS MEDIDAS INDISPENSABLES DERIVADAS DE ELLA.

1. Todas las empresas de sociedades anónimas son declaradas propiedad del Estado.

2. Los miembros de los consejos de administración y los directores de las sociedades anónimas, así como todos los accionistas pertenecientes a las clases acaudaladas (es decir, que posean más de 5.000 rublos de todos los bienes o tengan ingresos superiores a 500 rublos al mes), están obligados a seguir dirigiendo en perfecto orden los asuntos de las empresas, cumpliendo la ley del control obrero, presentando todas las acciones en el Banco del Estado y facilitando informes semanales de su actividad a los Soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos.

3. Quedan anulados los empréstitos del Estado tanto exteriores como interiores.

4. Se garantizan plenamente los intereses de los pequeños tenedores de obligaciones y acciones de todo tipo, es decir, de los pertenecientes a las clases trabajadoras de la población.

5. Se implanta el trabajo general obligatorio. Todos los ciudadanos de ambos sexos de 16 a 55 años de edad están obligados a efectuar los trabajos que les señalen los Soviets locales de diputados obreros, soldados y campesinos u otros organismos del Poder soviético.

6. Como primer paso para llevar a la práctica el trabajo general obligatorio, se decreta que los individuos de las clases acaudaladas (véase § 2) están obligados a poseer y rellenar debidamente las cartillas de consumo y de trabajo o de presupuesto y de trabajo, las cuales deben ser presentadas a las organizaciones obreras correspondientes o a los Soviets locales y sus organismos para registrar en ellas cada semana el cumplimiento del trabajo que haya asumido cada uno.

7. Para la acertada contabilidad y distribución de los víveres y de otros productos necesarios, todos los ciudadanos del Estado están obligados a adherirse a una sociedad de consumo. Las oficinas de aprovisionamiento, los comités de abastos y otras organizaciones similares, así como los sindicatos de obreros ferroviarios y del transporte, implantarán el control del cumplimiento de esta ley bajo la dirección de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Los individuos de las clases acaudaladas que dan obligados, en particular, a realizar los trabajos que les encomienden los Soviets para la organización y administración de las sociedades de consumo.

8. Los sindicatos de obreros y empleados ferroviarios están obligados a preparar con urgencia y llevar a la práctica sin demora medidas extraordinarias para organizar mejor el transporte (en particular, el transporte de víveres, combustible y otros artículos de primera necesidad), guiándose, ante todo, por los pedidos y mandamientos de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, así como de las instituciones facultadas por ellos, y del Consejo Superior de Economía Nacional.

De la misma manera, se impone a los sindicatos de ferroviarios, en colaboración con los Soviets locales, el deber de combatir con la mayor energía la especulación, sin vacilar en adoptar medidas revolucionarias, y perseguir implacablemente a los especuladores de toda laya.

9. Las organizaciones obreras, los sindicatos de empleados y los Soviets locales están obligados a incorporar sin demora las empresas cerradas y desmovilizadas, así como a los parados forzosos, a trabajos útiles, a la obtención de productos necesarios y a las búsquedas de pedidos, materias primas y

combustible. Sin aplazar en ningún caso esta actividad ni el comienzo del intercambio de productos agrícolas por industriales, los sindicatos y los Soviets locales están obligados, hasta que reciban órdenes especiales desde arriba, a ajustarse estrictamente a las indicaciones y prescripciones del Consejo Superior de Economía Nacional.

10. Los individuos de las clases acaudaladas están obligados a guardar todas sus sumas en metálico en el Banco del Estado y en sus sucursales, así como en las cajas de ahorros, recibiendo para satisfacer sus necesidades de consumo no más de 100 ó 125 rublos a la semana (según decidan los Soviets locales), y para las necesidades de la producción y del comercio sólo con el aval escrito de los organismos de control obrero.

A fin de controlar el cumplimiento efectivo del presente decreto, se dictarán reglas para el cambio de la moneda hoy en circulación por otra; los culpables de fraude al Estado y al pueblo serán castigados con la confiscación de todos sus bienes.

11. El mismo castigo, así como el encarcelamiento o el envió al frente y a trabajos forzosos, será aplicado a cuantos desobedezcan la presente ley, a los saboteadores, a los funcionarios huelguistas y a los especuladores. Los Soviets locales y las instituciones dependientes de ellos se comprometen a preparar con carácter urgente las medidas más revolucionarias de lucha contra estos verdaderos enemigos del pueblo.

12. En colaboración con los Soviets locales, los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores crearán, con el concurso de las personas más seguras y recomendadas por las organizaciones del partido y otras, grupos volantes de controladores para observar el cumplimiento de esta ley, comprobar la cantidad y calidad del trabajo y entregar a los tribunales revolucionarios a los culpables de infringir o eludir la ley.

Los obreros empleados de las empresas nacionalizadas tienen el deber de poner en tensión todas sus fuerzas y adoptar medidas extraordinarias para mejorar la organización del trabajo, reforzar la disciplina y elevar la productividad. Los organismos de control obrero deben presentar semanalmente al CSEN informes de lo conseguido en este terreno. Los culpables de defectos y negligencias responderán ante el tribunal revolucionario.

Escrito no antes del 14 (27) de diciembre de 1917. Publicado íntegramente por vez primera en 1949, en el t. 26 de la 4ª edición de las "Obras" de V. I. Lenin.

T. 35, págs. 174-177.

PLEJÁNOV ACERCA DEL TERRORISMO.

En otros tiempos, Plejánov fue socialista, uno de los representantes más destacados del socialismo revolucionario.

En aquellos tiempos -pasados, ¡ay!, para no volver jamás-, Plejánov expuso su opinión acerca de un problema que tiene una importancia cardinal precisamente en la época que estamos viviendo.

Fue en 1903, cuando la socialdemocracia de Rusia elaboró su programa en el II Congreso del partido.

En las actas de este congreso se conserva una página profundamente aleccionadora, que parece escrita adrede para el día de hoy:

> "*Posadovski*. Las manifestaciones hechas aquí en pro y en contra de las enmiendas no son, a mi juicio, una disputa respecto a cuestiones de detalle, sino una seria discrepancia. Es indudable que disentimos en la cuestión fundamental siguiente: *¿es preciso someter nuestra política futura a unos u otros principios democráticos fundamentales, reconociéndoles un valor absoluto, o bien deben quedar todos los principios democráticos sometidos exclusivamente a los intereses de nuestro partido?* Me declaro decididamente partidario de esto último. Entre los principios democráticos no hay nada que no debamos subordinar, en caso necesario, *a los intereses de nuestro partido*. (*Una voz*: "¿Y la inviolabilidad personal?") ¡Si¡ ¡Y la inviolabilidad personal! Como partido revolucionario que tiende a su objetivo final -la revolución social-, debemos enfocar los principios democráticos exclusivamente desde el punto de vista del logro más rápido de este objetivo, desde el punto de vista de los intereses de nuestro partido. Si tal o cual reivindicación no es ventajosa para nosotros, no la introduciremos.
>
> "Por eso me manifiesto en contra de que se introduzcan enmiendas que puedan en lo futuro limitar nuestra libertad de acción.
>
> "*Plejánov. Me adhiero sin reservas a las palabras del camarada Posadooski. Cada principio democrático concreto no debe ser considerado de una manera independiente, en abstracto, sino en conexión con el principio que puede ser denominado principio fundamental de la democracia, a saber: con el principio que proclama que "salus populi suprema lex". Traducido al lenguaje del revolucionario, esto significa que el éxito de la revolución es la ley suprema. Y si en aras del éxito de la revolución fuera necesario restringir temporalmente la acción de tal o cual principio democrático, sería un crimen detenerse ante esa restricción. Diré, como opinión personal mía, que incluso el principio del sufragio universal debe ser enfocado desde el punto de vista del principio fundamental de la democracia a que me he referido antes. Es concebible en hipótesis el caso de que los socialdemócratas estemos en contra del sufragio universal. Hubo una época en que la burguesía de las repúblicas italianas privaba de derechos políticos a la nobleza. El proletariado revolucionario podría limitar los derechos políticos de las clases superiores, lo mismo que éstas hacían antes con él. Podría juzgarse de la utilidad de semejante medida sólo desde el punto de vista de la regla siguiente: "salus revolutionis suprema lex". Y este mismo punto de vista deberíamos sustentar también en lo que respecta a la duración de los parlamentos. Si el pueblo, en un arrebato de entusiasmo revolucionario, eligiera un Parlamento muy bueno, una especie de "Chambre introuvable" (Cámara inefable), nosotros deberíamos esforzarnos por convertirlo en un Parlamento duradero; pero si las elecciones resultaran desafortunadas, nosotros deberíamos esforzarnos por disolverlo no al cabo de dos años, sino a ser posible, a las dos semanas*". (Actas del II Congreso del partido, págs. 168-169).

Los enemigos del socialismo pueden ser privados temporalmente no sólo de la inviolabilidad personal, no sólo de la libertad de prensa, sino incluso del sufragio universal. Hay que esforzarse por "disolver" un Parlamento malo en dos semanas. Los intereses de la revolución, los intereses de la clase obrera: ésa es la ley suprema. Así razonaba Plejánov cuando era socialista. Así razonaba entonces, junto con Plejánov, la mayoría abrumadora de los actuales mencheviques, que hablan hoy a gritos del "terrorismo bolchevique".

Los "intereses de la revolución" requieren ahora una dura lucha contra los saboteadores, los organizadores de sublevaciones de cadetes y los

periódicos que viven a expensas de los banqueros. Cuando el Poder soviético emprende esa lucha, los señores "socialistas" del campo menchevique y eserista gritan a los cuatro vientos que son inadmisibles la guerra civil y el terrorismo.

Cuando su Kerenski restableció la pena de muerte en el frente, ¿qué era eso, señores, sino terrorismo?

Cuando su ministerio de coalición, por conducto de Kornílov, fusiló a regimientos enteros por no revelar suficiente entusiasmo en la guerra, ¿qué era eso, señores, sino guerra civil?

Cuando sus Kerenski y sus Avxéntiev encerraron en una sola cárcel, la de Minsk, a 3.000 soldados por hacer "agitación perniciosa", ¿qué era eso, señores, sino terrorismo?

Y cuando ustedes ahogaron los periódicos obreros, ¿qué era eso, señores, sino terrorismo?

La única diferencia consiste en que los Kerenski, los Avxéntiev y los Liberdán, en unión y amistad con los Kornílov y los Sávinkov, practicaban el terrorismo contra los obreros, los soldados y los campesinos en provecho de un puñado de terratenientes y banqueros, en tanto que el Poder soviético aplica medidas enérgicas contra los terratenientes, los merodeadores y sus lacayos en provecho de los obreros, los soldados y los campesinos.

Publicado el 4 de enero de 1918 (22 de diciembre de 1917) en el núm. 221 de "Pravda", y el 23 de diciembre de 1917 en e núm. 259 de "Izvestia del CEC".

T. 35, págs. 184-186.

LOS ASUSTADOS POR EL FRACASO DE LO VIEJO Y LOS QUE LUCHAN POR EL TRIUNFO DE LOS NUEVO.

"Los bolcheviques llevan ya dos meses en el poder y, en vez del paraíso socialista, vemos el infierno del caos, de la guerra civil y de una ruina aún mayor". Así escriben, hablan y piensan los capitalistas, junto con sus adeptos conscientes y semiconscientes.

Los bolcheviques llevamos sólo dos meses en el poder -respondemos nosotros- y se ha dado ya un paso gigantesco hacia el socialismo. No ven esto quienes no quieren ver o no saben valorar los acontecimientos históricos en su conexión. No quieren ver que, en unas semanas, han sido destruidos casi hasta sus cimientos los organismos no democráticos en el ejército, en el campo y en las fábricas. Y no hay ni puede haber otro camino hacia el socialismo que no pase por esa destrucción. No quieren ver que, en unas semanas, la mentira imperialista en política exterior -que prolongaba la guerra y encubría con los tratados secretos la expoliación y la conquista- ha sido sustituida por una verdadera política democrática revolucionaria de paz auténticamente democrática, que ha proporcionado ya un éxito práctico tan grande como el armisticio y el alimento en cien veces de la fuerza propagandística de nuestra revolución. No quieren ver que han comenzado a aplicarse el control obrero y la nacionalización de los bancos, y que esto constituye precisamente los primeros pasos hacia el socialismo.

No saben comprender la perspectiva histórica quienes están abatidos por la rutina del capitalismo; quienes están ensordecidos por la potente quiebra de lo viejo, por el crujido, el estruendo y el "caos" (un caos aparente) de las viejas estructuras zaristas y burguesas al desmoronarse y derrumbarse; quienes se asustan de que la lucha de clases llegue a una exacerbación extrema y se transforme en guerra civil, la única guerra legítima, la única justa, la única sagrada, no en el sentido clerical de la palabra, sino en el sentido humano de guerra sagrada de los oprimidos contra los opresores para derrocar a estos últimos, para emancipar de toda opresión a los trabajadores. En el fondo, todos esos abatidos, ensordecidos y asustados burgueses, pequeños burgueses y "servidores de la burguesía" se guían, a menudo sin darse cuenta ellos mismos, por la vieja noción, absurda, sentimental y trivial a lo intelectual, sobre "la implantación del socialismo". Una noción que han asimilado "de oídas", tomando retazos de la doctrina socialista, repitiendo las adulteraciones de esta doctrina por ignorantes y adocenados y atribuyéndonos a nosotros, los marxistas, la idea e incluso el plan de "implantar" el socialismo.

A nosotros, los marxistas, nos son ajenas semejantes ideas, sin hablar ya de esos planes. Siempre hemos sabido, dicho y repetido que el socialismo no se puede "implantar", que surge en el curso de la lucha de clases y de la guerra civil más intensas y violentas, violentas hasta el frenesí y la desesperación; que entre el capitalismo y el socialismo media un largo período de "doloroso alumbramiento"; que la violencia es siempre la comadrona de la vieja sociedad; que al período de transición de la sociedad burguesa a la socialista corresponde un Estado especial (es decir, un sistema especial de violencia organizada sobre una clase de terminada), a saber: la dictadura del proletariado. Y la dictadura presupone y significa un estado de guerra latente, un estado de medidas militares contra los enemigos del poder proletario. La Comuna fue la dictadura del proletariado, y Marx y Engels reprocharon a la Comuna, viendo en ello una de las causas de su derrota, que no empleara *con suficiente* energía su fuerza armada para vencer la resistencia de los explotadores[111].

En el fondo, todos esos aullidos propios de intelectual con motivo del aplastamiento de la resistencia de los capitalistas no son otra cosa, hablando "cortésmente", que un eructo del viejo "conciliacionismo". Pero si hablamos con la franqueza inherente al proletariado, habrá que decir el persistente servilismo ante la caja de caudales es la esencia de los aullidos contra la violencia actual, obrera, que se aplica (por desgracia, aún con demasiada suavidad y poca energía) contra la burguesía, contra los saboteadores y contrarrevolucionarios. "La resistencia de los capitalistas ha sido vencida", proclamaba el bueno de Peshejónov, ministro de los conciliadores, en junio de 1917. Este bonachón no sospechaba siquiera que la resistencia debe ser, en efecto, *vencida*; que *será* vencida, y que eso se llama, en lenguaje científico,

dictadura del proletariado; que todo un período histórico se caracteriza por el aplastamiento de la resistencia de los capitalistas; se caracteriza, en consecuencia, por *la violencia* sistemática contra toda una clase (la burguesía) y contra sus cómplices.

La codicia, la repugnante, ruin y furiosa codicia del ricachón; el acoquinamiento y el servilismo de sus paniaguados: ahí está la verdadera base social de los aullidos que lanzan ahora los intelectualillos, desde *Riech* hasta *Nóvaya Zhizn*, contra la violencia por parte del proletariado y del campesinado revolucionario. Tal es el significado objetivo de sus aullidos, de sus mezquinas palabras, de sus gritos de comediantes acerca de la "libertad" (la libertad de los capitalistas de oprimir al pueblo), y etcétera, etcétera. Estarían "dispuestos" a reconocer el socialismo si la humanidad pasase a él en el acto, con un salto efectista, sin desavenencias, sin lucha, sin rechinar de dientes de los explotadores, sin múltiples tentativas por su parte de perpetuar los viejos tiempos o volver a ellos dando un rodeo en secreto, sin nuevas y nuevas "réplicas" de la violencia proletaria revolucionaria a esas tentativas. Estos paniaguados intelectuales de la burguesía están "dispuestos" a lavar la piel, como dice un conocido refrán alemán, pero a condición de que la piel quede siempre seca.

Cuando la burguesía y los funcionarios, empleados médicos, ingenieros, etc., acostumbrados a servirla recurren a las medidas de resistencia más extremas, los intelectuales se horrorizan. Tiemblan de miedo y aúllan con mayor estridencia, proclamando la necesidad de retornar al "espíritu de conciliación". Pero a nosotros, como a todos los amigos sinceros de la clase oprimida, las medidas extremas de resistencia de los explotadores sólo pueden alegrarnos, pues esperamos que el proletariado madure para el ejercicio del poder en la escuela de la vida, en la escuela de la lucha, y no en la escuela de las exhortaciones y los sermones, no en la escuela de las prédicas dulzarronas y de las declamaciones conceptuosas. Para convertirse en clase dominante y vencer definitivamente a la burguesía, el proletariado debe *aprender* eso, pues no tiene dónde encontrar en el acto esa capacidad. Y hay que aprender en la lucha. Y enseña sólo la lucha seria, tenaz y encarnizada. Cuanto más extrema sea la resistencia de los explotadores, tanto más enérgica, firme, implacable y eficaz será su represión por los explotados. Cuanto más variados sean las tentativas y los esfuerzos de los explotadores por mantener lo viejo, con tanta mayor rapidez aprenderá el proletariado a expulsar a sus enemigos de clase de sus últimos escondrijos, a arrancar las raíces de su dominación y a liquidar el terreno mismo en que podían (y debían) crecer la esclavitud asalariada, la miseria de las masas, el lucro y la insolencia de los ricos.

A medida que aumenta la resistencia de la burguesía y de sus paniaguados crece también la fuerza del proletariado y del campesinado, que se une a él. Los explotados se fortalecen, maduran, crecen, aprenden, se sacuden la "antigua maldición" del trabajo asalariado a medida que aumenta la resistencia de sus enemigos: los explotadores. La victoria será de los explotados, pues tienen a su lado la vida, la fuerza del número, la fuerza de las masas, la fuerza de los veneros inagotables de todo lo abnegado, ideológico y honesto que pugna por avanzar y despierta para edificar lo nuevo; tienen consigo la fuerza de la reserva gigantesca de energía y de talento del llamado "vulgo"; de los obreros y de los campesinos. La victoria será suya.

Escrito entre el 24 y el 27 de diciembre de 1917 (6-9 de enero de 1918). Publicado por vez primera el 22 de enero de 1929 en el núm. 18 de "Pravda".
T. 35, págs. 191-194.

¿CÓMO DEBE ORGANIZARSE LA EMULACIÓN?

Los escritores burgueses han emborronado y continúan emborronando montañas de papel para elogiar la competencia, la iniciativa privada y demás admirables encantos y virtudes de los capitalistas y del régimen capitalista. Se acusaba a los socialistas de no querer comprender la significación de esas virtudes ni tener en cuenta "la naturaleza humana". Pero, en realidad, el capitalismo ha sustituido hace ya mucho la pequeña producción mercantil independiente -en la que la competencia podía, en proporciones más o menos *amplias*, inculcar el espíritu emprendedor, la energía y la iniciativa audaz- con la producción industrial a escala grande y grandísima, con las sociedades anónimas, los consorcios y demás monopolios. La competencia significa, en *este tipo* de capitalismo, sofocar con ferocidad inaudita el espíritu emprendedor, la energía, la iniciativa audaz de *la masa* de la población, de su inmensa mayoría, del 99% de los trabajadores; significa también sustituir la emulación por la pillería financiera, el nepotismo y el servilismo en los peldaños más elevados de la escala social.

Lejos de apagar la emulación, el socialismo crea por vez primera la posibilidad de practicarla a escala verdaderamente *amplia*, verdaderamente *masiva*; crea la posibilidad de incorporar de veras a la mayoría de los trabajadores a una actividad que les permita manifestarse en todo su valor, desarrollar sus dotes y revelar los talentos, que en el pueblo forman un manantial inagotable y que el capitalismo pisoteaba, oprimía y ahogaba por miles y millones.

Nuestra tarea hoy, con un gobierno socialista en el poder, consiste en organizar la emulación.

Los lacayos y paniaguados de la burguesía han presentado el socialismo como un cuartel gris, uniforme, monótono y penetrado de espíritu oficinesco. Los criados de la caja de caudales, los lacayos de los explotadores -los señores intelectuales burgueses- han hecho del socialismo un "espantajo" para el pueblo, que se ve condenado precisamente en el capitalismo a una vida de presidio y de cuartel, de trabajo monótono y agotador, a una vida semihambrienta y de profunda miseria. La confiscación de las tierras de los latifundistas, la implantación del control obrero y la nacionalización de los bancos constituyen el primer paso hacia la emancipación de los trabajadores encerrados en ese presidio. Las medidas siguientes serán la nacionalización de las fábricas y empresas, la organización obligatoria de toda la población en sociedades de consumo, que también serán sociedades de venta de productos, y el monopolio del Estado sobre el comercio del trigo y de otros artículos necesarios.

Sólo ahora surge la posibilidad de que el espíritu emprendedor, la emulación y la iniciativa audaz se manifiesten con amplitud y a escala realmente masiva. Cada fábrica en que el capitalista haya sido lanzado a la calle o, cuando menos, metido en cintura por un verdadero control obrero; cada aldea en que se haya expulsado al terrateniente explotador y se le hayan confiscado las tierras, es ahora, y sólo ahora, campo de acción donde el trabajador puede mostrar de lo que es capaz, enderezar un poco el espinazo, erguirse y sentirse hombre. Por vez primera después de siglos de trabajo para los demás, de trabajo forzado para los explotadores, se tiene la posibilidad de *trabajar para sí mismo* y, además, beneficiándose de todas las conquistas de la cultura y de la técnica más moderna.

Esta sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí mismo -el cambio más grande que conoce la historia de la humanidad- no puede realizarse, como es natural, sin rozamientos, sin dificultades, sin conflictos, sin el empleo de la violencia contra los parásitos inveterados y sus lacayos. En cuanto a esto, ningún obrero se hace ilusiones templados en largos años de trabajos forzados para los explotadores y de infinitas vejaciones y ultrajes por parte de éstos; templados por la negra miseria, los obreros y los campesinos pobres saben que se necesita tiempo para *romper* la resistencia de los explotadores. Los obreros y los campesinos no se han contagiado en lo más mínimo de las ilusiones sentimentales de los señores intelectuales, de todo ese fango de los de *Nóvaya Zhizn* y demás, que han enronquecido "clamando" contra los capitalistas, que han "gesticulado" y "tronado" contra ellos, para luego echarse a llorar y portarse como perros apaleados cuando llega *la hora de la acción*, de pasar de las amenazas a los hechos, de realizar en la práctica *el derrocamiento* de los capitalistas.

La gran sustitución del trabajo esclavizado por el

trabajo para sí mismo, organizado en un plan de conjunto, a una escala inmensa, a escala nacional (y, en cierta medida, a escala internacional, mundial), exige también -además de las medidas "*militares*" de represión de la resistencia de los explotadores- esfuerzos gigantescos de *organización* y una gran iniciativa organizadora por parte del proletariado y de los campesinos pobres. La tarea de organizar forma un todo indisoluble con la de reprimir implacablemente por vía militar a los esclavistas (capitalistas) de ayer y a su lacayuna jauría: los señores intelectuales burgueses. Nosotros hemos sido siempre los organizadores y los jefes, nosotros hemos mandado siempre -dicen y piensan los esclavistas de ayer y sus demandaderos de entre los intelectuales-; queremos continuar siendo lo que éramos; no obedeceremos a la "plebe", a los obreros y los campesinos; no nos someteremos a ellos; haremos de nuestros conocimientos armas para defender los privilegios de la caja de caudales y el dominio del capital sobre el pueblo.

Así hablan, piensan y actúan los burgueses y los intelectuales burgueses. Desde el punto de vista *egoísta*, se comprende su actitud: los gorrones y paniaguados de los terratenientes feudales, los popes, los chirpatintas, los funcionarios descritos por Gógol, los "intelectuales" que odiaban a Belinski se despidieron también con gran "dificultad" del régimen de la servidumbre. Pero la causa de los explotadores y de sus criados intelectuales está condenada al fracaso. La resistencia de estos elementos va siendo quebrantada por los obreros y los campesinos -por desgracia, con una firmeza, una resolución e inexorabilidad todavía insuficientes-, *y será quebrantada definitivamente*.

"Ellos" piensan que la "plebe", los "simples" obreros y campesinos pobres, serán incapaces de cumplir la gran tarea de organización que la revolución socialista ha hecho recaer sobre los hombros de los trabajadores, una tarea verdaderamente heroica en el sentido histórico universal de la palabra. "No podrán prescindir de nosotros", dicen para consolarse los intelectuales habituados a servir a los capitalistas y al Estado capitalista. Pero verán frustrados sus insolentes cálculos: empiezan ya a destacarse hombres instruidos que se ponen al lado del pueblo, al lado de los trabajadores, para ayudarles a vencer la resistencia de los lacayos del capital. En cuanto a los organizadores de talento, que abundan entre la clase obrera y entre los campesinos, comienzan a tener conciencia de su valor, a despertar y a sentirse atraídos por el gran trabajo vivo y creador, a emprender por sí mismos la edificación de la sociedad socialista.

Una de las tareas más importantes, si no la más importante, de la hora presente consiste en desarrollar con la mayor amplitud esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general en su obra creadora de *organización*. Hay que desvanecer a toda costa el viejo prejuicio *absurdo*, salvaje, infame y odioso de que sólo las llamadas "clases superiores", sólo los ricos o los que han cursado la escuela de las clases ricas, pueden administrar el Estado, dirigir la estructura de la sociedad socialista.

Eso es un prejuicio, mantenido por la rutina podrida y fosilizada, por el hábito servil y, en mayor medida, por la inmunda avidez de los capitalistas, interesados en administrar saqueando y saquear administrando. No, los obreros no olvidarán ni un minuto que necesitan la fuerza del saber. El celo extraordinario que ponen en instruirse, precisamente hoy, atestigua que en este sentido no hay ni puede haber equivocaciones en los medios proletarios. Pero el obrero y el campesino de *filas*, que saben leer y escribir, que conocen a los hombres y tienen una experiencia práctica también son capaces de efectuar la labor de *organización*. Estos hombres forman *legión* en la "plebe", de la que hablan con desdén y altanería los intelectuales burgueses. La clase obrera y el campesinado poseen un manantial inagotable y aún intacto de esos talentos.

Los obreros y los campesinos son todavía "tímidos", no están acostumbrados aún a la idea de que ahora son *ellos* la clase *dominante* y les falta decisión. La revolución no podía inculcar *en el acto* estas cualidades en millones y millones de hombres obligados por el hambre y la miseria a trabajar bajo el látigo durante toda su vida. Pero la fuerza, la vitalidad y la invencibilidad de la Revolución de Octubre de 1917 radican precisamente en que ésta *despierta* esas cualidades, derrumba todos los viejos obstáculos, rompe las trabas vetustas y lleva a los trabajadores al camino de la creación *por ellos* mismos de la nueva vida.

Contabilidad y control: ésa es la tarea económica *principal* de cada Soviet de diputados obreros, soldados y campesinos, de cada sociedad de consumo, de cada sindicato o comité de abastecimiento, de cada comité de fábrica u organismo de control obrero en general.

Es necesario combatir la vieja costumbre de considerar la medida de trabajo y los medios de producción desde el punto de vista del hombre esclavizado que se pregunta cómo podrá eludir una carga suplementaria, cómo podrá arrancar tajada *a la burguesía*. Los obreros avanzados y conscientes han comenzado ya esta lucha y dan una réplica enérgica a los que llegaron a las fábricas en número singularmente grande durante la guerra y que ahora querrían tratar la fábrica *del pueblo*, la fábrica que es ya propiedad del pueblo, como antes, con un solo pensamiento: "sacar el mayor provecho posible y marcharse". Cuánto hay de consciente, honrado y reflexivo entre los campesinos y entre las masas

trabajadoras se alzará en esa lucha al lado de los obreros avanzados.

Desde el momento en que se ha conseguido y asegurado la dominación política del proletariado, *la esencia* de la transformación socialista radica en la contabilidad y el control de la cantidad de trabajo y de la distribución de productos, si esa contabilidad y ese control se realizan en todas partes con carácter general, universal, por los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, como poder supremo del Estado, o se establecen de acuerdo con las indicaciones y por mandato de este poder.

La contabilidad y el control, indispensables para pasar al socialismo, sólo pueden ser obra de las masas. La colaboración voluntaria y concienzuda de *las masas* obreras y campesinas, realizada con entusiasmo revolucionario, en la contabilidad y el control *sobre los ricos, los estafadores, los parásitos y los hampones* es lo único que puede vencer esas supervivencias de la maldita sociedad capitalista, esas heces de la humanidad, esos miembros de la sociedad irremisiblemente podridos y osificados, esa plaga, esa peste, esa llaga que el capitalismo ha dejado en herencia al socialismo.

¡Obreros y campesinos, trabajadores y explotados! ¡La tierra, los bancos y las fábricas han pasado a ser propiedad de todo el pueblo! ¡Empezad a llevar *vosotros mismos* la contabilidad y el control de la producción y distribución de los productos; ése es *el único* camino hacia el triunfo del socialismo, la garantía de su victoria, la garantía de la victoria sobre toda explotación, sobre toda miseria y necesidad! Porque en Rusia bastará trigo, hierro, madera, lana, algodón y lino para todos, a condición de que se distribuyan bien el trabajo y los productos; a condición de que se establezca un control de todo el pueblo, un control *eficaz y práctico* de esa distribución; a condición de que se venza *no sólo* en la política, sino también en la vida *económica cotidiana*, a los enemigos del pueblo: a los ricos y a sus paniaguados y, luego, a los estafadores, parásitos y hampones.

¡Ninguna clemencia para esos enemigos del pueblo, para los enemigos del socialismo, para los enemigos de los trabajadores! ¡Guerra a muerte a los ricos y a sus paniaguados, a los intelectuales burgueses; guerra a los pillos, a los parásitos y a los maleantes! Unos y otros, los primeros y los últimos, son hermanos carnales, son engendros del capitalismo, niños mimados de la sociedad señorial y burguesa; de esa sociedad en la que un puñado de hombres expoliaba al pueblo y se mofaba de él; de esa sociedad en la que la miseria y la necesidad empujaban a miles y miles de seres al camino del hampa, de la corrupción, de la pillería y del olvido de la dignidad humana; de esa sociedad que inculcaba inevitablemente en los trabajadores este deseo: eludir la explotación, aunque fuese con engaños; librarse, deshacerse, aunque sólo fuese por un instante, de un trabajo odioso; procurarse el pedazo de pan de cualquier modo, a cualquier precio, para no pasar hambre ni ver hambrientos a sus familiares.

Los ricos y los maleantes son dos caras de una misma medalla; son las dos categorías principales de *parásitos* nutridos por el capitalismo; son los enemigos principales del socialismo. Esos enemigos deben ser sometidos a una vigilancia especial de toda la población, deben ser castigados sin piedad en cuanto cometan la menor infracción de las reglas y las leyes de la sociedad socialista. Toda debilidad, toda vacilación, todo sentimentalismo constituirían, en este aspecto, el mayor crimen contra el socialismo.

Para inmunizar a la sociedad socialista contra esos parásitos hay que organizar la contabilidad y el control de la cantidad de trabajo, de la producción y distribución de lo producido; una contabilidad y un control ejercido por todo el pueblo y respaldado voluntaria y enérgicamente, con entusiasmo revolucionario, por millones y millones de obreros y campesinos. Y para organizar esa contabilidad y ese control, *completamente accesibles*, enteramente al alcance de todo obrero y de todo campesino honrado, activo y sensato, hay que despertar sus propios organizadores de talento, surgidos de su seno; hay que despertar en ellos -y organizar a escala de todo el país- *la emulación* en el logro de éxitos en la organización; hay que lograr que los obreros y los campesinos comprendan claramente la diferencia que existe entre el consejo necesario del hombre instruido y el control necesario del "sencillo" obrero y campesino sobre *la negligencia*, tan habitual entre las personas "instruidas".

Esa negligencia, esa incuria, ese abandono, esa dejadez, esa precipitación nerviosa, esa tendencia a sustituir la acción con la discusión y el trabajo con las conversaciones, esa inclinación a emprenderlo todo y no terminar nada constituye uno de los rasgos de "las personas instruidas". Y este rasgo no dimana en modo alguno de su mala condición, y menos aún de sus malas intenciones, sino de todos los hábitos de su vida, de sus condiciones de trabajo, de su agotamiento, del divorcio anormal que existe entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, etc., etc.

Entre los errores, las deficiencias y los pasos en falso de nuestra revolución desempeñan un importante papel los errores, etc., nacidos de esas tristes peculiaridades -inevitables en este momento- de los intelectuales de nuestros medios y de la falla de un control suficiente de los obreros sobre el trabajo de organización de los intelectuales.

Los obreros y los campesinos son todavía "tímidos"; pero deben deshacerse de su timidez y se desharán de ella, *sin duda alguna*. Es imposible prescindir de los consejos y las orientaciones de las personas instruidas, de los intelectuales, de los

especialistas. Todo obrero y todo campesino con un poco de sentido lo comprende perfectamente, y los intelectuales de nuestros medios no pueden quejarse de falta de atención y de estimación camaraderil por parte de los obreros y de los campesinos. Pero los consejos y las orientaciones son una cosa, y la organización *práctica* de la contabilidad y del control, otra. Los intelectuales dan con frecuencia admirables consejos y orientaciones; pero resultan "torpes" hasta el ridículo, *el absurdo* y la ignominia; resultan incapaces de *aplicar* esos consejos y esas orientaciones, de ejercer *un control práctico* para que las palabras se transformen en hechos.

Y en esto precisamente no se puede prescindir en absoluto de la ayuda y *del papel dirigente* de los organizadores prácticos salidos del "pueblo", de los obreros y campesinos trabajadores. "Todo es obra de los hombres", dice el proverbio. Y los obreros y los campesinos deben tener muy presente esta verdad. Deben comprender que hoy todo radica en *la práctica*, que ha llegado justamente un momento histórico en que la teoría se transforma en práctica, se reanima con la práctica, se corrige con la práctica y se comprueba con la práctica. Un momento histórico en el que son justas en extremo las palabras de Marx de que "cada paso de movimiento real vale más que una docena de programas"[112]; un momento en el que toda acción orientada prácticamente a meter en cintura de verdad a los ricos y a los pillos, a limitar sus posibilidades y a someterlos a una contabilidad y un control rigurosos vale mucho más que una docena de admirables razonamientos acerca del socialismo. Porque "la teoría es gris, amigo mío, pero el árbol de la vida es eternamente verde"[113].

Hay que organizar la emulación entre los obreros y campesinos que actúan como organizadores prácticos. Hay que combatir toda tentativa de crear clisés y de establecer la uniformidad desde arriba, cosas a que son tan aficionados los intelectuales. Los clisés y la uniformidad desde arriba no tienen nada de común con el centralismo democrático y socialista. La unidad en lo fundamental, en lo cardinal y esencial, lejos de verse perjudicada, está asegurada por *la diversidad* en los detalles, en las particularidades locales, en las formas de *abordar* la práctica, en *los modos* de aplicar el control, en *los métodos* de exterminar y neutralizar a los parásitos (los ricos y los hampones, los haraganes y los intelectuales histéricos, etc., etc.).

La Comuna de París nos ha ofrecido un magnífico ejemplo de iniciativa, de independencia, de libertad de movimiento y de despliegue de energías desde abajo, todo ello combinado con un centralismo voluntario, al que le son ajenos los clisés. Nuestros Soviets siguen el mismo camino. Pero son todavía "tímidos", no han desplegado aún todas sus fuerzas, no han "calado hondo" todavía en su nueva y gigantesca labor creadora del régimen socialista. Es necesario que los Soviets pongan manos a la obra con más audacia e iniciativa. Es preciso que cada "comuna" -cada fábrica, cada aldea, cada sociedad de consumo, cada comité de abastecimiento- actúen, *emulando* entre sí, como organizadores prácticos de la contabilidad y del control del trabajo y de la distribución de los productos. El programa de esa contabilidad y de ese control es sencillo, claro y comprensible para todos: que nadie carezca de pan, que todos usen buen calzado y buena ropa, tengan una vivienda abrigada, trabajen a conciencia y que ni un solo granuja (incluyendo a cuantos esquivan el trabajo) se pasee en libertad, en lugar de estar en la cárcel o cumplir condena a trabajos forzados de los más duros; que ningún rico que contravenga las reglas y leyes del socialismo pueda escapar a la suerte de los pillos, suerte que, en justicia, debe ser la suya. "El que no trabaja, no come" éste es el mandamiento *práctico* del socialismo. Esto es lo que hay que organizar *en la práctica*. Estos son los éxitos *prácticos* que deben llenar de orgullo a nuestras "comunas" y a nuestros organizadores obreros, campesinos y -con mayor motivo- intelectuales (con *mayor motivo*, pues estos últimos están *muy* acostumbrados, *demasiado* acostumbrados a enorgullecerse de sus indicaciones y resoluciones de carácter general).

Las comunas mismas, las pequeñas células en el campo y en las ciudades, deben imaginar y comprobar en la práctica millares de formas y métodos de contabilidad y control efectivos sobre los ricos, los pillos y los parásitos. La diversidad es en este terreno una garantía de vitalidad, una prenda del éxito en el logro del objetivo común y único *limpiar* el suelo de Rusia de todos los insectos nocivos, de pulgas (pillos), chinches (ricos), y etc., etc. En un lugar se encarcelará a una docena de ricos, a una docena de truhanes, a media docena de obreros que rehúyen el trabajo (del mismo modo canallesco con que lo hacen en Petrogrado numerosos tipógrafos, sobre todo en las imprentas del partido). En otro se les obligará a limpiar las letrinas. En un tercero se les dará, al salir de la cárcel, cartilla de exrecluso para que todo el pueblo los vigile como seres nocivos hasta que se corrijan. En otro se fusilará en el acto a un parásito de cada diez. En otro más se idearán combinaciones de diversos métodos y medios y se recurrirá, por ejemplo, a la libertad condicional de los ricos, intelectuales burgueses, truhanes y maleantes susceptibles de enmienda rápida. Cuanto mayor sea la variedad, tanto mejor y más rica será la experiencia común, tanto más seguro y rápido será el triunfo del socialismo y tanto más fácilmente determinará la práctica -pues sólo ella puede hacerlo- *los mejores* procedimientos y medios de lucha.

¿En qué comuna, en qué barrio de gran ciudad, en qué fábrica y en qué aldea *no hay* hambrientos, *no hay* parados, *no hay* ricos parásitos, *no hay* canallas

de entre los lacayos de la burguesía y saboteadores que se dicen intelectuales? ¿Dónde se ha hecho más para aumentar el rendimiento del trabajo, para construir casas nuevas y buenas destinadas a los pobres, para alojar a los pobres en las casas de los ricos, para dar de una manera regular su botella de leche a todos los niños de las familias pobres? Estas son las cuestiones en que debe basarse *la emulación* de las comunas, de las comunidades, de las asociaciones y cooperativas de consumo y de producción, de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Esta es la labor en que deben destacarse y elevarse *prácticamente* a los puestos de dirección de todo el país *a los organizadores de talento*. Estos elementos abundan en el pueblo, pero se sienten cohibidos. Hay que ayudarles a desarrollarse. Ellos, *y sólo ellos*, pueden, con el apoyo de las masas, salvar a Rusia y salvar la causa del socialismo.

Escrito entre el 24 y 27 de diciembre de 1917 (6-9 de enero de 1918). Publicado por vez primera el 20 de enero de 1929 en el núm. 17 de "Pravda".

T. 35, págs. 195-205.

DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL PUEBLO TRABAJADOR Y EXPLOTADO[114].

La Asamblea Constituyente decretas:

I.

1. Queda proclamada en Rusia la República de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Todo el poder, tanto en el centro como en las localidades, pertenece a dichos Soviets.

2. La República Soviética de Rusia se instituye sobre la base de la unión libre de naciones libres, como Federación de Repúblicas Soviéticas nacionales.

II.

Habiéndose señalado como misión esencial abolir toda explotación del hombre por el hombre, suprimir por completo la división de la sociedad en clases, sofocar de manera implacable la resistencia de los explotadores, instaurar una organización socialista de la sociedad y hacer triunfar el socialismo en todos los países, la Asamblea Constituyente decreta, además:

1. Queda abolida la propiedad privada de la tierra. Se declara patrimonio de todo el pueblo trabajador toda la tierra, con todos los edificios, ganado de labor, aperos de la branza y demás accesorios agrícolas.

2. Se ratifica la ley soviética acerca del control obrero y del Consejo Superior de Economía Nacional, con objeto de asegurar el poder del pueblo trabajador sobre los explotadores y como primera medida para que las fábricas, talleres, minas, ferrocarriles y demás medios de producción y de transporte pasen por entero a ser propiedad del Estado obrero y campesino.

3. Se ratifica el paso de todos los bancos a propiedad del Estado obrero y campesino, como una de las condiciones de la emancipación de las masas trabajadoras del yugo del capital.

4. Queda establecido el trabajo general obligatorio, con el fin de suprimir los sectores parasitarios de la sociedad.

5. Se decreta el armamento de los trabajadores, la formación de un Ejército Rojo socialista de obreros y campesinos y el desarme completo de las clases poseedoras, con objeto de asegurar la plenitud del poder de las masas trabajadoras y eliminar toda posibilidad de restauración del poder de los explotadores.

III.

1. Al expresar su inquebrantable decisión de arrancar a la humanidad de las garras del capital financiero y del imperialismo, que han anegado en sangre la tierra en la guerra actual, la más criminal de todas, la Asamblea Constituyente se solidariza por entero con la política aplicada por el Poder de los Soviets, consistente en romper los tratados secretos, organizar la más extensa confraternización con los obreros y campesinos de los ejércitos actualmente en guerra y obtener, cueste lo que cueste, por procedimientos revolucionarios, una paz democrática entre los pueblos, sin anexiones ni contribuciones, sobre la base de la libre autodeterminación de las naciones.

2. Con el mismo fin, la Asamblea Constituyente insiste en la completa ruptura con la bárbara política de la civilización burguesa, que basaba la prosperidad de los explotadores de unas pocas naciones elegidas en la esclavitud de centenares de millones de trabajadores en Asia, en las colonias en general y en los países pequeños.

La Asamblea Constituyente aplaude la política del Consejo de Comisarios del Pueblo, que ha proclamado la completa independencia de Finlandia, ha comenzado a retirar las tropas de Persia y ha anunciado la libertad de autodeterminación de Armenia[115].

3. La Asamblea Constituyente considera la ley soviética de anulación de los empréstitos concertados por los gobiernos del zar, de los terratenientes y de la burguesía como un primer golpe asestado al capital bancario, financiero internacional, y expresa la seguridad de que el Poder de los Soviets seguirá firmemente esta ruta hasta la completa victoria de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital.

IV.

Elegida sobre la base de las candidaturas de los partidos confeccionadas antes de la Revolución de Octubre, cuando el pueblo no podía aún alzarse en su totalidad contra los explotadores, ni conocía toda la fuerza de la resistencia de éstos en la defensa de sus privilegios de clase ni había abordado en la práctica la creación de la sociedad socialista, la Asamblea Constituyente consideraría profundamente erróneo, incluso desde el punto de vista formal, contraponerse al Poder de los Soviets.

En esencia, la Asamblea Constituyente estima que

hoy, en el momento de la lucha final del pueblo contra sus explotadores, no puede haber lugar para estos últimos en ninguno de los órganos de poder. El poder debe pertenecer íntegra y exclusivamente a las masas trabajadoras y a sus representantes autorizados: los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos.

Al apoyar el Poder de los Soviets y los decretos del Consejo de Comisarios del Pueblo, la Asamblea Constituyente estima que sus funciones no van más allá de establecer las bases cardinales de la transformación socialista de la sociedad.

Al mismo tiempo, en su propósito de crear una alianza efectivamente libre y voluntaria y, por con siguiente, más estrecha y duradera entre las clases trabajadoras de todas las naciones de Rusia, la Asamblea Constituyente limita su misión a estipular las bases fundamentales de la Federación de Repúblicas Soviéticas de Rusia, concediendo a los obreros y campesinos de cada nación la libertad de decidir con toda independencia, en su propio Congreso de los Soviets investido de plenos poderes, si desean, y en qué condiciones, participar en el gobierno federal y en las demás instituciones soviéticas federales.

Escrito no más tarde del 3 (16) de enero de 1918. Publicado el 4 (17) de enero de 1918 en el núm. 2 de "Pravda" y en el núm. 2 de "Izvestia del CEC".

T. 35, págs. 221-223.

GENTE DEL OTRO MUNDO.

"He perdido en vano el día, amigos míos". Así dice una antigua sentencia latina, que viene involuntariamente a la memoria cuando se piensa en la pérdida del día 5 de enero.

Después del trabajo vivo, auténtico, de los Soviets entre los obreros y los campesinos, dedicados a *una obra útil*, a talar el bosque y arrancar los tocones de la explotación terrateniente y capitalista, hemos tenido que trasladarnos de pronto a un "mundo ajeno", a unos advenedizos del otro mundo, del campo de la burguesía y de sus partidarios, paniaguados, lacayos y defensores voluntarios e involuntarios, conscientes e inconscientes. Del mundo de la lucha de las masas trabajadoras, y de su organización soviética, contra los explotadores, al mundo de las frases melifluas de las declaraciones relamidas y vacuas, de las promesas basadas, como antes, en la conciliación con los capitalistas.

¡Como si la historia, involuntariamente o por error, hubiera vuelto atrás su reloj y hubiésemos estado por un día no en enero de 1918, sino en mayo o junio de 1917!

¡Es espantoso! Es algo insoportable estar entre hombres vivos y encontrarse de pronto en compañía de cadáveres, respirar el olor a muerto, escuchar a esas mismas momias de la huera fraseología "social" a lo Luis Blanc, escuchar a Chernov y Tsereteli.

Tenía razón el camarada Skvortsov, quien en dos o tres frases tajantes, cinceladas con precisión, sencillas, serenas y, al mismo tiempo, despiadadamente bruscas, dijo a los eseristas de derecha: "Todo ha terminado entre nosotros. Haremos hasta el fin la Revolución de Octubre contra la burguesía. Ustedes y nosotros nos encontramos a lados distintos de la barricada".

Y como respuesta, un torrente de frases pulidísimas de Chernov y Tsereteli, que dieron de lado cuidadosamente sólo (¡sólo!) una cuestión: la cuestión del Poder soviético, de la Revolución de Octubre. "Que no haya guerra civil, que no haya sabotaje", conjura Chernov a la revolución en nombre de los eseristas de derecha. Y los eseristas de derecha, que han estado durmiendo como difuntos en el féretro durante medio año, desde junio de 1917 hasta enero de 1918, se levantan y aplauden con frenesí, con tozudez. ¡Es, en efecto, tan fácil y agradable resolver los problemas de la revolución por medio de exorcismos! "Que no haya guerra civil, que no haya sabotaje, que reconozcan todos a la Asamblea Constituyente". ¿En qué se diferencia eso, en el fondo, de otro exorcismo: "Que se reconcilien los obreros y los capitalistas"? Absolutamente en nada. Los Kaledin y los Riabushinski, junto con sus amigos imperialistas de todos los países, no desaparecerán ni modificarán su política porque les conjuren a ello los cantos melodiosos del melifluo Chernov ni los aburridos sermones de Tsereteli, que huelen a librejos no comprendidos, mal meditados y desnaturalizados.

O vencer a los Kaledin y los Riabushinski o entregar la revolución. O la victoria en la guerra civil contra los explotadores o la muerte de la revolución. Así se planteó el problema en todas las revoluciones: en la inglesa del siglo XVII, en la francesa del siglo XVIII y en la alemana del siglo XIX. ¿Cómo puede concebirse que el problema no esté planteado así en la revolución rusa del siglo XX? ¿Cómo van a convertirse los lobos en corderos?

Tsereteli y Chernov no tienen ni un ápice de reflexión, ni el más mínimo deseo de reconocer el hecho de la lucha de clases, que se ha transformado en guerra civil no por casualidad, no de golpe, no por capricho o mala voluntad de nadie, sino de modo ineluctable, en un largo proceso de desarrollo revolucionario.

Ha sido un día pesado, aburrido y fastidioso en los elegantes locales del Palacio de Táuride, que incluso por su aspecto se diferencia del Smolny aproximadamente igual que el parlamentarismo burgués, elegante, pero muerto, se diferencia del mecanismo soviético, proletario, sencillo, desordenado e imperfecto aún en muchos aspectos, pero vivo y vital. Allá, en el viejo mundo del parlamentarismo burgués, hacían esgrima los jefes de las clases hostiles y de los grupos hostiles de la burguesía. Aquí, en el nuevo mundo del Estado socialista, proletario y campesino, las clases oprimidas hacen con tosquedad, sin habilidad... (Aquí se interrumpe el manuscrito)

Escrito el 6 (19) de enero de 1918. Publicado por vez primera el 21 de enero de 1926 en el núm. 17 de "Pravda".

T. 35, págs. 229-231.

DISCURSO ACERCA DE LA DISOLUCIÓN DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE, EN LA SESIÓN DEL CEC DE TODA RUSIA.

6 (9) de enero de 1918.

Camaradas: El choque producido entre el Poder soviético y la Asamblea Constituyente ha sido preparado por toda la historia de la revolución rusa, colocada ante las inauditas tareas de la transformación socialista de la sociedad. Después de les sucesos de 1905 no cabía la menor duda de que el zarismo estaba viviendo sus últimos días y logró salir a flote sólo merced al atraso y la ignorancia del campo. La revolución de 1917 viose acompañada por el fenómeno de que, por una parte, el partido imperialista burgués se transformó, en virtud de los acontecimientos, en un partido republicano y, por otra parte, surgieron los Soviets, organizaciones democráticas fundadas aún en 1905, pues los socialistas comprendieron ya entonces que con la organización de estos Soviets se creaba algo magno, nuevo y sin precedente en la historia de la revolución mundial. Los Soviets, que el pueblo supo crear de manera independiente por completo, son una forma de democracia sin igual en ningún otro país.

La revolución ha puesto en juego dos fuerzas: la unión de las masas para derrocar el zarismo y las organizaciones del pueblo trabajador. Cuando oigo gritar a los enemigos de la Revolución de Octubre que las ideas del socialismo son irrealizables y utópicas, suelo hacerles una pregunta simple y clara: ¿Qué fenómeno es ese de los Soviets? ¿A qué se deben estas organizaciones del pueblo, sin igual aún en la historia del desarrollo de la revolución mundial?

Y nadie me ha dado, ni podía darme, una respuesta concreta a esta pregunta. A causa de la defensa rutinaria del régimen burgués, se combate a estas potentes organizaciones, cuyo surgimiento no se ha observado aún en ninguna de las revoluciones registradas en el mundo. Quien lucha contra los terratenientes, va a los Soviets de diputados campesinos. Los Soviets abarcan a todos los que, no deseando permanecer inactivos, siguen el camino de la labor creadora. Han cubierto con una red todo el país, y cuanto más tupida sea esta red de Soviets populares, tanto menor será la posibilidad de que se explote a los hombres del pueblo trabajador, pues la existencia de los Soviets es incompatible con la prosperidad del régimen burgués. En eso radica el origen de todas las contradicciones de los representantes de la burguesía que luchan contra nuestros Soviets exclusivamente en aras de sus intereses.

La transición del capitalismo al régimen socialista va acompañada de una lucha larga y tenaz. La revolución rusa, después de derrocar el zarismo, debía seguir avanzando sin cesar, no limitándose al triunfo de la revolución burguesa, pues la guerra y las inauditas calamidades que acarrea a los pueblos extenuados abonaron el terreno para que estallara la revolución social. Y por eso es ridículo en extremo afirmar que el desenvolvimiento incesante de la revolución y la indignación consecutiva de las masas fueron suscitados por un solo partido, por una sola personalidad o, como gritan ellos, por la voluntad de un "dictador". El incendio de la revolución estalló a consecuencia de los increíbles sufrimientos de Rusia y de todas las condiciones creadas por la guerra, que planteó de manera tajante y categórica al pueblo trabajador este dilema: o daba ese paso audaz, intrépido y temerario, o perecía de hambre.

Y el fuego revolucionario se manifestó en que fueron creados los Soviets, estos puntales de la revolución de los trabajadores. El pueblo ruso dio un salto gigantesco del zarismo a los Soviets. Esto es un hecho incontestable, no registrado aún en ningún otro sitio. Y mientras los parlamentos burgueses de todos los países y Estados, encerrados en el marco del capitalismo y de la propiedad, nunca ni en parte alguna han ayudado al movimiento revolucionario, los Soviets, al avivar el incendio de la revolución, dictan imperiosos al pueblo: lucha, tómalo todo en tus manos y organízate. Es indudable que en el proceso de desarrollo de la revolución, originado por la fuerza de los Soviets, se tropezará con una serie de errores y fallas de todo género; mas no es un secreto para nadie que todo movimiento revolucionario va acompañado siempre, ineluctablemente, de una manifestación temporal de caos, desbarajuste y desorden. La sociedad burguesa es la misma guerra, la misma matanza, y este fenómeno ha motivado y agravado el conflicto entre la Asamblea Constituyente y los Soviets. Y cuantos nos señalan que nosotros, defensores en otros tiempos de la Asamblea Constituyente, la "disolvemos" hoy, no

tienen un ápice de inteligencia, sólo pronuncian frases hueras y pomposas. Porque en otros tiempos, la Asamblea Constituyente era para nosotros mejor que los decantados organismos de poder del zarismo y de la república de Kerenski; pero, a medida que han ido surgiendo los Soviets, es lógico que estos últimos, como organizaciones revolucionarias de todo el pueblo, hayan alcanzado un nivel incomparablemente más alto que todos los parlamentos del mundo, fenómeno que recalqué ya en el mes de abril. Los Soviets, al abolir de manera radical la propiedad burguesa y terrateniente y facilitar la revolución definitiva que está barriendo todos los vestigios del régimen burgués, nos empujaron al camino que ha llevado al pueblo a crear su propia vida. Hemos emprendido ya esa gran obra y hemos hecho muy bien en emprenderla. Está fuera de toda duda que la revolución socialista no puede ser ofrecida en el acto al pueblo en forma pura, lisa y sin tacha; no puede menos de ir acompañada de guerra civil, de manifestaciones de sabotaje y resistencia. Y quienes pretenden demostraros lo contrario, o son embusteros o son hombres enfundados. (*Clamorosos aplausos*.) Los sucesos del 20 de abril, cuando el pueblo solo, por propia iniciativa, sin indicación alguna de “dictadores” o partidos, se pronunció contra el gobierno conciliador; este fenómeno, mostró ya entonces toda la debilidad e inconsistencia de los puntales burgueses. Las masas sintieron su fuerza y, para complacerlas, empezó el célebre carrusel ministerial a fin de engañar al pueblo. Pero éste no tardó en ver claro, sobre todo después de que Kerenski, teniendo en ambos bolsillos los expoliadores tratados secretos con los imperialistas, lanzó las tropas a la ofensiva. El pueblo engañado, cuya paciencia empezaba a agotarse, fue comprendiendo poco a poco la actividad de los conciliadores, y el resultado de todo ello fue la Revolución de Octubre. El pueblo ha aprendido de la experiencia, pasando por todas las torturas, por las penas de muerte y los ametrallamientos masivos, y en vano le aseguran los verdugos que los culpables de la insurrección de los trabajadores son los bolcheviques o ciertos “dictadores”. Así lo demuestra la división existente en el seno de las masas populares, en los congresos, asambleas, conferencias, etc. El pueblo no ha terminado aún de asimilar la Revolución de Octubre. Esta revolución le ha mostrado en la práctica cómo debe tomar en sus manos, en manos del Estado obrero y campesino, las tierras, las riquezas naturales y los medios de transporte y de producción. Todo el poder a los Soviets, dijimos. Y por eso luchamos. El pueblo quiso convocar la Asamblea Constituyente, y nosotros la convocamos. Pero sintió en el acto qué representaba esa decantada Asamblea Constituyente. Y ahora hemos cumplido la voluntad del pueblo, que proclama: Todo el Poder a los Soviets. Y doblegaremos a los saboteadores. Cuando pasé del Smolny, que rebosaba entusiasmo y estaba pletórico de vida, al Palacio de Táuride, me sentí como si me encontrara entre cadáveres y momias. En la lucha contra el socialismo han esgrimido todos los medios a su alcance, han empleado la fuerza y el sabotaje, y hasta el saber -el gran orgullo de la humanidad- lo han convertido en un medio de explotación del pueblo trabajador. Y aunque con ello han torpedeado algo los pasos hacia la revolución socialista, no han logrado ni lograrán jamás frustrarla. Porque es demasiado poderosa la fuerza de los Soviets, que han empezado a demoler los puntales viejos, caducos, del régimen burgués no a lo gran señor, sino a lo proletario, a lo campesino.

Y la entrega de todo el poder a la Asamblea Constituyente equivale a la conciliación con la maligna burguesía. Los Soviets rusos ponen los intereses de las masas trabajadoras muy por encima de los intereses del pérfido conciliacionismo, disfrazado con ropaje nuevo. Los discursos de Chernov y Tsereteli -políticos caducos que siguen hablando entre gimoteos fastidiosos de que cese la guerra civil- despiden un olor a vetusta, rancia y enmohecida antigüedad. Pero mientras exista Kaledin y tras la consigna de “Todo el poder a la Asamblea Constituyente” se oculte la consigna de “Abajo el Poder soviético”, no eludiremos la guerra civil, ¡pues por nada del mundo entregaremos el Poder de los Soviets! (*Clamorosos aplausos*.) Y cuando la Asamblea Constituyente manifestó de nuevo que estaba dispuesta a aplazar todas las cuestiones y tareas espinosas y candentes que le habían planteado los Soviets, respondimos que no podía haber ni un minuto más de dilación. Y por voluntad del Poder soviético, la Asamblea Constituyente, que no ha reconocido el poder del pueblo, se disuelve. Los Riabushinski han fallado en sus cálculos, y su resistencia no hará más que agravar la situación y provocar un nuevo estallido de la guerra civil.

La Asamblea Constituyente se disuelve, y la República Soviética revolucionaria triunfará a toda costa. (*Clamorosos aplausos que se transforman en prolongada ovación*.)

Publicado el 22 (9) de enero de 1918 en el núm. 6 de “Pravda”.
T. 35 págs. 238-242.

ACERCA DE LA HISTORIA DE LA PAZ DESDICHADA.

Habrá, sin duda, quien pueda decir que no estamos ahora para ocuparnos de la historia. Semejante afirmación sería admisible si no existiera una relación práctica, directa e indisoluble entre el pasado y el presente en un problema concreto. Pero la cuestión de la paz desdichada, de la paz archidura, es tan actual que se hace preciso aclararla. Y por eso publico las tesis sobre esta cuestión que leí el 8 de enero de 1918 en una reunión a la que asistieron cerca de sesenta destacados funcionarios petrogradenses de nuestro partido.

He aquí las tesis:

7-I-1918.

Tesis sobre el problema de la conclusión inmediata de una paz separada y anexionista[116]

1. La situación de la revolución rusa en el momento actual es tal que casi todos los obreros y la gran mayoría de los campesinos están, indudablemente, al lado del Poder soviético y de la revolución socialista comenzada por éste. Por tanto, el éxito de la revolución socialista en Rusia está asegurado.

2. Al mismo tiempo, la guerra civil, provocada por la resistencia furiosa de las clases poseedoras, que saben perfectamente que han emprendido el combate final y decisivo por la conservación de la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, no ha llegado todavía a su punto álgido. El Poder soviético tiene asegurada la victoria en esta guerra; pero será inevitable que transcurra algún tiempo, serán necesarios obligatoriamente no pocos esfuerzos, será ineludible cierto período de profunda ruina y caos que acompañan a toda guerra, y en particular a una guerra civil, antes de que sea rota la resistencia de la burguesía.

3. Además, esta resistencia en sus formas menos activas y no militares: el sabotaje, el soborno de los desclasados, el soborno de los agentes de la burguesía que se infiltran en las filas de los socialistas para echar a perder su obra, etc., etc.; esta resistencia ha resultado ser tan tenaz y capaz de adoptar formas tan variadas que la lucha contra ella se prolongará inevitablemente durante cierto tiempo, y es poco probable que acabe, en sus formas principales, antes de algunos meses. Pero el triunfo de la revolución socialista es imposible sin vencer con decisión esta resistencia pasiva y encubierta de la burguesía y de sus adeptos.

4. Por último, las tareas de la transformación socialista en Rusia, en el terreno de la organización, son tan ingentes y difíciles que su cumplimiento requerirá también bastante tiempo, si tenemos presente la abundancia de "compañeros de viaje" pequeñoburgueses del proletariado socialista y el escaso nivel cultural de éste.

5. Todas estas circunstancias en su conjunto son de tal naturaleza que de ellas dimana con toda evidencia la necesidad de disponer, para el triunfo del socialismo en Rusia, de cierto tiempo -no menos de varios meses-, durante el cual el Gobierno socialista debe tener las manos completamente libres para vencer a la burguesía, primero en su propio país, y para efectuar una amplia y profunda labor de organización entre las masas.

6. La situación de la revolución socialista en Rusia debe servir de base para toda definición de las tareas internacionales de nuestro Poder soviético, pues la situación internacional en el cuarto año de guerra es tal que resulta de todo punto imposible precisar el momento probable del estallido de la revolución y del derrocamiento de cualquiera de los gobiernos imperialistas de Europa (incluido del alemán). No cabe duda de que la revolución socialista en Europa debe estallar y estallará. Todas nuestras esperanzas en la victoria *definitiva* del socialismo se fundan precisamente en esta seguridad y en esta previsión científica. Nuestra propaganda, en general, y la organización de la confraternización en el frente, en particular, deben ser intensificadas y extendidas. Pero sería un error basar la táctica del Gobierno socialista de Rusia en los intentos de determinar si la revolución socialista en Europa, y particularmente en Alemania, va o no a desencadenarse en los próximos seis meses (o en un corto plazo semejante). Como no hay manera de determinarlo, todos los intentos de esta naturaleza se reducirían, objetivamente, a un ciego juego de azar.

7. En el momento presente, es decir, hasta el 7 de enero de 1918, las negociaciones de paz en Brest-Litovsk han de mostrado con absoluta claridad que en el gobierno alemán (que es el que lleva la batuta entre los gobiernos de la Cuádruple Alianza) ha vencido, sin duda alguna, la camarilla militar, la cual

ha presentado ya, en realidad, un ultimátum a Rusia (de un momento a otro debemos esperar, tenemos que esperar forzosamente, su presentación oficial). Este ultimátum significa: o la continuación de la guerra o una paz anexionista, es decir, la paz a condición de que nosotros devolvamos *todos* los territorios que hemos ocupado, los alemanes se queden con todos los territorios ocupados por ellos y nos impongan una contribución (disfrazada como gastos de mantenimiento de los prisioneros), contribución que asciende a unos tres mil millones de rublos pagaderos en varios años.

8. El Gobierno socialista de Rusia se encuentra ante un problema cuya solución no puede ser postergada: o aceptar ahora esta paz anexionista, o emprender en el acto una guerra revolucionaria. En realidad, no hay solución intermedia posible. No puede haber ningún nuevo aplazamiento, porque hemos hecho *ya* todo lo posible e imposible para prolongar artificialmente las negociaciones.

9. Al analizar los argumentos que se invocan a favor de una guerra revolucionaria inmediata, nos encontramos, ante todo, con el razonamiento de que la paz separada constituiría ahora, objetivamente, un acuerdo con los imperialistas alemanes, "un trato imperialista", etc., y que, por consiguiente, una paz así significaría romper por completo con los principios fundamentales del internacionalismo proletario.

Pero este argumento es a todas luces falso. Los obreros que pierden una huelga y firman, para reanudar el trabajo, unas condiciones desventajosas para ellos y ventajosas para los capitalistas, no traicionan al socialismo. Sólo traicionan al socialismo quienes aceptan ventajas para una parte de los obreros a cambio de otras ventajas para los capitalistas. Sólo semejantes acuerdos son inadmisibles por principio.

Traicionan al socialismo quienes califican de justa y defensiva la guerra contra el imperialismo alemán y, de hecho, reciben el apoyo de los imperialistas anglo-franceses, ocultando al pueblo los tratados secretos concertados con ellos. Quienes sin ocultar nada al pueblo, sin firmar ningún tratado secreto con los imperialistas, se avienen a firmar condiciones de paz desventajosas para una nación débil y ventajosas para uno de los grupos imperialistas, porque en ese momento no están en condiciones de continuar la guerra, no cometen ni la más mínima traición al socialismo.

10. Otro de los argumentos a favor de la guerra inmediata es que, al concertar la paz, nos convertimos objetivamente en agentes del imperialismo alemán, pues le damos la posibilidad de utilizar las tropas que tienen en nuestro frente, le devolvemos millones de prisioneros, etc. Pero también este argumento es falso a todas luces, pues en este momento, la guerra revolucionaria nos convertiría, objetivamente, en agentes del imperialismo anglo-francés, ya que le proporcionaría fuerzas auxiliares que favorecerían sus fines. Los ingleses ofrecieron descaradamente a nuestro comandante en jefe, Krylenko, cien rublos al mes por cada soldado nuestro, en caso de que continuásemos la guerra. Y aunque no aceptáramos ni un kopek de los anglo-franceses, no dejaríamos por eso de ayudarles objetivamente, distrayendo una parte de las tropas alemanas.

Desde este punto de vista, tanto en un caso como en otro, no conseguimos librarnos por completo de tal o cual lazo imperialista. Además, es evidente que no podremos librarnos de ellos por completo sin derrocar el imperialismo mundial. La conclusión acertada que se desprende de eso es que, en cuanto triunfa el Gobierno socialista en un país, los problemas deben ser resueltos no desde el punto de vista de la preferencia por uno u otro imperialismo, sino exclusivamente desde el punto de vista de las mejores condiciones para desarrollar y consolidar la revolución socialista ya iniciada.

Dicho en otros términos: el principio que debe servir de base a nuestra táctica no es establecer a cuál de los dos imperialismos nos conviene más ayudar en estos momentos, sino determinar cuál es el medio más eficaz y seguro de garantizar a la revolución socialista la posibilidad de afianzarse o, por lo menos, de sostenerse en un país hasta que otros países se adhieran a él.

11. Se dice que los socialdemócratas alemanes adversarios de la guerra se han hecho ahora "derrotistas" y nos piden que no cedamos ante el imperialismo alemán. Pero nosotros hemos admitido el derrotismo sólo contra la propia burguesía imperialista, rechazando siempre como método inadmisible por principio, y, en general, inservible, la victoria sobre un imperialismo extranjero conseguida en alianza formal o efectiva con un imperialismo "amigo".

Por consiguiente, dicho argumento no es más que una variedad del anterior. Si los socialdemócratas de izquierda alemanes nos propusieran demorar la firma de la paz separada por un plazo *determinado*, garantizándonos el desencadenamiento de la revolución en Alemania durante ese plazo, el problema *podría* plantearse para nosotros de otro modo. Pero la izquierda alemana, lejos de decirnos eso, declara, por el contrario, formalmente: "Sosteneos mientras podáis, pero resolved la cuestión guiándoos por el estado de cosas de la revolución socialista *rusa*, pues no podemos prometeros nada positivo respecto a la revolución alemana".

12. Se dice que en una serie de declaraciones del partido hemos "prometido" abiertamente la guerra revolucionaria y que la conclusión de una paz separada representaría una traición a nuestra palabra.

Eso es falso. Hemos hablado de *la necesidad* para

el Gobierno socialista de "*preparar y sostener*" la guerra revolucionaria en la época del imperialismo*. Hemos dicho eso para combatir el pacifismo abstracto, la teoría de la negación absoluta de "la defensa de la patria" en la época del imperialismo y, por último, los instintos puramente egoístas de una parte de los soldados; pero no hemos contraído ningún compromiso de iniciar la guerra revolucionaria sin tener en cuenta en qué grado es posible sostenerla en uno u otro momento.

También ahora debemos, sin duda, *preparar* la guerra revolucionaria. Estamos cumpliendo esta promesa, como hemos cumplido, en general, todas nuestras promesas factibles de realización inmediata: hemos anulado los tratados secretos, hemos propuesto una paz justa a todos los pueblos, hemos demorado varias veces y por todos los medios las negociaciones de paz para dar tiempo a que los demás pueblos se adhieran a nosotros.

Pero el problema de si es posible sostener una guerra revolucionaria *ahora*, *inmediatamente*, debe resolverse tomando en consideración de manera exclusiva las condiciones materiales de su realización y los intereses de la revolución socialista ya iniciada.

13. Al resumir la apreciación de los argumentos a favor de la guerra revolucionaria inmediata, debe llegarse a la conclusión de que tal política correspondería, quizá, a las necesidades del hombre en su aspiración a lo bello, efectista y brillante; pero no tendría en cuenta en absoluto la correlación objetiva de las fuerzas de clase y de los factores materiales del momento actual de la revolución socialista iniciada.

14. Es indudable que en este momento y en las próximas semanas (y probablemente en los próximos meses), nuestro ejército no está en absoluto en condiciones de rechazar una ofensiva alemana, debido, en primer lugar, al excepcional cansancio y agotamiento de la mayoría de los soldados, dado el inaudito desbarajuste del aprovisionamiento y del relevo de los hombres cansados, etc.; en segundo lugar, a causa de la inutilidad completa de la tracción animal, que originaría la pérdida inevitable de nuestra artillería; y, en tercer lugar, a causa de la imposibilidad completa de defender la costa desde Riga hasta Reval, lo que brinda al enemigo la más segura probabilidad de conquistar la parte restante de Liflandia, apoderarse a continuación de Estlandia, envolver una gran parte de nuestras tropas por la retaguardia, y, por último, tomar Petrogrado.

15. Además, no cabe la menor duda de que, en el momento presente, la mayoría campesina de nuestro ejército se pronunciaría con toda seguridad a favor de una paz anexionista y no a favor de una guerra revolucionaria inmediata, pues la reorganización socialista del ejército y la incorporación a sus filas de los destacamentos de la Guardia Roja, etc., se hallan sólo en sus comienzos.

Con un ejército democratizado por completo sería una aventura hacer la guerra contra la voluntad de la mayoría de los soldados, y para crear un ejército obrero y campesino socialista, realmente potente y fuerte en el aspecto ideológico, son necesarios, por lo menos, meses y meses.

16. Los campesinos pobres de Rusia están en condiciones de apoyar la revolución socialista, dirigida por la clase obrera; pero no están en condiciones de emprender ahora mismo, sin demora, una guerra revolucionaria seria. Constituiría un error fatal despreciar esta correlación objetiva de las fuerzas de clase en lo que respecta a dicha cuestión.

17. Por tanto, en lo que concierne a la guerra revolucionaria en el momento actual, la situación es la siguiente:

Si la revolución alemana estallara y triunfase en los próximos tres o cuatro meses, tal vez la táctica de la guerra revolucionaria inmediata no originaría la ruina de nuestra revolución socialista.

Pero si la revolución alemana no se produce en los meses próximos, el curso de los acontecimientos, de continuar la guerra, será inevitablemente tal que gravísimas derrotas obligarán a Rusia a concertar una paz separada aún más desfavorable; y, además, esta paz no la firmaría un Gobierno socialista, sino otro cualquiera (por ejemplo, el bloque de la Rada burguesa con la gente de Chernov o algo semejante). Porque el ejército campesino, extremadamente agotado por la guerra, derrocaría al Gobierno obrero socialista después de las primeras derrotas, probablemente no al cabo de varios meses, sino a las pocas semanas.

18. En tales condiciones, sería una táctica inadmisible por completo jugarse a una carta los destinos de la revolución socialista, ya iniciada en Rusia, sólo para ver si estalla la revolución en Alemania en un plazo cercano, brevísimo, calculado en semanas. Semejante táctica sería una aventura. No tenemos derecho a correr ese riesgo.

19. En virtud de sus bases objetivas, tampoco la revolución alemana se verá perjudicada lo más mínimo por el hecho de que nosotros concertemos la paz separada. Es probable que la embriaguez chovinista la debilite durante cierto tiempo, pero la situación de Alemania seguirá siendo difícil en extremo, la guerra contra Inglaterra y América será larga, el imperialismo agresivo ha quedado desenmascarado total y definitivamente por ambas partes. La República Socialista Soviética de Rusia se alzará como un ejemplo vivo ante los pueblos de todos los países; y el efecto de este ejemplo, como propaganda y como acción revolucionaria, será gigantesco. De un lado: régimen burgués y guerra de conquista, al desnudo por completo, entre dos grupos de bandidos. De otro: paz y República Socialista de los Soviets.

---

* Véase V. I. Lenin. Unas cuantas tesis. (*N. de la Edit.*)

20. Al concertar la paz separada nos libramos en el mayor grado posible, en el momento actual, de ambos grupos imperialistas contendientes, aprovechándonos de la hostilidad existente entre ellos y de la guerra -que les impide confabularse contra nosotros-, y conseguimos tener las manos libres durante cierto tiempo para proseguir y consolidar la revolución socialista. La reorganización de Rusia sobre la base de la dictadura del proletariado, sobre la base de la nacionalización de los bancos y de la gran industria, con un régimen de *intercambio natural de productos* entre la ciudad y las cooperativas de consumo rurales, formadas por los pequeños campesinos, es posible desde el punto de vista económico, a condición de que tengamos asegurados unos meses de trabajo pacífico. Y esa reorganización haría que el socialismo fuese invencible tanto en Rusia como en el mundo entero, creando a la vez una firme base económica para un poderoso Ejército Rojo Obrero y Campesino.

21. En el momento actual, una guerra revolucionaria de verdad sería la guerra de la República Socialista contra los países burgueses con el claro fin, plenamente aprobado por el ejército socialista, de derrocar a la burguesía de otros países. Pero es *indudable* que en *este* momento no podemos todavía señalarnos esa meta. Objetivamente, lucharíamos ahora por la liberación de Polonia, Lituania y Curlandia. Pero ningún marxista podría negar, sin romper con los principios del marxismo y del socialismo en general, que los intereses del socialismo están por encima de los intereses del derecho de las naciones a la autodeterminación. Nuestra República Socialista ha hecho y continúa haciendo todo lo posible para llevar a la práctica el derecho de autodeterminación de Finlandia, Ucrania, etc. Pero si la situación concreta es tal que la existencia de la República Socialista se halla en este momento en peligro por haber sido infringido el derecho de autodeterminación de algunas naciones (Polonia, Lituania, Curlandia, etc.), se comprende de por sí que los intereses de la conservación de la República Socialista están por encima.

Por eso, quien dice: "No podemos firmar una paz deshonrosa, indecente, etc., no podemos traicionar a Polonia, etc.", no advierte que, al firmar una paz condicionada por la liberación de Polonia, no haría otra cosa que reforzar *más aún* el imperialismo alemán contra Inglaterra, contra Bélgica, Serbia y otros países. La paz condicionada por la liberación de Polonia, Lituania y Curlandia sería una paz "patriótica" *desde el punto de vista de Rusia*, pero no dejaría de ser en ningún caso una paz con los anexionistas, con los imperialistas alemanes.

21 de enero de 1918. A estas tesis debe agregarse lo siguiente:

22. Las huelgas de masas en Austria y Alemania, luego la formación de los Soviets de diputados obreros en Berlín y en Viena y, por último, el comienzo el 18-20 de enero de los choques armados y de las escaramuzas callejeras en Berlín obligan a reconocer como un hecho que en Alemania ha comenzado la revolución.

De este hecho se deduce la posibilidad para nosotros de dar largas y demorar, durante un cierto período, las negociaciones de paz.

Escrito: las tesis, el 7 (20) de enero de 1918; la tesis 22, el 21 de enero (3 de febrero), y la introducción, en febrero, antes del día 11 (24). Publicado (sin la tesis 22) el 24 (11) de febrero de 1918 en el núm. 34 de "Pravda". La tesis 22 vio la luz por vez primera en 1949 en el tomo 26 de la 4ª ed. de las "Obras" de V. I. Lenin.

T 35, págs. 243-252.

III CONGRESO DE LOS SOVIETS DE DIPUTADOS OBREROS, SOLDADOS Y CAMPESINOS DE TODA RUSIA.

10-18 (23-31) de enero de 1918.

1. Informe sobre la actividad del consejo de comisarios del pueblo, 11 (24) de enero.

Camaradas: En nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo debo presentaros un informe sobre su actividad durante los dos meses y quince días transcurridos desde la formación del Poder soviético y del Gobierno soviético en Rusia.

Dos meses y quince días representan, en total, cinco días más de los que existió el precedente poder de los obreros sobre todo un país o sobre los explotadores y capitalistas: el poder de los obreros parisienses en la época de la Comuna de París de 1871.

Debemos recordar ese poder de los obreros, ante todo, al echar una mirada al pasado y compararlo con el Poder soviético instaurado el 25 de octubre. Y al hacer esta comparación entre la anterior dictadura del proletariado y la actual, podremos ver en el acto qué gigantesco paso ha dado el movimiento obrero internacional y en qué situación incomparablemente más favorable se encuentra el Poder soviético en Rusia, pese a las condiciones complejas sin igual, que implican la situación de guerra y la ruina.

Después de mantenerse dos meses y diez días, los obreros de París, que crearon por vez primera la Comuna, embrión del Poder soviético, perecieron ametrallados por los democonstitucionalistas, mencheviques y eseristas-kaledinistas de derecha franceses. Los obreros franceses hubieron de pagar con víctimas inauditamente numerosas la primera experiencia de gobierno obrero, cuyo sentido y objetivos desconocía la aplastante mayoría de los campesinos de Francia.

Nosotros nos encontramos en circunstancias muchísimo más favorables porque los soldados, obreros y campesinos rusos han sabido crear un aparato que ha dado a conocer al mundo entero sus formas de lucha: el Gobierno soviético. Eso es, ante todo, lo que cambia la situación de los obreros y campesinos rusos en comparación con el poder del proletariado parisiense. Los proletarios de París carecían de un aparato, no eran comprendidos por el país; nosotros nos hemos apoyado en el acto en el Poder soviético, y por eso jamás hemos dudado de que este poder gozaba de la simpatía y el apoyo más fervoroso y abnegado de la gigantesca mayoría de las masas, debido a lo cual era invencible.

Quienes adoptaban una actitud de escepticismo ante el Poder soviético, y con frecuencia, consciente o inconscientemente, lo traicionaban y se entregaban a la conciliación con los capitalistas y los imperialistas, han hecho ensordecer a todos con sus gritos de que en Rusia no podía mantenerse el poder exclusivo del proletariado. Como si cualquier bolchevique o partidario suyo hubiera olvidado por un solo instante que en Rusia sólo puede ser duradero un poder que sepa cohesionar a la clase obrera, a la mayoría de los campesinos, a todas las clases trabajadoras y explotadas en una fuerza única, indisolublemente unida, que luche contra los terratenientes y la burguesía.

Jamás hemos dudado de que sólo la alianza de los obreros y los campesinos pobres, de los semiproletarios, de la cual se habla en el Programa de nuestro partido, puede abarcar en Rusia a la mayoría de la población y asegurar un firme apoyo al poder. Y después del 25 de octubre hemos conseguido en el acto, en el transcurso de unas cuantas semanas, vencer todas las dificultades y crear un poder basado en esa firme alianza.

¡Sí, camaradas! Cuando el partido eserista en su vieja forma -en un momento en que los campesinos no habían comprendido aún quiénes eran dentro de él los verdaderos partidarios del socialismo- lanzaba la consigna de usufructo igualitario del suelo, sin desear conocer quién cumpliría esa tarea, en alianza o no con la burguesía, nosotros dijimos que eso era un engaño. Y esa parte, que ha visto ahora que no la sigue el pueblo, que es un cero a la izquierda, pretendía que podría aplicar el usufructo igualitario del suelo en alianza con la burguesía: en eso consistía el engaño principal. Y cuando la revolución rusa mostró la experiencia de la colaboración de las masas trabajadoras con la burguesía en el momento más grandioso de la vida del pueblo; cuando la guerra llevó y lleva al pueblo a la ruina, condenando a millones de seres a perecer de hambre, y sus consecuencias revelaron en la práctica la experiencia del conciliacionismo; cuando los propios Soviets vivieron y sintieron esa experiencia, pasando por la escuela de la conciliación, se hizo evidente la

presencia de un gran germen socialista, sano y viable, en la doctrina de quienes querían unir el campesinado, su parte trabajadora, al gran movimiento socialista de los obreros del mundo entero.

Y en cuanto esta cuestión se planteó en la práctica con nitidez y precisión ante el campesinado, ocurrió lo que nadie dudaba que debía ocurrir, como lo han demostrado ahora los Soviets y congresos campesinos: cuando llegó el momento de realizar de verdad el socialismo, los campesinos pudieron ver con claridad esas dos líneas políticas fundamentales, la alianza con la burguesía o con las masas trabajadoras. Comprendieron entonces que el partido que expresaba los verdaderos anhelos e intereses del campesinado era el partido de los eseristas de izquierda. Y cuando concluimos con este partido nuestra alianza gubernamental, planteamos las cosas desde el primer momento de tal modo que dicha alianza se asentara en los principios más claros y evidentes. Si los campesinos de Rusia quieren llevar a cabo la socialización de la tierra en alianza con los obreros, que efectuarán la nacionalización de los bancos e implantarán el control obrero, serán fieles colaboradores nuestros, serán nuestros más fieles y valiosos aliados. No hay un solo socialista, camaradas, que no reconozca la verdad evidente de que entre el socialismo y el capitalismo se extiende un largo período, más o menos difícil, de transición, de dictadura del proletariado, y que las formas de este período dependerán en mucho de sí predomina la pequeña propiedad o la grande, la pequeña cultura o la grande. Es comprensible que el paso al socialismo en Estlandia, ese pequeño país compuesto de grandes haciendas agrícolas y en el que toda la población sabe leer y escribir, no puede parecerse al paso al socialismo en un país predominantemente pequeñoburgués como es Rusia. Eso hay que tenerlo en cuenta.

Todo socialista consciente dice que es imposible imponer el socialismo a los campesinos por la violencia y que debe confiarse únicamente en la fuerza del ejemplo y en la asimilación de la experiencia de la vida por la masa campesina. ¿Cómo considera esa masa más cómodo pasar al socialismo? He ahí la tarea que tiene planteada hoy de manera práctica el campesinado ruso. ¿Cómo puede esa misma masa apoyar al proletariado socialista y empezar el paso al socialismo? Y los campesinos han iniciado ya ese paso y tenemos plena confianza en ellos.

La alianza que hemos concluido con los socialistas revolucionarios de izquierda se asienta en una firme base y se fortalece no por días, sino por horas. Si en los primeros tiempos podíamos temer en el Consejo de Comisarios del Pueblo que la lucha fraccional frenara el trabajo, hoy debo decir con certeza, tomando en consideración la experiencia que proporcionan dos meses de trabajo conjunto, que en la mayoría de los asuntos adoptamos acuerdos unánimes.

Sabemos que sólo cuando la experiencia muestra a los campesinos cuál debe ser, por ejemplo, el intercambio entre la ciudad y el campo, ellos mismos establecen su ligazón por abajo, basándose en su propia experiencia. De otra parte, la experiencia de la guerra civil enseña de manera evidente a los representantes de los campesinos que no hay otro camino hacia el socialismo que la dictadura del proletariado y el aniquilamiento implacable de la dominación de los explotadores. (*Aplausos*.)

Camaradas: Cada vez que tocamos este tema, en la presente reunión o en el Comité Ejecutivo Central, escucho de cuando en cuando, de la parte derecha de la asamblea, exclamaciones de "¡Dictador!" Sí, "cuando éramos socialistas", todos reconocían la dictadura del proletariado; incluso hablaban de ella en sus programas, se indignaban ante el difundido prejuicio de que se puede hacer cambiar de criterio a la población, demostrarle que no se debe explotar a las masas trabajadoras, que eso es pecaminoso y vergonzoso, y que entonces se entronizará el paraíso en la tierra. No, ese prejuicio utópico ha sido destrozado hace mucho en la teoría y nuestra tarea consiste en destrozarlo en la práctica.

Es imposible imaginarse que los señores socialistas vayan a servirnos el socialismo en bandeja de plata, ya preparadito. Eso no ocurrirá. Ni un solo problema de la lucha de clases se ha resuelto aún en la historia de otro modo que no sea por la violencia. ¡Cuando la violencia procede de los trabajadores, de las masas explotadas contra los explotadores, entonces sí, entonces somos partidarios de esa violencia! (*Clamorosos aplausos*.) Y no nos turban lo más mínimo los chillidos de quienes, consciente o inconscientemente, están al lado de la burguesía o se encuentran tan atemorizados por ella, tan oprimidos por su dominación, que al ver ahora esta lucha de clases, de un enconamiento inusitado, se desconciertan, lloran, olvidan todas sus premisas y exigen de nosotros lo imposible: exigen que nosotros, socialistas, alcancemos la victoria completa sin luchar contra los explotadores, sin sofocar su resistencia.

Los señores explotadores comprendieron ya en el verano de 1917 que se trataba de "las batallas finales y decisivas", que el último baluarte de la burguesía, esta fuente principal y fundamental de opresión de las masas trabajadoras, les sería arrancado de las manos si los Soviets tomaban el poder.

De ahí que la Revolución de Octubre haya iniciado esta lucha sistemática y firme para que los explotadores cesen su resistencia y para que, por difícil que les resulte incluso a los mejores de ellos, se avengan a la idea de que se ha terminado la dominación de las clases explotadoras, de que desde

ahora mandará el mujik sencillo y ellos deberán obedecerle: por muy desagradable que les resulte, tendrán que hacerlo.

Esto costará muchas dificultades, sacrificios y errores, es una cosa nueva, sin precedente en la historia, que no puede leerse en los libros. Se sobrentiende que se trata de la transición más grandiosa y difícil que conoce la historia, pero de otro modo habría sido imposible realizar esa gran transición. Y la circunstancia de que en Rusia se haya creado el Poder soviético ha demostrado que la propia masa revolucionaria es la más rica en experiencia revolucionaria -cuando en ayuda de unas cuantas decenas de hombres del partido acuden millones-, que toma por el cuello, de una manera práctica, a sus explotadores.

De ahí que actualmente haya prevalecido en Rusia la guerra civil. Se lanza contra nosotros la consigna de "¡Que desaparezca la guerra civil!" Tuve ocasión de oírselo a los representantes de la derecha de la llamada Asamblea Constituyente. Que desaparezca la guerra civil... ¿Qué significa eso? ¿La guerra civil contra quién? ¿Contra Kornílov, Kerenski y Riabushinski, que gastan millones en sobornar a desclasados y funcionarios? ¿Contra los saboteadores que, consciente o inconscientemente, lo mismo da, aceptan ese soborno? Es indudable que entre los últimos hay gente atrasada, que acepta eso inconscientemente porque no puede imaginarse que sea posible y necesario destruir hasta los cimientos el anterior régimen burgués y empezar a construir sobre sus ruinas la sociedad socialista, completamente nueva. Es indudable que esa gente existe; pero ¿cambian por ello las circunstancias?

De ahí que los representantes de las clases poseedoras se lo jueguen todo a una carta, de ahí que éstas sean para ellos las batallas finales y decisivas y no se detengan ante ningún crimen con tal de demoler el Poder soviético. ¿Es que toda la historia del socialismo, en particular del socialismo francés, tan rica en afanes revolucionarios, no nos enseña que cuando las propias masas trabajadoras toman en sus manos el poder, las clases dirigentes recurren a crímenes y fusilamientos inauditos en cuanto se trata de proteger sus propias cajas de caudales? Y cuando esa gente nos habla de guerra civil, les contestamos con una sonrisa; y cuando llevan su consigna a los medios de la juventud estudiantil, les decimos: ¡los engañáis!

La lucha de clases no ha llegado por casualidad a su última forma, en la que la clase de los explotados toma en sus manos todos los medios de poder para aniquilar definitivamente a su enemigo de clase, la burguesía, y barrer de la faz de la tierra rusa no sólo a los funcionarios, sino también a los terratenientes, como los han barrido los campesinos rusos en algunas provincias.

Se nos dice que el sabotaje que ha encontrado el Consejo de Comisarios del Pueblo entre los funcionarios y terratenientes demuestra la falta de deseo de ir al encuentro del socialismo. ¡Como si no hubiera estado claro que toda esa banda de capitalistas y truhanes, desclasados y saboteadores no es más que una banda, sobornada por la burguesía, que opone resistencia al poder de los trabajadores! Naturalmente, quienes pensaban que se podía saltar de golpe del capitalismo al socialismo o quienes creían posible convencer a la mayoría de la población de que podría conseguirse eso por medio de la Asamblea Constituyente; quienes creían ese cuento democrático burgués, pueden seguir creyéndolo con toda tranquilidad, pero que no culpen a la vida si ésta lo hace trizas.

Quienes han comprendido lo que es la lucha de clases, lo que significa el sabotaje organizado por los funcionarios, saben que no podemos saltar al socialismo de la noche a la mañana. Quedan aún burgueses, capitalistas, que tienen la esperanza de recuperar su dominación y defienden sus cajas de caudales; quedan aún desclasados, un sector de gente venal, completamente aplastados por el capitalismo y que no saben elevarse hasta las ideas de la lucha proletaria. Quedan aún empleados, funcionarios, que piensan que los intereses de la sociedad consisten en defender el viejo régimen. ¿Cómo es posible imaginarse el triunfo del socialismo de otro modo que no sea la bancarrota total de esos sectores, el hundimiento pleno de la burguesía tanto rusa como europea? ¿No pensaremos que los señores Riabushinski no comprenden sus intereses de clase? Son ellos quienes pagan a los saboteadores para que no trabajen. ¿O es que actúan por separado? ¿No actúan conjuntamente con los capitalistas franceses, ingleses y norteamericanos, comprando valores? Ya veremos, sin embargo, si les ayudan mucho esas compras y no resulta que los montones de valores que compran ahora se conviertan en el más nulo e inservible papel viejo.

He ahí por qué, camaradas, respondemos a todos los reproches y acusaciones de terror, dictadura y guerra civil, aunque estamos muy lejos aún de haber llegado al verdadero terror, porque somos más fuertes que ellos -tenemos los Soviets y nos bastará con la nacionalización de los bancos y la confiscación de los bienes para someterlos a la obediencia-; he ahí por qué respondemos a todas las acusaciones de guerra civil, diciendo: Sí, hemos proclamado públicamente lo que no ha podido proclamar ningún gobierno.

El primer gobierno en el mundo que puede hablar sin tapujos de guerra civil es el gobierno de las masas de obreros, campesinos y soldados. Sí, hemos iniciado y hacemos la guerra contra los explotadores. Cuanto más francamente lo digamos, con tanta mayor rapidez terminará esta guerra, con tanta mayor rapidez nos comprenderán todas las masas

trabajadoras y explotadas, comprenderán que el Poder soviético está efectuando de verdad la obra entrañable de todos los trabajadores.

No creo, camaradas, que podamos lograr pronto la victoria en esta lucha, pero tenemos una riquísima experiencia: en el transcurso de dos meses hemos conseguido mucho. Hemos vivido el intento de ofensiva de Kerenski contra el Poder soviético y el rotundo fracaso de ese intento; hemos vivido la organización del poder de los Kerenski ucranios; la lucha aún no ha terminado allí, pero para cuantos la observan, para cuantos han escuchado, aunque sólo sea, unos informes veraces de los representantes del Poder soviético, está claro que los elementos burgueses de la Rada ucraniana están viviendo sus últimos días. (*Aplausos*.) Es imposible dudar lo más mínimo de la victoria del Poder soviético de la República Popular Ucrania sobre la Rada burguesa ucraniana.

¿Y la lucha contra Kaledin? En ella, en efecto, todo se basa en la explotación de los trabajadores, en la dictadura burguesa, si es que existe alguna base social contra el Poder soviético. El Congreso Campesino ha demostrado con toda evidencia que la causa de Kaledin carece de porvenir, que las masas trabajadoras están contra él. La experiencia del Poder soviético, la propaganda con hechos, con el ejemplo de las organizaciones soviéticas, se impone; y el apoyo interno de Kaledin en el Don se desploma ahora no tanto desde fuera como desde dentro.

De ahí que, al echar un vistazo al frente de la guerra civil en Rusia, podamos decir con toda seguridad: en este terreno, la victoria del Poder soviético es plena y está asegurada por completo. Y la victoria de este Poder soviético, camaradas, se consigue porque, desde el primer momento, empezó a convertir en realidad los preceptos tradicionales del socialismo, apoyándose en las masas de modo consecuente y decidido, considerando una tarea propia despertar a la vida activa e incorporar a la obra creadora socialista a los sectores más oprimidos y esclavizados de la sociedad. De ahí que el viejo ejército, el ejército del amaestramiento cuartelero y de las torturas a los soldados, haya desaparecido para siempre. Ha sido condenado a la demolición y no ha quedado de él piedra sobre piedra. (*Aplausos*.) La democratización completa del ejército ha sido realizada.

Me permitiré contaros un caso que me ocurrió. Fue en un coche del ferrocarril de Finlandia, en el que tuve ocasión de escuchar una conversación entre varios finlandeses y una anciana. Yo no pude participar en la conversación, pues desconocía el finlandés; pero un finlandés se dirigió a mí y me dijo: "¿Sabe usted qué cosa más original ha dicho esta anciana? Ha dicho: Ahora no hay que temer al hombre del fusil. Cuando estuve en el bosque encontré al hombre del fusil, y en vez de quitarme mi leña, me dio más".

Cuando oí eso me dije: no importa que centenares de periódicos, se llamen como se llamen -socialistas, casi socialistas, etc.-, no importa que centenares de voces extraordinariamente fuertes nos griten: "opresores" y otras palabras semejantes. Sabemos que entre las masas populares se alza hoy otra voz. Las masas se dicen: ahora no hay que temer al hombre del fusil, pues defiende a los trabajadores y será implacable en el aniquilamiento de la dominación de los explotadores. (*Aplausos*.) Eso es lo que ha sentido el pueblo y por eso es invencible la agitación que realizan gentes sencillas, sin instrucción, al decir que los guardias rojos dirigen toda su fuerza contra los explotadores. Esta agitación llegará a millones y decenas de millones de seres y hará firmemente lo que la Comuna francesa del siglo XIX empezó a hacer, pero hizo sólo durante un breve período, porque fue reprimida por la burguesía: creará el Ejército Rojo socialista, al que han tendido todos los socialistas, realizará el armamento general del pueblo. Creará nuevos cuadros de la Guardia Roja, que brindarán la posibilidad de educar a las masas trabajadoras para la lucha armada.

Si se decía de Rusia que no podría combatir porque carecería de oficiales, no debemos olvidar lo que decían esos mismos oficiales burgueses al observar a los obreros que luchaban contra Kerenski y Kaledin: "Sí, esos guardias rojos no valen para nada técnicamente; pero si esos hombres aprendieran un poco, tendrían un ejército invencible". Porque, por vez primera en la historia de la lucha mundial, han entrado en el ejército elementos que no poseen conocimientos oficiales, pero que se sienten impelidos por las ideas de la lucha para conseguir la emancipación de los explotados. Y cuando quede terminada la obra que hemos iniciado, la República Soviética de Rusia será invencible. (*Aplausos*.)

Camaradas: Este camino que ha recorrido el Poder soviético en cuanto al ejército socialista se refiere, lo ha recorrido también en relación con otro instrumento de las clases dominantes, aún más sutil y más complejo. Me refiero al tribunal burgués, que se presentaba como defensor del orden, pero que era en realidad un instrumento ciego y sutil para reprimir sin piedad a los explotados y defender los intereses de la caja de caudales. El Poder soviético procedió como le habían legado que procediera todas las revoluciones proletarias: lo demolió en el acto. Que griten cuanto quieran, diciendo que en vez de reformar el viejo tribunal lo entregamos en el acto a la demolición. Con ello desbrozamos el camino para el auténtico tribunal popular, y no tanto por la fuerza de la represión como por el ejemplo de las masas y la autoridad de los trabajadores, sin formalismos. El tribunal, que era antes un instrumento de explotación, ha sido transformado por nosotros en un instrumento de educación sobre las firmes bases de la sociedad

socialista. No cabe la menor duda de que no podemos recibir de golpe semejante sociedad.

Tales son los pasos principales que ha dado el Poder soviético, siguiendo el camino que trazara toda la experiencia de las más grandiosas revoluciones populares en el mundo entero. No ha habido una sola revolución en la que las masas trabajadoras no empezaran a dar pasos por ese camino para crear el nuevo poder del Estado. Lamentablemente, no hicieron más que empezar, pero no pudieron llevar la obra hasta el fin, no consiguieron crear el nuevo tipo de poder del Estado. Nosotros lo hemos creado: en nuestro país es ya realidad la República Socialista de los Soviets.

No me hago ilusiones en cuanto al hecho de que apenas hemos iniciado el período *de transición* al socialismo, de que no hemos llegado aún al socialismo. Pero tendréis razón si decís que nuestro Estado es una República Socialista de los Soviets. Tendréis la misma razón que quienes llaman democráticas a muchas repúblicas burguesas de Occidente, aunque todo el mundo sabe que ni una sola de las repúblicas más democráticas es plenamente democrática. Esas repúblicas conceden trocitos de democracia, reducen en minucias los derechos de los explotadores, pero las masas trabajadoras están en ellas tan oprimidas como en todas partes. Y, sin embargo, decimos que el régimen burgués representa tanto las viejas monarquías como las repúblicas constitucionales.

En la misma situación nos encontramos nosotros ahora. Estamos lejos incluso de haber terminado el período de transición del capitalismo al socialismo. Jamás nos hemos dejado engañar por la esperanza de que podríamos terminarlo sin la ayuda del proletariado internacional. Jamás nos hemos equivocado en esta cuestión y sabemos cuán difícil es el camino que lleva del capitalismo al socialismo; pero estamos en el deber de decir que nuestra República de los Soviets es socialista porque hemos emprendido ese camino, y estas palabras no serán vanas.

Hemos iniciado muchas medidas que socavan la dominación de los capitalistas. Sabemos que nuestro poder debía unir la labor de todas las instituciones con un principio único y ese principio lo expresamos con las siguientes palabras: "Queda proclamada en Rusia la República Socialista de los Soviets". (*Aplausos*.) Eso será una verdad, que se asienta en lo que deberemos hacer y hemos empezado ya a hacer; será la mejor unificación de toda nuestra actividad, la proclamación de su programa, un llamamiento a los trabajadores y explotados de todos los países, que desconocen en absoluto qué es el socialismo o -lo que es peor- entienden por socialismo la bazofia de reformas burguesas de Cbernov y Tsereteli, que hemos probado y experimentado en el transcurso de diez meses de revolución, convenciéndonos de que es una falsificación, pero no el socialismo.

Esa es la causa de que las "libres" Inglaterra y Francia hayan recurrido a todos los medios para impedir durante los diez meses de nuestra revolución la entrada de un solo número de los periódicos bolcheviques y eseristas de izquierda. Debieron proceder de esa manera porque veían ante sí en todos los países una masa de obreros y campesinos que captaban instintivamente cuanto hacían los obreros rusos. Porque no había ni una sola reunión en la que no se acogieran con tempestades de aplausos las noticias acerca de la revolución rusa y la consigna del Poder de los Soviets. Las masas trabajadoras y explotadas han entrado ya por doquier en contradicción con las altas esferas de sus partidos. Este viejo socialismo de altas esferas no ha sido enterrado todavía, como Chjeídze y Tsereteli en Rusia, pero ha sido matado ya en todos los países del mundo, está ya muerto.

Y frente a ese viejo régimen burgués se alza ya el nuevo Estado: la República de los Soviets, la república de las clases trabajadoras y explotadas, que derriban los viejos tabiques burgueses. Se han creado nuevas formas de Estado, que han permitido reprimir a los explotadores, sofocar la resistencia de este puñado minúsculo, fuerte por la caja de caudales de que disponía ayer y por la reserva de conocimientos que tenía ayer. Ellos transforman sus conocimientos - los del profesor, el maestro y el ingeniero- en un instrumento de explotación de los trabajadores, diciendo: Quiero que mis conocimientos sirvan a la burguesía; de otro modo, no trabajaré. Pero su poder se ha visto quebrantado por la revolución obrera y campesina, y frente a ellos surge un Estado en el que las propias masas eligen libremente a sus representantes.

Precisamente ahora podemos decir que tenemos de veras una organización del poder que muestra con claridad el paso a la supresión completa de todo poder, de todo Estado. Eso será posible cuando no quede ni rastro de la explotación, es decir, en la sociedad socialista.

Me referiré ahora brevemente a las medidas que ha comenzado a aplicar el Gobierno soviético socialista de Rusia. La nacionalización de los bancos fue una de las primeras medidas orientadas no sólo a barrer a los latifundistas de la faz de la tierra rusa, sino también a cortar de raíz la dominación de la burguesía y la posibilidad de que el capital oprima a millones y decenas de millones de trabajadores. Los bancos son importantes centros de la economía capitalista contemporánea. En ellos se concentran riquezas inauditas y se distribuyen por todo el inmenso país, en ellos convergen los nervios de toda la vida capitalista. Estos sutiles y complicados órganos han crecido durante siglos, y contra ellos enfiló sus primeros golpes el Poder soviético, que chocó al comienzo con una encarnizada resistencia

en el Banco del Estado. Mas esta resistencia no detuvo al Poder soviético. Conseguimos lo fundamental en la organización del Banco del Estado y eso fundamental está hoy en manos de los obreros y los campesinos. Y de estas medidas fundamentales, que será preciso elaborar aún durante mucho tiempo, pasamos a apoderarnos de los bancos privados.

No procedimos como habrían recomendado, sin duda, los conciliadores: primero, esperar a la Asamblea Constituyente; después, quizá, confeccionar un proyecto de ley y presentarlo a la Asamblea Constituyente, informando así de nuestros propósitos a los señores burgueses para que encontraran una escapatoria que les permitiese desembarazarse de cosa tan desagradable; y, tal vez, atraérnoslos para que nos hicieran compañía y crear entonces leyes estatales: eso habría sido un "acto de Estado".

Eso habría sido la anulación del socialismo. Nosotros procedimos sin ceremonias. No temimos los reproches de la gente "instruida" o, más exactamente, de los partidarios ignorantes de la burguesía, que trafican con los restos de sus conocimientos, y dijimos: tenemos obreros y campesinos armados, que deben ocupar hoy por la mañana todos los bancos privados. (*Aplausos*.) Y cuando lo hayan hecho, cuando el poder se encuentre ya en nuestras manos, sólo después de eso discutiremos las medidas a adoptar. Los bancos fueron ocupados por la mañana; y por la tarde, el Comité Ejecutivo Central aprobó una disposición: "Los bancos son declarados propiedad nacional". Se efectuó así la estatificación, la socialización de la Banca, su transferencia al Poder soviético.

Ninguno de los nuestros se imaginaba que un mecanismo tan ingenioso y delicado como el de la Banca, desarrollado durante siglos de las entrañas del sistema capitalista de economía, pudiera ser demolido o transformado en unos cuantos días. Jamás hemos afirmado eso. Y cuando los sabios o seudosabios movían la cabeza y se dedicaban a hacer profecías, nosotros les decíamos: Pueden ustedes profetizar lo que quieran. Nosotros conocemos un solo camino de la revolución proletaria tomar las posiciones enemigas, aprender en la práctica, en los propios errores, a ejercer el poder. No empequeñecemos lo más mínimo las dificultades de nuestro camino, pero hemos hecho ya lo fundamental. Ha sido minada la fuente de las riquezas capitalistas en lo que se refiere a su distribución. Después de eso ha sido un paso fácil en extremo anular los empréstitos del Estado y derrocar el yugo financiero. El paso a la confiscación de las fábricas después del control obrero ha sido también absolutamente fácil. Cuando se nos acusaba de que al implantar el control obrero fraccionábamos la producción en talleres aislados, rechazábamos ese absurdo. Al implantar el control obrero sabíamos que habría de pasar bastante tiempo antes de que se extendiera a toda Rusia, pero queríamos de mostrar que reconocíamos un solo camino: las transformaciones desde abajo para que, los propios obreros colocasen los nuevos cimientos de las condiciones económicas. Y eso requiere no poco tiempo.

Del control obrero pasamos a la formación del Consejo Superior de Economía Nacional. Sólo esta medida, junto a la nacionalización de los bancos y de los ferrocarriles, que se efectuará en los días próximos, nos permitirá emprender la creación de la nueva economía socialista. Conocemos muy bien las dificultades de nuestra obra, pero afirmamos que solo es socialista de verdad quien emprende esa tarea confiando en la experiencia y el instinto de las masas trabajadoras. Cometerán muchos errores, pero lo fundamental está hecho. Saben que, al dirigirse al Poder soviético, encontrarán sin falta apoyo contra los explotadores. Ni una sola medida que facilite su trabajo deja de ser respaldada plena y totalmente por el Poder soviético. El Poder soviético no lo sabe todo, no puede llegar a tiempo a todo y se ve obligado a cada paso a afrontar tareas difíciles. Se envía con mucha frecuencia al gobierno delegaciones de obreros y campesinos que preguntan cómo deben proceder, por ejemplo, con estas o aquellas tierras. Y yo mismo me he encontrado a menudo en situaciones embarazosas al ver que no tenían un punto de vista muy definido. Y yo les decía: sois el poder, haced todo lo que deseéis hacer, tomad todo lo que os haga falta, os apoyaremos; pero preocupaos de la producción, preocupaos de que la producción sea útil. Pasad a los trabajos útiles, cometeréis errores, pero aprenderéis. Y los obreros han empezado ya a aprender, han empezado ya a luchar contra los saboteadores. Hay quienes han hecho de la instrucción una barrera que impide a los trabajadores avanzar; esa barrera será derribada.

Es indudable que la guerra corrompe a la gente tanto en la retaguardia como en el frente, pagando por encima de toda norma a quienes trabajan para ella, atrayendo a cuantos se ocultan de ella, a los elementos desclasados y semidesclasados, imbuidos de un solo deseo: "sacar, tajada" y largarse. Pero debemos expulsar, alejar a esos elementos -lo peor que ha quedado del viejo régimen capitalista y que transfieren todas sus viejas lacras- e incluir en las empresas fabriles a todos los mejores elementos proletarios para crear con ellos las células de la futura Rusia socialista. Esta medida no es fácil, implica muchos conflictos, roces y choques. Y nosotros, el Consejo de Comisarios del Pueblo, y yo personalmente, hemos tenido que enfrentarnos con sus quejas y amenazas, pero sin perder la serenidad, sabiendo que tenemos ahora un juez al que apelar. Ese juez son los Soviets de diputados obreros y soldados. (*Aplausos*.) El fallo de ese juez es

inapelable, confiamos siempre en él.

El capitalismo divide adrede a los obreros para unir con la burguesía a un puñado insignificante de las altas esferas de la clase obrera: los choques con ellas serán inevitables. Sin lucha no llegaremos al socialismo. Pero estamos prestos a la lucha, la hemos iniciado y la llevaremos hasta el fin con ayuda del instrumento que se llama Soviets. Si sometemos al veredicto del tribunal de los Soviets de diputados obreros y soldados los conflictos que surjan, cualquier problema será resuelto con facilidad. Porque por muy fuerte que sea el grupo de obreros privilegiados, cuando se les coloque ante la representación de todos los obreros, ese tribunal, lo repito, será para ellos inapelable. Semejante regulación no hace más que empezar. Los obreros y los campesinos no tienen todavía confianza suficiente en sus propias fuerzas, están demasiado habituados, a consecuencia de la tradición secular, a esperar indicaciones desde arriba. No se han acostumbrado aún por entero a que el proletariado es la clase dominante; entre ellos hay todavía elementos atemorizados y deprimidos, que se imaginan que deben pasar por la abominable escuela de la burguesía. Este prejuicio burgués, el más repulsivo de todos, es el que más se ha mantenido, pero está desapareciendo ya y desaparecerá definitivamente. Y estamos convencidos de que cada paso del Poder soviético destacará en creciente número hombres y mujeres libres por completo del viejo prejuicio burgués de que el obrero y el campesino sencillos no pueden administrar el Estado. ¡Pueden y aprenderán a hacerlo si se ponen a ello! (*Aplausos*.)

La tarea de organización consistirá precisamente en promover dirigentes y organizadores de entre las masas populares. Esta labor inmensa y gigantesca está planteada hoy a la orden del día. No podría siquiera pensarse en cumplirla si no existiera el Poder soviético, este aparato se lector que puede promover a los hombres.

Tenemos una ley del Estado sobre el control; pero tenemos también algo incluso más valioso: los intentos del proletariado de concertar acuerdos con las organizaciones de fabricantes para asegurar a los obreros la dirección de ramas enteras de la industria. Los obreros curtidores han empezado ya a preparar un acuerdo de ese carácter y casi lo han concertado con la Sociedad de Fabricantes del Ramo de la Piel de toda Rusia. Yo concedo una importancia particularmente grande a estos acuerdos[117], pues revelan que entre los obreros crece la conciencia de su propia fuerza.

Camaradas: En mi informe no me he referido a problemas delicados y difíciles en grado sumo -los problemas de la paz y del abastecimiento- porque figuran como puntos aparte en el orden del día y serán discutidos especialmente.

En mi corto informe me he señalado el objetivo de mostrar qué idea tenemos el Consejo de Comisarios del Pueblo y yo de la historia de lo que hemos vivido en estos dos meses y medio, cómo se ha formado la correlación de las fuerzas de clase en este nuevo período de la revolución rusa, cómo se ha formado el nuevo poder del Estado y qué tareas sociales tiene planteadas.

Rusia ha emprendido la vía certera de la realización del socialismo: la nacionalización de los bancos, la entrega de toda la tierra, íntegramente, a las masas trabajadoras. Conocemos muy bien las dificultades que nos esperan, pero la comparación con las revoluciones anteriores nos convence de que alcanzaremos éxitos gigantescos y de que seguimos un camino que asegura la victoria completa.

Y con nosotros marcharán las masas de los países más avanzados, divididos por la guerra de rapiña, cuyos obreros han cursado una escuela más larga de democratización. Cuando se nos pintan las dificultades de nuestra obra, cuando se nos dice que el triunfo del socialismo sólo es posible a escala mundial, vemos en ello únicamente un intento, condenado al fracaso de modo singular, de la burguesía y de sus partidarios voluntarios e involuntarios de tergiversar la verdad más indiscutible. Naturalmente, la victoria definitiva del socialismo en un solo país es imposible. Nuestro destacamento de obreros y campesinos, que apoya al Poder soviético, es uno de los destacamentos del ejército universal fraccionado hoy por la guerra mundial; pero ese ejército tiende a la unificación, y cada noticia, cada fragmento de los informes sobre nuestra revolución y cada nombre son acogidos por el proletariado con una tempestad de aplausos de simpatía, pues saben que en Rusia se está haciendo su obra común: la obra de la insurrección del proletariado, de la revolución socialista internacional. El ejemplo vivo, el inicio práctico de la obra en un país cualquiera es más eficaz que todas las proclamas y conferencias: eso es lo que enardece a las masas trabajadoras en todos los países.

Si la huelga de octubre de 1905 -aquellos primeros pasos de la revolución victoriosa- se desplazó en el acto a Europa Occidental y suscitó entonces, en 1905, un movimiento de los obreros austriacos; si ya entonces vimos en la práctica lo que vale el ejemplo de la revolución, la acción de los obreros en un país, ahora vemos que la revolución socialista madura en todos los países no por días, sino por horas.

Si cometemos errores y equivocaciones, si en nuestro camino se producen roces, no es eso lo que tiene importancia para ellos; lo importante es nuestro ejemplo, eso es lo que les une y le hace decir: marcharemos juntos y venceremos pese a todo. (*Aplausos*.)

Los grandes fundadores del socialismo, Marx y Engels, que durante varios decenios observaron el

desarrollo del movimiento obrero y el avance de la revolución socialista mundial, vieron claro que el paso del capitalismo al socialismo requeriría un alumbramiento largo y doloroso, un largo período de dictadura del proletariado, la demolición de todo lo viejo, la destrucción implacable de todas las formas de capitalismo y la colaboración de los obreros de todos los países, quienes deberían aunar todos sus esfuerzos para asegurar la victoria hasta el fin. Dijeron ellos que, a fines del siglo XIX, las cosas irían de tal modo que "el francés comenzará la obra, y el alemán la llevará a cabo[118]"; el francés debía comenzar, porque durante decenios de revolución había adquirido la abnegada iniciativa de la acción revolucionaria que le hizo ser la vanguardia de la revolución socialista.

Ahora vemos otra combinación de fuerzas del socialismo internacional. Decimos que el movimiento empieza con menos dificultades en los países que no figuran entre los Estados explotadores, los cuales pueden desvalijar con mayor facilidad y pueden sobornar a las capas superiores de sus obreros. Esos partidos seudosocialistas, casi todos ministrables, esos partidos de los Chernov y los Tsereteli de Europa Occidental no hacen nada y carecen de bases firmes. Hemos visto el ejemplo de Italia, hemos observado estos días la lucha heroica de los obreros austriacos contra los buitres imperialistas[119]. No importa que los buitres consigan incluso detener el movimiento por algún tiempo: es imposible hacerlo cesar por completo, pues es invencible.

El ejemplo de la República de los Soviets se alzará ante ellos durante mucho tiempo. Nuestra República Socialista de los Soviets se mantendrá firme, como antorcha del socialismo internacional y ejemplo para todas las masas trabajadoras. Allá, pendencias, guerra, derramamiento de sangres, sacrificios de millones de seres, explotación por el capital; aquí, la verdadera política de paz y la República Socialista de los Soviets.

Las cosas resultaron de modo distinto a como lo esperaban Marx y Engels, concediéndonos a las clases trabajadoras y explotadas de Rusia el honroso papel de vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claro cuán lejos irá el desarrollo de la revolución; ha comenzado la obra el ruso, la llevarán a cabo el alemán, el francés y el inglés, y triunfará el socialismo. (*Aplausos*.)

2. Discurso de resumen de la discusión del informe presentado por el consejo de comisarios del pueblo, 12 (25) de enero de 1918.

Al escuchar hoy las objeciones hechas a mi informe por los oradores de la derecha, me ha sorprendido que dichos oradores no hayan aprendido nada hasta ahora y hayan olvidado todo lo que ellos denominan en vano "marxismo". Uno de mis contradictores ha declarado que nosotros defendíamos la dictadura de la democracia, que reconocíamos el poder de la democracia. Esta declaración es tan disparatada, absurda y estúpida que constituye un conjunto de palabras sin sentido. Es lo mismo que si dijéramos nieve de hierro o algo por el estilo. (*Risas*.) La democracia es una forma del Estado burgués defendida por todos los traidores al verdadero socialismo, quienes figuran hoy al frente del socialismo oficial y afirman que la democracia está en contradicción con la dictadura del proletariado. Mientras la revolución no rebasó el marco del régimen burgués, fuimos partidarios de la democracia; pero en cuanto vimos los primeros destellos de socialismo en todo el curso de la revolución, ocupamos posiciones que defienden firme y resueltamente la dictadura del proletariado.

Y es extraño que hombres que no pueden, o no quieren, comprender esta simple verdad sobre la definición del sentido de las palabras "democracia" y "dictadura del proletariado" se atrevan a intervenir ante una reunión tan concurrida como ésta con la vieja morralla, inservible en absoluto, que tanto abunda en los discursos de los señores impugnadores. La democracia es, formalmente, el parlamentarismo; pero, de hecho, es la mofa despiadada y constante, la opresión desalmada e insufrible del pueblo trabajador por la burguesía. Contra esto pueden objetar únicamente quienes no son representantes auténticos de la clase obrera, sino pobres hombres enfundados, que han estado siempre muy lejos de la vida, se han dormido y, al dormirse, han conservado cuidadosamente bajo la almohada un viejo y destrozado libraco, que nadie necesita, pero que ellos utilizan como guía y manual para implantar el socialismo oficial. Sin embargo, la inteligencia de decenas de millones de creadores produce algo incomparablemente más elevado que la previsión más grande y genial. El socialismo auténtico, el socialismo revolucionario, no se ha escindido ahora, sino ya al comienzo de la guerra. No hay un solo país, un solo Estado en el que no se haya producido esta significativa escisión, esta grieta en la doctrina del socialismo. ¡Y está muy bien que se haya escindido!

En respuesta a la acusación de que luchamos contra los "socialistas", sólo podemos decir que, en la época del parlamentarismo, los partidarios de este último no tienen ya nada de común con el socialismo: se han corrompido, han envejecido, se han rezagado y, en fin de cuentas, se han pasado a la burguesía. Los "socialistas" que durante la guerra, provocada por los apetitos imperialistas de los bandidos internacionales, proclamaban a gritos "la defensa de la patria" no son socialistas, sino lacayos y paniaguados de la burguesía.

Quienes tanto hablan de la dictadura de la democracia lanzan simplemente frases insensatas y

absurdas, que no contienen ni conocimientos económicos ni comprensión política.

Uno de los contradictores ha declarado aquí que la Comuna de París puede enorgullecerse de que, durante la insurrección de los obreros parisienses, no hubo entre ellos violencias ni arbitrariedades; pero está fuera de toda duda que la Comuna cayó únicamente porque, en el momento oportuno, no utilizó en grado suficiente la fuerza armada, aunque ha quedado inmortalizada en la historia, pues fue la primera que hizo realidad la idea de la dictadura del proletariado.

El orador habla en rasgos generales de la lucha contra los representantes de la burguesía, de los terratenientes y de los capitalistas, y declara con firmeza y energía, entre una explosión de aplausos: -Digan lo que digan, en fin de cuentas, la burguesía se verá obligada, por voluntad del pueblo revolucionario, a capitular o perecer.

El camarada Lenin traza un paralelo entre el anarquismo y las opiniones de los bolcheviques y declara que ahora, en la época de la demolición radical del régimen burgués, las concepciones sobre el anarquismo adquieren, por fin, rasgos vitales. Pero para derrocar la opresión del régimen burgués hace falta un firme poder revolucionario de las clases trabajadoras: el poder del Estado revolucionario. En eso consiste la esencia del comunismo. Ahora, cuando la propia masa empuña las armas y emprende una lucha implacable contra los explotadores; cuando se aplica el nuevo poder del pueblo, que no tiene nada de común con el poder parlamentario; en este momento, no nos hallamos ya ante el viejo Estado, caduco por sus tradiciones y sus formas, sino ante algo nuevo, basado en la fuerza creadora de los sectores inferiores. Y mientras que unos anarquistas, influenciados todavía por puntos de vista anticuados, hablan con temor de los Soviets, la corriente nueva, lozana, del anarquismo se coloca abiertamente al lado de los Soviets, en los que ve viabilidad y capacidad suficientes para despertar la simpatía y la fuerza creadora de las masas.

Vuestro pecado y vuestra ceguera -dice el orador, dirigiéndose a los "contradictores"- consisten en que no habéis sabido aprender de la revolución. El 4 de abril afirmé ya en esta sala que los Soviets son la forma superior de democracia[*]. O perecen los Soviets -y entonces perecerá irrevocablemente la revolución-, o viven los Soviets, y entonces será ridículo hablar de una revolución democrática burguesa en un momento en que maduran el florecimiento completo del régimen socialista y la bancarrota del capitalismo. Los bolcheviques hablábamos de la revolución democrática burguesa en 1905. Pero ahora, cuando los Soviets han conquistado el poder; cuando los obreros, los soldados y los campesinos, en una situación de guerra inaudita por sus privaciones y sus horrores, en una atmósfera de desorganización, han declarado ante el fantasma de la muerte por hambre: "Tomaremos todo el poder y emprenderemos nosotros mismos la creación de la nueva vida"; en un momento así, no puede ni hablarse de revolución democrática burguesa. Los bolcheviques dijimos ya esto en abril del año pasado en congresos, asambleas y conferencias, en resoluciones y acuerdos.

Y a quienes dicen que no hemos hecho nada, que hemos estado inactivos todo el tiempo, que la dominación del Poder soviético no ha dado ningún fruto, sólo podemos contestarles: mirad en las propias entrañas del pueblo trabajador, en lo más profundo de las masas, allí bulle el trabajo creador, de organización; allí brota a raudales la vida, renovada y santificada por la revolución. Los campesinos toman la tierra en las aldeas, los obreros se apoderan de las fábricas y empresas, en todas partes surgen las organizaciones más diversas.

El Poder soviético trata de conseguir el final de la guerra, y estamos seguros de que lo conseguirá antes de lo que habían prometido los representantes del Gobierno Kerenski. Pues en el final de la guerra ha irrumpido el factor revolucionario, que ha derogado los tratados y anulado los empréstitos. La guerra terminará a consecuencia del movimiento revolucionario internacional.

Como conclusión, el orador se refiere en unas cuantas palabras a los saboteadores contrarrevolucionarios: son destacamentos comprados por la burguesía, que arroja unas limosnas a los funcionarios saboteadores, los cuales han declarado la guerra al Poder soviético en aras del triunfo de la reacción. El fenómeno de que el pueblo decapite a la burguesía con el hacha campesina y obrera les parece el verdadero fin del mundo y la muerte irremisible de todo. Si somos culpables de algo es de haber sido demasiado humanitarios, demasiado buenos con los representantes del régimen burgués imperialista, monstruosos por su traición.

Días pasados me visitaron unos escritores de *Nóvaya Zhizn* para declararme, en nombre de los empleados de Banca, que deseaban incorporarse al trabajo y, cesando la política de sabotaje, someterse íntegramente al Poder soviético. Yo les respondí: "Ya era hora"[**]. Pero, dicho sea entre nosotros, si piensan que al iniciar estas negociaciones vamos a retroceder, aunque sea un ápice, de nuestras posiciones revolucionarias, se equivocan de medio a medio.

El mundo no ha visto nada semejante a lo que ocurre hoy en Rusia, en este inmenso país, dividido en una serie de Estados e integrado por una multitud de naciones y pueblos heterogéneos: una colosal

[*] Véase la presente edición, tomo VI. *Las tareas del proletariado en la presente revolución*. (*N. de la Edit.*)

[**] Véase V. I. Lenin. *Respuestas a las notas recibidas en el Congreso Extraordinario de Ferroviarios de toda Rusia*. (*N. de la Edit.*)

labor de organización en todos los distritos y regiones, la organización de los sectores inferiores, la labor directa de masas, la creadora actividad constructiva, que choca con los obstáculos que levantan diversos representantes burgueses del imperialismo. Los obreros y los campesinos han iniciado un trabajo sin precedente por sus titánicas tareas y, junto con los Soviets, acabarán por completo con la explotación capitalista y, en fin de cuentas, derrocarán para siempre la opresión de la burguesía.

3. Proyecto de decreto sobre la supresión en la legislación soviética de las referencias a la asamblea constituyente[120].

Decreto

En diversos decretos, leyes y disposiciones del Poder soviético se hace referencia a la Asamblea Constituyente y a su carácter legislativo.

Después de haber sido disuelta la Asamblea Constituyente por el Comité Ejecutivo Central y de haber ratificado esta medida el III Congreso de los Soviets de toda Rusia, todas esas referencias pierden su razón de ser y quedan suprimidas.

Por eso, el III Congreso de los Soviets de toda Rusia decreta: en todas las nuevas ediciones de decretos y leyes del Poder soviético serán suprimidas todas las referencias a la próxima Asamblea Constituyente.

Escrito el 18 (31) de enero de 1918.

4. Discurso de clausura del congreso, 18 (31) de enero.

Camaradas: Al clausurar el III Congreso de los Soviets procede señalar con toda imparcialidad el papel histórico que ha desempeñado este congreso en la historia de la revolución internacional, en la historia de la humanidad. Puede firmarse con pleno fundamento que el III Congreso de los Soviets ha iniciado una nueva época de la historia universal y que hoy, en las condiciones de la revolución mundial, empieza a comprenderse más y más la importancia del presente congreso. Este congreso, que ha afianzado la organización del nuevo poder del Estado, fruto de la Revolución de Octubre, ha indicado los jalones de la futura edificación del socialismo para todo el mundo, para los trabajadores de todos los países.

En el ámbito de la política interior, en nuestro país, en Rusia, se ha reconocido ahora definitivamente el nuevo régimen estatal de la República Socialista Soviética como federación de repúblicas libres de las diversas naciones que la pueblan. Y hoy, todo el mundo ve, incluso nuestros enemigos -estoy seguro de ello-, que el nuevo régimen, el Poder de los Soviets, no es un infundio, un procedimiento empleado por nuestro partido, sino un resultado del desarrollo de la propia vida, un resultado de la revolución mundial que está cristalizando de manera espontánea. Recordad que todas las grandes revoluciones han tratado siempre de barrer hasta los cimientos el viejo régimen capitalista; han tratado no sólo de conquistar los derechos políticos, sino también de arrancar la propia gobernación del Estado de manos de las clases dominantes, de manos de todos los explotadores y opresores de los trabajadores, con el propósito de poner fin, de una vez para siempre, a toda explotación y a toda opresión. Las grandes revoluciones trataron precisamente de romper esa vieja máquina estatal explotadora, pero hasta ahora no se había logrado culminar esta tarea. Y bien, en virtud de las peculiaridades de su situación económica y política, Rusia es la primera que ha conseguido actualmente que la administración del Estado pase a manos de los propios trabajadores. Ahora, en el terreno limpio de morralla histórica construiremos el edificio, sólido y luminoso, de la sociedad socialista. Se está creando un tipo de poder estatal nuevo, sin par en la historia, que por voluntad de la revolución está llamado a barrer la tierra de toda explotación, violencia y esclavitud.

Veamos ahora qué ha dado el nuevo principio socialista de administración del Estado en el ámbito de nuestra política interior. Recordaréis, camaradas, que la prensa burguesa gritaba sin cesar, hace poco todavía, que estamos destruyendo el Estado ruso, que no sabemos gobernar, por lo cual se apartan de nosotros todas las naciones: Finlandia, Ucrania, etc. La prensa burguesa informaba casi cada día, con maligno regocijo, de esas "separaciones". Nosotros, camaradas, comprendíamos mejor que ellos las causas principales de ese fenómeno, que radican en la falta de confianza de las masas trabajadoras en el gobierno conciliador e imperialista de los señores Kerenski y Cía. Nosotros callamos, firmemente seguros de que nuestros justos principios y nuestra propia gobernación demostrarían a todos los trabajadores, mejor que las palabras, nuestros verdaderos fines y aspiraciones.

Y estábamos en lo cierto. Ahora vemos que nuestras ideas han triunfado en Finlandia y en Ucrania y están triunfando en el Don, despiertan la conciencia de clase de los trabajadores y los organizan en una estrecha unión. Hemos actuado sin diplomáticos y sin los viejos métodos que usan los imperialistas, pero el majestuoso resultado está a la vista: la victoria de la revolución y la unión de los vencedores con nosotros en una poderosa federación revolucionaria. Nosotros gobernamos no dividiendo, según la ley brutal de la antigua Roma, sino uniendo a todos los trabajadores con los lazos irrompibles de los intereses vivos, de la conciencia de clase. Y nuestra unión, nuestro nuevo Estado, es más sólido que el poder opresor, el cual une por medio de los

grilletes y la mentira en entidades estatales artificiales, necesarias para los imperialistas. Bastó, por ejemplo, con que los obreros y los campesinos de Finlandia tomasen el poder para que se dirigiesen inmediatamente a nosotros, a fin de expresarnos su fidelidad a la revolución proletaria mundial y enviarnos palabras de saludo, que testimonian su firme decisión de marchar junto con nosotros por el camino de la Internacional. Esa es la base de nuestra federación, y estoy profundamente convencido de que alrededor de la Rusia revolucionaria se agruparán más y más federaciones diversas de naciones libres. Esta federación, que crecerá sobre la base de la plena voluntariedad, sin mentiras ni grilletes, será invencible. La mejor garantía de su invencibilidad son las leyes y el régimen estatal que estamos creando en nuestro país. Acabáis de escuchar la Ley de Socialización de la Tierra[121]. ¿Acaso esta ley no constituye una garantía de que hoy es irrompible la unión de los obreros y de los campesinos, de que con esa unión estaremos en condiciones de vencer todos los obstáculos que se alcen en el camino del socialismo?

Y estos obstáculos, no lo oculto, son enormes. La burguesía recurrirá a todos los medios, se jugará el todo por el todo, para romper nuestra unión. Aparecerán embusteros, provocadores y traidores, aparecerán, quizá, personas inconscientes; mas de aquí en adelante no temeremos nada, pues hemos creado un poder nuevo, nuestro poder estatal, porque tenemos en nuestras manos la autoadministración del Estado. Caeremos con todo el peso de nuestra fuerza sobre cualquier tentativa contrarrevolucionaria. Pero la base principal de la solidez del nuevo régimen serán las medidas de organización que llevaremos a la práctica en aras del socialismo. En este terreno nos espera una ingente labor. Tened presente, camaradas, que los bandidos imperialistas mundiales, que arrastraron a las naciones a la guerra, han desorganizado a fondo toda la vida económica del mundo. A nosotros nos han dejado una dura herencia: el trabajo de reconstruir lo destruido por ellos.

En efecto, los trabajadores no tenían experiencia de gobernación. Pero eso no nos asusta. Ante el proletariado victorioso se ha abierto la tierra, que es hoy patrimonio de todo el pueblo, y sabrá organizar la nueva producción y el consumo tomando como base los principios socialistas. Antes, toda la inteligencia de la humanidad, todo su genio, creaba sólo para dar a unos todos los bienes de la técnica y de la cultura y privar a otros de lo más imprescindible: la instrucción y el desarrollo. Ahora, en cambio, todos los milagros de la técnica y todas las conquistas de la cultura serán patrimonio del pueblo entero; y desde hoy, la inteligencia y el genio humanos jamás serán convertidos en un medio de violencia, en un medio de explotación. Nosotros sabemos esto, ¿y es que no merece la pena trabajar, entregar todas las energías en aras de esta grandiosa tarea histórica? Y los trabajadores realizarán esta titánica labor histórica, pues en ellos dormitan las grandes fuerzas de la revolución, del renacimiento y la renovación.

Ya no estamos solos. En los últimos días se han registrado notables acontecimientos no sólo en Ucrania y el Don, no sólo en el reino de nuestros Kaledin y nuestros Kerenski, sino también en Europa Occidental. Conocéis ya los telegramas referentes al estado en que se encuentra la revolución en Alemania. Las lenguas de fuego del elemento revolucionario se inflaman con fuerza creciente sobre todo el viejo y podrido régimen mundial. El hecho de que, al crear el Poder soviético, hayamos originado intentos semejantes en otros países no ha sido una teoría abstraída de la vida, no ha sido una fantasía de hombres de gabinete. Porque, repito, los trabajadores no tenían otra salida de esta sangrienta matanza. Hoy se hacen ya realidad los intentos de este tipo en las firmes conquistas de la revolución internacional*. Y nosotros clausuramos un histórico Congreso de los Soviets bajo el signo de la creciente revolución mundial. No está lejano el día en que los trabajadores de los distintos países se fundirán en un solo Estado de toda la humanidad para, con los esfuerzos mutuos, construir el nuevo edificio socialista. El camino de esta obra pasa por los Soviets, como una de las formas de la incipiente revolución mundial, (*Clamorosos aplausos*.)

Al saludaros, os llamo a levantar este nuevo edificio. Regresaréis a vuestros lugares y dedicaréis todas las fuerzas a organizar y afianzar nuestra grandiosa victoria. (*Los delegados se ponen en pie y saludan con clamorosos aplausos al camarada Lenin*.)

Publicado los días 12, 13, 14 y 20 de enero de 1918 en los núms. 8, 9, 10 y 15 de "Izvestia del CEC"; y los días 26 (13), 27 (14) de enero y 2 de febrero (20 de enero) de 1918 en los núms. 9, 10 y 15 de "Pravda". El proyecto de decreto sobre la supresión en la legislación Soviética de las referencias a la Asamblea Constituyente vio la luz por vez primera en 1931 en la "Recopilación Leninista XVIII".

* En el texto publicado el 2 de febrero (20 de enero) de 1918 en el núm. 15 del periódico *Pravda* sigue después. el siguiente párrafo: "Recordaréis que los imperialistas y los lacayos burgueses nos gritaban: "Con su política han perdido ustedes a los aliados: Inglaterra, América y Francia"; gritaban que "nosotros aislamos a Rusia..." Sí, camaradas, nos hemos privado de los capitalistas ingleses, franceses y norteamericanos, pero nos hemos ganado a los obreros, soldados y campesinos ingleses, franceses y alemanes. ¡Que se atrevan a decirnos que ahora no tenemos aliados!" (*N. de la Edit.*)

T. 35, págs. 261-290.

ACERCA DE LA FRASE REVOLUCIONARIA[122].

Cuando en una reunión del partido dije que la frase revolucionaria sobre la guerra revolucionaria podía causar la pérdida de nuestra revolución, se me acusó de brusquedad en la polémica. Pero suele haber momentos que obligan a plantear las cuestiones de cara y llamar a las cosas por su verdadero nombre, so pena de ocasionar un daño irreparable al partido y a la revolución.

La frase revolucionaria suele ser, en la mayoría de los casos, el mal que sufren los partidos revolucionarios cuando realizan directa o indirectamente la ligazón, la asociación y el entrelazamiento de elementos proletarios y pequeñoburgueses y cuando el curso de los acontecimientos revolucionarios experimenta cambios importantes y bruscos. La frase revolucionaria es la repetición de las consignas revolucionarias sin tener en cuenta las circunstancias objetivas que se dan en un cambio concreto de los acontecimientos, en un estado de cosas determinado. Consignas magníficas, atrayentes y embriagadoras, pero desprovistas de base: ésa es la esencia de la frase revolucionaria.

Examinemos, aunque sólo sea, los principales grupos de argumentos invocados a favor de la guerra revolucionaria en la actualidad, en enero y febrero de 1918 en Rusia, y la confrontación de la realidad objetiva con esta consigna nos brindará la respuesta a la pregunta de si es justa la definición que acabo de hacer.

1

Nuestra prensa ha hablado siempre de la necesidad de preparar la guerra revolucionaria en el caso de que triunfe el socialismo en un solo país y subsista el capitalismo en los países vecinos. Esto es indiscutible.

Surge una pregunta: ¿cómo se desarrolló *de hecho* esta preparación después de nuestra Revolución de Octubre?

Se desarrolló de tal manera que tuvimos que desmovilizar el ejército; nos vimos obligados a hacerlo por circunstancias tan evidentes, imperiosas e insuperables que, además de no formarse en el partido una "corriente" o un estado de ánimo opuesto a la desmovilización, no se levantó ni una sola voz en contra de ella. Quien quiera *pensar* en los motivos de clase de un fenómeno tan singular como la desmovilización del ejército de la República Socialista Soviética, todavía en guerra contra un Estado imperialista vecino, encontrará sin excesivo esfuerzo estos motivos en la estructura social de un país de pequeños agricultores, atrasado, reducido por tres años de guerra a un estado de ruina extrema. La desmovilización de un ejército de millones de hombres y el paso a la formación del Ejército Rojo según el principio del *voluntariado*: tales son los hechos.

Confrontemos con estos hechos las palabras sobre la guerra revolucionaria en enero y febrero de 1918, y estará clara la esencia de la frase revolucionaria.

Si la "defensa" de la guerra revolucionaria, supongamos, por las organizaciones de Petrogrado y de Moscú no hubiera sido más que una frase, habríamos visto entre octubre y enero otros *hechos*: habríamos visto la lucha resuelta de estas organizaciones contra la desmovilización. No ocurrió nada de eso ni por asomo.

Habríamos visto que los camaradas de Petrogrado y de Moscú enviaban al frente a *decenas de miles* de agitadores y soldados y habríamos recibido de allí cada día informaciones sobre su lucha contra la desmovilización, sobre los éxitos de esta lucha y la suspensión de la desmovilización.

Nada de eso ocurrió.

Habríamos recibido centenares de noticias acerca de los regimientos que se transformaban en Ejército Rojo, impedían la desmovilización por medio del terrorismo y renovaban la defensa y la fortificación contra una eventual ofensiva del imperialismo alemán.

Nada de eso ocurrió. La desmovilización está en pleno apogeo. El viejo ejército ha dejado de existir. Los embriones del nuevo comienzan sólo a formarse.

Quien no quiera dejarse arrullar con palabras declamatorias y altisonantes, ha de ver sin falta que la "consigna" de guerra revolucionaria en febrero de 1918 es una frase completamente huera, tras la cual no hay nada real ni objetivo. Sentimiento, buenos deseos, cólera e indignación: tal es el único *contenido* de esta consigna en el momento actual. Y la consigna que sólo tiene ese contenido se llama, precisamente, frase revolucionaria.

Los actos de nuestro partido y de todo el Poder soviético, los actos de los bolcheviques de

Petrogrado y de Moscú muestran que, *por ahora*, sólo se ha logrado dar los primeros pasos hacia la creación de un Ejército Rojo de voluntarios. Pretender ocultarse de este hecha desagradable, pero incontestable, tras declaraciones grandilocuentes y, al mismo tiempo, lejos de poner obstáculos a la desmovilización, *no hacer siquiera objeciones* contra ella, significa emborracharse con el sonido de las palabras.

Una confirmación elocuente de lo dicho es, por ejemplo, que en el Comité Central de nuestro partido la mayoría de los adversarios más destacados de la paz separada votaron *en contra de* la guerra revolucionaria tanto en enero como en febrero[123]. ¿Qué significa este hecho? Significa que la imposibilidad de una guerra revolucionaria es reconocida por cuantos no temen mirar cara a cara a la verdad.

En casos semejantes se elude o se intenta eludir la verdad con subterfugios. Veámoslos,

2

Primer subterfugio. La Francia de 1792 sufría una ruina no menor, pero la guerra revolucionaria lo curó todo, animó a todo el mundo, despertó el entusiasmo y lo venció todo. Solo los que no creen en la revolución, sólo los oportunistas pueden, ante nuestra revolución, que es más profunda, pronunciarse contra la guerra revolucionaria.

Confrontemos este subterfugio o este argumento con los hechos. Es un hecho que en la Francia de fines del siglo XVIII se había creado *primero* la base *económica* de un modo de producción nuevo, superior, y que el poderoso ejército revolucionario fue un resultado de ello, una superestructura. Francia se sacudió el régimen feudal antes que otros países; lo barrió *después de varios años* de revolución victoriosa y condujo al pueblo, que no estaba cansado de ninguna guerra, que acababa de conquistar la libertad y la tierra y se había fortalecido eliminando el régimen feudal, a la guerra contra varios pueblos atrasados económica y políticamente.

Comparad con este hecho la Rusia contemporánea. Un cansancio increíble a causa de la guerra. El régimen económico nuevo, superior al organizado capitalismo de Estado de una Alemania perfectamente equipada desde el punto de vista técnico, *aún* no existe. Sólo empieza a fundarse. Nuestro campesino posee únicamente la ley de socialización de la tierra, pero no tiene todavía ni un año de trabajo libre (respecto del terrateniente y de los sufrimientos de la guerra). Nuestro obrero ha empezado a desembarazarse del capitalista, pero no ha tenido tiempo aún de organizar la producción, establecer el intercambio de productos, asegurar el abastecimiento de cereales y *elevar* la productividad del trabajo.

A eso vamos, hemos emprendido ese camino, pero es evidente que el régimen nuevo, superior desde el punto de vista económico, *no existe todavía*.

El feudalismo vencido, la libertad burguesa consolidada, el campesino saciado que marcha contra los países feudales: ésta es la base económica de los “milagros” de 1792-1793 en el terreno militar.

Un país de pequeños agricultores, hambriento y agotado por la guerra, que acaba de empezar a curar sus heridas, contra una productividad del trabajo superior en cuanto a técnica y organización: tal es la situación objetiva a comienzos de 1918.

Por eso, todas las alusiones al año de 1792, etc., no son más que frases revolucionarias. Repiten consignas, palabras, gritos belicosos, pero temen analizar la realidad objetiva.

3

Segundo subterfugio. Alemania “no podrá atacar”, su creciente revolución se lo impedirá.

El argumento de que los alemanes “no podrán atacar” ha sido repetido millones de veces en enero y a comienzos de febrero de 1918 por los adversarios de la paz separada. Los más prudentes de entre ellos determinaron en un 25-33% -aproximadamente, claro está- la probabilidad de que los alemanes no pudieran emprender la ofensiva.

Los hechos han desmentido esos cálculos. También en este terreno, los enemigos de la paz separada vuelven muy a menudo la espalda a los hechos, pues temen su lógica férrea.

¿Dónde estaba la fuente de este error, que los verdaderos revolucionarios (no los revolucionarios de sentimiento) deben saber reconocer y meditar sobre él?

¿Tal vez en que, en general, maniobrábamos y hacíamos agitación *a propósito* de las negociaciones de paz? No. El error no estaba ahí. Había que maniobrar y hacer agitación. Pero era necesario asimismo determinar “el momento oportuno” tanto para las maniobras y la agitación -mientras se podía maniobrar y hacer agitación- como para cesar toda clase de maniobras en el momento en que la cuestión fue planteada de cara.

La fuente del error estaba en que nuestra actitud de colaboración revolucionaria con los obreros revolucionarios de Alemania se había convertido en una frase. Hemos ayudado a los obreros revolucionarios alemanes y continuamos ayudándoles con todos los medios de que disponemos: confraternización, agitación, publicación de los tratados secretos, etc. Era una ayuda eficaz, una ayuda práctica.

En cambio, la declaración de algunos de nuestros camaradas de que “los alemanes no podrán atacar” era una frase. Acabamos de pasar por una revolución en nuestro país. Todos sabemos muy bien por qué la revolución pudo *comenzar* más fácilmente en Rusia que en Europa. Hemos visto que no pudimos impedir la ofensiva del imperialismo ruso en junio de 1917, aunque contábamos con una revolución que no sólo

había comenzado, que no sólo había derrocado la monarquía, sino que había creado los Soviets en todas partes. Lo habíamos visto, lo sabíamos y se lo explicamos a los obreros: las guerras las hacen los gobiernos. Para poner fin a la guerra burguesa hay que derribar el gobierno burgués.

Declarar que "los alemanes no podrán atacar" equivalía, por consiguiente, a decir: "Sabemos que el gobierno de Alemania será derribado *en las próximas semanas*". En realidad, esto no lo sabíamos ni podíamos saberlo y, por lo tanto, semejante afirmación no era más que una frase.

Una cosa es estar convencido de que la revolución alemana se halla en vías de maduración y prestar una ayuda seria a esta maduración, servirla en la medida de nuestras fuerzas con *el trabajo*, la agitación y la confraternización, con todo lo que queráis, pero que sea *trabajo*. En esto consiste el internacionalismo proletario revolucionario.

Y otra cosa es declarar directa o indirectamente, abierta o encubiertamente, que la revolución alemana *está ya madura* (aunque a ciencia cierta no es así) y fundar en eso nuestra táctica. Ahí no hay ni un ápice de espíritu revolucionario, no hay más que frases.

Ese es el origen del error contenido en esta "orgullosa, brillante, espectacular y sonora" afirmación: "los alemanes no podrán atacar".

4

Una simple variante de esta vanilocua absurdidad es la afirmación de que "nosotros ayudamos a la revolución alemana resistiendo al imperialismo alemán, nosotros acercamos así la victoria de Liebknecht sobre Guillermo".

Desde luego, la victoria de Liebknecht -posible e ineluctable cuando la revolución alemana madure y sea inminente- nos librará de todas las dificultades internacionales, nos librará también de la guerra revolucionaria. La victoria de Liebknecht nos salvará de las consecuencias de todas nuestras tonterías. ¿No será esto una justificación de las tonterías?

¿Es que cualquier "resistencia" al imperialismo alemán ayuda a la revolución alemana? Quien quiera reflexionar un poco o, al menos, recordar la historia del movimiento revolucionario en Rusia, verá con facilidad que sólo una resistencia *oportuna* a la reacción sirve a la revolución. Conocemos y hemos visto en medio siglo de movimiento revolucionario en Rusia multitud de ejemplos de resistencia inoportuna a la reacción. Nosotros, los marxistas, nos hemos enorgullecido siempre de saber determinar, teniendo en cuenta estrictamente las fuerzas de las masas y las relaciones entre las clases, la conveniencia de una u otra forma de lucha. Hemos dicho: la insurrección no es siempre oportuna; sin ciertas premisas concretas es una aventura. Hemos condenado muy a menudo, como inoportunas y nocivas desde el punto de vista de la revolución, las formas más heroicas de resistencia individual. Aleccionados por la amarga experiencia, en 1907 rechazamos como inoportuna la resistencia a participar en la III Duma, etc., etc.

Para ayudar a la revolución alemana es preciso: o bien limitarnos a la propaganda, la agitación y la confraternización, mientras no poseamos fuerzas para asestar un golpe duro, serio y decisivo en un patente conflicto militar o insurreccional; o bien aceptar este conflicto *a sabiendas* de que no beneficiará al enemigo.

Es evidente para todos (salvo, quizá, para quienes están completamente embriagados por la frase) que aceptar un importante conflicto insurreccional o militar *a sabiendas* de que no se dispone de fuerzas, *a sabiendas* de que no se tiene ejército, es una aventura que, lejos de ayudar a los obreros alemanes, hace difícil su lucha y facilita la tarea de su enemigo y del nuestro.

5

Se nos presenta aquí otro subterfugio tan puerilmente ridículo que jamás habría creído en la posibilidad de semejante argumento si no lo hubiera oído con mis propios oídos.

"Los oportunistas nos decían también en octubre que no teníamos fuerzas, ni tropas, ni ametralladoras, ni material de guerra; mas todo eso apareció en el curso del combate, cuando comenzó la lucha de clase contra clase. Ocurrirá lo mismo en la lucha del proletariado de Rusia contra la clase capitalista de Alemania; el proletariado alemán acudirá en nuestra ayuda".

En octubre las cosas ocurrieron de tal modo que calculamos con exactitud precisamente las fuerzas de las masas. No sólo pensábamos, sino que *sabíamos* de seguro, por la experiencia de las elecciones *masivas* a los Soviets, que en septiembre y a comienzos de octubre la inmensa mayoría de los obreros y soldados se había pasado *ya* a nuestro lado. Sabíamos, aunque no fuese más que por las votaciones en la Conferencia Democrática[124], que la coalición había fracasado también entre los campesinos y que, por consiguiente, nuestra causa había ganado *ya*.

Las premisas *objetivas* de la lucha insurreccional de octubre fueron las siguientes:

1. Sobre los soldados no se alzaba más el palo: febrero de 1917 lo había echado por tierra (Alemania no había madurado aún para "su" febrero);

2. Los soldados habían vivido ya y culminado, igual que los obreros, la etapa de su *apartamiento* consciente, meditado y hondamente sentido, de la coalición.

De ahí, y sólo de ahí, se dedujo *la justedad de la consigna* "por la insurrección" *en octubre* (consigna que hubiera sido equivocada en julio, cuando no la formulamos siquiera).

La falta de los oportunistas de octubre[125] no consiste en haberse "preocupado" de las premisas

objetivas (sólo los niños pueden pensar eso), sino en que valoraron *erróneamente los hechos*, en que tomaron los detalles sin ver *lo esencial*: el viraje de los Soviets, que se habían apartado del conciliacionismo para ponerse a nuestro lado.

Comparar un conflicto armado con Alemania (que no ha conocido aún ni su "febrero" ni su "julio", sin hablar ya de octubre), con una Alemania de gobierno imperialista burgués *monárquico*, y la lucha insurreccional de octubre contra los enemigos de los Soviets -de los Soviets que venían madurando desde febrero de 1917 y alcanzaron su completa madurez en septiembre y octubre-, es un infantilismo tal que merece ser señalado con el dedo. ¡Ahí tenéis hasta qué absurdos llevan las frases a la gente!

6

Un subterfugio de otra índole: "Pero Alemania nos asfixiará económicamente con el tratado de paz separada; nos quitará el carbón y el trigo, nos sojuzgará".

Argumento lleno de sabiduría: hay que ir al conflicto militar, *sin ejército*, aunque este conflicto acarree de modo evidente no sólo el sojuzgamiento, sino también la estrangulación, la incautación del trigo sin compensación alguna, colocándonos en la situación de Serbia y Bélgica; hay que decidirse a eso, pues, *de lo contrario*, habrá un tratado desventajoso, Alemania nos impondrá un tributo de seis o doce mil millones a plazos, nos quitará el trigo a cambio de máquinas, etc.

¡Oh, héroes de la frase revolucionaria! Al rechazar el "sojuzgamiento" por el imperialismo, callan *modestamente* que para librarse por completo de ser sojuzgados hay que *derrocar* el imperialismo.

Aceptamos un tratado desventajoso y una paz separada porque sabemos que, *en este momento*, no estamos aún preparados para la guerra revolucionaria, que es necesario saber esperar (como esperamos, sufriendo el yugo de Kerenski y el yugo de nuestra burguesía, desde julio hasta octubre), esperar hasta que seamos más fuertes. Por eso, *si se puede* obtener una paz separada archidesventajosa, hay que *aceptarla sin falta* en beneficio de la revolución socialista, que es *todavía* débil (pues la revolución que madura en Alemania no ha acudido *aún* en nuestra ayuda, en ayuda de los rusos). Sólo en el caso de que sea imposible en absoluto obtener una paz separada inmediatamente, habrá que combatir, n*o porque esa táctica sea justa, sino porque no habrá opción*. Ante tal imposibilidad, no existirá ni la eventualidad de discutir en torno a una u otra táctica. Sólo quedará la ineluctabilidad de la resistencia más encarnizada. Pero mientras se pueda elegir, hay que optar por la paz separada y el tratado archidesventajoso, pues eso, pese a todo, es cien veces mejor que la situación de Bélgica[126].

Nos fortalecemos de mes en mes, aunque hoy somos todavía débiles. La revolución socialista internacional madura en Europa de mes en mes, aunque no haya alcanzado todavía su madurez. Por eso… por eso, razonan los "revolucionarios" (¡Dios nos libre de ellos!...), hay que aceptar el combate en un momento en que el imperialismo alemán, que *se debilita* de mes en mes (por causa de la revolución en Alemania, que madura lenta, pero constantemente), es *a sabiendas* más fuerte que nosotros.

¡Razonan magníficamente estos "revolucionarios" de sentimiento, razonan admirablemente!

7

Ultimo subterfugio, el más "extendido", el más usado "Una paz indecente es un deshonor, significa traicionar a Letonia, Polonia, Curlandia y Lituania".

¿Es de extrañar, acaso, que precisamente los burgueses rusos (y sus lacayos de *Novi Luch*, *Dielo Naroda* y *Nóvaya Zhizn*[127]) exploten con el mayor celo esto argumento seudointernacionalista?

No, no es de extrañar, porque este argumento es una trampa a la que la burguesía arrastra conscientemente a los bolcheviques rusos y en la que una parte de los bolcheviques cae inconscientemente, por amor a la frase.

Examinemos este argumento desde el punto de vista teórico: ¿qué es superior, el derecho de las naciones a la autodeterminación o el socialismo?

El socialismo es superior.

¿Es permisible que, para evitar la violación del derecho de las naciones a la autodeterminación, se sacrifique a la República Socialista Soviética, se la exponga a los golpes del imperialismo en un momento en que este último es a todas luces más fuerte y la República Soviética es a ciencia cierta más débil?

No. No es permisible. Eso no es una política socialista, es una política *burguesa*.

Prosigamos. ¿Sería *menos* deshonrosa, menos anexionista una paz que "nos" restituyese Polonia, Lituania y Curlandia?

Desde el punto de vista del burgués ruso, *sí*.

Desde el punto de vista de un socialista internacionalista, *no*.

Porque luego de liberar a Polonia (cosa que querían en un tiempo ciertos *burgueses* de Alemania), el imperialismo alemán estrangularía *con más fuerza aún* a Serbia, Bélgica, etc.

Cuando la burguesía rusa vocifera contra la paz "indecente", expresa con exactitud su interés de clase.

Pero cuando algunos bolcheviques (que padecen la enfermedad de la frase) repiten este argumento, eso es una pena.

Consideremos *los hechos* relativos a la conducta de la burguesía anglo-francesa. Esta nos arrastra ahora por todos los medios a la guerra contra Alemania, nos promete millones de venturas, botas, patatas, proyectiles, locomotoras (¡a crédito!... ¡esto no es "sojuzgamiento", no teman!, ¡es "sólo"

crédito!). Quiere que combatamos *ahora* contra Alemania.

Se comprende por qué debe quererlo: primero, porque distraeríamos así a un parte de las fuerzas alemanas. Segundo, porque el Poder soviético podría hundirse con la mayor facilidad a consecuencia de un conflicto armado a destiempo con el imperialismo alemán.

La burguesía anglo-francesa nos tiende una celada hagan la guerra *ahora*, estimados amigos, ganaremos magníficamente con ello. Los alemanes les despojarán, harán "buenos negocios" en el Este, se mostrarán más asequibles en el Oeste y, al mismo tiempo, el Poder soviético se hundirá... ¡Hagan la guerra, estimados "aliados" bolcheviques, les ayudaremos!

Y los bolcheviques "de izquierda" (¡Dios nos libre de ellos!) caen en la trampa declamando sus frases ultrarrevolucionarias…

Sí, sí, la inclinación a la frase revolucionaria es una manifestación de los vestigios del espíritu pequeñoburgués. Esta es una vieja verdad, una vieja historia que se convierte demasiado a menudo en una novedad...

8

En el verano de 1907, nuestro partido sufrió también una enfermedad de la frase revolucionarias análoga en ciertos sentidos a la de hoy.

San Petersburgo y Moscú, casi todos los bolcheviques eran partidarios de boicotear la III Duma, sustituían el análisis objetivo por el "sentimiento" y se metían de cabeza en la trampa. La enfermedad se ha repetido.

El momento es más difícil. El problema es un millón de veces más importante. Caer enfermo en este momento significa correr el riesgo de hundir la revolución.

Hay que luchar contra la frase revolucionaria, se debe luchar, es obligatorio luchar para que no digan de nosotros algún día esta amarga verdad: "La frase revolucionaria sobre la guerra revolucionaria ha causado la pérdida de la revolución".

Publicado el 21 (8) de febrero de 1918 en el núm. 31 de "Pravda".

T. 35, págs. 343-353.

¡LA PATRIA SOCIALISTA ESTA EN PELIGRO!

Para evitar al país, exhausto y destrozado, nuevas pruebas militares, nos hemos visto obligados a hacer un grandioso sacrificio y declarar a los alemanes que estamos dispuestos a firmar las condiciones de paz presentadas por ellos. Nuestros parlamentarios salieron de Rézhitsa para Dvinsk el 20 (7) de febrero, por la tarde; *y hasta ahora no hemos recibido respuesta*. Es evidente que el gobierno alemán dilata la respuesta. Es claro que el gobierno alemán no quiere la paz. El militarismo alemán, cumpliendo el encargo de los capitalistas de todos los países, *quiere estrangular a los obreros y campesinos de Rusia y Ucrania, devolver la tierra a los terratenientes, las fábricas y las empresas a los banqueros, el poder a la monarquía*. Los generales alemanes quieren instaurar su "orden" en Petrogrado y en Kiev. *La República Socialista de los Soviets se encuentra en gravísimo peligro*. Hasta que el proletariado alemán se alce en armas y venza, el deber sagrado de los obreros y campesinos de Rusia es defender con abnegación la República de los Soviets contra las hordas de la Alemania burguesa e imperialista. El Consejo de Comisarios del Pueblo decreta: 1) *Todas las fuerzas y todos los recursos del país se ponen, por completo, al servicio de la defensa revolucionaria*. 2) *A todos los Soviets y organizaciones revolucionarias se les impone la obligación de defender cada posición hasta la última gota de sangre*. 3) Las organizaciones ferroviarias y los Soviets relacionados con ellas quedan obligados a impedir por todos los medios que el enemigo pueda aprovechar las vías de comunicación, así como a desmontar las vías y volar e incendiar los edificios de las estaciones, en caso de retirada; todo el material rodante -los vagones y locomotoras-, debe ser enviado inmediatamente hacia el Este, a la profunda retaguardia del país. 4) Todas las reservas de cereales y, en general, todas las reservas de víveres, así como todos los bienes de valor que corran peligro de caer en manos del enemigo, deben ser destruidos obligatoriamente; los Soviets locales, bajo la responsabilidad personal de sus presidentes, vienen obligados a velar por el cumplimiento de esta disposición. 5) Los obreros y campesinos de Petrogrado, de Kíev y de todas las ciudades, pueblos y aldeas por los que pasa la línea del nuevo frente deben movilizar batallones para abrir trincheras bajo la dirección de especialistas militares. 6) *En estos batallones deben ser incluidos todos los miembros de la clase burguesa útiles para el trabajo, tanto hombres como mujeres, bajo la vigilancia de los guardias rojos; los que se resistan deben ser fusilados*. 7) Quedan clausuradas todas las publicaciones contrarias a la causa de la defensa revolucionaria y partidarias de la burguesía alemana, así como las que pretenden utilizar la invasión de las hordas imperialistas con el fin de derribar el Poder soviético; los redactores y empleados de estas publicaciones aptos para el trabajo quedan movilizados para abrir trincheras y efectuar otros trabajos de defensa. 8) *Los agentes enemigos, los especuladores, los desvalijadores y maleantes, los agitadores contrarrevolucionarios y los espías alemanes serán fusilados en el acto*.

¡La patria socialista está en peligro! ¡Viva la patria socialista! ¡Viva la revolución socialista internacional!

El Consejo de Comisarios del Pueblo.

21 de febrero de 1918.

Petrogrado.

Publicado el 22 (9) de febrero de 1918 en el núm. 32 de "Pravda" y en el núm. 31 de "Izvestia del CEC".

T. 35, págs. 357-358.

ACERCA DE LA SARNA[128].

La sarna es una enfermedad torturante. Pero cuando la sarna de la frase revolucionaria se apodera de las personas, la simple observación de esta dolencia causa sufrimientos insoportables.

Las verdades simples, claras, comprensibles y evidentes, que parecen indiscutibles a cualquier componente de las masas trabajadoras, son tergiversadas por quienes padecen la variedad de sarna que examinamos. Esta tergiversación es originada con frecuencia por los deseos mejores, más nobles y elevados; proviene "sencillamente" de no haber sido digeridas ciertas verdades teóricas o de ser repetidas a destiempo con torpeza infantil, con servilismo escolástico (como suele decirse, la gente no comprende "lo que se trae entre manos"); pero la sarna no deja por ello de ser sarna abominable.

Por ejemplo, ¿puede haber algo más indiscutible y claro que la verdad de que sería invencible un gobierno que diese al pueblo -martirizado por tres años de guerra expoliadora- el Poder soviético, la tierra, el control obrero y *la paz*? La paz es lo principal. Si después de hacer esfuerzos *concienzudos* para conseguir una paz general y justa resultara, y en la práctica así ha resultado, que es imposible conseguirla *ahora*, cualquier campesino comprendería que es imprescindible aceptar una paz no general, sino separada e injusta. Cualquier campesino, hasta el más ignorante y analfabeto, lo comprendería y *apreciaría* a un gobierno que le diese incluso esa paz.

¡Y los bolcheviques deberían estar contagiados de abominable sarna de la frase para olvidar esto y suscitar el más legítimo descontento de los campesinos al ver que esta sarna ha conducido a una nueva guerra de la Alemania rapaz contra la Rusia cansada! En el artículo *Acerca de la frase revolucionaria* (*Pravda*. 21 (8) de febrero)* he mostrado con qué ridículos y miserables sofismas y nimiedades "teóricos" se ha encubierto la sarna. No recordaría esto si esa misma sarna (¡qué enfermedad más contagiosa!) no se hubiera extendido hoy a un nuevo lugar.

A fin de explicar cómo ha ocurrido esto, citaré antes un pequeño ejemplo, con la mayor sencillez y claridad, sin "teoría" -porque presentar la sarna como una "teoría" resulta insoportable-, sin palabras complicadas, sin nada incomprensible para las masas.

Supongamos que Kaliáev, para matar al tirano y monstruo, pide un revólver a un canalla redomado, a un malhechor, a un bandido, prometiéndole a cambio de ese servicio pan, dinero y vodka.

¿Podrá vituperarse a Kaliáev por ese "trato con un bandido" para adquirir un arma mortífera? Toda persona sana dirá: No. Si Kaliáev no ha podido conseguir el revólver de otro modo y si su acción es verdaderamente honesta (matar a un tirano, y no matar para robar), no habrá que censurarle por esa forma de adquirir el revólver, sino aprobar su conducta.

Pero si un bandido, con el fin de cometer un asesinato para robar, consigue de otro bandido un revólver a cambio de dinero, vodka y pan, ¿podrá compararse (y mucho menos identificarse) *semejante* "trato con un bandido" con la transacción de Kaliáev?

No. Toda persona que no haya perdido el juicio ni enfermado de sarna convendrá en que es imposible hacer eso. Cualquier campesino que viera a un "intelectual" tratar de disuadirte de verdad tan evidente por medio de frases, le diría: Tú, señor, no debes dirigir el Estado, sino hacerte payaso charlatán o sencillamente tomar un baño de vapor para quitarte la sarna.

Si Kerenski, representante de la clase burguesa dominante, es decir, de los explotadores, concluye un acuerdo con los explotadores anglo-franceses para recibir de ellos armas y patatas y, al mismo tiempo, oculta al pueblo los tratados que prometen a un bandido (en caso de éxito) Armenia, Galitzia y Constantinopla, y a otro, Bagdad, Siria, etc., ¿será difícil comprender que este acuerdo es expoliador, truhanesco y abyecto por parte de Kerenski y sus amigos?

No. No será nada difícil comprenderlo. Lo comprenderá cualquier campesino, hasta el más ignorante y analfabeto.

Pero ¿podrá censurarse a un representante de la clase explotada y oprimida por haber cerrado un "trato con los bandidos" anglo-franceses, por haber recibido de ellos armas y patatas a cambio de dinero o de madera, etc., después de que esa clase ha derrocado a los explotadores, ha publicado y anulado todos los tratados secretos y expoliadores y ha sido

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

atacada bandidescamente por los imperialistas de Alemania? ¿Podrá considerarse deshonesto, vergonzoso e indecente ese acuerdo?

No. Toda persona sana comprenderá eso y ridiculizará como payasos a quienes se les ocurra pretender demostrar con altanería y aire doctoral que "las masas no comprenderán" la diferencia que existe entre la guerra bandidesca del imperialista Kerenski (y sus tratos deshonestos con los bandidos sobre el reparto del botín saqueado en común) y el acuerdo *kaliaeviano* del gobierno bolchevique con los bandidos anglo-franceses para conseguir de ellos armas y patatas a fin de rechazar al bandido alemán.

Toda persona sana dirá: comprar armas a un bandolero con fines bandidescos es abominable e infame; pero comprar armas a ese mismo bandolero para sostener una lucha justa contra el verdugo es una cosa completamente legítima. Y sólo señoritas cursis y jovenzuelos melindrosos, que "lo han leído en los libros" y han asimilado únicamente melindres, pueden ver algo "indecente" en esa cosa. Aparte de estas categorías de personas, sólo quienes se hayan contagiado de sarna podrían caer en semejante "error".

Y el obrero alemán, ¿comprenderá la diferencia entre la compra de armas por Kerenski a los bandidos anglo-franceses para arrebatar Constantinopla a los turcos, Galilzia a Austria, Prusia Oriental a los alemanes... y la compra de armas por los bolcheviques a esos mismos bandidos para oponer resistencia a Guillermo cuando éste lanza sus tropas contra la Rusia socialista, que ha propuesto a todos una paz honrosa y justa; contra Rusia, que ha declarado terminada la guerra?

Es de suponer que el obrero alemán "comprenderá" esto, primero, porque es un obrero inteligente e instruido, y segundo, porque está acostumbrado a vivir de una manera culta y aseado, sin padecer ni la sarna rusa, en general, ni la sarna de la frase revolucionaria, en particular.

¿Hay diferencia entre el asesinato con fines de robo y el asesinato de un verdugo?

¿Hay diferencia entre la guerra de dos grupos de fieras carniceras por el reparto del botín y la guerra justa para librar de la agresión de una fiera carnicera al pueblo que ha derribado a las fieras carniceras?

La apreciación de si procedo bien o mal al comprar armas a un bandido, ¿no dependerá de los fines y el destino de esas armas? ¿De su empleo en una guerra deshonesta y vil o en una guerra justa y honesta?

¡Puf! ¡Qué abominable enfermedad es la sarna! ¡Y qué duro resulta el trabajo del hombre que debe frotar a los sarnosos en el baño!...

P. S. En su lucha liberadora de fines del siglo XVIII contra Inglaterra, los norteamericanos utilizaron la ayuda de los Estados francés y español, competidores de Inglaterra y tan bandidos coloniales como ella. Se dice que ciertos "bolcheviques de izquierda" han empezado a escribir un "tratado científico" sobre el "trato indecoroso" de estos norteamericanos...

Escrito el 22 de febrero de 1918. Publicado el 22 (9) de febrero de 1918 en la edición vespertina del núm. 33 de "Pravda".

T. 35, págs. 361-364.

UNA LECCIÓN DURA PERO NECESARIA.

La semana del 18 al 24 de febrero de 1918 pasará a la historia de la revolución rusa -e internacional- como uno de los más grandiosos virajes históricos.

El 27 de febrero de 1917, el proletariado ruso, junto con una parte del campesinado despertada por la marcha de los acontecimientos militares y con la burguesía, derrocó la monarquía. El 21 de abril de 1917 derribó el poder absoluto de la burguesía imperialista y desplazó el poder a manos de los pequeñoburgueses partidarios de la conciliación con la burguesía. El 3 de julio, el proletariado urbano, lanzado a una manifestación espontánea, hizo que se tambaleara el gobierno de los conciliadores. El 25 de octubre lo derribó e implantó la dictadura de la clase obrera y de los campesinos pobres.

Hubo que defender esta victoria en la guerra civil. Ello requirió cerca de tres meses, empezando por la victoria sobre Kerenski junto a Gátchina y, luego, las victorias sobre la burguesía, los cadetes y parte de los cosacos contrarrevolucionarios en Moscú, Irkutsk, Orenburgo, y Kíev, y terminando con la victoria sobre Kaledin, Kornílov y Alexéiev en Rostov del Don.

El incendio de la insurrección proletaria estalló en Finlandia. El fuego se extendió a Rumania.

Las victorias en el frente interior fueron relativamente fáciles, pues el enemigo carecía de toda superioridad de técnica y de organización; tampoco tenía ninguna base económica ni ningún apoyo entre las masas de la población. La facilidad de las victorias debía hacer perder la cabeza a muchos de los dirigentes. Surgió un estado de ánimo que puede definirse con estas palabras: "los echaremos a gorrazos".

Cerraban los ojos ante la gigantesca descomposición del ejército, que se desmovilizaba con rapidez y abandonaba el frente. Se deleitaban con frases revolucionarias. Trasladaron estas frases a la lucha contra el imperialismo mundial. Tomaron por algo normal que Rusia se viera "libre" temporalmente de la presión de éste, cuando, en realidad, esa "libertad" tenía como única explicación una tregua en la guerra entre el buitre alemán y el anglo-francés. Tomaron el comienzo de las huelgas de masas en Austria y Alemania por la revolución, que, según ellos, nos había desembarazado ya del serio peligro que representaba el imperialismo germano. En vez de una labor firme, práctica y seria de apoyo a la revolución alemana, que está naciendo por vías singularmente duras y difíciles, apareció un desdeñoso agitar de mano "¡Qué pueden hacer los imperialistas alemanes! ¡En unión de Liebknecht los derribaremos en el acto!"

La semana del 18 al 24 de febrero de 1918, desde la toma de Dvinsk hasta la toma de Pskov (reconquistado después), la semana de la agresión militar de la Alemania imperialista a la República Socialista Soviética ha sido una lección amarga, ultrajante y dura, pero necesaria, provechosa y bienhechora. ¡Qué infinitamente aleccionadora ha resultado la comparación de los dos grupos de telegramas y llamadas telefónicas que han llegado durante esta semana al centro del gobierno! De un lado, un desenfreno incontenible de la frase revolucionaria "resolutiva", de la frase shteinbergiana, como podría decirse recordando una obra maestra en este estilo: el discurso pronunciado en la reunión del sábado del Comité Ejecutivo Central por el eserista "de izquierda" (¡ejem!... ¡ejem!) Shteinberg[129]. De otro lado, partes dolorosamente vergonzosos informando de la negativa de los regimientos a mantener las posiciones, de la negativa a defender incluso la línea de Narva, del incumplimiento de la orden de destruirlo todo al replegarse, sin hablar ya de la huida, el caos, la incapacidad, la impotencia y la incuria.

¡Una lección amarga, ultrajante y dura, pero necesaria, provechosa y bienhechora!

El obrero consciente y reflexivo hará tres deducciones de esta lección histórica: acerca de nuestra actitud ante la defensa de la patria, la capacidad defensiva del país y la guerra revolucionaria, socialista; respecto a las condiciones de nuestro choque con el imperialismo mundial, y sobre el acertado planteamiento de nuestra actitud hacia el movimiento socialista internacional.

Somos defensistas ahora, desde el 25 de octubre de 1917; somos partidarios de la defensa de la patria desde ese día. Porque hemos demostrado *de hecho* nuestra ruptura con el imperialismo. Hemos anulado y publicado los sucios y sangrientos tratados-complots imperialistas. Hemos derrocado *a nuestra* burguesía. Hemos concedido la libertad a los pueblos

antes oprimidos *por nosotros*. Hemos dado al pueblo la tierra y el control obrero. Somos partidarios de la defensa de la República Socialista Soviética de Rusia.

Pero precisamente porque somos partidarios de la defensa de la patria, exigimos una actitud *seria* en lo que atañe a la capacidad defensiva y la preparación militar del país. Declaramos una guerra implacable a la frase revolucionaria sobre la guerra revolucionaria. Hay que prepararse para ella largamente y en serio, empezando por el desarrollo económico del país, por la organización de los ferrocarriles (pues sin ellos la guerra moderna es una frase huera), por el restablecimiento de la más rigurosa disciplina y autodisciplina en todas partes.

Desde el punto de vista de la defensa de la patria, es un crimen aceptar la contienda militar con un enemigo infinitamente más fuerte y preparado, sabiendo de antemano que no se tiene ejército. Estamos obligados a firmar, desde el punto de vista de la defensa de la patria, la paz más dura, opresora, salvaje y vergonzosa: no para "capitular" ante el imperialismo, sino para aprender y prepararnos a combatir contra él de modo serio y práctico.

La semana vivida ha elevado la revolución rusa a un nivel inconmensurablemente más alto del desarrollo histórico universal. En esos días, la historia ha subido de golpe varios peldaños.

Hasta ahora teníamos ante nosotros enemigos miserables, mezquinos y despreciables (desde el punto de vista del imperialismo mundial): el idiota Románov, el jactancioso Kerenski, las bandas de cadetes y burguesitos. Ahora se ha alzado contra nosotros el gigante del imperialismo mundial, civilizado, formidablemente equipado en el aspecto técnico y perfecto en el terreno de organización. *Hay* que luchar contra él. Hay que *saber* luchar contra él. Un país campesino, llevado a una ruina inusitada por tres años de guerra y que ha empezado la revolución socialista, debe rehuir la contienda militar -mientras sea posible, aun a costa de durísimos sacrificios- precisamente para tener la posibilidad de hacer algo serio en el momento en que estalle "la batalla final y *decisiva*".

Esa batalla sólo estallará cuando se desencadene la revolución socialista en los países imperialistas avanzados. Es indudable que semejante revolución madura y se robustece de mes en mes, de semana en semana. *Hay* que ayudar a esa fuerza que madura. Hay que *saber* ayudarla. Y no se la ayudará, sino que se la perjudicará, dejando que sea derrotada la vecina República Socialista Soviética en un momento en que es evidente que carece de ejército.

No hay que convertir en una frase la gran consigna de "Basamos nuestros cálculos en la victoria del socialismo en Europa". Eso es una verdad si se tiene en cuenta el largo y difícil camino de la victoria del socialismo hasta el fin. Eso es una verdad indiscutible, histórica desde el punto de vista filosófico, si se toma toda "la era de la revolución socialista" en su conjunto. Pero toda verdad abstracta se convierte en una frase si se la aplica a *cualquier* situación concreta. Es indiscutible que "cada huelga lleva en sí la hidra de la revolución social". Es absurdo pensar que de cada huelga se puede pasar en el acto a la revolución. Procederemos como unos aventureros, y no como revolucionarios internacionalistas serios, si "basamos nuestros cálculos en la victoria del socialismo en Europa", en el sentido de que respondemos ante el pueblo de que la revolución europea estallará y vencerá sin falta en las próximas semanas, obligatoriamente antes de que los alemanes puedan llegar a Petrogrado, a Moscú y a Kíev, antes de que tengan tiempo de "rematar" nuestro transporte ferroviario.

Si Liebknecht vence a la burguesía en dos o tres semanas (lo que no es imposible), nos desembarazará de todas las dificultades. Eso es indiscutible. Pero si determinamos nuestra táctica de hoy en la lucha contra el imperialismo de hoy basándonos en la esperanza de que Liebknecht debe vencer sin falta precisamente en las próximas semanas, sólo nos mereceremos que se burlen de nosotros. Convertiremos las más grandiosas consignas revolucionarias de nuestro tiempo en una frase revolucionaria.

¡Aprended de las lecciones duras, pero provechosas de la revolución, camaradas obreros! ¡Preparaos en serio, intensamente, con firmeza para la defensa de la patria, para la defensa de la República Socialista Soviética!

Publicado el 25 (12) de febrero de 1918 en la edición vespertina del núm. 35 de "Pravda".

T. 35, págs. 393-397.

PEREGRINO Y MONSTRUOSO.

En la resolución aprobada el 24 de febrero de 1918, en Buró Regional de Moscú de nuestro partido ha expresado su desconfianza al Comité Central, negándose a someterse a las decisiones del mismo "que estén relacionadas con la aplicación práctica de las condiciones del tratado de paz con Austria y Alemania", y en el "texto explicativo" de la resolución declara que "considera casi imposible evitar la escisión del partido en un futuro próximo".*

En todo esto no hay nada monstruoso, ni siquiera peregrino. Es del todo natural que los camaradas que discrepan a fondo del CC en la cuestión de la paz separada lo critiquen con dureza y expresen el convencimiento de que es inevitable una escisión. Todo ello es un derecho muy legítimo de los miembros del partido y se comprende perfectamente.

Pero he aquí lo peregrino y monstruoso. La resolución va acompañada de un "texto explicativo", que reproducimos íntegro:

> "El Buró Regional de Moscú considera casi imposible evitar la escisión del partido en un futuro próximo y se propone como tarea servir a la unión de todos los elementos comunistas revolucionarios consecuentes que luchan tanto contra los partidarios de la paz separada como contra todos los elementos oportunistas moderados del partido. *En interés de la revolución internacional consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del Poder Soviético, que se está convirtiendo hoy en un poder puramente formal*. Seguimos opinando que nuestra tarea fundamental consiste en extender las ideas de la revolución socialista a todos los demás países y aplicar con energía la dictadura de los obreros, reprimir sin piedad la contrarrevolución burguesa en Rusia".

Hemos subrayado aquí las palabras que son... peregrinas y monstruosas.

En ellas está la clave del asunto.

Estas palabras reducen al absurdo toda la línea política de los autores de la resolución. Estas palabras ponen al desnudo, con insólita claridad, la raíz de su error.

"En interés de la revolución internacional, consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del Poder soviético..." Esto es peregrino, pues ni siquiera hay conexión entre las premisas y la deducción. "En interés de la revolución internacional, consideramos conveniente aceptar *la derrota militar* del Poder soviético": esta tesis sería correcta o falsa, pero no podría ser calificada de peregrina. Esto, primero.

Segundo: el Poder soviético "se está convirtiendo hoy en un poder puramente formal". Esto no es ya sólo peregrino, sino verdaderamente monstruoso. Está claro que los autores se han metido en el laberinto de una profunda confusión. Habrá que deshacer el embrollo.

En lo que respecta al primer punto, el pensamiento de los autores consiste, por lo visto, en que, en interés de la revolución internacional, es conveniente aceptar la derrota en la guerra, derrota que conduciría a la pérdida del Poder soviético, es decir, a la victoria de la burguesía en Rusia. Al manifestar este pensamiento, los autores reconocen indirectamente la justedad de lo expuesto por mí en las tesis (del 8 de enero de 1918, publicadas en *Pravda* el 24 de febrero del mismo año)*, a saber: que la no aceptación de las condiciones de paz propuestas por Alemania conduciría a Rusia a la derrota y a la caída del Poder soviético.

Así pues, la *raison finit toujours par avoir raison*: ¡la verdad prevalece siempre! Mis adversarios "extremitas" de Moscú, que amenazan con la escisión, debían -precisamente porque han invocado sin ambages la escisión- haber expuesto también hasta el fin sus consideraciones *concretas*, esas consideraciones que prefieren eludir las personas acostumbradas a salir del paso con lugares comunes acerca de la guerra revolucionaria. Lo esencial de mis tesis y de mis argumentos (como verán cuantos deseen leer atentamente mis tesis del 7 de enero de 1918) consiste en que señalo la necesidad de aceptar

---

* He aquí el texto completo de la resolución: "Después de examinar la actividad del CC, el Buró Regional de Moscú del POSDR expresa su desconfianza al CC, en vista de su línea política y de su composición, y en la primera ocasión insistirá en que sea renocado. Además, el Buró Regional de Moscú no se considera obligado a someterse incondicionalmente a las decisiones del CC, que esten relacionadas con la aplicación práctica de las condiciones del tratado de paz con Austria y Alemania". La resolución ha sido aprobada por unanimidad.

* Véase el presente volumen. (*N. de la Edit.*)

ahora, en este momento, una paz archidura y, al mismo tiempo, proceder a la *preparación* seria de la guerra revolucionaria (y precisamente también *en interés* de esta preparación seria). Toda la esencia de mis argumentos ha sido esquivada o no advertida, no la han querido advertir quienes se limitan a lugares comunes acerca de la guerra revolucionaria. Y ahora debo agradecer de todo corazón precisamente a mis adversarios “extremistas” de Moscú que hayan roto “la conspiración del silencio” a propósito del *fondo* de mis argumentos. Los moscovitas han sido los *primeros* en responder a ellos.

¿Y cuál ha sido su respuesta?

El reconocimiento de la razón de mi argumento *concreto*. Sí, han reconocido los moscovitas, seríamos derrotados si aceptásemos en estos momentos el combate contra los alemanes*. Sí, esta derrota conduciría, en realidad, a la caída del Poder soviético.

Una vez más: agradezco de todo corazón a mis adversarios “extremistas” de Moscú que hayan roto “la conspiración del silencio” contra el fondo de mis argumentos, es decir, precisamente contra mis indicaciones *concretas* sobre las condiciones de la guerra, en el caso de que la aceptásemos sin demora, y que hayan reconocido valientemente lo acertado de mis indicaciones concretas.

Ahora bien, ¿en qué consiste la refutación de mis argumentos, cuya justedad se han visto obligados a reconocer, en el fondo, los moscovitas?

En que en interés de la revolución internacional *es preciso* avenirse a la pérdida del Poder soviético.

¿Por qué exigen eso los intereses de la revolución internacional? Ahí está la clave, ahí está la esencia misma de la argumentación para quienes desearan refutar mis argumentos. Y precisamente en lo que respecta a este punto -el más importante, fundamental, y cardinal- no se dice una sola palabra ni en la resolución ni en el texto explicativo de la misma. Los autores de la resolución han encontrado tiempo y lugar para hablar de lo que es notorio e indiscutible: tanto de “reprimir sin piedad la contrarrevolución burguesa en Rusia” (¿con los medios y los métodos de una política que conduce a la pérdida del Poder soviético?) como de la lucha contra todos los elementos oportunistas moderados del partido; pero de todo lo que es precisamente objeto de discusión, de lo que atañe al fondo mismo de la posición de los adversarios de la paz, de todo eso, ¡ni una palabra!

Peregrino. Extraordinariamente peregrino. ¿No habrán callado este punto los autores de la resolución por haber sentido en él su especial debilidad? Expresar en términos claros *por qué* (y eso lo exigen los intereses de la revolución internacional) significaría, sin duda, desenmascararse a sí mismos...

Sea como fuere, tenemos que *buscar los argumentos que hayan podido* servir de guía a los autores de la resolución.

¿Quizá los autores supongan que los intereses de la revolución internacional prohíben toda paz con los imperialistas? Tal opinión fue expresada por algunos adversarios de la paz en una reunión celebrada en Petrogrado, pero la apoyó sólo una minoría insignificante de quienes se oponían a la paz separada[130]. Es claro que esta opinión conduce a negar la conveniencia de las conversaciones de Brest-Litovsk y a negar la paz, “incluso” con la condición de que sean devueltas Polonia, Letonia y Curlandia. Es evidente la inexactitud de semejantes opiniones (que rechazan, por ejemplo, la mayoría de los adversarios petrogradenses de la paz). Desde el punto de vista de esas opiniones, la República Socialista, rodeada de potencias imperialistas, no podría concluir ningún acuerdo económico, no podría existir, de no marcharse a la Luna.

¿Quizá los autores supongan que los intereses de la revolución internacional exigen que ésta sea estimulada, y que el único estímulo podría ser la guerra, y en modo alguno la paz, susceptible de producir en las masas la impresión de una especie de “legitimación” del imperialismo? Semejante “teoría” estaría en completa contradicción con el marxismo, que ha negado siempre la posibilidad de “estimular” las revoluciones, las cuales se desarrollan a medida que se exacerban las contradicciones de clase que las engendran. Semejante teoría equivaldría a la idea de que la insurrección armada es, siempre y en todas las condiciones, la forma obligada de lucha. En realidad, los intereses de la revolución internacional requieren que el Poder soviético, que ha derribado a la burguesía en el país, *ayude* a esta revolución, pero que elija una *forma* de ayuda proporcionada a sus fuerzas. Ayudar a la revolución socialista a escala internacional, aceptando la posibilidad de la derrota de esta revolución en el país *dado*, es un punto de vista que ni si quiera deriva de la teoría del estímulo.

¿Quizá los autores de la resolución supongan que la revolución ha comenzado ya en Alemania, que ha adquirido ya el carácter de guerra civil abierta y a escala de todo el país y que, por eso, debemos dedicar todas nuestras fuerzas a ayudar a los obreros alemanes, debemos sucumbir nosotros mismos (“pérdida del Poder soviético”), *salvando* la revolución alemana, que ha comenzado ya su batalla final y sufre duros golpes? Desde este punto de vista, al sucumbir nosotros distraeríamos una parte de las

* Los hechos se encargan de responder a la contraobjeción de que, de todos modos, era imposible eludir la lucha: el 8 de enero fueron leídas mis tesis; el 15 de enero *habríamos podido* tener la paz. Habríamos podido, con toda seguridad, tener garantizada una tregua (y para nosotros la más pequeña tregua tenía una importancia gigantesca tanto material como moral, pues los alemanes habrían tenido que declarar *una nueva* guerra) de no haber sido... de no haber sido por la frase revolucionaria.

fuerzas de la contrarrevolución alemana y, con ello, salvaríamos la revolución alemana.

Es admisible por completo que, con tales premisas, no sólo sería "conveniente" (según expresión de los autores de la resolución), sino absolutamente *obligatorio* aceptar la posibilidad de una derrota y de la pérdida del Poder soviético. Sin embargo, está claro que esas premisas no existen. La revolución alemana madura, pero es evidente que no ha llegado aún a su estallido en Alemania, que no ha llegado todavía a la guerra civil en Alemania. Es evidente que nosotros no ayudaríamos, sino que *obstaculizaríamos* el proceso de maduramiento de la revolución alemana si "aceptásemos la posibilidad de la pérdida del Poder soviético". Con ello ayudaríamos a la reacción alemana, le haríamos el juego, dificultaríamos el movimiento socialista en Alemania, apartaríamos del movimiento socialista a grandes masas de proletarios y semiproletarios de Alemania que no se han incorporado aún al socialismo y que se verían atemorizados por la derrota de la Rusia Soviética, de la misma manera que la derrota de la Comuna en 1871 atemorizó a los obreros ingleses.

Por más vueltas que se den, es imposible descubrir ninguna lógica en los razonamientos del autor de la resolución. No se ven argumentos razonables a favor de la tesis de que "en interés de la revolución internacional consideramos conveniente aceptar la posibilidad de la pérdida del Poder soviético".

"El Poder soviético se está convirtiendo hoy en un poder puramente formal": tal es la conclusión monstruosa a que llegan, como hemos visto, los autores de la resolución moscovita.

Puesto que, según ellos, los imperialistas alemanes nos cobrarán un tributo e impedirán nuestra propaganda y nuestra agitación contra Alemania, el Poder soviético pierde su significación, "se está convirtiendo hoy en un poder puramente formal". Tal es, probablemente, el hilo de las "ideas" de los autores de la resolución. Decimos "probablemente", pues los autores no han proporcionado nada claro y preciso en apoyo de la tesis que examinamos.

Un estado de ánimo impregnado hasta lo más hondo de un pesimismo infinito, un sentimiento de desesperación absoluta: tal es el contenido de la "teoría" sobre la supuesta significación formal del Poder soviético y la admisibilidad de una táctica que conduzca a la pérdida posible del Poder soviético. De todos modos, no hay salvación; sucumba, pues, incluso el Poder soviético: tal es el sentimiento que ha dictado la monstruosa resolución. Los sedicentes argumentos "económicos", con los que se encubren a veces tales pensamientos, se reducen al mismo pesimismo desesperado ¿Qué clase de República Soviética es ésa, cuando pueden imponérsele tributos como éste, como el otro o como el de más allá?

Sólo desesperación: ¡de todos modos, sucumbiremos!

Sentimiento comprensible ante la situación archigrave en que se encuentra Rusia. Pero "comprensible" no entre los revolucionarios conscientes. Ese sentimiento es peculiar precisamente como la reducción al absurdo de las opiniones sustentadas por los moscovitas. Los franceses de 1793 jamás hubieran dicho que sus conquistas, la república y la democracia, se convertían en algo puramente formal, que era preciso avenirse a la pérdida posible de la república. Estaban pletóricos de fe en la victoria, y no de desesperación. Por eso, llamar a la guerra revolucionaria y, al mismo tiempo, aceptar "la posibilidad de la pérdida del Poder soviético" en una resolución oficial, significa desenmascararse por completo.

A principios del siglo XIX, durante las guerras napoleónicas, Prusia y otros países conocieron derrotas, invasiones, humillaciones y opresiones por parte del conquistador incomparable e inconmensurablemente más duras y gravosas que Rusia en 1918. Y, sin embargo, los mejores hombres do Prusia, cuando Napoleón los aplastaba con su bota militar, cien veces más pesada que aquella con la que ahora han podido aplastarnos, no perdían la esperanza, no hablaban de la significación "puramente formal "de sus instituciones políticas nacionales. No se desesperaban, no se dejaban dominar por el sentimiento de que "de todos modos, sucumbiremos". Firmaban tratados de paz inconmensurablemente más duros, feroces, ignominiosos y leoninos que el de Brest-Litovsk; sabían esperar y soportar con firmeza el yugo del conquistador; volvían a luchar y caían de nuevo bajo la opresión del conquistador; firmaban nuevos tratados de paz, vergonzosos, ignominiosos, otra vez se levantaban, *y, al fin y al cabo, se liberaron* (no sin aprovecharse de las discordias entre los conquistadores más fuertes, originadas por la competencia).

¿Por qué no puede repetirse semejante hecho en nuestra historia?

¿Por qué debemos caer en la desesperación y escribir resoluciones -más vergonzosas, a fe mía, que la paz más ignominiosa- en las que se diga que "el Poder soviético se está convirtiendo en un poder puramente formal"?

¿Por qué las duras derrotas militares en la lucha contra los colosos del imperialismo moderno no han de templar, también en Rusia, el carácter del pueblo, reforzar la autodisciplina, acabar con la jactancia y la charlatanería, inculcar la firmeza, llevar a las masas a la táctica justa de los prusianos aplastados por Napoleón: firmad los tratados de paz más vergonzosos cuando no disponéis de un ejército, reunid fuerzas y alzaos luego una y otra vez?

¿Por qué debemos caer en la desesperación

después del primer tratado de paz, de una dureza inaudita, cuando otros pueblos han sabido soportar con firmeza calamidades más amargas?

¿A qué corresponde esta táctica de la desesperación? ¿A la firmeza del proletario, el cual comprende que debe someterse si carece de fuerza y que, sin embargo, sabe, a continuación y pese a todo, alzarse una y otra vez, acumulando fuerzas *cualesquiera que sean* las condiciones? ¿O a la pusilanimidad del pequeño burgués, que, representado en nuestro país por el partido eserista de izquierda, ha batido el récord de la frase sobre la guerra revolucionaria?

¡No, queridos camaradas "extremistas" de Moscú! Cada día de prueba apartará de vosotros precisamente a los obreros más conscientes y firmes. El Poder soviético, dirán ellos, no *se convierte* ni *se convertirá* en un poder puramente formal, ni ahora, cuando el invasor se encuentra en Pskov y nos hace pagar una contribución de 10.000 millones en cereales, mineral y dinero, ni cuando el enemigo se encuentre en Nizhni Nóvgorod y en Rostov del Don y nos haga pagar un tributo de 20.000 millones.

Ninguna conquista extranjera convertirá jamás en "puramente formal" una institución política del pueblo (y el Poder soviético no es sólo una institución política infinitamente superior a todas las habidas en la historia). Por el contrario, la conquista extranjera no hará más que reforzar las simpatías populares por el Poder soviético, si... si éste no se lanza a aventuras.

Rehusar la firma de la paz más indecente cuando se carece de ejército es una aventura de la que el pueblo tiene derecho a culpar al poder que se decida a esa negativa.

La conclusión de una paz incomparablemente más dura y vergonzosa que la de Brest-Litovsk se ha dado ya en la historia (ejemplos indicados más arriba), y no condujo a un debilitamiento del prestigio del poder, no lo convirtió en un poder formal, no hundió ni el poder ni al pueblo, sino que templó al pueblo, le *enseñó* la ciencia ardua y difícil de preparar un buen ejército, aunque sea en una situación espinosa y desesperada, bajo la bota del invasor.

Rusia camina hacia una nueva y verdadera guerra patria, hacia una guerra por el mantenimiento y la consolidación del Poder soviético. Es posible que la época venidera sea, como lo fue la de las guerras napoleónicas, una época de *guerras* de liberación (de guerras, precisamente, y no de una guerra), impuestas por los invasores a la Rusia Soviética. Esto es posible.

Y por eso, la bochornosa desesperación es más ignominiosa que cualquier paz dura y archidura dictada por la falta de ejército, más ignominiosa que cualquier paz deshonrosa. Si enfocamos con *seriedad* el problema de la insurrección y de la guerra, no sucumbiremos ni siquiera con diez tratados de paz archiduros. No sucumbiremos a manos de los invasores, si no permitimos que la desesperación y la fraseología acaben con nosotros.

Publicado el 28 (15) de febrero y 1 de marzo (16 de febrero) de 1918 en los núm. 37 y 38 de "Pravda".

T. 35, págs. 399-407.

NOTAS

1 Lenin escribió el libro *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución* en agosto y septiembre de 1917, en la clandestinidad (en Razliv y Helsingfors). La obra vio la luz en 1918, en Petrogrado.

La segunda edición apareció en 1919. Lenin agregó un nuevo apartado, *Cómo planteaba Marx la cuestión en 1852*, al segundo capítulo. El libro ha alcanzado gran difusión en la URSS y en el extranjero.

2 *Fabianos*: miembros de la Sociedad Fabiana, organización reformista inglesa fundada en 1884. Esta sociedad debe su nombre al caudillo romano Fabio Máximo (s. III a. n. c.), llamado Cunctátor (El Contemporizador) por su táctica expectante, que consistía en rehuir los combates decisivos en la guerra contra Aníbal. Los miembros de la Sociedad Fabiana eran principalmente intelectuales burgueses: científicos, escritores y políticos (S. y B. Webb, Bernardo Shaw, Ramsay MacDonald y otros); negaban la necesidad de la lucha de clase del proletariado y de la revolución socialista y afirmaban que el paso del capitalismo al socialismo es posible únicamente por medio de pequeñas reformas y transformaciones paulatinas de la sociedad. Lenin definió el fabianismo como "una tendencia de *oportunismo extremo*". En 1900, la Sociedad Fabiana ingresó en el Partido Laborista. El "socialismo fabiano" es una de las fuentes de la ideología laborista. Durante la primera guerra mundial (1914-1918), los fabianos mantuvieron una posición socialchovinista.

3 Hegel expuso la teoría del Estado en la parte final del libro *Grundlinien der Philosophie des Rechts* ("Fundamentos de filosofía del Derecho"), publicado en 1821. Marx hizo un amplio análisis del libro de Hegel (§§ 261-313, en los que se trata del Estado) en su obra *Crítica de la filosofía hegeliana del Derecho*. Las conclusiones a que llegó Marx como resultado del análisis crítico de las concepciones de Hegel fueron comentadas por Engels, en su artículo *Carlos Marx*, con las siguientes palabras: "Partiendo de la filosofía hegeliana del Derecho, Marx llegó al convencimiento de que la clave para comprender el proceso del desarrollo histórico de la humanidad no hay que buscarla en el Estado, presentado por Hegel como "la culminación del edificio", sino, por el contrario, en "la sociedad civil", de la que Hegel hablaba con tanto desprecio".

4 *Eseristas* (Socialistas-revolucionarios): partido pequeñoburgués fundado en Rusia a fines de 1901 y comienzos de 1902. Los eseristas reivindicaban la abolición de la propiedad privada de la tierra y la entrega de ésta a las comunidades campesinas, según el principio de su usufructo igualitario. No veían las diferencias de clase entre el proletariado y el campesinado, velaban la disociación del campesinado en clases y las contradicciones en su seno -entre los campesinos pobres y los kulaks (burguesía rural)- y rechazaban el papel dirigente del proletariado en la revolución. Eran peculiares de los eseristas el aventurerismo en política y, como principal método de lucha contra el zarismo, el terrorismo individual.

Después de triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, los eseristas, en unión de los mencheviques, fueron el principal punto de apoyo del Gobierno Provisional contrarrevolucionario, del que formaron parte los líderes de dicho partido, En los años de la intervención extranjera y de la guerra civil en Rusia, los eseristas lucharon contra el Poder soviético.

Mencheviques: corriente oportunista en la socialdemocracia rusa, una de las tendencias del oportunismo internacional. Quedó formada en el II Congreso del POSDR (1903) con adversarios de la *Iskra* leninista. Al elegirse en el congreso los organismos centrales del partido, los leninistas obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó"), en tanto que los oportunistas quedaron en minoría ("menshinstvó"). Tal es el origen de las denominaciones "bolcheviques" (mayoritarios) y "mencheviques" (minoritarios). Los mencheviques rechazaron el programa revolucionario del partido, la hegemonía del proletariado en la revolución y la alianza de la clase obrera y del campesinado, propugnando un acuerdo con la burguesía liberal.

Al ser derrotada la revolución de 1905-1907, los mencheviques pretendieron liquidar el partido revolucionario clandestino del proletariado. En 1917 colaboraron en el Gobierno Provisional burgués, y después de triunfar la Gran Revolución Socialista de Octubre se unieron a otros partidos contrarrevolucionarios en la lucha contra el Poder soviético.

5 *Organización gentilicia* (*de tribu o de clan*) *de la sociedad*: régimen de la comunidad primitiva o primera formación socioeconómica que conoce la historia de la humanidad. La comunidad gentilicia era una colectividad de consanguíneos, unidos por lazos económicos y sociales. El régimen gentilicio

pasó por dos períodos de desarrollo: el matriarcado y el patriarcado. Este último culminó en la transformación de la sociedad primitiva en una sociedad dividida en clases y en el surgimiento del Estado. La propiedad social en los medios de producción y la distribución igualitaria de los productos constituían la base de las relaciones de producción del régimen primitivo, lo que correspondía, en lo fundamental, al bajo nivel de desenvolvimiento de las fuerzas productivas y a su carácter en aquel período.

Véase acerca del régimen de la sociedad primitiva: C. Marx, *Extracto del libro de Conway Lloyd Morgan "La sociedad antigua"*. F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

6 Lenin alude a las obras *Crítica del Programa de Gotha* (capítulo IV), de C. Marx, y *Anti-Dühring*, de F. Engels, así como a la carta de F. Engels a A. Bebel del 18-28 de marzo de 1875.

7 C. Marx. *El Capital*, t. I.

8 *Guerra de los Treinta Años* (1618-1648): primera guerra europea, fruto del enconamiento de las contradicciones entre diferentes grupos de Estados europeos. Adquirió la forma de lucha entre protestantes y católicos. La guerra empezó con un levantamiento en Bohemia contra la tiranía de la monarquía de los Habsburgos y la ofensiva de la reacción católica. Los Estados europeos que entraron después en la contienda formaron dos campos. El Papa, los Habsburgos españoles y austriacos y los príncipes católicos de Alemania, unidos bajo la bandera del catolicismo, combatieron contra los países protestantes: Bohemia, Dinamarca, Suecia, la República de Holanda y varios Estados alemanes que habían aceptado la Reforma. Los países protestantes fueron apoyados por los reyes franceses, enemigos de los Habsburgos. Alemania, escenario principal de esta guerra, fue objeto del pillaje bélico y de las pretensiones anexionistas de los participantes en la conflagración. La guerra terminó en 1648 con la firma de la Paz de Westfalia, que refrendó el fraccionamiento político de Alemania.

9 *Programa de Gotha*: programa aprobado por el Partido Socialista Obrero de Alemania en su Congreso de Gotha (1875), en el que se unificaron los dos partidos socialistas alemanes existentes hasta entonces: los eisenacheanos (dirigidos por Augusto Bebel y Guillermo Liebknecht e influenciados ideológicamente por Marx y Engels) y los lassalleanos. El programa adolecía de eclecticismo y era oportunista, pues los eisenacheanos hicieron concesiones a los lassalleanos en las cuestiones más importantes y aceptaron sus fórmulas. Marx y Engels sometieron el proyecto de Programa de Gotha a una crítica demoledora (el primero, en su obra *Crítica del Programa de Gotha*; el segundo, en su carta a Bebel del 18-28 de marzo de 1875), viendo en él un considerable paso atrás en comparación con el programa eisenacheano de 1869.

10 A fines del siglo XIX y comienzos del XX, los medios gobernantes de la burguesía de diversos países recurrieron a una complicada maniobra -dieron participación en gobiernos burgueses reaccionarios a algunos líderes reformistas de los partidos socialistas-, con el propósito de dividir el movimiento obrero y, por medio de concesiones insignificantes, apartar al proletariado de la lucha revolucionaria. En 1892, en Inglaterra fue elegido diputado al Parlamento John Burns, uno de "los traidores manifiestos a la clase obrera, vendidos a la burguesía por una cartera ministerial" (V. I. Lenin. La reunión del Buró Socialista Internacional). En 1899, en Francia entró en el gobierno burgués de R. Waldeck-Rousseau el socialista Alejandro Esteban Millerand, que ayudó a la burguesía a aplicar su política. La participación de Millerand en un gobierno burgués reaccionario causó un gran daño al movimiento obrero de Francia. Lenin calificó el millerandismo de apostasía, revisionismo y "bernsteinianismo en la práctica". Los "socialistas" del tipo de Millerand, subrayaba Lenin, "con la promesa de minúsculas reformas sociales" apartaban a la clase obrera de la lucha revolucionaria (véase V. I. Lenin. *La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y del campesinado*). En Italia, a comienzos del siglo XX, los socialistas Leónidas Bissolati, Ivanoe Bonomi y otros -que en 1912 fueron expulsados del Partido Socialista- figuraron entre los más francos defensores de la colaboración en el gobierno.

Durante la primera guerra mundial, los líderes oportunistas de derecha de los partidos socialdemócratas de diversos países sustentaron abiertamente posiciones socialchovinistas y colaboraron en los gobiernos burgueses de sus países, aplicando su política. "No tiene nada de extraño -señaló Lenin- que el proletariado de los países parlamentarios "adelantados", asqueado de "socialistas" como los Scheidemann, los David, los Legien, los Sembat, los Renaudel, los Henderson, los Vandervelde, los Stauning, los Branting, los Bissolati y Cía., haya simpatizado cada día más con el anarcosindicalismo, pese a que éste es hermano carnal del oportunismo" (véase el presente volumen). Lenin muestra en varios trabajos -sobre todo, en el artículo *Toda una docena de "ministros socialistas"* - las actividades oportunistas de los líderes socialdemócratas de derecha.

11 Como resultado de la segunda revolución democrática burguesa en Rusia, el 27 de febrero (12 de marzo) de 1917 fue derrocada la autocracia y se formó un Gobierno Provisional burgués. Lenin caracterizó al Gobierno Provisional en sus trabajos *Borrador de las tesis del 4 (17) de marzo de 1917*, *Cartas desde lejos* y otros.

12 *Democonstitucionalistas*, *demócratas-constitucionalistas*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, partido principal de la burguesía liberal monárquica de Rusia, fundado en octubre de 1905. Durante la primera guerra mundial apoyaron activamente la política exterior anexionista del gobierno zarista. En el período de la revolución democrática burguesa de febrero trataron de salvar la monarquía. Los

democonstitucionalistas, que ocupaban una posición dirigente en el Gobierno Provisional burgués, aplicaron una política antipopular y contrarrevolucionaria. Después de triunfar la Gran Revolución Socialista de Octubre fueron enemigos inconciliables del Poder soviético, participando en todos los levantamientos armados contrarrevolucionarios y en las campañas de los intervencionistas.

13 *Die Neue Zeit* ("Tiempos Nuevos"): revista teórica del Partido Socialdemócrata Alemán; se publicó en Stuttgart desde 1883 hasta 1923. En *Die Neue Zeit* vieron la luz por vez primera algunas obras de Marx y Engels. Este último ayudó con sus consejos a la Redacción de la revista y la criticó frecuentemente por sus desviaciones del marxismo. A partir de la segunda mitad de los años 90, después del fallecimiento de Engels, la revista insertó de modo sistemático artículos de revisionistas, entre ellos la serie de Eduardo Bernstein *Problemas del socialismo*, que inició la cruzada de los revisionistas contra el marxismo. En los años de la primera guerra mundial (1914-1918), la revista mantuvo una posición centrista, apoyando de hecho a los socialchovinistas.

14 La tesis referente a la diversidad de formas de la dictadura del proletariado fue formulada por Lenin ya en 1916, en el artículo *Sobre la caricatura del marxismo y el "economismo imperialista"*, en el que se rebatían las concepciones oportunistas de Piatakov. Este artículo vio la luz sólo en 1924, años después de la Revolución Socialista de Octubre. Al analizar el desarrollo histórico en las condiciones propias del imperialismo, Lenin decía: "Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable, pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará sus elementos peculiares a una u otra forma de la democracia, a una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas de los diversos aspectos de la vida social. No hay nada más mezquino en el aspecto teórico ni más ridículo en el aspecto práctico que, "en nombre del materialismo histórico", imaginarse el futuro en *este* terreno pintado de un uniforme color grisáceo: eso no sería más que un pintarrajo de Súzdal".

Lenin subrayó más tarde que la diversidad de formas de la dictadura del proletariado dimana de las distintas formas en que el poder pasa a manos de la clase obrera, así como de la especificidad de las condiciones socioeconómicas y políticas en los diferentes países. Por ejemplo, en el artículo *La economía y la política en la época de la dictadura del proletariado*, escrito en 1919, Lenin definió el Poder soviético como una forma estatal de la dictadura del proletariado que reflejaba las peculiaridades del desarrollo histórico de Rusia, y reveló los rasgos generales y específicos del Estado proletario soviético.

El movimiento liberador internacional después de la Revolución Socialista de Octubre -y, sobre todo, después de la segunda guerra mundial- adelantó una forma nueva, diferente del Poder soviético, de dictadura del proletariado: la democracia popular, que se afianzó en un conjunto de países de Europa Central y Sudoriental y de Asia. El surgimiento de la democracia popular fue posible gracias a las nuevas condiciones históricas, que ampliaron la base social de la revolución, reflejaron los cambios clasistas en el mundo capitalista contemporáneo y acercaron entre sí las tareas democráticas generales y socialistas de la revolución. Lenin dijo en 1923, en el artículo *Nuestra revolución*: "Las revoluciones ulteriores en los países de Oriente, con una población incomparablemente más numerosa y que se diferencian muchísimo más por la diversidad de las condiciones sociales, les brindarán, sin duda, más peculiaridades que la revolución rusa". La historia confirma plenamente esta genial previsión de Lenin.

15 Se alude al *Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana. A todos los miembros de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Europa y los Estados Unidos*, escrito por Marx en Londres entre el 6 y el 9 de septiembre de 1870.

16 Lenin se refiere a las manifestaciones hechas por Jorge Plejánov en los artículos *Nuestra situación* y *Una vez más acerca de nuestra situación* (*Carta al camarada X*), publicados en noviembre y diciembre de 1905, en los números 3 y 4 de *Dnievnik Sotsial-Demokrata* ("El Diario del Socialdemócrata").

17 Véase la carta de C. Marx a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871.

18 *Dielo Naroda* ("La Causa del Pueblo"): diario, órgano del partido eserista; se editó en Petrogrado desde marzo de 1917 hasta julio de 1918, cambiando de título varias veces. Sustentó una posición defensista y conciliadora y apoyó al Gobierno Provisional burgués. Reanudó su publicación en octubre de 1918 en Samara (cuatro números) y en marzo de 1919 en Moscú (diez números), siendo suspendido por su labor contrarrevolucionaria.

19 *Girondinos*: grupo político durante la revolución burguesa de fines del siglo XVIII en Francia. Los girondinos representaban los intereses de la burguesía moderada, vacilaban entre la revolución y la contrarrevolución y siguieron la senda de las componendas con la monarquía.

20 *Blanquistas*: partidarios de una corriente en el movimiento socialista francés, encabezada por Luis Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario y destacado representante del comunismo utópico francés. Los blanquistas, decía Lenin, esperaban que "la humanidad se libraría de la esclavitud asalariada por medio de un complot de una pequeña minoría de intelectuales, y no por medio de la lucha de clase del proletariado". Al sustituir la labor del partido revolucionario con las acciones de un puñado de conspiradores, no tenían en cuenta la situación concreta necesaria para el triunfo de la insurrección y menospreciaban los vínculos con las masas.

21 *Proudhonianos*: adeptos de una corriente anticientífica del socialismo pequeñoburgués, recibió tal denominación del nombre de su

ideólogo, el anarquista francés Proudhon. Este criticaba la gran propiedad capitalista desde un punto de vista pequeñoburgués; soñaba con perpetuar la pequeña propiedad privada; rechazaba la lucha de clases, la revolución proletaria y la dictadura del proletariado, y, como anarquista que era, negaba la necesidad del Estado. Los "teóricos" burgueses han utilizado mucho las ideas del proudhonismo para predicar la colaboración entre las clases. Marx hizo una crítica demoledora del proudhonismo en su obra *Miseria de la Filosofía*.

22 Lenin se refiere al artículo de Marx *El indiferentismo en materia política* y al artículo de Engels *De la autoridad*, publicados en diciembre de 1873 en la recopilación italiana *Almanacco Republicano per l'anno 1874*, y en 1913, traducidos al alemán, en la revista Die Neue Zeit.

23 C. Marx. *El indiferentismo en materia política*.

24 F. Engels. *De la autoridad*.

25 F. Engels. *De la autoridad*.

26 Lenin alude a la obra de Marx *Miseria de la Filosofía*.

27 *Programa de Erfurt*: programa del Partido Socialdemócrata Alemán aprobado en el Congreso de Erfurt (octubre de 1891). Representó un paso adelante en comparación con el Programa de Gotha (1875). Se basaba en la doctrina marxista acerca del hundimiento inevitable del modo de producción capitalista y de su sustitución por el modo de producción socialista. En el Programa de Erfurt se recalcaba la necesidad de que la clase obrera desplegara la lucha política, se destacaba el papel del partido como dirigente de esta lucha, etc., pero en él se hacían también serias concesiones al oportunismo. Engels criticó detalladamente el proyecto inicial de este programa en su obra *Contribución a la crítica del proyecto de programa socialdemócrata de 1891*, que fue, en el fondo, una crítica del oportunismo de toda la II Internacional. Sin embargo, los dirigentes de la socialdemocracia alemana ocultaron a las masas del partido la crítica de Engels, y sus observaciones más importantes no fueron tomadas en consideración al redactarse el texto definitivo del programa. Lenin consideraba que el silenciamiento de la dictadura del proletariado era el defecto principal del Programa de Erfurt, una concesión cobarde hecha al oportunismo.

28 La *Ley de excepción contra los socialistas* fue promulgada en Alemania en 1878 por el Gobierno Bismarck para luchar contra el movimiento obrero y socialista. En virtud de esta ley fueron prohibidas todas las organizaciones del Partido Socialdemócrata, las organizaciones obreras de masas y la prensa obrera; se confiscaron las publicaciones socialistas y se persiguió a los socialdemócratas por todos los medios. En 1890, bajo la presión del movimiento obrero de masas, cada día más fuerte, la Ley de excepción contra los socialistas fue derogada.

29 *Pravda* ("La Verdad"): primer periódico bolchevique legal; empezó a publicarse en San Petersburgo el 22 de abril (5 de mayo) de 1912. Lenin dirigía ideológicamente *Pravda*, colaboraba en casi todos sus números, daba indicaciones a la Redacción y se esforzaba por que el periódico tuviera un espíritu combativo, revolucionario.

En la Redacción de *Pravda* se concentró una parte considerable de la labor de organización del partido.

Pravda sufrió constantes persecuciones policíacas. Fue suspendido el 8 (21) de julio de 1914, reapareciendo después de triunfar la revolución democrática burguesa de febrero de 1917. Desde el 5 (18) de marzo de 1917, el periódico se publicó como órgano del Comité Central y del Comité de San Petersburgo del POSDR.

De julio a octubre de 1917, *Pravda*, perseguido por el Gobierno Provisional contrarrevolucionario, cambió repetidas veces de título. Y sólo a partir del 27 de octubre (9 de noviembre) de 1917 reapareció con su viejo título.

Pravda ocupa un importantísimo lugar en la historia del Partido Bolchevique. La generación de obreros avanzados educada por *Pravda* desempeñó un papel relevante en la Gran Revolución Socialista de Octubre y en la edificación del socialismo.

30 Véase la *Introducción* de F. Engels a la obra de C. Marx *La guerra civil en Francia*.

31 Lenin se refiere al discurso que pronunció el menchevique Tsereteli, ministro del Gobierno Provisional, el 11 (24) de junio de 1917 en una reunión conjunta del Presídium del 1 Congreso de los Soviets de toda Rusia, del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado, del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados campesinos y de los burós de todos los grupos del congreso. Los líderes eseristas y mencheviques organizaron dicha reunión para, aprovechándose de que tenían mayoría en ella, asestar un golpe al Partido Bolchevique. En su discurso, de tono histérico, Tsereteli declaró que la manifestación anunciada por los bolcheviques para el 10 (23) de junio era "un complot de los bolcheviques con el fin de derribar el gobierno y tomar el poder". Todo el discurso de Tsereteli tuvo un carácter calumnioso y contrarrevolucionario. Los bolcheviques abandonaron la reunión en señal de protesta contra las calumnias de Tsereteli y de otros líderes eseristas y mencheviques. Lenin no asistió a esta reunión y estuvo en contra de que se participara en ella. En una carta a la Redacción de *Pravda* comunicó que "mantenía la negativa por principio de los bolcheviques a participar en esta reunión, presentando una declaración por escrito en la que dijeran: no participamos en ninguna reunión dedicada a estas cuestiones (prohibición de las manifestaciones)". (*Carta a la Redacción de "Pravda"*, 26 (13) de junio de 1917.)

32 *Los-von-Kirche-Bewegung* (Movimiento en pro de la separación de la Iglesia) o *Kirchenaustrittsbewegung* (Movimiento en pro del abandono de la Iglesia): movimiento que adquirió carácter de masas en Alemania en vísperas de la primera guerra mundial. En enero de 1814, la revista *Die Neue Zeit* publicó un artículo del revisionista Paul Ghore, titulado *Kirchenaustrittsbewegung una Sozialdemokratie*

("El Movimiento en pro del abandono de la Iglesia y la socialdemocracia"), con el que se inició una discusión en torno a la actitud del Partido Socialdemócrata Alemán ante este movimiento. Durante la discusión, las figuras prominentes de la socialdemocracia alemana no combatieron las opiniones de Ghore, el cual afirmaba que el partido debía ser neutral respecto al movimiento aludido y prohibir a sus militantes que hicieran propaganda antirreligiosa y anticlerical en nombre del partido.

Lenin reparó en esta discusión al estudiar los materiales que habría de utilizar en su libro *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

33 Las cifras que cita Lenin se basan en la cotización del papel moneda en el segundo semestre de 1917. En aquel entonces, el rublo papel había perdido considerablemente su valor después de varios años de guerra.

34 *Lassalleanos*: partidarios y seguidores del socialista pequeñoburgués alemán Fernando Lassalle, con cuya participación activa se fundó en 1863 la Asociación General de Obreros Alemanes, organización política que existió hasta 1875. Lassalle, que arrancaba de una concepción idealista del Estado como organización situada por encima de las clases, consideraba posible utilizar el Estado prusiano para resolver los problemas sociales creando, con la ayuda del mismo, asociaciones obreras de producción. Lassalle orientó a los obreros exclusivamente hacia la vía pacífica y parlamentaria de lucha, creyendo que el Estado prusiano se convertiría en un "Estado popular libre" al implantarse el sufragio universal. Para lograr la promulgación de una ley sobre el sufragio universal, Lassalle se alió con Bismarck, a quien prometió la ayuda de la Asociación General de Obreros Alemanes en su lucha contra la oposición liberal y en el cumplimiento de sus planes de reunificación de Alemania "por arriba" bajo la hegemonía de Prusia.

35 Lenin se refiere al II Congreso del POSDR, que se celebró a finales de julio y comienzos de agosto de 1903. En él se produjo la escisión entre el ala revolucionaria, compuesta de los adeptos de Lenin, y el ala oportunista. Al elegirse los organismos centrales del partido, los leninistas obtuvieron la mayoría ("bolshinstvó") y empezaron a llamarse "bolcheviques" (mayoritarios), mientras que los oportunistas, que quedaron en minoría ("menshinstvó"), recibieron la denominación de "mencheviques" (minoritarios).

36 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia*.

37 El *Congreso de La Haya de la I Internacional* se celebró del 2 al 7 de septiembre de 1872. Las resoluciones de este congreso, cuyas labores transcurrieron íntegramente bajo la dirección inmediata de Marx y Engels y con su más activa participación, representaron una victoria del marxismo sobre las concepciones pequeñoburguesas de los anarquistas y sentaron las bases para constituir con posterioridad partidos políticos de la clase obrera nacionales e independientes.

38 Véase el *Prólogo* de Engels a la obra de Marx *Crítica del Programa de Gotha*.

39 *Zariá* ("La Aurora"): revista política y científica marxista, editada legalmente en Stuttgart por la Redacción de *Iskra* en 1901 y 1902.

40 Se trata del *V Congreso de la II Internacional*, celebrado en París del 23 al 27 de septiembre de 1900. La mayoría del congreso aprobó una resolución, presentada por Kautsky, sobre el problema fundamental del orden del día -"La conquista del poder político y las alianzas con los partidos burgueses" -, vinculado a la colaboración de A. Millerand en el gobierno contrarrevolucionario de Waldeck-Rousseau. En ella se decía que "la participación de un socialista en un gobierno burgués no puede significar el comienzo normal de la conquista del poder político, sino un medio forzado, temporal y excepcional, en la lucha contra circunstancias difíciles". Más tarde, los oportunistas invocaron a menudo este punto de la resolución para justificar su colaboración con la burguesía.

La revista *Zariá* ("La Aurora") publicó en su número 1, correspondiente al mes de abril de 1901, un artículo de J. Plejánov titulado *Unas palabras acerca del último Congreso Socialista Internacional de París* (*Carta abierta a los camaradas que delegaron en mí*), en el cual criticó duramente la resolución de Kautsky.

41 Véase C. Marx. *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

42 Véase C. Marx y F. Engels. *Prefacio a la edición alemana de 1872 del "Manifiesto del Partido Comunista"*.

43 Véase C. Marx. *La guerra civil en Francia*.

44 El folleto de C. Kautsky *Del Weg zur Macht. Politische Betrachtungen uber das Hineinwachsen in die Revolution*, Berlín, 1909, se publicó en ruso sólo en 1918.

45 Véase C. Marx y F. Engels. *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*.

46 Véase C. Marx *La guerra civil en Francia*.

47 Lenin alude al libro de Sidney y Beatriz Webb *Teoría y práctica del tradeunionismo inglés*.

48 *Cuadernos Mensuales Socialistas* ("Sozialistische Monatshefte"): revista, órgano principal de los oportunistas alemanes y uno de los portavoces del revisionismo internacional. Se publicó en Berlín desde 1897 hasta 1933. Durante la primera guerra mundial (1914-1918) mantuvo una posición socialchovinista.

49 *Jauresistas*: adeptos del socialista francés Juan Jaurès, que en los años 90 del siglo pasado formó, junto con A. Millerand, el grupo de los "socialistas independientes" y encabezó el ala derecha, reformista, del movimiento socialista francés. En 1902 fundaron el Partido Socialista Francés, que sustentó posiciones reformistas.

50 *Partido Laborista Independiente de Inglaterra*: organización reformista fundada en 1893. Sustentó posiciones reformistas burguesas, dedicando la atención fundamental a la forma parlamentaria de lucha y a las componendas parlamentarias con el Partido Liberal.

51 Las tesis *La situación política*, escritas por Lenin el

10 (23) de julio de 1917, trazaron la nueva táctica del Partido Bolchevique con motivo de los cambios operados en la situación política del país después de ser ametrallada la manifestación de los obreros y soldados del 4 (17) de julio y de pasar todo el poder al Gobierno Provisional contrarrevolucionario. Las tesis fueron discutidas en una reunión ampliada del Comité Central del POSD(b) de Rusia, celebrada los días 13 y 14 (26 y 27) de julio de 1917, a la que asistieron representantes del Comité de San Petersburgo, de la Organización Militar adjunta al CC del partido, del Buró Regional de Moscú, del Comité Urbano de Moscú y del Comité Comarcal de Moscú.

52 El poder pasó íntegramente al Gobierno Provisional contrarrevolucionario después de los sucesos del 3 al 5 de julio.

Estos sucesos patentizaron la profundísima crisis política existente en el país. El fracaso de la ofensiva de las tropas rusas en el frente, iniciada por Kerenski el 18 de junio (1 de julio); las nuevas víctimas, inmoladas para complacer a los imperialistas; el aumento del paro forzoso, debido al cierre de las empresas por los capitalistas; la creciente carestía y la sensible escasez de víveres suscitaron entre las grandes masas de obreros y soldados una explosión de indignación por la política contrarrevolucionaria del Gobierno Provisional. El 3 (16) de julio comenzaron manifestaciones espontáneas, que amenazaban con transformarse en una acción armada contra el Gobierno Provisional.

El Partido Bolchevique estaba en contra de la acción armada en aquel momento, pues consideraba que la crisis revolucionaria no había madurado todavía, que el ejército y las provincias no estaban preparados para apoyar la insurrección en la capital. Pero la acción, pese a todo, había comenzado ya y fue imposible impedirla.

Teniendo en cuenta el estado de ánimo de las masas, el Comité Central, junto con el Comité de San Petersburgo y la Organización Militar, acordó a altas horas de la noche del 3 (16) de julio participar en la manifestación del día siguiente a fin de darle un carácter pacífico y organizado. Lenin no se encontraba entonces en Petrogrado: enfermo a consecuencia de un agotamiento extraordinario, se había trasladado a las afueras de la ciudad para descansar unos días. Al tener noticia de lo ocurrido, regresó a Petrogrado en la mañana del 4 (17) de julio y asumió la dirección de los acontecimientos.

En la manifestación del 4 (17) de julio -que transcurrió bajo las consignas de los bolcheviques: "¡Todo el poder a los Soviets!" y otras- participaron más de 500.000 personas. Los manifestantes eligieron noventa representantes para que reclamasen del CEC de los Soviets el paso de todo el poder a los Soviets. Pero los líderes eseristas y mencheviques se negaron a asumir el poder.

Con el conocimiento y la aprobación del CEC de los Soviets, de carácter menchevique y eserista, el Gobierno Provisional acordó disolver la manifestación por medio de la fuerza armada. Lanzó contra la manifestación pacífica de los obreros y soldados regimientos de cadetes y cosacos contrarrevolucionarios, que ametrallaron a los manifestantes. Además, fueron trasladadas del frente unidades militares reaccionarias.

El Gobierno Provisional burgués, después de ametrallar la manifestación, prosiguió las represiones. Arremetió con odio especial contra el Partido Bolchevique. Fueron clausurados los periódicos bolcheviques *Pravda*, *Soldátskaya Pravda* y otros. Empezaron el desarme de los obreros, las detenciones y los registros. Los mencheviques y eseristas fueron, de hecho, partícipes y cómplices de la contrarrevolución.

53 La *Carta a la Redacción de "Proletárskoie Dielo"*, que se publicó en el periódico, llevaba también la firma de G. Zinóviev.

Después de ser ametrallada la manifestación de Petrogrado, Lenin pasó los días 5, 6 y 7 (18, 19 y 20) de julio de un domicilio a otro, en busca de un refugio seguro para eludir las persecuciones del Gobierno Provisional burgués. El 7 (20) de julio, este último ordenó la detención de Lenin y de otros militantes destacados del Partido Bolchevique. En realidad, el Gobierno Provisional no se proponía que el asunto llegara a los tribunales. Como se supo más tarde, los cadetes encargados de detener a Lenin recibieron de las autoridades la misión de asesinarlo por el camino.

Lenin, profundamente indignado por las acusaciones calumniosas que se le hacían, se inclinaba al principio a comparecer ante los tribunales del Gobierno Provisional. En una carta dirigida al Buró del Comité Ejecutivo Central (CEC) de los Soviets de diputados obreros y soldados, Lenin protestaba contra el registro que se había efectuado en su domicilio en la noche del 6 (19) de julio y, refiriéndose a su detención, decía que si el CEC confirmaba la orden de detención dictada por el Gobierno Provisional, él se sometería. Los líderes mencheviques y eseristas confirmaron la orden del Gobierno Provisional.

En la tarde del 7 (20) de julio, en el domicilio del viejo obrero bolchevique S. Alilúev, donde se ocultaba Lenin en aquel momento, se celebró una reunión de miembros del CC y de varios dirigentes del partido.

Se acordó que Lenin no debía comparecer ante los tribunales del Gobierno Provisional contrarrevolucionario. En el artículo *¿Deben los dirigentes bolcheviques comparecer ante los tribunales?*, escrito el 8 (21) de julio, pero no publicado entonces, Lenin explicaba por qué no debían los bolcheviques comparecer voluntariamente ante los tribunales del Gobierno Provisional burgués. Señalaba que, después de las jornadas de julio, el poder había pasado de hecho a manos de la camarilla militar reaccionaria, por lo que no había ni podía haber ninguna justicia normal.

La cuestión de la comparecencia de Lenin ante los tribunales fue discutida en la reunión ampliada que celebró el CC del POSD(b) de Rusia los días 13 y 14 (26 y 27) de julio de 1917. En ella participaron también representantes de diversos organismos del

partido: Comité de San Petersburgo, Organización Militar adjunta al CC del POSD(b)R, Buró Regional de Moscú, Comité Urbano de Moscú y Comité Comarcal de Moscú. La reunión acordó que Lenin no debía comparecer ante los tribunales del Gobierno Provisional.

En julio de 1917 se celebraron diversas conferencias del Partido Bolchevique -de Petrogrado, de la comarca de Moscú, de la ciudad de Bakú, de la región de Siberia Central, etc.- que aprobaron resoluciones de airada protesta contra las calumnias de que era objeto Lenin.

El VI Congreso del POSD(b) de Rusia discutió, entre las primeras, esta misma cuestión y acordó por unanimidad que Lenin no compareciese ante los tribunales.

54 *Asunto Dreyfus*: proceso provocador urdido en 1894 por los medios monárquicos reaccionarios de la camarilla militar de Francia contra Dreyfus, oficial hebreo del Estado Mayor General francés, acusado falsamente de espionaje y alta traición. Dreyfus fue condenado a cadena perpetua. Esta sentencia sirvió de pretexto a los reaccionarios de Francia para atizar el antisemitismo y desplegar la ofensiva contra el régimen republicano y las libertades democráticas. En 1898, cuando los socialistas y los demócratas burgueses avanzados (entre los que figuraban Emilio Zola, Juan Jaurès y Anatolio France) emprendieron una campaña en pro de la revisión de la causa, el asunto Dreyfus adquirió un carácter político evidente y dividió el país en dos campos: republicanos y demócratas, de un lado, y el bloque de monárquicos, clericales, antisemitas y nacionalistas, de otro. Dreyfus fue indultado y puesto en libertad en 1899 bajo la presión de la opinión pública; en 1906, el Tribunal Supremo reconoció inocente a Dreyfus y lo reincorporó al ejército.

55 *Asunto Beylis*: proceso provocador organizado en 1913, en Kíev, por el gobierno zarista contra el hebreo Beylis, acusado falsamente de haber asesinado con fines rituales al niño cristiano Yuschinski (en realidad, el asesinato fue organizado por las centurias negras). Al montar esta farsa judicial, el gobierno zarista se proponía atizar el antisemitismo y provocar pogromos antisemitas para apartar a las masas del movimiento revolucionario, que aumentaba de día en día en el país. El proceso suscitó profunda excitación en la opinión pública y en varias ciudades se celebraron manifestaciones obreras de protesta. Beylis fue absuelto por el tribunal que lo juzgó.

56 Lenin se refiere a los siguientes hechos. El 20 de abril (3 de mayo), los periódicos publicaron una nota del ministro de Negocios Extranjeros, Miliukov, a los Estados aliados, en la que el Gobierno Provisional confirmaba que cumpliría todos los tratados suscritos por el gobierno zarista y haría la guerra hasta el fin victorioso. La política imperialista del Gobierno Provisional indignó a las grandes masas trabajadoras. El 21 de abril (4 de mayo), secundando el llamamiento del Partido Bolchevique, los obreros de Petrogrado abandonaron el trabajo y se manifestaron en las calles reclamando la paz. En la manifestación participaron más de cien mil obreros y soldados. Se celebraron también manifestaciones y mítines de protesta en Moscú, los Urales, Ucrania, Cronstadt y otras ciudades. El Soviet de Petrogrado recibió de los Soviets de muchas ciudades resoluciones de protesta contra la nota de Miliukov.

La manifestación de abril dio comienzo a la crisis ministerial. Los ministros P. Miliukov y A. Guchkov se vieron obligados a dimitir. El 5 (18) de mayo se formó el primer gobierno de coalición, en el que, junto con los diez ministros capitalistas, colaboraron los líderes de los partidos conciliadores: A. Kerenski y V. Chernov, por los eseristas; I. Tsereteli y M. Skóbeliev, en nombre de los mencheyiques, y otros. El gobierno burgués fue salvado por los eseristas y los mencheviques, que desertaron abiertamente al campo de la burguesía.

57 Se trata del acuerdo adoptado el 9 (22) de junio de 1917 por el I Congreso de los Soviets de toda Rusia de prohibir la manifestación que había convocado el Partido Bolchevique para el 10 (23) de junio. El acuerdo de celebrar la manifestación se tomó el 8 (21) de junio en una reunión ampliada del Comité Central y del Comité de San Petersburgo del POSD(b) de Rusia, a la que asistieron también representantes de los distritos, unidades militares, sindicatos y comités de fábrica. La manifestación debía mostrar al 1 Congreso de los Soviets la voluntad de los obreros y soldados petrogradenses, que exigían el paso de todo el poder a los Soviets. Los mencheviques y los eseristas decidieron impedirla, para lo cual hicieron aprobar en el congreso una resolución que prohibía las manifestaciones públicas.

El CC del Partido Bolchevique, movido por el deseo de no enfrentarse con el acuerdo del Congreso de los Soviets, acordó a altas horas de la noche del 9 (22) de junio suspender la manifestación. Miembros del CC y del Comité de San Petersburgo y activistas del partido recorrieron fábricas, empresas y cuarteles para convencer a los obreros y soldados de que no se manifestaran. La labor explicativa de los bolcheviques dio los resultados apetecidos; los obreros y soldados aceptaron que era inoportuno manifestarse en aquellos momentos.

Los dirigentes mencheviques y eseristas del Congreso de los Soviets acordaron organizar una manifestación para el 18 de junio (1 de julio), esperando que transcurriría bajo su dirección y expresaría su confianza al Gobierno Provisional.

El Comité Central y el Comité de San Petersburgo del Partido Bolchevique, dirigidos personalmente por Lenin, desplegaron una ingente labor para conseguir que la manifestación reflejara el verdadero estado de ánimo de las masas. La víspera de la manifestación, el 17 (30) de junio, el periódico *Pravda* publicó un llamamiento firmado por el Comité Central, el Comité de San Petersburgo, la Organización Militar adjunta al CC del POSD(b) de Rusia y el Consejo Central de los Comités de Fábrica, en el que se exhortaba a demostrar la fuerza de la revolución.

En la manifestación del 18 de junio (1 de julio) participaron cerca de 500.000 obreros y soldados de Petrogrado. La mayoría abrumadora de los manifestantes desfiló bajo las consignas revolucionarias del Partido Bolchevique. Sólo un pequeño grupo enarboló pancartas de los partidos conciliadores, en las que se expresaba la confianza al Gobierno Provisional. La manifestación testimonió la creciente actividad revolucionaria de las masas y el gigantesco crecimiento de la influencia del Partido Bolchevique.

58 El Gobierno Provisional restableció el 12 (25) de julio la pena de muerte en el frente. En las divisiones se instituyeron "tribunales militares revolucionarios", cuyas sentencias entraban en vigor nada más ser hechas públicas y debían ser ejecutadas sin demora.

59 La "*Comisión de Enlace*" se formó, en virtud del acuerdo adoptado el 8 (21) de marzo por el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, de orientación conciliadora, para "influir" en la actividad del Gobierno Provisional y "controlarla". La Comisión ayudó al Gobierno Provisional a especular con el prestigio del Soviet de Petrogrado para encubrir su política contrarrevolucionaria.

60 *Korniloviada o sublevación de Kornílov*: complot contrarrevolucionario de la burguesía y los terratenientes en agosto de 1917, encabezado por el general zarista Kornílov, a la sazón jefe supremo del ejército ruso. Los conspiradores se proponían apoderarse de Petrogrado, aniquilar el Partido Bolchevique, disolver los Soviets, implantar en el país una dictadura militar y preparar la restauración de la monarquía. En el complot estaba complicado el jefe del Gobierno Provisional, Kerenski; pero cuando comenzó la sublevación, temiendo ser barrido junto con Kornílov, se desolidarizó de este último y le acusó de sedición contra el Gobierno Provisional.

Respondiendo al llamamiento del CC del Partido Bolchevique, los obreros de Petrogrado y los soldados y marinos revolucionarios se alzaron a la lucha contra los insurgentes. Se formaron rápidamente destacamentos de la Guardia Roja, integrados por obreros de la capital. Se cortó el avance de las tropas de Kornílov, las cuales empezaron a descomponerse bajo la influencia de la agitación bolchevique. Presionado por las masas, el Gobierno Provisional se vio obligado a ordenar la detención de Kornílov y sus cómplices y entregarlos a los tribunales.

61 El "*Congreso de Unificación*" de los mencheviques se celebró en Petrogrado del 19 al 26 de agosto (1-8 de septiembre) de 1917, con el fin de unir en un partido único los distintos grupos mencheviques.

El congreso aprobó por mayoría de votos varias resoluciones, en las que se propugnaba la continuación de la guerra "hasta el fin victorioso", respaldó la entrada de los socialistas en el Gobierno Provisional burgués y expresó a éste su confianza. Sin embargo, durante las labores del congreso se manifestó una discordia completa por lo que la tarea de unir a los mencheviques quedó, en la práctica, sin cumplir.

62 Lenin alude al *golpe de Estado del 3 de junio*, con el que se inició el período de reacción stolypiniana.

El 3 (16) de junio de 1907 se publicó un manifiesto del zar por el que se disolvía la II Duma de Estado y se modificaba la ley electoral. La nueva ley aumentó en mucho la representación de los terratenientes y de la burguesía comercial e industrial en la Duma y redujo en varias veces el número de representantes, exiguo de por sí, de los campesinos y los obreros. Ello constituyó una burda violación del Manifiesto del 17 de octubre de 1905 y de la Ley Fundamental de 1906, según los cuales el gobierno no podía promulgar leyes sin la aprobación de la Duma de Estado. La III Duma, elegida de acuerdo con esta ley, se reunió el 1 (14) de noviembre de 1907. Por su composición fue una Duma octubrista-ultrarreaccionaria.

63 En las elecciones a las dumas distritales de Petrogrado, celebradas a finales de mayo y comienzos de junio de 1917, votaron a favor de los candidatos bolcheviques el 20% de los electores. En las elecciones a la Duma urbana de Petrogrado, que tuvieron lugar el 20 de agosto (2 de septiembre), correspondió a los bolcheviques el 33% de los sufragios emitidos.

64 Véase F. Engels. *Literatura de emigración. II. El programa de los emigrados blanquistas de la Comuna*.

65 Véase F. Engels. *Carta a F. Turati*, del 26 de enero de 1894.

66 Después de ser sofocada la sublevación de Kornílov surgió la necesidad de formar un nuevo Gobierno Provisional. Se suponía que, además de los mencheviques y eseristas, participarían en él los democonstitucionalistas. Pero los mencheviques y eseristas, temiendo perder definitivamente la confianza de las masas, declararon que se negaban a colaborar en un gobierno del que formaran parte también los democonstitucionalistas. El 1 (14) de septiembre de 1917, el Gobierno Provisional acordó formar un Directorio compuesto de cinco miembros. Aunque en el gobierno no figuraban oficialmente representantes de los democonstitucionalistas, se formó en virtud de acuerdos con ellos entre bastidores. El 2 (15) de septiembre se celebró una sesión plenaria conjunta del CEC de los Soviets de diputados obreros y soldados y del Comité Ejecutivo del Soviet de diputados campesinos, en la que los mencheviques y los eseristas presentaron una resolución de apoyo al nuevo gobierno. De este modo, declaraban de palabra que habían roto con los democonstitucionalistas; pero, en la práctica, ayudaron una vez más a los terratenientes y los capitalistas a mantenerse en el poder.

67 La *Conferencia Democrática de toda Rusia* fue convocada por el CEC menchevique-eserista de los Soviets para resolver el problema del poder. Sin embargo, el verdadero fin que se señalaron sus organizadores consistía en desviar la atención de las masas populares de la creciente revolución. Fue anunciada al principio para el 12 (25) de septiembre; más tarde se aplazó y tuvo lugar del 14 al 22 de septiembre (27 de septiembre-5 de octubre)

de 1917, en Petrogrado, asistiendo a ella más de 1.500 personas. Los líderes mencheviques y eseristas adoptaron todas las medidas necesarias para disminuir la representación de las masas obreras y campesinas y aumentar el número de delegados de diversas organizaciones pequeñoburguesas y burguesas, asegurándose así la mayoría en la conferencia. A los Soviets de diputados obreros y soldados, que representaban a la inmensa mayoría del pueblo, se les concedió en total 230 puestos.

La Conferencia Democrática acordó organizar de su seno el llamado Anteparlamento (Consejo Democrático de toda Rusia).

En la primera sesión del Anteparlamento (23 de septiembre) se ratificó el acuerdo a que habían llegado los eseristas y mencheviques con los democonstitucionalistas de formar una nueva coalición gubernamental. El nuevo Gobierno Provisional de coalición aprobó un Reglamento, según el cual el Anteparlamento debería denominarse Consejo Provisional de la República de Rusia y no ser más que un organismo consultivo adjunto al gobierno. Formaban parte de él representantes de organizaciones e instituciones burguesas y terratenientes (el Partido Demócrata Constitucionalista y otros). Fue un intento de sembrar ilusiones parlamentarias entre el pueblo y frenar el desarrollo de la revolución socialista.

El 21 de septiembre (4 de octubre), el CC del POSD(b) de Rusia acordó retirar a los bolcheviques de la presidencia de la conferencia, pero no abandonar esta última. Se decidió, por 9 votos contra 8, no formar parte del Anteparlamento. En vista de que los votos se habían dividido en partes iguales, se acordó transferir la solución definitiva del problema a una conferencia del partido, la cual debería "formarse inmediatamente con la minoría, que estaba reunida, de la Conferencia Democrática". En el acta de la reunión del Comité Central se dice más adelante que en la conferencia se acordó, por 77 votos contra 50, participar en el Anteparlamento, acuerdo que fue ratificado por el Comité Central. Lenin criticó los errores de táctica de los bolcheviques respecto a la Conferencia Democrática en sus artículos *Los héroes de la falsificación y los errores de los bolcheviques*; *Del diario de un publicista* (*Los errores de nuestro partido*), y *La crisis ha madurado* (véase el presente volumen. N. de la Edit.). Lenin exigió categóricamente que los bolcheviques abandonaran el Anteparlamento y recalcó la necesidad de consagrar todas las energías a preparar la insurrección. El Comité Central del partido discutió la proposición de Lenin y acordó que los bolcheviques se retirasen del Anteparlamento, venciendo la resistencia de Kámenev, Rykov y otros capituladores que defendían la participación en él. El 7 (20) de octubre, en la primera sesión del Anteparlamento, los bolcheviques dieron lectura a una declaración y seguidamente abandonaron la sala.

68 *Kit Kítich*: apodo de Tit Títich, rico comerciante de la comedia del dramaturgo ruso A. Ostrovski *Mientras los otros están de fiesta*. Lenin denomina Kit Kítich a los tiburones capitalistas.

69 El 31 de octubre (13 de septiembre) de 1917, el Soviet de Petrogrado aprobó, por vez primera desde que se formó, una resolución del grupo bolchevique en la que se rechazaba categóricamente la política de conciliación con la burguesía. La resolución fue aprobada por 279 votos en pro, 115 en contra y 50 abstenciones. En ella se llamaba a transferir todo el poder a los Soviets y se exponía un programa de transformaciones revolucionarias en el país. Pocos días después, el Partido Bolchevique conquisto una nueva y gran victoria. El 5 (18) de septiembre, el Soviet de diputados obreros y soldados de Moscú aprobó una resolución análoga, a propuesta de los bolcheviques, por una mayoría de 355 votos.

70 El *I Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia* se celebró en Petrogrado del 3 al 24 de junio (16 de junio-7 de julio) de 1917. La inmensa mayoría de los delegados pertenecían al bloque menchevique-eserista y a los pequeños grupos que lo apoyaban.

Lenin pronunció en el congreso un discurso acerca de la actitud ante el Gobierno Provisional, el 4 (17) de junio, y otro sobre la guerra, el 9 (22) de junio. Los bolcheviques utilizaron a gran escala la tribuna del congreso para denunciar la política imperialista del Gobierno Provisional y la táctica conciliadora de los mencheviques y eseristas, exigiendo el paso de todo el poder a los Soviets. Presentaron y defendieron proyectos de resolución acerca de todos los problemas principales. Los bolcheviques dirigieron sus discursos no sólo a los delegados al congreso, sino también a las grandes masas populares: a los obreros, a los campesinos y a los soldados.

En sus resoluciones, la mayoría eserista-menchevique del congreso expresó su apoyo al Gobierno Provisional, aprobó la ofensiva que preparaba éste en el frente y se manifestó contra el paso del poder a los Soviets.

71 Las cartas de Lenin *Los bolcheviques deben tomar el poder* y *El marxismo y la insurrección* fueron discutidas en una reunión del CC del partido el 15 (28) de septiembre de 1917. El Comité Central acordó celebrar poco después una nueva reunión para examinar los problemas de táctica. Kámenev, que estaba en contra de que el partido se orientase hacia la revolución socialista, presentó un proyecto de resolución contra las propuestas de Lenin de organizar la insurrección armada, pero el Comité Central lo rechazó.

72 Véase F. Engels. *Revolución y contrarrevolución en Alemania*.

Engels escribió esta obra en 1851 y 1852 y vio la luz, en forma de artículos, en el periódico *The New York Daily Tribune*. Aparecieron con la firma de Marx, que al comienzo pensaba escribirlos él mismo; pero, ocupado en las investigaciones económicas, transfirió este trabajo a Engels. Al escribir esta obra, Engels se aconsejó en todo momento de Marx, a quien dio a conocer también los artículos antes de enviados al periódico. Sólo con posterioridad, al publicarse la correspondencia

de Marx y Engels, se supo que el autor de esta obra era Engels.

73 *Teatro de Alejandro*: teatro de Petrogrado en que se celebró la Conferencia Democrática.

Fortaleza de Pedro y Pablo: fortaleza enclavada frente al Palacio de Invierno, en la orilla opuesta del Neva. En ella se encarcelaba a los presos políticos durante el zarismo. Tenía un gigantesco arsenal y era un importante punto estratégico de Petrogrado. En la actualidad es un museo de historia de la revolución.

74 Lenin escribió en Víborg el artículo *La crisis ha madurado*. Constaba de seis capítulos, el último de los cuales (el sexto) no estaba destinado a la publicidad, sino para "ser *distribuido* entre los miembros del *CC*, del *CP*, del *CM* y de *los Soviets*". Se ha conservado únicamente el manuscrito de los dos últimos capítulos (el V y el VI) de este artículo. En el núm. 30 del periódico *Rabochi Put* ("La Senda Obrera"), correspondiente al 20 (7) de octubre de 1917, en el que vio la luz por vez primera este artículo, no se publicaron cinco capítulos, sino cuatro. El capítulo quinto apareció como cuarto, según ha podido comprobarse al confrontar el texto del periódico con el manuscrito del capítulo quinto.

El artículo *La crisis ha madurado* fue reproducido por la prensa periódica bolchevique de numerosas ciudades de Rusia.

75 Lenin se refiere a las acciones revolucionarias de los marinos de la flota alemana en agosto de 1917, dirigidas por una de sus organizaciones que agrupaba a fines de julio de 1917 a 4.000 hombres. La organización acordó luchar por una paz democrática y preparar una sublevación. En los primeros días de agosto comenzaron las acciones públicas en la flota. El movimiento entre los marinos se extendió a los buques de varias escuadras en Wilhelmshaven. Las acciones revolucionarias en la flota alemana fueron reprimidas con crueldad.

76 Lenin alude al discurso pronunciado por el oficial Dubásov, llegado del frente, en una sesión del Soviet de Petrogrado celebrada el 21 de septiembre (4 de octubre) de 1917. Dubásov declaró: "Digan lo que digan aquí, los soldados no combatirán más".

77 *Russkie Viédomosti* ("Noticias de Rusia"): diario que se publicó en Moscú de 1863 a 1918; desde 1905 fue órgano del ala derecha del Partido Demócrata Constitucionalista.

78 Lenin se refiere a la huelga de obreros y empleados ferroviarios de toda Rusia, que reivindicaban aumento de salarios. La huelga comenzó en toda la red ferroviaria del país en la noche del 23 al 24 de septiembre (del 6 al 7 de octubre) de 1917.

79 Se trata de la posición de Kámenev, Zinóviev, Trotski y sus adeptos. Kámenev y Zinóviev se pronunciaron en contra del plan de Lenin de preparar la insurrección armada, pretendiendo demostrar que la clase obrera de Rusia era incapaz de llevar a cabo la revolución socialista. Cayeron en la posición de los mencheviques, que defendían la república burguesa. Trotski insistía en que se aplazara la insurrección hasta la convocación del II Congreso de los Soviets de toda Rusia, lo que, de hecho, significaba hacerla fracasar, pues el Gobierno Provisional habría podido concentrar fuerzas para tal fecha y sofocar la insurrección.

80 Los *Liberdán*: apodo irónico dado a los líderes mencheviques Líber y Dan y a sus adeptos después de que en el periódico bolchevique moscovita *Sotsial-Demokrat*, correspondiente al 25 de agosto (7 de septiembre) de 1917, apareció un artículo satírico de D. Bedni titulado *Liberdán*.

81 El hecho que recuerda Lenin ocurrió el 4 (17) de junio de 1917 en una sesión del I Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia. Cuando el menchevique Tsereteli, ministro del Gobierno Provisional, declaró que en Rusia no existía ningún partido político dispuesto a asumir todo el poder, Lenin replicó desde su asiento, en nombre del Partido Bolchevique: "¡Existe!" Y en un discurso pronunciado desde la tribuna del congreso dijo que el Partido Bolchevique "está dispuesto a asumir el poder íntegramente" en cualquier momento. (*Discurso sobre la actitud ante el Gobierno Provisional*, pronunciado el 4 (17) de junio de 1917 en el I Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia.)

82 Véase C. Marx. *Carta a L. Kugelmann*, del 12 de abril de 1871.

83 Véase la carta de F. Engels a F. A. Sorge del 22 de febrero de 1888.

84 Las fechas que cita Lenin en el texto significan lo siguiente: 28 de febrero (13 de marzo), día de la revolución democrática burguesa de febrero; 30 de septiembre (13 de octubre), plazo señalado inicialmente por el Gobierno Provisional para convocar la Asamblea Constituyente; 28 de noviembre (11 de diciembre), día para el que se convocó la Asamblea Constituyente.

85 Lenin cita unas palabras del artículo del menchevique N. Sujánov *El trueno ha sonado de nuevo*, publicado en el periódico *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva").

En agosto de 1917, en el Instituto Smolny tenían su sede los grupos bolcheviques del Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia y del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. En octubre se instaló también allí el Comité Militar Revolucionario.

86 Véase F. Engels. *Revolución y contrarrevolución en Alemania* (véase también la nota 72 del presente volumen).

87 Lenin se refiere a las grandes acciones antibélicas registradas en Turín (Italia) en agosto de 1917. El 21 de agosto comenzaron las manifestaciones con motivo de la acuciante escasez de víveres. Al día siguiente se declararon en huelga los obreros. La huelga se hizo general y en la ciudad empezaron a levantarse barricadas. El movimiento adquirió un carácter político antibélico. El 23 de agosto, los insurgentes se apoderaron de los arrabales de Turín. Para sofocar el movimiento, el gobierno recurrió a las unidades militares y declaró el estado de sitio en la ciudad.

88 El movimiento campesino de septiembre de 1917 en la provincia de Tambov alcanzó gran

envergadura. Los campesinos se apoderaron de las tierras de los latifundistas, asaltaron e incendiaron las fincas y confiscaron el grano a los terratenientes. Aquel mismo mes, en 68 provincias y regiones de Rusia fueron asaltadas 82 fincas de los latifundistas, 32 de ellas en la provincia de Tambov. En la provincia se registraron, en total, 166 acciones campesinas. Asustados por el movimiento, los terratenientes transportaron a las estaciones ferroviarias gran cantidad del grano acopiado para la venta.

89 La *Carta a los miembros del Partido Bolchevique y la Carta al Comité Central del POSD(b) de Rusia* (véase el documento siguiente) reflejan la lucha de Lenin contra Zinóviev y Kámenev, que intentaron frustrar el acuerdo del CC acerca de la insurrección armada. Derrotados el 10 (23) de octubre de 1917 en la reunión del Comité Central en que se discutió el problema de la insurrección, Zinóviev y Kámenev enviaron el día 11 una declaración al CC y una carta, titulada *En torno al momento actual*, a los comités del POSD(b)R de las ciudades de San Petersburgo y Moscú, a los comités regionales de Moscú y de Finlandia, así como a los grupos bolcheviques del CEC de los Soviets y del Congreso de los Soviets de la Región del Norte. En esta carta se manifestaron en contra del acuerdo adoptado por el CC acerca de la insurrección armada. El 15 (28) de octubre, en una reunión ampliada del Comité de San Petersburgo, se dio lectura a la carta de Zinóviev y Kámenev; al día siguiente, ambos volvieron a manifestarse contra la insurrección armada, en una reunión ampliada del Comité Central. Al no encontrar ningún apoyo en dichas reuniones, Zinóviev y Kámenev cometieron una traición manifiesta. El 18 (31) de octubre, el periódico semimenchevique *Nóvaya Zhizn* publicó una interviú titulada *Y. Kámenev acerca de la "acción"*. En ella, Kámenev, en nombre propio y en el de Zinóviev, se pronunció contra la insurrección armada, delatando así al enemigo un importantísimo acuerdo secreto del partido. Aquel mismo día, Lenin escribió la *Carta a los miembros del Partido Bolchevique*, y el 19 de octubre (1 de noviembre), la *Carta al Comité Central del POSD(b) de Rusia*.

90 Aquí y más adelante, Lenin alude a la reunión ampliada del CC del POSD(b) de Rusia celebrada el 16 (29) de octubre de 1917. En ella, Zinóviev y Kámenev se pronunciaron contra el acuerdo adoptado por el CC el 10 (23) de octubre acerca de la insurrección armada.

91 Lenin se refiere a las "reformas" agrarias efectuadas por el gobierno inglés en Irlanda con el propósito de apartar a las masas populares irlandesas de la lucha revolucionaria. La ley agraria de 1881 preveía la participación de las autoridades judiciales al determinar la "equidad" del pago del arriendo. El arrendatario tenía derecho a transferir su parcela a otra persona. La ley protegía los intereses de los latifundistas (land-lords), los cuales podían vender sus tierras al Estado en condiciones ventajosas. La implantación de un precio fijo de arrendamiento durante quince años en un período de descenso de los precios de los productos agrícolas beneficiaba a los propietarios de la tierra.

92 Lenin escribió esta carta a los miembros del Comité Central del POSD(b) de Rusia en la tarde del 24 de octubre (6 de noviembre) de 1917. El mismo día, ya entrada la noche, se trasladó clandestinamente al Instituto Smolny y asumió la dirección inmediata de la insurrección armada.

93 El *Comité Militar Revolucionario (CMR) adjunto al Soviet de Petrogrado* se constituyó el 12 (25) de octubre de 1917 por indicación del CC del Partido Bolchevique. En el CMR estaban representados el Comité Central del partido, el Comité de San Petersburgo, el Soviet de Petrogrado, los comités de fábrica, los sindicatos y las organizaciones militares. Actuando bajo la dirección inmediata del CC del partido, el CMR dirigió -en estrechísimo contacto con la Organización Militar bolchevique- la formación de destacamentos de la Guardia Roja y el armamento de los obreros. La tarea principal del CMR consistía en preparar la insurrección armada de acuerdo con las directrices del CC del Partido Bolchevique. El núcleo dirigente del CMR era el Centro Militar Revolucionario (constituido en una reunión del CC el 16 (29) de octubre de 1917), cuya actividad cotidiana dirigía Lenin. Después de triunfar la Revolución Socialista de Octubre y de formarse el Gobierno soviético en el II Congreso de los Soviets, pasó a ser tarea principal del CMR combatir a la contrarrevolución y mantener el orden revolucionario. A medida que se crearon y afianzaron los organismos de los Soviets, el CMR fue transfiriendo sus funciones a los Comisariados del Pueblo que se organizaban. El CMR quedó disuelto el 5 (18) de diciembre de 1917.

94 Lenin escribió el llamamiento *¡A los ciudadanos de Rusia!* en nombre del Comité Militar Revolucionario adjunto al Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. El llamamiento se publicó el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 en el periódico *Rabochi y Soldat* ("El Obrero y el Soldado"), siendo reproducido después por *Dereviénskaya Biednotá* ("Los Campesinos Pobres"), *Izvestia del CEC* y otros periódicos.

95 El *II Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia* se celebró los días 25 y 26 de octubre (7-8 de noviembre) de 1917 en Petrogrado. En él participaron también delegados de diversos Soviets provinciales y distritales de diputados campesinos.

El congreso se inauguró el 25 de octubre, a las 10 horas y 40 minutos de la noche, en el Smolny. En aquellos instantes, los destacamentos de la Guardia Roja, los marinos y la parte revolucionaria de la guarnición de Petrogrado asaltaban el Palacio de Invierno, donde se encontraba el Gobierno Provisional, protegido por los cadetes y los batallones "de choque". Lenin no asistió a la primera sesión del congreso, pues estaba ocupado en dirigir la insurrección.

Los líderes del ala derecha menchevique y eserista exhortaron a entablar negociaciones con el Gobierno Provisional para formar un gobierno de coalición, calificando de "complot" la revolución

socialista en marcha. Los mencheviques, eseristas y bundistas abandonaron el congreso al convencerse de que la mayoría de los delegados apoyaba a los bolcheviques. Pasadas las 3 de la madrugada del 26 de octubre (8 de noviembre), el congreso fue informado de la toma del Palacio de Invierno y de la detención del Gobierno Provisional. Después de ello aprobó el llamamiento *¡A los obreros, a los soldados, a los campesinos!*, escrito por Lenin.

La segunda sesión del congreso se abrió el 26 de octubre (8 de noviembre) a las nueve de la noche. Lenin presentó los informes acerca de la paz y de la tierra. El congreso aprobó los históricos decretos de la paz y sobre la tierra, escritos por Lenin, y formó el Gobierno obrero y campesino: el Consejo de Comisarios del Pueblo, eligiendo a Lenin presidente del mismo. Los eseristas de izquierda se negaron a participar en el Gobierno soviético, debido a lo cual éste quedó compuesto únicamente de bolcheviques. Se eligió también el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia integrado por 101 miembros: 62 bolcheviques, 29 eseristas de izquierda, 6 socialdemócratas internacionalistas, tres representantes del Partido Socialista Ucranio y un eserista maximalista. El congreso acordó asimismo que el CEC de toda Rusia podía ampliarse con representantes de los Soviets campesinos, de las organizaciones militares y de los grupos que habían abandonado el congreso.

96 Se trata del Comité Ejecutivo Central que eligió el I Congreso de los Soviets de toda Rusia, celebrado del 3 al 24 de junio (16 de junio-7 de julio) de 1917. En él estaban en mayoría los eseristas de derecha y los mencheviques, que defendían el apoyo al Gobierno Provisional burgués.

97 *Movimiento cartista en Inglaterra*: movimiento revolucionario masivo de los obreros ingleses, originado por la grave situación económica y la falta de derechos políticos. El movimiento comenzó a fines de los años 30 del siglo XIX con grandiosos mítines y manifestaciones y duró, con interrupciones, hasta comienzos de los años 50. Ejerció gran influencia en el desarrollo del movimiento obrero inglés e internacional.

98 Lenin alude al llamamiento del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado *A los pueblos del mundo entero*, publicado el 15 de marzo de 1917 en el número 15 del periódico *Izvestia Petrográdskogo Sovieta Rabóchij y Soldátskij Deputátov* ("Noticias del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado").

99 El 14 (27) de noviembre de 1917, el Comité Ejecutivo Central de toda Rusia aprobó un decreto, al que se dio la denominación de *Reglamento del control obrero*. En él encontraron su expresión, las tesis fundamentales del proyecto de Lenin. El decreto se publicó el 16 (29) de noviembre en el número 227 de *Izvestia del CEC*.

La aprobación del *Reglamento del control obrero* contribuyó a desplegar con la mayor amplitud la iniciativa de los obreros al implantar el control de la producción y la distribución de los productos. Diversos Soviets locales, burós y conferencias de comités de fábrica, basándose en este *reglamento*, redactaron instrucciones concretas para llevarlo a la práctica. En este sentido tuvo singular importancia la instrucción confeccionada por el Consejo de Comités de Fábrica de Petrogrado, que el Secretariado del CC del partido consideró necesario enviar a las localidades en respuesta a las preguntas de los obreros respecto a cómo debían iniciar la aplicación del control obrero.

La implantación del control obrero sobre la producción desempeñó un papel de primer orden en los preparativos de la nacionalización de la industria. En el VI Congreso (Extraordinario) de los Soviets de toda Rusia, Lenin dijo el 6 de noviembre de 1918, al hacer el balance del primer año de edificación del socialismo: "No decretamos en el acto el socialismo en toda nuestra industria porque el socialismo puede formarse y afianzarse únicamente cuando la clase obrera aprenda a dirigir, cuando se afiance la autoridad de las masas obreras. Sin eso, el socialismo no pasa de ser un deseo. De ahí que implantáramos el control obrero, sabiendo que es un paso contradictorio, un paso incompleto, pero es necesario que los propios obreros emprendan la gran obra de crear la industria de un inmenso país sin explotadores y contra los explotadores…"

100 Lenin escribió el *Proyecto de resolución acerca de la libertad de prensa* con motivo del debate entablado en torno a esta cuestión el 4 (17) de noviembre de 1917 en una reunión del CEC de toda Rusia.

El 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, el Comité Militar Revolucionario suspendió varios periódicos burgueses por hacer agitación contrarrevolucionaria. Al día siguiente, el Consejo de Comisarios del Pueblo (CCP) aprobó el decreto acerca de la prensa. El 4 (17) de diciembre, al discutirse en el CEC de toda Rusia el problema de la prensa, Larin y los eseristas de izquierda se pronunciaron en contra del decreto.

Lenin pronunció un discurso, en el que mostró la necesidad de las medidas adoptadas por el Comité Militar Revolucionario y por el CCP (véase el presente volumen). El CECR adoptó por mayoría un proyecto de resolución del grupo bolchevique, en el que se aprobaba incondicionalmente la política del CCP en el ámbito de la prensa. El proyecto de resolución escrito por Lenin no se sometió a discusión del CECR.

101 El grupo de eseristas de izquierda hizo su interpelación al presidente del CCP, V. I. Lenin, en la reunión del CEC de toda Rusia celebrada el 4 (17) de noviembre de 1917. La interpelación se basaba en que el CCP promulgaba decretos sin la sanción del CECR. El grupo de eseristas de izquierda consideró insatisfactorias las explicaciones que dio Lenin. M. Uritski presentó, en nombre del grupo bolchevique, una moción en la que se expresaba la plena confianza al CCP. Antes de votarse esta moción, los eseristas de izquierda declararon que los comisarios del pueblo, como parte interesada, no debían participar en la votación. El CECR aprobó, por mayoría de votos, la moción que aprobaba la actividad del CCP.

102 Lenin se refiere a la orden dada el 1(14) de noviembre de 1917 por el comandante en jefe de las tropas que defendían Petrogrado, Muraviov. En ella se instaba a los soldados, a los marinos y a la Guardia Roja a reprimir inmediatamente y sin piedad a los delincuentes.

103 Lenin alude al discurso del eserista de izquierda G. Zax, el cual expresó el temor de que la revolución socialista en Rusia podría quedar reducida a un hecho aislado por cuanto "la Europa Occidental guarda un vergonzoso silencio".

104 *Grupo Espartaco*: organización revolucionaria de los socialdemócratas de izquierda alemanes, fundada al comenzar la guerra imperialista mundial (1914-1918) por Carlos Liebknecht, Rosa Luxemburgo, Franz Mehring, Clara Zetkin, J. Marhlevski, L. Jogiches (Tyszka) y Guillermo Pieck.

En noviembre de 1918, durante la revolución en Alemania, los espartaquistas formaron la Liga Espartaco, y en el Congreso de Constitución (celebrado del 30 de diciembre de 1918 al 1 de enero de 1919) fundaron el Partido Comunista de Alemania.

105 *Comité de Salvación o Comité de Seguridad Pública*: organismo constituido el 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 anejo a la Duma Urbana de Moscú para sostener la lucha armada contra los Soviets en dicha ciudad. Dirigió la sublevación contrarrevolucionaria que empezaron los cadetes el 28 de octubre (10 de noviembre). La sublevación fue sofocada el 2 (15) de noviembre, y el Comité de Seguridad Pública capituló ante el Comité Militar Revolucionario de Moscú.

106 Lenin escribió el artículo *Respuesta a las preguntas de los campesinos* con motivo de las numerosas solicitudes de los emisarios campesinos al Consejo de Comisarios del Pueblo. La Respuesta, recopiada a máquina y firmada por Lenin, era entregada en propia mano a los emisarios campesinos y dirigida precisamente a la provincia de que procedían.

El artículo, publicado en los periódicos y editado en una hoja con el título de *Instrucciones a los campesinos*, fue un importante documento que reguló la abolición revolucionaria de la gran propiedad agraria.

107 El *Proyecto de decreto sobre el derecho de revocación* fue presentado por el grupo bolchevique en la sesión que celebró el CEC de toda Rusia el 21 de noviembre (4 de diciembre) de 1917. La mayoría de los miembros de este organismo se pronunció a favor del derecho de revocación. El proyecto pasó después, para su redacción definitiva, a una comisión arbitral en la que participaban los eseristas de izquierda. En el proyecto de Lenin se introdujo un punto, en virtud del cual se concedía el derecho de convocar nuevas elecciones, no a los Soviets, sino a los congresos de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos. De acuerdo con ese mismo punto, los Soviets podían convocar nuevas elecciones si así lo solicitaban más de la mitad de los electores de la circunscripción electoral correspondiente. El proyecto de decreto que propuso la comisión arbitral fue aprobado unánimemente por el CECR y publicado el 23 de noviembre (6 de diciembre) en el número 233 del periódico *Izvestia del CEC de toda Rusia*.

Dé conformidad con el Decreto sobre el derecho de revocación, numerosos congresos de campesinos y soldados acordaron retirar de la Asamblea Constituyente a los diputados democonstitucionalistas, eseristas de derecha y mencheviques, incluidos Avxéntiev, Gots, Miliukov y otros.

108 El *I Congreso de toda Rusia de la Marina de Guerra* se celebró en Petrogrado del 18 al 25 de noviembre (1-8 de diciembre) de 1917. En su orden del día figuraban los siguientes puntos: el momento actual y el problema del poder; las reformas en el Departamento de Marina, y otros. Lenin pronunció un discurso sobre el momento actual. El congreso aprobó el esquema de organización de la dirección del Departamento de Marina; eligió veinte representantes al CEC de los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos de toda Rusia; envió un saludo al Consejo de Comisarios del Pueblo y dirigió un llamamiento a toda Rusia.

109 Lenin planteó la necesidad de combatir la contrarrevolución interior (y el sabotaje) en una reunión celebrada por el CCP el 6 (19) de diciembre de 1917, en vista de la encarnizada resistencia a las medidas del Poder soviético y de una posible huelga de altos funcionarios de los organismos gubernativos. Se encargó a Félix Dzerzhinski de formar una comisión para determinar los medios de lucha contra el sabotaje. El informe de Dzerzhinski fue examinado en una reunión del CCP el 7 (20) de diciembre. Por lo visto, Lenin escribió el proyecto de decreto con motivo de este informe. En la misma reunión se formó la Comisión Extraordinaria dé toda Rusia (VChK, Cheka) para combatir la contrarrevolución y el sabotaje, nombrándose presidente de la misma a F. Dzerzhinski.

110 El *Proyecto de decreto sobre la puesta en práctica de la nacionalización de los bancos y las medidas indispensables derivadas de ella* fue sometido por Lenin a examen del Buró del Consejo Superior de Economía Nacional. No se ha conservado el acta de la reunión en que se discutió este proyecto.

111 Véanse las cartas de C. Marx a G. Liebknecht del 6 de abril de 1871 y a L. Kugelmann del 12 de abril de 1871.

112 C. Marx. *Carta a Guillermo Bracke*, del 5 de mayo de 1875.

113 Juan Wolfgang Goethe. *Fausto*.

114 El proyecto de *Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado* fue presentado en una sesión del CEC de toda Rusia que se celebró el 3 (16) de enero de 1918. El proyecto quedó aprobado en principio y transferido, para su redacción definitiva, a una comisión coordinadora. Yákov Sverdlov dio lectura a la Declaración en la primera sesión de la Asamblea Constituyente y propuso que fuera aprobada. Pero la parte contrarrevolucionaria de la Asamblea Constituyente rechazó esta proposición por mayoría de votos. El

12 (25) de enero, la *Declaración* fue ratificada por el III Congreso de los Soviets de toda Rusia y, con posterioridad, sirvió de base a la Constitución Soviética.

115 El 6 (19) de diciembre de 1917, la Dieta finlandesa adoptó una declaración en la que Finlandia era proclamada Estado independiente. De conformidad con la política nacional del Estado soviético, el 18 (31) del mismo mes, el Consejo de Comisarios del Pueblo aprobó un decreto por el que se concedía a Finlandia la independencia estatal. Durante una reunión del CCP, Lenin entregó personalmente el texto del decreto al primer ministro de Finlandia, P. E. Svinhufvud, que encabezaba la delegación gubernamental finlandesa. El 22 de diciembre de 1917 (4 de enero de 1918), el CEC de toda Rusia ratificó el decreto sobre la independencia de Finlandia.

El 19 de diciembre de 1917 (1 de enero de 1918), de acuerdo con el tratado suscrito por Rusia con Alemania, Austria-Hungría, Turquía y Bulgaria en Brest el 2 (15) de diciembre, el Gobierno soviético propuso al gobierno persa confeccionar un plan común de retirada de las tropas rusas de Persia.

El 29 de diciembre de 1917 (11 de enero de 1918), el CCP aprobó el *Decreto acerca de la "Armenia Turca"*.

116 Lenin leyó las *Tesis sobre el problema de la conclusión inmediata de una paz separada y anexionista* en una reunión de miembros del CC con activistas del partido celebrada el 8 (21) de enero de 1918, a la que asistieron 63 personas. Se ha perdido el acta de la reunión y sólo se conservan breves apuntes de las intervenciones de Osinski (Obolenski), Trotski, Lómov (Oppókov), Kámenev y otros, tomados por Lenin.

Lenin expuso verbalmente en la reunión una parte de la tesis 21 (desde las palabras "Pero ningún marxista"). En el manuscrito de las tesis señaló este lugar con tres rayas verticales y escribió al margen: "Mecanógrafa: ruego que, al recopiarlo, ponga también estas tres rayas verticales".

Por el discurso de Lenin en la sesión que celebró el CC el 11 (24) de enero se sabe que 15 de los asistentes a la reunión votaron a favor de las tesis de Lenin, 32 apoyaron la posición de los "comunistas de izquierda", y 16, la de Trotski.

Las tesis se publicaron únicamente el 24 de febrero, cuando la mayoría del CC adoptó la posición de Lenin respecto a la firma de la paz.

117 Lenin se refiere a las negociaciones del Sindicato de Obreros Curtidores de toda Rusia con los patronos. El sindicato reclamaba que fuese ampliada la representación obrera en el Comité Principal del Ramo de la Piel y se reorganizase éste sobre bases democráticas. A comienzos de 1918, como resultado de estas negociaciones, el Comité Principal y los comités distritales del ramo fueron reorganizados, concediéndose en ellos a los obreros dos tercios de los votos. El 6 de abril de 1918 se transmitió a todos los Soviets un telegrama, firmado por Lenin, en el que se señalaba la necesidad de democratizar los organismos locales del Comité Principal del Ramo de la Piel y aplicar inflexiblemente las disposiciones del mismo y de los comités distritales del ramo.

118 Véase la carta de C. Marx a F. Engels del 12 de febrero de 1870.

119 Lenin alude a las acciones antibélicas de los obreros de Turín (Italia) en agosto de 1917, qué declararon la huelga general, y a las huelgas de los obreros austriacos en enero de 1918 con motivo de las conversaciones de paz de Brest-Litovsk. Las huelgas en Austria transcurrieron bajo la consigna de firmar una paz general y mejorar el abastecimiento de los obreros.

120 La cuestión de suprimir en la legislación soviética las referencias a la Asamblea Constituyente fue sometida para su ratificación al III Congreso de los Soviets, en el que se aprobó la disposición formulada por Lenin en el último párrafo del proyecto. Los dos primeros párrafos y el comienzo del tercero están tachados en el manuscrito.

121 Lenin alude a la *Ley Fundamental de Socialización de la Tierra*, sometida a la aprobación del III Congreso de los Soviets de toda Rusia. El proyecto de ley fue redactado en una comisión del congreso con participación de Lenin. El 18 (31) de enero de 1918, el III Congreso de los Soviets aprobó la *Ley Fundamental de Socialización de la Tierra* (Sección 1: *Disposiciones Generales*). La confección detallada de la ley prosiguió en reuniones conjuntas del Congreso de Comités Agrarios y de la Sección Campesina del III Congreso de los Soviets. El texto definitivo de la ley fue aprobado por el CECR en su sesión del 27 de enero (9 de febrero).

122 Con el artículo *Acerca de la frase revolucionaria*, Lenin comenzó la lucha pública en la prensa en pro de la firma de la paz.

123 Lenin se refiere a las votaciones del 11 (24) de enero y 17 de febrero de 1918 en las reuniones del CC del POSD(b) de Rusia al discutirse el problema de la paz. En la primera reunión votaron en pro de la guerra revolucionaria dos miembros del CC; en la segunda, nadie votó a favor de esta propuesta (los partidarios de la continuación de la guerra se abstuvieron).

124 Se alude a la votación en la Conferencia Democrática acerca de la coalición con la burguesía. Lenin analizó los resultados de la votación en la obra *¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?* (véase el presente volumen).

125 Se trata de la actitud capituladora de Zinóviev y Kámenev al pronunciarse contra la insurrección armada en octubre de 1917.

126 Al empezar la primera guerra mundial (1914-1918), Bélgica fue ocupada por las tropas alemanas. La ocupación duró cerca de cuatro años, hasta la derrota de Alemania en 1918.

127 *Novi Luch* ("El Nuevo Rayo") y *Nóvaya Zhizn* ("Vida Nueva"): órganos de prensa de los mencheviques; el primero se publicó desde diciembre de 1917 hasta junio de 1918; el segundo, desde abril de 1917 hasta julio de 1918. *Dielo Naroda* ("La Causa del Pueblo"), órgano eserista que vio la luz desde marzo de 1917 hasta julio de

1918.

128 Lenin escribió el artículo *Acerca de la sarna* con motivo de la intervención de los "comunistas de izquierda" -en la reunión celebrada por el CC del POSD(b) de Rusia el 22 de febrero de 1918- contra la compra de armas y víveres a Inglaterra y Francia para defenderse de los imperialistas alemanes.

El CC del partido aprobó por seis votos contra cinco una resolución, en la que consideraba posible comprar a los gobiernos de los países capitalistas los medios necesarios para armar y equipar al ejército revolucionario, pero conservando al mismo tiempo plena independencia en política exterior.

Después de la votación, Bujarin dimitió de sus cargos de miembro del CC y de director de *Pravda*. Además, once "comunistas de izquierda" -Lómov (Oppókov), Uritski, Bujarin, Búbnov, Piatakov y otros- enviaron una declaración al CC, en la que le acusaban de capitulación ante la burguesía internacional y anunciaban que harían amplia agitación contra la política del CC.

129 Lenin alude a la reunión conjunta de los grupos bolchevique y eserista de izquierda del CEC de toda Rusia celebrada el 23 de febrero de 1918.

130 Lenin se refiere a la votación sobre el problema de la paz con Alemania en la reunión que celebró el Comité Central del Partido Bolchevique, el 21 de enero (3 de febrero) de 1918, con representantes de las distintas corrientes que existían en el partido. En esta reunión, dos "comunistas de izquierda" -Osinski (Obolenski) y Stúkov- votaron contra la admisibilidad en general de la paz entre el Estado socialista y un Estado imperialista. La mayoría de los "comunistas de izquierda" adoptó, al votar, una posición ambigua: admitían la posibilidad de que se firmase la paz entre el Estado socialista y un Estado imperialista, pero, al mismo tiempo, votaron en contra de la firma inmediata de la paz con Alemania.